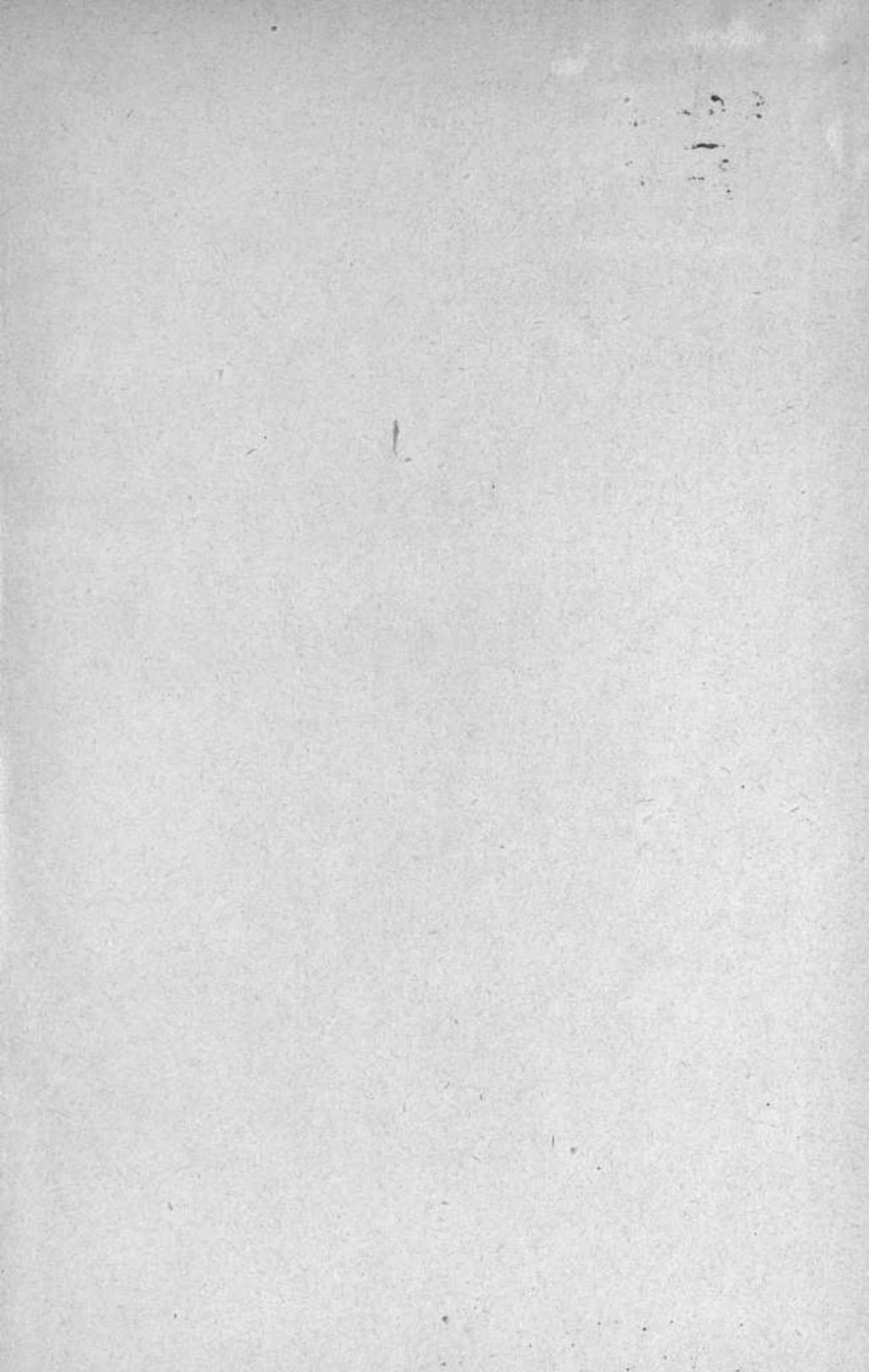


ESTADÍSTICA
DE LA
INDUSTRIA
Y
COMERCIO
DE ESPAÑA
DE 1900 A 1909
DESARROLLO INDUSTRIAL
DE ESPAÑA

10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

S.G.-15

9-16



D-2-

200

D-2

200

B.P. de Soria



61115766
D-1 1733

D-1
733

29

1861

HISTORIA
DEL
DESARROLLO INTELECTUAL
DE EUROPA

GABRIEL SANCHEZ

LIBRERIA
21, CARRETAS, 21

Madrid.

J. W. DRAPER

HISTORIA

130850

DEL

DESARROLLO INTELECTUAL

DE EUROPA

TRADUCIDA POR

DON FERNANDO ARAUJO

Y

DON JOSÉ GONZÁLEZ ALONSO

TOMO PRIMERO

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, n.º 4

1890

—
ES PROPIEDAD
—

PREFACIO

En la Asamblea de la Asociación británica para el Fomento de la Ciencia celebrada en Oxford en 1860 leí un resumen de la doctrina fisiológica que contiene esta obra respecto del progreso intelectual de Europa, reservándome asentarla sobre bases históricas en ulterior publicación.

Esta publicación es la que hoy presento, debiendo ser considerada como complemento de mi obra sobre la *Fisiología humana*, en la que he tratado del hombre como individuo. En ésta le considero en sus relaciones sociales.

Espero que el lector no dejará de conocer que esta historia del progreso de las ideas y de las opiniones está hecha bajo un punto de vista que hasta el presente ha sido casi por completo descuidado. Hay dos métodos para tratar las cuestiones filosóficas: el método literario y el método científico. Cuando se trata un asunto por el primero de estos métodos quedan obscurecidas muchas cosas, que adquieren en cambio considerable importancia cuando se le considera en sus relaciones científicas. Yo he adoptado el segundo método.

El progreso social está tan absolutamente regido por las leyes naturales como el desarrollo del cuerpo.

La vida del individuo es una miniatura de la vida de la nación. La demostración de estas proposiciones constituye el objeto especial de esta obra.

Nadie hasta aquí, al menos así lo creo, ha emprendido la tarea de concordar con los principios de la fisiología los documentos que nos ofrece la historia intelectual de Europa, ni disponerlos de manera que presenten el cuadro del desarrollo regular de la civilización; nadie tampoco ha pensado en reunir los hechos que nos suministran los demás ramos de la ciencia con intención de ponernos en estado de comprender claramente las condiciones en que se efectúa este desarrollo. Este vacío filosófico es el que he intentado llenar en las páginas siguientes.

Considerada bajo el punto de vista fisiológico, la historia toma para nosotros un aspecto completamente nuevo. Entonces apreciamos con más precisión y de modo más completo los pensamientos y los móviles humanos en las edades sucesivas del mundo.

En el prefacio de la segunda edición de mi *Fisiología*, publicada en 1858, anuncié que la obra que hoy presento estaba concluida. Las variaciones que en ella he introducido después han tenido, sobre todo, por objeto reducir sus proporciones. La discusión de ciertas cuestiones científicas, tales como la del origen de las especies que há poco ha excitado tan vivamente la atención pública, no ha sido, sin embargo, retocada, y los principios que presento sobre esta materia son los mismos que se exponen en la antigua obra de 1856.

New York, 1861.

CAPÍTULO PRIMERO

De las leyes de la naturaleza.

Propóngome examinar en esta obra cómo se ha desarrollado la civilización en Europa, tratando de determinar lo que hubo de fortuito en este desarrollo, y hasta qué punto ha sido regido por una ley primordial.

¿Marchan las naciones con el tiempo, como los vagos fantasmas de sueños sin orden ni razón, ó deben seguir todas una vía determinada, siempre moviéndose, siempre progresando, y experimentando siempre inevitable sucesión de cambios? La respuesta á estas cuestiones se halla en el examen filosófico de la historia intelectual y de la historia política de las naciones. Pero ¡cuán difícil es reunir la masa de materiales necesarios, tratar semejante acumulación de hechos y presentarlos de modo que ofrezcan el punto de vista más favorable! ¡Cuán difícil también el discernir los verdaderos representantes de la humanidad, presentarlos en su verdadero medio y ejecutar con éxito este grande y complejo drama de la vida europea! Por una parte preséntase este asunto como un problema científico, y sólo como tal tengo que tratarlo; por otra parte, ¿no se eleva hasta la más grandiosa de las epopeyas la vida humana, su historia, su objeto y su fin?

El hombre es el arquetipo de la sociedad; el desarrollo individual es el modelo del progreso social.

Los filósofos pretenden: unos que la voluntad libre del hombre decide del curso de las cosas humanas; otros que la Providencia divina dirige todos nuestros pasos, y otros que todos los acontecimientos están invariablemente fija-

dos por el destino. ¿Qué parte de verdad debemos conceder á cada una de estas doctrinas?

Sujeta como está por una parte á los impulsos del libre arbitrio propio y ajeno, y por otra al inflexible dominio de las leyes naturales, la vida del individuo es de naturaleza compleja. La relación que concibe entre las energías de estas dos influencias se modifica insensiblemente á medida que recorre las diferentes fases de su existencia. Joven y lleno de confianza, cree poder mucho por sí mismo, pero muy poco una vez llegada la vejez con sus decepciones. Con el tiempo, y á medida que se desvanecen las ilusiones de los primeros años, aprende á moderar el ardor demasiado vivo de sus aspiraciones y á contenerlas en círculo más estrecho, y desengañado al fin por las realidades de la existencia, no guarda para la tarde de su vida más que la triste convicción de la vanidad de las esperanzas humanas. La parte que se ha asegurado no es de ningún modo aquella con que había soñado, y se ve obligado á reconocer que un poder superior se ha servido de él con un fin desconocido, y que entrando en el mundo sin conciencia de ello, deberá de la misma manera abandonarlo contra su propia voluntad.

Todos cuantos han estudiado la historia física é intelectual del hombre reconocen unánimes las singulares claridades que arroja sobre su historia social; y es que, en efecto, el equilibrio y el movimiento de la humanidad son fenómenos puramente fisiológicos. No sin vacilación se atreve uno á confesar opinión tan mortificante para nuestro orgullo, para nuestras preocupaciones y para nuestros intereses. Así, un autor que la ha consagrado varios años de trabajo tiene necesidad del más firme apoyo por parte de los que aman la verdad, y tiene también derecho á la indulgencia, y aun á la generosidad de la crítica, que, sobre asunto de tal extensión y de tal profundidad, no puede esperar más que una obra necesariamente imperfectísima.

En el estado salvaje de la infancia intelectual de la sociedad el hombre aplica á la naturaleza el concepto que tiene de sí mismo. Como ve que todo lo que hace lo hace por su propio placer, considera todos los acontecimientos

de que es testigo como dependientes de la voluntad arbitraria de un poder superior é invisible. Atribuye al mundo una constitución semejante á la suya propia. De ahí la tendencia inevitable á la superstición: todo lo que es extraño, poderoso ó vasto causa terrorífico efecto en su imaginación. En tales objetos no puede ver otra cosa que las manifestaciones exteriores de un espíritu oculto, y, por consiguiente, los estima dignos de su veneración. Luego que la razón, ayudada de la experiencia, le ha despojado de sus ilusiones sobre los objetos que le rodean, conserva aún sus antiguas ideas respecto de los objetos muy alejados de él. En los invariables movimientos de los astros y en la inmensa distancia que de él los separa encuentra todavía argumentos en favor de lo sobrenatural; en cada uno de estos cuerpos brillantes coloca un genio que lo habita y lo gobierna, y no tarda en atribuir á los planetas influencia sobre su propia suerte.

La razón que le ha libertado del fetiquismo le hace más tarde renunciar también al culto de los astros; pero estas formas mitológicas que ha creado no son abandonadas sin pesar, y largo tiempo después que ha cesado de ver en los cuerpos planetarios otra cosa que puntos brillantes sin acción posible sobre sí mismo, venera todavía á los genios creados por su imaginación que en otro tiempo les anunciaban; hasta hace de ellos dioses inmortales.

Filosóficamente hablando, de la doctrina primitiva de la volición arbitraria, el hombre se eleva gradualmente á la doctrina de las leyes naturales. Comienza por atribuir á causas físicas la caída de una piedra, el movimiento del agua en el río, el cambio de sitio de las sombras, y á la postre viene á referir á una causa completamente semejante las revoluciones de los astros mismos. Cada vez se amplía más para él el círculo de los fenómenos regidos por leyes; esos espíritus, esos genios, esos dioses que sucesivamente había temido y adorado, y cuyas pasiones y caprichos gobernaban al mundo, concluyen, al fin, por desaparecer para dejar su puesto á un sér Todopoderoso que gobierna el Universo según la razón, y, por consiguiente, por medio de leyes.

Esta doctrina de las leyes naturales, que ha concluído

por extenderse á todos los fenómenos, recibió inmenso refuerzo hace apenas unos doscientos años del magnífico descubrimiento de Newton: que las leyes de Kepler son consecuencia matemática de una simple propiedad de la materia, y que los movimientos tan complejos del sistema solar no pueden ser distintos de lo que son. Entre los que leyeron la demostración de este hecho en la hermosa obra *De los principios*, poquísimos adivinaron las importantes consecuencias de semejante descubrimiento. Hoy las exploraciones y las investigaciones relativas á los movimientos de los astros, ya se remontan al pasado, ya tengan por objeto predecir los fenómenos futuros, todas se asientan en el principio de que no hay intervención de ninguna voluntad arbitraria, y de que los movimientos de este gigantesco mecanismo no son sino consecuencia de una ley matemática.

Pero lo mismo puede decirse de la tierra. Cuanto mejor comprendemos las causas de los acontecimientos presentes, más fácilmente reconocemos que son consecuencia de ciertas condiciones físicas, y, por lo tanto, resultado de leyes fijas. Entre los innumerables ejemplos que podrían citarse tomemos el de los vientos: su inconstancia es proverbial; nadie puede decirnos de dónde vienen ni á dónde van, y si algo en el mundo pudiera hacernos creer en esa volición arbitraria á que nos venimos refiriendo, seguramente serían ellos. Nos engañamos, sin embargo, cuando imaginamos que los fenómenos atmosféricos son puramente fortuitos. Se conocen muy bien las causas de los vientos alísios; pero, ¿dónde fijar la línea de demarcación entre estos vientos eternos que, semejantes al soplo del destino, recorren lenta y solemnemente el Océano Pacífico, y las rachas repentinas que al parecer nacen sin causa y desaparecen sin dejar huella? ¿En qué latitud concluye el dominio de lo natural y empieza el de lo sobrenatural?

En suma: todos los fenómenos que podemos comprobar, sucédanse en los cielos, sucédanse en la tierra, proclaman que el universo está regido por leyes.

Pero admitiendo que tal es el caso del átomo que flota en un rayo de sol, como el de esas innumerables estrellas

que giran unas en torno de otras, ¿llevaremos el principio hasta sus consecuencias extremas? Y si esto es verdad respecto de los seres inanimados del mundo inorgánico, ¿podemos también extenderlo á los seres vivos, al mundo orgánico? ¿Qué datos nos ofrece la fisiología sobre este punto?

La fisiología ha tenido las mismas fases de desarrollo que la física. Los seres vivos han sido en un principio considerados como incapaces de recibir ninguna influencia del exterior, y se afirmaba que el hombre, en particular, era absolutamente independiente de las fuerzas que gobiernan el mundo en cuyo seno vive; además del alma, ese principio inmaterial que le constituye en sér moral y responsable y le distingue de los demás seres animados, se le ha reconocido, lo mismo que á estos últimos, un segundo principio inmaterial: la fuerza vital que por sí misma asegura la acción regular de la vida orgánica.

Cuando más tarde se hubo descubierto que el corazón del hombre está construído conforme á los principios establecidos de la hidráulica, y que las válvulas de que están provistos sus grandes conductos representan exactamente el papel de órganos mecánicos; cuando se hubo comprobado en el ojo la aplicación de los principios más delicados de óptica, la córnea, los humores del ojo y el pequeño lente que hace converger los rayos para formar la imagen mientras el iris mide la luz necesaria y rechaza la restante lo mismo que los diafragmas de los telescopios ó de los microscopios; cuando se hubo descubierto en el aparato auditivo esa disposición que responde perfectamente á las tres propiedades características del sonido, el tímpano á la intensidad, el caracol á la elevación y los canales semicirculares al timbre; cuando se descubrió que el aire absorbido por el hombre es rechazado por sencilla operación mecánica á las células de los pulmones y de allí á la sangre, dando lugar en todo su recorrido á una serie de combinaciones químicas con desprendimiento de calor y sosteniendo así la vida orgánica; cuando, en fin, todos estos hechos y otros muchos fueron puestos en evidencia por la fisiología moderna, preciso fué admitir que los seres animados no constituyen una excepción, como se creía, y

que las operaciones de la vida orgánica son también resultado de la acción de fuerzas físicas.

Si estos agentes físicos dominan en todas las partes de la economía física, ¿no debe suceder lo mismo en la economía social?

¿Se dirá que la aridez del desierto, abrasado por el sol, no influye en modo alguno sobre los hábitos y costumbres de las tribus nómadas que en él plantan sus tiendas? ¿Que la intrepidez con que se defienden frecuentemente los habitantes de las montañas no depende en nada de la naturaleza accidental de su suelo? ¿Que el mar, en fin, no entra por nada en el carácter aventurero propio de los marinos? ¿No es verdad, por el contrario, que no creemos en la estabilidad de las instituciones sociales, sino en tanto que creemos en la estabilidad de las instituciones físicas del medio que las rodea? Y desde el tiempo de Bodín, que hace cerca de trescientos años publicó su obra *De República*, ¿no están definitivamente sancionados estos dos principios, que las leyes de la naturaleza no pueden estar subordinadas á la voluntad del hombre y que el gobierno de una comarca debe adaptarse á su clima? Así Bodín llegó á deducir que la fuerza es el patrimonio de las naciones del Norte, la razón de las del centro y la superstición de las meridionales.

En el mes de marzo el sol atraviesa el Ecuador y empieza á enviar á nuestro hemisferio mayor cantidad de rayos; la vegetación sigue su marcha, y adelántase hacia el polo brillante manto de verdura, tanto más exuberante en un sitio dado, cuanto más ardientes sean en él los rayos del sol. En el mismo mundo animal encontramos análogo efecto en las emigraciones anuales de las aves de paso, que, instadas por el calor, siguen á la vegetación á medida que se desarrolla.

Llegado el otoño, esta marcha regular de la luz y de la vida cambia de sentido, y los fenómenos que acaba de presentar el hemisferio boreal se reproducen ahora en el otro hemisferio.

La vida terrestre ejecuta así cada año una oscilación, de la vitalidad completa al reposo; pero ¿cuál es la causa de todo esto? Una causa puramente mecánica: la inclina-

ción del eje de rotación de la tierra sobre el plano de la órbita que describe alrededor del sol.

Sírvannos de lección estos maravillosos fenómenos y háganos comprender su explicación la importancia de las fuerzas y de las leyes físicas, que representan su papel lo mismo en la vida y en la muerte del hombre individual que en la vida y en la muerte del hombre social. Aquellos á quienes este asunto ha llamado la atención, han reconocido desde hace mucho tiempo que la posibilidad de la existencia del hombre sobre la tierra depende únicamente de condiciones materiales; y en efecto, puesto que la vida no puede mantenerse más que entre límites de temperatura muy cortos, es necesario que nuestro planeta esté á determinada distancia del sol, fuente de luz y calor, y también que su órbita sea tan poco excéntrica que casi se confunda con su círculo. La gravedad absoluta es uno de los primeros elementos de la construcción orgánica, y si la masa de la tierra fuera mayor ó menor de lo que es, el peso de cada uno de los cuerpos de su superficie, animados ó inanimados, dejaría de ser el mismo. El menor cambio en la duración de la rotación diaria modificaría la longitud del día y de la noche, y por consecuencia las oscilaciones periódicas del sistema nervioso de los animales; una variación en su movimiento de traslación alrededor del sol produciría también su efecto, pues si el año fuera más corto viviríamos más rápidamente y moriríamos más pronto. Los agentes naturales son los únicos que regulan y gobiernan la economía actual de nuestro globo. El calor tiene por oficio arreglar y distribuir las diferentes clases de vegetales, mientras en virtud de las relaciones mutuas de las plantas y de los animales con el aire atmosférico se establece entre ellos equilibrio estable, de manera que ninguna pueda adquirir la preponderancia. No es extraño que la magnitud de estos resultados, necesarios para asegurar la vida general, haya hecho creer en la intervención incesante de la Divinidad; pero realmente se obtiene, por decirlo así, automáticamente.

Nuestras conclusiones serán las mismas si consultamos la historia del mundo orgánico en las edades pasadas. La

época capital en la existencia orgánica de la tierra es aquella en que el carbono se condensó y estratificó en las capas sólidas del globo. Este gran acontecimiento que ha hecho posible la oposición de animales de sangre más caliente y más inteligentes, ha sido debido aún á la influencia de los rayos solares; pero al mismo tiempo que esta influencia daba nacimiento á organismos nuevos, hacía desaparecer otros organismos ya existentes. Está, en efecto, fuera de duda, que miriadas de especies desaparecidas del globo han debido llegar á encontrar condiciones materiales incompatibles con la continuación de la existencia de cada una de ellas. Todavía hoy la disminución de algunos grados en la temperatura media de una comarca cualquiera tendría por inmediata consecuencia la extinción de los organismos de los países calientes y la difusión de los de países fríos. Si hoy se obscureciese por algunos años el sol, la distribución de las plantas y de los animales en la superficie del globo se renovaríase ciertamente por completo.

La permanencia de las formas orgánicas tiene por causa única la permanencia de las condiciones materiales, en medio de las cuales existen, y la menor variación en estas últimas es seguida de una variación correspondiente en las formas. La inmutabilidad aparente del mundo actual es consecuencia directa del equilibrio físico que se halla establecido, y duraría tan largo tiempo como la temperatura media, la cantidad de luz, la composición del aire, la distribución de las aguas y todas las demás condiciones físicas continúen siendo lo que hoy son; pero que se modifique una sola de estas condiciones, y al instante se verá reducida á su justo valor la quimérica doctrina de la inmutabilidad de las razas.

Si el mundo inorgánico nos parece en reposo, es porque las fuerzas naturales han alcanzado su estado de equilibrio; un trozo de mármol colocado en una mesa horizontal, permanecerá indefinidamente en reposo; pero en cuanto se incline la mesa comenzará á rodar y se caerá; ¿qué diríamos, pues, del que, viendo ese trozo en reposo, afirmara que nunca podría moverse? Hay personas que no establecen ninguna diferencia entre el caballo de

carrera y el poney de las islas Shetland, entre el galgo y el perro de aguas, que niegan rotundamente que las especies puedan modificarse bajo influencias exteriores, y que, obligadas á admitir la existencia anterior de especies hoy extinguidas, no ven en esta larga sucesión de formas nuevas más que una prueba de la intervención incesante del genio creador. Olvidan estas personas que los hechos naturales forman por su sucesión una serie continua, dependiendo cada uno del que le precede y del que le sigue como los diferentes eslabones de la misma cadena. Así es como en esa remota edad de que hemos hablado, obrando la luz solar sobre las hojas de las plantas, llegó á cambiar por completo la constitución química de la atmósfera, acumuló en ella elementos más enérgicos, disminuyó la presión que esta atmósfera ejercía y modificó la evaporación en la superficie de los mares: hechos todos que se encadenan tan necesariamente uno con otro que podemos prever el orden en que se han sucedido.

Estas variaciones regulares en las condiciones físicas reobraron á su vez sobre la economía vegetal, que experimentó análoga alteración, y sobre el mundo animal, en que las condiciones orgánicas tales como la energía vital y la fuerza intelectual se hallaron modificadas.

Cuando hacemos, pues, constar una serie continua y regular de tales perturbaciones, no debemos apresurarnos á atribuir las á la intervención directa de un agente voluntario, sino limitarnos por de pronto á estimar hasta qué punto dependen de las condiciones materiales en medio de las cuales se producen, no perdiendo nunca de vista el importante principio de que una serie regular de hechos inorgánicos lleva consigo necesariamente otra progresión semejante en la vida orgánica.

A esta doctrina de la acción de los agentes físicos sobre las formas orgánicas no reconozco ninguna excepción ni siquiera en lo que concierne al hombre. Las diferencias que presenta la constitución del hombre en las diversas comarcas del globo son resultados necesarios de estas influencias físicas. Los partidarios de la doctrina de la unidad de la raza humana no pueden, sin admitir la acción exclusiva de los agentes físicos sobre el organismo

del hombre, explicar cómo del tipo original pudieron nacer las diversas formas de la raza humana que hoy encontramos en la superficie de la tierra, y esto sin hablar de las diferencias entre los hábitos y costumbres que indudablemente provienen del clima y de otras condiciones físicas semejantes. Sin admitir como axioma que los agentes físicos han ejercido absoluta influencia sobre las formas y la organización de la raza humana, ¿cómo es que todos los hombres, teniendo un origen común, presentan hoy en su complexión tales divergencias en el color de la piel y en la estructura del esqueleto? La experiencia en todas partes atestigua que estos cambios no han podido producirse bruscamente, sino con lentitud y por grados; no son sino las resultantes de perturbaciones insensibles que se han ido acumulando y superponiendo y continúan todavía acumulándose; de suerte que no debemos considerar al tipo nacional más que como el término final de una serie definida.

Esta serie se prolonga indefinidamente, y si el tipo nacional nos parece hoy inmutable, es porque ha llegado á un estado de perfecta armonía con las condiciones naturales en cuyo medio existe: que cambien estas condiciones y al instante recobrará su movimiento. Si pues, lo repito, se quiere aceptar la doctrina de la unidad de la raza humana, es necesario de toda necesidad admitir igualmente la preponderancia completa y absoluta de los agentes físicos, de los agentes naturales, tanto como la de los agentes artificiales nacidos de los progresos de la civilización, en la marcha incesante de las naciones hacia un estado de armonía con las condiciones materiales de sus medios respectivos.

La conclusión será la misma si en lugar de la doctrina precedente nos apoyamos sobre la que deriva las diversas razas humanas de diferentes tipos primitivos, pues ambas nos conducen inevitablemente á admitir tipos de transición que sufren hasta su extinción incesantes transformaciones.

La divergencia que acusa la organización humana es sensible, sobre todo, cuando se pasa de una nación del Mediodía á una nación del Norte, ó recíprocamente; pero

son mucho menos manifiestas si se sigue un paralelo de latitud. En esta última dirección la influencia de las condiciones geográficas de la comarca sobre el clima es donde quiera más poderosa que la de las condiciones astronómicas; así es que siguiéndola no se encontrarán nunca esos cambios profundos en el aspecto, en la complexión y en la potencia intelectual que se hallan siguiendo la otra dirección. Así es como, por más que la temperatura vaya aumentando de Polonia á Francia, esta elevación de temperatura, debida sobre todo á la gran corriente atlántica, al *Gulfstream*, que acarrea el calor del golfo de Méjico y del mar de los Trópicos, esta elevación de temperatura, decimos, es muy inferior á la que se encuentra franqueando igual distancia hacia el Mediodía.

El hombre, con ayuda de las artes de la civilización, vencerá, pues, con mucha más facilidad las dificultades procedentes de un cambio de clima cuando marche á lo largo de un paralelo que cuando siga la dirección de un meridiano.

Pero no son únicamente la complexión y el desarrollo del cerebro, y por consiguiente las facultades intelectuales las que cambian con el clima; con él cambian también los hábitos, las costumbres, y en una palabra, el modo de civilización. He aquí hechos que merecen toda nuestra atención, estando como están tan estrechísimamente ligados con los hechos políticos. Un imperio, por ejemplo, que se extiende hacia el Este y el Oeste será mucho más homogéneo y por tanto mucho más poderoso que un imperio que esté dividido entre el Norte y el Sur.

Roma estaba en el primero de estos casos, y no deo de ver en ello una de las causas principales de su grandeza y de la duración de su dominio. Hay, pues, en la dirección del Este y del Oeste tendencia á la homogeneidad; en la del Norte y el Sur tendencia á la diversidad y al antagonismo; y así se explica por qué en el último caso el gobierno de los Estados ha exigido siempre mayor suma de saber político.

Las diversas formas de transición que un mismo tipo animal es susceptible de producir, se mostrarán, pues, más numerosas si se marcha del Sur al Norte ó del Nor-

te al Sur que si se sigue un paralelo. Sin embargo, estas formas verdaderamente transitorias, puesto que son derivaciones sucesivas de un mismo tipo de que todas proceden, son realmente formas permanentes en la región donde se presentan, puesto que son, por decirlo así, la encarnación de las condiciones físicas propias de esta región.

Mientras estas condiciones subsistan sin cambio alguno, estas formas subsistirán sin ninguna alteración. En el caso del hombre, aplicaremos á esta forma permanente la denominación de elemento étnico.

Un elemento étnico no existe, pues, por sí mismo; su duración depende de la conservación de su estado de perfecta armonía con las condiciones que le rodean. Todo lo que afecte á esta armonía interesa á su existencia.

Del hombre individual podemos ahora pasar á las naciones, que no son más que grupos de individuos. Las razas humanas progresan tan manifiestamente como el individuo. En uno y otro caso hay ideas y acciones propias de cada período de existencia.

Por lo que al hombre hace, ¿experimentamos la menor dificultad en decidir á qué edad de su vida corresponde determinada acción? ¿No reconocemos los juegos estrepitosos de la infancia, la actividad laboriosa de la edad madura, la gárrula impotencia de la vejez, y no manifestamos nuestra sorpresa cuando somos testigos de una acción que no está de modo alguno en relación con la edad de su autor? Lo mismo pasa con las naciones que con los individuos, y la marcha de la existencia individual es, en menor escala, modelo exacto de la marcha de la raza entera.

Los grupos de hombres ó naciones están expuestos á los mismos accidentes ó recorren el mismo ciclo que el individuo. Unos apenas pasan de la infancia, otros mueren repentinamente y otros de vejez. Pero en medio de la confusión de los acontecimientos, parece completamente imposible discernir la ley que les rige y mostrar claramente que esta ley existe. De estos grupos de individuos, puede encontrarse cada uno en punto diferente de su carrera, precisamente como en la familia encontra-

mos á la vez al joven, al hombre de edad madura y al anciano; nueva confusión que aumenta la dificultad de la cuestión, sobre todo si se trata de darse cuenta del movimiento de la humanidad durante largo período de tiempo. En cada nación, en fin, las diversas clases de la sociedad, la ilustrada y la ignorante, la inactiva y la laboriosa, la rica y la pobre, la inteligente y la supersticiosa, representan cada una diferente estado de progreso; una puede haber avanzado mucho en tanto que otra ha permanecido estacionaria, como vemos en Europa, donde encontramos, aquí la civilización incesantemente activa de Francia é Inglaterra, allá la civilización limitada é inferior de Polonia. ¿Cómo, pues, distinguiremos el estado verdadero de la nación, y qué clase de la sociedad consideraremos como tipo verdadero y completo de esta sociedad?

El problema, aunque difícil, no es insoluble. Debemos tratarle como lo haríamos en el caso de una familia compuesta de personas de diferentes edades, desde la infancia hasta la vejez. Cada uno de sus miembros sigue una vía particular y por más que uno fallezca prematuramente, y otro se halle embarazado por accidentes ó enfermedades diversas, en cada uno de ellos, si conocemos bien las condiciones de su marcha, en el presente y en el pasado, se nos hará manifiesta la naturaleza del movimiento general de la familia entera. Ni aun tendremos que prestar nuestra atención más que á ciertos miembros de esta familia, los que representen más exactamente su tipo, ó los que estén más adelantados en su carrera.

En una familia de naciones, una de ellas, del mismo modo, está más adelantada, otra lo está menos, otras mueren temprano, otras se ven gastadas por extremada vejez, presentando no obstante cada una sus peculiares particularidades. Todo lo que hemos dicho de un conjunto de individuos podríamos repetirlo aquí de un conjunto de grupos de individuos, y por consiguiente cuando se trate de una nación, la única clase de que tendremos que preocuparnos es de la clase intelectual, la que arrancando como todas las demás de los grados inferiores ha llegado más lejos en su camino.

La vida individual no se sostiene sino por la destruc-

ción y la reproducción incesante de las partículas orgánicas, no permaneciendo jamás estacionaria ninguna parte del sistema nervioso sino sufriendo cada una continuas transformaciones. La muerte, es pues, una condición necesaria de la vida, y si consideramos un órgano ó al animal entero, cuanto más enérgicamente funcione este órgano ó cuanto más activa sea la vida del animal, tanto mayor será el número de partículas constitutivas de este órgano ó de este animal que se encontrarán destruídas. A la muerte de las partículas orgánicas en el individuo responde en la nación la muerte de los individuos, que son sus partes integrantes. En ambos casos basta un período insignificante de tiempo para alterar la identidad del sistema entero y transformarle totalmente. Cada individuo ó partícula nace á la vida, cumple la misión que se le señala, y desaparece frecuentemente sin que se note. Esta producción, esta continuación y esta destrucción de una molécula orgánica en la persona responde al nacimiento, al crecimiento y á la muerte de un individuo en la nación. Las naciones se modifican por la influencia de los agentes exteriores, de la misma manera que su elemento constituyente, el hombre, que parece no estar dotado de ninguna inercia fisiológica y sufrir la acción de estos agentes exteriores sin poderla resistir. El tipo nacional prosigue, pues, su desarrollo físico é intelectual á través de una serie de transformaciones y de fases que responden exactamente á las que atraviesa el individuo: la infancia, la adolescencia, la juventud, la virilidad, la vejez y la muerte.

Esta progresión regular puede sufrir perturbaciones procedentes ya de causas exteriores, ya de causas interiores. Si una nación, por ejemplo, abandona la región del globo que habita, por otra cuyo clima, estaciones y aspecto de la naturaleza son del todo diferentes, en todas sus partes se manifestará espontáneamente un movimiento que durará siglos, sobrevivirá á la desaparición de numerosas generaciones y no cesará sino cuando se haya alcanzado un estado de armonía con las nuevas condiciones. Durante este período de transformación muchos elementos habrán sido destruídos, la nación misma quizá habrá corrido el riesgo de desaparecer totalmente ó de perecer;

pero una vez terminada la transformación, desde este nuevo punto de partida las cosas volverán á su curso regular como anteriormente. Está fuera de duda que cuando estas modificaciones sucesivas hayan ido á parar á una modificación profunda del tipo, tal como un cambio en el color de la piel ó en la estructura del esqueleto, numerosos siglos habrán transcurrido, é innumerables generaciones habrán pasado de la vida á la muerte.

En cuanto á las perturbaciones interiores que por su naturaleza afectan á la marcha de una nación, la principal es la mezcla con sangre extranjera, perturbación cuyos resultados son susceptibles de apreciación casi matemática. Si esta mezcla no se realiza más que accidentalmente y en débiles proporciones, sus efectos no serán sensibles por mucho tiempo aunque en realidad duren siempre. Es este un hecho perfectamente conforme con las observaciones de los filósofos que reconocen que si una población poco numerosa se mezcla con otra más considerable, no alterará á esta última más que temporalmente y que pocos años después el cambio producido no será ya apreciable, por más que la influencia perturbadora exista no obstante siempre.

Hagamos esto sensible por un ejemplo: dejad caer una gota de líquido en otro líquido de diferente naturaleza y añadid sucesivamente nuevas cantidades de este último; al principio podéis fácilmente comprobar la alteración producida; pero á medida que extendáis la solución la cosa se hace más difícil, hasta que poco después no podéis ya apreciar alteración alguna; la gota primitiva está allí siempre sin embargo como al principio, pero disfrazada, por decirlo así, por el segundo líquido.

Si consideramos ahora el caso de una gran nación en la cual se fundiera otra nación numéricamente mucho más débil, parece al pronto que podríamos, después de haber consignado hasta qué punto se ha verificado la mezcla de sangre extranjera, medir la alteración causada en el tipo primitivo, pero no debemos olvidar que entra aquí en juego una segunda fuerza muy enérgica que tiende á restablecer la homogeneidad: la influencia de las condiciones físicas del medio ambiente. Obra sobre el nuevo ele-

mento que por sí mismo no es inerte, tiende sin cesar á ponerle en armonía con las nuevas condiciones y la hace así pasar por la misma serie de fases que atravesó el elemento primitivo con el cual se ha mezclado.

La homogeneidad de una nación se halla de este modo asegurada por el concurso de dos causas eficaces distintas: la primera la fusión gradual é inevitable, la segunda la tendencia á armonizarse con las circunstancias físicas exteriores.

El cuadro que nos presenta la historia de las naciones ó grupos de hombres es, pues, incesantemente vario. Debemos admitir que la humanidad se ve lanzada en las vías de un movimiento continuo, que no marcha á ciegas, sino que por el contrario sigue un camino perfectamente definido. Cualquiera que sea su estado actual, siempre es transitorio. Todas las instituciones humanas son pues también de naturaleza transitoria. El tiempo hace nacer nuevas circunstancias exteriores; las ideas se modifican y con ellas las acciones. Las instituciones humanas han sido frecuentemente defendidas y sostenidas por el poder político; pero la ayuda que de él ha recibido ha contribuído muy poco á su permanencia; pronto ó tarde en efecto la sociedad sufre una transformación correspondiente á la de las circunstancias exteriores. Estas instituciones que se le han impuesto dejan de estar en armonía con su nuevo estado y si puede retardarse algo su ruina, no por eso es menos cierta. Para que semejantes sistemas puedan subsistir es absolutamente necesario que encierren en sí mismos los elementos de una transformación en su verdadera dirección, es decir, en la que está destinada á seguir la sociedad de que se trata. Esta última condición es absolutamente esencial y por no haberla tenido en cuenta es por lo que han caído muchas instituciones. Muy comunmente dejamos á un lado esta influencia preponderante que rige las acciones humanas y nos mostramos dispuestos á creer que las cosas de este mundo marchan á merced del libre arbitrio del hombre. Hasta en la vida individual nos dejamos engañar por la misma ilusión. Vivimos ordenadamente muy convencidos de que cada una de nuestras acciones es el resultado de nuestra pro-

pia ilusión ó de la de las personas que nos rodean y esta ilusión no se desvanece hasta el fin de nuestros días en que reconocemos que nuestra vida ha pasado luchando contra una corriente que á despecho de todos nuestros esfuerzos ha concluído por depositarnos en la playa á que estábamos destinados.

He indicado en las páginas precedentes las analogías que existen entre la vida de los individuos y la de las naciones; pero hay todavía otra de que debemos hablar.

Las naciones mueren como los individuos. Su nacimiento presenta un elemento étnico; su muerte, que es el espectáculo más solemne que nos sea dado contemplar, puede ser resultado de causas interiores ó de causas exteriores. Los imperios no son más que granos de arena en el reloj del tiempo y caen espontáneamente en virtud de su mismo crecimiento.

A una nación como á un hombre no le gusta ver su último día. Recurre á expedientes en la esperanza de prolongar su estado actual. Olvidando que el cambio es la condición de la existencia, crea leyes é instituciones con la ilusión de que serán eternas. Eminentes hombres de Estado de los tiempos modernos han convertido en principio la idea de conservar las cosas, tales como son ó más bien tales como eran; pero el reposo no es lícito á la humanidad. Podrá estar momentáneamente encadenada, pero siempre concluirá por romper sus ligaduras y tanto más violentamente cuanto por mayor tiempo haya estado atada. Nadie puede detener el curso del destino.

El tiempo, para las naciones como para el individuo, no tiene valor absoluto; su duración depende del grado de actividad del pensamiento y de la facultad de sentir. Por la misma razón que el año es efectivamente más largo para el niño que para el adulto, se puede decir que la vida de una nación es más larga que la de otra nación si se atiende á su modo de desarrollo. El origen, la existencia y la muerte de las naciones dependen pues de las condiciones físicas, resultado de leyes inmutables. Las naciones no son más que formas transitorias de la humanidad, y como las formas de transición que nos ofrecen las series animales, es necesario que desaparezcan. No les

pertenece la inmortalidad como tampoco es permanente el embrión bajo cualquiera de las múltiples formas que pueda revestir en el curso de su desarrollo.

La vida de una nación sigue de esta manera curso regular regido por ley invariable y, por consiguiente, cuando queremos comparar diversas naciones no debemos dejarnos engañar por sus situaciones actuales y transitorias; deberemos por el contrario desdeñarlas y aplicar solo nuestra atención al conjunto de las fases de la carrera que han recorrido.

Por más que estén expuestas á desastres, las naciones, en efecto, progresan continuamente como el individuo; nunca vuelven sobre sus pasos y van siempre adelante hasta cuando tienden á disolverse, semejantes al individuo que siempre adelanta en la infancia, en la virilidad y hasta en la misma vejez. Tenía razón Pascal cuando afirmaba que el conjunto de las generaciones que se han sucedido desde que el hombre existe, puede asimilarse á un solo y mismo hombre vivo que está aprendiendo continuamente. En uno y otro caso, el progreso, inesperado ciertamente alguna vez, no se realiza, sin embargo, de una manera brusca. En cada edad nacen acontecimientos é ideas nuevas, consecuencia de acontecimientos é ideas anteriores, y que á su vez influyen sobre el porvenir más remoto. Según que estos acontecimientos y estas ideas se presenten simultáneamente ó á intervalos de tiempos muy lejanos, la vida nacional, como la individual, marcha con más ó menos rapidez; rapidez que depende de la energía de la acción y de la actividad del pensamiento. Pero cualesquiera que sean esta energía y esta actividad, como los acontecimientos y las ideas proceden siempre de acontecimientos é ideas anteriores, el observador atento podrá en todo caso, aun en medio de las más violentas sacudidas intelectuales, asegurarse de que existe una ley á la cual obedecen las variaciones continuas de las opiniones humanas.

En el estudio de la civilización europea que vamos á emprender, debemos naturalmente fijarnos en los hechos intelectuales. Los progresos del poder territorial y del poder político no nos ofrecen sino datos mucho

menos importantes y que apenas nos servirán para otra cosa que para corroborar los resultados obtenidos. La inteligencia humana se manifiesta de cinco maneras diferentes: en la filosofía, en la ciencia, en la literatura, en la religión y en el gobierno. Naturalmente debemos comenzar estudiando aquel miembro de la familia europea que más haya adelantado en la vida intelectual, y tratando de discernir los caracteres esenciales de su desarrollo.

Podemos esperar fundadamente que los demás miembros de la familia nos ofrezcan un medio de desarrollo análogo al de Grecia, y que Europa entera, que es la reunión de diferentes familias, ha debido proseguir, á través de los siglos, una carrera completamente semejante.

Necesariamente no conocemos nada de la Europa de los tiempos prehistóricos; pero, á falta de historia, tenemos la ayuda de la teología y de la filología comparadas. Partiendo de estos primeros tiempos, estudiaremos minuciosamente el movimiento filosófico que tan tempranamente se produjo en Grecia, trataremos de determinar su carácter en las épocas sucesivas y por ende juzgarle en conjunto. Felizmente para nosotros tenemos para esta tarea una fuente de numerosas informaciones suficientemente precisas. Quedaranos luego por mostrar que el desarrollo intelectual del continente entero se ha operado de manera semejante, por más que necesariamente comprenda un período de tiempo mucho más considerable. Nos apoyaremos siempre y basaremos nuestras conclusiones en los ejemplos que nos ofrezcan las poblaciones primitivas de los demás continentes de Asia, Africa y América.

Siendo de naturaleza análoga al progreso intelectual de Grecia el de Europa, y siendo á su vez aquél semejante al de un individuo, podemos, para facilitar nuestras investigaciones, dividirla en períodos arbitrarios y distintos por más que se pierdan imperceptiblemente unos en otros. A estos períodos sucesivos aplicaré las denominaciones siguientes: 1.º edad de credulidad; 2.º edad de examen; 3.º edad de fe; 4.º edad de razón y 5.º edad de decrepitud. Cada una de estas denominaciones será el

título de los diferentes capítulos en que se dividirá mi obra.

Esta posibilidad de dividir el desarrollo de todo un continente en edades distintas y sucesivas que correspondan respectivamente á las edades de la vida intelectual (infancia, adolescencia, juventud, virilidad y vejez); es para nosotros fuente de muy instructiva lección. Es la misma lección que nos han enseñado nuestras investigaciones relativas al origen, conservación, distribución, extinción de los animales y de los vegetales y al equilibrio que existe entre ellos; la misma lección que nos han enseñado las variaciones de forma y aspecto del hombre individual con el clima, las de su estado social, las variaciones seculares de sus opiniones y, en fin, el progreso del dominio de la razón en la sociedad. Esta lección es que el mundo está regido por una ley inmutable.

Esta concepción se impone por sí misma á la inteligencia humana por su majestuosa grandeza. La hace entrever lo eterno á través de la confusión de los acontecimientos presentes y de la sombra que envuelve á los pasados. Ella nos muestra lo imposible más allá de la vida, de los placeres y de los sufrimientos de la humanidad; lo inexorable, más allá de nuestros deseos, de nuestras necesidades y de nuestros males. Dejando al individuo bajo la vigilante mirada de la Providencia, nos muestra á la sociedad bajo el peso de las leyes de la naturaleza, leyes que nunca varían, que nunca dudan, que nunca fallan.

Estas leyes primordiales, aunque inmutables, universales y todopoderosas en el universo, no son en manera alguna incompatibles con la libre acción del hombre. La apariencia que toman las cosas depende, en efecto, por completo del punto de vista en que nos colocamos. Perdidos en el tumulto de populosa ciudad, no vemos sino acciones humanas. Y si formamos una opinión fundada sólo en nuestra experiencia, ciertamente deduciremos que el curso de los acontecimientos está exclusivamente determinado por los caprichos de la voluntad humana. Pero si nos elevamos á suficiente altura, perdemos de vista los conflictos pasajeros y dejamos de oír el ruido de las disputas. Reconocemos que la impor-

tancia de la acción individual disminuye á medida que se extiende el panorama debajo de nosotros, y si pudiésemos alcanzar el verdadero punto de vista filosófico, el punto de vista más general, y emancipándonos de todas las influencias y de todas las trabas terrestres, elevarnos bastante para abrazar de una ojeada el mundo entero, la vista más sutil no podría hacernos distinguir la menor huella del hombre, de su libre arbitrio ó de sus obras. Veríamos á la tierra proseguir su marcha irresistible y girar día y noche con matemática precisión; la veríamos con las formas conocidas de sus continentes y de sus mares, no ya oscuras y dudosas, sino brillando con la luz planetaria, y entonces podríamos preguntarnos qué ha sido de todas las aspiraciones, de todas las ansiedades, de todos los placeres y de todos los dolores de la vida; entonces, dudando de nuestra propia experiencia, podríamos preguntarnos si la incertidumbre humana se agita realmente allí donde domina una gloria eterna, si en este mundo que se mueve con uniformidad tan majestuosa y tan potente, se ocultan realmente la debilidad y la impotencia del hombre. Y sin embargo, es muy cierto que el libre albedrío y el destino, la incertidumbre y la fatalidad coexisten por más que se contradigan y que todos ellos están bajo la mirada siempre despierta de la Providencia. El punto de vista es únicamente el que lo ha cambiado todo; si le acercamos, discerniremos el resultado sucesivo de los trabajos humanos; si le alejamos, realizaremos la visión panorámica de la Divinidad. Un filósofo indio ha hecho observar con exactitud que quien se detenga en la margen de un río, ve correr ante sí sus diferentes partes, en tanto que quien se coloca más alto, ve la masa entera como inmensa cinta de plata inmóvil en medio de la campiña; para aquél el río simboliza la acumulación sucesiva de la experiencia y de la ciencia humana: para éste el conocimiento instantáneo é inmediato de Dios.

¿Hay algo en el mundo que no lleve la marca de una duración efímera? En lo que concierne á los seres animados, en la mayor parte el término de su carrera es tan corto, que por decirlo así, los vemos nacer y morir ante

nuestros propios ojos. Si los consideramos, no ya como individuos sino como raza, la conclusión viene á ser la misma, sólo que lo que allí eran algunos días son aquí algunos siglos. Esta evidencia de lo efímero de la duración la encontraremos siempre si de la naturaleza animada pasamos á la inanimada. El mar está continuamente reformando sus playas, y por resistente que sea la masa de las montañas, se desgasta continuamente por la acción de las nieves y de las lluvias; aquí se levanta nada menos que una vasta región; allí se deprime; en ninguna parte nos es dado encontrar algo que no cambie.

Las formas son transitorias: sólo la ley es eterna. ¡Qué inmensa distancia de las formas visibles á la ley que las rige! De lo finito, de lo pasajero, de lo contingente y de lo condicional pasamos á lo infinito, á lo eterno, á lo necesario y á lo absoluto.

De esta ley es de la que voy hablar en este libro. Tengo que determinar la parte de la ley imperecedera en este mundo compuesto de formas pasajeras, y mostrar cómo el hombre la obedece en todo el curso de su desarrollo social. De las ilusiones fantasmagóricas, en medio de las cuales vivimos, conduciré al lector por una ruta que quizá considere él penosa á este algo más tranquilo y más poderoso que se oculta detrás de ellas. Yo elevaré sus pensamientos de lo tangible á lo invisible, de lo finito á lo universal, de lo mutable á lo invariable, de lo transitorio á lo eterno; yo elevaré su pensamiento, de las acciones muertas y frágiles que ocupan la vida del hombre, á los actos preconcebidos é irrevocables de la voluntad divina.

CAPÍTULO II

Europa: su topografía y su etnología.

Geográficamente hablando, Europa es una Península; bajo el punto de vista histórico no es más que una dependencia de Asia.

Su eje de construcción está formado por la extremidad occidental de la larga cordillera que se extiende del mar del Japón á la bahía de Vizcaya, cordillera irregular y muy quebrada, una de cuyas vertientes termina hacia el Sur en numerosas penínsulas, mientras la segunda se extiende hacia el Norte en inmensas mesetas. El punto culminante de la cordillera está en el Mont-Blanc, que alcanza 4.800 metros sobre el nivel del mar. Las dos vertientes no están igualmente inclinadas sobre el eje de la cordillera; las pendientes de la vertiente meridional son mucho más escarpadas y cortas que las de la septentrional. Así es como Alemania y Holanda no son sino prolongación de las inmensas llanuras de Asia, pudiendo pasar un ejército de las playas del Océano Pacífico á las del Atlántico sin encontrar montañas cuya altura pase de algunos centenares de pies. Es el camino que siguieron las hordas orientales cuantas veces se precipitaron sobre el Occidente, y este hecho de las frecuentes invasiones de los asiáticos en Europa se explica naturalmente por el diferente nivel de ambos continentes; la elevación media del continente asiático sobre el nivel del mar es de 344 metros, mientras la del continente europeo es de 204 tan sólo. El continente europeo, con sus innumerables manantiales y corrientes, sin ríos que opon-

gan serios obstáculos, goza así de una temperatura muy favorable para las operaciones militares, estando, en efecto, comprendido en la zona interna de 10°, más allá de la cual la viña deja de crecer y de la que el jabalí no pasa.

Construída de este modo, no sólo es Europa fácilmente accesible del lado de Asia (y es un hecho que ha representado gran papel en su historia) sino que el paso de una de sus regiones á otra cualquiera es facilísimo también; además la línea de sus costas es de tal modo quebrada y forma tan gran número de golfos y bahías que, relativamente á su superficie, es Europa, de todos los continentes, el que mayor desarrollo de límites marítimos presenta; el continente europeo tiene un kilómetro de costas por 250 kilómetros cuadrados de superficie; el continente africano un kilómetro de costas por 990 kilómetros cuadrados de superficie.

La temperatura media anual de las regiones de la vertiente meridional varía de 15° á 21°, pero va decreciendo en la vertiente septentrional hasta las costas de la Nueva Zembla, donde el suelo está constantemente helado. En Europa como en las otras partes del globo, el clima no depende solamente de la latitud; se halla modificado también por influencias extrañas, entre las cuales es necesario distinguir muy principalmente la de la gran corriente atlántica, el *gulf-stream*, y la del desierto de Sahara. A esta última se deben los calores anormales del Mediodía de Europa, y al *gulf-stream* el clima templado de Irlanda, Inglaterra y del Occidente del continente. Si no hay desiertos en Europa, tampoco hay los bosques impenetrables de los trópicos. De las costas occidentales de Portugal, Francia é Irlanda á las regiones del Este, la humedad atmosférica va constantemente decreciendo hasta que desaparece por completo en Asia en el desierto de Gobi. No hay en Europa, como en Asia, inmensas superficies geográficas uniformes, y por consiguiente no podemos encontrar en nuestro continente carácter tan marcado de unidad en las razas que lo pueblan.

El *gulf-stream* y los vientos del Sudoeste no solamente dan al continente europeo temperatura más templada,

sino que le dan también vegetación más lujuriosa, porque la cantidad de lluvia que cae es uno de los elementos que influyen especialmente sobre la actividad de la vegetación. La América del Sur debe sus bosques maravillosos á la abundancia de lluvias, mientras á su falta debe Australia sus árboles sin sombra, de hojas agudas y encogidas. También por consecuencia de la falta de humedad, el desierto de Gobi, en vez de los jardines de Francia, no presenta más que plantas leñosas recubiertas de parduzco vello. La influencia de las condiciones físicas predomina en el mundo vegetal lo mismo que el mundo animal.

Gracias á sus montañas, á los vientos del Sudoeste y al *gulf-stream*, las regiones occidentales de Europa gozan de lluvias abundantes y de una temperatura media muy favorable; pero á medida que se adelanta hacia el Este, disminuye el número de lluvias, decrece la cantidad absoluta de aguas llovedizas y de nieve, y descende la temperatura media. La altura del agua que cae, por ejemplo, sobre la vertiente occidental de Noruega, es anualmente de dos metros, mientras que la que cae en la vertiente opuesta no es más que de medio metro. Por la misma razón es Irlanda húmeda y verde, y en el condado de Cornualles el laurel y la camelia pueden soportar el invierno.

Las seis comarcas donde más llueve son: Noruega, Escocia, Sudoeste de Irlanda é Inglaterra, Portugal, Norte de España y Lombardía. Estas seis comarcas son regiones montañosas. En general la cantidad de lluvia disminuye del Ecuador á los polos, pero también depende bastante de la elevación del suelo, cuyo efecto es compensar con ventaja el de la latitud. En toda Europa las condiciones meteorológicas sufren el influjo de los Alpes. La influencia de las montañas no sólo determina la cantidad absoluta de lluvia, sino también el número de días lluviosos de cada año: una estación será en efecto lluviosa si al mismo tiempo se encuentra acumulada gran cantidad de humedad en la atmósfera. Por consecuencia de esto, las estaciones lluviosas serán más frecuentes en las costas del Océano Atlántico que en el interior, donde el viento llega más seco y desembarazado de la mayor

parte de su vapor acuoso, que se ha precipitado en las montañas. Así sucede que en las costas occidentales de Irlanda llueve 208 días al año, 150 próximamente en Inglaterra, 90 en Kasan y sólo 60 en Siberia.

Cuando la temperatura atmosférica desciende suficientemente, el agua se condensa y cae en forma de nieve. En general la cantidad de nieve y el número de días en que cae va creciendo hacia el polo. En Roma hay al año día y medio de nieve, 5 $\frac{1}{2}$ en Venecia, 12 en París y 17 en San Petersburgo. Todas las causas que toman parte en la distribución del calor influyen necesariamente en la formación de la nieve. Entre estas causas deben contarse el *gulf-stream* y la altitud local; gracias á su influencia es tan rara la nieve en las costas de Portugal; desde el año de 1806 al 1811 no ha nevado ni un sólo día en Lisboa. Todos los hechos que vamos enumerando atestiguan que las condiciones físicas de Europa ofrecen en todas partes sus contrastes y que es casi infinita en ella la variedad de climas. De esto podemos deducir que la raza humana ha debido sufrir modificaciones muy diversas en Europa.

Si arrojamos una mirada sobre un mapa de líneas isothermas mensuales, quedaremos sorprendidos á la vista de las sinuosidades tan variadas que describen á uno y otro lado de la línea media, haciéndose convexas hacia el Norte á la aproximación del verano y cóncavas á la aproximación del invierno. Estos cambios de posición se operan con rapidez variable y abrazan espacios que están muy lejos de ser insignificantes. Por ejemplo, la línea isoterma de 10°, que en el mes de enero pasa por Lisboa y el Sur de Morea, se traslada en el mes de julio á las costas de Laponia, más allá del mar Blanco. Las líneas isothermas de Europa y Asia, semejantes á las cuerdas vibrantes de algún instrumento gigantesco, oscilan regularmente, pero necesitan un año para completar una oscilación.

Las circunstancias físicas afectan á la raza humana en todo el universo: hacen del australiano un salvaje, haciendo incapaz al negro de inventar un alfabeto ó una aritmética, y condenándole á no poderse elevar más arri-

ba de las prácticas de la más baja superstición; hacen de la leche manjar delicioso para el tártaro y repulsivo para el indio americano, y hacen también que instintivamente sean mineros y trabajadores de metales los miserables habitantes de Europa. Sin embargo, el hombre, con la ayuda de fuerzas artificiales, ha llegado á superar los obstáculos que le oponía la temperatura y á poder vivir en todos los climas; ha construído habitaciones calientes para el invierno y frescas para el verano; ha tomado el hábito de cambiar de vestidos según las estaciones, y por fin ha descubierto el fuego. Sólo esta invención de la luz artificial ha bastado para retrasar el término de su existencia; permitiéndole, en efecto, utilizar las horas de la noche, le ha impulsado á más activo comercio con sus semejantes, ha endulzado sus costumbres, pulimentado sus maneras, ennoblecido sus gustos y, en una palabra, ha contribuído quizá más que cosa ninguna á civilizarle y á desarrollar su inteligencia. A la diversidad en las circunstancias físicas responde necesariamente la diversidad en los tipos nacionales, y allí donde haya varios climas existirán necesariamente varias formas humanas. Hallaremos más tarde en este hecho el secreto de la energía de la vida europea y la clave del desarrollo de la civilización en nuestro continente.

¿Quién negará hoy la influencia de los días lluviosos en nuestra economía industrial y en el estado mismo de nuestro espíritu? ¿Qué poder no tendrán las condiciones meteorológicas sobre los pueblos bárbaros, débilmente protegidos, mal vestidos y peor abrigados? ¿Quién negará que el habitante del Mediodía experimenta dificultad creciente en conservar su existencia á medida que adelanta hacia los rigurosos climas del Norte? Hay una relación natural entre la temperatura media de una comarca y los alimentos que instintivamente buscan sus habitantes; el siciliano se contenta con manjares farináceos y algunas frutas, en tanto que el noruego necesita provisión abundante de carne, y el lapón no aceptará esta carne si no se le da condimentada con grasa de oso ó aceite de ballena. El estado meteorológico obra también muy activamente sobre el estado moral. La propensión á

la embriaguez no es más que una consecuencia de la latitud. En una palabra, la naturaleza de los alimentos, el sistema de habitaciones y el modo de vestir están en relación con las líneas isotermas.

En virtud de relaciones semejantes, las poblaciones europeas dan todos los años un paso hacia el estado de completa homogeneidad. Las invenciones de las artes tienden incesantemente á igualar en todas partes las condiciones climatéricas y meteorológicas, y esta igualación tiene por efecto no sólo nivelar las costumbres, sino también eliminar hasta las divergencias fisiológicas. El resultado general de estas invenciones es identificar las influencias á que está expuesta la raza humana. El hombre se acerca de este modo cada vez más y en todas partes á un tipo medio, y esta progresión hacia la conformación común, nótese bien, implica necesariamente otro progreso semejante hacia la comunidad de sentimientos, de costumbres y de manera de pensar. En la extremidad de las vertientes de la gran cordillera meridional encontramos tres vastas Penínsulas: Grecia, Italia y España. A la primera corresponde incontestablemente la primicia en el desarrollo de la civilización europea. No escuchando más que á su patriotismo, pretendían los griegos poseer el clima más favorable á la raza humana; más allá de sus montañas colocaron el asiento de las tinieblas cimerias, el eterno invierno, Bóreas, el tirano siempre tiritando. El hombre de las edades primitivas consideraba como su enemigo mortal al frío; con ayuda de sus conocimientos ha sabido triunfar de los obstáculos que le oponía, y ahora sostiene la lucha contra el calor, lucha todavía más penosa y de éxito más dudoso.

Más allá de estas tres penínsulas está el mar Mediterráneo, que limita por el Mediodía el Continente en una costa de 3.200 kilómetros próximamente. Los mares Negro y de Azof son dependencias suyas, y comprendidos éstos presenta una línea de costas de 21.000 kilómetros y una superficie de 2.500 miriámetros cuadrados. Forma dos vertientes: la del Este y la del Oeste. La primera tiene capital interés histórico, puesto que fué la cuna de la civilización europea. La occidental está comprendida

entre la Península italiana, Sicilia, el Cabo de Bon y el Estrecho de Gibraltar. La temperatura del Mediterráneo es 10° más elevada que la del Atlántico; la evaporación es, pues, más activa en aquél, y sus aguas son, por consiguiente, más saladas que las del Océano: son azules, y cuando llegan á tener gran profundidad aparecen verdes.

Durante siglos innumerables el suelo de Asia ha experimentado lento movimiento de elevación, que ha modificado profundamente su topografía, así como la de su anejo Europa. El gran desierto de arena de Gobi era en otro tiempo el lecho de un mar que comunicaba con el Báltico por el Caspio. Para adquirir la prueba de este hecho basta consultar los mapas, cuya publicación no se ha terminado todavía, de las épocas silúrica y terciaria: ellos prueban de manera irrefutable que el cambio de lugar de Europa en muchos sitios ha sido mayor de 600 metros. Semejantes movimientos necesariamente han debido modificar profundamente la flora y la fauna de estas regiones, porque los efectos de una elevación de ciento y pico de metros equivalen á los de una disminución de un grado en la temperatura media anual ó á los de una dislocación horizontal de 96 kilómetros al Norte. Todavía no ha terminado este lento movimiento de elevación. En diferentes ocasiones, desde los tiempos históricos, se ha revelado en Europa por las terribles invasiones de las hordas nómadas de Asia, forzadas á abandonar las comarcas trastornadas por estos alzamientos que convirtieron en árido el suelo antes fecundo. Los testimonios históricos dan como cierto que varios ríos de Asia, entre ellos el Oxus y el Yaxartes, quedaron en seco durante muchos años. Es natural ver en los hechos de este género las causas de las muchas invasiones que ha registrado la historia en lugar de atribuir las, como se acostumbra ordinariamente, á la ambición de algunos jefes belicosos ó al aumento excesivo de población. Sin duda estas regiones del Asia Central, tan favorables al desarrollo de la raza humana, estaban particularmente expuestas á los peligros del aumento excesivo de la población; sin duda también han podido ser puestas en movimiento por jefes emprendedores, pero el historiador moderno no puede prescindir de las leyes bien

establecidas que regulan el incremento de la población, ni olvidar que todo un sistema de pruebas científicas ha hecho un axioma de la movilidad de la corteza terrestre que se levanta en un punto y se hunde en otro. Las grandes invasiones de Europa por las hordas asiáticas se han realizado tan bruscamente y con violencia tal, que no pueden atribuirse á la presión lenta y continua del incremento de la población; han tomado también proporciones que meras ambiciones belicosas no pueden justificar. No otra cosa que la irresistible necesidad de huir de las calamidades inevitables de un trastorno físico ha podido arrojar de su suelo natal á tribus enteras, que arrastraban consigo en su marcha desesperada á los viejos, á los niños, á los carros y á los rebaños. La única vía abierta á estas hordas seguía un paralelo de latitud y no un meridiano, y, por consiguiente, según lo que hemos visto en el capítulo precedente, han debido mudarse y avanzar con más facilidad en esta dirección que si hubieran seguido otra cualquiera. Las revoluciones geológicas han representado importante papel en la historia de la humanidad, lo mismo en Asia que en Europa. No han dejado del gran mar interior del continente asiático más que el Caspio, que se ha encontrado aislado del Báltico. Ciertamente también son las que en Europa han sugerido la tradición de un diluvio anterior, tradición que se encuentra en el origen de la historia griega. Quizá también una de esas revoluciones abrió el Bósforo de Tracia. En épocas menos alejadas encontramos á cada paso los resultados de grandes acontecimientos geológicos: el comercio por medio de caravanas ha cesado en el Asia Menor por consecuencia de los cambios de nivel del suelo y de la acumulación de las arenas llevadas del desierto por los vientos; la marcha de los cimbrios hacia Italia no ha tenido otra causa que la inundación de sus tierras por las aguas del mar. No hay una comarca en Europa que no haya ofrecido hechos semejantes: las bocas del Rhin no son lo que eran en tiempo de los romanos; el continente de Inglaterra ha sido arrancado en no pocas millas de extensión. La línea de costas del Mediterráneo se ha transformado por completo: las ciudades que en otro tiempo estaban en la

orilla están ahora bastante tierra adentro; otras ciudades han sido cubiertas por el mar; islas como la de Rodas han surgido del seno de las aguas; el Norte del Adriático, en otro tiempo golfo fecundo, no presenta hoy más que bajos fondos; por otra parte, torres y templos inclinados atestiguan que el suelo se ha deprimido. En la extremidad opuesta de Europa, en Escandinavia, la región del Norte se ha elevado gradualmente por cima del nivel del mar; esta elevación, que es próximamente de cuatro pies por siglo, aumenta á medida que se marcha hacia el Norte y se extiende á una superficie de varios centenares de kilómetros cuadrados; la parte Sur, en cambio, experimenta lenta depresión.

Estas dislocaciones del suelo no son más que la continuación del movimiento que se produce de innumerables siglos á esta parte. Desde la época terciaria dos tercios de Europa se han levantado por cima de los mares: las costas de Noruega se han alzado 200 metros, los Alpes 300 y 400 los Apeninos. La naturaleza de los intereses y de las ocupaciones del hombre está ligada íntimamente al carácter del suelo que habita, y es imposible que tan grandes cambios se hayan realizado sin engendrar consecuencias políticas de análoga importancia.

Desde los tiempos primitivos se encuentran en Europa dos elementos distintos de población: una colonia indo-germánica vino del Este y rechazó á los poseedores del suelo, á unos hacia el Norte y á otros hacia el Sudeste. Estas poblaciones primitivas acusan por sus caracteres fisiológicos estrecho parentesco con la raza mongólica. Ciertos hechos de considerable importancia hasta permiten admitir que igualmente salieron de Asia y que habían desalojado las poblaciones autóctonas de Europa. Pero dejando esto aparte, tomemos como punto de partida las poblaciones que hallamos establecidas en el centro y en el Norte de Europa, poblaciones de bárbaros que creían en la hechicería, y cuya existencia se hizo muy difícil á causa de los rigores del clima. Hacia el Mediodía el medio ambiente más conveniente favoreció el nacimiento de una civilización: las groseras construcciones ciclópeas como las ruinas de Orcomenes, la Puerta de los Leones de Micenas y el subterráneo del lago Copaix, no son quizá más

que sus reliquias. ¿En qué época invadió á Europa esta colonia indo-germánica? Esto es lo que no podemos decir. La filología, única que nos puede auxiliar en esta tarea, nos induce á creer que los conquistadores no habían alcanzado más que un estado de civilización incipiente. Conocían el empleo de los animales domésticos, los carros y el yugo, conocían también embarcaciones provistas de timones y de remos, pero les era totalmente desconocido el uso de las velas: se ha comprobado, en efecto, que las palabras que significan *barco*, *timón* y *remo* son comunes á todas las lenguas habladas por las diferentes familias de la raza primitiva, mientras que las palabras que designan el *mástil* ó la *vela* difieren en las lenguas de dos familias vecinas.

En la mayor parte de las lenguas indo-europeas las palabras que designan los diversos miembros de la familia, *padre*, *madre*, *hermano*, *hija*, *hermana*, son idénticas, y lo mismo puede observarse respecto de gran número de términos tomados entre los más usuales, tales como los que significan *casa*, *puerta*, *ciudad*, *camino*. Se ha observado también que en todo lo referente á los trabajos de la paz son los términos comunes á los diferentes dialectos, y que, por el contrario, los términos de guerra y de caza son especiales en cada lengua. Todos estos hechos prueban que la vida nómada y pastoril era la de esos invasores venidos de Asia; los vocablos que requiere este género de vida se han difundido efectivamente á largas distancias y en todas direcciones: tales son los que significan *labrar*, *moler*, *tejer*, *cocer*, *cocer al horno*, *coser*, *hilar*; tales son también las palabras que designan el trigo, la carne, los alimentos, los vestidos; tales también los nombres de los animales comunes al Asia y á Europa, *el oso* y *el lobo*, y, en fin, los términos relativos á la organización social, como *déspota*, *rey*, *reina*. Los números de 1 al 100 comunes al sánscrito, al griego, al latín, al lituano y al gótico; pero no ocurre lo mismo con el número 1.000, de lo que ha deducido la filología comparada que en el momento de la emigración el sistema decimal había ya nacido, quizá de la costumbre de contar por los dedos, pero que estaba todavía muy distante de la perfección. El mar

era totalmente desconocido de los habitantes del Asia Central: así, después de haberse dispersado al Norte y al Sur, le dieron nombres diferentes. Conocían, sin embargo, la sal, como se ha comprobado indagando la etimología de la palabra. No es sólo el examen de los vocablos de las diversas lenguas indo-europeas, sino también el estudio de sus gramáticas, lo que nos induce á suponerlas de común origen. Max Müller, en efecto, ha probado que en sánscrito, zend, lituano, eslavo y gótico, así como en latín, las diferentes formas del verbo *ser* no son sino variedades de un mismo tipo primitivo; ha mostrado igualmente «que entre la lengua de los Vedas y la que hablan hoy los reclutas lituanos en Berlín, la analogía es mucho mayor que la que existe entre el francés y el italiano, y que las formas gramaticales estaban definitivamente constituidas y establecidas antes de la primera dispersión de la familia arya.»

Preciso es, no obstante, guardarse de apurar demasiado estas inducciones sacadas del examen del vocabulario y de la gramática de una lengua; el estado de civilización de los indo-germanos, revelado por este examen, debía necesariamente ser muy inferior al del centro de donde había salido; así sucede cuantas veces se produce un movimiento de emigración, porque no es la parte ilustrada y civilizada de la comunidad la que emigra voluntariamente, sino la parte en que predomina el carácter físico y animal; un tronco perfecto puede muy bien producir una rama todavía grosera. El movimiento que aquí consideramos, corresponde necesariamente á remotísima época; pero no tan remota como parecía indicarlo el estado de civilización de los invasores. En Asia, el progreso social ha tenido siempre lentísima marcha, y apenas encontramos la raza arya, ya en el dominio de la historia, ya en el de la filología, la encontramos tratando ya de las cuestiones filosóficas y teológicas del orden más elevado, y resolviendo satisfactoriamente ciertos problemas que sólo inteligencias muy cultas podían formular. El desarrollo de la civilización india debía, pues, comprender ya considerable espacio de tiempo.

Lo que sobre todo nos interesa es la naturaleza de las

relaciones que necesariamente hubieron de existir entre los conquistadores y los habitantes primitivos que desalojaron, y también el modo con que se realizó la fusión de ideas de unos y otros desde que la sangre de ambas razas se mezcló. A consecuencia de semejante fusión hallamos entre los primeros habitantes de Grecia la hechicería de los celtas unida al politeísmo de los indios, y no hay duda alguna de que la mayor parte de las concepciones filosóficas que caracterizan la teología primitiva de Europa, han sido importadas de Asia.

En el origen de los tiempos históricos, habíase ya producido cierto estado de equilibrio ó reposo, tanto bajo el aspecto social como bajo el fisiológico, que había sucedido al desorden é inestabilidad que largo tiempo después del establecimiento de los asiáticos habían debido reinar. Se necesita, en efecto, mucho tiempo para que la nación conquistadora y la nación conquistada hayan perdido todo recuerdo de sus luchas, y hayan llegado á vivir mezcladas una á otra sin disturbios, y sin retroceso posible á su antigua enemistad: mucho más tiempo todavía antes de que una raza invasora haya podido ponerse en armonía con el clima de las nuevas regiones que ocupa. La economía humana no se modifica sino muy lentamente, y hánse consumido innumerables generaciones antes de que la piel haya tomado su color definitivo y el esqueleto la estructura definitiva que las nuevas condiciones físicas le asignan. En la época en que comienza la historia de Europa, estos cambios habían ya tenido tiempo de producirse, estando ocupada ya su superficie por poblaciones perfectamente conformadas para las condiciones meteorológicas y geográficas circundantes; habíase obtenido ya un estado de equilibrio étnico. A lo largo de cada línea isoterma se encontraban razas humanas, derivadas cada cual en diferente sentido del tipo primitivo y teniendo cada una un género de vida conforme con las condiciones del medio ambiente que la rodeaba; razas destinadas á verse dispersadas, algunas hasta á extinguirse á consecuencia del nacimiento ó de la creación artificial de nuevas condiciones físicas incompatibles con la continuación de su existencia.

Ya en Europa se preparaba la repetición de los acontecimientos de que en época inmemorial había sido Asia teatro. Ya se mostraba la civilización ante las naciones establecidas á orillas del Mediterráneo, que gozaban de más dulce y favorable clima; la línea isoterma de esta región es en enero de 5 grados y en julio de 23 grados centígrados. La agricultura se perfeccionaba, la actividad comercial crecía, y como consecuencia necesaria, el arte comenzaba á nacer y la riqueza á acumularse. Las penínsulas del Sur de Europa eran ya tentadora presa para los jefes belicosos de las naciones del centro. Lo mismo había ocurrido en Asia.

Europa salía así de la barbarie, habiendo perdido todo recuerdo de las relaciones que antiguamente había tenido con la India, y de las que, sólo por el estudio de las palabras y de la gramática de sus diversos dialectos, hemos podido encontrar algo. A la creencia en la hechicería, que le era propia, había mezclado el culto de los astros, venido de Oriente y cuyas leyendas no tenían ya para ella su verdadera significación. Las ficciones de que en un principio eran objeto los cuerpos celestes, no habían tardado en hacerse personales, habiéndose aplicado en seguida á los héroes y á los dioses. Donde quiera, en efecto, cree el hombre, bárbaro todavía, en la hechicería, en la magia y en los encantamientos, el negro que vive bajo la línea equinoccial lo mismo que el lapón enano del círculo ártico; doquiera se ve fascinado por lo incomprendible. Para él todo ruido súbito, todo movimiento repentino, tiene su causa en un sér invisible; el sueño y las pesadillas, que ocupan un tercio de su existencia, le dejan convencido de la existencia de un sér sobrenatural, y ese mundo sobrenatural parece esforzarse en alejarle cada vez más; á cada caverna corresponde un genio, á cada río y á cada montaña un dios.

La teología comparada prueba que siempre el hombre, desde que ha abierto su espíritu á la idea de la existencia de seres invisibles, siente la necesidad de asignarles por residencia lugares determinados. Todas las naciones les han colocado fuera de la tierra y en cada mitología encontramos un paraíso y un infierno.

Los griegos admitían unánimes que los cielos estaban del otro lado de la azulada bóveda; respecto del infierno, las opiniones estaban divididas. Unos pensaban que el infierno era un abismo profundo, abierto en el interior de la tierra, y al que se tenía acceso por diversos parajes, tales como el de la caverna Aquerusia en Bitinia. Otros, mirando con Anaxímenes la tierra como inmensa hoja, flotante en el aire, sostenían la doctrina que dividía la tierra en dos regiones: á la izquierda el Tártaro, la región de las tinieblas, y á la derecha los Campos Elíseos, la región de la Aurora, estando por lo demás todas las partes del infierno á igual distancia de la superficie superior de la tierra. La opinión de estos últimos se acercaba más á la concepción primitiva que indudablemente colocaba el infierno en la parte inferior de la tierra, privada de luz. La entrada del infierno estaba al Occidente, donde el sol y los astros se ponen; pero acá y acullá algunos pasadizos podían conducir de una cara de la tierra á otra; tales eran los que habían tomado Hércules y Ulises. Al Oriente, se hacía la ascensión hacia los Campos Elíseos; el crepúsculo de la mañana era sólo un reflejo de la luz con que resplandecían.

Semejante interpretación de la naturaleza hace de la tierra el centro del mundo, y del hombre un sér preeminente para cuyo placer está ordenada toda la creación; este último, aun cuando ha llegado á una fase muy avanzada de su desarrollo intelectual, no puede nunca sin trabajo deshacerse de la opinión de que todas las cosas de la naturaleza no tienen en comparación suya, sino secundario valor.

El salvaje, que cree todavía en la hechicería, vive en continuos terrores; toda la naturaleza le parece hostil; las tinieblas le parecen ocultar horribles espectros y teme á cada instante que un sér malhechor surja de una piedra ó de un follaje. ¡Qué distancia de esta vida de incesantes terrores á esa otra fase de la existencia, en que el hombre está persuadido de que el universo entero sólo existe para él! Sin embargo, ¡hecho sorprendente! un solo paso le hace franquear esta inmensa distancia.

Durante la infancia de la raza humana, el hombre juz-

ga de las cosas por sus apariencias exteriores y acepta los fenómenos tales como se presentan, sin que su razón intervenga; así en esta edad las concepciones geográficas y astronómicas son las mismas en el universo entero. Esta uniformidad no es otra cosa que la consecuencia de igual uniformidad en el modo de proceder de la organización humana.

Estas conclusiones, idénticas en todas partes, pertenecen, sin embargo, exclusivamente á la infancia de la humanidad; el raciocinio acaba por intervenir y engendrar diversos modos de interpretación. Así nacen la geografía, la astronomía y la teología comparadas, idénticas al principio en todas partes, revelando en seguida divergencias, pero destinadas á terminar como empezaron, por la identidad.

Esta tendencia á la personificación, característica de la primera edad humana, ha producido la mayor parte de las concepciones mitológicas; así nacieron las horas, la aurora y la noche con su negro manto, sembrado de estrellas. La mitología tomó sus más hermosas ficciones de la astronomía y de la naturaleza; de las nubes hizo seres animados, dando almas á la tempestad, al rocío y al viento; el sol que se pone en medio de las nubes abrasadas se convirtió en Hércules sobre su pira: la aurora que se desvanece delante del sol de oriente, fué personificada en la historia de Orfeo y de Eurídice. Estas leyendas subsisten todavía en la India.

No debe creerse, sin embargo, que toda la mitología griega pueda interpretarse de este modo; harto haremos si, por el examen de las circunstancias en medio de las cuales habían vivido durante siglos las naciones europeas llegamos á comprender que habían olvidado muchas tradiciones que habían recibido primitivamente de Asia. La mayor parte de las nuevas concepciones que adornan la teogonía griega, habían nacido espontáneamente, y si gran parte de sus leyendas habían sido tomadas de otras regiones, más numerosas eran todavía las que se habían perfeccionado sucesivamente en el suelo mismo de Grecia. La primera tradición que sirve de base á esta teogonía es la del caos primitivo, reino desordenado de po-

tencias gigantescas, incomprensibles, que viene más tarde á reducir á la sumisión divino agente que restablece el orden en el imperio que acaba de conquistar. A este tema general se añadieron multitud de concesiones accesorias, astronómicas unas, morales otras, y sin duda también tradiciones históricas. Los desórdenes del caos se manifiestan por la guerra de los Titanes; su fin está marcado por el encarcelamiento de esos gigantes en el Tártaro. Cuando han sido definitivamente dominados, el orden comienza á nacer, y Atlas, hijo de Japeto, recibe la misión de sostener la bóveda de los cielos en el Occidente.

El gobierno de los imperios está representado por el reparto del universo entre Júpiter y sus hermanos: á Júpiter le tocan los cielos, á Neptuno el mar, á Plutón los infiernos; la tierra es su teatro común de acción. La moral está representada por los mitos de Prometeo y Epimeteo, el pensador de antes y el pensador de después, la historia por el diluvio de Deucalión y los sitios de Tebas y de Troya. La armonía entre la divinidad y la naturaleza humana encuentra su expresión en las tradiciones del nacimiento y del matrimonio de los dioses, de sus sufrimientos, de sus pasiones y de sus trabajos. Existe, en fin, un mundo sobrenatural con Centauros, Gorgonas, Harpías y Cíclopes.

En vano se procuraría, aunque muchos filósofos lo hayan intentado, reducir á un solo principio, astronómico ó moral, sistema tan heterogéneo, á cuya construcción han contribuido diferentes regiones y distintas edades. Ha sufrido la influencia de la infinidad de circunstancias locales que ha encontrado en el curso de su desarrollo, y como un cuento de los tiempos pasados, no puede ya adaptarse á las condiciones actuales de la existencia. Este sistema se recomendaba por sí mismo á un pueblo, que se complacía en acoger sin vacilar todas las ideas, por extrañas que fuesen, y todas las imposturas, por insostenibles que pudieran ser. Los dioses, los héroes y los monstruos podían, sin ofender á la verosimilitud, mezclarse con los hombres cuando no existía ni geografía, ni astronomía, ni reglas para llegar á la evidencia, ni principios en que las creencias descansaran; pero también semejante siste-

ma debía inevitablemente desmoronarse en cuanto el hombre empezara á preocuparse de los hechos; es decir, en cuanto la historia empezara á registrarlos y la filosofía á discutirlos. No fué, sin embargo, sin suscitar resistencias como se realizó la ruina de creencias, cuya existencia contaba varios siglos. Esta ruina no es obra de un día, sino el último término de una progresión de fases bien distintas: la duda nace al principio entre los crédulos; en seguida, los que quieren conservar el antiguo estado de cosas, la combaten; otros quieren todavía rejuvenecer, con ayuda de alegorías y de nuevas interpretaciones, creencias anticuadas, y, al fin, la división de las opiniones va á parar á la negación.

Antes de acometer la historia de este desarrollo intelectual, que causó la ruina del antiguo sistema, fuerza es que resumamos las ideas de los griegos del octavo siglo antes de Jesucristo. Para ellos la bóveda azulada es el suelo de los cielos en que habitan los dioses del Olimpo: por debajo se extiende la tierra, afecta á la residencia del hombre. Es plana y circular; en torno suyo está el Océano, origen de los ríos, que corren todos hacia el Mediterráneo, llamado así porque se le consideraba colocado en el centro de la tierra; el disco que forma la tierra con su cintura de mares soporta la bóveda celeste. Impulsados por divina fuerza, el sol y las estrellas abandonan el Oriente y ascienden á la cristalina cúpula; su ascensión es penosa, pero descienden más rápidamente al Occidente, donde desaparecen en la región de las tinieblas, sin que nadie pueda decir lo que en ella encuentran, ni cuáles son los peligros de su camino. Por la mañana aparece misteriosamente la aurora en los confines del horizonte; por la noche el crepúsculo, que se desvanece poco á poco. Como los cuerpos celestes, las nubes se mueven continuamente sobre la bóveda de los cielos, cambiando sin cesar de colores y de formas. Nadie sabe de dónde viene el viento ni adónde va; quizá es el soplo de la invisible divinidad que lanza el relámpago ó de la que pone su arco en las nubes. El hombre no puede contemplar sin deleite la llanura de esmeralda, la cúpula de zafiro que toca en los límites del argentado mar, siempre tranquilo, siempre corriendo. En

el interior de la tierra sólida, ó quizá en su superficie inferior, ó tal vez bajo el mundo, como se decía entonces, está el reino de Plutón, la región de la noche. En medio de su imperio, coronado por una diadema de márfil y sentado en un trono formado por macizas tinieblas, el dios sumerge sus miradas en el abismo sin fin, invisible á los ojos de los mortales, á quienes sólo se revela por el trueno nocturno, que es su arma. En este mundo inferior hállase también el reino á que van las almas después de la muerte; á su entrada, allí donde el sol se pone, se encuentran innumerables espectros: el Cuidado, el Disgusto, la Enfermedad, la Edad, la Necesidad, el Miedo, el Hambre, la Guerra, y con su hermano el Sueño, la Muerte, á quien en vano se trataría de dulcificar con oraciones y sacrificios. En esta región del olvido y de las tinieblas están el lago Averno, el Aqueronte, la Stigia, el Cocyto y el Flegetón de las olas de fuego. Allí se encuentran también toda clase de monstruos y seres terribles: Cerbero, el de las tres cabezas; Caronte, que pasea en su barca las sombras de los muertos; las Parcas, con vestidos de armiño bordados de púrpura; Erinnis, la vengadora; Radamanto, ante quien todo asiático debe comparecer y dar cuenta de su vida; Eaco, que juzga á los europeos, y Minos, el inflexible juez que decide del castigo. Allí también están los grandes criminales, cuyo destino debe servirnos de lección; los gigantes de pies de dragón, cuyos inmensos cuerpos yacen tendidos en el abrasado abismo; Flegias, condenado á temer eternamente el peñasco suspendido sobre su cabeza y que nunca cae; Ixión, encadenado á su rueda; las hijas de Danao, que en vano se fatigan por llenar su tonel; Tántalo, hundido en el agua hasta la barba y devorado por una sed que no puede aplacar; Sísifo, que trabaja como un desesperado para subir su roca, que siempre vuelve á caer. Más allá de estos lugares de desolación, á lo lejos, hacia la derecha, están los Campos Elíseos y el Leteo, el río del Olvido; el que bebe de sus aguas olvida todo lo que ha visto, aun cuando hubiera atravesado todo el reino inferior hasta el Oriente para volver á la vida y á la luz.

Si el interior, ó la superficie interior de la tierra está

habitada por fantasmas y por las sombras medio vivas de los muertos, la parte superior habitada por el hombre, tiene también su maravilloso. En su centro está el mar Mediterráneo, en cuyo torno se agrupan todas las regiones conocidas, llenas todas de misterios y prodigios. ¡Cuántos podríamos contar si siguiéramos á Ulises en sus peregrinaciones, ó á Jason ó á sus heróicos compañeros del navío *Argos* en su expedición para la conquista del vellocino de oro: las harpías, de formas inmundas, medio mujeres, medio pájaros; las Simplégadas, islas peñascosas que por sí mismas se acercaban una á otra aplastando á los imprudentes que se aventuraban en sus parajes, y que los dioses mantuvieron fijas desde que el navío *Argos* se les escapó por milagro; la comarca de las Amazonas; Prometeo clavado á su peñasco, y el buitre vengador que sin cesar le devora; Aletes y sus toros de pies de bronce, que vomitaban llamas y que Jason consiguió sujetar al yugo; Medea la encantadora, y el unguento maravilloso que obtenía por el cocimiento de las yerbas arrancadas del suelo que había recibido la sangre de Prometeo; el campo sembrado con dientes de dragón, y los hombres que salieron armados de pies á cabeza de sus surcos; la piedra mágica que les cortó en dos y obligó á las dos mitades á combatir juntas; el dragón cubierto de escamas que guardaba el vellocino de oro y que Jason adormeció con ayuda de encantado brevaaje; el río Fasis, cuyos rodeos siguió el navío *Argos* para llegar al mar exterior; el viaje de circunnavegación hasta las fuentes del Nilo; los argonautas, trasportando sobre sus hombros á traves de los ardientes desiertos de la Libia, su navío, que pronunciaba por sí mismo oráculos; la isla de la mágica Circe; la isla hospitalaria que, en lo recio de la tormenta, surgió del seno de las aguas para recibir á los argonautas; las flechas que les lanzó Apolo con su arco de oro; el hombre de bronce, obra de Vulcano que, cuando costeaban á Creta, les asaltó con inmensos bloques de piedra; su combate contra él y su vuelta á Yolcos, y, en fin, el rapto á los cielos del navío *Argos* por Minerva.

Tales fueron algunos de los incidentes de esa célebre expedición cuyos relatos encantaban á toda la Grecia an-

tes de que la Odisea se escribiese. El tiempo no me permite hablar de todas las maravillas que adornaban la geografía de aquellos tiempos: al Norte, la deliciosa comarca de los Hiperbóreos, jamás castigada por el invierno; al Poniente, el jardín de las Hespérides, donde crecían manzanas de oro; al Mediodía la inocente Etiopía, mansión querida de los dioses; en el Mediterráneo, donde hoy se alza Nápoles, las sirenas que atraían á los pasajeros con sus cantos; al lado Caribdis y Scila; en Sicilia los cíclopes, que no tenían más que un ojo, y los lestrigones que eran antropófagos; la isla Eritea donde Gerión, el gigante de tres cabezas, tenía para guardar sus bueyes un perro con otras dos; el loto de que se alimentaron los compañeros de Ulises y que les hizo olvidar su patria; la isla flotante de Eolo, los campos en que pacían los caballos del sol; las hidras, las gorgonas y las quimeras; Dédalo, el hombre volante, y la torre en que Danae era guardada. No había, en una palabra, río ni gruta que no tuviera su genio, ni isla ó promontorio que no tuviera su leyenda.

No podemos acordarnos de estos mitos de la antigüedad sin pensar con satisfacción que, en su mayoría, son verdaderamente indígenas y han florecido en el suelo europeo. Puede ser cierto, como lo han aseverado los filólogos, que hayan sido importados de Asia, pero bajo el cielo de Europa han germinado y se han desarrollado tan gallardamente. La mayor parte de las ficciones de la mitología griega responden mal al origen asiático que se las atribuye; su carácter de barbarie y de grosería se concilia mejor con el estado en que entonces se encontraba Europa. El ultraje que hace Saturno á su hermano Urano recuerda las costumbres salvajes del tiempo; en la historia de Baco se encuentran los hábitos de piratería de la época y en las aventuras de Europa y Elena los raptos de mujeres, tan frecuentes entonces. La tradición de la comida en que fué servido Itis nos atestigua que los griegos eran caníbales, y la amenaza que Laomedonte hace á Neptuno y Apolo de venderlos como esclavos nos muestra hasta qué punto se empleaba la fuerza para obligar al trabajo. La mayor parte de los héroes griegos viven en

la poligamia y llegan hasta á tomar por mujer á su propia hermana, crímenes de que da ejemplo el rey Olimpias mismo. En suma, la mitología griega revela indisputablemente un estado social muy poco adelantado. Las personificaciones, tan queridas de la raza humana en su infancia, abundan en esta mitología, y las formas que revisten no pueden pertenecer sino á una época de barbarie. Solo más tarde es cuando fueron acogidas las creaciones alegóricas, tales como la muerte, el sueño y las pesadillas, cuando el sistema primitivo había sido ya modificado por las ideas venidas de Lidia, Frigia, Asiria y Egipto.

No sólo la naturaleza intrínseca de los mitos griegos, sino también su desarrollo gradual nos autoriza á considerarlos como creaciones verdaderamente indígenas. La teogonía de Homero ha sido modificada por Hesiodo en varios de sus puntos esenciales; así es como coloca en época anterior la dinastía de Urano y altera el sentido de algunas otras tradiciones mitológicas, como las de los Cíclopes. La teogonía de Orfeo marca á su vez nuevo progreso; introduce nuevas ficciones y nuevos personajes, Zagreo, por ejemplo, el hijo de Júpiter y de su propia hija Perséfone. En realidad, apenas hay uno solo de los grandes y verdaderos dioses del Olimpo cuyo carácter no haya cambiado con la edad; considerada bajo este punto de vista, la filosofía jónica debe estimarse como la que marca el nuevo paso que debía darse inevitablemente en la senda del progreso. Esta filosofía, como pronto veremos, no fué sólo resultado de la expansión del genio griego y de la mejora necesaria de las costumbres griegas; una causa extraña, la apertura súbita de los puertos egipcios, realizada por el año 670 antes de J. C. vino á apresurar el efecto de estas dos influencias. La religión de los europeos se hizo más misteriosa y solemne, al mismo tiempo que la filosofía aprendió á conocer los errores de su cronología y sintió la necesidad de examinar más de cerca y más seriamente los sucesos del pasado.

La desgracia quiso que los jónicos, los primeros que se pusieron á filosofar, empezasen por rechazar las personificaciones de los elementos y por sustituir á Júpiter, Neptuno y Plutón con el aire, el agua y el fuego. La ruina

de las concepciones teológicas debía implicar infaliblemente la de las prácticas religiosas y pronto el filósofo renunció al culto de divinidades en cuya existencia ya no creía. Las oraciones y los sacrificios ofrecidos á simples fantasmas de la imaginación se hacían de todo punto superfluos; pero una vez despojados los elementos de sus personificaciones, pudieron ser estudiados científicamente, debiendo obtenerse en este camino importantes resultados.

La religión griega contenía en sí misma los principios de su propia destrucción, y únicamente con el propósito de dejar este hecho bien asentado he entrado en pormenores que tal vez ha encontrado el lector insignificantes é inútiles. Dos causas inevitables produjeron la ruina del sistema religioso de Grecia: los descubrimientos geográficos y el nacimiento de la crítica filosófica, doble hecho que merece toda nuestra atención, pues dos mil años más tarde se reprodujo lo mismo en mayor escala.

En lo que toca á los descubrimientos geográficos ¿cómo era posible que los prodigios del Mediterráneo y del mar Negro, los hechiceros, los encantadores, los gigantes y los monstruos del abismo sobreviviesen, cuando estos mares eran diariamente recorridos en todas direcciones? ¿Cómo era posible que se mantuviese la concepción de una tierra plana, terminada en el horizonte y rodeada de un océano exterior, cuando se habían fundado colonias en Galia, y los fenicios iban á buscar el estaño más allá de las columnas de Hércules? Resultó además que la gran vía comercial de entonces atravesaba precisamente las regiones en que la creencia general colocaba las más asombrosas maravillas. No sólo la ruina de los mitos geográficos que concernían á la superficie superior de la tierra era cierta, sino que era también de temer, y buen número de piadosos ciudadanos compartían estos temores, que pronto la misma ruina envolviese todas las creencias relativas á la parte de la tierra sumergida en las tinieblas. Así se llegó á tomar el único partido posible para ayudar eficazmente á las antiguas doctrinas, y hechos considerados hasta entonces como realidades se hallaron transformados en otras tantas alegorías, bajo las cuales se ocul-

taban los misteriosos tesoros del saber antiguo. No es menos evidente que un sistema obligado á apoyarse en semejantes expedientes, tiene ya poco tiempo de existencia.

Los descubrimientos marítimos no fueron los únicos que contribuyeron al descrédito de las tradiciones fabulosas y á la introducción de nuevas ideas; la expedición macedónica vino á su vez á abrir un nuevo mundo á los griegos y á ofrecerles verdaderas maravillas: climas de asombrosa variedad, inmensos desiertos, montañas cubiertas de eterna nieve, lagos salados lejos del Océano, animales gigantescos y hombres de religiones y colores diversos. Todas estas maravillas de la naturaleza, gracias al cambio incesante de relaciones que se había establecido entre Grecia y las colonias que había fundado en todas partes en Asia, no podían menos de hacer profunda y duradera impresión en el espíritu griego. Si las ideas de Europa pudieron, á través de la Bactriana, llegar al extremo Oriente, la misma vía y también otras estaban abiertas á las ideas de Asia para llegar á Europa. En la época en que principian las tradiciones históricas ciertas, eran los fenicios dueños del Mediterráneo. Europa estaba sumergida aun en la más completa barbarie. A las puertas de Asia, donde reinaba tan brillante civilización, el tracio desollaba á sus enemigos y se *tatuaba*; al otro extremo del continente el bretón se servía del ocre y del glasto para teñirse el cuerpo; las esculturas egipcias contemporáneas nos muestran á los europeos cubiertos de pieles como los salvajes. Doquiera los fenicios parecían establecerse instintivamente en todas las costas y en todas las islas y así consiguieron asegurarse largo tiempo la supremacía marítima. Poco á poco el espíritu aventurero se despertó entre los helenos. En 1250 antes de Jesucristo dieron la vuelta á la vela al Ponto Euxino creándose lucrativo tráfico de oro, pescado seco y trigo; es sin duda el origen del mito de la expedición de los argonautas. No tardaron, por sus hábitos de piratería, en adquirir funesta fama. En todas las costas robaban hombres, mujeres y niños y hacían así considerable comercio de esclavos; algo de él se ha conservado en el tráfico de mu-

jeros circasianas que aun se hace en nuestros días. Minos, rey de Creta, trató de poner fin á la piratería. Los esfuerzos que hizo para obtener la supremacía en el Mediterráneo fueron sucesivamente imitados por lidios, tracios y rodios; estos últimos crearon el primer código marítimo, que pasó en seguida á las leyes romanas. Durante este tiempo marinos tirios navegaban furtivamente más allá de las columnas de Hércules, visitaban las Canarias y las Azores, y traían el estaño de las islas Británicas, no descuidando precaución alguna á fin de mantener secreto el objeto de sus expediciones. Poco á poco los griegos, más atrevidos cada vez, se arriesgaron sobre las huellas de estos misteriosos navegantes, pero en tiempo de Homero no habían pasado de la cuenca oriental del Mediterráneo, é Italia era para ellos todavía región totalmente desconocida. Los focenses primero exploraron la cuenca de Occidente, donde una de sus colonias fundó á Marsella. Coleo de Samos, en fin, pasó las columnas de Hércules y penetró en el Océano Atlántico. Las primeras colonias griegas no tardaron en adquirir considerable importancia; estaban esparcidas por las costas, de Sínope á Sagunto, formando otras tantas factorías comerciales y focos de riqueza. En la antigüedad el que se entregaba al comercio marítimo era á la vez traficante y capitán de su barco y vendía su cargamento por pujas donde desembarcaba. El comercio primitivo del Mediterráneo era muy lucrativo, aunque se encontrase limitado al tráfico de esclavos, sustancias minerales y productos manufacturados; pues coincidiendo la vía que seguía con un paralelo de latitud, los productos agrícolas eran en todas las costas del Mediterráneo casi los mismos, y por consiguiente idéntica la demanda que de estos productos hacían las poblaciones. De las Casitéridas se importaba el estaño, del Báltico el ámbar y de Siria las telas teñidas y los metales trabajados. Doquiera que se establecía uno de estos centros comerciales, el gusto principiaba á nacer y la inteligencia á desarrollarse. Los etruscos, que tenían en sus manos el comercio del ámbar que se hacía en Germania nos han dejado numerosos testimonios de su amor al arte, y si han seguido siendo para nosotros un pueblo

misterioso, nos es muy difícil juzgarles tan severamente como lo ha hecho un eminente crítico de los tiempos modernos.

A la influencia de los descubrimientos geográficos vino á juntarse la de la crítica filosófica. Es hecho comprobado la expansión del genio griego después de la primera Olimpiada. El hombre, en cuanto ha alcanzado cierto grado de desarrollo intelectual, aplica invariablemente al examen de los acontecimientos pasados los nuevos recursos de que dispone. Habiéndole enseñado la experiencia que el curso del mundo es el mismo hoy que ayer, deduce sin vacilar que el mismo será mañana. No puede aguantar ya la menor solución de continuidad en la cadena histórica; la fe pasiva no pueda bastarle, y pretende juzgar los hechos pasados como juzga los que se ofrecen á su vista. La mitología no puede subsistir enfrente de la historia.

Las consecuencias de este principio se revelan con fuerza cada vez mayor inmediatamente después de la primera Olimpiada, en todas las ramas de la literatura griega. El espíritu griego llega pronto á avergonzarse de las fábulas que le encantaban en la infancia; unas leyendas son transformadas, otras renovadas, otras rechazadas definitivamente; los grandes trágicos excluyen uno por uno los antiguos mitos, y sólo los admiten en conjunto, mientras los poetas los revisten de nuevas formas, los alegorizan y no los aceptan ya sino como graciosos adornos. Hácese patente el abismo abierto entre los letrados y el vulgo; los grandes hombres del tiempo comprenden que es preciso, ó renunciar definitivamente á estas ficciones y quimeras, ó sustituirlas poco á poco con algo que esté más en armonía con la situación social é intelectual. Su ruina, sin embargo, no obtiene pública aprobación, ni aun en Atenas, donde el estado intelectual de la mayoría de los ciudadanos no les permite seguir siendo fieles á la creencia nacional. En vano tratan de hallar algo de verdad en esas leyendas á que habían dado crédito tantos piadosos é ilustres hombres, recomendadas por varios siglos de existencia, y cuya verdad era para el vulgo susceptible de demostración absoluta. Todos sus

esfuerzos fueron inútiles; la inteligencia había decididamente triunfado de la fe. Llegados á cierta fase de la existencia, la mayor parte de los hombres reconocen la falsedad de sus opiniones, soportando, no obstante, difícilmente que otro venga á recordárselo; los griegos estaban entonces en situación parecida. Su estado social más adelantado no les permitía ya responder á los ataques de los filósofos con una sentencia de muerte, pero sabían por todos los medios apurarles de tal modo, que no les dejaban elegir sino entre la ortodoxia y la mendicidad. Así es como habían desaprobado las reflexiones impregnadas de excepticismo que Eurípides pone en boca de sus personajes, y así se levantaban contra la impiedad del Prometeo encadenado de Esquilo. A estos sentimientos apeló también Aristófanes cuando quiso sublevar los ánimos contra Sócrates, probando una vez más que los que dudan son los más solícitos en denunciar las mismas dudas en sus semejantes.

Los poetas, volviendo al sentido común, no habían tardado en romper con la creencia nacional; lo mismo sucedió á los filósofos. Formóse en seguida la convicción unánime de que existía oposición radical entre la religión y la filosofía, en lo cual no se equivocaba la opinión pública; por el solo hecho de que el politeísmo ofrecía una interpretación teológica para cada fenómeno natural, se encontraba en declarado antagonismo con la ciencia. Los profesores científicos fueron los que realmente destruyeron la religión griega. Sócrates mismo no vaciló en denunciar esta tendencia de la filosofía natural, y en nombre de los principios mismos que sostenía condenaron los atenienses sus doctrinas; su buen sentido le había hecho adivinar que la ética del filósofo no ofrecía menos peligro. Sócrates desmereció de la ciencia no retrocediendo ante la sublevación de los odios religiosos contra los que combatían sus doctrinas, crimen que jamás deben perdonar hombres ilustrados. En la tragedia que sucedió á esto los atenienses no hicieron más que pagarle en la misma moneda. Las inmoralidades que se atribuían á los dioses debían seguramente haber atraído la atención de los pensadores, pero el fin esencial é inmediato de las escuelas

jónica é itálica fué establecer su doctrina de la providencia todopoderosa que gobierna el mundo. Estas dos filosofías, no contentas con reducir á una ficción el antiguo dogma de la omnipresencia de las divinidades olímpicas, tocaron á su existencia misma, no dejándoles ya hacer nada en el universo. En lugar de estas personificaciones pusieron la naturaleza impersonal ó los elementos, y en lugar de unificar las interpretaciones de la ciencia y las antiguas tradiciones, prefirieron modificar y retocar estas tradiciones para armonizarlas con los datos científicos. Más lejos veremos cómo este modo de obrar tuvo por consecuencia inevitable la exclusión de la divinidad del mundo que ha creado y la introducción de agentes naturales en lugar de los sobrenaturales. A Júpiter substituyó el aire, á Neptuno el agua. Hubo todavía, es verdad, filósofos que, como Sócrates, aceptaban en silencio las leyendas populares, y otros como Platón, para quienes era un deber hacia la patria permanecer fieles á las creencias nacionales; pero otros filósofos, y entre ellos Jenófanes, miraban la religión griega cual tejido de groseras imposturas que la sola fuerza del tiempo imponía á la nación.

Como tendré que hablar extensamente de la filosofía griega, no es oportuno por ahora extenderme aquí en más pormenores; para el fin que actualmente nos proponemos, basta haber tratado de mostrar que esta filosofía era radicalmente opuesta á las creencias nacionales, en todas las regiones y en todas las épocas, desde Tales hasta el último crítico de la escuela de Alejandría.

A los historiadores les ocurrió lo que á los filósofos, y el nacimiento de la historia verdadera produjo los mismos resultados que el nacimiento de la verdadera filosofía; una circunstancia especialísima vino todavía á juntarse en este último caso y á imprimir poderoso impulso al movimiento iniciado; cualesquiera que fuesen las ficciones admitidas respecto á los tiempos antehistóricos de Grecia, cedían con mucho, en antigüedad y en prodigios, á la historia actual de Egipto. ¡Cuál no debió ser la desilusión de Heródoto cuando descubrió que en la misma época, que era para él la de la edad heroica y fabulosa de Grecia, las cosas humanas seguían ya su curso ordinario

á orillas del Nilo, y eso desde tiempo inmemorial! Ninguno de los que se ocupaban en anotar los sucesos históricos podía menos de reconocer que una cronología, aplicada á hechos cuyos autores pertenecían al mundo sobrenatural, no tenía razón alguna de ser, y que era absurdo prestar los móviles y los pensamientos del hombre á seres que no son hombres. De ahí á rechazar la tradición en absoluto no había más que un paso, pues el espíritu verdaderamente filosófico no puede admitir dos medidas distintas para el pasado y el presente; pretende, por el contrario, que las acciones humanas y su encadenamiento han sido siempre las mismas, tanto en los tiempos históricos como en la época actual.

Este estado de cosas duró siglos enteros. Unos tras otros, los historiadores, los filósofos, los críticos y los poetas, habían abandonado las creencias nacionales y vivían bajo la incesante presión que sobre ellos ejercía el público; habían tomado el único partido posible, conformándose exteriormente con las prescripciones de la religión nacional. Heródoto no consigue conciliar las inverosimilitudes de la guerra de Troya con la experiencia que tiene de las cosas humanas. Tucídides no se atreve á expresar que no cree en ellas; Eratóstenes confiesa apenas que los viajes de Ulises están en contradicción abierta con los hechos geográficos por todos admitidos; Anaxágoras, acusado de impiedad, es condenado á muerte, y sólo por compasión del jefe del Estado ve su pena conmutada por la de destierro; Platón, que considera las cosas de un modo más general, deduce que es oportuno prohibir el estudio de las ramas superiores de la filosofía natural; Eurípides se ve apurado para justificarse de la acusación de herejía; Esquilo es condenado á la lapidación por haber blasfemado, y sólo se salva por su hermano Amintas, que le protege con su brazo, mutilado en Salamina; Sócrates es juzgado, y bebe la cicuta. Los mismos grandes hombres de Estado, como Pericles, comparten las opiniones condenadas. Nadie acierta á explicar la maravillosa desaparición de los semidioses y de los héroes, por qué no hay ya milagros, y cómo las acciones puramente humanas son ahora las únicas que llenan el mundo. El

vulgo ignorante estima que el descrédito de las antiguas tradiciones es una traición para con el pasado, y reclama con calor el castigo de los que le son sospechosos.

En medio de esta confusión y de todas estas disensiones no faltaban hombres que se esforzaban en reformar el sistema religioso. Algunos, los más adelantados intelectualmente sin duda, pedían que los sacerdotes renunciasen á los milagros, que las reliquias no tuviesen ya más importancia que la que exigían las condiciones intelectuales del vulgo, y que poco á poco fuesen dejándose á un lado; pedían igualmente que el antropomorfismo impío de los dioses dejara de ofender á la filosofía. Otros, menos avanzados, pensaban allanar todas las dificultades alegorizando los mitos; otros deseaban que se les pudiera transformar de modo que se les pusiera en armonía con el actual estado social, y otros, en fin, opinaban que se les interpretase en sentido enteramente nuevo. Uno, no pudiendo resolverse á negar el hecho de la guerra de Troya, pretende que lo que robó Paris fué sólo el εἶδωλον de Helena; para otro, expresiones que en otro tiempo acaso representaban hechos reales, se convierten en simples formas del discurso; otro todavía, no queriendo rechazar los atributos de las divinidades del Olimpo, sus acciones y pasiones enteramente humanas, pretende que en otro tiempo han debido existir bajo forma de hombres. Mientras uno denuncia la impudente impiedad de los que no comprenden el sentido alegórico de los mitos de la Iliada y los condenan, otro ve en sus héroes los elementos de la naturaleza, y otro, en fin, con la esperanza de conciliar con los progresos del sentido moral las acciones vergonzosas y perversas que se atribuyen á los dioses, las imputa todas á los demonios. Esta idea, recibida al pronto con entusiasmo, llegó á ser más tarde singularmente funesta para el politeísmo.

Mientras la fe nacional se iba así debilitando en las clases superiores, la multitud se abandonaba á la más increíble superstición; era la edad de las reliquias, de las estatuas que lloran y de las pinturas que mueven los ojos. Podíase aún — el vulgo lo creía — visitar en Metaponto los instrumentos que habían servido para la construcción

del caballo de Troya; en Queronea el cetro de Pélope; en Faselis la lanza de Aquiles, y en Nicomedia la espada de Memnón; los habitantes de Tegea mostraban todavía los despojos del jabalí de Calydón, y varias ciudades se jactaban de poseer el verdadero *paladium* de los troyanos. Había estatuas de Minerva que blandían la lanza, pinturas que podían enrojecerse y sudar, y multitud de reliquias y santuarios que hacían curas maravillosas. Los atenienses acostumbraban esparcir miel y harina consagradas á la entrada del abismo que habían abierto las aguas al retirarse después del diluvio de Deucalión, y nadie se hubiera atrevido á arriesgar una objeción respecto á la magnitud enteramente desproporcionada de la abertura. Estaba ahora probado que los astros y el espacio forman solos la bóveda celeste y ya no se creía que ésta fuese el suelo del Olimpo; pero cuando un poeta tenía ocasión de hablar de los dioses que desde la cima de los montes se habían lanzado á los cielos, sabía que por su propio interés no debía suscitar objeción alguna en nombre de la ciencia astronómica. No se toleraba alusión alguna desfavorable á los poemas de Homero; despersonificar al Sol era un crimen que se pagaba á veces con la vida. Era impío querer imponer leyes naturales en lugar de Júpiter y Neptuno, y si se sospechaba que se dudaba de que Helios y Silena fuesen dioses, preciso era justificarse públicamente como de un crimen. El pueblo permanecía afecto á la superstición. Por inconciliable que fuese con los progresos de la geografía y de las ciencias físicas y lejos de preocuparse de las contradicciones que tan vivamente habían chocado á los pensadores, el pueblo pretendía que podía prescindir perfectamente de toda evidencia histórica.

Es error palmario creer que el politeísmo conservó su poder y continuó subsistiendo hasta los tiempos de Constantino y de Juliano. Empezó realmente á perecer en el momento en que se abrieron los puertos egipcios. El movimiento principió en las clases superiores, y de allí se propagó lentamente á las clases medias de la sociedad. Durante varios siglos los descubrimientos geográficos, favorecidos por el desarrollo del comercio y la expedición

macedónica, trabajaron sin descanso, de acuerdo con la crítica filosófica, en la conclusión de la obra empezada; pero no parece que estas dos influencias hayan jamás obrado de modo eficaz sobre las capas sociales superiores. Con el tiempo una nueva influencia vino á agregarse á las precedentes abriéndolas paso entre las últimas filas de la sociedad: el nacimiento del poder romano. Este acontecimiento hizo al Mediterráneo y á las regiones vecinas teatro de prodigiosa actividad, y dió lugar á incesante cambio de relaciones en todas direcciones. Donde en otro tiempo apenas se veía un viajero aislado, encontrábanse ahora miles de legionarios, traficantes y empleados del gobierno romano con numerosos séquitos de esclavos; cada cual ahora podía observar y juzgar por sí mismo, mientras en otro tiempo sólo el historiador y el filósofo se ocupaban en el retiro de comparar las leyes, las costumbres y las creencias de naciones que apenas conocían. La multitud de dioses y diosas que en Roma se acogieron, sólo sirvió para envolverlos á todos en igual descrédito y ruina.

Puédese, pues, mirar el paganismo como irrevocablemente arruinado mucho antes de que hubiera triunfado el cristianismo. Los temores sin duda que tantos grandes hombres concibieron por el porvenir social, viendo al mundo amenazado por el más completo ateísmo, fueron los que les decidieron á sostener el antiguo sistema y á mostrarse también indulgentes para con las violencias á que tan frecuentemente había recurrido un populacho ignorante y sin juicio. Estaban lejos de prever que al sistema antiguo vendría á suceder otro nuevo, y que el remedio estaba tan cerca de ellos; cuando mucho lo hubieran esperado de Platón. Platón reconocía que es misión penosa y laboriosa cambiar radicalmente las ideas del vulgo, pero creía fácil hacerle aceptar nuevos nombres, si se le permitía conservar las antiguas cosas; así proponía regenerar el antiguo sistema é introducir nuevas formas y nuevas ideas más conformes al estado social actual. Hasta declaraba, y el porvenir le ha dado la razón, que el mundo se haría pronto á este cambio y le prestaría implícitamente su adhesión.

En esta descripción que acabo de hacer de los principios y de la decadencia de la religión griega, me he consagrado ante todo á poner de relieve sus rasgos esenciales. Su ruina no ha sido súbita, como se ha pretendido frecuentemente; no se ha realizado tampoco violentamente. La religión griega ha caído lentamente y por sí misma. Así, si es cierto que los negocios humanos progresan por ciclos periódicos; si el curso de los acontecimientos de la vida de un individuo se parece al curso de los acontecimientos de la existencia de otro individuo; si existen analogías semejantes entre las carreras que recorren las diversas naciones; si las mismas cosas deben reproducirse en intervalos de tiempo determinados; si todo esto es cierto, no es imposible que volvamos á encontrar más en grande en la historia de Europa la serie de sucesos que hemos hallado en la historia intelectual de Grecia. Si hay, en fin, para el espíritu humano determinada ley de desarrollo, ¿no estamos autorizados á esperar que los fenómenos que nos ha presentado una nación aislada aparecerán de nuevo en mayor escala cuando tengamos que tratar de todo un continente, y no tenemos razón al esperar que el estudio filosófico del pasado podrá, no sólo ayudarnos en la interpretación de los hechos de la historia de Europa en la Edad Media, sino también encaminarnos para prever el porvenir de la especie humana entera? El movimiento intelectual de Grecia fué absorbido, es verdad, por el movimiento intelectual más lento, pero más gigantesco de Europa meridional; pero el movimiento particular de un continente puede hallarse perdido en el movimiento general del mundo, absolutamente como la ola que se desliza por la superficie del mar siempre dilatándose, desaparece en el movimiento más impetuoso de las grandes olas. La crítica filosófica, los descubrimientos científicos y la actividad intelectual nacida de la concentración del poder político fueron sobre todo los que obraron sobre el modo de pensar de los griegos; la crítica filosófica y los descubrimientos científicos han ejercido la misma influencia predominante en Europa durante los cuatro últimos siglos. Evóquense las consecuencias que produjo el establecimiento del Imperio romano, el

cambio incesante de relaciones á que dió lugar entre todas las naciones de la cuenca del Mediterráneo; recuérdese cómo las antiguas formas del pensamiento desaparecieron ante él después de haber resistido á todos los ataques, abriendo paso á un modo uniforme de pensar; no nos neguemos, en una palabra, á buscar en el pasado enseñanzas para el porvenir, y no se dudará de que la increíble facilidad que la locomotora ofrece en nuestros días y las maravillosas invenciones con que nos hemos enriquecido sean los precursores positivos de inmensa revolución filosófica.

Una de las fases de la existencia de un pueblo más penosa de contemplar es la que atraviesa en el momento en que va á dejar el yugo de la imaginación por el de la razón. El hombre está hecho de tal modo, que mucho después de haber descubierto los efectos de las ideas que reinan á su alrededor, teme sustraerse abiertamente á su dominación, y apremiado por la fuerza de las circunstancias se resuelve á vivir como hipócrita, aplaudiendo públicamente lo que su juicio condena. Este modo de proceder es de tal modo general cuando una nación atraviesa una crisis de este género, que hasta es lícito decir que entonces la hipocresía está organizada. Tal debió ser, creo yo, el estado de las cosas en la mayor parte del imperio romano en el momento en que empezó el cristianismo. La opinión pública había renunciado ya á las antiguas ideas, pero su poder político había sobrevivido á su poder intelectual, y de ahí los funestos efectos de que acabamos de hablar.

Preciso es decirlo, sin embargo: este mal es, hasta cierto punto, inherente á la naturaleza de las cosas, y sería una verdadera calamidad que la hipocresía nacional tuviera tanto que hacer para justificarse como la hipocresía individual. Toda sociedad civilizada está, en cuanto á la naturaleza de sus progresos, sometida á leyes precisas, y no puede apartarse de la línea que le prescriben sin exponerse á los mayores desastres. Sustraer bruscamente una sociedad al yugo de antiguas creencias, no es traerla la libertad, sino lanzarla á aventuras políticas; así los grandes hombres de Estado no vacilan en autorizar, y

hasta en mantener por la fuerza, prácticas que han perdido su significación primera, y cuya base intelectual ha sido ya minada. La verdad no se hace poderosa sino por grados: obra, ante todo, sobre la razón, siendo su influencia entonces puramente intelectual é individual; extiende en seguida su esfera de actividad, crece con la influencia moral que ejerce, sobre todo, por medio de la opinión pública, y sólo al fin conquista por sí misma el poder físico y político. La hipocresía organizada pertenece al período durante el que se opera esta transición. Conseguir que una nación se someta al imperio de nuevas ideas no es obra de un día.

CAPÍTULO III

Digresión sobre la teología india y la civilización egipcia.

Llegados una vez á este punto de nuestro estudio sobre el desarrollo intelectual de Europa, oportuno es que examinemos á la ligera dos influencias extrañas que obraron sobre él: la influencia de la India y la de Egipto.

Después de haber consignado en el precedente capítulo el parentesco existente entre las familias india y europea, no dejará de ofrecer interés la comparación entre el desarrollo intelectual de ambas razas. El movimiento intelectual de la más antigua nos indicará el camino que debe seguir la segunda, y el fin á que se dirige. A cada paso, en nuestra época, vemos surgir de las obscuridades de la moderna metafísica las antiguas ideas del Oriente; estas ideas marcan una fase intelectual, que deberá indudablemente atravesar el espíritu indo-europeo, y si consideramos el entusiasmo con que han sido acogidas en China y en el Oriente entero, quizá podamos extender nuestras conclusiones de la familia indo-europea á toda la raza humana. Por eso mismo vemos también cuán vano y poco filosófico es esperar que las antiguas poblaciones de Asia vuelvan á un estado de civilización tal como el nuestro. Las condiciones intelectuales que caracterizan semejante estado han existido en otro tiempo en Asia y no reaparecerán ya; esas añejas razas no tienen más recurso que avanzar todo lo lejos posible en el camino que siguen, y perecer después, dejando paso franco á nuevas razas regeneradas y diferentemente constituídas. La marcha de

la vida jamás es retrógrada: el anciano achacoso no puede volver á la completa confianza de la edad viril, como el joven no puede recobrar las ociosas é inútiles ocupaciones que de niño le divertían, como el niño mismo se halla no poco lejos de la inocente credulidad de sus primeros años.

La teología primitiva de la India no existe para nosotros; sus principios se pierden en la noche de los tiempos antehistóricos, y en todo lo que nos ha quedado de la antigua filosofía de los indios encontramos ya multitud de concepciones antropocéntricas, aplicadas, es verdad, más bien al mundo moral que al mundo físico. Esta filosofía había ya llegado á la conclusión de que el hombre no tiene que preocuparse sino de sí mismo. «Tú estabas solo cuando naciste; solo estarás cuando mueras; solo cuando tengas que responder ante el tribunal del inexorable juez.»

Arrancando de aquí, el espíritu humano puede progresar en dos distintas direcciones: ó se dedica exclusivamente á considerar la naturaleza material ó elevándose á mayor altura y mostrándose más verdaderamente filosófico abraza el universo entero con el solo auxilio de las concepciones del espacio y de la fuerza. De estos dos modos de progreso hallamos respectivamente un ejemplo en los Vedas é instituciones de Manú y en el Budhismo. En ninguna de estas dos filosofías se encuentran las ideas en estado de simples abstracciones; acusan un fin moral y poseen tal poder de constructividad que no ha sido igualado ni aun por el sistema creado más tarde por los Papas. Estas filosofías reglamentan la existencia entera del individuo tanto como la de la sociedad, y han manifestado su poder en la fundación de organizaciones políticas, que por su grandeza y antigüedad merecen toda nuestra atención. Examinaré, pues, á la ligera el vedismo en primer término y en seguida el budhismo que le sucedió.

El territorio de la India está repartido entre climas muy diferentes: encierra las más altas montañas del globo é inmensos ríos, poseyendo una vegetación maravillosamente exuberante; allí las lluvias son periódicas y los monzones dan pábulo á las tempestades. No es, pues, ex-

traño que en pueblo tan familiarizado con los más imponentes espectáculos de la naturaleza se haya encontrado instintiva admiración hacia la materia y tendencias al culto de la naturaleza. Tales espectáculos producen, en efecto, indeleble impresión en el espíritu del hombre, y tanto más profunda cuanto más cultivado está.

Los Vedas, las Escrituras de los indios, son en número de cuatro: el Rig-Veda, el Yadjour-Veda, el Sama-Veda y el Atharvan-Veda; pasan todos por revelaciones de Brahma; la autenticidad del último no es por todos reconocida, y su lectura deja la convicción de que ha debido ser compuesto más tarde que los demás y en una época en que el poder jerárquico estaba ya fuertemente consolidado. La lengua de los Vedas es el antiguo sánscrito que ha precedido al idioma más reciente que hoy se conoce bajo dicho nombre. Forman los Vedas la base de una extensa literatura, Upavedas, Angas, etc., que son sus ampliaciones ó comentarios. Los Vedas apenas encierran más que himnos para las diferentes ceremonias públicas y privadas, oraciones, preceptos, leyendas y dogmas: el Rig, el más antiguo de los cuatro, está principalmente compuesto de himnos; los otros tres están consagrados á las fórmulas litúrgicas. Los Vedas no han sido todos compuestos en la misma época ni por los mismos autores; hasta parece averiguado que los primeros han sido escritos por sacerdotes, y los últimos por jefes militares. La base de las doctrinas védicas es la creencia en un Espíritu universal que penetra todas las cosas. Este Dios es necesariamente uno. «No existe en verdad más que un Dios, el Espíritu Supremo, el Señor del universo, de quien es obra el universo», el Dios superior á todos los dioses, que creó la tierra, los cielos y las aguas. El mundo, considerado así como emancipación de Dios, no es sino una parte de Dios mismo; su voluntad, manifestándose á cada paso, es la que hace subsistir al mundo, y si la mano de Dios se retirase un solo momento el mundo desaparecería instantáneamente. El mundo, tal cual es, sufre incesantes transformaciones, y cada cosa no hace constantemente sino acabar una fase de su existencia y pasar á otra fase nueva. En medio de todos estos incesantes mo-

vimientos apenas si se puede decir que el presente existe, puesto que el porvenir ha empezado ya cuando el pasado va á terminar.

Todas las cosas materiales son arrastradas de este modo en continuo movimiento, cambiando incesantemente de formas y ejecutando una serie de revoluciones, á cuyo término recobran su primitivo estado. Sólo en este sentido podemos decir que la tierra y los cuerpos celestes han tenido un principio, pues en realidad marchan siempre hacia inevitable destrucción, y después que hayan pasado innumerables siglos volverá á empezar otro movimiento semejante, y nuevas series de análogos acontecimientos seguirán produciéndose hasta lo infinito.

Hay, sin embargo, en esta doctrina de transformación universal algo más de lo que á primera vista se descubre en ella: en el fondo de la teología india se oculta el panteísmo. «Dios es uno porque es todo». Los Vedas, cuando tratan de las relaciones de la naturaleza con Dios, nos dicen que Él es la materia tanto como la causa del universo, «la arcilla tanto como el alfarero». Parecen admitir así que si existe donde quiera y en todas las cosas un espíritu de idéntica naturaleza que el alma humana, pero muy superior, la naturaleza material está, sin embargo, esencial é inseparablemente unida á este espíritu; así como el cuerpo del hombre se transforma continuamente, gastándose y renovándose alternativamente, ó (pasando al caso de la humanidad entera) así como las naciones nacen y perecen, sin que por eso deje de existir lo que puede llamarse el espíritu humano universal, asimismo, según los Vedas, están unidos para siempre la materia y el espíritu. Colocados en este punto de vista, no sólo debemos mirar al Sér Supremo como simple inteligencia superior que gobierna el mundo, sino también, y paralelamente á lo que vemos en el hombre, en quien no se manifiesta el principio espiritual sino por su asociación con el cuerpo, no considerar la materia, ó la naturaleza, ó el universo visible, sino como la manifestación sensible de Dios.

A los cambios que observamos en el cuerpo humano corresponden, aunque abarcando espacios y períodos de

tiempo inmensamente más considerables, los cambios que sufren los objetos visibles, y especialmente los astros. Sin embargo, cuando admitimos estas concepciones respecto á las relaciones mutuas de la materia y del espíritu, no debemos nunca perder de vista que «la materia no es, en nada, independiente de la percepción mental, que sér y perceptibilidad son dos nociones idénticas, que las apariencias y las sensaciones exteriores son ilusorias y se disiparían en seguida si la intervención divina, única que las mantiene, cesara un solo instante.»

En cuanto á la relación que existe entre el Sér Supremo y el hombre, el alma humana es una porción ó una partícula de ese principio que todo lo invade: la inteligencia universal ó el alma del mundo; esta partícula está momentáneamente apartada de su primitiva fuente y unida al cuerpo humano, pero está fatalmente destinada á juntarse á ella pronto ó tarde, tan inevitablemente como el río está llamado á perderse una vez más en el océano de que ha nacido. «Este espíritu — dice Veruna á su hijo — de que proceden todas las cosas, en que todas continúan viviendo, al que todas tienden á unirse y que á todas las absorberá al fin; este espíritu, aprende á conocerlo, es el Grande Uno». Multitud de consideraciones morales nos impiden dudar de la existencia del mal en este mundo, y como el alma es algo demasiado santo para poder sufrir sin mancha el contacto del mal, síguese de aquí que el alma es susceptible de hacerse indigna de volver á la fuente infinitamente pura de donde procede; de ahí la necesidad de la purificación. Pero los acontecimientos de la vida del hombre contribuyen más á menudo á aumentar la mancha recibida que á borrarla, y por otra parte, esta vida es con frecuencia demasiado corta para lavarla completamente. Por eso el tiempo consagrado á la purificación puede prolongarse más allá de la existencia de este mundo por la transmigración del alma á otro cuerpo; bajo cada una de estas nuevas formas el alma espía sus pecados, se ve sometida á incesantes pruebas y encuentra así ocasión de rescatar su indignidad y de merecer por segunda vez el perderse en el océano de la infinita pureza. De tal modo combinada, haciendo de toda la naturaleza ani-

mada un sistema de penitencia y purificación, esta doctrina de la transmigración de las almas engendra necesariamente, entre otras consecuencias morales, profundo respeto á la vida de los seres animados, sean los que quieran, hombres, animales ó insectos.

Nada semejante hallamos, en la filosofía europea, á esta importancia que da la teología india á las diversas formas de la vida animal. Para nosotros, la existencia del animal no tiene objeto. En Egipto, como veremos más adelante, la doctrina de la transmigración ha ido á parar á las mismas concepciones, pero ha sido gravemente alterada en sus aplicaciones prácticas por el vil fetichismo de las razas indígenas de Africa. Las clases ilustradas la acogieron, seducidas por su aspecto filosófico, y el vulgo se encariñó con ella porque en su aspecto práctico se conciliaba perfectamente con sus ideas idolátricas.

De semejantes dogmas teológicos nace por la sola fuerza de las cosas, un sistema religioso cuyo fin es apresurar la purificación del alma, á fin de que goce lo más pronto posible la verdadera dicha que sólo el reposo absoluto puede dar. Los medios de reducir el número de las transmigraciones del alma son: los ejercicios piadosos, la oración, la penitencia, y sobre todo profundas meditaciones sobre la existencia y atributos del Sér Supremo. Esta vida, enteramente contemplativa, ha sido la de gran número de santos hombres.

Tal es, bosquejada en sus rasgos esenciales, la teología védica. Los Vedas admiten además otros séres superiores al hombre, los dioses de los elementos y de los astros, y personifican también los atributos de la divinidad. Las tres divinidades védicas, Agni, Indra y Surya no son sin embargo divinidades independientes, pues todos los espíritus están comprendidos en el alma universal. Los Vedas no reconocen la trinidad de Brahma, Vichnú y Siva, adoptada más tarde por los Indos. Admiten el culto de los espíritus secundarios, tales como los de los planetas, los semidioses que habitan el aire, las aguas, los bosques; pero todos estos semidioses son mortales. Los Vedas predicán la caridad universal, hasta la caridad con los enemigos. «El árbol—dicen—no debe retirar su

sombra al leñador.» Las oraciones deben decirse tres veces al día, por la mañana, á medio día y por la noche; prescribese el ayuno, lo mismo que las abluciones antes de la comida; los presentes, ofrecidos en los sacrificios, consisten en flores, frutas y monedas de plata. En suma, la religión védica revela marcada tendencia al egoísmo; glorifica las más bajas aspiraciones y escita á la satisfacción de los apetitos carnales, á los goces de la mesa y de la fortuna. Carece en absoluto de espíritu de proselitismo, reemplazado por el principio de que todas las religiones son igualmente agradables á Dios, sin lo cual no hubiera fundado más que una, á cuyo lado su omnipotencia no hubiera tolerado ninguna rival. Nada hay en los Vedas que consagre la división en castas, nacida sin la menor duda durante las anteriores conquistas; en todo caso ha comprometido el progreso social, condenando á cada clase de la sociedad á la inmovilidad y concentrando jerárquicamente el saber y el poder. Ningún pasaje, ni en los Vedas, ni aun, por lo que se ha pretendido, en la literatura india entera, alude al amor de la libertad. Las razas asiáticas ignoran este sentimiento. Han pesado las ventajas de la libertad y las de la seguridad, y no han vacilado en preferir la última, abandonando la primera á los trabajos de las razas europeas. El valor de la libertad no se aprecia sino en medio de las luchas de la existencia activa; la vida del asiático es esencialmente pasiva, y sólo aspira á la tranquilidad. Para explicar esta especie de impotencia se ha dicho que no presentando el continente asiático zona alguna verdaderamente templada, las razas poco vigorosas de Asia se habían hallado durante siglos enteros en contacto con razas más fuertes y que habían concluído así por consumirse sus esfuerzos por la libertad. Podríase también decir que una nación, cuyo territorio no toca al mar, y que juzga impío aventurarse en sus aguas, no está hecha para comprender lo que es la libertad. De creer á los Vedas, parece que la condición de las mujeres no era en esta época tan limitada como lo fué después, y hasta que era general la monogamia. La inmensa extensión de los Vedas y el número de autores que en ellos han trabajado en dife-

rentes épocas, no permiten, sino en raras ocasiones, sacar de ellos deducciones sólidas; las diversas partes de que estas obras se componen, carecen de lazos que las unan entre sí; los ejemplares completos de los Vedas son rarísimos también, y los textos, en fin, á menudo alterados y restablecidos, han hecho nacer graves incertidumbres.

Las Instituciones de Manú son un Código de leyes civiles y religiosas; han sido escritas hacia el noveno siglo antes de Jesucristo, pero parecen pertenecer, como los Vedas, á diferentes épocas. Las concepciones panteístas están en ellas más resueltamente mezcladas con la doctrina de la unidad divina. Comprenden la descripción de la creación, de la naturaleza de Dios y del alma, y varias reglas que determinan los deberes del hombre en todas las fases de su existencia. El tono imperioso con que estas reglas se dan y la minuciosidad de sus pormenores, prueban que los sacerdotes habían llegado ya á un estado de adelantada cultura y que gozaban ya de ilimitado poder. Atestiguan superior civilización, pero también desmoralización profunda, y los crímenes cuya pena fijan son ya los de avanzadísimo estado social. Por su carácter arbitrario é inflexible recuerdan el sistema de los Papas, como por los consejos que dan á los reyes y la indulgencia que muestran por la inmoralidad, hacen pensar en esa sociedad italiana que tan fielmente se refleja en las obras de Maquiavelo. En lo que al hombre concierne, diferencian el alma del principio vital, afirmando que sólo este último es el que expía el pecado por la transmigración. Dividen la sociedad en cuatro castas: la casta sacerdotal, la militar, la industrial y la de los siervos. Hacen del brahman la primera criatura, y reglamentan su existencia del siguiente modo: una parte debe consagrarse á la abstinencia, otra al matrimonio, otra á la vida eremítica, y la última á profundas meditaciones; entonces «puede dejar la vida como el pájaro deja la rama de un árbol». Confían, en fin, el poder á un monarca absoluto asistido de siete consejeros y de una jerarquía administrativa; las rentas del estado se forman con los productos de la agricultura, tasas comerciales, tasas

pagadas por los negociantes y un impuesto personal de un día de trabajo al mes.

Las Instituciones, por sus principios esenciales, se parecen mucho á los Vedas, aunque hagan mayores concesiones á la superstición popular; pero esa es una de las condiciones de duración de todo sistema destinado á una sociedad compuesta de clases estacionadas en etapas distintas de su desarrollo intelectual. Ambas obras son panteístas, pues ambas consideran al universo como manifestación de Dios; ambas admiten la doctrina de la emanación; una y otra enseñan que el universo no tendrá sino limitada duración, que en cuanto le abandone la mano de Dios, todas las cosas, y aun los dioses secundarios, desaparecerán en la absorción general, y que en intervalos de tiempo prodigiosamente largos, nuevas emanaciones y absorciones seguirán sucesivamente reproduciéndose hasta lo infinito.

Los cambios que más tarde sufrió la teología india han sido resultado de la preponderancia obtenida por las clases inferiores sobre la clase filosófica que había en parte desaparecido. Según M. Elphinstone, la nueva teología se aleja cada vez más del monoteísmo, abandonando algunos de los antiguos dioses, introduciendo otros nuevos, y generalizando la adoración de los mortales deificados; esta doctrina de deificación humana toma tal extensión, que Indra y los demás dioses mitológicos temen á cada instante verse suplantados por simples mortales. Como el Dios invisible no tenía templo, y espíritus, incultos aún, no podían contentarse con abstracciones para objeto de su culto, se recurrió al politeísmo y á la adoración de las imágenes. Así se introdujo la trinidad de Brahma, Vichnú y Siva; Vichnú y Siva, sin embargo, no figuran en las Instituciones. Además de la gran trinidad hállanse catorce dioses principales, ángeles, genios, dioses penates y dioses lares como entre los romanos. Brahma no tiene más que un solo templo en toda la India, donde su culto jamás ha estado muy favorecido. Krichna es la divinidad favorita de las mujeres. La doctrina de la encarnación ha acabado también por prevalecer, y se cuentan innumerables encarnaciones de Vichnú. Abrese

paso la opinión de que la fe en un dios particular es más meritoria que la contemplación, los ejercicios piadosos y las buenas obras. Nuevo ritual, los dieciocho Puranas, compuestos entre los siglos VIII y XVI, reemplaza á los Vedas. Los Puranas encierran teologías, narraciones de la creación, especulaciones filosóficas y fragmentos históricos. Los Puranas no pueden considerarse como cuerpo general de doctrina, y todas las sectas han sabido encontrar en ellos argumentos; pero gozan no obstante de irrecusable autoridad. En otro tiempo concedíase á los sacrificios y á la mortificación la mayor eficacia; ahora se llega al mismo fin con la sola ayuda de la fe. La condición esencial de la salvación—dice el Bhagavad Gita, la Escritura de la escuela moderna—es el afecto á un maestro especial, cuya enseñanza para todo basta. La eficacia ahora reconocida de la fe y la facilidad de la expiación de los pecados por la penitencia han favorecido necesariamente la superstición y debilitado no poco las inteligencias; se espera ahora un paraíso con árboles floridos, cantos y fiestas sin fin, y se teme el infierno, que sólo ofrecerá llamas, tormentos y espectros espantosos.

Por más que la desaparición de las clases cultivadas haya tenido por consecuencia la gradual degradación de la religión, la tendencia de la filosofía india ha quedado sin embargo muy claramente marcada. Desde los tiempos más remotos se cuentan en la India seis filosofías distintas: 1.^a La primera Mimansa. 2.^a La segunda Mimansa ó Vedanta, fundada por Vyasa hacia el año 1400 antes de Jesucristo, y que ofrece una literatura de prodigiosa extensión. 3.^a La escuela lógica, que se acerca mucho á la de Aristóteles, hasta en los pormenores. 4.^a La escuela atomística de Kanada. 5.^a La escuela atea de Kapila. 6.^a La escuela atea de Patandjali.

Este gran sistema teológico apoyado en tiránica jerarquía no podía mantenerse sin conflictos; debía fatalmente ir á parar al budhismo, que se levantó como su antagonista. Un éxito de duración prodigiosa y sin semejante hasta nuestros días ha venido á dar razón á las palabras proféticas de su ilustre fundador, éxito que le ha

merecido el reconocimiento de la igualdad absoluta de todos los hombres donde hacía siglos que se sufría la opresión de las castas. El budhista admite la existencia de Dios, pero no del Dios creador, porque la materia es eterna como él. La materia es consciente, inteligente, y posee en sí misma una facultad inherente de organización, tanto que, si el mundo llegase á perecer, esta propiedad de la materia la permitiría reconstruir el mundo, regenerarle y destruirle de nuevo sin intervención de agente exterior alguno. Los budhistas están de acuerdo con los brahmines en lo que concierne á la doctrina del quietismo, la vida animal y la transmigración. No reconocen ni los Vedas ni los Puranas, no tienen castas y toman sus sacerdotes de todas las clases de la sociedad. Viven en monasterios, están vestidos de amarillo, van con los pies desnudos, sin barba y afeitada la cabeza; celébranse oficios sin cesar en sus capillas, donde arden el incienso y las antorchas; consagran por medio de monumentos y de templos las reliquias de sus santos; miran el celibato como particularmente meritorio, renuncian á todos los placeres de los sentidos y viven de limosnas. Preciso era que la humanidad hubiese ya dado algunos pasos en el camino del progreso para que pudieran existir semejantes cosas.

El budhismo apareció hacia el décimo siglo antes de J. C.; fué fundado por Arddha Chiddi, natural de Kapila, cerca del Napol. La época en que vivió su fundador es muy discutida; para los Avaros y Siameses vivía unos 600 años antes de J. C.; para los Cachemirenses hacia el 1332 y para los Chinos, Mogoles y Japoneses hacia el 1000. Las palabras sánscritas empleadas por el budhismo prueban por lo demás que ha salido de la India, donde se difundió rapidísimamente. Los misioneros lo llevaron en seguida á Ceylán, á Tartaria, al Tibet, á la China, al Japón, á Birmania, y hoy día el budhismo es la religión que cuenta con mayor número de fieles. Es muy reciente, á pesar del inmenso interés que presenta, el conocimiento de la historia de Arddha Chiddi y de su sistema. De familia opulenta y principal, dejó el mundo á la edad de 29 años, cansado de sus pla-

ceres. La vista de un cuerpo roído por la gangrena decidió de su conversión; abandonó á sus mujeres y se hizo religioso mendigo. Iba, según parece, envuelto en miserable colcha que había cogido sobre el cuerpo de una esclava. Profundamente convencido de la vanidad de las cosas de este mundo, se consagró á la meditación filosófica, y consiguió, á fuerza de austeridades, desentenderse de las esperanzas y cuidados mundanos. El hombre que llega á tal extremo, puede ejecutar grandes cosas. Dejando el nombre que había recibido de sus padres, hízose llamar Gotama ó «el que mata los sentidos», y más tarde Sakia Muni ó «el penitente de Sakia». Gotama había nacido á la sombra de un árbol; á la sombra de un árbol aprendió á vencer el amor del mundo y el temor de la muerte; á la sombra de un árbol predicó su primer sermón; y á la sombra de un árbol murió. Al cabo de cuatro meses no tenía todavía más que cinco discípulos: no se había pasado el año y contaba mil doscientos. Los veintinueve siglos que nos separan de él han visto nacer del budhismo, sectas que, por el número de sus adeptos, han superado á todas las demás religiones del globo, y la India es la única comarca que presenta hoy la misma religión que tenía al nacer Jesucristo.

Gotama vivió hasta la edad de ochenta años, su cuerpo fué quemado durante ocho días consecutivos. Algunos años antes de su muerte su sistema podía estimarse como definitivamente establecido. Por donde se ve que el éxito de una doctrina depende mucho menos de su naturaleza misma, que de la medida en que es susceptible de adaptarse á una organización práctica; el budhismo, cuyos principios iban sin embargo mucho más allá de los alcances del vulgo, se propagó con prodigiosa rapidez y ganó todos sus prosélitos por medio de la palabra, y no por el acero, como lo hizo el mahometismo. Algún tiempo después de la muerte de Gotama se reunió, para fijar los dogmas, un concilio de quinientos eclesiásticos; un siglo más tarde otro concilio; el segundo reglamentó las instituciones monásticas, y en el año 241 antes de J. C., el tercero decidió la expulsión de los adoradores

del fuego. Más tarde vino el rey Asoka, cuyo carácter presenta singular semejanza con el del emperador romano que convocó el concilio de Nicea. Como él, fué asesino de su propia familia, y como él, gracias al éxito de su política, pasó á los ojos de la posteridad por un gran príncipe, lleno de virtud y de piedad. Este rey Asoka, envió misioneros en todas direcciones y á todas las partes del imperio, y erigió monasterios espléndidamente dotados. La notable eficacia de las instituciones monásticas se descubrió muchos siglos después en Europa.

El budhismo, proclamando la igualdad de todos los hombres, se halló directamente en conflicto con la ortodoxia india, basada en la institución de las castas, conflicto que agravó singularmente el horror declarado de los budhistas á toda distinción entre los láicos y el clero. Para ser brahmin se necesita nacer brahmin, mientras que el sacerdote budhista podía tomarse de cualquier rango social. En el antiguo sistema, el matrimonio era necesario, puesto que sólo él podía renovar la casta sacerdotal; pero el nuevo sistema podía prescindir de él, y de ahí vino que el celibato y la castidad pudieran encomiarse como las mayores virtudes. La experiencia ha probado en Europa y en Asia el poder que tiene una jerarquía organizada bajo tales principios. Los Indos ortodoxos no tenían pues otro partido que tomar, que prevenir el peligro por sangrientas persecuciones, y pronto los budhistas fueron expulsados del suelo natal y se difundieron por el Asia oriental. La persecución es la que ha dado siempre más prosélitos á los sistemas que se proponía destruir.

El principio fundamental del budhismo es la existencia de un poder supremo, y no la existencia de un Sér Supremo, principio que parece excluir el panteísmo y conducir fatalmente al ateísmo. El budhismo rechaza la idea del Sér, la reemplaza por la de la Fuerza, y si admite la existencia de Dios, niégase á ver en El un Dios creador. Admite en el universo un poder motor, un principio existente por sí mismo y plástico, pero no reconoce un Dios personal y eterno. Rechaza la investigación

de las causas primeras como no pertenecientes á la filosofía, y estima que sólo los fenómenos deben ocupar nuestros limitados espíritus. Retiene la concepción de la Trinidad, concepción tradicional en Asia, pero la da mucho más alta majestad al hacerla impersonal. Esta Trinidad se compone del Pasado, el Presente y el Porvenir. Los dos últimos se representan en señal de actividad, con la mano derecha extendida, mientras el Pasado, que ha llegado al reposo, se representa con las manos juntas. El budhista no tiene Dios; no puede pues, aspirar á la absorción final como el brahmin panteísta, cuya alma, semejante á la gota de lluvia que cae en el mar, debe volver un día al Sér Supremo. No teniendo Dios el budhista, no tiene tampoco religión, sino solamente un conjunto de ceremonias religiosas.

Manifiesto es que lo impersonal y lo inmaterial dominan en este sistema, y que Gotama concibe la existencia de la fuerza pura sin hacer concesión alguna á la sustancia. Rechaza necesariamente toda intervención directa de un agente providencial. Pretende que el sistema de la naturaleza, una vez existente, debe continuar progresando, según las leyes invariables en virtud de las cuales ha nacido; el universo no es, pues, para él sino un gigantesco mecanismo. Los brahmines debían condenar en absoluto tales ideas, abiertamente hostiles á todo sistema fundado en el principio de que el mundo está regido por leyes fijas, porque sospechaban con razón que sistema de especie semejante tendía necesariamente á anular sus funciones de intermediarios entre la Divinidad y los fieles, y por consiguiente, á hacerles perder toda autoridad sobre estos últimos. Gotama niega también la existencia del azar, diciendo que lo que llamamos azar, no es otra cosa que una causa desconocida y fatal. En cuanto al mundo exterior, no podemos decir hasta qué punto está compuesto de apariencias engañosas ó de realidades, pues nuestros sentidos no poseen criterio alguno cierto de la verdad. Presentan, es cierto, á nuestro espíritu las imágenes de esas cosas que miramos como exteriores; pero si nuestro espíritu no obra de

acuerdo con los sentidos, nos hallamos entonces en estado de ausencia semejante al en que nos sumerge profunda contemplación, perdiéndose por esta vez la operación de los sentidos. Somos incapaces de determinar la relación que debe existir entre las condiciones exteriores y nuestro propio estado interior para que se produzcan conocimientos ciertos, y por consecuencia de esta incapacidad es incomprensible para nosotros el estado actual y absoluto de la naturaleza. Si conviene, no obstante, tomar en cuenta la flaqueza de nuestro espíritu y concedernos que realmente existe la naturaleza visible, debemos al menos considerarla como serie de formas transitorias y sucesión de incesantes transformaciones, de tal modo que nacen y se extinguen mundos, obedeciendo siempre á la ley primordial y sucediéndose unos á otros en intervalos de tiempo demasiado inmensos para que los podamos concebir.

Tales son las ideas de Gotama respecto á la fuerza suprema, al origen é historia del mundo sensible. Da pruebas de la misma habilidad en sus investigaciones sobre la naturaleza del hombre. Pidiéndonos ante todo en su lenguaje oriental lleno de imágenes que consideremos lo que se hace de un grano de sal arrojado al mar, previene todo error por nuestra parte, y nos afirma que no existe nada semejante á la individualidad ó á la personalidad, y que el yo no es otra cosa que una no entidad. Condenados por las flaquezas de nuestra naturaleza á no podernos desprender del influjo de la materia, nos es absolutamente imposible elevar nuestros pensamientos á la altura de los de Gotama, y si queremos saber por él cómo puede concebirse el espíritu humano, que ha manifestado, no obstante, tanto poder, como existente sin forma, sin pasado y sin porvenir, responde preguntándonos qué ha sido de la llama de la lámpara que acaba de apagarse ó qué era antes de que la lámpara estuviese encendida. ¿Qué es una no entidad? ¿Es algo que ha sido aniquilado? Con ayuda de tales imágenes trata de pintarnos la naturaleza de la existencia y las metamorfosis que sufre. Las cosas exteriores son para él vanas apariencias tanto como las impresiones que producen en nuestro espíritu, y sólo en este

sentido acepta la doctrina de la transmigración; la concibe casi del mismo modo que nosotros concebimos la acumulación sucesiva del calor en diferentes cuerpos; en cierto sentido, el mismo calor es el que ocupa estos cuerpos uno tras otro, pero en otro sentido es imposible que así sea, pues siendo el calor fuerza y no materia, no es lícito concederle tal carácter de individualidad. Gotama no se niega, sin embargo, á adoptar la doctrina de la transmigración del alma á través de formas sucesivas. Admite que el alma acumule en sí misma las consecuencias buenas y malas de todos los méritos y desméritos adquiridos en el transcurso de sus migraciones. Admite también que conserve las manchas que la han impreso las malas influencias á que ha estado expuesta, y que no puede volver á su estado original antes de que tales manchas se hayan borrado. La doctrina de Gotama se hace entonces verdadero sistema de moral. Cada uno debe trabajar por su propia salvación, y no perder jamás de vista que la muerte no libra necesariamente de los males de este mundo, puesto que no puede ser sino una preparación á nuevas pruebas. Así como una antorcha no puede, sin embargo, arder indefinidamente, así acabará el alma por llegar al término de su existencia, por numerosas que sean las transmigraciones á que esté condenada. A este fin de la existencia llámalo Nirwana, palabra que durante cerca de tres mil años ha tenido solemne importancia para millones de hombres. Nirwana, el término de las existencias sucesivas, ese estado en que se encuentra aniquilada toda relación con la materia, el tiempo y el espacio, el fin supremo, el no ser. Tal es el objeto digno de nuestras aspiraciones; para alcanzarle debemos dedicarnos á destruir en nosotros todo lo que nos liga á la vida, desprendernos de todas las cosas de la tierra y renunciar á todas las vanidades mundanas; debemos recurrir á la vida monástica, á la penitencia, al sacrificio completo de nosotros mismos, aprendiendo así insensiblemente á soportar ese estado de quietud y de apatía total enteramente análogo al que ha de ser nuestro fin, y que alcanzaremos tanto más rápidamente cuanto más preparados estemos previamente para él. El brahmin panteísta

espera la absorción en Dios; el budhista, que no tiene Dios, solo aspira á la nada.

La India ha dado al mundo dos sistemas filosóficos distintos: el vedismo y el budhismo, cuyos respectivos puntos de partida son la existencia de la materia y la idea de fuerza. El último ha dado pruebas de elevadísimo saber filosófico, y puede decirse sin exageración que la metafísica europea no ha producido nada igual. En sus detalles, sin embargo, parece que no es rigurosamente consecuente con la concepción primera que le sirve de base. Por hombre de genio y por hábil que haya sido su autor, á quien, á pesar de nuestra repugnancia no podemos menos de admirar, parece en ciertos momentos que se queda indeciso, que vacila y que no está ya seguro del arma que tiene entre manos, sobre todo cuando de la concepción de la fuerza pura pasa al examen de la naturaleza visible, cuya existencia efectiva se cree obligado á negar. No estoy seguro por otra parte en modo alguno de haber comprendido exactamente su modo de pensar, ni de haber traducido sus ideas con la precisión necesaria. Prefiero así, cuando recuerdo el asombroso poder intelectual que ha desplegado en otros pasajes, confesar que no le he comprendido, á admitir que sobre los puntos en cuestión no ha permanecido á la altura de su genio. Las obras de Gotama se publican por el Gobierno chino, bajo el título de *Instrucciones verbales*, en cuatro lenguas diferentes: tibetano, mogol, manchú y chino. Esta publicación, salida de las prensas de la imprenta imperial de Pekín, comprende ochocientos grandes volúmenes, magnífico regalo destinado á los monasterios de los Lamas.

Al hablar del vedismo he dicho cómo esas elevadísimas concepciones se habían poco á poco degradado: lo mismo ha sucedido con el budhismo. Su principal aplicación práctica había sido la creación de un inmenso sistema monástico que ofrecía numerosos rasgos de semejanza con el que más tarde se estableció en Europa. Siendo el objeto que se proponía exclusivamente personal, la persecución de la dicha individual, no podía menos de engendrar extremado egoísmo; el budhismo no pensaba sino en su propia salvación y para nada se cui-

daba de la suerte de quienes le rodeaban. ¿Qué eran para él padres, mujeres, hijos, amigos y patria, mientras no hubiera alcanzado el Nirwana?

Mucho antes de que el budhismo fuese expulsado de la India por los brahmines, habíanse mezclado á sus doctrinas, desfigurándolas, diversas creencias populares. Tiene ahora sus fábulas, sus leyendas y sus milagros. Mahamaía, la madre de Gotama, era una virgen inmaculada, y le había concebido por la obra de la Divinidad, de modo que era á la vez Dios y hombre. Gotama se tuvo de pie y habló en cuanto hubo nacido; á la edad de cinco meses se sostenía por sí mismo en el aire; en el momento de su conversión había sido atacado por una legión de demonios; cuando hacía penitencia, tomaba por junto una vaina de pimienta; había sido encarnado infinito número de veces, y cuando se elevó á los cielos dejó la huella de su pie en una montaña de la isla de Ceylán, que después ha seguido siendo objeto de la veneración pública. Existe un paraíso en que abundan las flores y las piedras preciosas, y en que los buenos pasarán su tiempo escuchando, en medio de fiestas sin fin, divina música; un infierno también, lleno de llamas y de tormentos para los malos. Permítese adorar las imágenes, pero es ímpio deificar á los hombres y venerar reliquias. Existen espíritus, duendes, una infinidad de otros seres sobrenaturales, y también una reina de los cielos. La lectura de las Escrituras, es por sí misma meritoria, síganse ó no sus preceptos. En cuanto á oraciones, unas cuantas fórmulas, recitadas maquinalmente, bastan; hasta puede uno contentarse con hacer voltear un molino, sacando de él hojitas de papel en que hay escritas fórmulas diversas de invocación. El revelador del budhismo es el jefe religioso del mundo.

El lector notará seguramente la analogía que ofrecen algunas de estas doctrinas con las de la Iglesia romana. Cuando las religiones de Oriente llegaron por vez primera á ser conocidas en Europa, no se sabía cuál era su verdadero origen, y se supuso que esta coincidencia era obra de los nestorianos ó de otros misioneros salidos en otro tiempo de Occidente; hasta se llegó á esperar que

facilitara la conversión de las naciones del Asia oriental. Esta esperanza quedó completamente defraudada y lo que algunos espíritus miraban como probabilidad de éxito para el cristianismo, resultó ser su piedra de perdición. Probable es que el pseudo-cristianismo de los insurrectos chinos, de que tanto ruido se ha hecho recientemente, sea de distinta naturaleza, y venga á parar al mismo resultado. El budhismo, por la adición de dogmas de origen extraño que le hicieron asequible al vulgo, ha llegado á ser la religión de las cuatro décimas partes de la raza humana. Posee una literatura de prodigiosa riqueza, magníficos templos, numerosos y espléndidos monumentos. Sus monasterios, á los que afluye, en forma de donativos voluntarios, parte de las riquezas del país, se extienden del norte de la Tartaria á la línea equinoccial; la educación que en ellos se da no deja de tener analogía con la de los conventos de la Edad Media. Se ha comprobado que, en Tartaria, forman los lamas, la tercera parte de la población; ciertos conventos encierran más de dos mil individuos; la instrucción elemental está en ellos más difundida que en Europa, y es raro encontrar una persona que no sepa allí leer. Pero un hecho doloroso de consignar, es que el budhismo ha tenido por consecuencia el sumergir á las poblaciones de Asia en el indiferentismo y el ateísmo más absoluto. En estos pueblos la religión es cuestión de moda solamente; se la estima como institución civil necesaria para el sosten del Estado y sin la que puede pasarse la sociedad, pero sin otorgarla el menor valor filosófico. Cada cual puede tener las opiniones religiosas que le plazcan, como es absolutamente libre para elegir el color y la forma de sus vestidos, y si no tiene el derecho de vivir sin profesar una religión es por razón análoga á la que le prohíbe salir á la calle sin vestidos. El chino no comprende que puedan nacer discusiones y odios por cuestiones tan equívocas y tan poco importantes. «Las religiones—dice—son múltiples; la razón es una; todos somos hermanos»; esta es una de las máximas que le sirven de reglas de conducta. Se burla del Tártaro, bastante sencillo para creer en las truhanerías de los milagrosos; estos mila-

greros, muy numerosos en Tartaria, hacen curas milagrosas, resucitan muertos, aplican impunemente sus labios á un hierro malvando, se abren las entrañas y se curan inmediatamente con sólo pasar la mano por la llaga. En China todos estos milagros están ahora abandonados á los charlatanes y sólo sirven para divertir á los niños. El materialismo é indiferentismo en que vive la nación china han tenido por consecuencia inevitable la más sensible relajación de costumbres; fácil es reconocerla en algunas de sus expresiones familiares: «Las prisiones—dicen los chinos—están cerradas día y noche, y sin embargo siempre están llenas; los templos están abiertos siempre, y nunca hay nadie dentro». «Ha saludado al mundo», dicen también, con refinada política, del que acaba de morir. El lazarista Huc, de quien hemos tomado estos detalles, nos atestigua que mueren con incomparable tranquilidad, lo mismo exactamente que los animales; hasta añade, con ironía, que no carece de verdad, que son en este sentido lo que deberían ser no pocos europeos.

Dejemos la teología de la India y pasemos á la antigua civilización egipcia.

El antiguo sistema de aislamiento, que durante miles de años había constituido toda la política exterior de los reyes de Egipto, fué destruído por Psammético hacia el año 670 antes de J. C. Hasta esta época los habitantes de Egipto habían sido rigurosamente excluídos de todo contacto con las naciones vecinas de las orillas del Mediterráneo y de Europa. Ninguna noticia de Egipto como del valle feliz de Rasselas, llegaba al exterior, y el valle del Nilo era para el europeo región de maravillas y misterios. Con varios siglos de separación, algunos individuos, como Cécrope y Danao, habían dejado á Egipto por otras comarcas, á donde llevaron su religión, sus leyes y los primeros rudimentos de la civilización. Las tradiciones que recordaban su memoria venían á mezclarse con las fabulosas leyendas esparcidas en toda el Asia Menor, Grecia é Italia, y daban alto relieve á las narraciones llenas de prodigios y milagros que piratas aventureros habían traído de sus furtivas visitas al encantado valle del

Nilo: pirámides que cubrían el suelo en inmensa extensión, cuyas cumbres tocaban á las nubes, y cada una de las cuales era sin embargo el sepulcro de un solo rey; colosos sentados en sus tronos de granito; estatuas de Faraones que habían vivido en los albores del mundo y cuya mirada abarcaba todavía la región que durante miles de años habían gobernado, estatuas entre las cuales había algunas que saludaban la venida del sol cuando las tocaba con sus rayos; obeliscos de altura prodigiosa hechos de una sola piedra, erigidos por sobrehumano poder sobre inquebrantables pedestales y cubiertos de misteriosos geroglíficos que, en lengua desconocida para el vulgo, decían por quién y en qué ocasiones habían sido levantados; templos, cuyas macizas murallas estaban sostenidas por innumerables estatuas; avenidas, bordadas de severas y silenciosas esfinges, por las que se llegaba al pórtico del templo; catacumbas, con sus filas de embalsamados cuerpos esperando la vida futura; laberintos en fin, con sus subterráneos de innumerables revueltas, donde estaba seguro de encontrar su tumba el imprudente que en ellos se aventurase sin un hilo conductor. Imposible formarnos ahora la idea del sentimiento de terror religioso que despertaba en los pueblos del Mediterráneo la contemplación de esa antigua y maravillosa civilización de las orillas del Nilo. «Egipto — dice Bunsen — era para los griegos una esfinge dotada de expresión humana.»

A pesar de su aislamiento, no siempre Egipto había sido respetado. El vetusto imperio formado por la reunión de las comarcas del alto y del bajo Egipto duraba desde hacía mil setenta y seis años, y había pasado ya por treinta y ocho reinados, señalados cada uno por los monumentos más grandiosos que jamás haya erigido el hombre, y algunos de los cuales, como las pirámides, han llegado hasta nosotros, cuando se desmoronó á los golpes de los Hicsos, reyes pastores, jefes de tribus nómadas, originarias de Asia. Estos últimos eran dueños del poder cinco siglos hacía, cuando una insurrección los arrojó á su vez, dando origen al nuevo imperio. La memoria de algunos de estos reyes ha llegado hasta nosotros por los gigantes-

cos trabajos á que han ligado su nombre. Los primeros acontecimientos de la historia judía pertenecen al período medio de este nuevo imperio: la visita de Abraham y la elevación de José, contada con tan sublime sencillez en la Escritura. El nuevo imperio subsistió con alternativas de prosperidad y reveses hasta el tiempo de Psammético, que, envuelto en una guerra civil y hecho dueño del poder supremo, gracias al auxilio que le prestaron los mercenarios griegos, destruyó todo el sistema político que habían respetado todas las dinastías anteriores. Abrió las puertas de Egipto, permitió su acceso á los bárbaros del Norte de ojos azules y rubia cabellera, y dió gran impulso á la vida intelectual de Europa.

Apenas si puede uno exagerar la influencia que ejerció este acontecimiento en el progreso europeo. El inmenso vuelo que tomó el comercio griego á consecuencia de la activa demanda de los productos de las cuencas del Ponto Euxino y del Mediterráneo, sólo fué una de sus consecuencias menos importantes. En lo que á Egipto mismo se refiere, este acontecimiento produjo un cambio radical en su política interior y exterior: por una parte, el empleo de los mercenarios tuvo por efecto la emigración general de la casta de los guerreros, y por otra, la situación de las cosas había llegado á ser tal que Egipto, á menos de desaparecer, tenía que hacerse potencia marítima. Tenía admirable situación comercial: tocando con el mar Rojo y con el Mediterráneo formaba un depósito natural entre Europa y Asia, como lo demostró más tarde la inmensa prosperidad de Alejandría. No podía, sin embargo, hacerse potencia marítima sin tropezar con varios obstáculos. Ninguna de las materias esenciales para la construcción de los navíos crecía en la comarca, que apenas ofrecía madera suficiente para las casas y los féretros. Los egipcios primitivos tenían también, como los Indos, supersticioso miedo al mar; pero hay que atribuirlo sin duda á que carecían de materiales para proporcionarse una flota. Era, pues, una verdadera necesidad para Egipto abrir la era de las conquistas exteriores, y hacerse dueño á toda costa de las regiones de bosques de Siria. Esta urgente necesidad es la que produjo sus largas luchas con Meso-

potamia, así como los sitios, los saqueos y las desgracias de Jerusalem, capital de un pequeño Estado que separaba los dos reinos enemigos, y que fué alternativamente desolada por cada uno de ellos. La necesidad de esta política para los reyes de Egipto está probada de modo incuestionable por la perseverancia con que persiguieron su objeto. Psammético mismo sitió durante veintinueve años la ciudad de Azoth; su hijo Nekao quiso volver á abrir el canal que unía el Nilo al mar Rojo entre Bubastis y Suez, canal bastante ancho para dar paso á dos bajeles; no se detuvo sino ante la resistencia de los sacerdotes, que temían se debilitara la fuerza del país. Intentó entonces dar la vuelta á la vela al continente africano, y lo consiguió; en aquella época no era seguramente por pura curiosidad por lo que hacía emprender semejantes expediciones. Nekao hizo también buscar las fuentes del Nilo, con la esperanza sin duda de sacar de su descubrimiento ventajas materiales ó económicas. Para compensar la pérdida de las ventajas que esperaba obtener de la reapertura del canal, fué indudablemente para lo que emprendió la circunnavegación de Africa. Las grandes flotas construídas por Nekao y su padre no podían ser, en efecto, de utilidad real, sino en tanto que pudieran, según las circunstancias, trasladarse rápidamente de uno á otro mar; ahora bien, esto no era posible sino por el canal ó por la circunnavegación del continente africano, siendo esta última vía casi impracticable, puesto que se necesitaban entonces tres años para dar la vuelta al Africa. Los egipcios fracasaron, pues, en sus proyectos; pero el fracaso que sufrieron es más bien digno de aumentar que de disminuir la admiración que debemos á sus vastos designios y á la energía que emplearon en realizarlos. Prosiguieron la política de conquista de Ramsés II, que varios siglos antes poseía las comarcas pobladas de bosques de Siria, y cuyos ingenieros habían terminado el canal del Nilo al mar Rojo á costa de inmensos tesoros y de ciento veinte mil vidas humanas. El canal de Ramsés, que con el tiempo había sido enteramente cegado por las arenas, fué de nuevo abierto, y llegó á ser lo que más tarde fué bajo los Ptolomeos y los Califas: las galeras egipcias pudieron una vez

más pasar de un mar á otro. Los persas, bajo Darío, hijo de Hystaspes, trataron de componerle ó de construir un nuevo canal, pero la insuficiencia de sus máquinas les obligó á abandonar los trabajos cuando los habían impulsado ya hasta los lagos salados. La extremidad del canal de Ramsés que tocaba á Suez estaba protegida por un sistema de obras hidráulicas destinadas á obviar las variaciones de la diferencia de nivel entre el mar Rojo y el Nilo. No sin razón, pues, los egipcios, que habían llevado á cabo tan prodigiosas obras, sonreían cuando oían á los griegos alabarse de haber aprendido por Tales el arte de medir la altura de sus pirámides.

Faraón Ofra continuó la política de sus predecesores, consiguió apoderarse de Sidón, y dió principio á la lucha contra los reyes babilonios, cuya atención había sido atraída al fin sobre lo que en Egipto sucedía. Los egipcios acabaron por perder la Siria y el bajo Egipto que les arrebató Nabucodonosor; este último se vengó al mismo tiempo del rey de Jerusalem, Sedecías, que había abrazado el partido de sus enemigos; la ciudad fué arrasada hasta el suelo, se sacaron los ojos al rey, y la población fué llevada cautiva á Babilonia, 568 años antes de J. C. La misma política nacional continuó á veces con singular persistencia á través de varias dinastías consecutivas; he aquí un ejemplo que lo patentiza: Después que el imperio de Babilonia hubo sucumbido á los golpes de los medos, y que de éstos pasó á los persas el poder, prosiguióse la política tradicional que exigía el dominio del Mediterráneo, y se hicieron incesantes esfuerzos, ya al Norte, ya al Sur, para adelantarse hacia el Occidente. La historia ulterior de Roma muestra las consecuencias que hubiera tenido en aquella época el dominio exclusivo de una gran potencia en el Mediterráneo. Con ocasión de un motín en Egipto, el rey de los persas, Cambises, devastó tan completamente la comarca, que desde aquel día, aunque veinticuatro siglos nos separan de él, no ha podido todavía recobrar su independencia. Los esfuerzos de los persas para adelantarse al Sur, hacia Cartago, fueron vanos, porque los fenicios se negaron constantemente á tomar parte en las

operaciones dirigidas contra aquella ciudad. Un hecho que merece sobre todo nuestra atención, es que en la época en que Cambises devastaba á Egipto, unos quinientos años antes de J. C., la filosofía era ya cultivada con brillantez en las ciudades del Sur de Italia.

Entre los incidentes á que dieron lugar las luchas de los reyes egipcios contra los soberanos babilonios, hay uno que hacen capital las importantes consecuencias que para la historia de Europa tuvo: la toma de Tiro por Nabucodonosor. Mientras el dominio del Mediterráneo perteneció á esta ciudad, fué imposible á los griegos desarrollar su poder marítimo. Tiro fué bastante fuerte para resistir treinta años á los esfuerzos de todos los ejércitos babilonios, hasta que en fin «todas las cabezas quedaron calvas y pelados todos los hombres». La ciudad fué destruída de arriba á abajo, y el suelo que cubría quedó tan desnudo como el peñasco en que el pescador extiende sus redes. El golpe que había herido de muerte al comercio de Tiro no podía dejar de sentirse á lo lejos, y con razón se ha podido decir que «las islas del mar lloraron su marcha». Entonces fueron testigos los países del Mediterráneo de los brillantes comienzos del poder griego. En cuanto á los habitantes de la nueva Tiro, jamás recobraron su antigua prosperidad; en medio de sus desdichas habíales nacido un rival, y no era la creación de un nuevo establecimiento en una de las islas de la costa lo que podía devolverles su supremacía. Alejandro comprendía tan bien la política nacional, y por decirlo así, instintiva de Grecia, que una de las primeras operaciones de su expedición á Asia fué el sitio de la nueva ciudad; no consiguió reducirla sino después de esfuerzos sobrehumanos; la plaza fué arrasada, los habitantes degollados á millares, dos mil de ellos crucificados, y la influencia de Siria desapareció para siempre del Mediterráneo.

Con la historia primitiva de Grecia se relacionan, pues, dos hechos capitales: el primero la apertura de los puertos egipcios, seiscientos setenta años antes de J. C.; el segundo la caída de la antigua Tiro, 573 años antes de J. C. Las consecuencias del primero fueron so-

bre todo, intelectuales, mientras que el segundo abrió la era de prosperidad comercial de Grecia y dió vida á Atenas.

Al alborear la civilización europea, Egipto estaba, pues, en plena decadencia é iba pronto á sucumbir á las causas de destrucción que en sí mismo encerraba y á los ataques de los demás reinos asiáticos, rivales suyos. La vez primera que las regiones del Nilo aparecen en la escena de la historia, son venerables ya por su antigüedad. El sublime cuadro que la Escritura traza del viaje de Abraham y de Sara durante el hambre, la historia de José y el Éxodo, todos estos documentos atestiguan que entonces un sistema, consagrado por los siglos, reinaba ya sobre el Egipto tranquilo y próspero. Si queremos formarnos una idea de lo que era el arte entre los egipcios, no tenemos más que consultar la construcción de la gran pirámide que, aun procediendo del trigésimo cuarto siglo antes de J. C., no ha tenido todavía igual. Esta construcción, verdadera maravilla de nuestro mundo, ha sido tan cuidadosamente cimentada y levantada, que hoy mismo la posición de sus lados puede servir para medir la desviación de la aguja imantada. Sin embargo, cuando Jacob llegó á Egipto, habían pasado ya tantos siglos por la pirámide como los que van desde J. C. hasta nuestros días. Si de los monumentos pasamos á las inscripciones que los cubren, la evidencia de remotísima antigüedad se impone á nuestro espíritu con más fuerza todavía. La escritura jeroglífica había llegado al último término de su desarrollo, y sus principios largo tiempo hacía se habían fijado y establecido cuando llegó á nuestro conocimiento; los sistemas decimal y duodecimal eran ya usados; el arte de las construcciones hidráulicas, el arte arquitectónico y los procedimientos para la demarcación de las tierras habían alcanzado ya cierto grado de perfección; tanto, que puede decirse sin mucha exageración que, prácticamente hablando, no estamos casi más lejos que Heródoto mismo de los egipcios primitivos. «Vosotros, griegos—tenían razón para decir á los primeros filósofos los sacerdotes egipcios—no sois más que niños charla-

tanos y frívolos, y nada conocéis de las cosas del pasado».

Podemos, por lo que nos queda de la lengua de los antiguos egipcios y por el conocimiento completo que tenemos de los principios de su religión, remontar en su pasado más allá de los tiempos históricos y de la época de que datan sus primeros monumentos. Gran parte de las palabras de su lengua pueden referirse á las raíces indogermánicas, lo que indica que la raza africana original ha debido, en época remotísima, mezclarse con una raza invasora venida de Asia; el examen de los principios de la religión egipcia no deja duda alguna sobre este punto. Desde muy temprano las razas de Asia central conocieron el monoteísmo, mientras que á la hora actual, apenas se desentienden de las prácticas del más grosero fetichismo; el sacerdote entre los negros, es todavía solamente un hechicero y un fabricante de lluvia. La religión egipcia ofrecía al vulgo complejísimo sistema idolátrico que respondía á sus condiciones intelectuales, pero tenía también, para los espíritus más cultos, concepciones que no carecían de verdad ni de grandeza. Esta coexistencia en la misma religión de dos elementos en apariencia incompatibles, no puede explicarse sino admitiendo que entre dos sistemas distintos se había realizado una fusión, como así sucedió en efecto más tarde bajo Ptolomeo Soter.

Desde que la atención de la crítica moderna se ha dirigido al estudio de las antigüedades egipcias, conocemos mejor el lugar que merece en la historia esta venerable comarca. Nos lisonjamos hoy de que está próximo el día en que descifremos una página de jeroglíficos con la misma facilidad que traducimos una página de griego ó de latín; pero sin ir tan lejos ¡qué claridad no han arrojado estas investigaciones que, por decirlo así, han empezado ayer, sobre todas las ramas de la literatura antigua, sobre la ciencia, el arte, la mitología y la vida doméstica de la antigüedad! De Egipto, todos lo reconocen, vinieron el prototipo de los órdenes de la arquitectura griega, sus formas y su ornamentación convencional, los modelos de los vasos griegos y etruscos, y

también la mayor parte de las leyendas recogidas por Homero: el juicio de los muertos; el temible tribunal del infierno ante el cual todos comparecen, desde el Faraón que acaba de dejar su trono hasta el esclavo cuyas cadenas rompe la muerte; Cerbero, la Estigia, el lago del olvido; Caronte, su barca y el óbolo que hay que pagarle por el pasaje; los Campos Elíseos y las islas de los bienaventurados. De Egipto únicamente vinieron el primer ritual de los muertos, las letanías del sol, los misales iluminados, y en fin, el dogma mismo de la existencia de la reina de los cielos. ¿Dónde hay en el mundo un pueblo que haya consagrado á la Divinidad más magníficos ni más duraderos monumentos que esos templos con sus inmensas avenidas de esfinges; esas portadas macizas ante las cuales se levantan obeliscos que Roma imperial y aun París mismo no han desdeñado apropiarse; esos pórticos y esos vestíbulos con sus innumerables estatuas que representan las imágenes de los reyes y las efigies de los dioses? Sobre las murallas de los sepulcros se ve todavía á Fta, el creador; á Knep, el espíritu divino, que amasa la arcilla de que están formados los mortales; á Athor, que recibe en sus brazos al sol poniente, y á Osiris, el juez de los muertos. ¡Los dioses no han vivido tanto tiempo como sus estatuas de granito!

Los jeroglíficos nos prueban, pues, hasta la evidencia que en época remotísima habían intentado los egipcios perpetuar y transmitir sus ideas por medio de la escritura. Sin duda que no fué al principio más que una escritura figurativa, como la de los mejicanos; pero en el momento en que la encontramos por primera vez, había llegado ya al último término de su doble desarrollo ideográfico y fonético. Bajo los reyes macedonios, los jeroglíficos no aparecen ya sino en los escritos religiosos, lo que demuestra que la antigua casta sacerdotal no había podido reponerse del golpe que la habían dado Cambises y Oco. A partir de esta época, los jeroglíficos se hacen cada vez más raros, hasta tal punto que un emperador romano se vió obligado—se dice—á ofrecer una recompensa por la traducción de las inscripciones de un

obelisco. Los primeros cristianos sólo veían en estas inscripciones reliquias de la abominable idolatría y las atribuían á la inspiración del diablo. Las borraban de los monumentos donde quiera que la piedra cedía, ó en caso contrario, las cubrían con una capa de yeso; así es cómo su fanatismo nos ha conservado algunas de estas inscripciones jeroglíficas.

Estos caracteres enigmáticos habían sido en otro tiempo los medios de expresión de vastísima literatura, cuyos restos, sin duda eran los célebres libros de Hermes. Comprendía composiciones sobre la música, la astronomía, la geografía, la medicina, la anatomía, la química, la magia, y todos los demás asuntos á que en todo tiempo se ha dedicado la curiosidad humana. Casi hasta nuestros días se han conservado las más singulares ilusiones respecto á los jeroglíficos. En 1802 Salin pretendía que los papyros egipcios no eran otra cosa que una traducción china de los salmos de David; Lenoir los atribuía á los hebreos; se llegó hasta á decir que las inscripciones del templo de Denderah reproducían textualmente el centésimo salmo; aserciones todas que tienen el mismo valor que se concede, después de haber visto en los museos de antigüedades egipcias infinidad de objetos de bronce y vidrio, á esas otras historias clásicas según las cuales el bronce había sido descubierto en el incendio de Corinto, y el vidrio encontrado por náufragos que habían puesto una vasija abrasando sobre fragmentos de salitre.

Miles de años se han pasado desde la fundación de la primera dinastía egipcia. Las pirámides han visto el antiguo imperio, los reyes Hycsos, el segundo imperio, los persas, los macedonios, los romanos y los musulmanes. Han permanecido inmóviles mientras los cielos mismos cambiaban; tenían ya quinientos años de existencia, cuando en las regiones del Báltico, desapareció la cruz austral del horizonte, y la misma estrella polar fué para ellas una recién venida. Humboldt dice con razón á este propósito, que «el pasado nos parece visiblemente más cerca de nosotros, cuando le medimos con los grandes y memorables acontecimientos de que ha sido testigo».

Ninguna región del mundo ha tenido su historia tan llena de acontecimientos como la cuna de la civilización europea. Nos es imposible distinguir á través de la oscuridad de cincuenta siglos, la naturaleza de los móviles que hacían obrar al hombre; pero sabemos, después de períodos de tiempo más considerables aún, encontrar el estado físico de la comarca que habitaba. El cuadro que ofrece la historia de una nación, cambia con la naturaleza de estos móviles, pero cambia, en medida mucho mayor, con la naturaleza de las condiciones físicas. La prioridad de la civilización egipcia no ha sido un hecho fortuito. La estructura geográfica de la comarca nos hace ver mucho mejor que sus antiguos monumentos, las condiciones en que vivía el pueblo egipcio; las obras humanas son, en efecto, necesariamente transitorias y constituyen mucho menos seguros guías que la naturaleza. Desde que el hombre habita en Egipto, su aspecto ha cambiado con frecuencia, pero su estructura jamás; los campos han desaparecido, pero la tierra ha quedado. ¿Porqué, pues, la civilización se muestra ante todo á orillas del Nilo más bien que en las regiones regadas por el Danubio ó por el Mississippi? Es que la civilización depende del clima y de la agricultura. En Egipto las cosechas pueden ser previstas y reguladas de antemano, privilegio que comparten muy pocas regiones del globo. En la mayor parte de los países, los resultados del cultivo del suelo son absolutamente inciertos; las variaciones meteorológicas son tan frecuentes en ellos desde la época de la siembra hasta la recolección, que es de todo punto imposible evaluar la cantidad de productos que dará el año; las cosechas pueden también ser destruidas de improviso, ya por una sequía sobrado prolongada, ya por lluvias demasiado abundantes. Ni aun basta que llueva en suficiente cantidad; es preciso que la lluvia caiga en épocas determinadas; el labrador, en una palabra, está á merced de los vientos y de las nubes.

¿Cómo había de nacer la civilización en condiciones semejantes? Mientras la vida está abandonada al azar y á la incertidumbre y la realidad de hoy viene á destruir la esperanza de ayer, no puede haber leyes para el hombre,

sino expedientes tan solo. Imperiosamente solicitado por sus necesidades presentes, no tiene tiempo ni gana de alzar sus miradas al cielo para contemplar sus fenómenos; no teniendo tiempo tampoco para considerarse á sí mismo y preguntarse lo que es y dónde está, hállase lejos de pensar en mejorar la situación en que se encuentra. Está fatalmente condenado á vivir como salvaje, impotente, aislado, esclavo de su superstición, y si no está solo, no teniendo más compañeros que otros salvajes, tan miserables como él. Aprenda en estas circunstancias á conocer el valor de la civilización, y reciba los primeros rudimentos; las mismas cosas que un momento antes le oprimían producen ahora el efecto opuesto; las vicisitudes que agitan su nueva existencia y á las que no oponía en otro tiempo sino su inercia y su apatía, impúlsanle ahora hacia adelante. Así es como la civilización europea es deudora de su origen al clima igual y estable de una comarca de Africa, debiendo, sin embargo, á las difíciles condiciones de existencia de la zona templada las conquistas que ha hecho en la naturaleza y que han marcado las más avanzadas fases de su desarrollo.

Hay una comarca en que el hombre no es juguete de las estaciones, donde puede sin ansiedad contemplar el porvenir; una comarca en que el sol todos los años brilla y calienta la tierra casi igualmente. En la Tebaida, un gran aguacero pasa por cosa prodigiosa; pero en la época en que Sirio se levanta con el sol, el río empieza á crecer, elévase pacífica y gradualmente, inunda la región y la trae la riqueza. Si el nilómetro, que mide la altura de las aguas, marca sólo ocho codos, la cosecha será escasa; si sube á catorce, abundantísima. El labrador sabe, pues, desde el principio del año en qué estado se hallarán sus tierras por otoño. Gracias á esta seguridad, garantizada así á la agricultura, ha visto Egipto los primeros hombres civilizados. Además de esta primera ventaja, Africa presenta otra: la de que el clima apenas consiente allí más que la alimentación vegetal; el datilero le provee de un alimento de este género, y muy poco costoso. El hombre puede también pasarse allí sin vestidos; se ha hecho constar que el gasto de conservación de un individuo des-

de su nacimiento hasta la virilidad no llega allí á una suma equivalente á 15 pesetas.

América nos ofrece una región enteramente semejante á Egipto en este respecto: el Perú, cuyas costas pertenecen también á una región sin lluvias. Se puede decir que el Perú es en el nuevo continente la verdadera pareja de Egipto. Lo mismo sucede con la parte de Méjico bañada por el Océano Pacífico. Es un hecho muy significativo en la historia de la humanidad que la civilización haya empezado en estas tres regiones, tan lejanas una de otra, y que están todas tres exentas de lluvias.

Lo que especialmente nos interesa es el estado hidrográfico del Alto Egipto, que ha sido la cuna de la civilización. Tenemos que ocuparnos aquí de una región sin lluvias; por consiguiente la influencia del agua atmosférica es nula por completo, y las variaciones de las condiciones meteorológicas quedan eliminadas.

En Asuan, donde el Nilo sale de las montañas, las aguas del río empiezan á crecer á fines de mayo y alcanzan su mayor altura en ocho ó nueve semanas. Estas crecidas periódicas del río son debidas á las grandes lluvias de los países montañosos en que el Nilo nace; las precipitan los vientos alisios que soplan entre los trópicos en toda la extensión del mar de las Indias, cuando los monzones no les echan á un lado. Desecado de esta manera, el viento del Este prosigue su marcha sobre las soledades del Africa central, no formando nunca ni nubes ni lluvias, y marcando su paso en todas partes por la aridez y la desolación. El Nilo, rojo al principio, verde después, recibe en primer lugar las aguas de su gran brazo abisinio, el Nilo azul, y se aumenta en seguida con las del Nilo blanco; desbórdase entonces de su cauce y va á depositar á lo lejos, en las llanuras, rico y fecundante cieno. Estas materias sólidas, superponiéndose cada año desde el origen de los siglos en el lecho del río, han acabado por elevarle considerablemente. Forman una serie de capas en talud de ambos lados hacia el desierto. Así la inundación comienza por las orillas; las aguas suben en seguida y cubren sucesivamente toda la comarca hasta el río. A mediados de septiembre comienzan á decre-

cer, y á fines de octubre el río ha vuelto á su cauce normal, habiendo dejado tras de sí una capa de depósitos fertilizadores, cuya altura máxima es de 15 centímetros por siglo. Se ha consignado que el lecho del río se eleva próximamente 1,20 metros cada mil años y que la zona de las tierras fertilizadas aumenta considerablemente en anchura á expensas del desierto. Se ha aumentado en un tercio desde el rey Amenofis III, que reinaba hacia el año 1430 antes de Jesucristo. El pedestal de su coloso está rodeado de una capa de cieno de dos metros de espesor.

Recientemente se hicieron excavaciones, por orden del virey de Egipto, en Menfis, junto á la estatua caída de Ramsés II, que según Lepsius reinaba entre los años 1394 y 1320 antes de Jesucristo. Produjeron el descubrimiento de una columna sepultada á más de ocho metros de profundidad. La filtración de las aguas obligó á recurrir al empleo de la sonda, que descendió á 12,61 metros bajo el nivel del suelo. Se hizo constar que la masa atravesada consistía únicamente en depósitos del Nilo; formados de capas alternativas de arcilla y arena, que en todas las profundidades presentaban la misma composición. La sonda trajo de la última capa un fragmento de alfarería. Noventa y cinco *sondajes* semejantes se practicaron en diferentes sitios, sin que jamás se llegase á alcanzar la roca sólida. Los restos orgánicos que se encontraron eran todos de origen reciente; no se encontró ningún vestigio de fósiles, pero sí á menudo residuos de ladrillos y de vasijas quemadas. A consecuencia de las investigaciones que emprendieron de Asuan al Cairo, los franceses estimaron en 12,50 centímetros por siglo la altura del cieno depositado; M. Horner, que hizo sus observaciones en Heliópolis, la estima en 8 centímetros. El coloso de Ramsés II, que data del año 1352 antes de Jesucristo, está rodeado de una capa de depósitos sedimentarios cuyo espesor es de 2,80 metros, lo que da 7 centímetros por siglo. Debajo del coloso se encuentra nueva serie de capas que se extienden á 9,76 metros de profundidad. La capa primitiva había sido, pues, depositada 13.500 años antes del año 1854, durante el cual se

hicieron estas observaciones. Todas las precauciones que se han tomado parecen asegurar la exactitud de los resultados que acabamos de indicar.

La superficie que cubrían las inundaciones del Nilo es, geográficamente hablando, enteramente insignificante; comprendía, sin embargo, todo el Egipto propiamente dicho. Partiendo de la catarata de Asuan, cerca de la isla sagrada de Filé, se extendía hasta el Mediterráneo desde los 24°3' hasta el 31°37' de latitud Norte. El río corre entre las montañas del Este y la cordillera líbica en un valle cuya anchura media es de 11 kilómetros próximamente. La superficie total de las tierras regadas y fertilizadas del Delta es de 9.225 kilómetros cuadrados; la superficie arable de Egipto es de 4.600 kilómetros, y la del Fayúm de 695 kilómetros. Tales superficies nos parecen hoy casi insignificantes, y sin embargo la nación egipcia contaba siete millones de habitantes.

Los procedimientos agrícolas eran allí tan precisos, que la agricultura venía á ser, por decirlo así, un arte matemático. Las desigualdades perturbadoras del estado atmosférico no existían, y las variaciones del volumen de agua esparcido por el río podían determinarse de antemano. Los sacerdotes anunciaban solemnemente la altura del agua indicada por el nilómetro, y el labrador podía hacer los preparativos que exigía la abundancia, más ó menos considerable, de las cosechas. En tales circunstancias el hombre podía tratar de mejorar, por medios artificiales, las condiciones que la naturaleza le ofrecía, y aunque viviera en medio de una sociedad naciente, la necesidad debía hacerle pensar instintivamente en canales, diques, esclusas y otras obras hidráulicas, que le permitiesen, aquí detener más tiempo el agua, allí apartar la sobrante, en otro lado distribuirla con más abundancia.

Este estado de cosas tuvo por consecuencia el establecimiento de un gobierno fuerte, con directa intervención en la agricultura. El Estado se encargaba de la construcción y conservación de las obras hidráulicas y fijaba la cantidad de agua que cada cual debía recibir en sus tierras; en cambio los habitantes le pagaban impuestos que

constitúan sus rentas. Tal era, en efecto, el fundamento del sistema político egipcio. Menes, el primer rey del antiguo imperio, que vivía hace más de cinco mil años, consiguió desviar el río hacia el nuevo cauce que le abrió; trabajo tan gigantesco supone adelantadísimos conocimientos técnicos, y preciso es que muchos siglos hayan precedido á la época de este rey para que semejante obra haya sido posible en su tiempo.

No me he de permitir hacer descripciones, todas de pura fantasía, con el fin de mostrar cómo el espíritu humano y la civilización, favorecida así por las circunstancias, empezaron á desarrollarse. Los habitantes del valle del Nilo gozaban de inviolable seguridad, protegidos como lo estaban, al Occidente por las arenas abrasadas del desierto y al Oriente por el mar Rojo. Nada diré tampoco de esas edades geológicas, próximas á la creación, en que el río nuevamente creado corría por primera vez al Mediterráneo á través de un desierto desnudo y pedregoso, ni cómo en el transcurso de los siglos superpuso sus capas de fecundante cieno y se abrió un cauce en medio de las tierras que había tomado de las montañas de los Trópicos y arrastrado consigo. No es menos cierto que así es como Egipto se hizo comarca habitable para la raza humana, por grados sumamente lentos, toda vez que el pulso de la gran arteria que le da la vida sólo late una vez al año. ¡Cuántos cientos de siglos ha necesitado para llegar á ser lo que es!

Desde muy temprano observaron los egipcios que el movimiento de elevación de las aguas del Nilo coincidía con la salida heliaca de Sirio; por eso creyeron deber referir este movimiento á una causa celeste. El hombre se inclina naturalmente á reconocer la causa y el efecto en la coincidencia de los hechos, y así es como este hecho de la aparición simultánea del sol y de Sirio en el horizonte se consideró, no sólo como presagio, sino como causa de las inundaciones. Dábase gran importancia á este fenómeno, y no se tardó en hacer constar que se reproducía en intervalos de tiempo de 360 días próximamente; esta es la primera determinación que se haya hecho de la longitud del año. No carece de interés el ob-

servar, á este propósito, que los sacerdotes del misterioso templo de Filé depositaban todas las mañanas ante la estatua de Osiris 360 vasos de leche. Esta costumbre era sin duda una tradición de remota edad, en la que todavía se creía que el año tenía 360 días; muestra igualmente el íntimo enlace que entonces existía entre la astronomía y los ritos religiosos. Probablemente las mismas circunstancias fueron las que condujeron también á los egipcios á registrar los acontecimientos de que eran testigos, lo que no hacían los indos.

La falsa conclusión á que había conducido la coincidencia de la aparición heliaca de Sirio, la estrella más espléndida del firmamento, con la inundación del Nilo, el más importante acontecimiento del mundo á los ojos de los egipcios, no podía tardar en adquirir las proporciones de una doctrina general; porque si una estrella puede ejercer así directa influencia sobre el curso de las cosas terrestres, ¿por qué otra no podría también? ¿Por qué no lo habían de poder todas? Por otra parte, á su observación no había podido escaparse que las mareas cotidianas del mar Rojo dependen de los movimientos y de las posiciones de la luna y del sol, que siguen sus movimientos, y que la posición relativa de estos astros determina la energía del flujo y del reflujo. El resultado invariable de estas primeras especulaciones del pensamiento humano es desgraciadamente imponer al espíritu del hombre la idea de una influencia sobrenatural ejercida por los cuerpos celestes, al principio sobre la naturaleza inanimada y en seguida sobre su propio destino. Sólo cuando el hombre llega á suponer la inmensa distancia que le separa de los astros es cuando empieza á sentir la necesidad de un intermediario entre él y ellos; el culto de los astros entra entonces en su segunda fase.

¿En qué parte del mundo podía el egipcio viajar sin encontrar en los cielos las mismas constelaciones? Lejos de las orillas del Nilo, en los desiertos del Oeste, en Siria, en Arabia, siempre son las mismas estrellas, y si podemos á veces perder de vista las cosas de la tierra, no sucede lo mismo con las del cielo. La precisión con que los astros obedecen á la ley fatal que les hace mover, su

solemne silencio y sus inconmensurables distancias, es muy natural que hagan pensar al que los observa que están muy por encima del alcance del hombre, pero que puede, sin embargo, invocarlos en sus oraciones.

Así es como el culto de los astros encontraba su justificación. El sistema egipcio, en el más alto punto de su desarrollo, mezclaba el culto de los astros, el sol, la luna, Venus, etc., con la deificación de los atributos de Dios. Sus grandes y venerables divinidades, Fta, Osiris y Ammon, eran atributos divinos personificados, como hoy decimos el Creador, el Omnipotente. No sólo creían que jamás Dios había bajado á la tierra en figura humana, sino también que tal cosa es absolutamente imposible, puesto que Dios es el principio que anima el universo entero, y la naturaleza visible es sólo una de sus manifestaciones.

Estos atributos personificados formaban una serie de trinidades: el tercer miembro de cada una de ellas procede invariablemente de los dos primeros. La doctrina egipcia y las expresiones que emplea á este respecto ofrecen inmenso interés á los que quieren estudiar el desarrollo de la teología comparada en Europa. De Ammon y de Maut procede Khonso; de Osiris y de Isis, Horo; de Knef y de Saté, Anuké. No se permitía representar á Dios sino por sus atributos, y estas diversas triadas formaban complicadísimo sistema idolátrico que respondía perfectamente á las necesidades del vulgo. Las doctrinas egipcias admitían además que los atributos divinos se habían á veces manifestado en la tierra en forma sensible, á fin de salvar la raza humana. Así es como había sido encarnado Osiris. Se ofreció en sacrificio al espíritu del mal, y después de su muerte y de su resurrección fué encargado de juzgar á los muertos; preside el Occidente, la región en que se ponen los astros; en tal concepto tiene su residencia en el mundo inferior, que el sol atraviesa por la noche.

Los sacerdotes egipcios enseñaban que nada se aniquila nunca, y que morir no es más que revestir una forma nueva. Si hemos de creer á Heródoto, fueron los primeros en descubrir la inmortalidad del alma. La concebían como una emanación ó partícula del alma universal que animaba, pero en grado menos elevado, los seres vivos, las

plantas y hasta los seres inorgánicos. Admitían una caída original del hombre, concepción que les parecía indispensable para justificar lógicamente prodigios, tales como las numerosas encarnaciones de la divinidad que habían acogido en sus dogmas. El alma culpable podía purificarse en este mundo por el ayuno y la penitencia; en la vida futura por una serie de transmigraciones en diversas formas animales. En el momento de la muerte, el alma era solemnemente juzgada por Osiris en la tenebrosa región de Amenti, el mundo inferior; Osiris estaba asistido de los cuatro genios del sombrío reino y de cuarenta jueces. Horo conducía la sombra del muerto al tribunal por la puerta que guardaba Cerbero, el hipopótamo. Anubis pesaba el corazón en la balanza de la justicia; si las buenas obras vencían, la sombra era enviada á los campos de Aahlu, los Campos Elíseos; si no, era condenada á la transmigración.

A fin de que este dogma del juicio en el otro mundo no degenerase en simple leyenda, se le agregó una prueba preparatoria en este mundo, prueba temible y decisiva. Todo hombre, desde el soberano hasta el más humilde súbdito, estaba condenado á sufrirla. En cuanto moría un individuo era enviado el cuerpo al embalsamador, que lo guardaba por cuarenta días; durante treinta y dos días aun llorábale la familia, y después la momia era encerrada en el ataúd, y colocada de pie en una de las habitaciones interiores de la casa. Avisábase á los cuarenta y dos jueces del distrito, y en el día señalado conducíase el cuerpo al lago sagrado; cada nomo y hasta cada ciudad tenía uno de estos lagos sagrados, siempre situados al Occidente. La prueba comenzaba entonces: cada cual era libre de acusar al muerto ó de hablar en su favor; pero ¡ay del calumniador! Los jueces pronunciaban al fin la sentencia; si resolvían que el muerto había tenido mala vida, negábasele la sepultura, y los parientes, consternados, volvían con la momia á su casa, ó si eran demasiado pobres se le enterraba á orillas del lago. El alma debía entonces rescatarse por las buenas obras de los que habían dado asilo al cuerpo del muerto, ó esperar y andar errante durante cien años. Hállanse todavía en nuestros

días, á orillas de esas Estigias del antiguo Egipto, restos humanos que han sido privados de sepultura durante treinta veces ese tiempo. Háse negado la sepultura aun á los mismos reyes. Si, por el contrario, la sentencia era favorable; dejábase un óbolo como precio del pasaje al barquero Caronte, un pan al hipopótamo Cerbero, y la comitiva atravesaba el lago en la barca de los muertos, no cesando de proclamar los sacerdotes las buenas obras del difunto. Llegado á la otra orilla del lago, el acompañamiento se dirigía solemnemente y en silencio hacia las catacumbas, donde era depositado el cuerpo en su última morada.

Basta lo que precede para convencernos de que la religión egipcia no había quedado reducida á una filosofía puramente especulativa, sino que sabía imponerse al vulgo por las más solemnes ceremonias. En los grandes templos, ciertas ceremonias eran acompañadas de procesiones análogas á las que hoy vemos; ofrecíanse durante ellas en sacrificio manjares, libaciones é incienso. Los misterios ocupaban también no pequeño espacio en una religión que por su doble naturaleza convenía al vulgo tanto como á las clases superiores. Algunos de estos misterios fueron importados en Grecia, lo mismo que la institución de los oráculos. Estos eran respetados hasta tal punto, que los mismos reyes tenían que obedecerlos. Una respuesta del oráculo Ammon fué la que decidió al rey Nekao á detener los trabajos del canal que se proponía terminar. Los sacerdotes egipcios predecían también el porvenir; á este efecto estudiaban los augurios, observaban las entrañas y formulaban horóscopos.

CAPÍTULO IV

La edad de examen de Grecia.

En el capítulo segundo he descrito el origen y la decadencia de la mitología griega; en éste examinaré los primeros ensayos filosóficos de Europa. Los diferentes sistemas de la filosofía jónica son las consecuencias inmediatas de las creencias religiosas contemporáneas, y constituyen una de las fases de la teología comparada de Grecia.

Si nos referimos á lo ocurrido en la India, sorprende-nos la debilidad de estos primeros esfuerzos de la filosofía europea; responden á la época en que el espíritu humano acaba de sacudir el yugo de la hechicería, pero sin poder elevarse por encima de las concepciones geocéntricas y antropocéntricas. El hombre, como constantemente se ha observado, en cuanto se halla en posesión de datos que cree seguros, se sirve en seguida de ellos para construir cosmogonías y fundar sistemas mal llamados científicos. Sólo más tarde es cuando en él se despierta la sospecha de que la verdad absoluta no puede pertenecernos.

El lector experimentará quizá alguna repugnancia en seguir la exposición de las doctrinas filosóficas, frecuentemente faltas de valor, que han imperado en Grecia; pero tendrán para él vivo interés cuando pueda considerarlas en su conjunto y contemplar la serie de grados por que la filosofía europea ha llegado á ciertas conclusiones mucho tiempo antes obtenidas en Egipto y en la India. Muy de antiguo, en efecto, antes que en Grecia se hubiera dado el primer paso, la historia intelectual de la

India nos ofrece sistemas filosóficos perfectamente consistentes y dignos de fijar nuestra atención; sistemas que no se limitan á inútiles especulaciones, sino que han penetrado íntimamente en la vida social.

Admítase generalmente que la filosofía griega empieza con Tales. Tales, aunque de origen fenicio, nació por el año 640 antes de Jesucristo en Mileto, colonia griega del Asia Menor. En aquella época, como hemos visto, habíanse abierto los puertos egipcios por Psammético á los extranjeros. Este príncipe, envuelto en una guerra civil terminada con fortuna para él, gracias al auxilio de los mercenarios de Jonia y de Grecia, abandonó las máximas políticas usadas en su país desde hacía miles de años, y permitió á los extranjeros el acceso de Egipto. Hasta entonces los habitantes de Europa sólo habían sido para los egipcios piratas y caníbales.

Las doctrinas de Tales hacen suponer que había visitado á Egipto, pero que se había mantenido lejos de las clases ilustradas, y que sólo con el vulgo se había relacionado. Del vulgo recibió la opinión de que el principio primero de todas las cosas es el agua, opinión que correspondía perfectamente á la naturaleza del país. Las aguas fertilizadoras del Nilo eran las que, sin que el hombre tenga que preocuparse de ello, daban á Egipto esas magníficas cosechas que le convertían en granero del mundo antiguo. Las cosechas, y con ellas la existencia del hombre y de los animales, dependían del agua. El agua también era la que sostenía al Gobierno, cuyo Tesoro se alimentaba con las tasas que pagaban los propietarios de las tierras por el uso de las esclusas y de los acueductos públicos. No había, en una palabra, en Egipto labrador alguno que no considerase el agua como principio de todas las cosas y hasta de las contribuciones; los escribas mismos y los agrimensores podían pensar que la geometría había nacido del agua, puesto que necesitaban evaluar la superficie de las tierras que habían sido regadas, y restablecer sus límites después de la retirada de las aguas.

Si esta doctrina, pues, debía en alguna parte del antiguo mundo adquirir significación filosófica y hacerse vulgar, seguramente era en Egipto. Figurémonos á Tales,

curioso é imperfectamente instruído, llevado por algún barco pirata ó por cualquier buque de comercio hacia ese misterioso Nilo, que no recordaba á los griegos de Jonia sino leyendas y mitos. Allí vió los acueductos, los canales, las esclusas y el gran lago Mœris abierto por la mano del hombre hacia tantos siglos como los que pueden contarse desde Tales hasta nosotros. Donde quiera vió al río adorado como Dios; aprendió á creer con el vulgo que todas las cosas proceden del agua, y sólo del vulgo pudo recibir esta creencia, porque si hubiera sido admitido á compartir la enseñanza de los sacerdotes, encontraríamos en su sistema huellas de las doctrinas de emanación, transmigración y absorción que sólo más tarde fueron importadas en Grecia. El caso de Tales es el de un indio inteligente que llegase á un país civilizado; poco familiarizado con su lengua, y no poniéndose en contacto sino con las clases inferiores, sólo conocería su grosera filosofía y creería volver á su casa con verdaderos tesoros. En cuanto á las miras profundas que se complace uno en conceder á Tales creo que estamos autorizados para rechazarlas completamente. Háse afirmado, por ejemplo que trató de reducir á una sola las diferentes potencias sobrenaturales, reducir los agentes naturales á la unidad, y en una palabra reemplazar el politeísmo con el monoteísmo. Háse afirmado también que se consagró á descubrir las leyes invariables que rigen los sucesos tan variables de nuestro mundo, que trató de remontarse al origen de las cosas, que observó cuán inmenso es el mar, qué importante papel representa la humedad en el crecimiento de los seres, y cuán necesaria era para la conservación de su propia existencia; «la humedad—dice—sin la cual el cuerpo no sería más que una cosa seca reduciéndose á polvo». No podemos admitir estos asertos, como tampoco el de que Tales se proponía identificar la filosofía con la teología vulgar de Hesiodo, que hace del Océano una de las dos divinidades que han producido la naturaleza. La acusación de irreligión que se le dirigió muestra en qué remota época empieza el antagonismo del politeísmo y de la ciencia. Posible es creer, sin embargo, que todas las cosas han sido formadas de una sustancia primordial, sin negar

por eso la existencia de un poder creador ó en otros términos, y para hablar como la filosofía india, la arcilla no es el alfarero.

Tales pasa por haber predicho el eclipse que puso fin á una batalla entre medos y lidios, pero no está probado que haya anunciado el día del fenómeno. Según él, el calor proviene de la humedad ó es alimentado por ella, los astros mismos reciben sus alimentos del mar en el momento de su aparición y de su ocaso; son para él verdaderos seres vivos, lo mismo que el ámbar y el imán, á los que da un alma porque son asiento de una fuerza motora. Enseñaba igualmente que el universo es un sér animado y que está lleno de demonios. En tiempo de Tales, como se ve, la creencia en la hechicería dominaba todavía.

Su sistema tomó consistencia, no sólo porque era plausible, sino también porque apareció apropósito y bajo favorables auspicios. Mirado en Asia Menor como parte del saber egipcio, llegó allí rodeado de un prestigio que le aseguraba entusiasta acogida; esta circunstancia, sin embargo, hubiera ayudado poco á su adopción, si la cultura intelectual de Jonia, ya entonces bastante adelantada, no le hubiera ofrecido favorabilísimas condiciones de desarrollo. Admitida una vez en Jonia, la doctrina egipcia llegó á ser el punto de partida de un método filosófico especialísimo. El modo con que se desarrolló prueba claramente el vigor del espíritu griego; una doctrina puede en Egipto subsistir durante miles de años, protegida por su sola antigüedad, contra la controversia y el examen; puede en seguida gastarse y concluir en completa impotencia; pero trasplántese esta misma doctrina á una nueva comunidad llena de actividad, y no tardará en hacerse productiva y en dar nuevos resultados. Esta grosera filosofía de Tales afirmó sus tendencias por el ensayo que hizo de una descripción del universo, aun antes de que sus diferentes regiones fuesen conocidas. Su modo de desarrollo hace pensar sin querer en el de esas semillas extraídas de los féretros de las momias, donde estaban encerradas desde hacía muchos siglos, y que, recibidas por un suelo rico y convenientemente húmedo, han podido,

aun en nuestros días, germinar, dar flores y fecundar semillas nuevas.

No es solamente el agua ó el Océano el que parece infinito y capaz de hacer nacer todas las cosas. El aire también parece extenderse hasta los astros. Sobre él, dice Anaxímenes de Mileto: «la tierra flota semejante á una inmensa hoja.» Este filósofo jónico, alentado sin duda por la esperanza de suceder á Tales ó de compartir su gloria, propuso, pues, sustituir el aire atmosférico al agua como origen de todas las cosas. No carecía de argumentos para sostener esta preeminencia concedida al aire. ¿Quién ha podido nunca distinguir dónde se detiene la atmósfera? Por otra parte, para quien no ha profundizado la cuestión, no es dudoso que el agua misma es engendrada por el aire, puesto que de las nubes que el aire forma nacen la lluvia, las fuentes, los ríos y el mismo mar. Así el filósofo, al sostener que el aire es infinito, enunciaba un dogma que no era sino la expresión de un hecho manifiesto y que no exigía esfuerzo alguno de imaginación para ser aceptado. Anaxímenes anticipaba igualmente que el alma humana misma no es más que aire, puesto que la vida consiste en una inhalación y en una exhalación de aire, y se corta en cuanto cesan estas funciones. Enseñaba también que el frío y el calor son resultado de la rarefacción y de la condensación de la atmósfera; lo cual probaba diciendo que el aire es frío cuando respiramos con los labios apretados uno contra otro, y caliente cuando respiramos con la boca enteramente abierta. De aquí deducía que el aire, suficientemente rareficado, se transformaría en fuego, y que tal es el origen probable del sol, de las estrellas, de los cometas y de los demás meteoros; si por el contrario el aire se encuentra condensado, cámbiase en vientos, nubes, aguas, hasta en nieve, en granizo, y en tierra si la condensación es todavía más enérgica; puesto que probado está por los resultados del fenómeno de la respiración que el aire es uno de los principios esenciales de la vida y que constituye el alma del hombre. Anaxímenes termina naturalmente su razonamiento diciendo que el aire infinito no es otra cosa que Dios, y que de él han salido los demás dioses y diosas.

Tal era la filosofía de Anaxímenes. Con ella se abrió la lucha en que las diversas escuelas griegas rivalizaron en actividad, y que marcó una de las más brillantes fases del desarrollo intelectual de Grecia. Esta filosofía es evidentemente superior á la de Tales; no sólo reconoce una sustancia primordial, sino que trata además de mostrar, mediante la observación y la experiencia, cómo y por qué transformaciones han nacido de ella las demás sustancias. En cuanto al descubrimiento de la oblicuidad de la eclíptica, que Anaxímenes habría medido con un gnomon, sólo existió en la imaginación de sus conciudadanos, sobreexcitada por exceso de patriotismo; semejante descubrimiento no estaba al alcance de un filósofo que tenía de la tierra noción harto inexacta para mirarla como «una inmensa hoja flotando en el aire.»

Diógenes de Apolonia desarrolló mucho las doctrinas de Anaxímenes. Sostenía que todas las cosas proceden de una esencia primera, que sufre continuas transformaciones, que nunca es la misma en dos momentos consecutivos, y que acaba por volver á su pristino estado. Consideraba al mundo entero como sér vivo que se desarrollaba y transformaba espontáneamente, y admitía con Anaxímenes que el alma del hombre no es más que el aire, que es también el alma del universo. Consecuencia necesaria: el aire es eterno, imperecedero y consciente. «El aire sabe mucho—decía—porque si careciese de razón ¿cómo se habrían podido distribuir tan regularmente y de modo que cada cosa conservase la medida que le conviene, el invierno y el verano, la noche y el día, el viento y el buen tiempo, todas las cosas que hallamos en este mundo tan perfectamente ordenadas?» «Este sér dotado de conocimiento es lo que los hombres llaman aire; él lo regula y gobierna todo, y por eso todo lo penetra, se extiende á todo y en todo, y nada hay que no dependa de él.»

La filosofía comienza por el fetichismo, y con no poco trabajo se desentiende de él. En el origen, la armonía que se observa entre las diversas partes del mundo encuentra su natural explicación en la hipótesis de que cada una es asiento de un principio inmaterial que la gobierna por su inteligente volición. Sólo más tarde es cuando

se abre paso á la idea de que esta bella armonía puede obedecer á la influencia de leyes fijas. Somos tan propensos á juzgar de las cosas exteriores por la experiencia de nuestros propios actos, que nos parecen sometidos á los solos caprichos de nuestra voluntad, que nos cuesta trabajo no atribuir los fenómenos naturales á causas análogas. El fetichismo se encuentra en el origen de todas las ciencias naturales; así es cómo el poder eléctrico del ámbar y la acción del imán sobre el hierro se han atribuído á la existencia del alma en cada una de estas sustancias, y los movimientos de los planetas Mercurio, Venus y Marte se han referido á un principio inteligente que reside en cada uno de estos cuerpos presidiendo sus revoluciones. La primera de todas las ciencias que sacudió el yugo del fetichismo fué la astronomía, que abrió nueva era al espíritu humano cuando mostró que era posible, no sólo darse cuenta de los complicados movimientos de los cuerpos planetarios, sino también predecirlos, si se admitía la existencia de una sencillísima ley, universal é invariable.

No sin trabajo llegó el hombre á concebir que una ley inmutable puede sin inconsecuencia regir fenómenos variables hasta lo infinito. Antes de abarcar al universo con esta noble concepción de la sabiduría primera que le ha fijado leyes inmutables cuyas consecuencias ha previsto para la eternidad, el hombre se contenta con creer en la intervención incesante de un agente espiritual, ocupado sin cesar en evitar los desórdenes que pudieran presentarse y en velar por que las cosas sigan siendo á cada instante lo que deben ser. La química misma nos ofrece un ejemplo palpable y singularmente oportuno de la doctrina de Diógenes de Apolonia, que hace del aire un principio inmaterial; cuando los primeros exploradores hubieron descubierto algunos gases, se supuso que eran de naturaleza espiritual, lo que indica el nombre genérico de gas ó espíritu que entonces recibieron, y que todavía llevan hoy. Un obrero bajaba al fondo de un pozo y quedaba asfixiado, como mortalmente herido por invisible mano; su lámpara brillaba algún tiempo con lívido resplandor, y después se apagaba; en una mina de car-

bón, un minero imprudente llegaba al trabajo con una luz, y de pronto el aire se incendiaba, espantosas explosiones se dejaban oír, las rocas saltaban del suelo, y todos los seres vivos quedaban destruidos á la redonda, frecuentemente sin que los cadáveres tuvieran la menor huella de violencia. ¿Cómo explicar mejor semejantes catástrofes que atribuyéndolas á algún agente sobrenatural? Así no faltaban historias muy acreditadas de formas y figuras extrañas á la tierra que se encontraban en las soledades que habían sido teatro en otro tiempo de estas pavorosas catástrofes.

La modificación que Diógenes hizo en la teoría de Anaxímenes convirtiendo su sistema físico en sistema psicológico, constituye un hecho importante en cuanto que marca el origen de la filosofía griega propiamente dicha. El estudio del desarrollo intelectual del universo condujo á los griegos á estudiar la inteligencia misma. Diógenes atribuía la variabilidad del aire á su movilidad, propiedad que le hacía el menos denso y el más útil de los elementos, y le aseguraba la excelencia sobre todas las demás sustancias. Algunos críticos, harto dispuestos á trascendentalizar su doctrina, han pretendido que lo que Diógenes entendía por aire no era el aire atmosférico ordinario, sino el aire en estado de menor densidad y más caliente. El aire, en su estado de mayor pureza, constituye la inteligencia perfecta, mientras que las inteligencias inferiores están formadas de aire más denso y más cargado de humedad. Este principio regula la distribución de la vida á todas las criaturas animadas; el alma de los animales, cuya inteligencia tantas variedades ofrece, no es sino aire más ó menos seco y más ó menos caliente. Según Diógenes, habiéndose condensado el aire frío en tierra, habrá producido nuestro mundo, mientras que el aire caliente, habiéndose elevado á la parte superior, habrá formado el sol; para él, las estrellas eran los órganos respiratorios del universo. Del papel preponderante de la humedad atmosférica en la organización animal, deducía que los animales, como los locos, eran incapaces de pensar, puesto que la excesiva densidad del aire impide la respiración, y por consiguiente retarda la

comprensión. El doble hecho de que las plantas no presenten cavidad alguna propia para recibir el aire, y de que estén absolutamente privadas de inteligencia, le condujo también á admitir que el hombre no piensa sino porque el aire, arrastrado por la sangre, puede circular en todo su cuerpo. En fin, si el hombre tiene su inteligencia superior á la de las bestias, es porque éstas tienen sus órganos más cerca del suelo y respiran así aire menos puro. Tales son las groseras y pueriles especulaciones de la psicología en sus principios.

No puedo dejar á Diógenes de Apolonia sin oponer á sus doctrinas los descubrimientos de la ciencia moderna respecto del aire; el maravilloso papel que representa en la organización vital nos es hoy ya conocido. El aire no es ya un cuerpo simple; los químicos han separado sus elementos y determinado sus funciones respectivas. Uno de ellos, el ácido carbónico, descompuesto por los rayos solares, suministra á los vegetales el carbono, su principal elemento sólido, y engendra así las diferentes formas vegetales. Todas esas producciones orgánicas, tan bellas y tan variadas, desde los musgos de las regiones glaciales hasta las palmeras de las comarcas del Trópico, desde las que destruimos como nocivas hasta las que cultivamos con el sudor de nuestra frente, todas sin excepción proceden de la atmósfera por la influencia del sol. Hay más aún. Como la vida de los animales no puede mantenerse sin el auxilio de las plantas, pueden considerarse los vegetales como los mediadores que permiten á las materias atmosféricas, vivificadas, por decirlo así, por los rayos solares, penetrar hasta la economía humana, donde su misión es reparar los desastres que producen necesariamente los movimientos del cuerpo y el trabajo del pensamiento. Estas sustancias, que momentos antes formaban parte de un organismo vegetal, conviértense ahora en partes esenciales de un organismo animal; nueva situación que, sin embargo, sólo es transitoria como la primera, porque la condición esencial de la existencia animal es una destrucción incesante y continua de las partículas que componen el organismo. No podemos levantar un dedo sin consumir una parte de la

materia de nuestros músculos, y no puede nacer en nosotros un pensamiento sin estar acompañado de una destrucción parcial de la sustancia cerebral. Estas partículas destruidas son expulsadas de la organización animal, lo más á menudo por medio de mecanismos de admirable construcción; pero su papel no acaba en esto todavía; pronto ó tarde vuelven á la atmósfera y sirven una vez más para crear vegetales. Es inútil seguir estas transformaciones en todos sus detalles. Evoluciones enteramente semejantes se realizan por el agua y el amoniaco de la atmósfera; del estado inorgánico pasan al estado orgánico, y de este último vuelven á pasar al primero, de tal modo que una misma partícula se encuentra en un instante dado en la atmósfera, ayudando á la formación de una planta, en el instante siguiente en el cuerpo de un animal, y en un tercer instante en la atmósfera otra vez. Las partículas materiales ejecutan así continuas revoluciones, determinadas y regidas por una fuerza omnipotente que emana del sol, centro de nuestro sistema. Durante los días de verano, las plantas reciben del sol, y almacenan por decirlo así, el calor que más tarde reaparecerá en el hombre, ora revelando el apogeo de su salud, ora produciendo el rubor que la vergüenza hace subir al rostro, ora alimentando la fiebre que le devora. Ningún límite de tiempo está por lo demás asignado al cumplimiento de estas revoluciones. Verdad es que el calor que nos suministra la combustión de la paja ha podido venir del sol ayer solamente, pero también es verdad que el calor que la antracita nos da, y que nos sirve para dulcificar los rigores del invierno, le ha sido cedido por el mismo manantial bajo la influencia de los climas ultratropicales de la época secundaria hace acaso mil siglos. La atmósfera es, pues, realmente la fuente de donde todos los organismos han nacido y el receptáculo común á que todos ellos vuelven; sus elementos son llamados á la vida orgánica, no por la acción de un agente terrestre cualquiera ó de un principio interior, sino por la influencia de un astro distante más de cien millones de leguas, que es causa directa ó indirecta de todos los movimientos terrestres y dispensador general de la luz y de la vida.

A Tales y á Diógenes hay que unir Heráclito de Efeso, quien, en lugar del agua ó del aire, adoptó el fuego como principio de las cosas. El carácter de su filosofía, es como el de las escuelas precedentes, el de marcada oposición al politeísmo y á la idolatría del tiempo. La ética, la física, la política y la teología se mezclaban tan confusamente en sus obras, y el sentido de las mismas era tan difícil de comprender, que Heráclito ha merecido el sobrenombre de *El Oscuro*; bajo este aspecto, cuenta numerosos sucesores entre los metafísicos modernos. La base de su sistema es, sin embargo, un axioma sencillísimo: «Todo puede convertirse en fuego, y el fuego en todo.» Quizá no entendía por fuego lo que nosotros llamamos calor; dice, por lo demás él mismo, y expresamente, que el fuego para él no es la llama, sino solamente un elemento seco y caliente. Admitía que este principio se halla en estado de incesante actividad, formando y absorbiendo todo alternativamente. «Todo es y no es—dice—porque todo empieza por ser y todo tiende sin cesar á no ser ya». «Nadie—añade—ha estado dos veces en el mismo río, pues la corriente de las aguas le renueva sin cesar. El río pierde sus aguas y las vuelve otra vez á encontrar; se acerca y se aleja, sus aguas se levantan por encima de las orillas y después vuelven á caer». Para hacernos saber en fin que nosotros mismos hemos cambiado, y cambiamos sin cesar, dice: «Nos embarcamos y no nos embarcamos en el mismo río; somos y no somos.» Heráclito quiere decir con esto, que la vida es sólo un movimiento incesante; este modo de ver del filósofo griego se acerca mucho al que hemos observado entre los indios.

Heráclito sin embargo, no consigue elevarse más allá de las ideas que existen á su alrededor. Habla del movimiento del principio primordial en dos direcciones: pretende que se acumula en las regiones superiores y que falta en la parte inferior, de donde deduce que el alma del hombre es una porción de fuego descendida del cielo. Reconoce bien que todos los fenómenos son de naturaleza transitoria, pero lleva este sistema hasta las últimas consecuencias, y afirma que todo lo que para nos-

otros es permanente, no nos parece tal, sino en virtud de una sucesión regular que se renueva á sí misma por movimientos contrarios; doctrina que defiende con el auxilio de extravagancias como la de que el sol se destruye y se renueva todos los días.

En medio de estas aserciones más que extrañas, hállanse sin embargo algunos axiomas verdaderos. «Todo es gobernado por la razón y por la inteligencia, aunque sometidos al imperio del destino». Heráclito, adelantándose á la metafísica moderna, decía también: «El espíritu humano no puede llegar á ningún conocimiento cierto con sus solos recursos interiores.» Consideraba los órganos de los sentidos como los canales por los que la vida exterior, y con ella la verdad, llega al espíritu; y añadía que durante el sueño, estamos privados de toda comunicación con el espíritu universal que nos rodea. Según él, cada cosa vive y tiene un alma, alma que no es la misma para todos los seres; la de los seres orgánicos es la más completa y más perfecta. En cuanto á su astronomía se puede juzgar de lo que era por lo que ya hemos dicho respecto del sol, que para él no es como los demás astros, sino un simple meteoro, y sólo tiene un pie de diámetro. Su sistema moral en fin, no es más que un desarrollo de su sistema físico, y descansa sobre el principio fundamental de la excelencia del fuego: si la razón del borracho vacila, es porque tiene el alma húmeda; las almas mejores y más perfectas, son las almas secas y calientes. El filósofo, en un exceso de disculpable patriotismo, añadía, que las almas verdaderamente nobles no se encuentran más que en climas secos, como el de Grecia. En suma, la doctrina de Heráclito tiende á acercarse mucho á esa otra doctrina que da alma al mundo; si la divinidad es en efecto inseparable del calor ¿dónde podremos librarnos de su acción? ¿No encontramos también un recuerdo de esta doctrina en esa actividad sin descanso que transforma incesantemente todas las cosas en medio de las cuales vivimos?

Me he detenido intencionadamente mucho tiempo en esta escuela jónica, cuyo estudio nos ha hecho conocer los rasgos principales de la filosofía griega naciente y

nos ha mostrado sus defectos esenciales. Esta filosofía es tan solo confuso montón de concepciones físicas, metafísicas y místicas. No tendría para nosotros valor alguno si no nos enseñara cuán miserables eran nuestros primeros conocimientos, y cómo hemos empezado por algunos errores vulgares importados de Egipto. ¡Cuán vana y pueril es esta ciencia primitiva de Grecia al lado de la filosofía utilitaria de Egipto y del sistema teológico de la India! Por grosera que sea, es sin embargo, para nosotros preciosa lección, puesto que nos enseña á reconocer la prioridad de las antiguas civilizaciones de Egipto y de la India y nos deja convencidos de la falsedad de la teoría que hace del espíritu griego el promotor de todos los conocimientos humanos de algún valor, teoría que tantos sabios europeos se han esforzado en establecer. Y lo que nos importa más aún: aprendemos por ende á juzgar más modestamente, y por lo tanto, con más exactitud, los progresos que hemos realizado y nuestra situación actual, y á reconocer también que otras razas, no sólo nos han precedido en la cultura intelectual, sino que han alcanzado, y quizás pasado el término á que hemos llegado en filosofía.

Los fundadores de las demás escuelas jónicas dieron nombres diferentes á sus doctrinas, pero todos adoptaron el mismo modo de razonar. No podemos poner al efecto, mejor ejemplo que el de la filosofía de Anaximandro de Mileto, contemporáneo de Tales. Su principio primordial era el caos, que disimulaba bajo el nombre metafísico de «lo infinito», término oscuro y poco preciso, que originó diversas divergencias de opinión respecto á sus doctrinas. A este caos, mezcla confusa de todas las cosas, atribuía una fuerza inherente, en virtud de la cual sus diferentes partes se separan espontáneamente una de otra; cada una de estas partes está por lo demás dotada de absoluta inmutabilidad. Enseñaba que la tierra tiene la forma de un cilindro, cuyo diámetro tiene en la base dos tercios de su altura; que está retenida por el aire en el centro exactamente del mundo; que las estrellas fijas y los planetas giran alrededor de la tierra, sujeta cada una de ellas á un círculo de cris-

tal; que más allá está la luna, moviéndose de análoga manera, y más lejos todavía el sol. Las regiones del centro y las regiones próximas á la circunferencia, son de opuesta naturaleza; las regiones del centro son naturalmente frías, las otras calientes. El descenso de las partes frías al centro y el movimiento ascendente de las partes calientes han producido respectivamente la tierra y los cuerpos celestes; estos últimos no formaban siquiera al principio más que una envoltura esférica que, al romperse, produjo las estrellas. Se ve ya la tendencia de la filosofía griega á traducirse en sistemas cosmogónicos basados en el desenredo del caos por las contrarias influencias del frío y del calor. Anaximandro iba todavía más lejos, y de los mismos principios deducía la explicación del origen de los seres vivos: el calor del sol—dice—obrando sobre el limo primitivo dió lugar á la formación de glóbulos vesiculares que más tarde fueron rodeados de un anillo de puntas y acabaron por desgarrarse; de ellos salió, como de un huevo, un animal incompleto y mal formado, pero que en seguida se perfeccionó y se desarrolló completamente. En cuanto al hombre, lejos de haber sido engendrado en su estado de perfección, no fué al principio más que un pez y continuó viviendo en el cieno bajo esta forma, hasta que se hizo capaz de vivir en tierra firme. Si lo infinito es la causa que engendra los seres, es también la que los destruye: «todas las cosas que obedecen al destino, vuelven al origen de que proceden, pues todas deben á su vez sufrir las penas y expiaciones de sus faltas». Estas últimas palabras revelan intención moral, y muestran que entre la filosofía natural y la moral empezaba á establecerse vaga conexión.

En cuanto al hecho de descubrimientos más sólidos de que seríamos deudores á Anaximandro, debemos hacer el mismo caso que de los hechos semejantes que hemos encontrado en las biografías de sus predecesores: son puras invenciones de sus conciudadanos, extraviados por su patriotismo. Que ha sido el primero en construir mapas, es aserción que no puede sostenerse ante el hecho unánimemente reconocido de que treinta siglos antes de él los

egipcios habían cultivado la geometría con el exclusivo objeto de llegar al mismo resultado; igual sucede con su pretendida invención del cuadrante solar, que había sido descubierto en Oriente en época muy anterior. Se ha sostenido también que había sido el primero en calcular exactamente las dimensiones y distancias de los cuerpos celestes; pero, ¿cómo es posible, aun con el mayor deseo de exaltar los trabajos de Anaximandro, cerrar los ojos á la incompatibilidad manifiesta de semejantes descubrimientos con una doctrina que afirma que la tierra tiene forma de cilindro, que está retenida por el aire en el centro del mundo, que el sol está más lejos de nosotros que las estrellas fijas, y que cada uno de los cuerpos celestes ejecuta sus revoluciones con auxilio de una gran rueda de cristal?

El filósofo á que ahora llegamos es Anaxágoras de Clazomenes, el amigo y maestro de Pericles, Eurípides y Sócrates. Como muchos de sus antepasados, había visitado á Egipto, y contó entre sus discípulos la mayor parte de los hombres eminentes de su tiempo. Como principio fundamental admitía que el universo forma en su conjunto un todo inmutable, y que la variedad de formas que presenta es sólo el resultado de un arreglo variable de las partes que le constituyen. Semejante doctrina implica necesariamente la unidad de la materia. «Los griegos — dice — suponen equivocadamente que una cosa empieza á ser y deja de ser; nada nace ni se destruye, y todas las cosas no son más que agregaciones ó secreciones de cosas preexistentes, de tal modo, que toda generación es una reunión y toda corrupción una separación». Esta doctrina, notémoslo, se confunde casi con las de Egipto y de la India. En algunos puntos recuerda también el caos de Anaximandro. «Al principio — dice Anaxágoras — todas las cosas eran infinitas en número y en pequeñez; nada era cognoscible, y ninguna propiedad se manifestó mientras todo permaneció mezclado.» Preciso fué que una fuerza motriz interviniese y desprendiese todas las cosas del caos; á esta fuerza la llama Anaxágoras *el intelecto*, rechazando la designación de *destino* como palabra vacía de sentido, y refiriéndolo todo á la razón. Ninguna dis-

tinción hacía entre el alma y el intelecto. Sus doctrinas implicaban el dualismo como lo indican su fuerza motriz primera y la masa que pone en movimiento, y la oposición que establecía entre lo material y lo inmaterial, lo que significaba que hay para la filosofía dos vías correspondientes muy distintas. Además de la razón, que es en su filosofía el primer principio motor, la imposibilidad en que estaba de explicarlo todo de una manera satisfactoria por la sola operación del intelecto, le hizo adoptar gran número de otros agentes secundarios, el aire, por ejemplo, el agua y el fuego. En los detalles de su sistema encontramos también concepciones que pertenecen á sistemas más antiguos, entre otras, la de que el frío y una gran densidad caracterizan las regiones inferiores, mientras que las regiones superiores son cálidas y muy poco densas. En el origen, la acción del entendimiento fué sólo parcial; las cosas se separaron imperfectamente tan sólo, pero tenían en sí una fuerza que las permitía separarse de infinidad de maneras diferentes. Desde aquí, el sistema se convierte en verdadera cosmogonía: muestra cómo se han producido los elementos, las piedras, las estrellas y el mar. Todas estas explicaciones, fácil es preverlo, están desprovistas de exactitud. Entre los elementos primordiales coloca infinidad de cosas á cual más diversas: el frío, el color, el fuego, el oro, el cuero, el trigo, la sangre, la médula, etc. Como su doctrina implicaba que los cuerpos compuestos sólo ofrecen arreglos diferentes y no formaciones distintas, era preciso, de toda necesidad, que admitiese gran número de elementos simples. Así es como la carne está compuesta, para él, de partículas carnosas, los huesos de partículas óseas, y así los demás cuerpos. Estos elementos constitutivos similares son los *homœomeria* de Anaxágoras. Hay infinidad de naturalezas diferentes, y por su combinación forman todo lo que existe en el universo. Partiendo de esto, Anaxágoras prueba que todas las partículas que componen el cuerpo de un animal preexisten en los alimentos, de donde son simplemente extraídas. En cuanto á los fenómenos vitales los explica con ayuda de su doctrina del dualismo entre el espíritu y la materia. Las plantas son simplemente animales arrai-

gados en tierra, sin movimiento, pero capaces de sensaciones y deseos; la superioridad del hombre es debida al solo hecho de que tiene manos. Para explicar nuestras percepciones mentales emite la hipótesis de que tenemos naturalmente en nosotros los contrarios de todas las cualidades de las cosas exteriores: tanto que, cuando consideramos un objeto, su vista hace predominar en nuestro espíritu precisamente las cualidades que faltan en este objeto. Toda sensación está, pues, acompañada de un sentimiento de dolor. Su doctrina de la formación de los animales se basa en la acción de la luz solar sobre el cielo. Coloca la tierra en el centro del mundo, á donde ha sido arrastrada por un torbellino; el polo estaba al principio en el zénit, pero desde que los animales salieron del limo, el intelecto cambió la posición de la tierra, á fin de que presentase una serie de climas convenientes. Es curioso observar por otra parte que algunas de las groseras hipótesis de Anaxágoras se anticipan á descubrimientos hechos mucho tiempo después de él: sostenía que la luna tiene montañas, valles y habitantes como la tierra; que la historia de nuestro globo había tenido sus grandes épocas, en las que había sido sucesivamente transformado por el fuego y el agua; que las colinas de Lampsaco, si el mundo duraba mucho, llegarían á estar algún día bajo el mar.

Por lo que hace á la naturaleza de nuestros conocimientos, Anaxágoras pretendía que los sentidos son absolutamente engañosos, y que llegamos á la verdad únicamente por el entendimiento; en apoyo de esta afirmación citaba el ejemplo de una gran cantidad de agua teniendo en disolución una gota de líquido coloreado, sin que la mirada sea capaz de distinguir el menor cambio producido. El mismo principio le hacía sostener que la nieve es negra y no blanca, puesto que está formada de agua, que es negra; de donde sacaba deducciones tales como ésta: que «las cosas son para cada hombre lo que le parecen ser.» Esta convicción que tenía de la infidelidad de las nociones dadas por los sentidos, es sin duda la que le arrancó esta queja: «Nada se puede conocer; nada se puede enseñar; nada es cierto; los sentidos son limitados; el entendimiento es débil; la vida es corta.»

La biografía de Anaxágoras no carece de interés. Nacido en excelentes condiciones de fortuna, se consagró por completo á la filosofía, y en sus últimos años conoció la pobreza y la necesidad. Fué acusado de ateísmo y de impiedad para con los dioses por el supersticioso populacho de Atenas, porque afirmaba que la luna y el sol están compuestos de piedra y tierra, y que los pretendidos milagros del tiempo no eran otra cosa que fenómenos naturales ordinarios. Acusado igualmente de magismo, porque admitía el antagonismo del espíritu y de la materia, dogma tomado de los persas, á quienes se aborrecía, fué encerrado y condenado á pena capital, y no se libró de la muerte sino por la influencia de Pericles. Se fugó á Lamp-saco, donde acabó sus días en el destierro. Su memoria fué, sin embargo, muy honrada por sus conciudadanos, que no dejaron de exagerar sus méritos: pretendieron que había sido el primero en explicar las fases de la luna, los eclipses solares y lunares; que tenía el don de conocer los sucesos futuros, y que había predicho la caída de una piedra meteórica.

La biografía de Anaxágoras, como la de muchos de sus contemporáneos y sucesores nos demuestra que ya empezaba á nacer en el pueblo cierto espíritu de hostilidad contra la filosofía, hostilidad que no se traducía en simples protestas por parte de la sociedad, sino también por actos de injusticia política. El antagonismo entre el politeísmo y la ciencia se acentuaba cada día más. Entre los filósofos, varios debieron expatriarse, otros recibieron la muerte, y el resultado de estas persecuciones fué que se recataron y disimularon. Lo veremos patentemente en la historia de los pitagóricos.

De Pitágoras, el fundador de la escuela, nada casi sabemos de cierto; hasta la fecha de su nacimiento es disputada; parece probable sin embargo que nació en Samos, hacia el 540 antes de J. C. Está probado que residió en Egipto y en la India, pero el examen solo de sus doctrinas nos dejaría convencidos de este hecho. Alguno de esos críticos eminentes, dispuestos siempre á exaltar la ciencia de la Europa antigua, se esfuerzan todavía en afirmar que no fué allí donde Pitágoras adquirió sus conociemien-

tos como lo asegura el testimonio unánime de la antigüedad, y que no pudo ser iniciado en lo que la constitución del sacerdocio egipcio negaba en absoluto á los extranjeros. Estos críticos olvidan que el antiguo sistema político del país había sido completamente transformado á consecuencia de la gran revolución que se verificó más de un siglo antes de Pitágoras. Si, por lo demás, no fuese un hecho comprobado y muy explícitamente afirmado por los antiguos que Pitágoras vivió veintidós años en Egipto, no faltan circunstancias en su historia que prueban hasta la evidencia que ha debido residir en él largo tiempo. Así como se reconoce inmediatamente el pincel del maestro en el estilo de una pintura, cuando es uno inteligente, así también se hallará á la primera ojeada la filosofía egipcia en la de Pitágoras, por poco que se hayan estudiado las diferentes maneras de pensar de la antigüedad.

Pitágoras fué á Italia durante el reinado de Tarquino el Soberbio y se estableció en Crotona, colonia griega situada en el golfo de Tarento. Fundó al principio una escuela, y después, merced á las disensiones que agitaban la ciudad y con ayuda de los jóvenes que seguían sus lecciones, organizó una sociedad política secreta. Entre los letrados griegos, instruidos por la experiencia de las persecuciones, era ya máxima reconocida, que es peligroso distribuir ampliamente conocimientos al vulgo. De crear una sociedad secreta á conspirar contra el Estado, sólo hay un paso: Pitágoras no vaciló en darle; tenía á mano, para servirle en sus intrigas políticas, los numerosos discípulos á quienes iniciaba en su ciencia secreta, después de haberles puesto á prueba durante largo tiempo y de haberles hecho sufrir una serie de exámenes. Por último, fué expulsado el Senado y Pitágoras tomó en sus manos las riendas del gobierno. En todos tiempos tienen los mismos móviles las acciones humanas; así sucedió con la conspiración de Pitágoras lo que siempre ocurre en casos semejantes. De Crotona se extendió la influencia de los pitagóricos á algunas otras ciudades de Italia, pero pronto se manifestó poderosa reacción; los innovadores fueron desterrados, sus instituciones derribadas y su jefe sucumbió á manos de sus enemigos.

El sistema que intentaron fundar los pitagóricos era una excepción de los principios generales de la política griega; hasta entonces, en efecto, las escuelas filosóficas no habían sido sino centros de reunión para los partidarios de la misma doctrina y nunca habían tenido, á decir verdad, existencia política.

Es muy difícil hallar la verdad de los sucesos, cuando se han producido en medio del desencadenamiento de las pasiones políticas y religiosas; la impostura y la falsedad parecen entonces lícitas. Así, cuando se trata de los disturbios que agitaron á Italia á consecuencia de la revolución operada por los pitagóricos, es absolutamente imposible afirmar hecho alguno con certeza. Para sus partidarios, Pitágoras es un sér sobrehumano: majestuoso é impenetrable, vestido de blanco y con la frente ceñida por corona de oro, escucha el concierto de las esferas, perdido en la contemplación de la naturaleza ó en sus meditaciones extáticas sobre Dios; otras veces se recrea con los discursos de Homero, Hesiodo y Tales; descendiendo de Apolo ó de Mercurio, manifiesta su divino origen por medio de milagros, por la predicción de acontecimientos futuros, y por las conversaciones que tiene con los genios en la soledad de sombría caverna; en fin, no sólo habla varias lenguas simultáneamente sino que se le ha visto aparecer ante el pueblo, (y este prodigio es por todos reconocido) hablándole en varios sitios á la vez. No parece que sus discípulos se hayan apercebido de que tan extraños asertos eran absolutamente inverosímiles y que cuanto más se esforzaban en probarlos más hacían dudar de los hechos que afirmaban. Todo su celo no ha servido en suma más que para quebrantar una vez más nuestra confianza en la veracidad humana y para darnos nueva prueba de la credulidad del hombre y de la facilidad con que se deja engañar por la impostura. En cuanto á los adversarios de Pitágoras, le miraban como un charlatán ó al menos como místico visionario; le acusaban de haber seducido á la juventud por las monerías de una especie de francmasonería, de haber engañado á espíritus débiles para convertirlos ó en entusiastas estúpidos, ó en disgustados ascetas, de haberse conjurado contra el Estado, y

agitado con sangrientos desórdenes la ciudad en que había recibido honrosa hospitalidad. Colocados entre tan contradictorios asertos, no sabemos cómo determinar su parte de verdad y de impostura; y si los pitagóricos ganan con nuestra incertidumbre, lo deben á una de sus máximas favoritas: «Todo no debe ser conocido por todos.» Quizá en el fondo de estas agitaciones políticas latiese la esperanza de crear un centro de unión para las numerosas colonias griegas de Italia que, aunque llegadas á alto grado de civilización y prosperidad, estaban muy debilitadas por su aislamiento é incesantes querellas. Unidas en poderosa confederación, política ó religiosa, habrían ejercido ciertamente considerable influencia en el porvenir y también por consiguiente en el de la humanidad. El pitagorismo extendió su influencia hasta Roma, es verdad, pero lo ejerció indirectamente por medio del rey Numa que pertenecía á la secta pitagórica y que introdujo en el sistema romano gran número de ritos que le eran peculiares.

El dogma fundamental de los pitagóricos era que «los números son la esencia ó el primer principio de las cosas». Este dogma les condujo al estudio de las misteriosas relaciones entre números y figuras, y también á las más increíbles extravagancias desde que llegaron á mirar á los números como dotados de existencia efectiva.

La aprobación general que encontraron las doctrinas de Pitágoras tuvo sin duda por causa el hecho de que estas doctrinas venían á colmar el vacío abierto por las filosofías precedentes. Habían llegado, respecto al mundo exterior y á nosotros mismos, á la conclusión unánime de que no poseemos ningún criterio de la verdad. Y este criterio era el que ofrecía la escuela pitagórica en las propiedades de los números y sus relaciones.

Este sistema no merece que le desarrollemos en todos sus pormenores; basta examinarle superficialmente para el objeto que nos proponemos. Pitágoras admite dos clases de números: los números pares y los impares; la unidad, que es á la vez par é impar, es la esencia y la base de todos los demás números. «Todo viene de uno», dice el pitagórico; y también «Dios lo abarca todo, lo

hace todo, y sin embargo no es más que uno». Los pitagóricos dan extraordinaria importancia al número diez, que contiene en sí mismo los números 1, 2, 3 y 4, ó proviene de la unión de estos cuatro números, que son unos pares y otros impares. Esta propiedad merece al número 10 especial designación, que parece, sin embargo, haberse aplicado también al número 36. La triada tenía también para ellos alta significación, porque tiene principio, medio y fin. A la unidad ó al número uno le llaman par-impar, pretendiendo que participa de las propiedades de ambas especies de números, puesto que añadida á un número par da un número impar, y agregada á un impar lo convierte en par. Arreglaban los primeros elementos de la naturaleza en diez contrarios: el par y el impar formaban uno de estos contrarios, y la luz y la oscuridad otro. «La naturaleza y el poder de los números—dicen—se manifiestan no sólo en las cosas divinas y sobrenaturales, sino también donde quiera, en las obras del hombre, en las palabras, en las artes y en la música.» Las concepciones aritméticas se aplican hasta á la moral; los números no mienten nunca y son enemigos de lo falso, perteneciéndoles, por tanto, la verdad; deducían también que en lo ilimitado ó infinito reinan inevitablemente la mentira y la envidia. El número 1 contiene lo perfecto lo mismo que lo imperfecto, de donde se deduce que el bien, la verdad y la belleza no existen en el principio y sólo se desarrollan con el tiempo. Todo lo que conocemos tiene necesariamente un principio, un medio y un fin; el principio y el fin son sus límites, pero el medio es ilimitado y por consiguiente divisible á lo infinito. Partiendo de aquí, concebían todos los cuerpos como conjunto de puntos, como lo expresa una de sus máximas: «Todo está compuesto de puntos ó unidades de espacio, que unidas juntamente forman un número.» Estas unidades ó mónadas, que no son sino puntos geométricos, están separadas por intervalos intermediarios, de modo que una línea, una superficie ó un sólido puede concebirse como el resultado de la yuxtaposición de mónadas é intervalos, que se suceden alternativamente unos á otros. Así llegan los pitagóricos á la noción de espacio.

En cuanto á la naturaleza de estos intervalos, algunos los creen formados simplemente de aire, pero los ortodoxos pretenden que las mónadas están separadas por el vacío; de ahí el sentido del incomprensible principio de los pitagóricos de que todas las cosas son producidas por un vacío. En fin, no hay que perder de vista que las mónadas son simples puntos matemáticos, que no tienen dimensiones ni tamaño, y que por consiguiente las diversas sustancias no contienen materia y no son sino simples formas.

Los pitagóricos deducían de los mismos principios la explicación del origen del mundo; la existencia del mundo—decían—no es más que una ilusión; no puede tener ningún origen en el tiempo. En cuanto al tiempo mismo no es, según ellos, más que la suma de una serie de momentos diferentes, serie limitada por los momentos extremos, y que entra de este modo en la unidad. La armonía es la que arregla todas las relaciones tan variadas que en el mundo encontramos. «Puesto que los principios de las cosas—decían ellos—no son ni similares ni congéneres, es imposible que el orden reine entre ellos, si por otra parte no interviene de cualquier modo un principio de armonía. Si todas las cosas fuesen semejantes entre sí y homogéneas no necesitarían armonía; pero como son todas desemejantes y disimétricas, la armonía es necesaria para unir las y permitirles subsistir en un mundo ordenado». Así confundían las ideas de número y de armonía, considerando al universo, no sólo como combinación de contrarios, sino también como combinación de estos contrarios regularmente ordenada y armónica. Ciertos números tenían para ellos significación extraordinaria. «Hay—decían—siete cuerdas ó armonías, siete pléyades, siete vocales, y ciertas partes del cuerpo animal se renuevan por períodos de siete años.» Extremaban su doctrina de los números y llegaban hasta representar por números particulares un pájaro, un caballo, un hombre. Algo de esta doctrina se encuentra en el modo de proceder de los químicos modernos: tomando el hidrógeno por unidad, representan el carbono por 6, el oxígeno por 8, el azufre por 16, y partiendo de aquí asignan un número

especial á cada cuerpo, simple ó compuesto, orgánico ó inorgánico. Ni siquiera se exceptúan los cuerpos más complejos, el hombre por ejemplo, cuyo número representativo sería la suma de los números que representan las diversas partes que le constituyen. Podemos, por lo demás, dar á estos números la significación que queramos, considerarlos como pesos anatómicos, ó dejando la idea de los átomos á un lado, considerarlos como representantes de cantidades de fuerza. En la ciencia moderna, como en la filosofía antigua, los números están, pues, íntimamente ligados á los nombres de las cosas, sean las que quieran.

Para los pitagóricos, la relación armónica tipo es la octava musical. Las propiedades físicas, tales como el color y el timbre, se supone que pertenecen á la superficie de los cuerpos. Contaban cinco elementos: la tierra, el aire, el fuego, el agua y el éter, y veían un hecho notable en esta coincidencia del número de los elementos con el número de los sentidos del hombre. Contaban también cinco planetas, que con el sol, la luna y la tierra, estaban colocados á distancias ajustadas á una ley musical. Sus movimientos en el espacio dan origen á sonidos que constituyen la armonía de las esferas, de la que no gozamos porque la oímos todos los días. La tierra y los demás planetas giran alrededor del sol, que es el centro del sistema del mundo. Los pitagóricos abandonan, pues, la doctrina geométrica por la doctrina heliométrica. Como el círculo es la forma más perfecta, los movimientos de los planetas son circulares; la luna está habitada, como la tierra, pero sus habitantes son más altos; la relación de la estatura de los habitantes de una y otra es igual á la de los tiempos que invierten en ejecutar su revolución. La vía láctea marca el camino que seguía en otro tiempo el sol, ó bien procede de la caída de una estrella. El universo tiene la forma de una esfera; es eterno, pero la tierra es sólo transitoria y susceptible de transformaciones. El alma no es más que un efluvio del alma universal; el cuerpo del hombre la recibe del exterior. De la existencia de los sueños y de los fenómenos que acompañan á la enfermedad deducían los pitagó-

ricos la existencia de buenos y malos demonios. Admitían que el alma puede vivir separada del cuerpo; su existencia se parece entonces á la del hombre durante los sueños. Sus héroes y demonios son almas que no han estado todavía, ó que han dejado de estar, unidas á un cuerpo. La doctrina de la transmigración se conciliaba perfectamente con las ideas de los pitagóricos; así, si no admitían la inmortalidad absoluta del alma, creían por lo menos que el alma continúa viviendo después de la muerte del cuerpo, y que, una vez libre, se encarna de nuevo en cuanto halla una forma en armonía con las condiciones en que se encuentra. Los pitagóricos añadieron á la doctrina de la transmigración la creencia de una vida de recompensas y castigos después de la muerte; sus concepciones en este respecto están calcadas en las que hemos encontrado en las teologías india y egipcia; el mundo animado está exclusivamente ordenado para la penitencia y la expiación.

En política, la aristocracia era el principio fundamental de los pitagóricos; esto es todo lo que sabemos de su sistema político. Por lo que hace á la vida privada, exhortaban á la moderación en todas las cosas, á la benevolencia, á la fidelidad, y recomendaban los ejercicios ascéticos á fin de llegar al sacrificio de sí mismos. Una de sus máximas era que una buena educación es importante no sólo para el individuo, sino para los intereses del Estado. Pitágoras mismo, como es sabido, se había ocupado mucho de la gravedad, de geometría, de acústica, de astronomía y de medicina. Recomendaba á sus discípulos cultivar la gimnástica, la danza y la música. Fiel á su principio de no distribuir á cada cual sino la parte de conocimientos que pudiera recibir, enseñaba á los que estaban imperfectamente preparados sus doctrinas exotéricas sólo, y reservaba las esotéricas á los privilegiados que habían pasado cinco años en silencio y humillación y se habían purificado por la abnegación y el sacrificio.

Llegamos ahora á la filosofía eleática, que debe su nombre á la ciudad de Elea, colonia griega de Italia; sus principales representantes son Jenófanes, Parménides y Zenón. Esta filosofía, al revés de las precedentes, pres-

cinde absolutamente de la materia. Jenófanes nació en Jonia. Desterrado de su patria, vivió largos años como rápsoda errante, y acabó por establecerse en Elea. A fin de asegurar la mayor difusión á sus doctrinas, las revisió de formas poéticas. Atrajo la atención de la multitud por sus ataques contra Homero, Hesiodo y los demás poetas populares. Les echaba en cara el favorecer el vergonzoso politeísmo del tiempo y el envilecer á la Divinidad por las acciones inmorales que atribuían á los dioses. Proclamaba que Dios es un Sér omnipotente, existente de toda eternidad y sin ninguna semejanza con el hombre. Monoteísta declarado, condenaba la pluralidad de dioses como imperdonable error; el Omnipotente y Omnipotente —decía— no puede ser más que uno, porque si existieran siquiera dos séres como él, estos atributos sólo podrían aplicarse á uno de los dos. Este principio ó este poder único era á sus ojos el universo, cuya sustancia habiendo existido desde la eternidad, debía necesariamente confundirse con Dios. Hay en las concepciones de Jenófanes, como fácilmente se reconoce, marcada tinte de las ideas del Oriente, y su sistema ofrece en efecto la exposición más precisa y luminosa que del panteísmo indio pueda hacerse.

El lector ha notado ya cuán lejos estamos ahora de las frivolidades de la filosofía jónica y del misticismo de Pitágoras. Tenemos ante nosotros algo muy diferente, concepciones elevadas como en el Oriente y que presentan extraordinaria claridad y precisión. Para Jenófanes toda revelación es una ficción: sólo la inteligencia del hombre puede penetrar en los secretos del mundo invisible. Condena como blasfematorias las creencias populares que atribuyen á los dioses los sentimientos, pasiones y crímenes del hombre, y acusa de impiedad á los que no temen representar al Sér Supremo bajo forma humana. «Si el buey y el león —dice— pudiesen concebir la divinidad, la representarían ciertamente bajo su propia forma, así como el negro la da aplastada nariz y negro rostro, y el tracio ojos azules y rostro rubicundo». «No hay más que un Dios —añade;— nada tiene de común con la forma humana, y sus pensamientos no son lo que los

nuestros». No hay partes en Dios y es el mismo en todo lugar, porque de otro modo ciertas partes suyas predominarían y otras estarían subordinadas, lo que es imposible, puesto que la noción misma de Dios implica la de perfecta y entera soberanía. Dios es todo razón, inteligencia y omnipotencia. El Sér Supremo percibe con ayuda de sensaciones; por todo su sér ve y oye. Jenófanes le representaba simbólicamente por una esfera que, como los cielos, abarcaba al hombre y todas las cosas de la tierra. Su filosofía natural reconocía cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Hasta se ha afirmado que pensaba que, en general, los fenómenos de la naturaleza nacen de la combinación de los elementos primordiales, y que la tierra en particular ha salido del agua, conclusión á que había ido á parar por el descubrimiento de peces fósiles en las cimas de las montañas. En consecuencia: para él todas las cosas son transitorias, y el hombre está destinado á desaparecer, lo mismo que la tierra. En cuanto á esta última, es una superficie plana, cuya región inferior se extiende á lo infinito en el espacio y le asegura así sólidos cimientos. El modo con que Jenófanes concibe la naturaleza física deja, sin embargo, adivinar la existencia de dudas en su espíritu; hasta raya en el excepticismo cuando dice: «Ningún mortal ha conocido nunca, ni conocerá jamás, completamente á Dios, porque el error está de tal manera difundido en todo, que la certeza es imposible, hasta cuando afirmamos lo que es verdadero y perfecto». El hombre le parece incapaz de llegar nunca á la verdad, porque no puede servirse al efecto sino de engañosas apariencias.

Jenófanes era, sin contradicción, uno de los más grandes filósofos de Grecia, y no puedo dejarle sin recordar sus ataques contra Homero y los demás poetas nacionales, á quienes acusaba de haber rebajado y degradado la idea de la divinidad; preciso es también recordar la fe que tenía en la naturaleza humana, la energía con que combatió la preocupación de mantener secreta la verdad para el vulgo, y la abnegación de que dió pruebas al difundirla por doquiera con riesgo de su libertad y de su vida. Vagaba de comarca en comarca, luchando en todas partes

contra el politeísmo y enseñando el saber por medio de sus himnos y rapsodias. Esta forma con que lo revestía era entonces la más favorable para la propaganda. Puedense criticar las conclusiones de la filosofía de Jenófanes, pero no hay que olvidar que han sido reproducidas en su parte más relevante en época no distante de nosotros. Daré como prueba el pasaje siguiente del final del libro tercero de los *Principios*, de Newton: «El Dios supremo existe necesariamente, y necesariamente también existe siempre y en todas partes. Es, pues, el mismo donde quiera, todo ojos, todo oídos, todo cerebro, todo brazos, todo poderoso para percibir, comprender y obrar, pero jamás humanamente, nunca corporalmente, de un modo que nos es absolutamente desconocido. Así como un ciego no tiene idea alguna de los colores, así nosotros no tenemos ninguna idea del modo con que Dios percibe y comprende todas las cosas. No tiene cuerpo, ni figura corporal, y, por consiguiente, no puede ser visto, ni oído, ni tocado, ni adorado bajo forma sensible. Concebimos sus atributos; pero, ¿cuál es la sustancia real de cualquier cosa? Eso es lo que ignoramos».

A la escuela eleática, que empieza con Jenófanes, hay que atribuir el origen de la dialéctica, en que tan vivamente brilló en seguida el espíritu griego. En general, la escuela eleática abandonó la mayor parte de las investigaciones que habían ocupado á los filósofos jónicos, el estudio de la naturaleza visible, fenómenos materiales y leyes porque se rigen; se consagró exclusivamente al único objeto que para ella constituía el verdadero conocimiento, la naturaleza del sér y de Dios. Como todo cambio la parecía imposible, estimaba todos los fenómenos de sucesión que el mundo presenta como puras ilusiones, pretendiendo que el tiempo, el movimiento y el espacio son quimeras de la imaginación ó simples ilusiones de los sentidos. Separada la razón de la opinión, atribuía á la primera la concepción de la verdad absoluta, y á la segunda las percepciones imperfectas que debemos á los sentidos. Sobre este principio compuso Parménides su obra *De la naturaleza*, que dividió en dos libros: uno consagrado á la razón y otro á la opinión. Partiendo de la

idea de que el sér es increado é inmutable, niega en absoluto las relaciones de tiempo y espacio, y declara que todo movimiento y todo cambio, sea cualquiera su naturaleza, son simples ilusiones. El panteísmo constituye el carácter esencial de sus doctrinas: «el todo—dice—es pensamiento é inteligencia.» Poniendo así en paralelo el pensamiento y el sér, sostiene que el pensamiento no existe sino por el sér, y deduce necesariamente que el pensamiento y el sér deben concebirse como formando una sola cosa.

En la segunda parte de su obra trata Parménides de la opinión, que, como hemos dicho, depende exclusivamente de los sentidos y con la que no podemos por tanto contar aunque no sea necesariamente falsa. Lo poco que nos queda de las obras de Parménides, nos imposibilita casi para reconstituir su teoría en todos sus detalles; parece relacionarse con las doctrinas de los jónicos, como lo indica la hipótesis de la existencia en la naturaleza de dos principios: un fuego etéreo y una noche pesada, principios que, unidos en proporciones iguales, constituyen todas las cosas. Bastante hemos dicho del sistema físico de Parménides para dispensarnos de exponerle por completo, aunque pudiéramos hacerlo. Parménides se dejó llevar á menudo de las más absurdas extravagancias, que no merecen nos detengamos en ellas. Coloca por ejemplo en el centro del mundo, un demonio omnipotente: reproduce la antigua doctrina que hacía nacer los animales del cieno, y asegura que estando el hombre formado de luz y de tinieblas, sufre las encontradas influencias de estos dos elementos, y no puede por consiguiente, llegar nunca á la verdad absoluta. La filosofía moderna, por otros caminos y partiendo de principios mucho más sólidos, ha llegado á la misma desesperada conclusión.

Las doctrinas de Parménides fueron también las profesadas por el eléata Zenón, que pasa por su hijo adoptivo. Él fué quien puso en boga el método de demostración por reducción al absurdo. Escribía en prosa y no en verso, como sus predecesores. Mientras que Parménides se había propuesto establecer la existencia de la unidad,

Zenón trató de establecer, sobre todo, la no-existencia de la pluralidad, según el principio de que realmente sólo existe una cosa, y que todas las demás son sólo modificaciones ó apariencias distintas de la misma. Negaba el movimiento, aun reconociendo que existe en apariencia, y le miraba como simple designación aplicada á una serie de estados sucesivos, cada uno de los cuales es necesariamente un estado de reposo. Oponía cuatro argumentos á la posibilidad del movimiento; el segundo es la célebre paradoja de Aquiles. He aquí en qué consiste: «Suponed que Aquiles marcha diez veces más aprisa que una tortuga; si la tortuga va delante, Aquiles no podrá alcanzarla nunca: admitid en efecto, que entre ellos existe un intervalo de 1.000 pies; cuando Aquiles haya recorrido estos 1.000 pies, la tortuga habrá recorrido otros 100, y cuando Aquiles haya andado estos 100 pies, la tortuga le sacará todavía 10 pies de delantera, y así sucesivamente hasta lo infinito; Aquiles marchará, pues, indefinidamente sin poder alcanzar á la tortuga». He aquí ahora cómo probaba la existencia de una sola cosa indivisible é infinita. «Suponer lo uno divisible—dice—es suponerle finito; si es divisible, lo es hasta lo infinito. Ahora bien, si existen dos cosas, tiene que haber necesariamente entre ellas un intervalo, algo que las separe y las limite. ¿Qué es este algo? Otra cosa ciertamente, pero si no es la misma cosa, es preciso también que esté separada y limitada, y así sucesivamente hasta lo infinito. No puede, pues, existir más que una sola cosa de que proceden todas las demás por numerosas que sean». Citemos aun su argumentación contra Protágoras, que nos mostrará la poca confianza que tenía en las indicaciones de los sentidos. «Zenón preguntaba si un grano de trigo ó la milésima parte de este grano produciría ruido al caer en el suelo; á la respuesta afirmativa de su interlocutor, preguntó si sucedería lo mismo con una medida de trigo. Habiendo sido también afirmativa la respuesta, preguntó, en fin, si la medida de trigo no estaba en relación determinada con el grano único, lo que también hubo que concederle; de lo cual se juzgó autorizado para deducir que la caída de una medi-

da de trigo no producía ningún ruido, puesto que de otro modo la menor partícula de un solo grano debería producir el mismo efecto».

A los nombres que hemos citado como pertenecientes á la escuela eleática, podemos unir el de Melisso de Samos que partía también de la idea del sér uno, inmutable é indivisible. Como todos los eleátas, negaba el movimiento y el cambio, que estimaba como simples ilusiones de los sentidos. De la individualidad del sér deducía su incorporeidad, y negaba por consiguiente, la posibilidad de la existencia bajo cualquiera forma sensible.

La lista de los filósofos eleátas termina con el nombre de Empédocles de Agrigento, cuya legendaria existencia le hace casi rival de Pitágoras. Aprendió en Oriente la medicina, la magia, el arte de hacer milagros y el de fabricar la lluvia y el viento. Llevaba habitualmente vestiduras sacerdotales, un ceñidor de oro y una corona, y proclamaba que era un Dios. Se ha pretendido que no murió y que se elevó hacia la bóveda celeste en medio de sobrenatural gloria. Pero según otros, se lanzó en el cráter del Etna con la esperanza de que, no siendo conocida la causa de su muerte, seguiría pasando por un Dios. Esta esperanza fué burlada por el volcán que, en su primera erupción arrojó al exterior las sandalias de bronce de este filósofo. Fiel á los principios de la escuela, despreciaba los sentidos y sólo creía en la razón. Los fragmentos que de él han quedado inducen á pensar que ni en los sentidos ni aun en la razón tenía confianza, persuadido como estaba de que el alma había contraído original imperfección y que estaba condenada á vivir en este mundo y á transmigrar en seguida á una serie de cuerpos diferentes. Admite la doctrina eleática de que lo semejante sólo puede conocerse por lo semejante; el fuego por el fuego; el amor por el amor; el reconocimiento de la divinidad para el hombre es para él suficiente prueba de la existencia de esta divinidad. Sus elementos primeros son en número de cuatro: la tierra, el aire, el fuego y el agua; les agrega otros dos principios: el amor y el odio. Los cuatro elementos son cuatro dioses ó cuatro fuerzas divinas, puesto que de ellos han sido creadas to-

das las cosas. El amor es el poder creador; el odio el que destruye ó modifica. Es evidente que el sistema rigurosamente filosófico de Jenófanes había degenerado con Empédocles en sistema místico y equívoco que no era más que confusa mezcla de concepciones físicas, metafísicas y morales. Con Empédocles los principios empiezan á perder su estabilidad, se empieza á no contar ya con ningún sistema filosófico; el excepticismo universal no está lejos.

Los trabajos de Demócrito de Abdera no contribuyeron poco á este deplorable resultado. Su padre dicen que era rico, tan rico que tuvo el insigne honor de tener por huésped al rey de los persas Jerjes; este último, para demostrarle su estimación, le dejó varios magos y caldeos que completaron la educación de su hijo. A la muerte de su padre, Demócrito repartió las tierras entre sus hermanos y conservó para sí el dinero, más apropósito para facilitarle los largos viajes que proyectaba. Visitó Egipto, Etiopía, Persia y también la India, y bebió en todas las fuentes de conocimientos que en estos países encontró. Según Demócrito «nada es verdad, ó por lo menos, nada lo es ciertamente para nosotros». Sin embargo, como en su sistema la sensación constituye el pensamiento, y al mismo tiempo no es más que una modificación del sér que siente «las sensaciones son necesariamente verdaderas». Para Demócrito, en otros términos, la sensación es verdadera subjetivamente, pero no objetivamente. Lo dulce, lo amargo, lo caliente y lo frío son simples creaciones del espíritu; en el objeto exterior al que referimos estas ideas, no existe más que espacio y átomos, y la idea que tenemos de las propiedades de este objeto proviene de imágenes que emite y que percibimos por los sentidos. Confundiendo así la sensación y el pensamiento, Demócrito pretendía además que la reflexión es necesaria para la adquisición del conocimiento verdadero, y que la sensación, por sí misma, no merece ninguna confianza. La sensación puede indicarnos bien que lo dulce y lo amargo, el calor y el frío se hallan en los cuerpos, pero la reflexión es la que nos enseña que esas son simples ilusiones y que en realidad sólo existen los átomos y el espacio. Volvien-

do en seguida hacia el problema de la percepción y buscando cómo tiene el espíritu conciencia de las cosas exteriores, Demócrito supone que de estos objetos emanan continuamente imágenes de sí mismos, que son asimiladas por el aire que atraviesan y que llegan por los poros á los órganos de la sensación. Estas imágenes totalmente superficiales son necesariamente imperfectas y poco fieles y lo mismo por consiguiente deben ser los conocimientos que nos suministran. Demócrito, al contrario de los eléatas, rechazaba la unidad de los elementos y admitía su pluralidad, sin aceptar no obstante ni los cuatro elementos de Empédocles, ni sus dos principios del amor y el odio, ni las *homœomoria* de Anaxágoras. Negaba también toda cualidad sensible á los elementos primeros. Concebía los cuerpos como formados de partículas ó átomos invisibles, átomos que, por la variedad de su configuración, por su combinación y por sus modos de arreglo diferentes, pueden engendrar todas las formas. El átomo vive de sí mismo y dura eternamente. De este modo muestra cómo la pluralidad puede nacer de la unidad, y concilia la aparente contradicción que separaba las filosofías jónica y eleática.

La química moderna ha conservado, en lo que tenia de esencial, la doctrina de los átomos de Empédocles. El principio plástico general de la naturaleza era para él el destino, pero hay motivos para creer que entendía por esto una ley irrevocable.

Un sistema fundado en consideraciones rigurosamente matemáticas, que toma por punto de partida los átomos y el vacío, éste pasivo y sin actividad; que ve simplemente en la generación de las cosas nueva agregación ó separación de átomos; que reconoce en estos átomos la propiedad de dar origen por su combinación, á todos los cuerpos compuestos; que se eleva, en fin, á tal altura de concepción que nos deja entrever todo un mundo en un simple átomo; semejante sistema puede atraer nuestra atención por sus resultados, pero no merece ciertamente nuestra aprobación cuando le vemos ir á parar á conclusiones tan extrañas como estas: que los conocimientos matemáticos mismos, no ofrecen completa garantía de

certeza; que el alma no es más que una forma más delicada adaptada á la grosera forma del cuerpo; que la razón misma no puede llegar á la verdad absoluta; que debemos abandonarnos al escepticismo hasta dudar de la semejanza de las superficies de las porciones de un cono que se acaba de dividir en dos; que el resultado final de las indagaciones humanas es demostrar de modo irrefutable que el hombre es incapaz de conocimientos; que hasta cuando está en posesión de la verdad no puede estar cierto de ella; que el mundo, en fin, es una ilusión incesante y que no hay Dios.

Apenas se necesita referir las leyendas anecdóticas que adornan la biografía de Demócrito. Se quemó los ojos—dicen—con un espejo ustorio á fin de no dejarse engañar de sus falsos testimonios, y asegurar su libre ejercicio á su razón, ficción que al principio no recordaba sino la acusación sarcástica que sus adversarios le dirigían, y que ha convertido en hecho real la imbecilidad de las edades siguientes. Se refa constantemente de la ciencia y de las locuras humanas, y mereció de este modo el apodo de filósofo risueño. Lo han pretendido por lo menos, pero pensaremos muy diversamente en este respecto si queremos aceptar la opinión del célebre médico Hipócrates: llamado por los habitantes de Abdera para curar á Demócrito de su locura, conversó largo tiempo con él, le abandonó lleno de admiración y veneración, é hizo observar á los que le habían hecho venir que estaban mucho más enfermos que el filósofo.

En suma, la parte de Grecia que pertenece á Europa había hecho poco por la causa de la filosofía. Las principales escuelas estaban en Asia Menor ó en Italia, en las colonias griegas. Había llegado el tiempo en que la madre patria iba á su vez á empezar brillante carrera. La actividad intelectual desplegada por las colonias griegas ejerció en aquel momento decisiva influencia en los destinos de Europa, hecho que debía reproducirse aun otra vez en el porvenir. El espíritu mercantil ha alentado siempre en las naciones la actividad intelectual, y desarrollado el gusto aventurero; este espíritu mercantil hace poco caso de las opiniones añejas y estima todas las cosas

por su valor actual. Por eso estaba reservada á las colonias griegas la alta misión de dar á conocer y difundir la filosofía especulativa. Quinientos años más tarde las volveremos á encontrar cumpliendo análoga misión, en la época en que la especulación filosófica iba á ser suplantada por la fe religiosa. No se puede negar, en efecto, bajo el punto de vista enteramente humano, que la rápida propagación del cristianismo primitivo haya tenido su causa en las facilidades extraordinarias de comunicación que existían entre todas las naciones esparcidas á orillas del Mediterráneo, desde los puertos de Levante hasta los de Francia y España. Durante los cinco siglos que precedieron á la era cristiana, habíase establecido entre todos estos países incesante cambio de relaciones; bajo la dominación romana tomó mayor extensión, adquiriendo entonces considerable importancia política. Semejante estado de cosas no puede ser más favorable á la difusión de las ideas, ni lo es menos á su brote, gracias al incesante impulso que da á la actividad intelectual. Las naciones comerciantes presentan bajo este aspecto sorprendente contraste con las naciones agrícolas. Las primeras difundieron por todas partes la filosofía especulativa, y, más tarde el cristianismo, mientras que las segundas permanecieron apegadas con increíble terquedad á las antiguas tradiciones y á los absurdos del politeísmo; tan cierto es esto como que el nombre de paganismo con que su sistema religioso es conocido no era al principio más que un mote.

El estado intelectual de las colonias de Italia y Sicilia no ha sido estudiado por los críticos con toda la atención que merece. Para los que se interesan sobre todo en los progresos del poder material, los resultados políticos del desarrollo intelectual de esta parte de Europa se han eclipsado por los resultados de la extensión del poder de la república romana; pero los que abarcan las cosas de más amplia manera estiman que vale la pena de investigar si la filosofía griega que era cultivada en las colonias no ha producido, en el transcurso de los siglos, resultados tan fecundos y verdaderos como los grandes triunfos militares de la Ciudad Eterna. Las relaciones que tuvo la

península Itálica con el resto del continente, y por las que influyó sobre la marcha de la civilización europea, pertenecen á tres épocas distintas: á la primera corresponde la filosofía que nació en las ciudades griegas del Sur de la Península, filosofía que se hubiera seguramente elevado á la altura de los grandes sistemas filosóficos de la India si no hubiera sido contenida por la rápida extensión del poder romano; en la segunda época hallamos la influencia militar de Roma republicana é imperial; la tercera, en fin, es la época de Roma eclesiástica. Más tarde veremos en qué medida procedía ésta de las otras dos. No conocemos la primera época más que imperfectamente, y un investigador laborioso é ilustrado tendría sin duda muchos hechos que aclarar en ella.

Por causa de la escasa extensión de su territorio y de la gran densidad de su población se vió obligada Grecia á fundar colonias. Hay que agregar también la influencia de las disensiones intestinas que la turbaron y las consecuencias de frecuentes discordias. Estas colonias se desarrollaron y multiplicaron hasta tal punto, que pronto la influencia griega predominaba en todo el Mediterráneo y en sus principales islas; los griegos daban, sobre todo, gran importancia á estas islas por el alcance estratégico que suponían tener. La opinión de Alejandro el Grande era que la posesión de la isla de Chipre era la clave de la dominación en el Mediterráneo entero. Los colonos griegos eran verdaderos filibusteros; donde quiera que se establecían robaban las mujeres y tenían cuidado de enseñar su propia lengua á los hijos que de ellas tenían. Así obraban no hace mucho los descendientes de los españoles en América. Algunas colonias griegas habían llegado á increíble grado de prosperidad colonial. Crotona tenía más de veinte kilómetros de circuito; Sybaris, otra ciudad de Italia, se ha hecho proverbial por sus riquezas y sus costumbres disipadas. La prosperidad de estas ciudades era debida á doble causa; además de ser centros de vastas regiones agrícolas, alimentaban en todas direcciones relaciones comerciales muy activas. La Metrópoli, con su numerosa población, les ofrecía salidas seguras y lucrativas, y se enriquecían además por el incesante tráfico que

hacían con las ciudades de la cuenca del Mediterráneo; así proveían de trigo á Atenas y de aceite á Cartago. En las ciudades griegas enlazadas con la red comercial, y en Atenas principalmente, todas las artes concernientes á la navegación habían recibido tal impulso, que la asombrosa actividad industrial que en estas ciudades reinaba constituía el carácter típico de su vida pública. En otras partes de Grecia, en Esparta, por ejemplo, era muy distinto: en Esparta las leyes de Licurgo habían suprimido la propiedad privada, y todo era allí de todos: era la vida salvaje organizada, y, por consiguiente, allí el comercio no tenía razón de ser. En Atenas, por el contrario, lejos de ser considerada como deshonrosa la profesión del comercio, algunos de los grandes hombres que han merecido el dictado de filósofos no desdeñaban de consagrar una parte de su tiempo á los asuntos comerciales. Aristóteles tenía una tienda de especiero en Atenas, y Platón vendía aceite en Egipto.

Cartago era el objetivo de la ambición de Atenas en cuanto hubiera logrado hacer la conquista de Sicilia; comprendía que allí estaba la clave de la dominación en el Mediterráneo. La destrucción de Cartago marcó el apogeo del poder romano. Cartago ocupaba una península de 72 kilómetros de circuito y 5 kilómetros tan sólo de anchura. Se ha estimado que su territorio total presentaba una línea de costas de 2.250 kilómetros por lo menos; encerraba 300 ciudades. Cartago tenía posesiones en España, en Sicilia y en las diferentes islas del Mediterráneo, posesiones que se había asegurado, no por la conquista, sino por la colonización. En sus minas de plata de España no empleaba menos de 40.000 hombres. Había sido siempre fiel á los principios políticos de los tirios, sus fundadores, que colonizaban con el objeto de crear factorías. Poseían 40 en el Mediterráneo, y así había nacido Cartago misma. Debía sobre todo su propiedad á la unión de las cuencas oriental y occidental del Mediterráneo. Los tratantes cartagineses mismos eran propietarios de los navíos en que transportaban sus mercancías. Conocían varias prácticas comerciales de los tiempos modernos, los seguros y los préstamos á la gruesa; hasta se

ha dicho que su moneda de cuero era análoga á nuestros billetes de Banco.

Hemos hablado en el capítulo anterior de los esfuerzos hechos por las naciones asiáticas para establecerse en Egipto y en las costas meridionales del Mediterráneo; hablemos ahora de sus operaciones en las costas septentrionales, cuyas consecuencias son de gran interés para la historia de la filosofía. Las ciudades del Asia Menor, después de sus luchas contra los reyes lidios, habían llegado á ser bien pronto presa de los persas, y ya no faltaba á esta última potencia más que pasar al continente europeo. Cuando la política que debe seguirse está tan claramente indicada, pronto se encuentra un pretexto; la situación interior de Grecia era muy á propósito, por otra parte, para tentar á un invasor. Ningún lazo de unión parecía existir ya entre las diferentes ciudades, y las más importantes de ellas se hallaban en un estado de revolución casi perpetua. En Atenas, las leyes de Dracón, habían, 662 años antes de Jesucristo, dejado el puesto á las de Solón, y desde esta época el poder estaba en manos de aventureros, que se lo disputaban por medio de violencias y de intrigas. En medio de estas circunstancias pasó á Europa el rey de los persas. Los acontecimientos militares de esta primera invasión y de la segunda, mandada por Jerjes, han sido adornados con exceso por la viva y brillante imaginación de los griegos: era realmente superfluo crear, por ejemplo, ficciones como la del millón de hombres que cayeron sobre Europa ó los 200.000 combatientes que quedaron en el campo de batalla de Platea. Si nouviésemos á mano hechos tan incuestionables como la toma é incendio de Atenas, el hecho sólo de que estas guerras duraron más de cincuenta años bastaría para deducir que la fortuna no fué constantemente fiel á uno de los partidos. Guerras tan largas no se acaban sin que cada uno de ellos tenga su parte de desastres como su parte de gloria, y si los persas hubieran quedado totalmente aplastados y exterminados como lo aseguran los autores griegos, ¿cómo permanecerían casi mudos los anales de los persas en este respecto? Los griegos no han visto que la posteridad, si aceptase como ciertas sus narraciones, otor-

garía necesariamente la palma de vencedor á los persas que supieron desplegar tan terca perseverancia y encarnizarse en guerras que les habían atraído tan espantosas catástrofes. No han comprendido que los más gloriosos anales pertenecerían á la nación que durante medio siglo supo oponer á sus continuos desastres invencible valor, coronado al fin por la victoria.

Continuando su política, extendieron los persas su dominación al Sur hasta Cirene y Barca, y al Norte hasta Tracia y Macedonia. Las guerras contra los persas fueron las que produjeron ese maravilloso impulso del arte griego, tan digno de la admiración que le ha consagrado la posteridad. Háse dicho, y sin exageración, que después de estas guerras supo la escultura griega crear hombres vivos. Estas grandes empresas militares demuestran elevación de miras, muy rara en la antigüedad; formaban parte de vasto sistema político, habilmente concebido por los persas. Lejos de conquistar para devastar, no se proponían otra cosa que enriquecerse con los tributos que imponían á las naciones conquistadas. El célebre crítico Niebuhr, cuyas opiniones me han guiado en todo lo que acabo de decir, piensa que los relatos que nos han dejado los griegos, no presentan, bien examinados, sino poquísima verosimilitud. Hasta parece probado que el imperio persa nada sufrió; y Platón, cuya autoridad es irrecusable, afirma que, en resumen, las guerras médicas reportaron escasísimo honor al nombre griego. De todas las ciudades griegas, sólo treinta, y de las menos importantes, fueron fieles á la causa nacional que fué vendida en el transcurso del tiempo sucesivamente por los más grandes hombres de Grecia. Pausanias, en efecto, no fué el único que se alabó de ser rey bajo la supremacía de los persas. Entre esta especie de sátrapa y el gran rey, la relación jerárquica era la misma sin duda, que existe en nuestros días entre el pachá y el gran señor. Debemos, sin embargo, hacer justicia á estos grandes hombres; habían adivinado que lo que faltaba realmente á Grecia era un rey. Si en aquella época hubiese tenido al frente un monarca bastante fuerte para tener en jaque los intereses opuestos que

la dividían, se hubiera hecho seguramente señora del mundo.

Las fecundas consecuencias de las guerras médicas se hicieron sentir en Atenas sobre todo. Allí nacieron el arte puro, la literatura y la ciencia. En cuanto á Esparta siguió tan bárbara como siempre lo había sido. Las artes mecánicas llegaron al más alto grado de perfección en Corinto, y el arte puro en Atenas, donde halló numerosos y nuevos medios de expresión. Antes de Pericles la arquitectura griega no conocía más que un estilo, el dórico. El siglo de Pericles fué la edad de la belleza perfecta, y también el de la libertad de pensamiento y el de la decadencia de la fe nacional. La historia de Pericles y de Aspasia es en este sentido muy significativa. El siglo de Pericles fué también la edad de la elocuencia, pero de la elocuencia que sólo aspira á seducir y engañar; las instituciones democráticas de Atenas no lo eran, en efecto, más que en la superficie, y en realidad el poder estuvo constantemente en manos de algunos ciudadanos que disponían á su gusto de él. La verdadera opinión pública no halló nunca, ni en Atenas ni en ninguna otra república de la antigüedad, medio de manifestarse ostensiblemente. Los grandes hombres que estaban á la cabeza de estas repúblicas se mostraban con la mayor frecuencia demasiado dispuestos á no ver en la masa de sus conciudadanos más que un indigno populacho bueno para servirles de juguete; creían que los únicos objetos de la existencia son los goces del poder y el placer; estimaban el amor, la abnegación y el sacrificio como otras tantas quimeras, y pensaban que los juramentos sólo son buenos mientras sirven para engañar mejor.

Aunque en la época de las guerras médicas la ciencia política estuviese muy adelantada, está fuera de duda que entre los hombres de Estado que dirigían los asuntos de Grecia, algunos comprendieron claramente los móviles que inspiraban á los persas; y no les guiaba ciertamente sino el instinto de su propia conservación cuando tanto se esforzaban por mantener el tratado de alianza que les unía á Egipto. El tratado que terminó estas guerras, felices para los griegos, gracias á su valor y á

su perseverancia, revela claramente los móviles y causas que hacían obrar á los dos partidos adversos; los buques de los persas no debían aparecer ya entre las islas Cianeas y las Quelidonias; sus ejércitos debían alejarse del Mediterráneo tres días por lo menos de marcha, el 449 antes de Jesucristo. La guerra es la que dió á Atenas la supremacía política. Basta para convencernos de ello considerar lo que era cincuenta años después de la batalla de Platea. Poseía más de 1.000 kilómetros de costas en Asia Menor; más de 40 islas eran sus súbditas; dominaba los estrechos que separan á Europa de Asia; sus flotas señoreaban sin disputa el Mediterráneo y el mar Negro; tenía el monopolio del comercio de todas las regiones adyacentes, y sus factorías estaban atestadas de mercancías preciosas. Reducida á cenizas por los persas se había vuelto á levantar tan espléndida que, después, nada ha visto el mundo tan perfecto como sus templos, sus estatuas y sus innumerables obras de arte. Con la supremacía política tenía la intelectual. De todas partes convergía hacia ella la luz como hacia un foco. Los filósofos de Italia y Asia Menor acudían á ella como al centro reconocido de la actividad intelectual. En cuanto á Egipto había caído en la ruina más completa desde que había sido desolado por los persas. Los reyes persas, aunque hubieran pisoteado y destruído la más antigua civilización del mundo, no eran, sin embargo, ni enemigos declarados de los conocimientos ni tiranos sin piedad. No debemos olvidar que los griegos de Asia Menor no se quejaron de su dominación, ó al menos prefirieron seguir siendo sus vasallos á contraer unión política permanente con los griegos de Europa.

Atenas, en esta gloriosa situación, vió nacer las sublimes producciones del nuevo arte, más verdadero que todos los que le habían precedido, y que después no ha sido superado, si acaso ha sido igualado; hízose también, para las opiniones filosóficas antiguas y nuevas, receptáculo común en que todas fueron confrontadas y comparadas. En realidad, Grecia es deudora á Atenas de la celebridad que ha adquirido en filosofía. El resto del país participó muy poco del movimiento filosófico, y

equivocadamente se ha considerado siempre como pueblo letrado al pueblo griego.

Hemos visto ya cómo los filósofos habían llegado, cada cual por su parte, á sospechar de la vanidad de los conocimientos humanos, y si consideramos los resultados á que llegaron las escuelas filosóficas sucesivas, no dejaremos de observar general tendencia al excepticismo. Hemos visto igualmente cómo los filósofos jonios, y tras ellos los eléatas, habían caído en el más deplorable ateísmo, dudando hasta de la existencia del mundo. Estos eran, ciertamente, resultados obtenidos por escuelas especiales aisladas, pero no hay que olvidar que figuraban entre las más adelantadas de Grecia. Había llegado el tiempo en que el nombre de un maestro no podía ya como antes imponerse y usurpar los derechos de la razón; cuando los últimos resultados de los diversos métodos filosóficos estuvieron frente á frente, nació una crítica de orden superior, que debía deducir de ellos conclusiones de orden superior igualmente.

Lo mismo sucederá eternamente con todas las indagaciones humanas. Los elementos filosóficos que forman nuestro punto de partida primitivo, son ante todo examinados por un primer crítico al que otros siguen, sacando cada uno sus propias conclusiones y deducciones, y creyendo cada cual firmemente en la verdad de los resultados que ha obtenido. Cada cual ha abarcado el conjunto de la cuestión de un modo particular, sin preocuparse de las divergencias, contradicciones é incompatibilidades que surjan cuando llegue el momento de comparar sus conclusiones con las de otros analistas no menos hábiles que él. Más tarde nacerá nueva escuela de críticos que, partiendo de los resultados obtenidos por sus predecesores, establecerán una comparación de segundo grado, comparación de resultados con resultados, comparación de orden más elevado y más propia que la primera para alcanzar la verdad absoluta.

No puedo ciertamente hacer comprender mejor lo que entiendo por este análisis secundario y superior de las cuestiones filosóficas que tomar como ejemplo lo que pasó posteriormente en Roma, cuya política se basaba

en el principio de la tolerancia religiosa universal. Los sacerdotes y los fieles de todas las religiones, cualesquiera que fuesen, pudieron sin que se les inquietase seguir rindiéndolas culto. Cada uno era perfectamente sincero, hay que admitirlo, en el culto tributado á su divinidad particular, y presentándose la ocasión, ninguno sin duda hubiera carecido de argumentos irrefutables para sostener la primacía y la verdad de sus propias doctrinas. No es menos cierto que entre todos estos elementos primeros puestos en contacto, debía establecerse una comparación de segundo grado y más elevada, propia para llegar más cerca de la verdad absoluta. Es hecho bien conocido que el resultado de esta comparación fué el definitivo abandono del politeísmo por la filosofía.

En Atenas, los resultados de este segundo examen de los sistemas y conclusiones filosóficas fueron el excepticismo general y el nacimiento de nueva clase de filósofos que no se limitaron á negar la validez de los antiguos métodos filosóficos. Hasta llegaron á negar que la razón humana haya jamás llegado á algo cierto, incapaz, como es, por su propia naturaleza y en virtud de las condiciones en que obra, de llegar á la verdad; si aun en cierto momento — decían — fuera dueña de la verdad, no tendría conciencia de ello, puesto que no dispone de ningún criterio que la pueda hacer reconocer. De donde se sigue que tampoco tenemos criterio alguno del bien, y que las ideas que tenemos del bien y del mal son simples ideas convencionales que debemos á la educación. En otros términos, para emplear la expresión de los sofistas «la fuerza es la que hace el derecho». Lo justo y lo injusto no son nociones que existan *ab eterno* y en absoluto, sino simples ficciones creadas por la sociedad. El capricho del monarca ó de la mayoría hace las leyes; es así que las leyes definen lo bueno y lo malo; luego el mero ejercicio del poder ó de la fuerza es el que ha creado esas nociones de bien y mal. Es inútil por lo tanto que el hombre se preocupe de las sugerencias de su conciencia, porque la conciencia no existe realmente; es una ficción que debemos á la educación y que ha nacido de las exigencias del estado social. Tampoco el sabio debe tomarse

el trabajo de vacilar entre un acto meritorio y un crimen, puesto que ninguno es mejor ni peor que otro; prestará sí la mayor atención á todo lo que concierne á sus relaciones con el exterior, á su posición en la sociedad; tendrá cuidado de ajustar todos sus actos al modelo que la sociedad, cuerda ó loca, pero omnipotente en este respecto, haya declarado ser verdadero y justo. Si por ventura son tales las circunstancias que su interés le obliga á apartarse de la conducta general, no se descuide en hacerlo secretamente; ó lo que es mucho mejor todavía, que cultive la retórica, ese arte sublime que le enseñará á engañar tan bien á la sociedad que creará deber elogiar una mala acción que haya cometido y que le hará encontrar al fin el medio de probar que su enemigo ha sido criminal cuando precisamente ha realizado una buena acción. Tales eran los principios de los sofistas: recorrían la comarca ofreciendo en todas partes por dinero las lecciones de ese hermoso arte de la retórica, en el que iniciaban á los jóvenes de familias nobles y opulentas.

¿Qué diremos de semejante estado de cosas y de tal sistema? Esto sencillamente: que demostraban completa desmoralización, intelectual y social; desmoralización intelectual, puesto que este sistema minaba la base de todos los conocimientos y enseñaba al hombre que no puede guiarle su razón; desmoralización social, toda vez que enseñaba que el bien y el mal, la virtud y el vicio, la conciencia, la ley y Dios no son más que ficciones; que un hombre no es culpable si comete un crimen, pero sí tan culpable como insensato si se deja descubrir; que es lícito á un ciudadano vender su patria al rey de Persia con tal que la cantidad que reciba sea bastante considerable, y que el negocio se haga con tanto misterio que el público y sobre todo sus enemigos no puedan nunca sospechar de él; puesto que este sistema, en fin, recomendaba al ciudadano no olvidar nunca que el patriotismo es la primera ilusión del tonto y el último refugio del bribón.

Tales fueron los resultados de los primeros esfuerzos hechos para nivelar los diferentes sistemas filosóficos y fundirlos juntos en un sistema más general. Así fué como

estas filosofías, puestas en contacto unas con otras, en lugar de perder lo que presentaban de exclusivo y defectuoso, se vieron desviadas de sus particulares rumbos y llegaron á ser simples instrumentos destinados á servir para los fines de los sofistas. No tuvo que sufrir por ello la ciencia solamente; hacíase ya sentir la influencia de esa convicción fatal que varios siglos después produjo la caída definitiva del politeísmo romano. Ya en Atenas se hacía oír la voz de los filósofos que repetían que en medio de tantos dioses y cultos diferentes era imposible al hombre discernir cuál era el verdadero. Ya gran número de personas pertenecientes á las clases ilustradas pensaban que si la voluntad divina hubiera querido revelar al mundo una religión especial, esta revelación, por su propia naturaleza, habría sido revestida de tal brillo y tal poder que irresistiblemente hubiera aniquilado toda oposición; pensaban que si sólo dos creencias reinasen al mismo tiempo en el mundo, y ambas gozasen de igual autoridad, este solo hecho bastaría para probar que ninguna de ellas era verdadera. Lejos de ser los pensadores los únicos en sostener estas opiniones, eran compartidas por la mayor parte de los hombres de Estado que dirigían los negocios públicos; y si Anaxágoras había sido acusado y declarado convicto de ateísmo, la misma acusación se dirigió contra Pericles, que tanto había hecho por la gloria de Atenas, y que bajo el punto de vista práctico, era sin disputa el primer hombre de su siglo. Apenas si la parte de influencia que le quedaba le permitió salvar la vida del filósofo su amigo, y para la opinión pública siempre quedó cargado con parte de su crimen. Cuando los fundamentos de la filosofía y de la religión eran minados de este modo, los de la ley no podían apenas tener mejor suerte. Los sofistas, en sus peregrinaciones á través del mundo, habían visto que cada nación, y á menudo cada ciudad, tenía sus ideas particulares respecto de lo justo y de lo injusto, y por consiguiente su sistema de leyes particular. No podían menos de dejarse guiar, en este examen de las ideas y leyes extranjeras, por los principios que habían aplicado al análisis de la filosofía y de la religión; así llegaron á los mismos resul-

tados y á las mismas conclusiones, á saber: que la justicia y la ley no se basan en ningún principio positivo. ¡En qué deplorable estado ha caído una sociedad cuando llega á formular conclusiones como estas: que no hay en el mundo ni verdad ni religión, ni justicia, ni virtud; que el único objeto digno de los esfuerzos del hombre es el hartazgo de sus apetitos físicos; que no se debe juzgar al hombre más que por sus riquezas; que puesto que nos está vedado el poseer la verdad, cuyos eternos principios serían para nosotros fiel é infalible guía, debemos recurrir al arte de persuadir, seducir y engañar á los demás; que no hay crimen en minar las bases de la sociedad; que se puede impunemente blasfemar, ó más bien que la blasfemia no es posible, puesto que no hay dioses; que «el hombre es la medida de todas las cosas» y que «es el criterio de la existencia», como enseña Protágoras; que el pensamiento es sólo la relación del sujeto que piensa con el objeto pensado, y que el alma no es más que la suma de los diferentes instantes durante los cuales pensamos! No es sorprendente que el sofista, autor de semejantes doctrinas, haya sido condenado á muerte para dar satisfacción á los clamores del populacho, que todavía no estaba á la altura de esta filosofía superior, y que sólo por la fuga se haya librado del castigo á que ya le hacía acreedor el principio de su libro. «De los dioses—dice—no puedo decir si son ó no son, siendo incapaz de verlos, y en virtud de la oscuridad del asunto y de la brevedad de la existencia». No es sorprendente tampoco que la desmoralización social haya hecho tan espantosos progresos cuando se encontraban hombres como Gorgias, el discípulo de Empédocles, que se reía de la virtud, ponía descaradamente en ridículo la moral, y probaba con argumentos metafísicos que nada absolutamente existe en el mundo.

Gracias á las sutiles disputas de los sofistas, se perfeccionó extraordinariamente la lengua griega, adquiriendo mayor precisión y verdaderamente asombroso poder dialéctico; pero si dejamos aparte esta ventaja poco importante relativamente, casi diremos que la crisis por que acababa de atravesar la filosofía antigua no había tenido

otros resultados que un mal sin remedio. Hallamos, sin embargo, en sus deplorables conclusiones una lección que es para nosotros muy instructiva: que las revoluciones sociales no se presentan durante el período de descomposición de las filosofías, y sobre todo de las religiones; el peligro no se hace inminente sino cuando, hallándose de nuevo de frente los fragmentos y partes ya descompuestas, se trata de fundirlas juntas otra vez ó de extraer, previo análisis de segundo grado, de cada uno de estos fragmentos la porción de verdad que encierra; entonces solamente estalla la crisis, y desaparece todo; tal es el invariable curso de los acontecimientos de la catástrofe final. Porque preveían sin duda estas terribles consecuencias es por lo que los hombres de Estado de Italia persiguieron en la Edad Media con inflexible rigor toda invasión de la jurisdicción eclesiástica, y todo ensayo de interpretación individual de las doctrinas religiosas. No puede suponerse que hombres inteligentes pudiesen no sentir todo lo que presentan de contrario á la razón la mayor parte de los dogmas que la autoridad ha consagrado; pero si una vez se permite al espíritu humano someterlo todo á la crítica é interpretarlo todo, ¿cómo se quiere que entonces no nazca doctrina sobre doctrina, secta sobre secta, y que los principios religiosos no estén expuestos á completa descomposición hasta el punto de que no se encontrarán dos hombres que tengan las mismas miras? ¿Cómo hasta se quiere, lo que es mucho más grave, que el mismo hombre no cambie de opiniones ante cada acontecimiento que se presente en las diversas fases de su existencia? Poco importan los argumentos, por plausibles é invencibles que puedan ser, en favor de la necesidad de descomposición semejante; que empiece una vez, y terminará sin que haya poder humano capaz de contenerla. El sistema atacado, gracias á su prestigio, á la autoridad de que goza y á su masa, exigirá acaso siglos para que su descomposición sea completa; pero que este resultado se obtenga al fin, eso es lo que ningún espíritu ilustrado duda. Lo que en el antiguo mundo europeo pasó, muestra que estas descomposiciones, mientras se realizan, ofrecen poquísimos peligro, puesto que, mien-

tras duran, cada secta y cada individuo tiene todavía una regla fija de conducta; pero en cuanto empieza el período de segundo análisis, es inevitable la crisis, que, según todas las probabilidades, arruinará la religión y también el pacto social. Los intereses amenazados, fortificados por el sentimiento de horror que á las masas inspira la anarquía, sabrán quizá retardar esta crisis por algún tiempo, pero nada podrá impedir que Europa caiga finalmente en esa deplorable situación que una nación presenta cuando las fórmulas de su fe han dejado de estar en armonía con su estado intelectual; situación que es imposible considerar sin terror, porque semejante trastorno afecta también á las relaciones públicas é implica necesariamente la insurrección contra las leyes existentes. Las naciones hundidas en el abismo de la irreligión son inevitablemente desoladas por la anarquía. Durante cierto tiempo la mano del poder, si se hace sentir con fuerza, puede lograr contener la explosión, pero es sólo un esfuerzo contra el mal y no un remedio. La descomposición social se opera penetrando siempre cada vez más en las capas inferiores de la sociedad, hasta que haya desorganizado por último las instituciones mismas que debían contenerla; una vez infestados los ejércitos, arma defensiva del poder, la catástrofe final es inminente, y ninguna previsión humana puede predecir cuál será el resultado, sobre todo si el Gobierno entonces existente se ha descuidado, por ignorancia ó voluntariamente, en preparar á la sociedad á la prueba fatal que va á asaltarla. Es, pues, uno de los más sagrados deberes del Gobierno, una vez que ha reconocido la gravedad del mal, preparar á la nación á sus terribles consecuencias. Para llegar á este fin quizá le sea lícito disimular momentáneamente, como el médico juzga á veces oportuno disimular con el enfermo; quizá también pueda recurrir al empleo de la fuerza, pero no se adopte jamás medida de tan dudoso éxito sin haber velado por otra parte para que la crisis que se acerca no sorprenda á la sociedad desarmada y no preparada. Tales fueron sin duda las miras de los grandes políticos de Italia de la Edad Media, y tales sin duda las consideraciones que les decidie-

ron á combatir con energía el origen del mal, política que después Europa les ha echado en cara demasiado á menudo y harto injustamente.

Quédanos por resumir los pormenores que en las precedentes páginas hemos presentado, á fin de darnos cuenta de las fases sucesivas del desarrollo del espíritu griego. No tenemos que ocuparnos en determinar la verdad ni el error de las diversas doctrinas á que hemos pasado revista, sino solamente del orden en que han aparecido. Son otros tantos puntos que nos permitirán construir gráficamente la curva del desarrollo intelectual de Grecia.

Las concepciones que sirvieron de punto de partida á la filosofía griega son puramente físicas y geocéntricas. La tierra se estima como el principal objeto de la creación y en consecuencia, son corrientes las ideas más erróneas respecto á las relaciones y extensión del mar y del aire. Apenas tenía un siglo de existencia esta filosofía cuando empezó á crear una cosmogonía; partiendo de los principios que había establecido y que juzgaba ciertos, y mucho antes de haberse emancipado del yugo de las ideas puramente locales, trató de explicar el origen del mundo.

Cuando se dió un paso más se reconoció que la creación en todas sus partes proclama una intención, un plan premeditado y un fin preconcebido. Admitióse entonces que en el gobierno del mundo tenía parte un agente dotado como el hombre de voluntad y razón; refirióse todo al hombre, á sus hábitos y acciones. De ahí las concepciones antropocéntricas que caracterizan toda una edad de la filosofía griega.

Dióse otro paso y se llegó á suponer que el espíritu humano no puede llegar á ningún conocimiento cierto: pronto prevaleció la opinión de que no poseemos ningún criterio de verdad con que podamos contar. Ya el escepticismo se muestra, y se descubre cada vez más claramente la tendencia á acoger las ideas de Oriente.

Este período de duda precedió inmediatamente al período en que las concepciones cósmicas debían hacerse más correctas; admitióse el mecanismo heliocéntrico del

sistema planetario, y repúsose á la tierra en su posición secundaria real. Las doctrinas físicas é intelectuales, fundadas en las ideas geocéntricas, se vieron necesariamente comprometidas; como estaban muy íntimamente ligadas á la religión, é intereses de gran importancia dependían de su sostén, el vulgo empezó á perseguir á los filósofos y éstos á disimular. Las nociones admitidas respecto á la naturaleza del mundo, se hicieron más decididamente panteístas, y las doctrinas de emanación, transmigración y absorción comenzaron á gozar de más favor. De aquí, á sospechar que la materia, el movimiento y el tiempo son quimeras de la imaginación, no había más que un paso. Estas últimas opiniones hallaron su consagración en la teoría atómica, se hicieron completamente sutiles cuando se admitió que los átomos son simples puntos matemáticos y más sutiles aun cuando se les consideraba como puros centros de fuerza. Se tocaba al budhismo.

Como sucederá eternamente cuantas veces vivan hombres juntos, unos más y otros menos adelantados en su desarrollo intelectual, todas las doctrinas que hemos sucesivamente examinado, acabaron por ser corrientes á la vez. Entonces llegaron los sofistas que, oponiendo unas á otras, y reconociendo á cada una igual valor, causaron su común ruina y pusieron fin á la filosofía fundada en la especulación física.

Si comparamos en conjunto el principio y el fin de esta fase de la existencia intelectual de Grecia, no podemos menos de reconocer que se ha realizado considerable progreso. Las ideas que ocupan á la filosofía, son al fin de este período de orden mucho más elevado que al principio. Hemos encontrado muchas puerilidades y errores, pero al menos nos han enseñado que hay un modo de progresión bien definido para el espíritu humano; la historia del período siguiente nos enseñará que este progreso se realiza siempre en la misma dirección.

CAPÍTULO V

La edad de fe de Grecia.

Los sofistas habían causado verdadera anarquía intelectual. No está en la naturaleza humana el contentarse con semejante estado de cosas; así, engañado en las esperanzas que cifraba en el estudio de la naturaleza material, el espíritu griego se volvió hacia la moral. En el progreso de la vida no hay más que un paso de la edad de examen á la edad de fe.

Sócrates, el primero que se adelantó en este camino, había nacido el año 461 antes de Jesucristo. Ejerció tal influencia, que todavía se hace sentir en nuestros días. Convencido por experiencia de la vanidad de los resultados producidos por las especulaciones físicas, les opuso las sólidas ventajas y frutos de virtuosa y morigerada vida. Su existencia fué una perpetua lucha contra los sofistas. Sus lecciones eran sólo conversaciones, y, según opinión unánime de cuantos le escucharon, sobresalía en el arte de conversar. Se remontaba á las definiciones, sacaba deducciones de ellas y presentaba su argumentación en forma de diálogos. Al revés de sus predecesores, que buscaban la verdad en la investigación de las cosas del exterior, dirigió toda su atención al interior, y sostuvo la supremacía de la virtud, su identidad con el conocimiento y la necesidad de obedecer estrictamente á los principios de la justicia. El espectáculo de la depravación á que habían los sofistas reducido á la sociedad, le hacía también pedir con calor reformas en la educación de la juventud, la que, según él, debía basarse en el principio

de que la dicha no puede hallarse sino en el ejercicio de la virtud y de la bondad. Sócrates sustituía, pues, en absoluto lo moral á lo físico, y en eso consiste esencialmente la revolución filosófica que realizó. Propiamente hablando, no tuvo escuela ni sistema ético especial, y á los que le preguntaban cómo podrían distinguir el bien del mal y lo justo de lo injusto, les recomendaba que se refiriesen á las leyes de su país. No parece que se haya dedicado á indagar la naturaleza de Dios, porque estimaba esta existencia como establecida por numerosas é irrefutables pruebas. Aunque rechazase las groseras ideas religiosas de su tiempo y fuese decidido adversario del antropomorfismo, evitaba con gran cuidado ofender á la sociedad con impertinentes alusiones á la superstición reinante; como buen ciudadano, hasta daba ejemplo de sumisión, conformándose á sus prescripciones. Los sofistas, según él, habían cometido la falta de no dejar ninguna convicción científica en lugar de las especulaciones inútiles de que habían dado buena cuenta. Sin embargo, si el hombre no puede saber, puede al menos creer, y la fe puede reemplazar ventajosamente á la demostración. Insistía, pues, en estas grandes doctrinas de la inmortalidad del alma y de la Providencia que gobierna al mundo; no se puede negar, sin embargo, que algunas de sus ideas parecen indicar que para él el Sér Supremo es el alma del mundo. La mejor parte de su sabiduría era—él mismo lo confesaba—la conciencia que tenía de su propia ignorancia, y disuadía á sus amigos de entregarse al estudio de las matemáticas y de la física, pretendiendo que las primeras conducen á conclusiones vanas y la segunda al ateísmo. Su enseñanza estaba casi exclusivamente consagrada á la explicación de los términos; pero su modo de razonar es frecuentemente imperfecto y sus conclusiones son rara vez irreprochables. Así afirmaba que nadie cometería una acción injusta, porque el que supiera que una acción es buena la ejecutaría en seguida; sostenía asimismo que el malo no es malo sino involuntariamente; que el que miente con conocimiento de causa vale más que el que miente sin tener conciencia de ello, y que es justo hacer mal á sus enemigos.

Basta con esto para adivinar cuán superficial debía ser la filosofía de Sócrates; sin cesar toma las palabras por las cosas, no presentando por lo demás gran novedad. Las consideraciones morales en que se apoyaba no debían constituir nuevos elementos, pues ninguna edad seguramente se ha pasado que no haya ofrecido hombres de bien que adoptasen como regla de conducta las máximas de Sócrates; preciso, pues, nos es buscar en otra parte la causa de la fama de este grande hombre, y la de que ocupe tan preeminente puesto entre los bienhechores de la raza humana.

Sócrates ha sido felizmente servido en dos cosas por la suerte, que ha rodeado su muerte de circunstancias favorables y elegido admirablemente á los que habían de contarnos su vida. No es, en efecto, para todos los grandes hombres el tener biógrafos como Jenofonte y Platón, como tampoco es para todo hombre que toca en los límites de la existencia recibir la corona del martirio, recompensa de toda una vida de virtud y de moralidad. El día en que sus conciudadanos le hicieron morir fué un día funesto para la gloria de Atenas, y era demasiado tarde cuando volvieron en sí, y no encontraron nada que responder á la posteridad que les pedía cuenta de este crimen. Sócrates decía la verdad cuando terminaba así su discurso á sus jueces: «Ya es tiempo de separarnos, yo para morir y vosotros para seguir viviendo; pero, ¿quién de nosotros tendrá mejor destino? Eso es lo que nadie sabe, excepto Dios.» La posteridad ha hecho desaparecer la duda, y á Sócrates le ha tocado el mejor lote.

Este desenlace de la existencia de Sócrates ha seguido siendo muy oscuro para nosotros; los cargos de la acusación eran tres: Sócrates rechaza los dioses de su país, quiere introducir dioses nuevos y pervierte la juventud. Es verdaderamente extraño, debían decir sus amigos, que se le acuse de impiedad á él, cuya vida entera se ha pasado en venerar á Dios; á él, que reconocía, no sólo la existencia de Dios, sino también su omnipotencia. «Sólo un insensato—decía él mismo—puede atreverse á atribuir el éxito en este mundo á la prudencia humana»; y en cuanto á la necesidad de la buena educación para la

juventud «sólo los sabios—dijo—son aptos para gobernar á los hombres». De aquí debemos deducir que las acusaciones dirigidas contra Sócrates no eran más que pretextos, y que ocultaban alguna realidad que ha podido autorizar á los atenienses á cometer tan gran crimen.

¿Tenemos la esperanza de descubrir en su vida privada algún hecho que nos aclare este misterio? No ha llegado á nosotros desgraciadamente sino poquísima cosa; y en cuanto á las investigaciones de la crítica clásica, preciso es confesar que esta crítica ha permanecido hasta hoy en estado de singular ignorancia, al menos en todo cuanto concierne á las cosas de la vida común. Para ella, en efecto, los atenienses y los romanos no son hombres y mujeres como nosotros, sino solamente personajes creados por los poetas, personajes cuya existencia, excepción de las leyes generales que rigen en la humana naturaleza, pasa en medio de escenas extrañas y de acontecimientos que rayan á cada paso en lo maravilloso.

Si nos colocamos bajo más verdadero punto de vista, no podemos menos de conocer que el Sócrates de nuestra imaginación es hombre muy distinto del Sócrates de los atenienses. Para nosotros es un genio trascendente ante el cual se inclinan profundamente los grandes nombres de la antigüedad; un mártir sacrificado por haber sostenido principios que hacen todo el valor de la vida, y que elevan al más alto grado de gloria al hombre llamado á sacrificar su vida por su defensa. El Sócrates de los atenienses arrastraba su ociosidad por plazas y encrucijadas públicas; tenía aspecto grotesco y hasta repugnante; por las extravagancias de su andar y de sus modales, afectaba parecerse á un bufón; desdeñaba su honrada profesión de cantero, y pasaba su tiempo en discurrir con los jóvenes que por su grotesco é inmodesto exterior se agrupaban en torno suyo, apartándoles del culto de los dioses de la patria y disfrazando apenas su impiedad con ligero velo de hipocresía. Fué, sin embargo, buen soldado, como lo han atestiguado los que combatieron con él. No parece que se haya hecho un deber, como los demás hombres, de proveer á la alimentación de sus hijos y de su mujer. Esta última, Xantipa, era, según parece, uno

de esos caracteres mal juzgados con sobrada frecuencia por el mundo. Se casó con ella, seducido por su singular talento para conversar, y aunque según testimonio unánime, sobresaliese él mismo en este género, pronto reconoció, aunque harto tarde para él y á su costa, que su compañera era muy superior á él. Entre los entretenidos ejemplos, que de sus disgustos domésticos se han dado, citemos el de que las personas que había invitado á comer llegaban á su casa sin que nada se hubiera preparado para recibirles. Esta conducta podría inducir á juzgar severamente del carácter de Xantipa, y todas las matronas del universo abrazarían ciertamente su partido con entusiasmo, pero no hay que ver en ello sino la exasperación natural en una mujer orgullosa con un hombre que se envilece hasta el punto de no cuidarse para nada de su honor doméstico. Jamás quiso ceder á sus instancias ni recibir de aquellos con quienes Sócrates disipaba su tiempo el dinero que tanta falta hacía en su casa. Después de su condenación, Xantipa fué á la prisión acompañada de sus hijos, pero Sócrates la despidió; temiendo—dijo á sus amigos—la vista de su profunda miseria. Ella tuvo hasta el fin honrosa vida, como mujer y como esposa, y preciso es que la vida de un hombre haya presentado algunas manchas para que la madre de sus hijos haya podido formular contra su conducta quejas que hallaron eco en la sociedad contemporánea. De todas estas particularidades de la vida de Sócrates debemos deducir que los atenienses le miraban como ciudadano indigno y quizá hasta peligroso para la sociedad. Lo cierto es que la política por lo menos no fué extraña á su juicio y á su muerte. El mismo afirma que ya con motivo del asunto de León de Salamina habría sido condenado á muerte si el gobierno de entonces no hubiera sido derribado. Sócrates se inclinaba á la aristocracia y no á la democracia; estaba comprometido con su partido en empresas que sólo podían engendrar implacables animosidades, y no debemos olvidar que la acusación dirigida contra él fué sostenida por Anyto, que había representado importantísimo papel en el restablecimiento del antiguo orden de cosas. La falta de los atenienses está en no haber medido el castigo con

la ofensa real, y haber añadido todavía la persecución y el destierro de los discípulos de Sócrates; la admiración que conservaban por la memoria de su maestro, y el recuerdo del injusto trato que ellos mismos habían sufrido les convirtieron en elocuentes apologistas. Si Sócrates hubiera sido para los atenienses tal como hoy nos parece, sería imposible explicar ni justificar su conducta en esta ocasión.

Si por el demonio, cuyas sugerencias se acusaba de escuchar á Sócrates, debe entenderse algo más que la conciencia, nos inclinamos á creer que Sócrates sufría de esa enfermedad mortal que es tan frecuente en los que, intencionalmente ó por miseria, se condenan á extremada abstinencia, cosa que, como la experiencia lo prueba todos los días, altera el cerebro y engendra la locura. Es el caso en que se encontraba Mahoma.

Después de la muerte de Sócrates surgieron varias escuelas que profesaban doctrinas fundadas en los mismos principios. Las divergencias que las separaban prueban cuán poco sólidamente definidos eran estos principios. Entre estos imitadores de Sócrates citemos á Euclides de Megara que había permanecido fiel á la enseñanza del maestro; ni aun había temido arriesgar su vida para ir á escucharle, desafiando á la ley que hacía un crimen capital de la presencia en Atenas de todo habitante de Megara. Huyendo de la persecución, Platón y otros discípulos de Sócrates se refugiaron al lado de Euclides y fueron por él bien acogidos. La ética dominaba en sus doctrinas que no eran sino mezcla de doctrinas eleáticas y socráticas. Reconocía la existencia de un sér único, el bien, que, susceptible de recibir diferentes formas, era también la sabiduría, Dios, la razón. Uno de sus dogmas establecía que el sabio debe ser insensible al dolor; así revelaba la tendencia que más tarde había de caracterizar á la escuela cínica.

A la escuela de Megara se une ordinariamente la escuela cirenaica fundada por Aristipo. Aristipo, como Sócrates, desdeñaba las especulaciones físicas, y dirigía exclusivamente su atención á la moral. Para él la dicha consiste en el placer; el placer y el dolor eran sus dos solos

criterios para juzgar de las cosas exteriores. Negaba que pudiésemos conocer algo con certeza porque nuestros sentidos son esencialmente engañosos, pero admitía que percibimos realmente, aunque nuestras percepciones no nos indiquen la verdad. Para la escuela cirenaica, es el único objeto y el solo fin de la vida.

A esta escuela puede unirse la escuela cínica fundada por Antístenes, cuyo sistema es totalmente personal y bárbaro; no es más que la lucha del espíritu con el cuerpo, la persecución de particular placer que afecta al espíritu sólo, siendo las alegrías del cuerpo absolutamente rechazadas, como indignas del hombre. La naturaleza de este sistema está perfectamente marcada por el carácter de su fundador, que renunció voluntariamente á las ventajas de comfortable existencia para desafiar la pobreza y la inclemencia de las estaciones. Llevaba los más miserables vestidos, descuidaba su barba, no se cuidaba nada de su persona y se negaba hasta los alimentos necesarios. Este misántropo harapiento exhalaba su desprecio en invectivas dirigidas á los transeuntes, á quienes ofendía con sus gestos indecentes. Abandonado al fin por todo el mundo, excepto por Diógenes de Sinope, murió en la más abyecta miseria. Uno de sus temas favoritos era que la amistad y el patriotismo sólo son vanas palabras; á Diógenes que le preguntaba, en su lecho de muerte, si no sentía la necesidad de un amigo, le respondió: «Y un amigo ¿me sacará de apuros?» Y como Diógenes le dijera tendiéndole un puñal: «He aquí quien lo hará,» añadió: «Pido que me libren del mal, no de la vida.» La filosofía, que estaba entonces representada por la escuela cínica, había caído en tal estado de envilecimiento que lícito es vacilar al colocar á Antístenes en el número de esos hombres á quienes el amor á la sabiduría ha merecido el dictado de filósofos, á Antístenes, que condenaba la lectura y el arte de escribir, que calumniaba la institución del matrimonio y que no reconocía á la filosofía más ventaja que la de permitir conversar consigo mismo.

Las vergonzosas doctrinas de los cínicos fueron aplicadas hasta sus últimas consecuencias por Diógenes de Sinope. Hijo de un rico banquero, gozó al principio de

los placeres de la riqueza, pero más tarde su padre fué condenado por haber falsificado moneda, y bajo la influencia sin duda, de las impresiones que le dejó esta catástrofe, se abrió su espíritu á doctrinas que predicaban el desprecio de los placeres del mundo y de las opiniones humanas. Los esfuerzos que hizo para dominar los apetitos naturales por la abstinencia pueden hacerle considerar como el prototipo de los ermitaños que aparecieron en época posterior. Miraba al cuerpo como cárcel del alma y le mortificaba de todas las maneras posibles, tomando por todo alimento carne cruda, y sin más habitación que un tonel. Pretendía que cuanto más se familiariza un hombre con la idea del suicidio, tanto más se acerca á la virtud. No llevaba más vestidos que una miserable capa, y tenía por todo mobiliario una mochila, un palo y una copa; todavía arrojó su copa cuando vió á un joven beber por la palma de la mano. Satisfacía en público todas las exigencias de la naturaleza y se complacía en emanciparse de toda conveniencia social, pretendiendo que lo que no es deshonesto por sí mismo debe hacerse á la luz del día. Se pretende que murió á los noventa años por haber devorado un pie de buey enteramente crudo... La exageración con que aplicó los principios de Sócrates, le valió el apodo de «el rabioso Sócrates». Para dar, en fin, un ejemplo de su desprecio á las opiniones de los demás y de su incredulidad religiosa, recordemos que, habiendo en un momento de debilidad prometido á algunos amigos sacrificar á Diana, fué al día siguiente al templo de la diosa, cogió un piojo de su cabeza y lo aplastó en el altar.

¡Qué triste claridad esparcen todos estos hechos sobre el modo de progresar del espíritu humano! ¡Qué caída, de Sócrates á los cínicos, inevitable sin duda, pero qué rápida! El egoísmo impera ahora como señor absoluto; la amistad y el patriotismo son abandonados á los insensatos; feliz el que no necesita de un amigo; más feliz todavía el que no tiene ninguno; ninguna acción es mala en sí misma; el robo, el adulterio, el sacrilegio son crímenes convencionales; guárdese el sabio de dejarse arrastrar por debilidades como la gratitud y la benevolencia;

aprovéchese de los placeres donde los encuentre, aguante su dolor si está afligido, y no olvide, sobre todo, que la muerte es tan deseable como la vida.

Si las especulaciones físicas de Grecia habían ido á parar á los sofismas y al ateísmo, las especulaciones morales, acabamos de verlo, no habían dado mejores frutos. Cada uno de los dos sistemas, después de haber sido aplicado, fué reconocido inútil para la sociedad, y perjudicial para sus más caros intereses. Los tiempos de que hablamos parecían, pues, deber ser funestos á la civilización y no prometerla sino muy incierto porvenir; ni aun parecía posible, por esfuerzos que se hiciesen, que se llegara á sacar de las doctrinas filosóficas algo que pudiera satisfacer á las necesidades del hombre. Y sin embargo, en medio de estas circunstancias tan poco favorables en apariencia, un amigo y discípulo de Sócrates, el primero de sus discípulos, Platón, echó los cimientos de nuevo sistema, que, á pesar de sus errores y futilidades, ha merecido llegar hasta nosotros.

Platón nació por el año 426 antes de Jesucristo. La antigüedad se ha complacido á menudo en rodear con aureola de mítica gloria los nombres de sus hombres ilustres. Las inmortales obras del más grande de sus filósofos parecían deber valerle más que los honores de este mundo; así una leyenda, cuya autenticidad no discutiremos, aseguraba que su madre Perictiona, por influencia de Apolo, le había concebido sin cesar de ser virgen, y que cuando tuvo que casarse con Aristón, el dios declaró el misterio á este último. La profunda sabiduría del gran escritor le hacía digno de tan ilustre origen, y justifica hasta cierto punto la credulidad de sus discípulos, que, en su afecto al maestro, prestaron complaciente oído á esta maravillosa historia.

A los conocimientos que adquirió en los ocho ó diez años que pasó al lado de Sócrates, añadió Platón todo lo que pudo aprender de los filósofos de Egipto, Persia, Cirene y Tarento. Platón, que gozaba de todas las ventajas que dan la fortuna y una familia ilustre, pues contaba entre sus antepasados á Solón, siguió la enseñanza de los filósofos del tiempo, y después volvió á su patria

donde fundó una escuela. Tres veces la dejó para ir á vivir en Sicilia. Acabó su carrera á los 83 años de edad. A pocos hombres ha sido dado ejercer tan profunda influencia en las edades siguientes, y sin embargo, parece corriente que Platón, durante su vida, no tuvo amigos; todos los filósofos que como él, habían sido discípulos de Sócrates, fueron sus adversarios. Como fácilmente lo hacen prever la edad avanzada á que llegó y la poca solidez de la base en que sus doctrinas se asentaban, sus opiniones son frecuentemente contradictorias y su filosofía presenta numerosas divergencias. Ocupémonos de estas doctrinas.

Platón creía que la materia es eterna como Dios y que hay en realidad tres principios primeros: Dios, la materia y las ideas; de la materia forma Dios todas las cosas, animadas é inanimadas. Esta propiedad de la materia de poder recibir todas las impresiones hace que la llame la madre de las formas. Platón pensaba que el intelecto existía antes que estas formas se produjeran, pero que no era anterior á la materia. Atribuía á la materia una fuerza de inercia ó resistencia, causa de los desórdenes y trastornos que turban el mundo; la consideraba también como causa del mal, y partiendo de aquí, la imputaba la preponderancia del mal entre nosotros, pretendiendo que el mal debe necesariamente exceder al bien en la misma proporción que la materia excede á las ideas. Estas doctrinas, como se ve, tienen aspecto enteramente oriental, y no sin razón fué Platón acusado de magismo.

Platón encontraba en la inteligencia y en la previsión que revela el arreglo de las cosas de la naturaleza las pruebas de la existencia de Dios, creador del mundo. «Todo en el universo — dice — existe para todo; todo está ordenado de modo que se asegure la conservación y perfección de todo, y, por consiguiente, todas las cosas existen en virtud de una causa intelectual divina». De que todo en la naturaleza proclama la unidad del plan de la Providencia, deduce Platón la unidad de Dios, á quien mira como la inteligencia suprema, incorporeal, inmutable y sin principio ni fin. Su Dios, á quien pone en oposición con

la naturaleza impersonal, es el padre del universo, que modela á su antojo. Platón parece pensar á la vez que el alma es inmortal, y negar que haya existido siempre ó que deba continuar indefinidamente existiendo. Fácilmente se comprende, por lo que más arriba hemos dicho, que esta doctrina psicológica es esencialmente india. Condujo á Platón á introducir su otra célebre doctrina de la reminiscencia, y le permitió darse cuenta de la naturaleza de las ideas innatas, que son para él colecciones de cosas familiares al alma en otro tiempo.

La razón divina contempla y comprende los ejemplares ó modelos primeros de todas las formas naturales, cualesquiera que sean; las cosas visibles no son, en efecto, más que sombras pasajeras; sólo las ideas ó ejemplares son eternas. Platón supo establecer con tanta fuerza la teoría de las ideas, y al mismo tiempo, preciso es decirlo, la desarrolló de modo tan oscuro, que otros después de él han llegado hasta más allá de los límites del universo á concebir un espacio imaginario poblado de seres inmateriales, ideas ó ejemplares primarios de todas las formas orgánicas é inorgánicas. Algunos detalles son indispensables para aclarar lo que acabamos de decir de las doctrinas platónicas. Todos los hombres presentan desigualdades cuando se les compara entre sí, pero todos están evidentemente hechos por un mismo modelo, al que todos se parecen más ó menos perfectamente. Los árboles igualmente son todos diferentes, pero todos, sin embargo, se refieren á un tipo común que todos reproducen con mayor ó menor fidelidad. Estos modelos, estos tipos ó ejemplares, son los que Platón llama ideas. Llegan á nuestro conocimiento, no por medio de los sentidos, sino por la reflexión. Platón pretendía aun que estas ideas son, no sólo concepciones del espíritu, sino percepciones reales ó entidades dotadas de existencia efectiva; más aún, que son los únicos seres reales. Los objetos corporales no son más que ideas corporificadas, pero no las representan sino imperfectamente, pues la semejanza entre el objeto y su modelo depende necesariamente de las circunstancias. No podemos, pues, llegar nunca á conocer todas las propiedades ó funciones de la idea por el examen del objeto ma-

terial, que es sólo su imperfecta representación, como tampoco podemos adivinar todas las cualidades y el carácter de un hombre á la vista de su retrato, por excelente que pueda ser.

La teoría de las ideas nos enseña, pues, que más allá de este mundo de engañosa apariencia y de cosas materiales existe otro mundo eterno, invisible y esencialmente verdadero; que no debemos contar con la exactitud de las nociones que nos dan los sentidos, y que hay otras impresiones en que podemos descansar para llegar á la verdad: las reminiscencias ó recolecciones que existen en nuestra alma de las cosas que ha conocido en otro tiempo, ya en el reino de las ideas puras, ya en el transcurso de sus existencias anteriores. Platón pretende, en efecto, que ciertas almas han vivido miles de años, revistiendo sucesivamente diferentes formas corporales, y que conservan el recuerdo de sus estados pasados, recuerdo más ó menos vivo ó más ó menos borrado, según las circunstancias. Estos recuerdos constituyen las ideas, que parecen implantadas en el espíritu humano, y que no le han sido suministradas por los sentidos. Si esta recolección de los acontecimientos y de los estados pasados fuese perfectamente precisa y correcta, el hombre traería al mundo un medio seguro de llegar á la verdad; pero estas reminiscencias son, por su propia naturaleza, vagas, incompletas, y no podemos por lo tanto ser dueños jamás de la verdad absoluta. Según Platón, lo bello es la imagen perfecta de lo verdadero. El amor es la aspiración del alma hacia la belleza, la atracción de lo semejante por lo semejante, la aspiración de la Divinidad que está en nosotros, hacia la Divinidad que está fuera de nosotros: el bien, que es la belleza, la verdad y la justicia, es Dios, Dios en su estado de abstracción.

El sistema de Platón implica como consecuencia necesaria que la ciencia es imposible para el hombre, y que sólo Dios puede saber; nosotros debemos, sin embargo, acordándonos de nuestro origen, no desesperar y tratar de elevar en lo posible nuestro valor intelectual; no todos nuestros conocimientos pueden proceder de nuestros sentidos tal como actualmente son, pues si así fuera, todos

los hombres, habiendo recibido iguales sentidos, serían igualmente sabios; pero la mayor y con mucho la más segura parte de nuestros conocimientos derivan de la reminiscencia de los antiguos estados por que hemos pasado; toda alma individual es una idea; las ideas de grados inferiores están juntamente contenidas en las ideas más elevadas, y estas últimas lo están á su vez en una idea suprema; Dios es la suma de las ideas; es, por consiguiente, eterno, inmutable, fuera de toda relación de tiempo y espacio, y no le podemos concebir sensiblemente bajo ninguno de sus atributos; es la medida de todas las cosas y no el hombre, como Protágoras suponía; el universo es el tipo de Dios; la materia misma es una negación absoluta, y es idéntica con el espacio; las formas que nos indican los sentidos no son más que sombras sin sustancia ni realidad; muy lejos de que haya una infinidad de mundos, no hay más que uno sólo que, como obra de Dios, no está sujeto ni á envejecer ni á morir; el mundo tiene un cuerpo y un alma ó está compuesto de tierra y de fuego; para establecer la cohesión entre estos dos elementos, la presencia del aire y del agua es indispensable, de donde se deduce la necesidad de la existencia de los cuatro elementos; las figuras geométricas responden: la pirámide al fuego, el cubo á la tierra, el octaedro al aire; estas figuras están compuestas de triángulos reunidos entre sí en virtud de ciertas leyes numéricas; la suma total de vitalidad está dividida por Dios en siete partes, correspondientes á las siete divisiones de la octava musical ó á los siete planetas; el mundo es un animal que tiene en sí un alma, porque el hombre es calor, y, por consiguiente, el mundo lo es también; puesto que el hombre está formado de varios elementos, lo mismo sucede con el mundo, y puesto que el cuerpo del hombre encierra el alma, preciso es que al mundo le ocurra lo mismo; existe una raza de dioses creados y engendrados que se distinguen de Dios en que están formados en gran parte de fuego y en que su forma es esférica; la tierra es el más antiguo y el primero de los cuerpos ideales; está colocada en el eje del universo y en su centro, donde se mantiene por sí misma en equilibrio; quizá es un sér dotado de alma ó un dios

creado; las especies mortales son en número de tres, que corresponden respectivamente á la tierra, al aire y al agua; el hombre fué creado el primero; de él salieron la mujer, los frutos, los pájaros y los peces; cada sér está compuesto de dos partes, cuerpo y alma; la separación constituye la muerte; el alma está compuesta de dos elementos, uno mortal, dado por los dioses creados, y otro inmortal que recibe del Dios supremo; un tercer elemento es necesario para servir de lazo entre estos dos elementos opuestos: es el elemento demoníaco ó el espíritu; de la coexistencia de estos tres elementos, el apetito, el espíritu y la razón, nacen los conflictos que agitan nuestra alma; la razón tan sólo es inmortal, las otras dos partes son mortales; el número de almas que encierra el universo es invariable y constante; el sentimiento de preexistencia que en nosotros tenemos prueba que el alma ha existido antes que nosotros; puesto que el alma es la causa del movimiento, no puede nacer ni perecer, porque de otro modo podría ocurrir que todo movimiento cesase; en cuanto al alma que ha dejado al cuerpo, anda errante en estado de sombra alrededor de las tumbas, esperando su reunión á uno de los cuerpos sin vida que encierran, donde está condenada á ejecutar una serie de transmigraciones bajo diferentes formas humanas ó animales; por lo que toca al alma del filósofo virtuoso, le está reservada una vida en Dios y sin cuerpo; el valor no es más que el conocimiento, y la virtud es el conocimiento del bien; el alma, al entrar en el cuerpo, no tiene razón, y está como en éxtasis; el astro divino, del que ha recibido su parte moral, influye en su existencia ulterior, y por eso puede predecirse su porvenir mediante cómputos astrológicos; más allá de este mundo nos esperan castigos y premios: si hemos vivido bien hallaremos un puesto en el astro que nos ha protegido; pero el que haya tenido vida menos pura renacerá bajo forma de mujer, y si persiste en el mal, nuevas existencias bajo diferentes formas animales le están reservadas; los filósofos se convierten en pájaros, los que no han cultivado la filosofía truecánse en bestias, y los ignorantes se hacen peces; el universo sufre revoluciones periódicas, ya destruído, ya regenerado

por el fuego ó el agua; estos trastornos dependen de las conjunciones de los astros.

En cuanto á las ideas de Platón respecto á la filosofía humana, nada mejor para dar cuenta de ellas que transcribir este pasaje de Ritter: «Todo en el cuerpo humano está formado en vista de la razón y con determinado fin. Ante todo se necesita un lugar para la parte divina del alma; este sitio es la cabeza, que es redonda, porque su forma debe parecerse á la forma perfecta del todo; está provista de órganos de cognición y sólo está cubierta por ligera capa de carne, porque la carne dificulta la acción de los sentidos. La cabeza dirige toda la organización, y por eso está colocada en la cima del cuerpo; como todo cuerpo creado, posee los seis movimientos irregulares, y como la cabeza no debe rodar por el suelo, el cuerpo humano ha recibido una forma prolongada, con piernas para andar y brazos para servirse. Después de la razón viene el espíritu ó el alma irascible, que tiene su asiento en el pecho, debajo de la cabeza, de modo que esté al alcance de las órdenes de la razón, pero separada de ella por el cuello á fin de que no puedan confundirse. La parte concupiscible del alma está, en fin, alojada en la parte inferior del tronco, en el abdómen, separada del alma irascible por el diafragma, puesto que debe ser independiente de las otras dos partes, el espíritu y la razón, y gobernada y tenida en orden, sin embargo, por ellas. Con este objeto ha colocado Dios junto á ella el hígado, que, denso, pulido, brillante y formado por la combinación de una sustancia amarga con otra dulce, está destinado á recibir y reflejar como un espejo las imágenes de los pensamientos. El hígado por su amargura contiene los apetitos desordenados que la razón reprueba, y esparce por todas partes su dulzura cuando el espíritu desea en armonía con la razón; además durante el sueño, durante la enfermedad ó en los momentos de inspiración, el hígado adquiere virtud profética, y así todas las partes del cuerpo, hasta la más vil, contribuyen en cierta medida á conducirnos á la verdad. Bajo otros puntos de vista la parte inferior del cuerpo está igualmente bien adaptada á sus funciones; á la izquierda del hígado está el bazo,

que debe segregar y empujar las impurezas que las enfermedades producen y amontonan en el cuerpo. Si los intestinos, por último, están arrollados tan gran número de veces sobre sí mismos, es para que los alimentos no atraviesen rápidamente el cuerpo, y no engendren así inmoderado deseo de comer, porque el apetito incesante impediría al hombre consagrarse á la filosofía, y le haría sordo á la voz de la divinidad que está en él.»

El lector se encuentra ahora en estado de apreciar hasta qué punto la sabiduría se halla mezclada con la locura, y la ciencia con la ignorancia en las obras de Platón. Quiero, sin embargo, apurar más el examen de sus escritos para mostrar cómo aplicaba sus principios. Según él, por nuestra sola razón no podemos alcanzar el bien supremo, pero debemos esforzarnos en parecernos á Dios en lo que un mortal puede parecerse al Eterno; el placer no es el fin que el hombre debe proponerse. Si la parte sensual de nosotros mismos halla su satisfacción en el comer, el beber, las riquezas y el placer, y la parte espiritual en los honores y distinciones del mundo, la razón se debe por completo á la ciencia. El placer no puede, pues, como la ciencia, atribuirse á los dioses; no es el bien mismo sino un medio de llegar á él. Cada una de las tres partes de nuestra alma tiene su virtud particular; á la razón pertenece la sabiduría, al espíritu el valor, y á la parte concupiscible la templanza; á estas tres virtudes háse añadido la justicia, destinada á reglamentar sus mutuas relaciones y á asegurar la perfección del alma.

Platón, transportando al dominio práctico su sistema de ética, quiere que el Estado lo sea todo, y que todo cuanto pueda oponérsele sea anonadado. Niega el derecho de propiedad, no respeta ni aun la existencia de la familia, y extremando sus principios, considera las mujeres como pública propiedad de que el Estado debe servirse del modo que juzgue más ventajoso. Quiere que la educación sea un deber del Gobierno; que la religión esté enteramente bajo la dependencia del poder, y que los hijos no pertenezcan á sus padres, sino al Estado. Pretende que el fin que el Gobierno debe proponerse no es la dicha del individuo, sino la de la comunidad; que los

hombres no deben considerarse como hombres, sino como elementos del Estado, y que el súbdito perfecto no difiere del esclavo sino en que tiene al Estado por señor. Recomienda que los niños deformes ó enfermizos sean expuestos, y pide que cada ciudadano sea experto en astucias y fraudes. Quiere también que el Estado tenga como el alma tres elementos constitutivos, y por eso divide la población en tres clases: los que gobiernan, los que combaten y los que trabajan, dando así la preferencia á una monarquía apoyada en la aristocracia, especialmente en la aristocracia del talento. Considera la música como esencial á la educación, pero el sentimiento del arte está en él tan poco desarrollado que quiere excluir de su república á los pintores y músicos, ó al menos no admitirlos sino con durísimas condiciones. Con la esperanza de realizar su quimérica república fué á Sicilia, al lado de Dionísio, pero jamás le fué dado ejecutar sus planes; hasta puede agregarse que ninguna fortuna mayor tuvieron aquellos con quienes contaba para ensayar su sistema. En nuestros días el socialismo ha producido multitud de sistemas, y algunos hasta han sido aplicados, pero jamás hemos visto nada tan monstruoso como la célebre república de Platón. Demuestra singular ignorancia de las necesidades y del modo de obrar de la sociedad. Algunas de las más importantes doctrinas de Platón son, sin embargo, dignas de serio examen, y no vacilo en presentar al lector algunas observaciones en este respecto.

Era verdaderamente una magnífica concepción la de esas ideas ligadas entre sí por otras ideas de orden más elevado, enlazadas á su vez por otras más elevadas aún, y así sucesivamente, creciendo siempre estas ideas en generalidad y en poder, hasta la cúspide donde se asienta la idea primera, la idea suprema y todopoderosa que está en Dios. Platón nos eleva así por grados á la idea de un Sér omnipotente, emancipándonos de todas las dudas y de todas las oscuridades que necesariamente encontramos cuando mezclamos con los atributos de Dios las ideas de espacio y de tiempo, y procuramos considerar lo eterno y lo infinito.

Las opiniones de Platón respecto á la inmortalidad del

alma ofrecen notable contraste con las de la filosofía popular y con la superstición de los tiempos. Recuerdan en muchos puntos las doctrinas de la India. En Grecia los filósofos que más se habían distinguido por la amplitud de sus miras no habían ido nunca más allá de lo que puede llamarse una doctrina de semi-inmortalidad. Pensaban que el alma seguiría viviendo indefinidamente, pero jamás habían pensado en preocuparse de su pasado. Platón, por el contrario, pretendía que el alma existe de toda eternidad; estimaba la vida presente como un solo instante de la carrera que tenemos que recorrer, y creía con inquebrantable fe en los cambios de forma que después de la muerte debemos sufrir. La imaginación de Platón le representaba sin duda el alma humana saliendo del alma universal, como la chispa brota de la llama. Las ideas innatas y el sentimiento de preexistencia que hay en nosotros nos recuerdan nuestra existencia pasada. Por este sentimiento de preexistencia entendía Platón que en ciertos momentos, importantes ó no, de nuestra vida, nos parece de pronto que hemos estado ya en circunstancias semejantes y en medio de los mismos objetos que en el instante presente nos rodean. Esta reminiscencia, aunque excita en nosotros vivo sentimiento de sorpresa, es vaga y confusa. ¿Diremos con Platón que es recuerdo de una de nuestras existencias anteriores y que de pronto vienen á impresionar nuestro espíritu hechos completamente olvidados desde hace mucho tiempo?

Lo que Platón desconoció fué la doble estructura y la doble acción del cerebro humano; hizo caso omiso del hecho de que el espíritu puede perder todo recuerdo del curso del tiempo, abarcando con la misma facilidad en una sola ojeada tan gran número de acontecimientos que su realización exigiría días y años enteros; no se fijó tampoco en el hecho inverso de que el espíritu puede apoderarse de una sola idea que se creería digna tan sólo de ocupar un momento, y se fija en ella, la extiende, la dilata, vuelve á ella sin cesar y se está así una noche entera. Es verdad que son estos efectos muy singulares, pero estamos seguros de su exactitud, por lo que nosotros mismos hemos experimentado en nuestros sueños

y por el testimonio de las personas que se han hallado en peligro de perecer por inmersión. Ellas nos cuentan la extraordinaria energía que adquirió su memoria en el último momento de la agonía, y con qué espantosa claridad vieron en un instante desarrollarse en ella la larga serie de acontecimientos en que habían tomado parte durante su vida, del mismo modo que durante la noche vemos un paisaje con todos sus detalles á la luz de un relámpago. En mi *Fisiología* he enseñado cómo pueden explicarse esos fenómenos á que da lugar el sentimiento de la pre-existencia; cada uno de los dos hemisferios del cerebro piensa por sí mismo, y el espíritu, engañado respecto de la marcha del tiempo, toma dos operaciones simultáneas por dos operaciones sucesivas, y recibe una de las dos impresiones, referidas á indeciso y oscuro pasado. Platón encontraba en estos hechos pruebas de la vida anterior y sólidas razones para creer en la existencia futura del alma.

La doctrina de Platón indica, pues, una doble inmortalidad del alma: la del pasado y la del porvenir. En aquella época en que la superstición era todavía omnipotente, se pensaba que el principio espiritual no era ni creado ni engendrado, que sólo el azar le ofrecía la envoltura humana en que debía fijarse, y que crecía y se fortificaba en ella, progresando en cada época paralelamente á su asociado el cuerpo, y teniendo como él sucesivamente los aspectos de la infancia, de la adolescencia, de la edad viril y de la vejez. Se creía también que el alma que vagaba á orillas de la Stigia ó que esperaba su sentencia ante el tribunal de Minos, presentaba el mismo aspecto que el cuerpo en el momento de la muerte. Así era como Ulises había podido reconocer á Patroclo y Aquiles y á los demás héroes de la guerra de Troya, y cómo cada cual podía reconocer la sombra de su amigo y de su enemigo. La superstición podía sacar partido de estas creencias, pero, preciso es decirlo, es imposible imaginar nada más falto de sentido filosófico.

El estado del hombre difiere del estado del cuerpo sin vida ó del estado del bruto en que no solamente se relaciona con el momento presente, sino que el pasado ja-

más desaparece para él, y el porvenir, antes de existir, es para él como si nunca debiese aparecer. El hombre por el contrario, gracias á la *recolección*, hace del pasado parte del presente, adivina lo futuro por la presciencia y se apropia á la vez de este modo el pasado, el presente y el porvenir.

Pongamos aquí los ejemplos que ordinariamente se dan de la teoría de las ideas, á fin de mostrar cómo los hechos á que se refiere son considerados por la ciencia moderna. Según Platón, toda bellota contiene el tipo ideal de una encina, y en cuanto se presenten circunstancias convenientes, la bellota se desarrollará por sí misma y llegará á ser una encina y no otro árbol. Dos cosas llaman nuestra atención en este desarrollo de una semilla: el carácter intrínseco de la semilla y las fuerzas exteriores que obran sobre ella. La doctrina platónica establece esta distinción sin rodeos; su fin esencial es evidenciar la existencia absoluta, la independencia de este tipo innato. Concede que la acción de las condiciones exteriores es necesaria para su desarrollo, pero le hace enteramente independiente de ellas. Así, encontramos en este primer caso dos elementos de frente, uno interno y otro externo. Muchos otros ejemplos tomados de la fisiología nos revelarían la misma dualidad: tales son las relaciones entre el espíritu y la materia, entre el pensamiento y la sensación. La tendencia invariable de la filosofía platónica es acrecentar lo interior á expensas de lo exterior; es lo que hace en el caso del hombre, al afirmar la supremacía absoluta del intelecto que distingue sólo al hombre del bruto y de los organismos inferiores, en los que predomina relativamente lo exterior. El desarrollo de cualquier organismo, planta ó animal, no es, pues, otra cosa más que una manifestación de la idea divina del platonismo. La historia natural nos ofrece también frecuentísimos ejemplos, entre otros el de un botón que, al desarrollarse, puede convertirse ya en una rama, ya en una flor, según que sus partes tiendan á agruparse de cinco en cinco ó de tres en tres. La persistencia con que este fenómeno se reproduce en los organismos de la misma especie, prueba para los platónicos que el individuo

puede perecer, pero que la idea es inmortal. De otro modo, ¿cómo podría lo semejante desprenderse de lo semejante, y cómo podría la unidad surgir de la pluralidad?

Si los ejemplos que acabamos de dar de la doctrina de Platón han servido para hacérsola más inteligible, pueden servir también para inspirarnos diferentes opiniones, más correctas quizá. Cuando nos hallamos enfrente de ese dualismo del elemento interno y el externo, el carácter y las circunstancias exteriores ¿no podemos preguntarnos en qué autoridad se apoya Platón para restringir constantemente la influencia del segundo elemento y acrecentar la importancia del primero? ¿Por qué recargar los hechos con tantas hipótesis cuando es evidentemente posible dar de ellos mucho más sencilla interpretación? Admitamos, de acuerdo con las doctrinas fisiológicas más adelantadas, que el punto de partida de todo organismo, inferior ó superior, vegetal ó animal, cualquiera que sea, en una palabra, es una simple célula cuyo modo de desarrollo depende únicamente de las circunstancias é influencias á que se halla expuesta; mientras estas circunstancias no cambien, la forma resultante será la misma, pero cambiará en cuanto cambien esas circunstancias. Si el vástago se parece á los organismos que le han engendrado, no es porque encierre en sí una forma típica imperecedera, sino porque su desenvolvimiento se ha efectuado en idénticas condiciones. He procurado hacer ver en otra parte que este poder absoluto de los agentes físicos sobre las formas orgánicas debe formar el principio fundamental de todas las ciencias que estudien la organización; hasta es el fin principal que he tenido al escribir mi *Fisiología*. Semejante teoría es de todo punto inconciliable con la teoría de las ideas del platonismo. No es, en efecto, la influencia de un tipo imperecedero, existente de toda eternidad y latente, la que preside al desarrollo del organismo; este desarrollo se efectúa por virtud de una ley inflexible que permite la variación de las cosas por la variación de las circunstancias ambientales. Podemos, pues, prescindir del mundo suprasensible donde residen las formas típicas, los universales, las ideas de las cosas creadas, y todo el complejo mecanismo del

platonismo; estamos autorizados para rechazarle reemplazándole con la simple noción de ley. Ni aun tenemos que temer, si de este punto de partida queremos remontarnos más arriba, encontrar nada que sea indigno de la majestad divina ó incompatible con las hermosas conclusiones de Platón, pues la existencia de Dios y de sus atributos se nos manifiestan con mucha más claridad y grandeza si admitimos la operación de una ley inmutable, que cuando partimos de una doctrina fantástica é imaginaria como la de las formas ideales.

Así como la filosofía presocrática había terminado en los sofistas, la postsocrática vino á parar en los excépticos. Produjose otra vez el resultado de que doctrinas de diferentes escuelas, aun las que se estimaban como susceptibles de rigurosa demostración, no sólo ofrecían divergencias, sino también inconciliables contradicciones. Una vez más surgió la deplorable opinión de que la inteligencia humana no posee ningún criterio de lo verdadero y que no es capaz ni de entresacar la verdad de las contradictorias impresiones de los sentidos, ni de juzgar de la exactitud de las deducciones de la filosofía, ni aun de determinar la moralidad intrínseca de los actos humanos. Si no existe criterio de la verdad, no pueden existir bases ciertas para la ciencia, ni nos queda por tanto otra cosa más que dudar de todo. Tal fué la conclusión á que llegó Pirron, el fundador de la secta de los excépticos. Vivía por el año 300 antes de Jesucristo. Pretendía que, á consecuencia de la carencia de un criterio de verdad, debemos siempre ó suspender ó negar nuestro asentimiento, doctrina filosófica que le conducía, por naturalísima transición, á tomar por base de su moral el principio de que la dicha y la virtud consisten en la perfecta quietud y en la emancipación de toda turbación mental. Había recibido esta doctrina—se dice—de los brahmanes indios cuando la expedición de Alejandro, á quien siguió en Asia. Vuelto á Europa, la enseñó en su escuela de Elis; la filosofía griega, por lo demás, iba á dar por sí misma resultados idénticos.

La escuela excéptica tomó por punto de partida el aserto de que el hombre no puede jamás sacar de los fe-

nómenos la verdad, y que no puede por tanto saber nunca si las cosas corresponden ó no á sus apariencias, puesto que el mismo objeto nos parece diferente en diversas posiciones y en instantes diversos. Está igualmente fuera de duda que cada individuo ve este mismo objeto de diferente modo. Entre tantas distintas apariencias ¿cómo elegir la verdadera? Y si llegamos á elegir ¿cómo adquirir la certeza absoluta de que no nos hemos engañado? Además, todas las propiedades que atribuimos á los cuerpos, color, olor, sabor, dureza y otras, nos las revelan únicamente los sentidos y sabemos perfectamente que los sentidos nos dan á cada paso testimonios contradictorios. En vano, pues, esperamos de la razón que nos haga capaces de discernir las cosas con precisión, ó que nos ponga en posesión de un criterio de la verdad. Así usaban los excépticos el arma que los sofistas habían empleado con tanto éxito contra las doctrinas éticas. Demos aun otro paso. Si contamos con la razón ¿sabemos que no nos ha de extraviar y no necesitamos con ella el mismo criterio? Y aun existiendo ese criterio ¿no necesitaríamos para él otro criterio de orden más elevado? Así pensaban probar los excépticos que no hay para el hombre criterio alguno posible de la verdad.

En armonía con estos principios negaban los excépticos que pudiésemos nunca llegar al conocimiento del ser por el conocimiento de los fenómenos. Extremaban la duda hasta pretender que nunca podemos afirmar la verdad de una afirmación, ni aun afirmar que hemos hecho esta afirmación. «Nada afirmamos —decían— ni siquiera que no afirmamos nada». Declaran que los sistemas de inducción apenas tienen más base que la probabilidad, puesto que una inducción no puede ser cierta sino cuando se han examinado todos los fenómenos particulares y demostrado que todos entran en el fenómeno general. Preséntese una sola excepción y la inducción cae por sí misma. Ahora bien, ¿cómo estar seguros de que hemos examinado todos los fenómenos particulares? Estamos, pues, fatalmente condenados á dudar. En cuanto al método de las definiciones es evidente que es enteramente inútil: si ignoramos una cosa no podemos definirla y si la cono-

ceмос, la definición nada añade á nuestro conocimiento. Los excépticos, eliminando de este modo la definición y la inducción, arruinaron todo método filosófico.

Pero si la ciencia es imposible para el hombre ¿porqué tanto trabajar para adquirirla? ¿No vale más tomar la vida como es y aprovecharse del placer mientras se pueda? Este es el consejo que ya había dado Epicuro por el año 342 antes de Jesucristo. Epicuro, como Sócrates, difama la ciencia y hace del placer el objeto esencial de la vida y el criterio de la virtud. Persuadido de que la razón no puede llegar sola á la verdad, desespera de la filosofía, que en poco ó en nada puede contribuir á la dicha. La filosofía, según él, puede dividirse en tres partes, la ética, la canónica y la física, siendo las dos últimas de muy secundaria importancia con relación á la primera. El sabio debe buscar la dicha de su existencia en el quietismo oriental; se abandona con moderación á sus apetitos presentes, y sabe gozar á la vez de los placeres del momento, del recuerdo de los placeres pasados y de la espera de los que le reserva el porvenir: para él la filosofía es el arte de aprovecharse de la vida. No se preocupa para nada de la muerte ni del poder divino, que son simples ilusiones, ni de la existencia futura, no siendo el alma sino un conjunto de átomos que la muerte ha de separar. No hay duda que semejantes doctrinas convenían perfectamente á la época en que aparecieron. Cuando el desorden social y político era tan profundo que la propiedad estaba insegura ¿cómo no había escuchado el hombre la voz que le animaba á gozar de su fortuna mientras la conservase? «En mi tiempo no había en Atenas ningún espíritu grande y noble», dice Demetrio Poliorcetes, que conocía bien la situación de las cosas. No es extraño que en semejantes circunstancias sociales haya encontrado Epicuro numerosos adeptos. Muchos de los que le rodeaban debían creer con él que el secreto de la dicha en este mundo está en la más tranquila indiferencia; que no hay en realidad ni bien ni mal; que vale más no decidirse por nada y abandonarlo todo al azar; que después de todo, entre la vida y la muerte hay poquísima diferencia; que para el hombre

verdaderamente sabio la filosofía es una fuente de actividad intelectual que puede servir para hacerle feliz; que la física, una de las ramas de la filosofía, no es útil sino porque nos da cuenta de la naturaleza de la muerte, de los meteoros, de los prodigios, y nos libra así del terror que nos inspiraban; que las doctrinas de Demócrito y de Aristipo son buenas hasta cierto punto para proporcionarnos placer, y que debemos imitar á las bestias, que buscan el placer y huyen del dolor. En suma, existe estrechísimo lazo entre el placer y la virtud, sobre todo si, adoptando más amplio punto de vista, buscamos el placer no sólo en la satisfacción de nuestros deseos presentes, sino también en la recordación del pasado y en la espera del porvenir. Así obra el sabio; se acuerda siempre de que el dolor es por sí mismo pasajero, pero que el placer es duradero, y no vacila nunca en exponerse á sufrir si está seguro de encontrar en ello placer. Aleja de su espíritu todo temor de los dioses y del destino, que no son más que ficciones propias de mujeres y del vulgo. Sin embargo, como los dioses y el destino son los objetos de la superstición nacional, es inútil atraerse el disfavor público mofándose abiertamente de ellos. El sabio hará mucho mejor en adoptar respetuoso y solemne tono al hablar de ellos, aunque se ría para sus adentros. En cuanto al temor de la muerte, debe cuidar mucho de librarse de él, no perdiendo de vista que la muerte no es más que el fin de las miserias de la existencia. La canónica de Epicuro comprende sus doctrinas filosóficas, que son superficialísimas. Pretende que las impresiones de los sentidos constituyen para nosotros el criterio de la verdad, y que todas las sensaciones son verdaderas, hasta las que percibimos en la locura y durante el sueño; la memoria, que recuerda las sensaciones pasadas, debe también ser mirada como criterio de la verdad; es la base de la experiencia.

En su física adopta la teoría atómica de Demócrito, pero la estima de tan poco valor, que no se preocupa de las numerosas divergencias que con su canónica y aun con su ética presenta. Aunque los átomos y el vacío no puedan percibirse por los sentidos, admite su existencia,

afirmando que en el vacío infinito existen infinidad de átomos de naturalezas diferentes que, en virtud de su peso, caen todos verticalmente con igual velocidad; algunos de estos átomos, sin embargo, habiéndose encontrado desviados de la vertical por desconocida fuerza interior, han chocado y han quedado agrupados en conjunto, formando así el mundo. Lo mismo de vagas y pueriles son sus ideas respecto de la magnitud del sol, de la naturaleza de los eclipses y de otros fenómenos astronómicos, pero ya cuida él de justificarse de sus contradicciones é ignorancia declarando que todas esas cosas son de todo punto inútiles de saber y de las que no hay que preocuparse. En cuanto al alma, preciso es que tenga sustancia y cuerpo, en razón á que sólo el vacío es incorpóreo; se inclina á creer que es un cuerpo sutil, muy móvil y semejante al vapor; la atribuye cuatro actividades distintas correspondientes á los cuatro elementos que entran en su constitución; lejos de ser inmortal se descompone en sus átomos constitutivos y muere con el cuerpo. Además de la doctrina atómica de Demócrito, Epicuro adopta su teoría de las sensaciones, según la cual de cada objeto exterior emana una imagen ó εἶδωλον, que penetra por los ojos en el cerebro. En su teología admite los dioses antropomórficos; provienen, como todas las cosas, del encuentro fortuito de los átomos, y viven en el quietismo y en la dicha completa, sin inquietarse para nada de los negocios humanos. Así ridiculizaba Epicuro la religión nacional, sus ritos, sus sacrificios, sus oraciones y sus prácticas. De la existencia de Dios da como prueba única que todo el mundo cree en ella; no vacila sin embargo, en rechazar sin ambages la teología nacional y en declarar que á su parecer sólo el ciego azar gobierna el mundo.

Tales son las doctrinas á que ha quedado unido el nombre de Epicuro, pero antes de que él hubiera nacido existían epicúreos y eternamente existirán. En nuestros días abundan y á todos se les reconoce por las mismas señales: indecible egoísmo en sus relaciones con sus semejantes; superficialísimas ideas filosóficas, si acaso puede aplicarse sin injusticia la palabra filosóficas á inteli-

gencias tan mezquinas; gritan mucho en favor de la religión nacional y afectan cumplir sus deberes externos mientras en su corazón la son infieles, renegando de ella por su modo de vivir. Ellos son los que forman la parte más visible de la sociedad moderna y la mayor parte del tiempo se proclaman guardianes de sus intereses. Se les encuentra en todos los grados de la escala social: en el Senado, en el ejército, pero sobre todo en las profesiones industriales, que desgraciadamente tienden demasiado á engendrar el egoísmo. A estos hombres es deudora la sociedad de la mitad por lo menos de sus corrupciones, de su hipocresía y de sus crímenes; ellos la enseñan con el ejemplo que el egoísmo debe ser nuestra única regla de conducta, que la gratitud y el afecto son buenos por el efecto que producen, pero que jamás debemos abandonarnos á ellos; la enseñan que los hombres no deben ser considerados como hombres, sino como cosas de las que hay que saber servirse con ventaja; la predicen, en fin, que la ciencia y la honradez, el patriotismo y la virtud, son quimeras que sólo existen para los tontos y que sólo la riqueza merece nuestro respeto y estimación.

Nos queda por hablar en este capítulo del platonismo de los últimos tiempos. La antigua Academia que había sido fundada por Platón, se limitó á desarrollar y á defender sus doctrinas. La Academia media, que empezó con Arcesilao, nacido el año 316 antes de J. C. combatió á los estoicos y sostuvo la doctrina de la incertidumbre de las impresiones de los sentidos y de la nada de la ciencia humana. La nueva Academia fué fundada por Carneades, nacido el año 213 antes de J. C., casi con las mismas bases que la precedente. Carneades, se inclina por una parte al excepticismo y por otra al probabilismo. Esta escuela degeneró tan rápidamente que pronto se ocupó exclusivamente de retórica. El excepticismo y la indiferencia hicieron durante este período progresos que es fácil consignar. Arcesilao tenía la costumbre de decir que no conocía nada, ni aun su propia ignorancia; negaba todo conocimiento, ya de los sentidos, ya de la razón. Carneades, que había tomado sus doctrinas de la antigua filosofía, encontró también en ella los argumentos que le hacían

falta contra la necesidad, la existencia de Dios y las profecías; no admitía la noción absoluta de justicia, y declaraba que no es más que una noción de pura convención. Mientras estaba en Roma, se mostró tan hábil retórico, defendiendo alternativamente y con igual éxito el pro y el contra de la misma causa, que Catón le hizo expulsar. Platón había sido el representante de una edad de fe, pero un segundo análisis de sus obras y la revelación de las contradicciones que presentaban condujeron al excepcionalismo. Si queremos precisar el fin de estos retóricos, pretendidos filósofos, no tenemos más que decir sino que se proponían demostrar que no hay en este mundo criterio posible de verdad. Carneades, persuadido de que no podía haber filosofía, se atuvo á la teoría de lo probable. «La idea más probable—dice—es la que, después de haber sido examinada y analizada lo mejor posible, está más exenta de improbabilidad». La decadencia de la filosofía era ahora completa. Platón había destruído toda confianza en los datos de los sentidos, y la había sustituído con su teoría ideal, que Aristóteles había echado á su vez abajo. Fundóse la cuarta Academia por Filon de Larisa, y la quinta por Antioco de Ascalon; á él le estaba reservado unir el Pórtico con la Academia y fundir en una sola las doctrinas de Platón y las de los estoicos. Este solo hecho demuestra lo desesperado de la situación de la filosofía, abandonada por sus propios discípulos.

Así acabó la edad de fe de Grecia. Su historia recuerda de modo sorprendente la edad que la corresponde en la vida individual, la juventud con su inquebrantable confianza y amargos desengaños. Entramos en esta edad llenos de confianza en las cosas y en los hombres, muy lejos de sospechar que aquéllas puedan hacernos errar y éstos engañarnos. Cuando recordamos nuestros primeros años es para asombrarnos de que hayamos podido ocuparnos seriamente en semejantes niñerías y dejarnos seducir por móviles tan fútiles; pero nunca nos preguntamos si, al ser distintas, no son nuestras actuales preocupaciones tan vanas, ni tan engañosos los objetos que hoy perseguimos.

La segunda edad de la filosofía griega había acabado

en los sofistas, la tercera acabó en el excepticismo. La filosofía especulativa va á tocar inevitablemente una barrera que la es imposible franquear. No otra cosa sucede en nuestros días; la filosofía golpea las murallas que la cierran el paso, pero sin la menor probabilidad de abrirse por ellas un camino.

CAPÍTULO VI

La edad de razón de Grecia.

La conquista de Persia por Alejandro el Grande es uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Europa. El ilustre aventurero, al acordarse de los planes que había concebido su padre Filipo, empezó á ejecutarlos con medios, al parecer insignificantes: no tenía—dicen—más que un ejército de 30.000 hombres, 4.000 de ellos de caballería, y un tesoro de 70 talentos. El resultado de la expedición fué la ruina del imperio persa, y también la de Grecia. No sin razón se maldijo la memoria del conquistador en su tierra natal. Sus triunfos habían agotado la sangre griega. Las inmensas fortunas que Asia ofrecía á los hombres emprendedores y ambiciosos hicieron abandonar el suelo de Grecia, y la emigración de los guerreros á Persia tomó tales proporciones que pronto se encontraron soldados griegos establecidos en todas las partes del imperio persa; su número fué bastante considerable para causar irreparable perjuicio al país que habían abandonado, pero insuficiente para helenizar las antiguas y densas poblaciones de Asia.

A este primer resultado, desastroso para Grecia, vinieron á añadirse las consecuencias políticas de aquellas guerras, coronadas por el éxito. Alejandro no hubiera arruinado á Atenas más completamente si la hubiera tratado como á Tebas, que arrasó hasta el suelo, y de la que hizo degollar 6.000 ciudadanos vendiendo como esclavos á 30.000. La fundación de Alejandria acabó con la prosperidad comercial de Atenas, dando el último golpe á su antiguo sistema colonial. Nada habría perdido si Ale-

jandro hubiera renunciado á su proyecto de destruir á Tiro, que arruinó, no por venganza, como se ha dicho, sino porque había comprendido que su existencia estaba íntimamente ligada con la del poder de los persas. Su intención, por lo demás, nunca había sido que Atenas se aprovechara de cualquier modo de la ruina de su rival fenicia, y el objeto que se proponía quedó enteramente realizado con la fundación y ulterior prosperidad de Alejandría.

La historia de los últimos siglos nos enseña que cuantas veces se ha encontrado un ejército europeo enfrente de otro asiático, siempre aquél ha quedado victorioso, cualquiera que haya sido la desproporción de fuerzas en favor del último; este testimonio histórico tendería á rebajar la gloria de las armas del gran conquistador, pero no se le puede negar profunda sagacidad y habilidad política, no superadas por ningún otro conquistador. Mientras no se dejó embriagar por el humo de la gloria, y también desgraciadamente por el vino, su carácter fué noble y elevado. Había seguido durante varios años las lecciones de Aristóteles y cuando partió para su expedición, llevó consigo tan gran número de sabios que aquella expedición tanto era empresa científica como militar. Entre ellos se hallaba Calístenes, pariente y discípulo de Aristóteles. Háse afirmado que Alejandro había puesto á disposición de su maestro cerca de mil talentos y varios miles de hombres á fin de que pudiera proporcionarse los animales que le faltaban para acabar su obra sobre la historia natural; quizá en esto se ha exagerado algo, pero no hay duda que este hecho marcó la inauguración del sistema político que no tardó en conducir á la apertura del museo de Alejandría, otro acontecimiento que hasta ahora ha sido imperfectamente comprendido, y que es, sin embargo, de capital importancia en lo que concierne al progreso intelectual de Europa. Gracias á él tuvieron las obras de Aristóteles tan maravillosa duración; gracias también á él, después de estar difundidas en Grecia, pudieron traducirse al siriaco por los nestorianos en el siglo v, y del siriaco al árabe 400 años después. La influencia de las obras de Aristóteles se extendió desde España

á la Mesopotamia, y se hizo sentir sobre los cristianos tanto como sobre los musulmanes.

Si la carta citada por Plutarco como escrita por Alejandro á Aristóteles es auténtica, en ella vemos el éxito con que el discípulo había aprovechado las lecciones del maestro, preservándonos del escollo en que íbamos á tropezar al exponer la filosofía aristotélica. Entonces, en efecto—cosa que después desgraciadamente se ha reproducido con harta frecuencia—existían dos doctrinas distintas: una privada y otra pública. En esta carta reconviene Alejandro al filósofo por la indiscreción que ha cometido, revelando cosas que convenía tener ocultas; Aristóteles se defiende afirmando que no ha violado el secreto. Gran número de otros hechos de poca importancia atestiguan igualmente la importancia que daba Alejandro á la filosofía; así es como Harpalo y Nearco fueron encargados por él de grandes empresas científicas; Nearco recibió la misión de explorar los mares, misión que sin duda tenía un fin político, y si Alejandro hubiera vivido más tiempo, habría intentado por segunda vez la circunnavegación del continente africano. Harpalo, mientras era gobernador de Babilonia, se ocupó en trasplantar y cambiar los vegetales de Grecia por los de Persia; consiguió—dicen—aclimatar en Mesopotamia todas las plantas europeas, excepto la yedra. Las expediciones del mar Caspio y de los desiertos de Africa demuestran el gusto personal de Alejandro por las ciencias naturales, lo mismo que el hecho de que, durante la enfermedad y en su lecho de muerte, se consolaba oyendo á Nearco contarle sus viajes. Nada revela de modo más sorprendente la elevación de sus miras políticas que el proyecto que había concebido de armar 1.000 buques para hacer la conquista de Cartago y asegurar así su supremacía en el Mediterráneo. Su carácter, preciso es decirlo, no fué siempre irreprochable, y algunos de sus actos han merecido el oprobio que á ellos ha quedado unido: el incendio de Persépolis á consecuencia de una orgía, el degüello de prisioneros en honor de Hefestión y la muerte de Calístenes. Su espíritu, otras veces tan firme, no supo tampoco resistir á la fascinación de los inmensos tesoros

de que se apoderó en Susa, y que parece ascendían á 400.000 talentos, ni á las seducciones de los licenciosos asiáticos, ni á los derrumbaderos del poder sin límites que tan rápidamente había adquirido. Ciertamente es, sin embargo, que era sobrado inteligente para creerse descendiente de Júpiter Ammon; eso no fué sin duda más que una impostura que autorizó para ganar más fácilmente la veneración de los que le rodeaban. No olvidemos que vivía en un tiempo en que florecía la creencia en las concepciones sin mancha y en los orígenes celestes, creencia que de Asia había pasado á Europa. Los atenienses mismos no debían tardar en tributar honores divinos á Antígono y á Demetrio, adorándoles como dioses salvadores y consagrándoles particular culto.

Por grandes que hayan sido los resultados políticos de la expedición macedónica, sus resultados intelectuales no les cedieron en importancia. Nueva filosofía nació en esta época. Grecia había pasado por su edad de credulidad, su edad de examen, su edad de fe; acababa de entrar en su edad de razón, y si no hubiera sido privada bruscamente de su libertad de acción, hubiera marcado con indelebles rasgos el desarrollo ulterior de la civilización europea. Como veremos más adelante, no la estaba reservado tan alto destino. La filosofía griega tenía su asiento en Alejandría, es decir, fuera de Europa, y no podía por consiguiente, ejercer decisiva influencia en la civilización del continente europeo. Llegada á su vejez, Grecia desapareció aplastada por el poder de Europa, concentrado en manos de Roma. Hay en el pasado pocas épocas que ofrezcan tan profundo interés y que hayan sido desgraciadamente tan mal comprendidas como la edad de razón de Grecia tal cual se manifestó en Alejandría. Proclama del modo más brillante que las cosas gobiernan al hombre más que el hombre á las cosas. El nacimiento de las asociaciones científicas creadas por el conquistador macedónico, era consecuencia directa del estado actual de la filosofía griega en vísperas de terminar su edad de fe; los frutos que dieron llegaron á completa madurez bajo el reinado del capitán de Alejandro que llegó á ser rey de Egipto. La escuela alejandrina,

aunque en virtud de la presión ejercida sobre ella por el sistema bizantino se desviase de la dirección que tan de desear era siguiese, no dejó de ejercer considerable influjo en el modo de pensar de Europa. Aun ahora mismo, no ha podido Europa todavía resolverse á confesar cuán profunda ha sido esta influencia.

La edad de razón en que Aristóteles va á introducirnos forma sorprendente contraste con las edades precedentes. El lector no puede menos de reconocer que lo que hacían los sabios de Alejandría se parece enteramente á lo que hoy pasa á nuestro alrededor, aunque largo y sombrío período de cerca de veinte siglos nos separe de ellos. Políticamente hablando, Aristóteles por sus relaciones de amistad con Alejandro y la continuación de la influencia macedónica bajo los Ptolomeos, fué el lazo que unió la edad de fe con la de razón de Grecia, como lo era bajo el punto de vista filosófico, por la naturaleza de sus doctrinas. Nos ofrece natural transición entre los métodos especulativos de Platón y los científicos de Arquímedes y Euclides. La enorme extensión de sus doctrinas y la oscuridad que presentan la mayor parte son propias para desalentar al que acometa su estudio sin acordarse de la autoridad soberana que durante siglos poseyeron, y los magníficos resultados que tan rápidamente dieron en la esfera de las ciencias exactas. La historia de Aristóteles y de su filosofía, debe pues necesariamente preceder á la exposición de los grandes é inmortales trabajos de la escuela de Alejandría.

Aristóteles nació en Stagira, en Tracia, el año 384 antes de Jesucristo. Su padre, que ejercía la profesión de médico, ocupaba eminente puesto entre los autores del tiempo que trataban de puntos de historia natural. Aristóteles le perdió de temprana edad; heredó inmensas riquezas de su padre, y también su amor á la ciencia. Aristóteles no tardó en ir á Atenas, donde entró en la escuela de Platón; pasó en ella — dicen — cerca de veinte años. Durante estos veinte años disipó la mayor parte de su patrimonio, y hallóse reducido al fin á hacerse droguero para ganar de comer. Como veremos, jamás figuró entre los discípulos ciegos de su maestro; no tardaron en pro-

ducirse entre ellos disentimientos. La fortuna quiso que Filipo, rey de Macedonia, le confiase la educación de su hijo Alejandro, uno de los hechos más salientes de la historia intelectual de Europa. A las amistosas relaciones que entre él y su alumno se establecieron debió Aristóteles el auxilio positivo que de Alejandro recibió para la composición de su historia natural; les debió también el prestigio que durante más de quince siglos aseguró á su nombre indisputable autoridad. Abrió una escuela en el Liceo de Atenas, y como tenía costumbre de dar sus lecciones paseándose, sus discípulos recibieron el nombre de peripatéticos, filósofos paseantes. Su enseñanza comprendía doctrinas de dos diferentes naturalezas: doctrinas exotéricas y esotéricas. Reservaba las segundas á sus más aventajados discípulos. Escribió gran número de obras, de las que han llegado hasta nosotros la cuarta parte próximamente.

El método de Platón y de Aristóteles son enteramente inversos. Platón partía de los universales, en cuya existencia era preciso creer como artículo de fe, y de allí descendía á las ideas particulares. Aristóteles, por el contrario, se eleva de lo particular á lo general por una serie de inducciones; su sistema, que no es más que una filosofía inductiva, marca el verdadero principio de la ciencia.

Platón se apoya en la imaginación, Aristóteles en la razón. El contraste que entre sus doctrinas existe se revela claramente en la diferencia de sus opiniones respecto á la teoría de las ideas. Platón considera los universales, tipos ó ejemplares como dotados de existencia real. Aristóteles los considera como simples abstracciones. En cuanto á las reminiscencias imaginarias que, según Platón, conservamos de la anterior existencia, Aristóteles las sustituye con las reminiscencias que debemos á la experiencia de nuestra vida actual. Estas reminiscencias nos las facilita la memoria, que nos permite, no sólo recordar hechos y acontecimientos de que hemos sido testigos, sino compararlos entre sí descubriendo sus semejanzas y diferencias. Cuanto más numerosos sean estos hechos más completa será nuestra experiencia y más cierta nuestra inducción. «El arte empieza — dice — cuando de un gran

número de experimentos formamos una concepción general que comprenda todos los casos particulares». «Si observásemos convenientemente los fenómenos celestes — dice también — podríamos demostrar las leyes por que se rigen». Con Platón la filosofía nace de la fe en el pasado; con Aristóteles sólo la razón puede formarla con los hechos existentes. Platón, en una palabra, es analítico; Aristóteles es sintético. El método de Platón consiste en la descomposición de una idea primitiva en sus ideas particulares; el de Aristóteles coordina las ideas particulares y hace de ellas una idea general. El primero es esencialmente idealista; el segundo esencialmente materialista.

Basta con esto para comprender que el método platónico debía producir resultados más brillantes, pero menos sólidos. Aristóteles estaba obligado á recoger laboriosamente los hechos, á experimentar, á observar y á demostrar; así su método no le permitió llegar á la perfección científica, y le vemos, en el momento mismo en que quiere aplicar sus principios, apartarse de ellos por falta de suficiente precisión en los hechos y en los medios de experimentación de que dispone. La filosofía de Platón es un espléndido palacio construído en el aire; la de Aristóteles es inquebrantable edificio asentado en sólida roca.

La lógica de Aristóteles comprende el conjunto de los métodos que enseñan á razonar y á elevarse á proposiciones generales. Es á la vez el arte de pensar y el instrumento del pensamiento. La perfección de nuestro conocimiento depende de la extensión y de la superficie de nuestra experiencia. Su modo de razonar es el silogismo, argumento que consiste en tres proposiciones tales que la conclusión arranque necesariamente de las dos premisas. Considerando la lógica como instrumento del pensamiento, introduce en la suya diez categorías ó predicamentos, que forman su rasgo esencial. Estos predicamentos designan los géneros á que pueden reducirse todas las cosas y representan los atributos más generales que toda cosa pueda recibir.

La metafísica de Aristóteles abarca todas las ramas de las ciencias físicas. Comprende el examen de los postula-

dos en que cada una de estas ramas estriba, determinando su verdad ó su falsedad. Persuadido de que toda ciencia debe tener por base fundamental un sistema de inducciones apoyadas en hechos, toma por punto de partida esencial el estudio del individuo; en cuanto al mundo de los fenómenos sensibles admite cuatro causas necesarias para la producción del fenómeno: la causa material, la sustancial, la eficiente y la final.

Llegamos á la física de Aristóteles, pero en ella, desde el principio, notamos la debilidad de sus doctrinas. Los conocimientos de su tiempo no pueden proporcionarle suficiente número de hechos en que apoyar sus inducciones, y se ve obligado á recurrir á la especulación. Bastarán citar algunos pasajes de sus doctrinas físicas ó metafísicas para mostrar cuán inciertas y confusas son. Según Aristóteles, la materia está formada de tres elementos: la sustancia simple, la sustancia superior, que es eterna, y la sustancia absoluta, que es Dios mismo. El universo es inmutable, eterno, y las vicisitudes que perturban nuestro mundo no le afectan. La fuerza primera que origina todos los movimientos y cambios que en torno nuestro se producen es la naturaleza; ella también es la que origina el reposo. El mundo es un sér vivo dotado de alma; puesto que á cada cosa está asignado un fin particular, el alma del hombre es el fin de su cuerpo. El mundo tiene límites definidos y magnitud limitada. El espacio es el buque inquebrantable en que puede moverse todo lo que existe; el espacio, tomado en su conjunto, no tiene movimiento, aunque cada una de sus partes sea movable; no puede concebirse el espacio sin algo que en él esté contenido. Es imposible que el vacío exista, y, por lo tanto, ni alrededor ni más allá del mundo existe ningún vacío que le contenga. Es imposible que exista una cosa como el tiempo, á menos que anteriormente haya existido un alma, pues siendo el tiempo el número que mide el movimiento, es imposible que el número exista sin alguien que cuente. Siendo imposible el movimiento perpetuo en una línea recta finita, pero posible en una línea curva, el mundo, que es finito y está siempre en movimiento, debe necesariamente tener forma esférica. La

tierra está en el centro del mundo, los cielos en su circunferencia, y, por consiguiente, más próximos á la causa primera del movimiento. El movimiento regular, continuo é incesante de los cuerpos celestes implica un motor sin movimiento, porque sólo lo inmutable puede engendrar el movimiento uniforme; este sér inmutable es Dios. Las estrellas son seres insensibles que han llegado al término de la existencia, y que más que otra cosa son dignas de la adoración de la humanidad. Las estrellas fijas ocupan la parte superior del cielo; el sol, la luna y los planetas están debajo; el sol y la luna reciben el movimiento de la causa primera, pero el movimiento de los planetas es turbado y perturbado por la acción de las estrellas. Hay cinco elementos: la tierra, el aire, el fuego, el agua y el éter; la tierra está en el centro del universo, el fuego ocupa las regiones de la circunferencia, y entre estos dos elementos se encuentran el agua que flota sobre la tierra y el aire que flota sobre el agua. Los elementos pueden sustituirse y mezclarse unos con otros, engendrando así infinidad de sustancias diferentes. Hay conexión entre todas las esferas: la tierra es agitada y turbada por el mar, el mar lo es por los vientos, que son los movimientos del aire, y el aire por el sol, la luna y los planetas. Cada una de las esferas inferiores está sometida á la influencia de las esferas superiores, de donde se sigue que la tierra, que está sometida á las acciones perturbadoras de todas las esferas que están por encima de ella, es la que debe presentar más irregularidades. Puesto que los animales son alimentados por la tierra, preciso es que la tierra entre en su composición; pero el agua es igualmente indispensable para enlazar las diversas partes de su cuerpo. Cada elemento debe considerarse como vivo, puesto que está impregnado del alma del mundo. El simple elemento, la planta, el animal y el hombre forman no interrumpida cadena, cada una de cuyas partes se pierde imperceptiblemente en la que sigue; así participan á la vez los zoófitos de la naturaleza del vegetal y de la del animal, sirviendo de intermediarios entre ambos grupos. La planta es inferior al animal en que no posee un solo principio de vida ó alma, sino

varios de estos principios subordinados uno á otro, como lo prueba el hecho de que, dividiéndose la planta, cada uno de sus fragmentos puede vivir y crecer aisladamente. La inferioridad de las plantas se revela también en el doble hecho de que están inseparablemente unidas á la tierra por sus raíces, y cada una de estas raíces tiene una boca particular. La posición de la boca indica siempre, en efecto, el rango que el sér ocupa en la creación; en el hombre, por ejemplo, que ocupa el primer rango, la boca está en la parte superior del cuerpo. El grado de calor de un animal indica también el rango que ocupa en la escala de los seres: los animales acuáticos son fríos, no teniendo por lo tanto sino poquísima inteligencia; lo mismo sucede con las plantas; los hombres, que tienen considerable calor, tienen también almas superiores. Un organismo cualquiera no puede moverse sin poseer la facultad de percibir sensaciones; los sentidos del gusto y del tacto indican al animal las cualidades de las cosas que están en contacto con sus órganos, mientras los sentidos del olfato, del oído y de la vista extienden la esfera de actividad de sus facultades revelándole las cualidades de los objetos lejanos. Todas las sensaciones son recibidas por el alma, de la que proceden todos los movimientos. La sangre, que es el elemento general de la nutrición, es esencial para el sostenimiento del cuerpo, alimentando también la actividad del alma. El corazón es el asiento común de todas las actividades animales; como es el principio del movimiento, es también principio de vida; de todas las partes del cuerpo es la primera que nace y la última que muere. El cerebro es un simple apéndice del corazón, puesto que se forma después que éste; es el más frío de los órganos, y no tiene sangre. El alma es la reunión de todas las funciones del cuerpo, es una fuerza ó esencia activa; como no es ni un cuerpo ni una magnitud, no puede tener extensión, pues el pensamiento no es divisible, y tampoco puede decirse que se mueva en el espacio; está en situación análoga á la del marinero, inmóvil en un buque en movimiento. El organismo que empieza á formarse recibe del macho el alma y de la hembra el cuerpo. Como el cuerpo es precedero y de naturaleza

transitoria, es preciso que los efectos de la nutrición contrapesen exactamente los de la disgregación que continuamente se opera. La sensación puede compararse á la impresión del sello en la cera, no recibiendo la cera más que la forma, pero no sustancia ni materia. De estas impresiones nace la imaginación; subsisten durante cierto tiempo, y ese es el origen de la memoria. La *recolección* es privilegio exclusivo del hombre, pero los animales comparten con él la memoria, que no depende de la voluntad y es enteramente espontánea; la recolección, por el contrario, supone un esfuerzo de la voluntad, y es necesaria para obrar con intención. En cuanto á lo que pensaba Aristóteles sobre la inmortalidad del alma, la cuestión es dudosa, y ningún pasaje de sus obras, tales al menos como á nosotros han llegado, puede ilustrarnos en este respecto.

Aristóteles, con método exacto y verdaderamente científico, procuró erigir su vasto sistema antes de poseer datos que le eran indispensables. Aunque sapientísimo, no sabía todavía bastante, ó más bien, no había en su tiempo bastantes conocimientos difundidos por el mundo. La mayor parte de los asertos que he citado en el párrafo precedente no estaban apoyados por ninguna prueba, y revelan pobrísimas ideas cósmicas. Cuando trata de asuntos de anatomía comparada é historia natural, dos ramas de la ciencia que había estudiado por sí mismo, y prácticamente, es cuando únicamente empieza á acercarse á la verdad. Entre sus conclusiones fisiológicas, algunas son extraordinariamente afortunadas, y es verdaderamente una magnífica concepción la de esa cadena formada por la serie de los organismos, desde el más inferior hasta los más elevados. En cuanto á sus doctrinas metafísicas y físicas, que no son en realidad más que simples especulaciones, no tienen ninguna especie de valor. La grandeza de los resultados que ha obtenido y la magnitud de los errores que ha cometido prueban la excelencia de su sistema. Conoció los verdaderos principios de la ciencia, pero por falta de materiales no supo explicarlos. No supo resistir á su ambición, y prefirió tratar de construir el universo sin tener los recursos necesarios, á no construirlo de ningún modo.

Aristóteles fracasó cuando abandonó sus propios principios, y la grandeza misma de sus fracasos prueba cuán justos eran aquellos principios; triunfó cuantas veces les fué fiel. Si algún otro testimonio necesitáramos á este respecto, lo hallaríamos en los gloriosos trabajos de la escuela de Alejandría, que, haciendo en física lo que Aristóteles había hecho en historia natural, tomó por punto de partida la observación y la experiencia, y llegó á resultados no menos sólidos y brillantes.

De Aristóteles tenemos que pasar á Zenón, porque peripatéticos y estoicos siguen dos vías paralelas. Las condiciones sociales de Grecia en tiempo de Epicuro justifican hasta cierto punto su modo de pensar; pero la voz de la virtud y del honor triunfó por último. El estoicismo apareció en seguida como antagonista del epicureismo, y Epicuro halló en Zenón de Citium su rival.

La biografía de Zenón puede hacerse en pocas palabras. Nacido por el año 300 antes de J. C., prosiguió al principio los negocios comerciales de su padre hasta que, habiendo sido arruinado por un naufragio que le asaltó en un viaje á Atenas, tomó el partido de consolar-se con el estudio de la filosofía. Aunque al principio le hubieran llamado la atención las doctrinas socráticas, hizo-se más tarde discípulo de los cínicos, y más tarde aún discípulo de la escuela de Megara. Instruyóse él mismo en el platonismo, y después de veinte años de preparación abrió una escuela en la Stoa ó Pórtico de Atenas, por lo cual recibieron sus doctrinas y sus sectarios los nombres de estoicismo y estoicos. Dirigió su escuela durante cincuenta años y contó entre sus discípulos gran número de hombres eminentes. A la edad de cerca de cien años se dió una caída y se rompió un dedo; reconoció en aquel accidente el aviso que le daba el destino de que su tiempo había concluído, y se estranguló en seguida. Los atenienses le elevaron una estatua de bronce. Sus doctrinas le han sobrevivido mucho tiempo, y cuando no existían más fuentes de consuelo para el hombre, ellas le asistieron en los días de prueba, siendo para él seguro guía en medio de las vicisitudes de la existencia. A ellas se han dirigido los hombres más ilustres

de Grecia, y también algunos filósofos, hombres de Estado, generales y emperadores de Roma.

La intención de Zenón era sustituir á las especulaciones quiméricas del platonismo un sistema que tuviera aplicación en la vida ordinaria, y que presentara por consiguiente doctrinas morales sobre todo. Su objeto era hacer dichosos á los hombres. Estos debían, pues, ante todo adquirir conocimientos, puesto que, como Zenón sostenía, nosotros haríamos seguramente el bien si supiéramos lo que es el bien. Rechazaba las ideas y las reminiscencias imaginarias de Platón, y se acercaba mucho á Aristóteles, que otorga al sentido común más amplia parte. Según él, los sentidos son los que nos proporcionan los datos de la inteligencia, y la razón la que los combina. El alma es modificada por los objetos exteriores que modifica á su vez, lo cual expresaba diciendo que el alma es una tablilla, al principio intacta, sobre la que dejan en seguida las sensaciones su huella; el grado de claridad de estas impresiones constituye el criterio con que debemos medir la verdad. Los cambios así producidos en el alma son las ideas; pero Zenón declaraba, como en un arranque de inspiración, que el hombre nunca conocerá la esencia de las cosas.

En su física, Zenón adoptaba la doctrina de Straton, que hace del mundo un sér animado. Pensaba que ningún efecto puede proceder de una causa incorpórea, y que por lo tanto el alma es corporal. Consideraba la materia y sus propiedades como absoluta é inseparablemente unidas, siendo una propiedad un cuerpo realmente existente. En el mundo hay dos cosas: la materia y Dios, que es la razón del mundo. Sin embargo, Dios y la materia no son más que una sola y misma cosa, que nos parece Dios cuando obra y materia cuando es pasiva. Dios es también la fuerza motora primera, el Destino, la Necesidad, el Alma que da la vida y hace nacer todas las cosas, del mismo modo que la fuerza vital hace salir á la planta de la grana. El mundo, en una palabra, no es más que la manifestación material de Dios. La multitud de objetos transitorios que por todas partes presentan serán de nuevo absorbidos y reunidos en Dios después de determinado período

de tiempo. Hasta pretendían los estoicos, y de modo más preciso aun, explicar cómo había nacido el mundo y cuál era su destino futuro. Consideraban al Sér Supremo como un calor vital, parte del cual, perdida su energía, se había transformado en materia; de ahí el origen del mundo; este calor ó este fuego, recobrando en seguida la energía perdida, producirá un incendio universal y ocasionará así el fin del mundo. Toda cosa se halla en incesante estado de inestabilidad, destruyéndose para reproducirse y reproduciéndose para ser de nuevo destruída; así como una cascada tiene siempre para nosotros el mismo aspecto, aunque el agua que la forma se renueva sin cesar, así las cosas que nos rodean no son más que un flujo de materia que siempre nos ofrece las mismas formas. El mundo visible no es de este modo más que un momento de la vida de Dios; cuando haya desaparecido comenzará nueva fase, en la que renacerán nueva tierra y nuevo cielo exactamente semejantes á los precedentes. Puesto que nada puede existir sin su contrario, que no hay injusticia sin justicia, cobardía sin valor, mentira sin verdad, sombra sin luz, la existencia del bien implica necesariamente el mal. Los estoicos creían que el desarrollo del mundo se rige por soberana ley, la ley suprema, el destino, al que está sometido el mismo Dios; debe, pues, hacer marchar al mundo hacia un fin preconcebido, como el calor vital hace brotar una planta de predeterminada forma.

Los estoicos pensaban que no convenía ofender sin necesidad las ideas religiosas de la época; hasta admitían que existían dioses creados, como los de Platón, pero desaprobaban la adoración de las imágenes y el uso de los templos. Había en esto una infidelidad á las creencias corrientes, que pensaban justificar ofreciendo semi-filosófica interpretación de las leyendas consagradas, y demostrando que la existencia de los dioses, y aun la de los prodigios con que se manifiestan al hombre, podían conciliarse con sus principios.

Quizá con esta filosofía exotérica debamos relacionar su doctrina de las causas finales; el pavo real — decían — ha sido creado por su cola, y se ha dado al cerdo un alma en

lugar de sal, á fin de impedir que su cuerpo se corrompa; la causa final de las plantas es servir de alimento á los animales, y la de los animales alimentar al hombre; supieron, sin embargo, no abusar de la ironía, y no llegaron á pretender que el hombre es el alimento de los dioses y los dioses el de todo.

Los estóicos sostenían que el alma es un soplo caliente, y que el cuerpo y el alma se compenetran mutuamente. Pensaban que después de la muerte puede subsistir hasta la conflagración general, sobre todo si está dotada de bastante grande energía, como sucede con los hombres sabios y virtuosos. La unidad de acción del alma implica la existencia en ella de un principio de identidad, el Yo, cuyo asiento fisiológico es el corazón. Todo apetito, todo deseo proviene de un conocimiento imperfecto. Nuestra naturaleza, nuestras inclinaciones y nuestras pasiones nos han sido impuestas por el destino, pero nuestro deber es despreciarlas y vivir de modo que seamos libres, inteligentes y virtuosos.

De ahí la gran máxima de la ética estóica: «Vive conforme á la razón», ó puesto que el mundo se compone de la materia y de Dios, que es la razón del mundo, «Vive conforme á la naturaleza». La razón, que es soberana en la naturaleza, debe serlo igualmente en el hombre. Nuestra existencia debe ser puramente intelectual, y debemos despreciar todos los dolores y todos los placeres del cuerpo. La armonía entre la voluntad humana y la razón universal constituye la virtud. El libre arbitrio del sabio debe ser para él guía tan seguro como lo es para la naturaleza la razón universal; de aquí la necesidad de cultivar la física, sin la que no podemos discernir el bien del mal. El sabio no debe olvidar que la naturaleza, en todo lo que hace, tiende á lo universal y jamás economiza los individuos, de quienes se sirve como medios para llegar á sus fines. Debe, pues, someterse á su destino, consagrar todos sus esfuerzos á establecer la supremacía de la razón, y, si quiere hacerse virtuoso, instruirse, moderarse, ser valeroso y justo. En cuanto al patriotismo, lo estimará en su justo valor si nunca olvida que es ciudadano del mundo; debe prepararse á recibir con firme-

za los golpes del destino y elevarse por encima de toda pasión y de todo dolor. Nunca debe dejarse conmover y jamás debe perdonar. Es preciso, en fin, que se acuerde de que no hay en el mundo más que dos clases de hombres: los sabios y los locos. «Un palo—decían—no puede ser más que recto ó curvo, y en el mundo hay poquísimos palos perfectamente derechos».

Por la exposición hecha de la filosofía de Aristóteles se puede ver que ocupaba el término medio entre las especulaciones de la antigua filosofía y la ciencia exacta de la escuela de Alejandría. Forma el verdadero lazo que, en la historia del progreso intelectual de Europa, une la filosofía á la ciencia. Bajo la influencia de su enseñanza y de los resultados materiales de las guerras macedónicas, nació en Egipto nueva clase de hombres que dieron á los conocimientos exactos un desarrollo hasta entonces desconocido. Egipto, cuando la desmembración del imperio de Alejandro, 327 años antes de Jesucristo, correspondió á Ptolomeo, uno de sus generales, que resultó depositario á la vez del poder espiritual y del temporal. El primero, preciso es recordarlo, no sólo había sobrevivido al golpe que la conquista de Cambises le había dado, sino que daba señales todavía de considerable fuerza. Hasta es evidente que la sumisión de Egipto á Alejandro fué grandemente facilitada por el odio de los egipcios á los persas, y que los macedonios fueron acogidos como libertadores.

Estos hechos nos revelan bien el poder de la vieja casta sacerdotal. Era difícilísimo extirpar una religión de tres mil años, y que, por sus raíces, se había implantado sólidamente en las últimas capas de la sociedad. Así, la cuestión que había que resolver por los soberanos griegos recién venidos era fundir el antiguo sistema egipcio con el misticismo en que había venido á parar la filosofía griega. Juzgaron con sorprendente perspicacia que podía hacerse la fusión mediante las ideas del Oriente, que formaban el punto de contacto común á los dos sistemas. Ptolomeo era un rey filósofo que miraba los dioses paganos como otras tantas ficciones, pero que no desconocía el ventajoso partido que de ellos podía sacar;

comprendió inmediatamente que al introducir y desarrollar formalmente el sistema oriental, le sería posible probar su respeto á las prácticas ultra-paganas del populacho egipcio, y, lo que era mucho más importante, establecer aparente armonía entre sus griegos librepensadores y ligeros, y el antiguo partido sacerdotal egipcio, fortificado en su antigüedad sin igual, en sus tradiciones y en las persecuciones que acababa de sufrir, lo mismo que con las espléndidas reliquias que le habían legado los Faraones y que eran para todos objeto de supersticiosa veneración. La historia, hasta la de nuestros días, ha registrado más de una vez el hecho de un puñado de invasores reteniendo bajo su yugo á todo un antiqüísimo y pobladísimo imperio.

Para realizar este proyecto fundóse en Alejandría una gran institución de Estado, que se hizo célebre con el nombre de Museo de Alejandría. De todos los puntos del mundo acudieron á ella los filósofos. Se ha afirmado que llegaron á reunirse allí hasta 14.000 estudiantes. Alejandría, como su fundador el gran conquistador lo había predicho, convirtiéndose pronto en inmensa metrópoli y en centro de la actividad comercial y manufacturera. Como en todas las grandes ciudades de este género, las clases superiores eran allí pródigas y disipadas, y las clases inferiores no podían ser contenidas por la fuerza armada. El teatro, la música y las carreras de caballos formaban las diversiones públicas. Todos los desterrados hallaban refugio en Alejandría, y venían á perderse, en la agitación y el tumulto de su inmensa población, los ateos de Atenas, los devotos de las regiones del Ganges, los monoteístas judíos y los blasfemos del Asia Menor. Es verdad que la blasfemia apenas pasaba allí por crimen; casi no se miraba más que como un error, lamentable, pero acaso inocente. Sin embargo, no pudiendo prescindir de una base sólida en que apoyar sus pensamientos los ignorantes, y no pudiendo responder á tal necesidad doctrinas abstractas, hacía indispensable hallar algún medio de representación sensible para el panteísmo ecléctico. Por eso se inclinaron los Ptolomeos á restaurar el culto del dios Serapis, ó como se ha dicho también, á

introducirle en Alejandría. Los críticos que afirman que fué importado en Egipto, pretenden que vino de Sinope; los orientalistas modernos le atribuyen otro origen. Siendo el dios Serapis el emblema de la doctrina panteísta, piedras y metales de todas las especies conocidas entraron en la composición de su estatua: «Todo es Dios.» El pueblo sin embargo, con ese instinto que han mostrado otras naciones y otras edades, reclamaba con insistencia una divinidad femenina, de donde salió la restauración parcial del culto de Isis. Es interesante observar este afecto de los hombres de clase inferior á los recuerdos de su infancia, y la preferencia que casi siempre conceden al cariño maternal. Quizá por esta razón esperan más de las oraciones que dirigen á divinidades femeninas. Pronto los fieles del culto de Isis excedieron con mucho en número á los del culto de Serapis, por más que se hubiera elevado á este dios un magnífico templo en el barrio Rhacotis, contiguo al Museo. Más tarde el culto de Serapis se difundió por todo el imperio romano á pesar de los esfuerzos de los cónsules, del Senado y de los emperadores que habían adivinado los peligros de las ideas y doctrinas que representaba.

El Museo de Alejandría no tardó en tomar el carácter de una verdadera Universidad. En el Museo se reunieron aquellas inmensas bibliotecas que constituían la gloria y el orgullo de la antigüedad. Demetrio Falerio se encargó de recoger todos los manuscritos que hubiese en el mundo. Gracias á sus esfuerzos, á los de sus sucesores, y al poderoso auxilio que el gobierno egipcio les prestó, creáronse dos inmensas bibliotecas que encerraban 700.000 volúmenes. El Museo sostenía infinidad de literatos y de sabios; ellos encontraban en él comodidades y hasta lujo, si hemos de creer las narraciones que de sus suntuosas comidas han llegado hasta nosotros; pasaban allí el tiempo en cultivar su espíritu con el estudio ó por medio de discusiones filosóficas. El rey mismo nombraba para aquellos cargos; más tarde recayó el patronato en los emperadores romanos que juzgaron conveniente atraerse con cadenas de oro á espíritus que de otra manera hubieran podido llegar á ser peligrosos. Al princi-

pio y en honor de la antigua religión, era costumbre confiar la presidencia de la institución á un sacerdote egipcio; poco á poco esta costumbre desapareció. Preciso es, sin embargo, guardarse de creer que los pensionistas del Museo no tuviesen que ocuparse más que de especulaciones filosóficas y de retórica; sus trabajos tenían carácter mucho más práctico. Al Museo estaban unidos un jardín botánico y otro zoológico, destinados á facilitar el estudio de la historia natural. Estos dispendiosos establecimientos debían pagar también su tributo al lujo del tiempo; en el jardín zoológico se criaban los faisanes que adornaban la mesa real. A estos elegantes y espléndidos edificios se unía, en fin, el último, más severo y menos seductor sin duda, que para nosotros, hombres ilustrados, asegura imperecedera gloria á esos grandes reyes egipcios y es la vergüenza de la ignorancia y de la superstición de la mayor parte de las naciones modernas. Era una escuela anatómica provista de todo lo necesario para la disección del cuerpo humano; de esta escuela dependía un colegio de medicina donde se formaban los médicos.

Para los astrónomos, Ptolomeo Evergetes hizo colocar en uno de los patios esferas armilares equinoccial y solsticial, cuyos limbos graduados estaban divididos en grados y sextos de grado. El Museo encerraba además un observatorio donde se encontraban círculos en piedra análogos á nuestro círculo mural. En el suelo estaba trazado un meridiano que servía para orientar los instrumentos. Hallábanse también allí astrolabios y dilatadores. De este modo estaban reunidos, en el mismo recinto y casi en el palacio de los reyes, todos los recursos necesarios para el cultivo de las ciencias exactas y de la literatura. Bajo el mismo techo habitaban geómetras, astrónomos, químicos, mecánicos, y también los poetas que debían satisfacer las necesidades literarias de una población ociosa y disipada. Algunos de estos poetas sabían, sin infringir las exigencias del metro, dar á una pieza de verso formas fantásticas: la forma de un árbol, la de un corazón, ó la de un huevo. El rey se dignaba á veces tomar parte en las comedias del Museo, donde venía á descansar de las fatigas

de reinar. Ptolomeo Filadelfo—dicen—hizo presentar un día al estóico Sphærus un plato de frutas de cera tan maravillosamente pintadas que era imposible distinguirlas de las verdaderas; el filósofo descubrió demasiado tarde la superchería, y no supo qué contestar cuando el rey le preguntó lo que entonces pensaba de la máxima de su escuela: «El sabio no se deja nunca engañar por las apariencias.» El mismo soberano pasa por haber recibido con los mayores honores y admitido á su mesa á los autores de la versión de los Setenta. La literatura y las ciencias exactas no eran las únicas protegidas. Como si el Museo no pudiese excluir ninguna de las ramas de conocimientos que habían ocupado al espíritu humano, cultivábanse también en él la magia y la astrología. El rey Filadelfo mismo, que hacia el fin de su vida no podía soportar la idea de la muerte, se consagró con asiduidad infatigable al estudio de la alquimia y á la busca del elíxir de vida. El mundo hasta entonces no había visto nada semejante á esta vasta institución destinada á favorecer el desarrollo de los conocimientos humanos, y si se tienen en cuenta los tiempos y las circunstancias hasta se puede decir que no ha tenido nunca igual. Todos los filósofos adscritos al Museo estaban seguros de hallar solícita acogida en la corte y en la más alta sociedad de Alejandría.

No es solo al Museo de Alejandría, sino á Ptolomeo Filadelfo sobre todo, á quien el mundo cristiano es deudor de la antigua traducción de las Escrituras hebraicas conocida bajo el nombre de Versión de los Setenta. Mil historias se han contado respecto á esta traducción; háse dicho que cada uno de los setenta y dos traductores había sido encerrado en una celda aislada y que, terminada la obra, las setenta y dos pruebas resultaron idénticas, palabra por palabra; habíase deducido naturalmente de esto que la versión única era obra de la inspiración divina. Si fuese absolutamente necesaria una prueba se la hubiera hallado más sencillamente en el hecho de que el Nuevo Testamento, cuantas veces ha querido tomar algo del Antiguo, ha reproducido las propias palabras de los Setenta. La historia de las celdas continuó siendo aceptada y amplificada por los primeros padres de la Iglesia; pero es

rechazada hoy como pura ficción; parece, en efecto, muy probable que los judíos alejandrinos no emprendieron esta traducción sino para su propio uso. A medida que se acreditó entre los cristianos perdió su valor á los ojos de los judíos que más de una vez, en lo sucesivo, trataron de suplantarla con nuevas versiones, como las de Aquila, Teodotiano y Simaco. Desde el principio la habían desaprobado los judíos sirios, y el aniversario de su aparición era para ellos día de luto; en su despecho se complacían en sacarla las faltas, y decían, por ejemplo, que, según la versión de los Setenta, Matusalem había sobrevivido al diluvio. Ptolomeo honraba con las mayores consideraciones á cuantos se ocupaban en buscar libros para su biblioteca y remuneraba regiamente á los traductores y copistas.

Los reyes egipcios han merecido la gratitud del mundo moderno por otros motivos todavía. El Museo ejerció en toda la carrera intelectual de Europa influencia tan poderosa y duradera que sus efectos subsisten hasta en nuestros días. Esta influencia se dirigió en dos sentidos diferentes: en el dominio teológico y en el físico. El espíritu de dialéctica y los gustos literarios propios del pueblo de Alejandría, le preparaban mejor que á todos los demás para recibir el cristianismo. Desde hacía treinta siglos estaban familiarizados los egipcios con la concepción de una trinidad divina. Apenas si existía una ciudad de alguna importancia que no tuviese su trinidad particular. Aquí eran Ammon, Maut y Khonso; allí Osiris, Isis y Horus. Los misioneros apostólicos, cuando se presentaron en Alejandría, encontraron una población enteramente dispuesta á aceptar la profundidad de sus misteriosas doctrinas. Alejandría, sin embargo, si sirvió poderosamente al cristianismo, también le asestó terribles golpes. Las disputas de los trinitarios, que más tarde hicieron correr torrentes de sangre, tuvieron su punto de partida y su foco en Alejandría. En Alejandría vivieron Arrio y Atanasio. Allí nació esa lucha desesperada que obligó á Constantino el Grande á convocar el concilio de Nicea y á fijar en un formulario ó símbolo los artículos esenciales de nuestra fe.

No fué sólo la teología la que sintió el influjo de la es-

cuela de Alejandría; la ciencia la debe también importantísimos resultados. No en vano había fundado sus observatorios, sus bibliotecas, sus laboratorios de química y sus anfiteatros de disección. De todas estas instituciones se exhalaba poderoso aliento, que penetró á través de todas las generaciones siguientes. Ni Roma ni Grecia, aun en sus mejores días, habían fundado institución tan gigantesca como el Museo de Alejandría. Los Ptolomeos, al darle su nombre, merecieron la gratitud de todo el género humano, adquiriendo incontestable derecho á la primacía entre las dinastías más ilustres. La creación del Museo fué en verdad un ensayo de organización de los conocimientos humanos, con el fin de desarrollarlos y de asegurar su definición. El modo práctico con que se concibió y ejecutó su plan fué en todos sentidos digno del gran Alejandro. Durante el período de tinieblas que empezó en seguida para Europa, los gloriosos resultados que había producido aquella hermosa institución desaparecieron en medio de sombrías y vanas preocupaciones, y el espíritu que había inspirado su creación no fué ya estimado en su justo valor, pero se acerca el tiempo en que se apreciará mejor su acción en el curso de los acontecimientos humanos y la influencia que ejerció en la civilización europea.

De esta manera desplegó Egipto, á principios del siglo III antes de Jesucristo, prodigiosa actividad intelectual, consecuencia de la campaña macedónica que había puesto á los griegos en contacto con la vetusta civilización asiática. En el sitio ocupado por la aldea de Racotis, simple puesto anteriormente destinado á impedir la entrada de los extranjeros en el país, edificaron los macedonios la ciudad que debía convertirse en depósito comercial de Oriente y Occidente y transmitir ilustre nombre á las generaciones más remotas. La duración de su prosperidad comercial y el papel predominante que ha representado en todo lo que concierne á los intereses materiales del mundo, demuestran la elevación de miras de su fundador; la gloria intelectual que ha adquirido ha rodeado el nombre del gran hombre de un esplendor que no debilitarán los siglos.

No es dudoso que esta actividad filosófica de que aca-

bamos de hablar haya sido consecuencia directa del acontecimiento político y militar á que nos hemos referido. Podemos juzgar de los gustos y genio de Alejandro por las relaciones que sostuvo con Aristóteles; reunió una colección zoológica para ayudarle en sus trabajos de historia natural, y le hizo remitir por Calístenes la colección de las observaciones astronómicas de los babilonios, que abarcaba un período de mil novecientos tres años. Hemos visto por su biografía que tomaba parte personalmente en este linaje de estudio. Bajo este aspecto otros grandes capitanes se le han parecido, y quizá el sesgo práctico de las ideas de los hombres de guerra y el poderoso auxilio que les ofrece la teoría para el cumplimiento de sus proyectos, deben explicar su instintiva repugnancia hacia las vagas especulaciones y la preferencia que otorgan á los conocimientos reales y exactos.

Así crearon los reyes egipcios el Museo, continuando la política inspirada por Alejandro y obedeciendo á las sugerencias de algunos grandes hombres de Estado que comprendían bien el espíritu del tiempo. A la razón de Estado, que les aconsejaba fundar este establecimiento, se agregó, como hemos visto, la razón religiosa. Era imposible que los grandes movimientos militares, las grandes marchas y las grandes batallas de las guerras de Alejandro no hubiesen desarrollado en extremo la ciencia militar y las matemáticas. Así es que, pasado el período de acción y lograda la calma de la paz, los talentos que había suscitado se dirigieron naturalmente al estudio de las matemáticas y de la física. En Alejandría, cuyos espléndidos monumentos proclamaban los progresos hechos por las artes mecánicas y por la arquitectura, iban á figurar sin tardanza nombres que la posteridad había de repetir con respeto: Apolonio, Eratóstenes, Manetón. Mientras los filósofos se ocupaban en especular sobre el criterio de la verdad, y llegaban unánimes á la conclusión de que semejante criterio no existe, ó que, si acaso el hombre se hace dueño de la verdad, carece de medios para reconocerla; durante este tiempo, decimos, uno de aquellos grandes hombres, Euclides de Alejandría, escribía su inmortal obra, llamada á conquistar el asentimiento de la

raza humana entera y á prevalecer como representación de una verdad absoluta, irrecusable, aceptada por todos los pueblos y en todos los tiempos. Todavía usamos la geometría de Euclides en nuestras escuelas.

Euclides fundó una escuela en Alejandría — se dice — hacia el año 300 antes de Jesucristo. El mismo se ocupaba en investigaciones matemáticas y físicas. Además de gran número de obras matemáticas, el tratado de las secciones cónicas, el de la división de los polígonos, los *Porismos* y los *Data*, se le atribuyen también diversos escritos sobre la armonía, la óptica y la catóptrica, fundadas estas dos últimas en la hipótesis entonces admitida de que los rayos luminosos van de los ojos al objeto y no del objeto al ojo, como suponemos hoy. Si la reputación de Euclides le ha sobrevivido es principalmente debido á sus elementos de geometría. Los matemáticos modernos, dando prueba quizá en este respecto de exagerado rigorismo, pretenden que sus axiomas carecen de precisión, que admite á menudo lo que debiera probarse y que es á veces difuso, pecando por lo imperfecto del enlace de sus proposiciones. Los elementos de Euclides han quedado, sin embargo, como modelo de precisión, de claridad y de rigor en la demostración. Usados universalmente entre los griegos, fueron traducidos en seguida por los árabes.

Por grande que haya sido la reputación de Euclides, fué eclipsada, sin embargo, por la de Arquímedes, nacido en Siracusa el año 287 antes de Jesucristo. Si no supiésemos por la tradición que Arquímedes conoció la ciencia egipcia, hallaríamos la prueba de ello en el doble hecho, por todos reconocido, de ser amigo de Conón de Alejandría y de que el tornillo que inventó y que todavía lleva su nombre estaba destinado á elevar las aguas del Nilo. Entre sus obras matemáticas, la más importante á sus propios ojos era la demostración de esta proposición: el volumen de la esfera es igual á los dos tercios del volumen del cilindro circunscrito. Quiso que el diagrama fuese grabado en su tumba, y por esta señal la descubrió Cicerón durante su residencia como cuestor en Sicilia. Este problema se hallaba, con muchos otros semejantes, en los dos libros que había escrito sobre la esfera y el cilin-

dro. Un matemático moderno nos ha hecho comprender exactamente el lugar que Arquímedes ocupa entre los geómetras al decir que se acercó al descubrimiento del cálculo diferencial en cuanto podía hacerlo sin las transformaciones algebraicas. Entre los problemas especiales de que se ocupó citemos la cuadratura del círculo y la determinación de la relación de la circunferencia con el diámetro, que afirma está comprendida entre 3,1408 y 3,1428. Escribió también sobre los conóides, sobre los esferóides y sobre la espiral conocida por su nombre, y cuyo modo de generación le había sugerido Conón. En su obra titulada *Psammites* desarrolla un sistema astronómico que se parece al de Copérnico. Menciona igualmente los esfuerzos que se habían hecho para obtener la medida de las dimensiones de la tierra, pero el fin principal de la obra es probar la posibilidad de contar los granos de arena que cubren la playa y aun de determinar el número de granos necesario para llenar el espacio hasta las estrellas fijas; el resultado de su cálculo, traducido en cifras corrientes, se expresa por la unidad seguida de 63 ceros. Este libro no había sido sin duda más que un entretenimiento del gran geómetra, que jugaba así con sus propias fuerzas. Entre las investigaciones matemáticas que le ocuparon no hay que olvidar la cuadratura de la parábola. Su gloria, sin embargo, estriba menos en los brillantes resultados que obtuvo en las matemáticas que en sus magníficos descubrimientos físicos y mecánicos. Todo el mundo sabe cómo el problema de la corona de Hierón le proporcionó el descubrimiento de los principios fundamentales de la hidrostática: habiendo un obrero falsificado el oro que Hierón le había dado para hacer una corona, Arquímedes, que por casualidad había sumergido la corona en el agua, descubrió que el fraude podía conocerse, y con tal motivo inventó el procedimiento para determinar los pesos específicos. Estas investigaciones le condujeron naturalmente á estudiar en seguida el equilibrio de los cuerpos flotantes; pero el más hermoso descubrimiento que hizo en mecánica fué ciertamente el de la teoría de la palanca, descubrimiento que demuestra tal genio que la mecánica racional no adelantó un solo paso en los dieciocho siglos que separan á

Arquímedes de Leonardo de Vinci. También se le han atribuído otras cuarenta invenciones menos importantes, entre las que hay que contar el tornillo sin fin y los espejos ustorios. Una prueba más de la grandeza de su genio está en ese dicho popular que se le atribuye: « Dadme un punto de apoyo, y levantaré el mundo. » Otro tanto sucede con las anécdotas tan conocidas del sitio de Siracusa por Marcelo; con tal motivo inventó Arquímedes las catapultas y otras máquinas de guerra que lanzaban flechas y enormes bloques de piedra, las poderosas palancas armadas de ganchos que cogían los buques romanos y aquellos famosos espejos ustorios que, á enorme distancia, incendiaron la flota romana. Marcelo — se dice — lleno de admiración hacia el gran hombre, dió las más severas órdenes para que no se le hiciera ningún daño; pero fué muerto por un soldado ignorante, desgraciadamente para Europa, que durante cerca de dos mil años no ha producido un genio igual.

Eratóstenes era contemporáneo de Arquímedes. Había nacido en Cirene en 276 antes de Jesucristo. Ptolomeo Evergetes le había confiado la dirección de la biblioteca de Alejandría. Su atención se dirigió especialmente á las matemáticas, la astronomía, la geografía y la historia. Tenemos de él, ó más bien se le atribuye, con el nombre de *Catasterismos*, un catálogo de las estrellas principales. Pasa también por autor de un poema sobre las zonas terrestres. Entre los más importantes de sus trabajos geográficos se puede citar la determinación del intervalo que separa los Trópicos; es igual á once ochentaitresavos de la circunferencia. Trató también de determinar las dimensiones de la tierra por la medida de la distancia de Alejandría á Syena; sus experimentos le revelaron una diferencia de latitud de un cincuentavo á la circunferencia terrestre. Se proponía desembarazar la geografía de las leyendas con que la había adornado y recargado la superstición de muchos siglos, y ha merecido por ello los elogios que le dedica Humboldt, el que mejor podía entre los modernos apreciar sus trabajos. Estudió la articulación y la expansión de los continentes, las posiciones de las cordilleras, la acción de las nubes, las revoluciones geológicas, la

elevación del lecho de los antiguos mares y el problema de la igualdad de nivel del Océano exterior; afirmó también que á través de Asia, donde Dicearco había colocado su diafragma, debía cruzar una cordillera. ¡Henos aquí bien lejos de las vanas especulaciones de Tales! Aquí se manifiestan mucho más claramente todavía las tendencias prácticas de las guerras macedónicas. Eratóstenes tuvo la ventaja de poder emplear para sus observaciones astronómicas las esferas armilares y demás instrumentos del Observatorio de Alejandría. Él fué quien reconoció que la dirección de la gravedad no es constante y que las verticales convergen. Compuso una descripción completa de la tierra en tres libros, consagrados respectivamente á la física, á las matemáticas y á la historia; estos tres libros iban acompañados de un mapa de todas las regiones entonces conocidas. No podemos dudar de su habilidad como geómetra si recordamos que á él debemos la solución del problema de los términos medios proporcionales. En cuanto á sus crónicas de los reyes de Tebas sólo en estos últimos años han sido apreciadas como merecen. Esperaba poder desembarazar á la historia, lo mismo que á la geografía, de los mitos que la desfiguraban, misión que en todo tiempo hacen harto árdua las preocupaciones y la diversidad de los intereses humanos. Citemos una curiosa anécdota que muestra bien lo que en este respecto pensaba; como le criticasen por dudar de la verdad histórica de las leyendas homéricas, respondió: «Creeré en ellas cuando me hayan enseñado al botero que hizo los odres que recibió Ulises de Eolo al volver á su patria.» Llegado á los ochenta años, Eratóstenes, cansado — dicen — de vivir, se dejó morir de hambre.

Me detengo un instante para presentar algunas observaciones que me sugieren los trabajos cronológicos y astronómicos de este filósofo. Durante largo tiempo la cronología entre nosotros corriente no tuvo otra base que los errores históricos intencionadamente acreditados por la teología; preciso había sido que fijase en algunas palabras por lo menos, la historia de todas las naciones de la antigüedad y la historia del hombre en la tierra. Esta necesidad se revela sobre todo en los esfuerzos que

hizo la teología para engrandecer ciertos hechos de la historia judía, y dar á esta historia exagerado relieve. Lo consiguió exaltando esta historia y deprimiendo ó falseando la de las demás naciones. Entre los escritores que se distinguieron en esta empresa fuerza es citar al célebre Eusebio, obispo de Cesarea en tiempo de Constantino. En sus *Cuadros cronológicos y sincrónicos* «alteró intencionadamente la cronología—dice Bunsen—para establecer sincronismos». «Eusebio—dice también Niebuhr—es escritor muy desleal». Según sus indicaciones se refundieron en gran parte los anales egipcios. Olvidó que la cronología es, entre todas las cosas, la que menos puede hacerse por inspiración; olvidó que los hombres pueden, permaneciendo indiferentes, ver disfrazar la verdad con un fin que aprueban, pero que la verdad acaba siempre por prevalecer. Es imposible conseguir pervertir definitivamente la historia de una nación que ha dejado numerosos é imperecederos monumentos, algunos de ellos de más de 5.000 años de existencia. Como con razón observa Bunsen, nos basta conocer una parte de la curva histórica para poderla trazar por completo. Los egipcios, por antiguos que sean, pertenecen ya sin embargo á la edad media de la humanidad; en toda nación, en efecto, es preciso que el período en que la historia aparece, por medio de monumentos ó en otra forma, haya sido precedido de otro período durante el cual se ha formado la lengua y la mitología, que son necesariamente anteriores á las instituciones políticas, al arte y á la ciencia. En la época en que empezamos á saber algo de la historia de Egipto, se halla éste ya muy avanzado en su desarrollo intelectual, como lo prueba el hecho de que el sistema geroglífico había ya llegado á su perfección antes de la cuarta dinastía. Este sistema subsistió sin alteración hasta Psammético. Una lengua y una escritura, que permanecen estacionarias durante miles de años, suponen necesariamente larguísimo período anterior de desarrollo y de progreso, y una consideración sin duda de este género, más que el conocimiento positivo del hecho, fué lo que hizo decir á los griegos que la geometría era conocida en Egipto desde antes del rey Menes. El suelo

de Egipto, lo mismo que sus monumentos, atestigua su alta antigüedad: el lecho del río sólo se levanta cuatro pies cada mil años, y sin embargo toda la región aluvial de Egipto está formada de depósitos dejados por las aguas del río. Los testimonios ofrecidos por la misma naturaleza corroboran, pues, los testimonios escritos, y forman con ellos irrefutable sistema de pruebas. No se puede negar, por ejemplo, que la altura del cieno acumulado alrededor de los pedestales de las estatuas indica exactamente su edad. Gracias á la posición eminente que ocupaba, Eusebio ha podido pervertir la cronología admitida en su tiempo, pero no ha estado en su mano el hacer soplar un día más ó menos los vientos alisios del Océano Pacífico, como tampoco cambiar la cantidad de agua precipitada por las montañas de Africa, ni la cantidad de cieno que anualmente arrastra el Nilo en su carrera. Así es cómo, confrontando á la vez testimonios de diferentes órdenes, los de la naturaleza y los de los monumentos, ganando estos últimos en autoridad con los progresos de la ciencia geroglífica; así es — digo — cómo empezamos á distinguir la verdadera cronología egipcia y á aceptar con confianza los fragmentos que de ella nos han dejado Eratóstenes y Manetón.

En el tiempo de que hablamos, en tiempo de Eratóstenes, encontramos ya establecida la noción de la esfera terrestre con sus polos, su eje, el ecuador, los círculos ártico y antártico, los puntos equinocciales, los solsticios, los coluros, el horizonte, etc. Nadie que pudiera tener opinión emitía entonces la menor duda respecto á la forma globular de la tierra. Las pruebas que de este hecho se daban eran las mismas á que hoy se recurre: el cambio de posición del horizonte según los lugares, las variaciones de la altura del polo, los eclipses, y la gradual desaparición de los navíos á medida que se alejan de la playa. En cuanto á los eclipses, que eran en otro tiempo objeto de supersticioso terror, no se conocía todavía su verdadera causa, pero se había reconocido su periodicidad y podían predecirse. Los babilonios sabían mucho tiempo hacía que los eclipses de luna reaparecen después de cada ciclo de 228 lunaciones. Comprendíase también

perfectamente el mecanismo de las fases de la luna. Aristarco de Samos había tratado hasta de medir la distancia de la tierra al sol por la observación de la luna cuando se presenta en dicotomía, método impracticable, pero que muestra á qué punto había ya llegado la ciencia. Aristarco había encontrado así que la distancia del sol á la tierra es igual á dieciocho veces la de la tierra á la luna; es en realidad cuatrocientas veces esta distancia. Teníanse también en esta época nociones bastante precisas de la distribución de los climas y del calor en la superficie del globo, aunque se fuese demasiado lejos al afirmar que la zona tórrida era demasiado caliente y la glacial demasiado fría para que el hombre pudiera vivir en ellas. No solamente varias observaciones, tan exactas como tan groseros instrumentos lo permitían, habían hecho conocer los movimientos, las retrogradaciones y las estaciones de los planetas, sino que hasta habían tratado de darse cuenta ó más bien de representarlos por medio de epiciclos.

Así nació la astronomía moderna en Alejandría, bajo los Ptolomeos. Ptolomeo Soter, fundador de la dinastía, no sólo protegía la ciencia, sino que era él mismo autor. Escribió una historia de las campañas de Alejandro. Durante su reinado empezó á formarse la Biblioteca Alejandrina, probablemente después de la derrota de Antígono en Ipsos, 301 años antes de Jesucristo. Ptolomeo Filadelfo, su hijo, fundó el Museo; no se limitó á proteger la ciencia en su propio reino, pues se dedicó á difundirla por otras partes del mundo. Envió á Madagascar una expedición, mandada por Timóstenes, uno de sus almirantes. Entre los reyes siguientes, Ptolomeo Evergetes y Ptolomeo Filopator, ambos fueron reyes muy capaces, aunque el último fuese al propio tiempo un mal hombre; fué asesino de su propio padre y cometió toda clase de atrocidades en Alejandría. Ptolomeo Epifanes, que le sucedió á los cinco años de edad, fué colocado por sus tutores bajo la protección de Roma; la ambiciosa república aprovechó con empeño esta ocasión para intervenir en los asuntos de Egipto. La misma política siguió su hijo Filometor que fué, en resumen, hábil y buen

soberano. Fiscón mismo, que le sucedió 146 años antes de Jesucristo, aunque sensual y cruel hasta el punto de que envió á su mujer Cleópatra la cabeza, los pies y las manos de su hijo, no pudo sin embargo resistir á las inspiraciones de la política á que sus antepasados habían permanecido fieles durante dos siglos; dió poderoso impulso á la literatura y á las artes, y escribió él mismo una obra histórica. Ptolomeo Latyro y Auletes, sus sucesores, tenían los mismos gustos: este último, como su nombre lo indica, cultivaba la música con éxito. Los nombres que han conservado los Ptolomeos eran otros tantos apellidos ó motes que les habían dado sus frívolos y satíricos súbditos. La constitución política de Alejandría—se ha dicho muy significativamente—era una tiranía templada por el ridículo. La dinastía acabó en la persona de la célebre Cleópatra, que la leyenda hace morir de la mordedura de un áspid después de la batalla de Accio. Se envenenó á fin de no caer en manos de Octavio, que se proponía hacer de ella el ornato de su triunfo.

Si poseyésemos una historia de los reyes griegos de Egipto completa y no intencionalmente falseada, ella demostraría indisputablemente sus derechos á la primacía entre los más ilustres soberanos de la antigüedad. El poder político de los Ptolomeos pasó á los romanos, pueblo que no se preocupaba de la verdad ni del derecho, y por otra parte la filosofía había llegado á su última edad y se había extinguido eclipsada por la nueva religión, á cuyo servicio habían puesto los últimos Césares su poder tiránico; la semilla intelectual depositada por los Ptolomeos no pudo, pues, germinar durante siglos enteros, pero se desarrolló con asombroso vigor en cuanto se presentaron circunstancias favorables.

La dinastía egipcia extendía su protección sobre la literatura tanto como sobre la ciencia. Ptolomeo Filadelfo no estimó como indigno de él contar entre sus amigos personales al poeta Calímaco, que tenía una escuela en Alejandría y había escrito un libro sobre los pájaros. En su corte brillaban siete poetas, que formaban lo que los alejandrinos llaman la pléyade: Licofrón, Teócrito, Calímaco, Arato, Apolonio de Rodas, Nicandro y Homero,

hijo de Macrón. Los más célebres son Licofrón, de quien nos ha quedado *Cassandra*, y Teócrito, con cuyas encantadoras bucólicas gozamos todavía.

Volvamos ahora al movimiento científico. Bajo el reinado de Ptolomeo Evergetes la escuela de Euclides estaba dignamente representada por Apolonio de Perga, que vivía cuarenta años después de Arquímedes. Sobresalía en matemáticas y física. Su obra más importante es un tratado de las secciones cónicas. Pasa por inventor de las palabras *elipsis* é *hipérbola*. En el siglo XVI todavía existían sus obras en lenguaje árabe. Si hemos de creer á los geómetras modernos, trataba las cuestiones con mucha menos capacidad que su predecesor Arquímedes, pero sus métodos son, no obstante, bellísimos y extremadamente precisos. Su quinto libro, sobre los *Máxima* y los *Mínima*, es uno de los más sublimes esfuerzos que la geometría griega haya realizado. Se ocupó también de física y mecánica é inventó un reloj.

Cincuenta años después de Apolonio, del 160 al 125 antes de Jesucristo, encontramos al gran astrónomo Hiparco. No parece que haya hecho por sí mismo observaciones en Alejandría; únicamente se sirvió de las hechas por Arístilo y Timocares. Tan cierto es esto como que su gran descubrimiento de la precesión de los equinoccios se apoya en la discusión de las observaciones hechas por Timocares sobre la estrella *Espiga* de la Virgen. En matemáticas puras dió métodos para la resolución de todos los triángulos, planos y esféricos, y formó una tabla de sinus. En astronomía, además de su gran descubrimiento citado, determinó la primera desigualdad de la luna, la ecuación del centro, y adivinó casi la evección que estaba reservado descubrir á Ptolomeo. A él debemos también la teoría geométrica de los epiciclos y de los excéntricos, con la que contaba poder reducir á los principios del movimiento circular los movimientos aparentes de los cuerpos celestes. Consiguió aplicar su teoría á los movimientos del sol y de la luna é indicó cómo se la podía modificar para hacerla aplicable á los planetas. Esta teoría se sostuvo hasta la época en que la teoría heliocéntrica y la de los movimientos elípticos de los cuerpos planetarios se esta-

blecieron definitivamente. Newton mismo la usa en la proposición XXXV del tercer libro de sus *Principios*. Hiparco trató también de hacer un catálogo de las estrellas según el método que consiste en colocar juntas las estrellas que parecen ocupar una misma línea recta del espacio. El número de las estrellas que ha catalogado es de 1.080. Si trató de este modo de pintar el aspecto que en su tiempo ofrecía el firmamento, lo mismo quiso hacer con la superficie de la tierra, refiriendo las posiciones de las ciudades y lugares á un sistema de líneas de longitud y latitud.

Después de Hiparco encontramos los astrónomos Gemino y Cleómedes. Su reputación ha sido completamente eclipsada por la de Ptolomeo, nacido el año 138 después de Jesucristo y autor de una gran obra, la *Sintaxis ó Composición matemática*, de la que se ha dicho con razón que es «una magnífica exposición de la teoría de los epiciclos y excéntricos». Fué traducida por los árabes después de la conquista de Egipto, y con el nombre de *Almagesto* gozó entre ellos de indisputable autoridad en todo lo que concierne al mecanismo y fenómenos del universo. Durante mil quinientos años próximamente gozó en Europa de la misma autoridad, dando razón al elogio de Sinésio, que llamaba á la institución de donde salió «la divina escuela de Alejandría». El *Almagesto* empieza por sentar que la tierra tiene forma esférica y que está fija en el espacio; describe la construcción de una tabla de sinus, diversos instrumentos propios para observar los solsticios, y prueba la oblicuidad de la eclíptica. Da la medida de las latitudes terrestres por medio del gnomon, describe los climas, muestra cómo puede convertirse el tiempo solar en sideral, y por qué debe adoptarse el año tropical con preferencia al sideral. Da la teoría del movimiento solar en la hipótesis de que la órbita del sol es un círculo, trata de la ecuación del centro, acomete la discusión de los movimientos de la luna, trata de su primera desigualdad, de los eclipses y del movimiento de los nudos. Expone en seguida el gran descubrimiento que ha hecho universal el nombre de Ptolomeo, el de la evección ó segunda desigualdad de la luna. Intenta determinar tam-

bién las distancias á la tierra del sol y de la luna, pero sin conseguirlo completamente; el valor que asigna á la distancia del sol á la tierra sólo es un veintavo de la realidad. Estudia igualmente la precesión de los equinoccios, el gran descubrimiento de Hiparco, y fija en veinticinco mil años el período completo del fenómeno. El *Almagesto*, en fin, da un catálogo de 1.022 estrellas, trata la cuestión de la vía láctea, y termina con una magnífica discusión de los movimientos de los planetas. Este es el segundo título de Ptolomeo á la verdadera gloria científica. Obtuvo la determinación de las órbitas planetarias por la comparación de sus propias observaciones con las de sus predecesores, entre otros, las de Timocares sobre Venus.

Debemos además á Ptolomeo una geografía que se usó en las escuelas de Europa hasta el siglo xv. El mundo conocido de su tiempo se extendía desde las islas Canarias á la China y del Ecuador á Caledonia. Sus mapas, sin embargo, presentan numerosos errores, pues la necesidad en que se encontró de tener en cuenta la esfericidad de la tierra le obligó á admitir longitudes exageradas: hace, por ejemplo, al Mediterráneo 20 grados más de largo. Sus medidas son muy inferiores, en exactitud, á las de su ilustre predecesor Eratóstenes, que había fijado en 70.000 estadios la distancia del Monte Sacro de España á las bocas del Ganges. Ptolomeo escribió también sobre la óptica, el planisferio y la astrología. A pocos autores les toca sobrevivir tanto tiempo, y pocos sin duda lo merecen más. Se ha estado, sin embargo, en extraño error respecto al modo con que comprendía el mecanismo celeste. Ni él ni Hiparco han visto jamás en la teoría que dieron más que una ficción geométrica, en la que de ningún modo se habían propuesto representar los movimientos reales de los cuerpos siderales. Como era fácil preverlo, puesto que tal es el destino de todas las creaciones abstractas, esta teoría se complicó cada vez más á medida que los hechos se acumularon; hasta iba á hacerse de todo punto impracticable cuando fué suplantada por la teoría de la gravitación universal. Esta última ha conservado después constantemente la invariable señal en que se reconoce toda teoría verdadera: ha dado siempre explicación de cuantos

nuevos hechos aparecen sin necesidad de recargarse con nuevas hipótesis, y ha permitido predecir además multitud de fenómenos que se habían observado.

Después de los Ptolomeos, el espíritu científico de la escuela de Alejandría fué declinando sin cesar. Hubo todavía matemáticos como Teodosio, cuyo tratado de geometría esférica era altamente estimado por los árabes; como Pappo, cuyas obras matemáticas en ocho libros existen todavía; como Theon, en fin, doblemente célebre como geómetra y como padre de la infortunada Hipatia, pero todos estos sabios, que vivieron en los tres primeros siglos, estaban muy lejos de estar á la altura de sus ilustres antepasados. La fuerza intelectual que hace nacer los descubrimientos originales no existía ya; los comentadores habían reemplazado á los filósofos. Las ciencias físicas no tuvieron ningún desarrollo; durante siglos enteros debían permanecer estacionadas. La mecánica no tuvo ya que jactarse de trofeos como la proposición de Arquímedes sobre el equilibrio de la palanca, de ideas nuevas y exactas como la de la presión hidrostática, ni de amplias y claras miras como las que el gran hombre había desarrollado en su tratado de los cuerpos flotantes; nada ya de invenciones como la máquina de Hieron, que se puede realmente llamar la primera máquina de vapor. La filosofía natural se había detenido también. La astronomía, la rama de esta filosofía que con más éxito se había cultivado, no dió ningún paso. Contentábanse los sabios con lo que antes de ellos se había hecho, y perdían su tiempo y su trabajo en querer explicar todos los fenómenos celestes por una combinación de movimientos circulares uniformes. ¿A qué debemos atribuir esta detención en el desenvolvimiento intelectual? Algo había ocurrido que había enervado el espíritu científico. Las tinieblas habían bajado hasta el Museo.

No es difícil explicar tan deplorable estado de cosas. Había pasado la madurez de la existencia intelectual de Grecia y entraba en su vejez. Además, los talentos que hubieran podido consagrarse á la ciencia eran, ó atraídos en otras direcciones, ó ahogados. Como Alejandría había

suplantado á Atenas, era á su vez suplantada por Roma. De la eminente posición que en otro tiempo ocupara, había caído Alejandría en la de simple ciudad de provincia. No ya en Alejandría, sino en Roma, y después en Constantinopla, se buscaban honores y distinciones. Todas las influencias que se ejercitaban en aquellos grandes centros de la actividad humana, se extendían necesariamente hacia ella, pero sufría el fatal destino de las ciudades conquistadas, y debía esperar las decisiones de la metrópoli. En las mismas instituciones que en otro tiempo eran su gloria, no se podía ya obtener éxito, sino á condición de adoptar el modo de pensar de la metrópoli imperial. Esta presión ejercida en los espíritus no impidió, sin embargo, á Alejandría manifestar altamente su poder intelectual y marcar con indeleble señal la teología de sus vencedores. Durante tres siglos consecutivos, la atmósfera intelectual del imperio romano había cambiado y las cosas habían llegado al punto de que ciertos hombres pensaban por otros, ó si querían pensar tenían que hacerlo conforme á las fórmulas y reglas establecidas. La inteligencia griega había llegado á su edad decrepita, y el estado moral del mundo europeo estaba en oposición con el progreso científico.

CAPÍTULO VII

La edad de decrepitud intelectual de Grecia.

Triste cuadro es el que tengo que presentar en este capítulo, el de la decrepitud y muerte de la filosofía griega. El hombre vigoroso del aristotelismo y del estoicismo está ahora quebrado por los años y empieza á chochear; está como el de Shakespeare:

«... avellanado en sus calzones, en zapatillas—con sus anteojos en la nariz, su pañuelo al lado,—sus vestidos de otro tiempo, bien cuidados, infinitamente anchos ahora—para sus enflaquecidos miembros; su voz fuerte y viril—no es más que infantil falsete, y no produce ya —sino mezquino y silbante sonido. La última escena—que pone fin á esta extraña y movida historia,—es una segunda infancia, y en realidad el olvido.—Sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada» (1).

Está lleno de admiración hacia el pasado y de desprecio hacia el presente; sus pensamientos giran sin cesar sobre las cosas que ocupaban su juventud y su infancia. Como aquellos cuya última hora va á sonar, se arroja

(1) Into the lean and slipper'd pantaloon,
With spectacles on nose and pouch on side;
His youthful hose, well saved, a world too wide
For his shrunk shank; and his big manly voice,
Turning again toward childish tittle, pipes
And whistles in his sound. Last scene of all,
That end this strange, eventful history,
Is second childishness and mere oblivion—
Sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything.

(Como *V. guste*.—Acto 2.º, escena VII).

ciegamente en brazos de la religión, sin inquietarse de que las cosas con que cuenta sean verdaderas ó falsas.

En esta escena, la escena final, no encontramos ya ni la fe viva de Platón, ni la madura inteligencia de Aristóteles, ni el imperio sobre sí mismo que Zenón predicaba. La filosofía griega cae en la charlatanería y en el misticismo; no espera más auxilio que el del hechicero, el del juglar y el del gran sacerdote de la naturaleza.

He aquí además nuevos personajes que obstruyen el escenario. El soldado romano va á ocupar el sitio del senador griego y á reivindicar su parte de herencia; quería usar de sus derechos y conservar y destruir á su gusto. Los romanos van á entrar en su edad de fe y á imponer sus ideas al mundo europeo.

La filosofía griega había nacido á la sombra de las pirámides; después de haber recorrido durante mil años las costas del Mediterráneo, volvió á los lugares que la habían visto nacer, y murió igualmente á la sombra de las pirámides.

Desde la fundación de la nueva Academia, la filosofía griega declinó sin cesar. No existía ya genio creador; sólo había comentadores. En lugar de consagrar sus esfuerzos á la investigación de la verdad absoluta, los filósofos se contentaban con beber en las doctrinas antiguas, y aceptaban como criterios las opiniones de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles, ó al menos las que les atribuían. El modo de ser del espíritu humano en esta última edad de la filosofía, induciría á creer que nunca había habido para la raza humana ni investigaciones ni descubrimientos originales, y que todo lo que en el mundo había de verdad era, no producto del pensamiento, sino restos de antigua revelación divina, olvidada á consecuencia del pecado y de la caída del hombre. Hay algo de aflictivo en esa total paralización de las investigaciones filosóficas. El impulso intelectual que durante cientos de años se había hecho sentir, y que por lo mismo se debía esperar ver durar todavía, desapareció bruscamente. Tan súbita paralización es verdaderamente sorprendente é insólita; la flecha vuela todavía después de haber sido despedida por el arco, y el alfarero ve girar su rueda aun después de ter-

minar su obra. La política de los primeros Césares no contribuyó poco á este resultado. El principio de la libertad de pensar, que implicaba la existencia misma de las diversas escuelas filosóficas, estaba demasiado sujeto á manifestarse por medio de aspiraciones á la libertad política. Los emperadores se dedicaron á comprimir el vuelo de las escuelas de Grecia, de Alejandría y de Roma hacia la supremacía á que hubieran podido aspirar, engrandeciendo á expensas de éstas las escuelas de las ciudades provinciales, como Marsella y Rodas. Puestas de este modo á un lado las primeras y reducidas al silencio, comenzaron aquellas rivalidades, preludio de las grandes disputas teológicas que las agitaron más tarde cuando se disputaron el poder político. En el origen del Cristianismo, era creencia generalmente admitida que en Oriente se habían conservado más puros recuerdos de la antigua revelación, y que de este lado, por lo tanto, vendría la luz, creencia que dió considerable fuerza á las ideas de Oriente á que la filosofía griega había ido á parar espontáneamente, como anteriormente hemos visto.

El primer filósofo que inaugura esta fase final de la filosofía griega es Filon el Judío que vivía en tiempo de Calígula. Fiel al genio de su nación, hace derivar toda filosofía y todo conocimiento útil de la tradición mosaica y no vacila en falsear en provecho propio el sentido de ciertas alegorías de la Escritura. Dice, por ejemplo, que el hombre ha decaído de su sabiduría y pureza primitivas, que todas las indagaciones científicas son vanas y que una vida inocente y una ardiente fe pueden únicamente asegurar nuestra salvación. Se había persuadido á sí mismo que Dios le inspiraba cuando escribía, pero á juzgar por el carácter de sus obras y la naturaleza de sus doctrinas, permitido es decir que se engañaba. Por lo que hace á su manera de escribir, su estilo no tiene fuerza, sus ideas son poco fijas, y cada vez que trata un asunto difícil, vacila y carece de firmeza. En cuanto á sus doctrinas, abundan en extravagancias como estas: enseña que el mundo es el ángel principal ó el primer hijo de Dios; resume todo el poder de Dios en una sola fuerza, el Logos ó Verbo; de él emanan todas las demás fuerzas

del mundo, que deben ser las causas de todo el mal que en él encontramos, puesto que es imposible que el mal provenga de Dios. Es evidente, pues, que Filon, aunque rechazase el panteísmo oriental, tomaba por base de su sistema la teoría oriental de la emanación.

Entre los filósofos que contribuyeron principalmente á la introducción de las ideas de Oriente hay que mencionar á Apolonio de Tyana. Bajo los auspicios de la emperatriz Julia Domna, Filóstrato en una obra biográfica cometió la imprudencia de comparar á Apolonio con nuestro Salvador. Hacía milagros, profetizaba, tenía vida ascética, viviendo de privaciones y llevando los vestidos más miserables. Quería ejecutar la reforma de las costumbres y de los ritos religiosos; negaba la eficacia de los sacrificios, que reemplazaba con simples actos de adoración y meras oraciones mudas. Condenaba á los poetas por haber propagado las ficciones inmORALES atribuídas á los Dioses alterando de este modo la pureza de la religión. Conservaba la doctrina de la transmigración.

Plutarco, que era contemporáneo del emperador Adriano, ha ejercido también por ciertas particularidades de su estilo, gran influencia que se ha extendido hasta nosotros. Como filósofo, es platónico con cierto tinte de orientalismo que predominaba en torno suyo. A juzgar por su modo de pensar, debió serle imposible aceptar la fe nacional, y sus obras se recomiendan, menos por su profunda filosofía, que por el modo agradable en que están escritas. Bajo ciertos puntos de vista se nota cierta analogía entre sus ideas y las de Filon, entre la Isis del uno y el mundo del otro. Este afecto á las ideas orientales se nota todavía más en los escritores siguientes: Lucio Apuleyo, el Númera, y Numenio. Este último aceptó la opinión, entonces casi universal, de que la filosofía griega había sido importada en su origen del Oriente. Reconoce una trinidad cuya primera persona es la razón, la segunda es el principio del ser que posee doble existencia y da origen así á la tercera persona; estas tres personas no forman por otra parte más que un solo Dios. Basta con indicar la aparición de esta idea, siendo inútiles más pormenores en este respecto. Como concepciones filosóficas

ninguna de las trinidades griegas admite comparación con las del antiguo Egipto, Ammon, Maut y Konso, Osiris, Isis y Horus, ni con las de la India, Brahma, Vichnu y Siva, el creador, el conservador y el destructor, ó el pasado, el presente y el futuro de los budhistas.

Las doctrinas de Numenio van á parar directamente á las del neo-platonismo, aunque su origen se atribuye ordinariamente á Ammonio Saccas, de Alejandría, que vivía á fines del segundo siglo después de Jesucristo. No parece que este autor haya consignado sus opiniones en ninguna obra escrita. Sólo las conocemos por las de sus discípulos, Lóngino y Plotino sobre todo. El neo-platonismo que no tardó en tomar las proporciones de una religión filosófica, es célebre por la lucha que sostuvo contra el poder naciente del cristianismo. La nueva escuela que surgió en Alejandría quedó en pie cerca de 300 años. La historia del neo-platonismo nos ofrece gran interés, no sólo por su oposición al nuevo poder que pronto iba á conquistar al mundo occidental, sino también porque fué el último esfuerzo de la filosofía griega expirante.

Plotino nació en Egipto por el año 204 después de Jesucristo. Estudió en Alejandría donde fué, dicen, durante once años discípulo de Ammonio Saccas. Acompañó al emperador Gordiano á Persia y á la India, y después de haber librado de los desastres de la expedición, abrió una escuela filosófica en Roma. El emperador Galieno le tenía en la mayor estimación, y la emperatriz Salonina se proponía fundar hasta una ciudad donde Plotino pudiera inaugurar la célebre república de Platón. El proyecto no se realizó sin embargo. Con las mejores intenciones de trabajar por la dicha de la humanidad, Plotino se muestra excesivamente oscuro y demasiado inclinado al misticismo. Eunapio dice con razón que la elevación sobrenatural de su espíritu y su dificultoso estilo le hacen fatigoso y poco atractivo; quizá conviene imputar estos defectos á su completa falta de habilidad en el arte de escribir, que sólo á la edad de cincuenta años empezó á aprender. Despreciaba todas las ventajas y deseos de este mundo no haciendo caso alguno del patriotismo. Vivía como asceta, no comiendo nunca carne, sino sólo un poco

de pan; afectaba el mayor desprecio al cuerpo, que no es —decía— más que un fantasma y una traba para el alma. Quiso olvidar hasta el día de su nacimiento. Como ha ocurrido con frecuencia á las personas sometidas al ayuno y á meditaciones harto prolongadas, creía que podía ver á Dios con los ojos del cuerpo, y que en sus diversas oraciones se había reunido á él. No es, pues, sorprendente que sus escritos sean tan misteriosos, tan llenos de inconsecuencias y tan difusos. El platonismo predomina en ellos mezclado con las ideas de Oriente y los recuerdos de Egipto.

Como la mayor parte de sus predecesores, Plotino establecía una distinción entre las necesidades intelectuales de los letrados y las del vulgo, y sostenía la mitología, que le parecía utilísima para los que todavía no se habían desprendido del influjo de la materia. Aristóteles había dicho en su metafísica respecto á la mitología y á los dioses de formas humanas: « Gran número de mitos se le han agregado para convencer á la multitud en interés de las leyes y con otros fines más.» Plotino pensaba que los dioses son insensibles á nuestras oraciones, y que pueden; como los demonios, manifestársenos bajo formas visibles, admitía también los encantamientos, y no le parecían indignos de la filosofía. El cuerpo no es para él más que un sistema de penitencia para el alma. Cree que el mundo exterior es una simple ilusión, un sueño, y que los datos de los sentidos son enteramente inexactos. En cuanto á la unión con la divinidad, de que acabamos de hablar, la considera como una embriaguez del alma que, olvidando todas las cosas exteriores, acaba por perderse en la contemplación de « el Uno ». La filosofía de Plotino presenta una trinidad conforme con la idea platónica. 1.º, el Uno ó esencia primera; 2.º, la Razón; 3.º, el Alma. Del Uno declara que es imposible saber nada, y en lo que dice en este respecto sólo se encuentran contradicciones; llega, por ejemplo, hasta negar la unidad al Uno mismo. Su concepto trinitario se apoya esencialmente en la teoría de la emanación. Explica cómo el segundo principio emana del primero y el tercero del segundo, casi como nosotros hacemos proceder la luz del sol y de la luz el fuego.

El tercer principio, que emana del segundo, es en realidad el pensamiento nacido de la razón, pero el pensamiento es el alma. Plotino, por lo demás, cuando entra en todos estos pormenores, incurre en tal misticismo, que es imposible con frecuencia seguirle y comprender claramente el sentido de sus palabras cuando dice, por ejemplo, que la razón está rodeada por la eternidad, pero que el alma está rodeada por el tiempo. Lleva el idealismo al extremo, considera el mundo visible como mera apariencia y se contenta con deducir de su doctrina moral reflexiones propias para sostenernos en las pruebas de la vida. «La vida de los sentidos—dice—es sólo una comedia: todas las desgracias son en ella imaginarias, todos los dolores son otras tantas supercherías de los actores.» «El alma no entra en escena; mira mientras que el fantasma exterior sólo llora y gime.» «Las pasiones y los males no penetran más allá de la sombra externa del hombre.» «El gran fin de la existencia es desprender el alma de las cosas exteriores y fijarla en la contemplación de Dios. Debemos, pues, despreciar la virtud lo mismo que el vicio.» «Unido una vez á Dios, el hombre deja las virtudes, como al entrar en el santuario deja tras de sí en el antetemplo las imágenes de los dioses.» «Debemos también trabajar para librarnos de todo lo que es bajo y común, cultivar la verdad, consagrar nuestra vida entera á la íntima comunión con Dios, despojarnos de toda personalidad y caer en ese estado de éxtasis en que el alma, libre de todo lazo material, no tiene ya conciencia de su existencia individual y se encuentra absorbida por la inteligencia infinita de donde ha emanado.» «En el éxtasis contempla la única existencia real y se identifica con el objeto de su contemplación.» En Plotino la intuición ocupa el puesto de la reminiscencia. En todas estas ideas de Plotino predomina el orientalismo; sus principios y sus prácticas son enteramente indios. El Sér Supremo de su sistema es el *unus qui est omnia*, y el fin de su teoría de emanación es establecer filosófico enlace entre este sér supremo y el alma del hombre. Los medios de llegar al éxtasis, tales como estar mucho tiempo sentado en la misma postura, mirar constantemente la punta de la nariz, respirar mucho tiem-

po de cierta insólita manera, todas estas prácticas eran familiares á los devotos orientales, como lo son todavía á los impostores de nuestros tiempos; los resultados que producen no son sobrenaturales, sino puramente fisiológicos. Los devotos indios creían, sin embargo, que, así como el agua no moja el loto, el pecado puede tocar, pero no mancha el alma, una vez que ha gozado de la visión intuitiva de Dios.

Las opiniones de Plotino fueron confirmadas y difundidas por su discípulo el célebre Porfiro, nacido en Tiro el año 233 después de Jesucristo. Muerto Plotino fundó una escuela en Roma y adquirió gran reputación en astronomía, música, geografía y otras ciencias. Escribió contra el cristianismo una obra, que refutaron Eusebio, San Jerónimo y otros varios. El emperador Teodosio consiguió, sin embargo, mejor que ellos reducirle al silencio, ordenando que se quemasen todos los ejemplares de su obra. Porfiro confiesa su indignidad declarando que sólo una vez ha estado unido á Dios en veintiséis años, mientras que su maestro Plotino lo había estado seis veces en sesenta años. En él se revela todo el misticismo y también toda la piedad de Plotino. Habla de demonios sin formas, y, por consiguiente, invisibles, que necesitan alimentos y no son inmortales; algunos gobiernan el aire; pueden hacerse propicios ó conjurarse su poder por medio de operaciones mágicas. Admite también la necromancia. La superstición del tiempo exigía ciertamente concesiones, y la necesidad de hacérselas entra por mucho sin duda en esta tendencia del neo-platonismo á las ciencias ocultas; pero, ¿en qué proporción? Casi es imposible determinarlo, pues Porfiro, por otra parte, no vacila en condenar á los profetas y á los adivinos y en insistir en la locura de invocar á los dioses con motivo de un matrimonio, de un contrato y de otras transacciones menos importantes todavía. Persuadido de que el hombre está decaído de su pureza y de su ciencia de otro tiempo, recomienda sobre todo tener santa vida. No concede más que secundaria importancia al culto público, y quiere que se adore á Dios silenciosamente y sólo con el pensamiento. Recomienda también la abstinencia de todo alimento animal.

La magia y la necromancia alcanzaron el último término de su desarrollo con Jamblico, que nació en Celestiria y murió en el reinado de Constantino el Grande. Apenas importa recordar los milagros y prodigios que realizaba, aunque sus supersticiosos contemporáneos los aceptasen con entera fe. Así conseguía, á fuerza de oraciones, sostenerse sin apoyo á nueve pies sobre el suelo, como podía de pronto hacer brillar deslumbradora aureola alrededor de su cabeza y como evocó dos fantasmas que aparecieron ante sus discípulos. Tampoco importa hablar de las opiniones de Egesio, Crisanto y Máximo; la atmósfera de la época era toda de maravillas y milagros.

Detengámonos un momento, sin embargo, en Proclo, nacido en Constantinopla el año 412 de J. C. Cuando Vitaliano sitiaba á Constantinopla, Proclo, se dice, quemó sus buques con un espejo de acero bruñido, hecho de que siempre nos hemos inclinado á dudar, pues la misma autoridad ha sostenido que sabía producir la lluvia y los temblores de tierra. No es, pues, dudoso que se inclinaba á la teurgia. Apesar de los poderes sobrenaturales de que disponía y de los favores especiales que había recibido de Apolo, de Minerva y de otras divinidades, juzgó prudente no entregarse sino en secreto á sus prácticas teúrgicas, por miedo de que le persiguieran los cristianos, cuya atención había atraído con la obra que había escrito contra ellos. Consiguieron, en efecto, hacerle expulsar de Atenas, enseñándole así una nueva interpretación de la máxima moral que había adoptado. Proclo se proponía construir una teología completa que debía comprender la teoría de la emanación y embellecerse con numerosas concepciones tomadas del misticismo. Los poemas órficos y los oráculos caldeos formaban la base sobre la que empezó á levantar su obra. Se daba el título de «gran sacerdote de la naturaleza», recomendaba á sus discípulos el estudio de Aristóteles para ejercitar su razón, y también el de Platón, cuyas obras le ofrecían multitud de divinas alegorías que respondían perfectamente al fin que quería conseguir. Pretendía que conocer su propio espíritu es conocer al universo entero, y que este

conocimiento nos viene de los dioses por revelación ó por inspiración.

Meditando sobre el modo con que se realiza la absorción, se pregunta si la última forma se convierte brusca-mente en la primitiva, ó si es preciso volver á empezar en sentido inverso toda la carrera recorrida ya. Habiendo llegado á formularse cuestiones tan elevadas y á tratarlas de tan mística manera, la filosofía no podía ya acabar sino como el neo-platonismo con Damascio. Se acercaban los últimos días. El año 529 el emperador Justiniano prohibió la enseñanza de la filosofía, é hizo cerrar las escuelas que tenía en Atenas. Sus últimos representantes, Damascio, Simplicio é Isidoro, se refugiaron en Persia, donde esperaban hallar un retiro bajo la protección del gran rey que se gloriaba de ser filósofo y platónico. Defraudados en sus esperanzas, viéronse obligados á volver á su patria; pero hay que recordar, para honra de Cosroes, que estipuló en su tratado con los romanos que los filósofos desterrados podían consagrarse á la filosofía sin que se les molestase, y practicar sus particulares ceremonias; este artículo del tratado no debía cumplirse.

Así acabó la filosofía griega. Se la abandona, y todo anuncia que la fe va á reinar en su lugar. Las investigaciones de los jonios, los raciocinios de los eléatas, los trabajos de Platón y de Aristóteles han ido á parar al misticismo y á la magia. Sucede con la filosofía lo que con el hombre; llegado á su vejez y cuando todo le falta, se hace devoto y busca su consuelo en los ejercicios piadosos; en esta situación de espíritu le sorprende la muerte. La historia del período que empieza con la fundación de la nueva Academia muestra que cada día se hacía más urgente hallar un sistema que pudiese acomodarse con los sentimientos de devoción religiosa que habían invadido el imperio romano entero, y que iban adquiriendo más fuerza cada día. Una atmósfera de piedad, pero de piedad singularmente ilusoria, envolvía al mundo pagano.

Después de haber expuesto la larga historia de la filosofía griega, vamos á pasar al estudio: primero, del modo

con que progresó el espíritu griego; segundo, de los resultados que obtuvo.

El período que abarcan los acontecimientos que hemos considerado comprende cerca de doce siglos; empieza en Tales, 656 años antes de J. C., y acaba en el año 529 después de J. C.

1.º La filosofía griega tomó por punto de partida algunas concepciones físicas. El primer objeto que se propuso fué determinar el origen del mundo y su modo de producción. La base en que se apoyaba carecía de solidez por su misma naturaleza, estando en parte formada de falsos datos, resultado de observaciones imperfectas é inexactas. La filosofía griega rebajaba el universo y engrandecía demasiado al hombre, aceptando como verdadero el aspecto de la naturaleza y haciendo de la tierra una superficie llana en la que se apoyaba cual una cúpula la bóveda de los cielos. Daba á la tierra insignificante extensión, y pretendía que era especial y exclusivo dominio del hombre. Consideraba las estrellas y los cuerpos planetarios como simples meteoros ó manifestaciones del fuego celeste. Siendo sus observaciones muy generales y superficiales, adoptaba la doctrina de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego, las cuatro formas sustanciales que con más abundancia encontraba esparcidas en el mundo. Con estos datos primeros tan imperfectos intentó crear una cosmogonía ó teoría de la creación, dando á uno de los elementos la preponderancia ó superioridad sobre los otros tres, que hacía proceder de él. Para un filósofo el elemento primordial era el agua; para otro el aire; para otro el fuego. Sea que realmente la generación del mundo se hubiera realizado de este modo, sea que los cuatro elementos hubieran sido combinados juntamente sin que ninguno de ellos predominase sobre los demás, en uno y otro caso era fácil explicar el origen del mundo. Resultando, en efecto, de la observación más elemental que el lodo cae en el fondo del agua, que el agua baja á través del aire y que la propiedad más aparente del fuego es la de ascender, no había más que aplicar á estos hechos ilusorios la noción errónea de los movimientos de abajo arriba y de arriba

abajo en el espacio para que el orden del mundo visible se explicara sencillísimamente; la filosofía griega colocó, pues, abajo la tierra, encima el agua, sobre el agua el aire y sobre el aire el fuego. De dónde y cómo ha nacido el mundo; tal es, por consiguiente, la primera cuestión que parece haber formulado la filosofía europea.

Los principios que implicaba la solución del problema condujeron directamente á la importante conclusión que poco después había de ser motivo de graves disputas. Es natural en el hombre ver en las cosas que le rodean visibles manifestaciones de la divinidad y suponer incesante intervención en la voluntad divina. La filosofía griega, por el contrario, había evidentemente empezado por excluir á Dios de su propio mundo. Para ella el movimiento ascendente de las sustancias ligeras y el movimiento descendente de las sustancias pesadas eran fenómenos puramente físicos; el mar sin límites, el cielo azulado y las innumerables estrellas que brillan en el firmamento ocupaban el puesto que les correspondía, no en virtud de la voluntad de Dios, sino simplemente en virtud de sus propiedades inherentes. Para satisfacer al supersticioso vulgo, la filosofía griega había creado esos dioses de formas humanas que habitaban más allá de la estrellada bóveda, en el Olimpo, la región de las glorias inmateriales y de la tranquilidad. No es posible, sin embargo, excluir enteramente de este mundo el principio espiritual. El alma siempre activa y pensando siempre, ¿no está ahí para afirmar su parentesco con la divinidad? ¿Qué es, pues, esta alma? Tal es la segunda cuestión que formuló la filosofía griega.

Recurrió, para llegar á la solución de este segundo problema, al mismo sistema de observaciones superficiales. Respirar es vivir, y por consiguiente la respiración es la vida. En cuanto dejamos de respirar morimos; el hombre no se convierte en alma viva sino cuando el soplo de la vida penetra en su cuerpo, y no es más que una forma insensible é inanimada en cuanto ha dado el último aliento. En este principio, pues, que da la vida, en el aire, en una palabra, existen necesariamente todas las nobles cualidades de que el alma está dotada. El aire es,

pues, necesariamente la fuente común de que procede y el receptáculo común á que toda inteligencia vuelve. Así es como la filosofía, que admitía el aire como principio fundamental de todas las cosas, volvió, aunque en forma material, la Divinidad al mundo. Quedaba todavía, sin embargo, en desacuerdo con el politeísmo nacional, á menos de que supiese derivar de ese Dios único, el aire, todos los demás dioses del Olimpo.

¿Qué Dios único es este? He ahí la tercera pregunta que trató de resolver la filosofía griega. Las conclusiones á que fué á parar muestran que desde el origen tendía al panteísmo.

En todas estas investigaciones, el punto de partida consistía en simples concepciones naturales fundadas en las impresiones y en los datos de los sentidos. Cualquiera que fuese la conclusión, no podía ser concreta sino en el mismo grado que lo eran estos datos. Si vertemos una gota de vino en un litro de agua, la vista es incapaz de distinguirla, y sin embargo está realmente en el agua. Cuando una gota de lluvia cae en las hojas de un árbol de un bosque distante de nosotros, no oímos el ruido; pero sí percibimos perfectamente el ruido que produce un aguacero; ahora bien, ¿qué es este último ruido sino la suma de los ruidos producidos por cada una de las gotas del aguacero?

Es, pues, evidente que los sentidos están sujetos á engañarnos. De ahí la cuarta gran cuestión de la filosofía griega: ¿tenemos algún criterio de verdad?

Cuantas veces sospecha el hombre que no existe tal criterio, cree en lo que puede llamarse degeneración intelectual. ¿No es este mundo más que una ilusión, un fantasma de la imaginación? ¿Hacia dónde volvernos si vemos de pronto desmoronarse todas las cosas materiales y tangibles que constituyen los más sólidos fundamentos de todos nuestros conocimientos? No había necesitado un siglo la filosofía griega para llegar á esta fase de su desarrollo; así, no sin razón miraban los hombres inteligentes del tiempo á Pitágoras casi como una divinidad; á Pitágoras, que les había indicado un camino de salvación rogándoles reflexionasen en lo que les había ense-

ñado respecto á desconfiar de las impresiones de los sentidos. ¿No es, en efecto, la razón la que nos ha advertido y nos ha conducido á la verdad en medio de las ilusiones que nos rodeaban, la razón, que tiene su objeto propio y su propio modo? Lo visible y lo auditable pueden engañarnos, pero podemos sin embargo encontrar la verdad absoluta en cosas enteramente distintas de la naturaleza material, particularmente en las relaciones de los números y en las propiedades de las figuras geométricas. No hay ilusión posible en hechos como dos y dos son cuatro, ó la suma de dos lados de un triángulo es mayor que el tercer lado. Posible es, pues, que vivamos en una región de ilusiones, pero al menos estamos convencidos de que se halla rodeada de un mundo de verdades.

Gracias á los trabajos de la escuela eleática, la filosofía especulativa se desprendió poco á poco de estos principios enteramente materiales; las controversias relativas al elemento primordial acabaron, dejando el puesto á nuevas investigaciones relativas al tiempo, al movimiento, al espacio, al pensamiento, al Sér, á Dios. El resultado de estas investigaciones fué confirmar la sospecha de que los sentidos son indignos de confianza, y la tendencia de toda esta fase filosófica se revela bien claramente en la conclusión á que va á parar; los átomos y el espacio existen sólo, los átomos son simples centros de fuerza, y por consiguiente, la materia es sólo una apariencia. Cuando los atenienses se pusieron, pues, á filosofar, estaban ya profundamente empapados en la duda y en la incertidumbre que habían invadido todas las ramas de la filosofía. Entre ellos nacieron los sofistas, con quienes acabó la filosofía especulativa. Después de haber comparado todas las ciencias entonces conocidas, vinieron á formular la conclusión de que no hay conciencia, ni bien, ni mal, ni filosofía, ni religión, ni ley, ni criterio de la verdad.

El hombre, sin embargo, no puede vivir sin un principio que le guíe. Si sus especulaciones sobre la naturaleza nada le han dado en que pueda apoyarse, busca por otra parte. Si la filosofía no se halla en estado de proporcionarle el criterio de la verdad, se refugiará en implícita

y pasiva fe. Si le es imposible obtener pruebas materiales de la existencia de Dios, aceptará con Sócrates este gran hecho como evidente por sí mismo y que puede pasar sin demostración. Descansará de modo semejante en las ventajas de la virtud y las buenas costumbres, profesando la doctrina de que el placer es el único objeto de la vida, placer de naturaleza superior, como el que se encuentra consagrándose á nobles ocupaciones, ó placer puramente instintivo, como el del bruto. Pero cuando el hombre ha llegado á admitir la inutilidad de toda demostración y la ha dejado para la ley, ha renunciado al mismo principio que podía guiarle, sostenerle y arreglar su conducta. Si admite con Sócrates que la existencia de Dios no necesita pruebas, puede hacer lo mismo con la existencia de la materia y de las ideas. Con la fe no hay dificultad alguna en aceptar doctrinas como la de la reminiscencia, la doble inmortalidad del alma, y la existencia efectiva de los universales; más aun: si esta fe sin freno ni límites debe también aplicarse á la vida personal, nada queda ya para impedir al hombre entregarse á los excesos y al más vil egoísmo. La ética, así aplicada, conduce en efecto fatalmente, ya á proporcionar extremada santidad, ya á buscar tan sólo el placer individual; en ambos casos son minados los cimientos del patriotismo, y todo sentimiento de nuestra afección se pierde. Es lo que ocurrió durante el período de la edad de fe inaugurado por Sócrates, continuado por Platón y terminado por los excépticos. Antístenes y Diógenes de Sinope mostraron, con sus ultrajes á la sociedad y sus voluntarias mortificaciones, en qué excesos puede incurrir la fe cuando no la contiene la razón; Epicuro mostró lo que llega á ser cuando no tiene más guía que el interés personal. Así termina el tercer período del desarrollo intelectual de Grecia.

Aristóteles, con quien llegamos al cuarto período, quiere que contemos con la razón, pero que la razón á su vez se deje conducir por la experiencia. Zenón, aun pensando lo mismo, quiere que apelemos además al sentido común. Resuelve todas las dudas acerca de la existencia del criterio de la verdad, proclamando que la lim-

pidez de las impresiones de los sentidos es suficiente guía para nosotros. Los principios de que ahora tenemos que tratar son enteramente distintos de las edades especulativas y aun de la edad de fe. Y sin embargo, hasta cuando se deja ostensiblemente guiar por la razón, el espíritu humano trata constantemente de romper las trabas que él mismo se ha puesto, y adquirir el conocimiento cierto de las cosas antes de entrar en posesión de los datos necesarios. Todavía en la época de Aristóteles, que pertenece sin embargo á la edad de razón de Grecia, la filosofía volvió á las antiguas cuestiones de la creación del mundo, de la emanación de la materia, de la existencia y naturaleza del mal, de la inmortalidad del alma, ó más bien, á juzgar por las deplorables condiciones á que fué á parar, de la muerte del alma; y eso, después que los excépticos habían negado que poseyésemos criterio alguno de verdad, después de mostrar, con no escaso contento suyo, que el hombre no tiene más que dudar de todo, y que puesto que le está vedado conocer lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, el partido más prudente es el de prescindir de toda preocupación en este respecto y refugiarse en la más completa indiferencia y perfecta quietud.

¿No son éstas las mismas variaciones de opinión que hallamos en el individuo á medida que se acerca su fin? ¿Qué otro porvenir, sino la decrepitud, quedaba entonces á la filosofía griega, con su desprecio por el presente, su tenaz apego al pasado, su desconfianza del hombre y su confianza en lo misterioso y lo desconocido? Esta caducidad se nos manifiesta mucho antes del desenlace final.

Si echamos ahora una ojeada retrospectiva sobre el camino recorrido por el espíritu griego, hallamos que á la edad legendaria prehistórica ó de credulidad, sucedieron las edades de fe, de razón y de decrepitud. La primera, la edad de credulidad, terminó con los descubrimientos geográficos, la segunda con los trabajos críticos de los sofistas, la tercera con las dudas de los excépticos, y la cuarta, á la que vale la preminencia lo grande de sus resultados, toca insensiblemente á la quinta, la edad de decrepitud, á que puso fin el poder romano. Distin-

guimos, pues, en la historia intelectual de la nación griega un modo de progresión enteramente análogo al de la vida individual, y cinco épocas que corresponden respectivamente á la infancia, á la adolescencia, á la juventud, á la madurez y á la vejez del individuo, épocas que volveremos á encontrar más tarde y en mayor escala en la historia del desarrollo intelectual de Europa entera.

En un espacio de mil ciento cincuenta años, que termina hacia el 529 después de Jesucristo, el espíritu griego había terminado su carrera filosófica. Lo hemos dividido en varias edades diferentes y sucesivas, pero esta división nada tiene de absoluto. La transición de una de estas edades á la siguiente se opera insensiblemente; se entrecruzan, por decirlo así, y se pierden una en otra sin que los caracteres esenciales de cada una dejen de ser perfectamente distintos; esta división, en una palabra, nos ofrece algo semejante á lo que llamamos la degradación de los colores.

Después de determinar la ley general de las variaciones de la opinión, á saber, que esta ley es la misma para una nación que para un individuo, voy á considerar la filosofía griega en su conjunto y á tratar de deducir los resultados que en resumen he obtenido. Volviendo una vez más á nuestra comparación, que es para nosotros algo más que una simple metáfora, vemos en el individuo cinco edades sucesivas: la infancia, la adolescencia, la juventud, la virilidad y la vejez; á cada transición de una edad á la siguiente desaparecen los caracteres esenciales de la precedente, pero á cada edad corresponden resultados que en cierto sentido se pueden llamar permanentes; los resultados precisamente que dan al conjunto de la carrera su individualidad propia. La crítica atenta puede asimismo discernir en las edades sucesivas del desarrollo de la filosofía griega ciertos resultados decisivos y duraderos, y únicamente con el fin de encontrarlos hemos empezado esta larga y penosa discusión.

De cuatro grandes cuestiones se ha ocupado la filosofía griega: 1.^a Existencia y atributos de Dios. 2.^a Origen y destino del mundo. 3.^a Naturaleza del alma humana. 4.^a Posibilidad de un criterio de verdad. Voy ahora á expo-

ner los resultados á que llegó el espíritu griego en cada uno de estos puntos, tales, por lo menos, como yo los entiendo.

1.º Existencia y atributos de Dios. En este punto el resultado definitivo á que llegó la filosofía griega fué el abandono de todas las concepciones, aun á riesgo de ponerse en abierto antagonismo con la superstición nacional. El omnipotente, omniperfecto y eterno no puede ser más que uno, pues es absolutamente imposible que sus atributos sean compartidos por ningún otro sér, ya material, ya inmaterial. De ahí la conclusión de que el universo mismo es Dios, y que todas las cosas animadas é inanimadas forman esencialmente parte de él, se mueven en él y tienen su sér en Él. Se puede concebir que Dios exista sin el mundo, pero no el mundo sin Dios. No debemos, sin embargo, dejarnos engañar por la variedad de aspectos con que las cosas se nos presentan, pues aunque el universo sea Dios, no le conocemos tal como es realmente, sino solamente tal como nos parece ser. Dios no tiene relación con el tiempo ni con el espacio, que son simples quimeras de nuestra limitada imaginación. Este último esfuerzo del espíritu griego no es más que el panteísmo; es el mismo resultado que mucho tiempo antes había obtenido la rama primogénita de la familia indoeuropea. «No hay Dios independiente de la naturaleza; la existencia de otro Dios no ha sido revelada por la tradición, ni percibida por los sentidos, ni demostrada por el raciocinio».

Jamás, sin embargo, quedará satisfecho el hombre de semejante conclusión; carece demasiado de ese carácter de personalidad que sus aspiraciones reclaman: ese Dios infinito, eterno, universal, insensible, pasivo y sin intención no puede satisfacerle; no responde en modo alguno á lo que el hombre entrevé cuando considera los atributos de su propia alma. Deja, pues, el panteísmo, ese resultado final de la filosofía humana, y volviendo por sí mismo sobre sus pasos, subordina su razón á sus sentimientos instintivos, renuncia á ese Dios impersonal que no está en armonía con él y afirma un Dios personal, creador del mundo y Padre de todos los hombres.

2.º Origen y destino del mundo. Lo que acabamos de decir nos facilita en extremo el examen de los resultados que en este segundo punto obtuvo el espíritu griego. El origen de todo está en Dios, de quien no es el mundo sino manifestación visible. El mundo nace de sí y por sí; quizá—como se complacían en repetir los estóicos—al modo que la planta nace del germen vital que contiene la semilla. El mundo, en una palabra, es una emanación de Dios. En este punto estamos autorizados á compartir la opinión generalmente admitida por los filósofos griegos, alejandrinos y romanos de que, antes de la Era cristiana, las filosofías griega y oriental son idénticas en el fondo por los problemas que formularon y por las soluciones que les dieron. Esta misma opinión indujo á pensar que en remotísima época debía haber existido una revelación común, desnaturalizada y obscurecida más tarde en virtud de las flaquezas y perversidad del hombre. La doctrina de la emanación, que asienta que el mundo existía de toda eternidad en Dios, que salió de él para hacerse visible y que será de nuevo absorbido por él, forma uno de los rasgos más característicos de la teología védica. Los filósofos indios, como los griegos, la han desarrollado con singular habilidad y sus poetas la han embellecido á porfía.

El pasaje siguiente de las instituciones de Manú resume las conclusiones del Oriente en este punto: «Este universo existía solamente en la primera idea divina, no desarrollado aún, y como envuelto en tinieblas, imperceptible, indefinible, inaccesible á la razón y no revelado, como si estuviera hundido en profundo sueño; el único poder existente por sí mismo, poder invisible, pero que hace al mundo visible, gracias á los cinco elementos y demás principios de la naturaleza, apareció entonces en toda su gloria, difundiendo su idea y expulsando las tinieblas. Entonces se mostró en todo su esplendor y en persona, Él, cuyo espíritu es el único que puede percibir, cuya esencia es incomprendible, que no tiene parte alguna visible y que existe desde toda eternidad; Él, alma de todos los seres, que ningún sér puede comprender. Como había querido crear todos los seres de su propia sustancia divi-

na, creó al principio las aguas con su pensamiento. Las aguas se llaman así (Nará), porque nacieron de Nara ó del espíritu de Dios, y como fueron su primer *ayaná* ó primer medio en que se movió, lleva el nombre de Narayna (que se mueve sobre las aguas). De esta otra parte, que es la causa primera, no de la que constituye los objetos sustanciales que existen donde quiera y que son accesibles á nuestros sentidos, sino de esa otra parte que no es perceptible para nosotros y que no tiene principio ni fin, fué creado el varón divino. En la parte superior colocó el cielo, abajo la tierra y en medio el sutil éter, la región de la luz y el receptáculo permanente de las aguas. Formó todas las criaturas, dió el sér al tiempo, á las divisiones del tiempo, á las estrellas y á los planetas. A fin de distinguir entre las acciones estableció la distinción completa entre el bien y el mal. Después que hubo así manifestado su incomprensible poder y creado el mundo se absorbió de nuevo en el espíritu, sucediendo para él al período de actividad el descanso.

Si de los escritos sagrados de los indios pasamos á sus poetas encontramos estos mismos conceptos de emanación, manifestación y absorción del mundo. «El Sér infinito es como el límpido cristal que recibe en sí todos los colores y los emite de nuevo sin que su transparencia ó su pureza se altere ni manche nada». «Es semejante al diamante, que absorbe la luz circundante y brilla en la obscuridad con esta misma luz que entonces emana de él». No recurren á menos nobles imágenes cuando tratan de hacer accesible su idea al vulgo: «Has visto á la araña tejer su tela; has visto la perfección de la forma geométrica de esta tela, y lo bien que responde al uso á que está destinada; la has visto sin duda brillar también como un arco iris en los rayos del sol de la mañana. Has visto también á la pequeña obrera sacar de su seno el hilo maravilloso y hacerlo entrar en él de nuevo á su arbitrio. Así hizo Brahma, y así absorberá el mundo». Los filósofos griegos, como los filósofos indios, indicaban que el sér no existe más que para el pensamiento, y que, por consiguiente, sér y pensar son una sola cosa; que el universo es un pensamiento en el espíritu de Dios y que no es

afectado por las vicisitudes de los mundos que le componen. En la India esta doctrina de emancipación había alcanzado tal grado de precisión aparente que algunos filósofos llegaban á afirmar hasta la posibilidad de demostrar que Brahma no había pasado por completo al universo visible, sino sólo una cuarta parte de él; admitían una serie de emanaciones y absorciones sucesivas y periódicas, y añadían que debemos, sobre todo, guardarnos de dejarnos engañar por las apariencias visibles de las cosas exteriores, porque hay motivos para creer que la materia no es más que un conjunto de fuerzas que llenan el espacio. Demócrito supo elevarse á la hermosa conclusión de que un simple átomo, por pequeño que sea, puede constituir un mundo.

La doctrina de la emanación es susceptible así de doble interpretación; presenta al universo como parte de la sustancia de Dios, ó como algo sustancial que de Dios procede. La primera de estas dos maneras de concebir el universo, es tangible y más fácilmente comprensible por el espíritu; la segunda es sublime sobre todo, y nos cuesta trabajo elevarnos tan alto, cuando pensamos en la infinita variedad de espléndidas y grandiosas formas que la naturaleza les ofrece. El mundo visible no es de este modo más que la sombra de Dios.

Si queremos darnos perfectamente cuenta de esta doctrina del nacimiento, desarrollo, emanación y absorción final del universo en Dios, no estará demás un ejemplo. Vemos á menudo, en medio de la pura y tranquila atmósfera, hacerse visible el vapor de agua, formando ante todo vaporoso copo, quizá de la anchura de la mano, y que acaba por cambiarse en una gran nube. La apariencia exterior que esta masa presenta, depende de las circunstancias atmosféricas: ora es de esplendente blancura, ora de negro amenazador, y á veces también están sus bordes guarnecidos de oro. Del seno de esta nube puede el relámpago brotar y el trueno despedir sus rugidos; pero, aunque no ofrezca estos temibles fenómenos y desaparezca tan tranquilamente como se ha formado, no habrá existido en vano. Ninguna nube se ha formado en la bóveda de los cielos sin haber producido en la tierra inde-

leble impresión; pues mientras existía, ninguna planta que cubriese ha dejado de retrasar su crecimiento y de aminorar la cantidad de sustancias que tenía. Sin embargo, esta nube á cuya formación hemos asistido, ¡cuántas veces la hemos visto desvanecerse en el aire, que ha permanecido completamente sereno! Ha nacido en el seno del aire puro, y en el aire tranquilo y puro se ha desvanecido.

Vamos más lejos todavía. Esta nube está compuesta de miriadas de gotas microscópicas, cada una de las cuales se mantiene por sí misma en la atmósfera independientemente de las otras, y cada una de las cuales, por pequeña que sea, tiene su individualidad propia. La masa total puede cambiar de color y de forma; puede ser teatro de muy diversos movimientos interiores, violentos é incesantes, y, sin embargo, presenta constantemente el mismo aspecto, ó cambia tranquila y silenciosamente, siempre brillante en medio de la luz que sobre ella cae, y siempre proyectando su sombra sobre la tierra. Esta nube es el emblema del universo, tal como la antigua doctrina le concibe; nos muestra cómo lo visible puede proceder de lo invisible y volver á él, y también cómo una gota demasiado pequeña para ser distinguida por la vista, puede representar un mundo. Tenemos en la formación y desaparición espontáneas de una nube el emblema de este universo transitorio que aparece y desaparece para ser seguido de otros universos semejantes en inmensos intervalos de tiempo.

3.º Naturaleza del alma. Después de haber admitido con las escuelas jónicas primitivas, que el alma está formada de aire, de fuego, ó de cualquier otro principio material, la filosofía griega se elevó gradualmente á la concepción de la inmortalidad del alma. Dió hasta cierta precisión á este concepto, afirmando que el alma, no sólo tiene afinidad con Dios, sino que es una parte de Él mismo. Cualesquiera que hayan sido sus ideas respecto á la naturaleza y atributos del Sér Supremo, estas ideas ejercieron directa influencia en las conclusiones á que llegó respecto á la naturaleza del alma.

La filosofía griega, en el punto más culminante de su

desarrollo, consideraba el alma como algo más que la suma de los momentos en que pensamos. La consideraba como una porción de la misma divinidad, doctrina que era corolario preciso del panteísmo. Admitía una eternidad pasada y una inmortalidad futura. Hasta llegaba á preguntarse si el número de las almas se mantiene fijo en el universo. En este punto, como en el anterior, hubo completa analogía entre sus conclusiones y las de la filosofía india. Esta última se expresa así: «¡Yo mismo soy una manifestación irradiada del supremo Brahma! Jamás hubo tiempo en que yo no existiese, ni tú, ni los más grandes de la nación, y jamás dejaré de existir; nosotros somos, pues, todo.» Considerando al alma como espectador y como extraña á este mundo, la creían más bien ocupada en la contemplación que en la acción, pretendiendo que en su origen es una emanación inmediata de la divinidad; que es, no una modificación ó transformación del Sér Supremo, sino una parte de sí mismo. «Sus relaciones con el Sér Supremo son, no las de criado á amo, sino de la parte al todo.» Es como la chispa que ha brotado de la llama; pasa de un cuerpo á otro, hallándose ora arriba, ora abajo, en la escala de los seres, ocupando ya un cuerpo, ya otro, según las circunstancias. Así como la gota de agua prosigue su carrera errante, en la nube, en el río, en la planta, en el animal, pero acaba pronto ó tarde, por volver al mar de donde ha salido; así el alma, por variadas y numerosas que hayan sido sus transmigraciones, vuelve al fin á la divinidad de que ha emanado.

Los griegos, como los indios, volvieron su atención hacia los fenómenos engañosos que presenta el mundo. Estos últimos admitían en general que lo que llamamos la naturaleza visible es una simple ilusión que el alma debe á su momentánea separación de Dios. Los filósofos budhistas miraban el mundo como creación de la imaginación. Algunos de estos filósofos, sin embargo, en los tiempos antiguos y en los modernos, consideraban al mundo como algo más sustancial, y al alma como un espejo en que las cosas mismas vienen á reflejarse, alma puramente pasiva ó al menos sólo en parte activa. Sea de ello lo que quiera, por lo demás, su destino final es un

estado de perfecto reposo después de su absorción en el Sér Supremo.

.. Sobre este tercer punto de la filosofía antigua, no estará demás un ejemplo. Consideremos una de esas burbujas que flotan en el mar; en virtud de su forma, refleja todos los objetos que le rodean, las nubes de la bóveda celeste como los objetos de la playa, estén en reposo ó en movimiento; representa hasta ese mar en que flota y del que ha nacido y reproduce sus múltiples formas tales como realmente son, con sus luces y sus sombras, su perspectiva y sus matices particulares, agregando aun á todo esto el juego de sus propios colores. Esta burbuja es la imagen exacta del alma. Ha salido de un mar infinito y sin fondo; por ningún concepto difiere de la fuente de que ha nacido; procede del agua y nunca será más que agua; estas propiedades que acaba de manifestar, las debe únicamente, al menos en lo que concierne á la parte exterior del fenómeno, á su forma particular y á las circunstancias en que se ha encontrado colocada; según estas circunstancias varían, así flota ella, ora aquí, ora allá, ora fundiéndose en otras burbujas que encuentra, ora saliendo una vez más del fondo de las aguas. Ya aparece más grande, ya más pequeña; en cierto momento toma nuevas formas, en otro se pierde en las que le rodean; pero sean cualesquiera las vicisitudes á que está expuesta en todas estas migraciones, inevitable destino la espera: la absorción y reincorporación en el Océano. En aquel momento final, ¿qué se ha perdido, qué se ha destruído en esta burbuja? No es seguramente su sustancia esencial, pues antes de desarrollarse era agua, agua fué durante toda su existencia y agua seguirá siendo siempre, pronta á dilatarse de nuevo.

No para en esto la semejanza; continúa cuando consideramos las funciones generales de la burbuja durante todo el tiempo que conserva su forma. Nos ofrece las imágenes de todos los objetos circundantes en sus verdaderas formas y con sus tamaños relativos, revelándonos por ende una relación de espacio y también una relación de tiempo, puesto que refleja sucesivamente los diversos objetos que á ella se presentan; además, á las imáge-

nes que así producía, agregaba su propia coloración. En todo esto era el emblema del alma. Las relaciones de tiempo y espacio constituyen, en efecto, las relaciones exteriores del alma, á las que se agregan ideas abstractas que provienen de sí misma.

Pero cuando la burbuja estalla, todas estas relaciones cesan. No hay ya ni reflejo de formas exteriores, ni movimiento, ni ninguna propiedad interior que se manifieste. En cierto sentido la burbuja se ha aniquilado; en otro existe todavía; es devuelta á esa masa inmensa, á cuyo lado es completamente insignificante é imperceptible. Es transitoria y sin embargo eterna; transitoria, puesto que todas sus relaciones con el exterior y sus funciones individuales han de cesar; eterna y doblemente eterna, como lo entiende el platonismo, puesto que se enlaza con un pasado que no ha tenido principio, y continuará existiendo en un porvenir que no tendrá fin.

4.º Posibilidad de un criterio de verdad. Un criterio absoluto de la verdad debe necesariamente, como todas las cosas, acreditarse por sí mismo. Desde sus principios descubrió la filosofía cuán poco debemos contar con los sentidos. En grandísimo número de casos, en efecto, lejos de imponernos su autoridad, despiertan nuestra desconfianza. Un tizón cuya punta está ardiendo nos parece un círculo de fuego si le hacemos girar rápidamente. El arco-iris nos parece ser un arco real, y la ilusión no cesa sino cuando llegamos al sitio en que le veíamos descansar. Y aun estas apariencias de que nos dejamos engañar no son solamente las que tienen real y sensible fundamento como las de los dos ejemplos que acabamos de citar. Nos dejamos seducir con igual facilidad por ilusiones puramente imaginarias, y ni uno solo de nuestros órganos deja á cada instante de ponernos en este caso. ¿No nos hace ver el ojo formas imaginarias tan distintas como los objetos reales en medio de los cuales aparecen? ¿No nos atormenta el oído con la incesante repetición del mismo ruido, del mismo pasaje de un trozo musical, de los mismos sonidos articulados, aunque sepamos perfectamente que no es todo ello más que una ilusión? ¿Y no nos vemos engañados igualmente por los demás sentidos,

el gusto, el olfato y el tacto, cuando estamos en plena salud, pero sobre todo durante la enfermedad?

Puesto que es así, ¿cómo conoceremos la exactitud de los datos que provienen de tan poco segura fuente? Pitágoras prestó un gran servicio á sus contemporáneos, recordándoles que tenemos en nosotros mismos los medios de descubrir el error y de demostrar la verdad. ¿Qué nos garantiza, pues, que ese círculo de fuego, ese arco-iris, ese espectro, esas voces no son más que ilusiones? ¿No es la razón? Y entonces, ¿por que no fiarnos de la razón?

Cuando estos hechos se presentan, ¡qué multitud de cuestiones surgen en nuestro espíritu, cuestiones que han atraído la atención de los más grandes metafísicos de todos los tiempos! ¿Empezaremos por estudiar las sensaciones ó las ideas? ¿Diremos con Descartes que todas las ideas claras son verdaderas? ¿Indagaremos con Spinoza si podemos tener ideas independientes de la experiencia? ¿Diremos con Hobbes que todos nuestros pensamientos son engendrados por los objetos exteriores y que son sus representantes; que nuestras concepciones nacen de movimientos materiales que se propagan por nuestros órganos y llegan así al espíritu; que nuestras sensaciones no responden á las propiedades exteriores de las cosas; que el sonido y el ruido pertenecen á la campana y al aire y no al espíritu, y que no son, como el color, sino una agitación que el objeto exterior produce en el cerebro; que la imaginación es una percepción que se va borrando poco á poco y no es más que una sensación debilitada; que la memoria es el vestigio de impresiones antiguas que subsisten durante cierto tiempo; que el olvido no es más que la obliteración de los vestigios de este género; que la sucesión de los pensamientos no es arbitraria ni voluntaria, sino que se siguen en orden fijo y determinado de antemano; que todo lo que imaginamos es finito y que por consiguiente no podemos concebir lo infinito, ni ninguna otra cosa de las que no caen bajo nuestros sentidos? ¿Diremos con Locke, que nuestras ideas provienen de dos orígenes distintos, la sensación y la reflexión, y que el espíritu no puede conocer las cosas directamente, sino sólo por medio de las ideas? ¿Pensaremos con Leibnitz

que la reflexión no es más que la atención aplicada á lo que pasa en el espíritu, y que entre el espíritu y el cuerpo hay un sincronismo simpático? ¿Sostendremos con Berkeley que no tenemos más razón para admitir la existencia de la materia misma, que la necesidad en que nos encontramos de tener un sujeto al que referir sus atributos; que los objetos del conocimiento son las ideas y no otro alguno, y que el espíritu representa activo papel en el fenómeno de la creación? ¿Creeremos á Hume que nos demuestra que si la materia es sólo una ficción, lo mismo debe suceder con el espíritu, puesto que no es más que una sucesión de impresiones y de ideas, que únicamente en virtud de la costumbre adquirida admitimos el principio de casualidad, y que si quisiéramos establecer que la noche es causa del día, sabríamos encontrar pruebas más sólidas que en mil otros casos en que creemos conocer perfectamente la relación de la causa con el efecto; que sólo el hábito, en fin, es el que nos hace pensar que el porvenir se ha de parecer al pasado? ¿Sostendremos con Condillac que la memoria es sólo una sensación transformada, y la comparación una doble atención; que toda idea que no podemos aplicar á un objeto exterior carece de valor; que nuestras ideas innatas se desarrollan poco á poco y que al mismo tiempo aprendemos á razonar que á correr? ¿Diremos con Kant que no hay más que una fuente de conocimiento, la unión del objeto y del sujeto, pero sí dos elementos del conocimiento, el espacio y el tiempo; que el tiempo y el espacio son formas de sensibilidad, siendo el espacio una forma de sensibilidad interna y el tiempo otra forma de sensibilidad interna y externa á la vez, pero no teniendo, por lo demás, ni uno ni otro ninguna realidad objetiva; y en fin, que el mundo no nos es conocido tal como es, sino solamente tal como nos parece?

Admito la verdad de la observación de Posidonio de que un hombre debe querer mejor morir que dejar de filosofar, porque si encuentra contradicciones en la filosofía está expuesto á encontrar otras tantas en la vida. No vacilaré, pues, en presentar algunas ideas respecto á la posibilidad de un criterio de la ciencia humana, sin dejarme

desalentar por el hecho de que las más grandes inteligencias han estudiado esta cuestión. Quizá habría alguna temeridad en atreverse á hacerlo si los progresos de las ciencias, y sobre todo de la fisiología humana, no nos hubieran colocado en un punto de vista más elevado y hecho más capaces que nuestros antepasados de discernir distintivamente el estado real de las cosas.

Pienso yo que la inutilidad de los esfuerzos hechos por los filósofos de la antigüedad para resolver el problema tiene por causa única la idea imperfecta y errónea que se formaba de la posición del hombre en el mundo. Concedían valor harto grande á su individualidad personal. Le consideraban en su período de madurez como sér aislado, independiente y completo en sí mismo. Olvidaban que este período no es como los demás, sino una fase transitoria de su existencia, existencia que raya al principio en la nada, y que á partir de entonces revela desarrollo y progreso continuos. De simple célula que casi pertenece al mundo inorgánico, y que, si hemos de juzgar por su apariencia y por las formas que presenta al principio de su desarrollo, no difiere de la célula de que proceden todos los demás séres, vegetales ó animales, hasta los más humildes; de esta célula se eleva el sér humano de una forma á otra de un modo que depende absolutamente de las condiciones físicas ambientes. Estas formas de transición son muy numerosas, y hay mucha distancia del embrión primitivo al viejo, cuya cabellera han blanqueado setenta años. No es exacto elegir un término único de esta larga serie y mirarle como tipo de la serie entera. Cuando el cuerpo del hombre maduro sufre incesantes transformaciones hasta el punto de que en el espacio de un año recibe, se asimila y rechaza casi tonelada y media de materia, no es exacto decir que, á pesar de este flujo y reflujo de sustancia, no sólo su forma sigue siendo la misma, sino también—cosa infinitamente más importante—que su poder intelectual permanece invariable. Esto no es exacto, y hasta es completamente falso. El principio intelectual recorre una carrera tan claramente marcada como la del cuerpo. Remontémonos al tiempo que precede al nacimiento y comprobaremos la total impotencia de los pri-

meros días del hombre. La luz brilla á sus ojos y no ve; el sonido hiere su oído y no oye. Si quisiéramos seguirle en las fases subsiguientes de su desarrollo podríamos describir los incesantes progresos que hace hasta la virilidad, durante la infancia, la adolescencia y la juventud. Pero, ¿á dónde vamos á parar con todo esto? Cuando consideramos al hombre bajo el punto de vista filosófico, ¿no nos vemos obligados á desprenderle de toda idea de personalidad é individualidad, obligados á renunciar á toda consideración de forma puramente sustancial y á observarle en estado de abstracción? Si comparamos juntas todas las formas orgánicas, examinándolas bajo el mismo punto de vista, encontraremos que todas están bajo un plan común. Sucede con este plan común como con la expresión algébrica, que encierra constantes y variables; obtendremos resultados diferentes asignando á las variables valores diferentes, pero todos estos resultados, por numerosos que puedan ser, cabrán, sin embargo, en una sola fórmula. Este modo más general de concebir la posición del hombre y la carrera que recorre, nos hace comprender en seguida la naturaleza de sus relaciones con sus semejantes; es decir, la naturaleza de sus relaciones como miembro de la sociedad. Comprendemos en seguida que la sociedad debe seguir una carrera enteramente semejante á la del individuo, y que el aislamiento aparente en que nos parece estar el individuo es puramente ilusorio. Cada hombre ha recibido la vida de otro hombre y la transmitirá á otro hombre, doble relación que basta para hacerle perder de hecho el carácter de individualidad que hace un momento estábamos dispuestos á reconocerle. Una época de la vida no es toda la vida. No podemos desprender enteramente al individuo, llegado á la madurez, de la multitud de formas por que ha pasado, y si consideramos cómo ha nacido y cómo se reproduce deduciremos además que el hombre no puede ser separado de su raza.

Merced á estas consideraciones sobre la naturaleza y relaciones del hombre podemos llegar á decidir si posee un criterio de verdad. En los primeros instantes de su existencia no puede ni sentir ni pensar, y el universo es para él como si no existiese. A medida que avanza en su

carrera todos sus sentidos, la vista, el oído, el tacto, etc., se hacen, por la sola fuerza de la naturaleza ó de la educación, cada vez más perfectos, pero nunca—lo que saben bien los filósofos modernos—llegan á ser absolutamente dignos de nuestra confianza. Lo mismo sucede con la facultad intelectual. También ella tiene muy débiles principios y sólo gradualmente se desarrolla. El espíritu solo no constituye guía más seguro que los órganos de los sentidos solos. Si hubiera alguna duda en este respecto pronto la desvanecería el estudio de los fenómenos del sueño: los sueños nos muestran, en efecto, cuán vagas é indecisas son las operaciones del espíritu cuando se encuentra privado del sólido apoyo de los órganos de los sentidos. Esta observación del judío Filón es muy acertada: que el espíritu es como el ojo, que puede ver todos los objetos, pero que no se puede ver á sí mismo, ni juzgarse á sí mismo por lo tanto. Debemos, pues, deducir que no podemos contar ni sólo con el espíritu ni sólo con los sentidos. Cuando obran en común corrigiéndose uno á otro, llegamos á más alto grado de certeza; pero ni aun en este caso—como los filósofos indios y griegos lo reconocían—llegamos á la certeza absoluta. Esta desconsoladora conclusión fué la que arrancó á estos filósofos tan amargas quejas, hundiéndoles en una especie de desesperación intelectual, y la que, convertida para ellos en regla de conducta, les precipitó en la indiferencia y en la impiedad.

El hombre, sin embargo, puede todavía buscar y hallar en otra parte. Repudie todas esas ideas de individualidad que limitan su vista, y acuérdesese de las relaciones que entre él y su raza existen; en estas relaciones hallará probabilidades cada vez mayores de alcanzar la verdad. Desprecia las opiniones de su infancia, hace poco caso de las de su juventud y desconfía de las de su virilidad; pero, ¿qué piensa de las opiniones de su raza? ¿No hay en ellas un criterio de verdad que á cada edad sucesiva de la humanidad aumenta en precisión y poder y encuentra su máximo en el unánime asentimiento de la humanidad entera?

Aunque, filosóficamente hablando, no tengamos un criterio absoluto de la verdad, el principio en virtud del cual

podemos elevarnos á una certeza más completa cada vez es ese, creo yo. Los metafísicos que han tratado este asunto se han dejado equivocar, á mi parecer, por haber comprendido imperfectamente la verdadera situación del hombre; han limitado sus pensamientos á una sola fase de su carrera, y no han visto las cosas ni con bastante amplitud ni bastante filosóficamente. Cuando rechazamos la doctrina oriental que hace del individuo el centro desde donde debe abarcarse el universo, y elegimos nuestro punto de vista en más sólido terreno, desde donde podemos alcanzar á ver más, hacemos en metafísica lo que hizo la astronomía cuando sustituyó el punto de vista heliocéntrico al geocéntrico, y es probable que este cambio sea igualmente fecundo en resultados para nosotros. Si fuera necesario no nos costaría gran trabajo apoyar esta doctrina con ejemplos tomados de la vida ordinaria. ¿Cuántas veces no nos ocurre dudar de nuestro propio juicio y pedir consejo á un amigo? ¿Y no estamos mucho más convencidos de que estamos en lo cierto cuando tenemos á la opinión pública de nuestra parte? La Iglesia misma, ¿no ha convocado concilios con la esperanza de encontrar en ellos más seguro medio de alcanzar la verdad? Un concilio merece siempre más confianza que un individuo, sea el que quiera. La probabilidad de una opinión aumenta con el número de espíritus que de ella participan, y por eso formulo esta conclusión: que el hombre puede encontrar un criterio de verdad en el consentimiento unánime de la raza humana, criterio que es susceptible á su vez de precisión cada vez mayor con la difusión de los conocimientos y de las luces. Por eso también no veo el porvenir de la humanidad tan sombrío como los filósofos antiguos. Muy al contrario, me invito á esperar. Son excelentes augurios para el porvenir de la filosofía esas grandes invenciones mecánicas y físicas que multiplican los medios de comunicación, y suprimen, por decirlo así, las distancias en la superficie del globo. De aquí saldrán necesariamente colisiones intelectuales; las diferentes opiniones se modificarán al contacto una de otra; las naciones se estudiarán y analizarán, y de ahí surgirá la verdad. Todo lo que no haya podido resistir la prueba será fatal-

mente condenado, y la mentira y la impostura, por poderosamente que sean apoyadas, desaparecerán para no volver. El nombre puede confiar plenamente en este supremo tribunal; halla en él un criterio, que, filosóficamente hablando, está lejos de ser absoluto, pero que es el más elevado que le sea dable obtener, puesto que no tiene otro tribunal al que pueda apelar de las decisiones de éste.

Quizá he hecho mal al expresarme tan categóricamente; conviene ser humilde tratándose de un asunto que ha sido honrado con los trabajos de los más grandes genios de la India, de Alejandría y de la Europa moderna.

Quiero aun, antes de terminar este capítulo, hacer observar que las ideas que he emitido respecto á los resultados obtenidos por la filosofía griega se me han presentado después de largo y concienzudo estudio de la cuestión. Son, no obstante, sus resultados afirmativos y no los negativos, pues no debemos olvidar que si por una parte eran adoptadas las doctrinas panteístas de la naturaleza de Dios y de la vida universal, así como las teorías de Emanación, Transmigración, Transmutación, Absorción y otras más, por otra parte se manifestaba también cierta tendencia al ateísmo y á la impiedad completa. Estos resultados negativos se hallan también en el budhismo indio, del que anteriormente hemos hablado; hasta es tan completa la analogía entre el modo de desarrollo intelectual de Europa y el de Asia, que es difícil indicar una sola doctrina, ni aun accesoria, de una de las dos filosofías que no tenga su paralelo en la otra. Así, no sin razón los filósofos alejandrinos, que conocían profundamente ambos sistemas, formularon la conclusión de que estas singulares coincidencias no podían explicarse sino admitiendo la existencia de una antigua revelación que había llegado hasta ellos. En esto, sin embargo, se engañaron; la explicación verdadera está en el hecho de que la marcha de la inteligencia humana, y las conclusiones finales á que conduce el examen de los mismos problemas son idénticas en todas las regiones del globo.

No entra en el plan que me he trazado seguir estos principios filosóficos en su aplicación práctica á la vida común; el asunto es, sin embargo, de tan poderoso inte-

rés, que el lector me permitirá consagrarle algunas líneas. Una observación superficial podría hacer pensar que, por numerosos que fueran los puntos de semejanza entre ambas doctrinas, debieron diferir mucho en sus modos de aplicación. Es, en efecto, justo decir que, en general, las mismas doctrinas que en la India fueron á dar en el quietismo y en la indiferencia, engendraron entre los estóicos de Italia y de Grecia extremada actividad; pero si este fuese el sitio oportuno podría demostrar que esta aparente divergencia oculta realmente completa identidad. El modo de existencia del hombre depende, sobre todo, de las condiciones geográficas en que se halla, manifestándose más sus instintivas disposiciones á la actividad á medida que crece la latitud en que vive. Bajo la línea equinoccial se siente muy poco inclinado á la acción, y la influencia del clima le hace preferir el quietismo. Las fórmulas filosóficas que en las ardientes llanuras de la India se traducen en una vida de tranquilidad y sosiego, hallan su expresión en medio de la atmósfera más densa de Europa en una vida de completa actividad. Por la misma razón, el monje africano, persuadido más tarde de que toda tentativa contra los obstáculos que le suscitaba la naturaleza era una rebelión contra la Providencia divina, perdió su vida en trenzar cestas y esteras ó en meditar en la soledad de las cavernas de la Tebaida. El monje europeo, por el contrario, se entregó á los trabajos de la agricultura, desplegó considerable actividad social y ayudó así poderosísimamente á los progresos de la civilización en Inglaterra, Francia y Germania. Estas diferentes consideraciones, si se las otorga la atención que merecen, conducen á la conclusión de que la vida humana, en toda su diversidad, depende de condiciones primarias determinantes, que son idénticamente las mismas en todas las regiones y en todos los climas.

CAPÍTULO VIII

Digresión sobre la historia y la influencia filosófica de Roma.

Después de haber estudiado el progreso intelectual de Grecia, pasemos, conforme al plan que nos hemos trazado, al examen del progreso intelectual de Europa. El movimiento intelectual de Grecia es el modelo tipo del movimiento intelectual del continente entero.

La primera edad intelectual de Europa, la edad de credulidad, ha sido ya estudiada en parte en el capítulo II, especialmente en lo que á Grecia concierne. Me propongo ahora, después de algunas observaciones que debo presentar antes de dejar este asunto, estudiar la segunda edad intelectual de Europa, la edad de examen.

Lo que se ha dicho anteriormente á propósito de Grecia, prepara naturalmente el camino á estas observaciones. La Europa meridional estaba, bajo el punto de vista filosófico y social, mucho más adelantada que las regiones del centro y del Norte. La civilización siguió la dirección del Sur al Norte y apenas si ha alcanzado hoy los límites extremos del continente. Los aventureros emigrantes que, en las edades primitivas habían venido de Asia, habían legado á las generaciones siguientes duro y difícil porvenir; en las luchas incesantes que les costaron la conservación y el sostén de su existencia, todo recuerdo de su parentesco con el Oriente se desvaneció, los conocimientos perecieron, las ideas religiosas se envilecieron y las poblaciones cayeron en el mismo estado intelectual que hubieran presentado si hubieran nacido en el mismo suelo que actualmente ocupaban.

La religión de los bárbaros europeos se parecía en muchos puntos á la de los indios de América. Reconocían un gran espíritu omnipotente, omnisciente y omnipresente. Al principio no le representaban en forma humana y no tenían templos; trataban de hacérsele propicio sacrificándole sobre sus groseros altares animales como el caballo, y hasta hombres. Creían que este gran espíritu se dejaba oír á veces por la noche en los bosques sombríos, pero en general le suponían demasiado lejos para que fuese accesible á sus oraciones; de ahí nació en almas impresionadas por continuo terror el culto de los astros que, en todas las regiones del globo, marca la segunda edad de la teología comparada. El aire de santidad que á los bosques daban su oscuridad, su silencio y su soledad, debían hacer suponer la presencia en ellos de seres misteriosos, y de ahí los árboles y los bosques sagrados. En Europa entera reinaba vaga creencia en la existencia del alma después de la muerte del cuerpo; en cuanto al estado en que entonces se hallaba, las opiniones admitidas en este respecto eran muy diversas. Allí todavía, como en todos los demás pueblos, los sacerdotes sacaban augurios y adivinaban el porvenir.

Aunque los sacerdotes estuviesen encargados de celebrar las ceremonias religiosas, no parece que estuviesen organizados de modo que pudieran obrar todos de concierto y perseguir en común un fin político constante. Eran asistidos en sus funciones por las sacerdotisas, santas mujeres que eran objeto de profunda veneración, y que sin duda prepararon el camino al culto de la Virgen María. En las naciones célticas, los druidas eran á la vez sacerdotes, magos y médicos; en lugar de templos, tenían altares tallados en la roca, cromlechs, y otras groseras construcciones del mismo género. Sus doctrinas religiosas recuerdan en muchos puntos las del Rig-Veda; se transmitían de generación en generación en forma de cantos.

Este sistema religioso de Europa antigua era puramente local y carecía de una jerarquía organizada, aun entre los celtas, donde no existía más que en apariencia algo semejante. Esa es la causa de su debilidad y no otra

lo fué de su caída. Las naciones germánicas, al emigrar armadas hacia el Sur, debieron dejar á su espalda sus bosques y encinas consagradas. En las nuevas regiones donde se establecieron, hallaron las cosas en diferente estado: una casta sacerdotal fuertemente organizada según los principios del antiguo sistema político romano; un culto, cuyos objetos no estaban ligados á ninguna localidad particular y cuyos escritos sagrados y emblemas, la cruz en los estandartes de los ejércitos y el crucifijo en el pecho de los santos, tenían entrada en todas las regiones del universo. En medio de los espléndidos restos de la arquitectura de aquellos romanos que en otro tiempo habían dado leyes al mundo entero, hallaron nueva religión que les ofrecía solemnes y misteriosas ceremonias y les enseñaba que la vida presente es sólo pasajera y no es nada respecto de la vida eterna que la ha de seguir, vida muy distinta de la que prometía la estéril doctrina druídica de la transmigración de las almas, muy distinta también de la del paraíso de Odin, donde los valientes pasan el tiempo en beber en copas hechas con los cráneos de los enemigos que han matado en la tierra.

El estudio de la edad de examen en Europa no puede, pues, separarse del de la historia de Roma. Esta edad siguió una dirección religiosa enteramente nueva, y ese es su carácter esencial. En lugar de dogmas de escuelas filosóficas rivales, tenemos ahora ante nosotros opiniones de sectas enemigas. Toda la historia de estos desgraciados tiempos lleva la señal del espíritu distintivo de la política romana, espíritu práctico y de organización. La democracia griega que manifestaba opuesta tendencia, produjo los sofistas y los excépticos. El imperialismo romano, por el contrario, se mostró eminentemente organizador; trató constantemente de hacer prevalecer la unidad y mediante la autoridad de concilios como el de Nicea, marcó la línea de demarcación entre la ortodoxia y la heregía. Conformándome con las ideas de San Agustín en su obra *La ciudad de Dios*, adopto el saqueo de Roma por Alarico como el acontecimiento más propio para cerrar esta edad de la historia europea. De este modo

viene á fundirse en la edad de fe, que empieza indispensablemente en la fundación de Constantinopla.

El desarrollo de la vida intelectual de Grecia había sido completo en cada una de sus fases; no sucedió lo mismo en Roma, donde tuvo prematuro fin. No habiendo vivido sino mediante la violencia, perecieron los romanos víctimas de sus conquistas y de sus propios crímenes. La población romana sólo en escasísima parte fué destruída por la guerra; desapareció sobre todo, fatalmente absorbida por las numerosas razas con que estuvo sucesivamente en contacto.

No sin cierta desconfianza expongo esta historia de Roma. La inmensa extensión del imperio romano y la imposibilidad de discernir la verdadera naturaleza de los móviles políticos á través de la oscuridad de tantos siglos, apenas permiten ver las cosas con la elevación y claridad necesarias. Viviendo en medio de un estado social nacido de los acontecimientos mismos que tenemos que examinar, nos cuesta no poco trabajo emanciparnos de las ilusiones de la perspectiva histórica y reducir las cosas á su verdadera situación y á sus proporciones reales. Entre mil hechos, todos importantes y llenos de interés ¿cómo pondremos el dedo en los hechos verdaderamente capitales? ¿Cómo podremos discernir las relaciones exactas de las diferentes partes de ese prodigioso fenómeno, el imperio romano, cuyos acontecimientos desaparecen y se disuelven, por decirlo así, uno en otro? Advertido por el ejemplo de los que han escuchado con sobrada complacencia á su imaginación, trataré constantemente de aplicar el testimonio del sentido común á los hechos que me hayan de ocupar; persuadido también de que el hombre ha pensado y obrado siempre por los mismos principios, juzgaré los acontecimientos pasados exactamente del mismo modo que los de nuestro tiempo.

La historia completa de Roma es la de dos teocracias y una dominación militar intercalada entre ambas. La primera de estas teocracias corresponde á la época fabulosa de los reyes, la segunda á la época de los emperadores cristianos y de los papas, y la dominación militar á los tiempos de la república y de los primeros Césares.

La historia de la primera teocracia está de tal modo cargada de leyendas y ficciones, que es imposible conocerla satisfactoriamente. Las biografías de los primeros reyes parecen tan evidentemente ser simples novelas que, desde Niebuhr, no las aceptan ya con otro título los historiadores. Bajo los reinados de los emperadores paganos hubiera sido imprudente insinuar públicamente en Roma algunas dudas respecto á leyendas consagradas por el tiempo, como las de la loba que amamantó á Rómulo y á Remo, la ascensión de Rómulo á los cielos, la de la ninfa Egeria, el combate de Horacios y Curiacios, Curcio saltando el abismo con su caballo, Tarquino cortando un guijarro con una navaja, la Sibila y sus libros. El historiador moderno dispone, pues, de poquísimos materiales seguros, y se ve reducido á las conjeturas. Puede admitir que sabinos y romanos se unieron y sometieron juntos á Alba y á los latinos; que parte de los vencidos se estableció en el monte Aventino y formó la clase inferior de los plebeyos, origen probable de las castas que durante tanto tiempo afligieron á Roma; que la primera ocupación de los romanos fué la agricultura, que acostumbra á los hombres á la gradación de los rangos, desarrolla sus sentimientos religiosos y les encamina también á la superstición; que el Estado naciente debió desde un principio atacar á sus vecinos y contraer así la costumbre de las guerras agresivas á que siempre fué fiel; que uno de los primeros hechos de su historia fué la fundación de la ciudad de Ostia, en la desembocadura del Tíber, destinada á proteger sus numerosos piratas; que, por último,—como lo indica la leyenda de Lucrecia —á consecuencia de alguna conspiración militar semejante á las que tan frecuentes fueron más tarde, los reyes fueron expulsados, sucediendo á la monarquía una dominación militar que se ha llamado república, pero que no era en realidad más que una liga formada por algunas familias poderosas.

Bajo los reyes, y aun durante mucho tiempo bajo la república, los únicos hechos dignos de interés que la historia interior de Roma presenta son las luchas de la clase inferior con la superior, las luchas de patricios y plebeyos. Estos reivindicaban su derecho á las tierras que su valor

ha conquistado, y arrancan á los patricios la ley Valeria. Latinos y hérnicos obtienen iguales derechos que los romanos. La elección de los tribunos pasa de las centurias á las tribus; la ley que prohíbe los matrimonios entre patricios y plebeyos queda abolida; los plebeyos, en fin, son declarados aptos para los cargos de cónsul, dictador, censor y pretor.

Estas discordias intestinas fueron las que hicieron de la guerra una necesidad fatal para Roma. La clase superior disminuía constantemente en número, mientras la inferior crecía tan rápidamente como la primera se debilitaba; el orgulloso é inexorable patricio llenaba de deudores su prisión privada; la insurrección era consecuencia inevitable de semejante situación; la guerra exterior era el único remedio de este mal. Poco á poco ambos partidos reconocen cuánto les importa marchar unidos cordialmente, y consagran sus esfuerzos reunidos á extender su dominio en el exterior.

No lo lograron al principio sino con gran dificultad. Hasta la época de la toma de la ciudad por los galos, Roma tuvo que luchar por su propia existencia contra las ciudades y reyes que la rodeaban. Hasta estamos autorizados para creer hoy que la ciudad fué tomada por Porsena durante la guerra que siguió á la expulsión de los tarquinos. La influencia romana se extendió al principio hacia el Sur. Tarento, una de las ciudades de Italia meridional, llamó en su socorro á Pirro, rey de Epiro, que hizo poquísimo por su aliada, y que sólo vió á Roma desde lo alto de la acrópolis de Preneste. De él aprendieron los romanos el arte de fortificar los campos, y tomaron la idea de invadir á Sicilia. Entonces se puso por primera vez la naciente república en contacto con los cartagineses; en las guerras siguientes supo conocer el valor de España y de Galia, de donde los cartagineses sacaban inmensos recursos en mercenarios y municiones de guerra. A partir de este momento, los progresos que Roma hizo para su futura grandeza fueron verdaderamente prodigiosos. Comprendiendo en seguida que todo dependía para ella del dominio del mar, se puso con infatigable energía á crearse una flota. Sus esperanzas en este respecto fueron

más que realizadas, y es ciertísimo que necesitó más tiempo para conquistar un rincón de tierra en Italia que para someter al mundo entero una vez que fué dueña del Mediterráneo. La experiencia de Agatocles la enseñó que el único medio de vencer á Cartago era invadir el Africa. Los principios que dirigían la política de Roma y la situación que ocupaba al fin de la primera guerra púnica están muy claramente dibujados en el tratado que la puso fin. Cartago debía evacuar todas las islas del Mediterráneo y pagar tres mil talentos. Cartago había alcanzado el fin á que se había exclusivamente consagrado: había adquirido inmensas riquezas y había llegado también á la mayor perfección en las artes. Su prosperidad, sin embargo, ó más bien el modo con que la había obtenido, la había debilitado considerablemente, así como las condiciones políticas anormales en que se había verificado su desarrollo; era, en efecto, una anomalía que un pueblo de origen asiático viviese bajo un gobierno democrático. Esta anomalía era consecuencia evidente de la posición secundaria que había ocupado Cartago en un principio como colonia tiria, no habiendo podido desacostumbrarse sus ricos ciudadanos á esperar de la madre patria honores y distinciones. En Cartago, como en todas las naciones comerciales, los ciudadanos no se hacían soldados sino con repugnancia, y por eso tuvo que recurrir á menudo al empleo de tropas mercenarias. Los romanos recibieron de ellos varias lecciones de alta importancia; Cartago les confirmó en la estimación que habían concebido por el poder naval; les transmitió el arte de construir buques y de manejarlos, y les enseñó á hacer caminos militares. Las tribus de la Italia del Norte acababan apenas de ser encerradas en el círculo de la dominación romana, cuando una flota, creada á orillas del mar Adriático bajo el pretexto de destruir á los piratas, anonadaba el poder marítimo de los ilirios. En todo tiempo el Mediterráneo había sido infestado por los piratas, que arrebatában á los habitantes de las costas y realizaban inmensos beneficios yendo á venderlos á Delos ó á otros mercados de esclavos. En aquella época se había evidenciado que la clave del dominio definitivo del Mediterráneo era España, la

gran comarca que producía la plata. Tal fué el origen de la segunda guerra púnica.

Inútil es repetir la historia tan conocida de Aníbal y cómo puso á Roma á un paso de su perdición. La naturaleza de las relaciones que había sostenido con los Estados vecinos no la permitía contar con su ayuda, y, en efecto, su enemigo encontró aliados en la mayor parte de las ciudades griegas del Sur de Italia.

Nos basta, para darnos cuenta de los resultados de la segunda guerra púnica, consultar el tratado que la terminó: Cartago debía abandonar todos sus buques, salvo diez triremes, no hacer por sí misma ó por sus aliados ninguna guerra sin consentimiento del pueblo romano y pagar seis mil talentos. Entonces pensó Roma en desarrollar en mayor escala su principio político, que consistía en desorganizar los Estados vecinos para debilitarlos. Llamada por los atenienses para defenderles contra el rey de Macedonia, la ambiciosa república se apoderó de este pretexto para poner el pie en Grecia donde aplicó por segunda vez el sistema de sostener la guerra por la guerra, que había inaugurado en Africa. Los romanos han pretendido, y probablemente no sin razón, que las gestiones de Aníbal con Antioco, rey de Siria, fueron causa del conflicto suscitado entre ellos y este monarca. Tuvo por resultado el prodigioso engrandecimiento del territorio de la república, que recibió todas las posesiones europeas de Antioco, sus posesiones de Asia al Norte del Tauro y 15.000 talentos. La disipación del Erario público por los Scipiones demuestra que ya empezaban á hacerse sentir los efectos de la enorme acumulación de riquezas que en Italia se operaba. La resistencia de Perseo, rey de Macedonia, no pudo devolver á Grecia su independencia: la lucha terminó con la anexión de Macedonia, Epiro é Iliria. Los resultados fueron por lo demás tan perniciosos para los vencedores como para los vencidos; los primeros perdieron toda su grandeza moral, y en cuanto á los segundos su ruina social fué tan completa que durante largo tiempo el matrimonio dejó de usarse y fué reemplazado por el concubinato. La política y la conducta de Roma tomaron desde entonces carácter ver-

daderamente infernal. Obligó á luchar de nuevo á su antigua rival, Cartago, y la tercera guerra púnica acabó por la entera destrucción de esta ciudad. En la misma época, la opresión bajo la cual hacía gemir á Grecia, provocó una rebelión que terminó con el saqueo é incendio de Corinto, Tebas y Calcis. Grecia fué así despojada de sus cuadros, de sus estatuas y de todas sus obras de arte, que fueron transportadas á Italia. Nada entonces sino el valor de sus habitantes se oponía á la conquista de España. Después de la muerte de Viriato, asesinado á instancias del cónsul Cepión, y cuando el terrible sitio de Numancia hubo terminado, la región se hizo provincia romana. Pronto la gigantesca república se engrandeció todavía con las más espléndidas regiones de Asia, legado insensato que la hizo Atalo, rey de Pergamo. Las riquezas de Africa, de España, de Grecia y de Asia, aflúan ahora á Italia, pero en Roma empezaba á reinar total desmoralización. En vano los Gracos trataron de poner remedio al mal. La aristocracia estaba embriagada y era insaciable é irresistible. La clase media había desaparecido: no quedaba más que la nobleza disoluta y el populacho sin freno. En medio de esta inconcebible corrupción, la guerra de Yugurta no pudo retardar más que un instante la inevitable explosión. Pronto estalló la rebelión de los esclavos de Sicilia; fué ahogada en la sangre de un millón de esos desgraciados, la mayor parte de los cuales, arrojados á las fieras del circo, sirvieron para divertir al pueblo. Otra insurrección estalló inmediatamente, la de los aliados de Italia, conocida con el nombre de guerra social; consumió medio millón de vidas humanas, pero produjo más felices resultados, puesto que algunos de los Estados insurrectos obtuvieron el derecho de ciudad. Las intrigas mezcladas á todos estos acontecimientos, fueron las que llevaron á Italia á los cimbrós y á los teutones y abrieron la lucha entre Mario y Silia, que sucesivamente anegaron á Roma en sangre. El mismo espíritu se manifestó en la rebelión del gladiador Espartaco, y si fué contenido algún tiempo con espantosas atrocidades, tales como la crucifixión de los prisioneros, no tardó en reaparecer bajo otra forma en la conjuración de

Catilina. Era desde entonces evidente para todos, que la posesión del poder absoluto debía decidirse entre algunos jefes de partido. Pompeyo, Craso y César formaron el primer triunvirato, usurparon el poder del Senado y del pueblo, y se comprometieron por juramento á no dejar hacer nada sin su común asentimiento. Las cosas siguieron entonces su inevitable curso. La muerte de Craso y la batalla de Farsalia dejaron á César dueño único del universo, resultado que, en aquel momento, ningún poder del mundo hubiera podido impedir. El puñal de Bruto hizo desaparecer al hombre, es verdad, pero el hecho subsistió. La batalla de Accio vino en fin á dar más estabilidad á las cosas romanas y la anexión de Egipto á lanzar algún espléndido reflejo sobre los últimos días de la república. La conquista de todas las regiones del Mediterráneo estaba terminada; la misión de la república estaba cumplida, y no parecía por lo tanto, prematuramente.

Después de haber mostrado cómo se desarrolló el poder territorial de Roma, hablemos de los principios que dirigían su política. Desde la más remota antigüedad, las naciones habían hecho la guerra con objeto de proporcionarse mayor cantidad de trabajo disponible obligando á los vencidos á quienes habían perdonado, á cultivar las tierras y á servir á los vencedores como esclavos. Cuando el vencedor se limitaba á una ocupación militar momentánea, encontraba más ventajoso gastar de una vez al pueblo vencido castigándole sin piedad, que contentarse con un título pagado periódicamente y que hacían siempre incierto las vicisitudes de la fortuna. Estos principios políticos elementales de la antigüedad fueron adoptados, modificados y perfeccionados por los romanos.

La historia entera de la república romana prueba que el sistema en que descansaba excluía todo reconocimiento de la situación real del hombre. Trataba al hombre como una cosa y no como un sér que posee derechos inalienables. Midiendo el valor de todo por su solo poder, era imposible que aceptase jamás el principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley. La sumisión de Sicilia, Africa y Grecia fué seguida inmediatamente

de la despoblación de estas regiones, como lo atestiguan Tito Livio, Plutarco, Estrabón y Polibio. Paulo Emilio cuando la conquista del Epiro, hizo matar ó reducir á esclavitud más de 150.000 personas. En la toma de Tebas, familias enteras pertenecientes á las clases superiores, fueron arrancadas de su patria y conducidas á Italia, para fundirlas allí con la población romana. En Italia mismo, el consumo de vidas humanas era tal, que los esclavos de nacimiento no pudieron pronto satisfacer las necesidades, y fué preciso proporcionarse otros en la guerra. Respecto á estos esclavos, la ley romana daba pruebas de injusticia verdaderamente atroz. Tácito, que da todos los pormenores de las disputas que se entablaron en el Senado con motivo del asesinato de Pedario, nos cuenta que en aquella ocasión se aumentó el rigor de las leyes y que 400 esclavos fueron muertos, aunque para todo el mundo fuese evidente que ninguno de ellos había podido tener conocimiento del crimen. En virtud de una de las más horribles disposiciones de estas leyes, cuando se había cometido un asesinato, se condenaba á muerte, no sólo á los esclavos del asesinato, sino á todos los que comprendía el círculo que se suponía que marcaba los límites del alcance de la voz. Por esto puede juzgarse del poco caso que se hacía de la vida de estos infortunados y de la facilidad con que se les reemplazaba. Creciendo siempre su número, cada ciudadano se vió obligado á llevar armas; abandonaba á sus esclavos el cultivo de las tierras, los trabajos manuales é industriales y todas las ocupaciones que consideraba indignas de él. La situación en que semejante sistema ponía al esclavo está claramente indicada por el hecho de que en el caso en que se hubiera producido perjuicio á un esclavo, los tribunales lo medían por el daño que con él se había causado á su amo. Este sistema tomó tal extensión que el trabajo de los esclavos no tardó en hacerse menos costoso que el de los animales, y pronto se les encomendó la mayor parte de las obras que hacen hoy nuestros animales domésticos. La clase de los asalariados libres en que el país hubiera debido encontrar su fuerza principal, desapareció enteramente, repugnando el ciudadano pobre trabajos tan in-

nobles; prefirió permanecer pobre y mendigar, esperando de la generosidad del Estado pan y diversiones. La lepra y las demás enfermedades no menos asquerosas que entonces existían, eran solamente efecto de la miseria y de la suciedad en que los habitantes vivían. Varias veces se hicieron esfuerzos para remediar el mal, pero lograron tan poco su objeto que las poblaciones continuaron siendo devastadas por epidemias que reaparecían periódicamente. Los esfuerzos que hicieron los primeros Césares no fueron coronados de más éxito, y no se ha exagerado al decir que el antiguo mundo no pudo nunca levantarse del golpe que le asestó la gran peste, que en tiempo de Antonino trajo el ejército al volver de la guerra con los partos. Bajo el reinado de Tito murieron en Roma, en un solo día, diez mil personas.

La institución de los esclavos fué la que alimentó el desprecio con que constantemente miraron los romanos el comercio, desprecio tal que la prosperidad comercial de las demás naciones, y la de Cartago mismo, jamás excitó su envidia. Así, cuando la guerra no absorbía su tiempo, no tenían para distraerse de su ociosidad más que la agitación y las intrigas de la plaza pública, la turbulencia de las elecciones y las emociones de los procesos. Fueron los primeros en descubrir que el privilegio de interpretar las leyes es casi igual al de hacerlas, y esto explica el carácter especial de su jurisprudencia, como las inmensas fortunas adquiridas por los abogados romanos. La desaparición de la clase de los asalariados tuvo por consecuencia inmediata la caída de la república y el establecimiento del imperio; la aristocracia, desembarazada del único adversario que podía contenerla, se dividió en facciones, que alternativamente se disputaron el poder y envolvieron todo el imperio en los desastres de la guerra civil.

La república rechazó en general la máxima política de la antigüedad, en virtud de la cual todo país conquistado era en seguida arruinado y saqueado sin piedad; tal modo de obrar no correspondía á la divisa de la república: someter, conservar y avanzar. La despoblación de las regiones conquistadas debía ser, sin embargo, una de las

inevitables consecuencias de la ocupación romana: es lo que ocurrió en Italia, Sicilia, Asia Menor, Galia y Germania. Si Roma pudo fácilmente hacer prevalecer sus principios políticos fué gracias á su organización militar, y sobre todo á la organización de la legión. Las demás naciones fundaban colonias, ora con fines comerciales, ora con el objeto de desembarazarse del exceso de su población; la colonia romana por el contrario, implicaba siempre una guarnición y un establecimiento militar activo. De hecho, cada legión era un pequeño ejército completo. Cualquiera que fuese la región en que acampase, estaba siempre en relación directa con Roma, y no metafóricamente, sino efectivamente, por las grandes vías militares que construía en todas direcciones, y que iban todas á parar á la Metrópoli. Roma tenía, pues, por principio la ocupación permanente del país conquistado; debía, por consiguiente, tener también por principio no devastar sistemáticamente sus provincias, sino favorecer y aumentar su prosperidad, atendiendo á que cuanto más ricas se hacían sus provincias, más considerables eran las rentas que de ellas podía sacar. Estos principios, por lo demás, eran las condiciones mismas de la estabilidad y seguridad del poder romano, que, como dice el proverbio, no ha sido obra de un día; no fué tampoco obra de un conquistador afortunado, pero representaba los resultados de una política constante seguida durante siglos con infatigable perseverancia. Roma, en sus conquistas, fué á menudo inhumana; constantemente trató de herir con bastante fuerza para no tener que secundar el golpe; jamás perdonó á quien le parecía peligroso, pero pasada una vez la catástrofe, el vencido no tenía, en general, que quejarse del vencedor. Tampoco podía menos de ocurrir á menudo que, á la sombra de la justicia pública, se ocultaran la injusticia y la opresión á los particulares. Los oficiales de la república amontonaban por su iniquidad y exacciones inmensas fortunas, que no han sido después igualadas en Europa. Lo mismo ocurría durante las guerras civiles; Bruto, y Antonio después de él, hicieron pagar al Asia Menor los tributos de cinco años á la vez. La extensión que adquirió este sistema de exacciones, conocidas y permitidas,

llegó á ser tal que, al establecimiento del imperio, la renta anual del Estado llegaba á una cifra de mil millones de francos próximamente.

El valor comparativo de los metales en Roma constituye un documento político de gran importancia. El vellón aumentó muy rápidamente durante las guerras con los cartagineses. Al principio de la primera guerra púnica la plata y el cobre estaban en relación de 1 á 960; en la época de la segunda guerra púnica esta relación era sólo de 1 á 160; poco después bajó todavía y llegó á ser de 1 á 128. La república depreció la moneda al reducir su peso; los emperadores aliando los metales preciosos con otros metales.

El examen de las monedas de una nación nos informa á veces muy exactamente de su situación política y del estado á que han llegado el arte y la ciencia de esta nación. Es posible darse cuenta, y de modo no poco interesante, del progreso de Europa en el estudio de sus restos numismáticos. La sencillez de las primeras edades se reconoce en la plata pura, como la acuñada en Crotona el año 600 antes de Jesucristo; el reinado de Filipo de Macedonia corresponde al oro nativo y sin mezcla. El gradual declive de la prosperidad de Roma se descubre en las sucesivas alteraciones de su moneda; cuando vinieron los malos días preciso fué que los emperadores falsificasen las monedas. Bajo Vespasiano, sesenta y nueve años después de Jesucristo, la moneda de plata contenía la cuarta parte de su peso próximamente de cobre; bajo Antonino Pío, en el año 138, más de la tercera parte; bajo Cómodo, en el año 180, próximamente la mitad; bajo Gordiano, el año 236, se añadió á la plata más de dos veces su peso de cobre, y bajo Galieno se llegó hasta emitir una moneda de cobre, estaño y plata en que los dos primeros metales excedían al tercero en más de doscientas veces su peso. Por aquí se ve en qué desesperada situación se hallaba el Estado romano.

Los demagogos romanos, obedeciendo al instinto común á todos los demagogos, formaban el capital político á expensas del capital industrial; reducían la tasa del interés, prohibían el rédito y más de una vez intentaron abolir las deudas.

La concentración del poder y la inmoralidad iban al mismo paso. En los primeros tiempos el poder era ejercido por algunos miles de ciudadanos; pasó en seguida á manos de cierto número de familias privilegiadas; más tarde aun tocó á algunos individuos únicamente, y al fin se apoderó de él un solo hombre, que se hizo señor de 120 millones de hombres. Durante este tiempo las virtudes que habían honrado los comienzos de la república desaparecieron y fueron sustituidas en último término por crímenes de que el mundo nunca había sido testigo ni podrá serlo ya jamás. No están lejos los malos días cuando en una nación llega á ser la riqueza única señal del rango social. Esos malos días fueron seguidos en Roma de su inevitable consecuencia: el establecimiento de un gobierno fundado en la corrupción y el terror. Ningún lenguaje podría describir el espectáculo que ofrecía la capital después de las guerras civiles. La acumulación del poder y de la riqueza tuvo por efecto la depravación universal. La ley perdió toda autoridad. Los demandantes no podían obtener justicia si no depositaban previamente un regalo. El edificio social no era más que una masa carcomida y en descomposición. El pueblo no era más que populacho; la nobleza era verdaderamente demoniaca y la ciudad un verdadero infierno. Cometíanse en ella todos los crímenes consignados en los anales de la perversión humana: el asesinato, la traición á la mujer, parientes, marido y amigos, el envenenamiento convertido en sistema, el adulterio y otros crímenes que repugna nombrar. Las mujeres de las clases superiores eran tan lascivas, depravadas y peligrosas que nada podía decidir á los hombres á casarse con ellas; el matrimonio era reemplazado por el concubinato; las vírgenes mismas se hacían culpables de increíbles indecencias; los ciudadanos que ocupaban los altos puestos del Estado y las mujeres de la corte no temían bañarse juntos y presentarse desnudos en público. En tiempo de César la intervención del Gobierno se había hecho necesaria: se decretaron primas para alentar al matrimonio; se dieron recompensas á las mujeres que tenían muchos hijos, y á las que tenían menos de cuarenta y cinco años sin hijos se las prohibió llevar alhajas y

salir en litera. El mal, lejos de disminuir, fué siempre creciendo; el matrimonio legal se hizo más raro cada vez, y el concubinato con los esclavos más general, hasta el punto de que Augusto acabó por dictar penas contra el celibato y una ley en virtud de la cual los célibes no podían heredar por testamento, sino de sus padres. Las mujeres romanas, lejos de moderarse en la saciedad de sus deseos, llevaron tan lejos la depravación, que se vieron obligadas á recurrir á prácticas que no pueden ni aun nombrarse en un libro de nuestros días. Contaban los años, no por los cónsules, sino por los hombres con quienes habían vivido; era para ellas el colmo de la dicha no tener hijos y verse libres así de las trabas que la familia impone. Como Plutarco ha dicho con gran acierto, los romanos se casaban, no para tener herederos, sino para heredar. De los demás vicios, más vergonzosos que criminales, y que excitan nuestro asco, la gula y la lujuria descarada, los anales del tiempo nos ofrecen ejemplos innumerables. Un autor escribía entonces esta frase: «Comen para poder vomitar, y vomitan para poder comer.» En la toma de Perusa trescientos ciudadanos, pertenecientes á las familias más pudientes, fueron sacrificados por Octavio en el altar del dios Julio. ¿Son actos esos de hombres civilizados ó excesos de caníbales ébrios de sangre?

La desmoralización más completa reinaba en las clases superiores, el ateísmo en el pueblo. No se pueden recorrer los anales del imperio romano sin rebelarse á la vista de la tranquilidad estúpida y bestial con que morían los hombres de entonces; se presenta un centurión con un mensaje y en seguida la víctima se abre las venas y muere en un baño caliente. Bastaba cuando más con matar al tirano, y es lo que se hizo más de una vez; pero parece como si los hombres del tiempo desesperasen y reconociesen que el mal, dependiendo del sistema mismo, no tenía remedio.

El pasaje siguiente que tomo de Tácito, mostrará si en lo que acabo de decir he exagerado: «Las santas ceremonias de la religión eran profanadas, el adulterio era una costumbre; las islas vecinas estaban pobladas de deserrados; las rocas y sitios desiertos eran constantemente

teatro de asesinatos clandestinos. Roma misma era teatro de todas las monstruosidades; un ilustre origen ó una gran fortuna bastaban para señalar los ciudadanos á los golpes de los asesinos; la ambición, que aspiraba á las dignidades del Estado y la modestia que las rehusaba, eran igualmente criminales; la virtud era un crimen que llevaba á segura perdición; los delatores recibían abiertamente el salario de su iniquidad, raza execrable que se apoderaba como de legítima presa, del consulado, del gobierno de las provincias, del sacerdocio y del gabinete mismo del príncipe; nada era allí sagrado, nada estaba al abrigo de la rapacidad; los esclavos eran sobornados cuando su propia malevolencia no les excitaba contra sus amos; los hombres libres vendían á sus patronos y el que había vivido sin un enemigo perecía por la traición de un amigo.»

Tales fueron las consecuencias de la concentración del poder y de la riqueza en la ciudad de Roma; las de la extensión del imperio fueron muy distintas. Uno de los primeros efectos del establecimiento de la dominación romana en las regiones vecinas, fué la cesación de las pequeñas guerras que hasta entonces las habían assolado. Cambiaron su independendencia por la paz y la seguridad. Además, —y esta fué la consecuencia que tuvo en lo sucesivo más importancia—se establecieron libremente relaciones comerciales directas entre todas las partes del imperio. Las naciones mediterráneas se hallaron más cerca unas de otras y heredaron en común los conocimientos que entonces existían en el mundo. Las artes, las ciencias y la agricultura perfeccionada florecieron en ellas. Las más remotas regiones tuvieron así magníficas vías, acueductos, puentes y otras grandes obras que mostrar. Las provincias se aprovecharon de la corrupción misma de la metrópoli. Uno la proveía de granos, otro de telas, otro de su consumo de lujo, mientras Italia todo lo pagaba en moneda. Nada había en cambio que exportar. Había así cierta tendencia al equilibrio de las riquezas en las diversas partes del imperio é incesante movimiento de numerario. A estas ventajas materiales se agregaron otras que, bajo el punto de vista intelectual, no

tienen menor valor. La superstición y la increíble credulidad de las edades antiguas desaparecieron poco á poco. En la época de la primera guerra púnica, Africa era mirada como región maravillosa, poblada de enormes serpientes capaces de detener á todo un ejército, y de hombres sin cabeza; Sicilia tenía sus ciclopes, sus gigantes y sus sirenas; en España crecían manzanas de oro; á orillas del Ponto Euxino se hallaban las bocas del infierno. Las campañas de las legiones y los frecuentes viajes de los comerciantes por aquellas regiones hicieron desvanecer todas estas quimeras.

El elemento étnico que constituía realmente á Roma no tardó en perecer, lo que fué consecuencia necesaria de su inmenso engrandecimiento territorial. Un débil núcleo de hombres había emprendido la conquista del mundo mediterráneo y había conseguido terminarla. Habían, pues, debido extenderse en inmensa superficie geográfica y se hallaron inevitablemente perdidos en la masa á que se habían mezclado. Por otra parte, la esclavitud era para Italia fuente de ruina cierta y Roma había caído de hecho antes de que los bárbaros la hubieran tocado. Investigando lo que habían llegado á ser los romanos, se descubrirán las verdaderas causas de la caída de su imperio.

Los prodigios y leyendas que la superstición había creado no podían sobrevivir al incesante cambio de relaciones materiales é intelectuales que se había establecido entre todas estas naciones, fundidas ahora en un solo grande imperio. La difusión de la influencia romana por toda la cuenca del Mediterráneo tuvo por inmediata consecuencia la tendencia á la homogeneidad en el modo de pensar, tendencia que había de ser fatal á las numerosas creencias profesadas por tantas diversas naciones.

Después de la expulsión de los Tarquinos, la clase sacerdotal se halló enteramente subordinada á la militar. Los romanos, como toda la historia nos lo enseña, consideraban la religión como simple institución civil sin ninguna significación filosófica y si en algo la estimaban era por el ascendiente que ejerce en los espíritus vulgares. No era para ellos otra cosa que una rama de la in-

dustria de que podían aprovecharse los que la ejercían. En cuanto á preocuparse de ella individualmente y para sí mismos, no pensaban en ello, no interesándose más que cualquier otro comercio lucrativo. Tampoco pensaban en si la religión tenía ó no algún fundamento intelectual; eran soldados y no sofistas, y obedecían á las leyes establecidas de su propio país tan ciegamente como á las órdenes militares. Por eso, durante todo el período de la república y también bajo los primeros emperadores, la población romana aceptó sin gran repugnancia todos los cultos que fueron introducidos en Roma. La vanidad nacional se hallaba hasta lisonjeada de ver imperar en Roma los dioses de las naciones vencidas. De esta fusión de todos los cultos en la capital y del cambio incesante de ideas en las provincias, debían nacer los más importantes acontecimientos.

Pronto, en efecto, se hizo evidente que la unidad política que abarcaba tan vasta superficie geográfica exigía la unidad intelectual, y por tanto la unidad religiosa. El politeísmo se había hecho incompatible con la homogeneidad del imperio romano, y manifestábase general aspiración al monoteísmo. Claro es que el reconocimiento de un emperador único por tantas naciones debía inevitablemente conducir al reconocimiento de un Dios único. Siempre hay tendencia á la uniformidad entre las naciones unidas por un lazo político común. Además, las rivalidades de los sacerdotes de cien cultos diferentes eran para el politeísmo causa de inherente debilidad. El monoteísmo, al contrario, implica la centralización, una jerarquía organizada y la concentración del poder. Los opuestos intereses de la multitud de religiones admitidas y los conflictos que entre ellas se suscitaron arruinaron poco á poco la fe individual: una especie de ateísmo práctico invadió enteramente la población; mostró completa indiferencia hacia todas las ceremonias del culto externo, y renunció á todo Dios y á toda creencia. Las creencias supersticiosas que formaban la religión nacional se apoyaban esencialmente en el reconocimiento de la incesante intervención de multitud de divinidades en los negocios humanos; poco á poco la fe en esta creencia se había extinguido en la clase ilus-

trada. ¿Cómo la razón humana había de obrar de otro modo en medio de las locuras y pretensiones contradictorias de mil divinidades diferentes, indígenas unas y tomadas las otras de las naciones vecinas? Un Dios, que es omnipotente y unánimemente adorado en su templo ó en su bosque consagrado, pierde todo su prestigio cuando se ve mezclado con otra multitud de dioses. No existe en este respecto la menor diferencia entre los dioses y los hombres. Las grandes ciudades los reducen á unos y á otros al mismo nivel: el hombre que en su aldea ocupa rango excepcional pierde toda su importancia cuando se confunde con la multitud de una gran ciudad.

Basta examinar superficialmente la filosofía romana — si de filosofía romana puede hablarse — para ver hasta qué punto se había borrado el sentimiento religioso. El excepticismo se manifiesta en los escritos de Terencio Varrón, 110 años antes de Jesucristo, que declara que los dioses antropomórficos deben estimarse como simples emblemas de las fuerzas materiales. La tendencia general del tiempo se dibuja también en el poema de Lucrecio: recomienda á sus conciudadanos que emancipen su espíritu de todo temor á los dioses; combate la inmortalidad del alma, y presenta la naturaleza como el único Dios á quien se debe adorar. En Cicerón vemos cuán poco sólido y seguro guía había llegado á ser la filosofía en aquella época. Este escritor, que aspiraba á pasar por el primer pensador de su tiempo, no era más que servil copista de sus antecesores griegos. Su pensamiento no es viril, ni independiente, y prefiere el éxito actual á duradero porvenir. Cicerón, que deja siempre adivinar al abogado, antes se dirige al vulgo que á los filósofos; disfraza apenas su excepticismo bajo transparente velo, y con su instinto de hombre político prefiere, á las investigaciones profundas y abstractas de la filosofía, las que interesan al público. Como todos los hombres superficiales, no ve ninguna diferencia entre la especulación y la ciencia exacta, y confunde una con otra. Opina que no conviene comunicar la verdad á todos, y sobre todo la verdad religiosa. En este sentido le damos la razón por completo cuando recordamos que Dios para él es sólo el alma del mundo;

que hace serias objeciones contra la existencia de la Providencia; que insinúa que los dioses son simples creaciones poéticas; que vacila sobre la inmortalidad del alma, y que considera evidente que la doctrina popular acerca de la vida de expiación fuera de este mundo no es más que una ridícula fábula.

Los romanos dejaban donde quiera señales de su genio práctico. Lo vemos á cada paso en su filosofía, lo mismo que en su increíble pobreza de ideas originales. Quinto Sextio nos recomienda vivir virtuosamente y, para conseguirlo, abstenernos de carne. La mayor parte de los filósofos de la escuela cínica compartían esta opinión, y algunos, á lo que parece, imitaban en todo á los brahmanes. Durante los reinados agitados de los primeros Césares, á la filosofía pedían los hombres apoyo; ya no había religión para sostenerlos; entre los estóicos hay algunos, como Séneca, que nos complacemos en recordar. Por sus escritos ejerció considerable influencia en las edades siguientes, y, sin embargo, si leemos atentamente sus obras, atribuiremos su éxito, menos á su valor intrínseco, que al hecho fortuito de que armonizaba con las ideas de su tiempo. Insiste mucho en la necesidad de las buenas costumbres, aun escribiendo contra la religión de su país, contra sus prácticas y sus deberes. Muy superior á Séneca era Epicteto, á la vez esclavo y filósofo, y que apenas se puede clasificar entre los verdaderos estóicos. Mira al hombre cual simple espectador de Dios y de sus obras, y enseña que todo hombre que no puede ya soportar las miserias de la vida puede librarse de ellas suicidándose, si después de madura y concienzuda deliberación interior ha adquirido la convicción de que los dioses no desaprueban su acción. Su máxima fundamental es que cada cual tiene aquí abajo un papel que representar, y que ha hecho bien cuando lo ha cumplido lo mejor posible; la conciencia de cada cual es, por lo demás, el único guía que debe seguirse. Séneca pretendía que el tiempo es la única cosa que poseemos de un modo absolutamente cierto, y que ninguna otra pertenece al hombre. Epicteto enseñaba que la única cosa sobre la que tenemos algún poder son nuestros pensamientos. El emperador Marco Aurelio no vaciló en ex-

presar su gratitud á Epicteto, el esclavo, por haber tratado de arreglar su vida según los principios de los estóicos. Epicteto recomienda á los hombres que se libren del pecado, y prefiere los ejercicios religiosos á las investigaciones científicas; en esto se apartaba hasta cierto punto de las doctrinas primitivas de la secta, pero en los malos días de entonces los hombres estaban más dispuestos á pedir consuelos á la religión que á la filosofía. En Máximo de Tiro, 146 años después de Jesucristo, hallamos análogo parecer, aunque disimulado bajo las apariencias del platonismo: parece insinuar que la adoración de las imágenes y de los santuarios son inútiles para los que todavía conservan vivo recuerdo de la visión que en otro tiempo tuvieron de la divinidad, pero que convienen perfectamente al vulgo que ha olvidado su pasado. Con Alejandro de Afrodisia, trata de la Providencia absoluta y contingente; considera sus relaciones con la religión, y parece inclinado á participar de los sentimientos piadosos de su tiempo.

De Galeno, el médico, hablaré más tarde. Observemos únicamente que asigna á nuestros conocimientos una fuente única, la experiencia, y que hace mayor caso del estudio de las matemáticas y de la lógica; confiesa él mismo que sin la geometría se hubiera hecho pirrónico. Encuentra los fundamentos de la verdadera teología en una de las doctrinas de la fisiología, la teleológica. Los médicos de aquel tiempo contribuyeron grandemente á hacer prevalecer este modo de ver; la mayor parte de ellos adoptaron la teoría panteísta. Citemos únicamente á Sexto Empírico: sus obras, que han llegado hasta nosotros, revelan la tendencia de la escuela al naturalismo.

Así pensaba la clase letrada de los romanos; era presa del ateísmo, y el ateísmo también, en forma de indiferencia, se volvía á encontrar en el vulgo. Pero el hombre está constituido de tal modo que no puede vivir mucho tiempo sin culto exterior. Era, pues, de temer que, haciendo posible el progreso intelectual, la aparición de la idea monoteísta se tradujese en forma indigna de ella. En época mucho menos remota que la de que hablamos, un emperador romano decía, él mismo, que convendría favorecer la difusión de la sana filosofía entre las clases supe-

riores, y encontrar para las inferiores un culto que les ofreciese espléndidas é imponentes ceremonias. Este emperador comprendía cuán difícil es al hombre de Estado solo conciliar estas dos exigencias contradictorias. El politeísmo había perdido todo poder intelectual, pero no podía ser que naciones que apenas habían roto con él no retuvieran nada de sus antiguas disposiciones á analizar la religión y á corporificar la divinidad. Era de temer, por el contrario, que la teología siguiese el mismo camino que la política, que á los antiguos reyes había sustituido los emperadores; es decir, reyes menos accesibles y más majestuosos, y que produjese únicamente concepciones antropomórficas perfeccionadas.

La historia nos demuestra constantemente que las naciones no pueden ser modificadas de un modo permanente por principios ó actos, sino á condición de que estos actos ó principios estén de acuerdo con la tendencia dominante actualmente en estas naciones. Si la violencia se ejerce en ellas, su obra no será duradera, y de ella ni aun huella quedará quizá después de algunas generaciones. La victoria misma es vencida por el tiempo. Los cambios profundos sólo son posibles cuando la fuerza activa marcha al unísono con el temperamento general. La paz y la unidad de sentimientos, que bajo los auspicios de un poder protector y poderoso, acababan de establecerse tan rápidamente entre todas las naciones mediterráneas enemigas poco há; los intereses de inmenso comercio, floreciente, sin trabas, á consecuencia de la reunión en una sola gran república, de infinidad de pequeños reinos, todo concurría á preparar tal estado de cosas que el poder político quedara asegurado á todo dogma religioso fundado en sentimientos de afecto é interés mutuos. Debía infaliblemente ocurrir que entre los grandes guerreros del tiempo, se presentase uno cuya inteligencia práctica comprendiera la inmensa ventaja personal de aliarse con la idea dominante. ¿Qué partido podía más seguramente ganarle partidarios, en el centro como en las partes más remotas del imperio? Y aun, si su propio estado intelectual le prohibiese aceptar implícitamente la forma especial de que esta idea dominante se había

revestido, ¿podía ponerse en duda que, si la aceptaba y le era fiel como político, aun repudiándola como hombre, le aseguraría, en cambio, inmenso engrandecimiento de poder, poder bastante considerable para permitirle, en caso de que la metrópoli se resistiera ó se prestara mal á sus proyectos, suscitarla una rival en más ventajosa situación, y abandonarla á sí misma, á ella, resto de tanta gloria y de tantos crímenes?

La historia nos atestigua, pues, que la aniquilación de las antiguas nacionalidades independientes de la cuenca del Mediterráneo fué la que dió el último golpe al politeísmo, y que el monoteísmo fué consecuencia del establecimiento del imperio en Roma. Los grandes hombres del tiempo, debían haber previsto que, bajo cualquier forma que el cambio se realizase, se hallaría necesariamente limitado al imperio mismo, y que la religión de Roma prevalecería donde quiera que su lengua fuera comprendida. Sólo con el tiempo podían traspasarse estos límites, y únicamente en las direcciones en que la situación de las cosas permitiera esta extensión. Al Mediodía, nada había que esperar más allá de las regiones de Africa que tocan inmediatamente al mar; más allá, el hombre vive en la degradación y se encuentra feliz. Hacia el Oriente, existían grandes monarquías, independientes y todavía intactas, cada una con su civilización especial y sin ninguna necesidad bajo el punto de vista religioso. Al Norte, se encontraban naciones sumergidas en la más horrible y vergonzosa barbarie, naciones de polígamos, idólatras y borrachos que bebían en los cráneos de sus enemigos. Estaban llamadas, sin embargo, á recorrer brillante carrera y estábales reservado glorioso porvenir.

Si exceptuamos la muerte de una nación, no hay en la historia de la humanidad acontecimiento tan profundamente solemne como la muerte de una religión, aunque las ideas religiosas sean transitorias como todas las demás y las creencias se sucedan periódicamente, según la ley que rige las variaciones continuas del pensamiento humano. La época intelectual á que hemos llegado, está esencialmente caracterizada por dos grandes hechos: la

ruina de un sistema consagrado por el tiempo, pero anticuado, y la adopción de otro sistema nuevo lleno de vida. Al principio, las opiniones se modificaron y sucedieron unas á otras hasta que, al fin, después de varios siglos de fusión y disolución, si así puede decirse, alrededor de lo que quedaba del poder romano, como alrededor de un centro de cristalización, se formó un sistema definido que, desarrollándose lenta y gradualmente, acabó por llegar á ser el papado y satisfacer las necesidades de Europa durante los mil años que comprende la Edad de fe.

La actitud personal tomada por las clases ilustradas contribuyó poderosamente á esta ruina del antiguo sistema. Se contentaban con tomar parte en las ceremonias exteriores del culto, reservándose á sí mismas las doctrinas superiores que estimaban por encima de la inteligencia del vulgo. Considerándose como una especie de aristocracia intelectual se mantenían aparte, y con sonrisa de mal disimulada ironía, aprobaban las locuras que se hacían á su alrededor. La situación se había hecho amenazadora, cuando autores como Polibio y Strabón, para justificar el consentimiento ostensible que otorgaban sus conciudadanos á las leyendas y tradiciones consagradas, indicaban que es peligroso é inútil desafiar la opinión pública, y que se necesitan espantajos para contener á los que son tan niños por su inteligencia como los que lo son por su edad; cuando ceremonias, que poco hacía imponían respeto á todos, se hallaban rebajadas á vergonzosas comedias representadas por impío sacerdocio é incrédula aristocracia; cuando los oráculos se callaban porque ya no podían resistir á los malignos ataques de los iniciados; cuando los milagros del pasado pasaban por fábulas, y los milagros actuales por prestidigitación; cuando los mismos hombres de Estado adoptaban la máxima de que «cuando el pueblo ha llegado á cierto grado de cultura intelectual, la clase sacerdotal, si quiere conservar el poder, debe engañarle ú oprimirle».

En Roma, en tiempo de Augusto, las clases intelectuales, los filósofos y los hombres de Estado, habían abandonado completamente las antiguas creencias. Para ellos las leyendas nacionales, que tan celosamente conservaba

el populacho, no eran más que ficciones. El acontecimiento que había enorgullecido á sus antepasados, por que establecía el origen divino del fundador de la ciudad, la milagrosa concepción de Rea Silvia por el dios Marte, se había convertido en simple mito. Se había cesado de poner su confianza y su esperanza en la intercesión de Venus, el emblema de la gracia femenina, para con el padre de los dioses en favor de sus protegidos humanos. Los libros sibilinos que encerraban, según se creía en otro tiempo, todo cuanto debía asegurar la grandeza de la república, eran sospechosos ahora de proceder de origen no divino; no se dejaba de insinuar que en diferentes ocasiones habían sido alterados con objeto de satisfacer pasajeros intereses, y hasta que los verdaderos libros sibilinos habían sido destruídos y reemplazados por otros nuevos. Como nosotros, estimaban la mitología griega, no por la parte de verdad que pueda contener, sino por los encantadores temas que puede ofrecer á la poesía, á la pintura y á la escultura. No se creía ya en la existencia de aquellos héroes cuya memoria habían consagrado las edades piadosas, y que á veces se habían deificado, en recompensa de los grandes ejemplos y de las bellas y útiles acciones de su vida, ó, si se admitía que aquellos ilustres mortales hubieran realmente vivido, se atribuía una parte de sus hazañas á la ignorancia y á la superstición de su tiempo. Así sucedía con Esculapio, Baco y Hércules. En cuanto á la diversidad de las formas del culto, la multitud de sectas que se repartían las naciones antiguas, todas ofrecían el espectáculo de la más impotente devoción, á la que sólo se atendía en cuanto podía servir á los intereses del Estado.

Tal era la situación de las cosas. En un sentido las clases ilustradas habían conquistado su libertad, en otro seguían todavía siendo esclavas. La repugnancia que mostraban á exponerse á los castigos que podían imponerles las demás clases sociales, es para sorprendernos. Las clases ilustradas obraban, en efecto, como si viesen en el vulgo una bestia feroz dispuesta á devorarlas si le despertaban bruscamente de su sueño. Las clases ignorantes, á las que tanto habían temido, se despertaron espontánea-

mente cuando les llegó la hora, y comprendieron clarísimamente en seguida cuál era el estado de las cosas.

Entre los emperadores romanos, algunos tuvieron una inteligencia enteramente superior. Sin embargo, aunque hubieran distinguido claramente, como todos aquellos cuya atención había atraído la cuestión, en qué sentido marchaba la sociedad, ni uno solo de ellos levantó el dedo para guiarla y dejaron que las cosas siguiesen su camino. Es verdad que el genio romano siempre se manifestó más bien material que intelectualmente; pero Roma, en sus grandes días, jamás hubiera consentido en abandonar la dirección de los acontecimientos á libertos, eunucos y esclavos. Ellos despojaron la antigua religión de toda su importancia política, mientras el gobierno fingía obedecer á los antiguos dioses. Así no es de sorprender que inmediatamente después de la introducción del cristianismo, sus doctrinas tan puras hayan sido corrompidas por su fusión con las creencias que se acababan de abandonar. No había que esperar que el vulgo pudiera desprenderse inmediatamente del círculo vicioso en que se hallaba encerrado. Sólo la filosofía era capaz de libertarle y la filosofía faltó á su deber en el momento de la crisis. Así apenas si deben excitar nuestro asombro hechos como este: las ferias de Augusto continuaron celebrándose con motivo de la fiesta de San Pedro Advíncula; hasta nuestros días la imagen de la Santa Virgen fué solemnemente llevada al río, como lo era en otro tiempo la de Cibeles; en fin, la mayor parte de los ritos paganos se conservaron en Roma. Si el paganismo hubiera sobrevivido únicamente en algunos usos y prácticas accesorias de este género, el mal no hubiera sido grande; pero — como saben cuantos han estudiado este asunto — fué mucho más general y más profundo. Cuando los efesios supieron que el concilio convocado en su ciudad y presidido por Cirilo, acababa de decidir que la Virgen se llamaría «la Madre de Dios» vertieron lágrimas de alegría y abrazaron las rodillas de su obispo; el antiguo instinto hablaba todavía en ellos y sus antepasados no hubieran obrado de otro modo si se hubiese tratado de Diana. Trajano hubiera podido volver á Roma diez siglos des-

pués de su muerte y hubiera encontrado el mismo drama con otros actores y otro escenario; hubiera reconocido cuán grande había sido la falta de legislación de su reinado; hubiera reconocido cuánto más cuerdo es en los gobiernos, desmoronada ya la base intelectual de la religión, abstenerse de toda intervención violenta en favor de ideas inaceptables ya, y tomar parte en el movimiento naciente para ponerse á su cabeza y trazarle el camino. La filosofía es impotente para sostener cosas que el sentido común ha empezado á repudiar; no hace entonces sino compartir su descrédito. Una vez perdida la ocasión oportuna de hacerse útil á la humanidad, pueden pasarse edades enteras sin que se presente de nuevo otra ocasión semejante. La ignorancia y los viles intereses aprovechan esa ocasión y cargan á la humanidad con un peso de que ni diez siglos de lucha pueden bastar para librarla. Uno de los más sagrados deberes de todo gobierno ilustrado, es aliarse con la filosofía en el momento en que la sociedad atraviesa la crisis más seria de su existencia, la en que repudia la fe antigua para aceptar otra nueva. De todos sus deberes, ese es el primero y más importante, porque afecta á intereses que sobreviven á todos los intereses temporales.

CAPÍTULO IX

Edad de examen en Europa.

Después de haber expuesto la caída del politeísmo, la decadencia de la filosofía y la desorganización moral y social del imperio romano, ocupémonos del acontecimiento más importante de la historia, del nacimiento del cristianismo. Tengo que mostrar cómo nació y se propagó esta nueva creencia, cómo se halló un criterio de verdad en la institución de los concilios eclesiásticos y cómo se desarrolló un sistema que, durante mil años próximamente, debía satisfacer las necesidades intelectuales de Europa.

El lector, á quien acabo de exponer la marcha de los asuntos romanos, debe prepararse ahora á estudiar sus consecuencias. Nos es necesario seguir los progresos del cristianismo y al mismo tiempo examinar cómo se adaptaron á las necesidades intelectuales del imperio sus principios fundamentales y cómo se transformó sucesivamente; tarea en extremo peligrosa si es cierto que la sinceridad y la verdad mismas ofenden á veces. Por mi parte tengo intención de no hablar sino con el más profundo respeto de esta gran cuestión, pero también con entera libertad, porque para mí la libertad de pensamiento y la de la palabra es el primero de los bienes de este mundo.

Así, á fin de que nadie se equivoque sobre mi manera de pensar, declaro muy alto y antes de pasar adelante, que me parece que sé distinguir entre el cristianismo, que es don de Dios, y las organizaciones eclesiásticas que, nacidas de las necesidades del hombre é inventadas

por el hombre, pueden ser criticadas, y hasta si es necesario, condenadas libremente.

El estado en que se encontraba el imperio romano indica muy claramente en qué principios debía apoyarse cualquier sistema nuevo destinado á mejorar la situación de las cosas. La violencia había concluído bajo el reinado de Augusto, no por otra razón sino porque había terminado su obra. La fe había perecido, la moralidad desaparecido. En torno del Mediterráneo las naciones conquistadas se consideraban envueltas en común infortunio. El silencio reinaba en Europa, en Asia y en Africa; pero este silencio era el silencio de la desesperación.

Roma jamás consideró al hombre como un sér, sino como una cosa. Persiguió su grandeza política sin compasión á los sufrimientos humanos. Si su dominación fué á veces ventajosa á los pueblos conquistados, fué sólo fortuitamente y cuando Roma se mostró civilizadora, nunca lo fué conscientemente, ni de propósito deliberado. La conquista y la rapiña eran el objeto constante de sus actos, y nunca, ni siquiera cuando llegó al término de su desenvolvimiento intelectual, pudo comprender la igualdad de los hombres ante la ley. Siempre permaneció fiel á su inflexible política y fueron muy raras las ocasiones en que, obligada por la razón de Estado, consintió en detener su mano pronta á herir. Los caprichos del poder la hicieron á veces misericordiosa, pero nunca supo elevarse hasta la benevolencia.

Cuando Siria pagaba de cuota la tercera parte de su renta anual, ¿por qué admirarse de que el aldeano judío suspirase por un libertador y anhelase ardientemente la venida del Mesías, rey temporal de los judíos, que le prometían las tradiciones nacionales? ¿Es de admirar que los hombres aspirasen á la igualdad ante la ley, cuando en todas partes era proclamada la igualdad de todas las criaturas humanas ante Dios, que «hace lucir el sol sobre los buenos y los malos y envía las plagas del cielo lo mismo sobre el justo que sobre el injusto»? La igualdad universal implica la benevolencia universal; á las prescripciones impersonales y comunmente eludibles de la ley, sustituye las sugerencias de la conciencia siempre

presente; acepta en fin la máxima: «Haz con los demás lo que quieras que los demás hagan contigo.»

El modo de propagar una doctrina depende de dos cosas: de la naturaleza intrínseca de esta doctrina y de las condiciones en que se hallan aquellos á quienes está destinada. La difusión del cristianismo no es por ningún concepto difícil de comprender. Su adversario, el paganismo, estaba minado por causas de debilidad inherentes y por la impiedad: presentaba el aspecto más sombrío. Si se le puede llamar sistema, era un sistema sin idea dominante, sin principios, sin organización y falto totalmente de espíritu de proselitismo. Sus pontífices tenían cada uno su dios particular y no formaban en manera alguna un cuerpo político; presidían las ceremonias del culto y predecían los acontecimientos futuros, sin que jamás intervinieran en la vida de familia. El paganismo no tenía consuelos que ofrecer á los humildes y á los desgraciados: apenas si admitía la vida futura: limitaba á las cosas de este mundo las aspiraciones y el destino del hombre, enseñando que cada cual debe tratar á toda costa de asegurar su dicha aquí abajo, y que el suicidio es el refugio de los hombres valerosos contra el infortunio.

Por otra parte estaba el cristianismo con su entusiasmo ardiente y su fe abrasadora, con su promesa de recompensas en esta vida y de felicidad sin término ó de eterna condenación en el otro mundo, con sus doctrinas tan precisas sobre el pecado, el arrepentimiento y el perdón, con sus dogmas fascinadores sobre la resurrección de los muertos, del fin próximo del mundo y del juicio final; el cristianismo, fuerte con la eficacia de la sangre del Hijo de Dios, fuerte con su ardor proselitico y (bajo el punto de vista mundano), fuerte sobre todo con la incomparable organización que recibió desde el principio. Al cristiano pobre le daba las limosnas de los fieles y al afligido sus simpatías. Cada vez que los cristianos se reunían, pedían á Dios que oyera las quejas de los cautivos y tuviese piedad de los que iban á dejar la vida. Para el esclavo y para su dueño no había más que una ley, una esperanza, un bautismo, un salvador, un juez. Sin duda que, frecuentemente cuando la desgracia hería

á una familia, el esclavo cristiano consolaba á su señora de la pérdida de un sér querido con la idea de que las separaciones de este mundo son pasajeras y de que hay otro donde volveremos á encontrar á nuestros muertos. ¿Cómo contener la difusión de una creencia capaz de hacer palpar de gozo los corazones transidos de dolor?

La primera organización del cristianismo era una especie de comunismo: se reunían los bienes de los fieles y formaban un fondo común, con el cual sostenían á los necesitados. Tal sistema, rigurosamente aplicado, no puede subsistir más que muy poco tiempo, y no conviene sino á una comunidad muy reducida. Es por su misma naturaleza impracticable en gran escala. Apenas estuvo en vigor, las dificultades que suscitó la cuestión de las viudas hebreas y griegas vinieron á mostrar la urgencia de su modificación. El establecimiento de un fondo común facilitó sobremanera á la Iglesia la propagación de la nueva ley entre las clases inferiores. En los países cálidos, en los que son poquísimas las necesidades de la vida, un capital insignificante en apariencia, puede, por este medio, producir grandes resultados. Pero á medida que se acumulaba la riqueza, se despertaban las concupiscencias y las ambiciones; queriendo rivalizar y aun eclipsar los dignatarios eclesiásticos á los del Estado, necesitaban espléndidas remuneraciones y costosísimo modo de vivir.

Estas modificaciones que la organización primitiva de la cristiandad tuvo que sufrir, nos autorizan para formular la instructiva conclusión de que no se debe otorgar más que secundaria importancia á las formas particulares que más tarde revistió sucesivamente el principio cristiano. Iban desapareciendo tan radicalmente las sectas de los primeros tiempos, que apenas recordamos el sentido de los nombres con que se las conocían y la naturaleza de sus dogmas especiales. La ortodoxia cristiana, que en un principio se reducía á prácticas apropiadas al estado intelectual de los primeros fieles, tales como el ayuno, la penitencia y la limosna, se elevó en seguida por grados á las más altas doctrinas metafísicas. Se haría mal, no obstante, en suponer que cada una de estas prác-

ticas ó doctrinas fué obra aislada de un hombre ambicioso. Consideradas, como deben serlo, es decir, en su conjunto, aparecen como los resultados del progreso normal de las opiniones humanas.

Consulte el lector curioso á los autores que han tratado de las sectas de los primeros tiempos, y verá en ellos cómo la Iglesia en sus principios tuvo que combatir el apego aferrado á los ritos hebreos, y con qué dificultad consiguió separarse del judaísmo, que predominó en los diez primeros años; verá también cómo durante siglos estuvo agitada por disputas sobre la naturaleza de Cristo, y cómo de estas disputas surgieron creencias sobre creencias; para los ebionitas, Cristo era simplemente un hombre; para los docetas no tenía forma ninguna sensible; según Cerinto, judío gnóstico, poseía doble naturaleza. El lector verá, en fin, en dichos autores, cómo el cristianismo, más tarde, después de haberse extendido por todo el imperio, conservó visibles huellas de las dos influencias que habían obrado sobre él, la del Oriente y la del Occidente: el Oriente con sus doctrinas especulativas, de las cuales, las más importantes, se habían desarrollado por la filosofía platónica de Alejandría, la secta filosófica que suministró mayor número de conversos á la nueva fe; el Occidente con su genio utilitario, completamente práctico, hostil al pensamiento, y que, favorecido singularmente por las circunstancias, no se preocupaba más que de engrandecerse materialmente y de desarrollar su poder territorial. En Oriente todas las concepciones producidas por las sectas cristianas se pierden en Dios; en Occidente, todas tienen al hombre por objeto. Esto es lo que distingue esencialmente al Occidente del Oriente: por un lado abundancia de doctrinas referentes á la naturaleza de la Divinidad; por otro, abundancia de preceptos para la mejora y consuelo de la humanidad. Durante mucho tiempo observose amplísima tolerancia con las diferencias de opinión, y hasta la época del concilio de Nicea ningún cristiano era considerado como hereje desde el momento en que profesara el símbolo de los apóstoles.

Un historiador eclesiástico hace, con respecto á las pri-

meras alteraciones del cristianismo, esta atinada advertencia: «Una fuente límpida y pura, alimentada por cañales secretos que le rinden el tributo del rocío del cielo se tiñe necesariamente, al convertirse en gran río de largo y sinuoso curso, del color de las diferentes tierras á través de las cuales corre.» Bajo la influencia de las circunstancias exteriores, se produjeron tres modificaciones distintas del cristianismo primitivo: la judaica, la gnóstica y la africana.

La primera proviene de la influencia del judaísmo. El cristianismo no llegó á emanciparse del judaísmo, sino con extrema dificultad, costándole frecuentes discusiones que estallaron entre los mismos apóstoles. Los primeros discípulos se mantuvieron fieles á la pureza de la doctrina hebraica, y les fué imposible renunciar á la idea de que el Salvador era el Mesías temporal, el rey de los judíos que se les había prometido de tiempo atrás. La nueva fe se propagó muy rápidamente, ganando desde luego á los judíos, después á los gentiles, y, por último, al mundo entero, sin distinción de nación, de clima, ni de colores. Entonces fué cuando atrajeron la atención de todas las doctrinas fundamentales en que se apoyaba. El cristianismo judaico, propiamente dicho, encontró bien pronto prematuro fin; no pudo sostenerse contra las poderosas influencias apostólicas que reinaban en el seno de la Iglesia, ni contra la presión violenta ejercida sobre él por los judíos no convertidos que la perseguían con odio encarnizado. Judíos fueron los primeros que predicaron en el imperio romano. Durante los primeros años se exigía la circuncisión y la conformidad con la ley de Moisés; pero el primer concilio que se reunió en Jerusalem el año 49, habiendo deliberado sobre este punto, se decidió por la negativa. Se cambió la organización de la Iglesia primitiva, que en un principio estaba calcada en la de la sinagoga. Al principio las creencias y los ritos eran sencillos: bastaba profesar la fe en Jesucristo y recibir el bautismo que marcaba la admisión del prosélito en la comunidad de los fieles. Santiago, que era llamado el hermano de Nuestro Señor, ocupaba, como se puede adivinar por su ilustre parentesco, el primer puesto en

la Iglesia. Según Eusebio, los nombres de los obispos de Jerusalem que sucedieron á Santiago, son: Simeón, Justo, Zaqueo, Tobías, Benjamín, Juan, Mateo, Felipe, Leví, Efraín, José y Judá. Estos nombres indican suficientemente su nacionalidad.

Una de las glorias de esta Iglesia era la de que no había sido mancillada por ninguna heregía hasta el tiempo del último obispo judío, gloria que, no obstante, no debemos concederle sin reserva, porque desde muy temprano encontramos en Jerusalem las huellas de dos partidos opuestos: los que aceptaban la concepción milagrosa de Cristo y los que la rechazaban. Los ebionitas pretendían hacer remontar la genealogía de nuestro Salvador hasta David, conforme al Evangelio de San Mateo, y no querían, por lo tanto, oír nada sobre tal concepción milagrosa, pretendiendo que era apócrifa y que estaba en manifiesta contradicción con la tradición que hacía descender de José al Salvador. Los ebionitas deben ser considerados como núcleo del partido nacional ó patriota.

Parece ser que contrariaron el progreso de la conversión de los judíos dos causas: la primera fué la decepción que experimentaron sobre el poder temporal del Mesías, y la segunda la preeminencia que en seguida se otorgó á la doctrina de la Trinidad. Persegúan con celo rayano en fanatismo todo cuanto afectaba á la doctrina nacional de la unidad de Dios. El cristianismo judaico concluyó realmente con la destrucción de Jerusalem por los romanos. Su último vestigio lo encontramos en la disputa sobre la Pascua, disputa á que puso fin el concilio de Nicea. La conversión de los judíos había cesado ya antes del reinado de Constantino.

La segunda forma del cristianismo, el cristianismo gnóstico, había terminado su desarrollo un siglo después de la muerte de Cristo. Ejerció influencia muy activa durante los cuatro primeros siglos, dando nacimiento á infinidad de sectas secundarias. No era otra cosa que el cristianismo ingerto en el magismo. Hacía del Salvador una inteligencia emanada, derivada de un espíritu eterno que existía por sí mismo. Esta inteligencia, y no Jesús-Hombre, era para ellos Cristo. Cristo, inmaterial é insen-

sible, no podía para el gnosticismo ser fuente de las ideas de expiación y de sacrificio. El cristianismo gnóstico fué contenido en su desarrollo por la reaparición del magismo puro entre los persas bajo el reinado de Ardechy-Babegan. No desapareció, sin embargo, antes de hacer en el cristianismo ortodoxo impresión más profunda de lo que se ha supuesto, cuyas indelebles huellas subsisten todavía en nuestros días.

La tercera forma, el cristianismo africano ó platónico, nació en Alejandría. En esta ciudad fué donde se promovieron aquellas fatales disputas referentes á la Trinidad, palabra que no se lee en las Santas Escrituras, y que parece haber sido empleada por primera vez por Teófilo, obispo de Antioquía. En tiempo de Adriano, el cristianismo se había difundido por todo Egipto, conquistando numerosos prosélitos entre los filósofos platónicos de la Metrópoli. Estos filósofos modificaron la idea gnóstica en el sentido de sus propias doctrinas. Pretendían que el principio de que procede el universo emana del espíritu supremo y es susceptible de volver á él, como el rayo de sol, decían, emana del sol y vuelve al sol. Afirmaban que este rayo estaba ligado de una manera permanente á nuestro Salvador, y que, por consiguiente, podía éste ser considerado como Dios. Hay, pues, en su persona tres partes distintas: el cuerpo, el alma y el *logos*. De modo que es á la vez Dios y hombre. Pero como el rayo es inferior al sol, es claro que Cristo debe ser inferior al Padre.

Hay evidentemente en todo esto algo transcendental, y los cristianos, imitando el ejemplo de los filósofos griegos, veían en ello una doctrina misteriosa que calificaban de «manjar de los hombres fuertes», en tanto que la doctrina popular era «la leche de los recién nacidos». Justino, santo y mártir (año 132), que había sido filósofo platónico, pensaba que el rayo divino, después de haberse fijado en Cristo, no se retiraba nunca de él ni se había separado nunca de su fuente. Explica su idea con dos ejemplos: así como el discurso (*logos*) sale de un hombre y llega á otro hombre transmitiéndole cierto pensamiento que permanece, sin embargo, en la persona que habla, lo mismo el *logos* del Padre subsiste inalterado en él, por

más que haya sido comunicado al Hijo; ó mejor todavía, lo mismo que una lámpara puede servir para encender otra sin perder nada de su brillo, lo mismo se transmite al Hijo la divinidad del Padre. Esta última interpretación se hizo más tarde muy popular, y halló su lugar en el símbolo de Nicea: «Dios de Dios; Luz de Luz.»

Es evidente que esta argumentación tenía por objeto conservar intacta la doctrina de la unidad de Dios, porque en esta época la inmensa mayoría de los cristianos eran monárquicos, en la acepción teológica de la palabra.

Así desaparecieron el cristianismo judaico y el cristianismo gnóstico; el cristianismo africano, platónico ó alexandrino estaba destinado á perpetuarse. No se comprende cómo pudo suceder así si no se conoce la historia política de la época. Recordaré, pues, brevemente sus hechos principales.

El cristianismo comenzó la conquista del mundo por donde había nacido, por Judea. Bajo su primera forma hizo rápidos é inevitables progresos, gracias á la creencia, entonces universal, de que estaba próximo el fin de todas las cosas y de que el mundo iba á perecer por el fuego. Salió de la guerra civil que había encendido en Judea para comenzar su era de conquista y de engrandecimiento exterior. Invadió sucesivamente á Chipre, Frigia, Galacia, toda el Asia Menor, Grecia é Italia. Las persecuciones de Nerón con ocasión del incendio de Roma no detuvieron un instante su carrera. Bajo su reinado se propagó muy rápidamente, y bien pronto surgieron en todas direcciones iglesias petrinas, paulianas ó judaizantes y helenistas. Las últimas superaron á las primeras, concluyendo éstas por desaparecer definitivamente. La constitución de las iglesias se modificó, y las congregaciones perdieron poco á poco el poder, que concluyó por concentrarse enteramente en manos del obispo.

La forma episcopal predominaba y la organización eclesiástica era ya bastante poderosa á fines del siglo primero para que mereciese despertar la atención de los emperadores. Ya comenzaban á darse cuenta del error que hasta entonces habían cometido confundiendo la nueva fe con el judaísmo. Su aversión á la religión naciente se

tradiujo bien pronto en medidas de represión que la actitud tomada desde el origen por el cristianismo no podía menos de atraerle. Los cristianos, en efecto, no contentos con retraerse sistemáticamente y evitar los teatros y espectáculos públicos, se habían constituido de manera que formaban un imperio dentro del imperio. Tal estado de cosas era absolutamente incompatible con el gobierno establecido, y los peligros y los males que debía inevitablemente engendrar no tardaron en hacerse sentir. La marcha triunfante del cristianismo se aceleró con la facilidad de comunicaciones que existía en la cuenca del Mediterráneo, cuyo dominio estaba en manos de una sola potencia. Servíanles de intermediarios los mercaderes judíos y griegos; sus ciudades mercantiles eran para él otros tantos puestos avanzados. No por eso debe suponerse que la difusión del cristianismo se operó sin resistencia: durante siglo y medio los pequeños arrendatarios y los habitantes de los campos le persiguieron con su odio. Le consideraban como una institución particular de las comunidades de comerciantes que habían despreciado en todo tiempo, y pretendían que se le imputaran los temblores de tierra, las inundaciones y las pestes. El deseo que tenían de los bienes de los fieles, confiscados por la ley, contribuía, por añadidura, á excitarlos contra los cristianos, que se quejaban de ello amarga y continuamente. Sin embargo, nada pudieron los tormentos, el fuego, ni las fieras del circo: las mismas persecuciones se convirtieron en fuente de nuevos éxitos. La injusticia y la crueldad con una comunidad piadosa, pero débil, tienen invariablemente por efecto el estrechar los lazos que unen á sus miembros y poner término á las disensiones que la turban.

En muchas ocasiones, no es posible dudarlo, las persecuciones tuvieron por causa la actitud amenazadora tomada por las comunidades cristianas ya más poderosas. No tenemos más que pasar la vista por ciertos documentos, como la carta de Tertuliano á Scapula, para comprenderlo. Impregnada de un espíritu de extrema intolancia, acusa á la religión pagana de ser la fuente de todas las calamidades públicas é invoca la venganza de

Dios sobre la idolatría nacional. Participando de la opinión general de los cristianos de la época, reconoce la existencia real de los dioses paganos á los que estigmatiza como demonios y proclama la necesidad de derribarlos. Anuncia á los adversarios del cristianismo que serán heridos de ceguera, devorados por los gusanos y acometidos por calamidades terribles. Cuando semejantes sentimientos de odio y de menosprecio adquirieron bastante fuerza para inquietar al poder provocaron la persecución infaliblemente. La de Decio en 250, fué principalmente dirigida contra el clero, alcanzando en sus golpes hasta los obispos de Jerusalem, de Antioquía y de Roma. Ocho años después tuvo lugar la persecución en que perecieron Sexto, obispo de Roma, y Cipriano, obispo de Cartago.

Se había hecho evidente en tiempo de Constantino, que la existencia de las comunidades cristianas que en todas partes se multiplicaban y se gobernaban por sí mismas, era absolutamente incompatible con la del sistema imperial. Si se las soportaba por más tiempo no dejarían de adquirir tal poder que se harían bien pronto tan temibles bajo el punto de vista político como bajo el punto de vista religioso. En todo el imperio no había villa ni siquiera pueblecillo, y lo que aún es más grave, ni legión donde no existieran semejantes organizaciones. El inexorable é inflexible espíritu que las animaba, engendró necesariamente una triple alianza entre los hombres de Estado, los filósofos y los politeístas. Olvidando los tres partidos sus mutuos disentimientos se unieron cordialmente para combatir al enemigo común antes de que fuera demasiado tarde. Aconteció que el conflicto estalló en el ejército. Cuando el mal ataca al mismo instrumento del poder, es urgente que el soberano se cuide del remedio. Los soldados cristianos de varias legiones rehusaron tomar parte en las solemnidades tradicionales por las cuales se prestaba homenaje á los dioses protectores del imperio. Sucedió esto en el invierno del 302 al 303. Parecieron tan graves las circunstancias, que Diocleciano y Galerio celebraron consejo para acordar el partido que debía tomarse. Concíbense las dificult-

tades de la situación si se piensa que la mujer y la hija de Diocleciano eran adeptas de la nueva religión. Las miras políticas de Diocleciano eran tan justas y tan amplias que en un segundo consejo que hubo que celebrar, los ministros y los generales no pudieron determinarle á consentir la persecución sin que se le probase antes que era inevitable un conflicto. Le costó tanto decidirse, que no cedió más que bajo la expresa condición de que no se mataría á nadie. Apenas hay necesidad de recordar los acontecimientos que se siguieron. La iglesia de Nicea fué arrasada hasta el suelo; los cristianos se vengaron prendiendo fuego al palacio imperial; fué desgarrado é insultado públicamente un edicto del emperador; se obligó á resignar sus funciones á los oficiales cristianos del ejército y como refiere un testigo ocular, Eusebio, multitud de cristianos sufrieron el martirio en Armenia, Siria, Mauritania, Egipto y muchas otras partes. La marcha de los acontecimientos fué tan irresistible, que el mismo emperador no pudo poner término á la persecución. Los cristianos fueron torturados, quemados, decapitados y arrojados á las fieras. La mayor parte de ellos recibían su condena dando gracias á Dios por haberles juzgado dignos de morir por él. El mundo entero estaba pasmado de admiración. Parecía inminente un conflicto interior cuando la sombría y feroz política de los tiempos vino á resolver la cuestión de una manera completamente inesperada. Constantino, que había escapado de su pérfido guardián Galerio, no tardó mucho tiempo en darse cuenta de las ventajas que obtendría de una alianza con el partido cristiano. Semejante alianza podría aportar, en todas las regiones del imperio, multitud de hombres y mujeres dispuestos á arrostrar el hierro y el fuego y debía asegurarle partidarios animados no solamente del espíritu de sus antecesores, si que también, puesto que la naturaleza humana es siempre y en todas partes la misma, ávidos de tomar venganza de la injusticia y de la barbarie espantosas con que habían sido tratados; debía, en fin, lo que era más importante que todo lo demás, ganarle secuaces afectos á toda prueba. Pronto, pues, tomó su partido y la victoria coronó sus esfuerzos. No

pudo hacer otra cosa sino permanecer fiel, al menos en apariencia, á aquellos que le habían dado el poder y que le ayudaron á sostenerse en el trono, pero sólo en los últimos días de su existencia consintió en cumplir los deberes religiosos impuestos por la iglesia.

Por lo demás, la tentativa hecha por Constantino de aliarse con el partido cristiano, cuya fuerza crecía tan rápidamente, no era nueva. Maximino la había hecho también aunque sin resultado. Adivinando Licinio la política que había de adoptar Constantino, trató de neutralizar sus consecuencias renovando la persecución en 316. Esperaba de este modo conciliarse la voluntad de los paganos. Las luchas de los pretendientes al imperio debilitaron de tal modo al Estado, que el partido cristiano, aunque hubiera sido mucho más débil de lo que era, se hubiera encontrado en condiciones de inclinar la balanza de su parte y asegurar la preponderancia á su candidato. Estaba además segurísimo de prevalecer algún día por el número de sus adeptos, por sus numerosas ramificaciones y por su compacidad. La fuerza, el razonamiento y la persuasión habían fracasado igualmente contra él.

Al reinado de Constantino el Grande se debe referir el principio de esos diez siglos de tinieblas y calamidades que pesaron posteriormente sobre Europa. Marca el verdadero fin del imperio romano y el nacimiento del imperio griego. La transición de uno á otro se revela claramente en la aparición de una nueva capital, de una nueva religión, y sobre todo, de una nueva política. Un hombre ambicioso había conquistado el poder imperial constituyéndose en representante de los intereses de un partido que crecía muy rápidamente, acontecimiento que debía tener inevitablemente por consecuencias la unión de la Iglesia y el Estado, el abandono por las clases ínfimas de la sociedad de las carreras civiles para abrazar la eclesiástica y la decadencia y materialización de la religión. El reinado de Constantino y no el de León Isáurico como se ha dicho, es pues, el que verdaderamente marca el nacimiento del imperio bizantino y señala también el principio de la edad de fe en Europa, por

más que yo considere que la edad de examen se extiende algo más allá de esta época terminando realmente con la ruina del poder militar de Roma.

Los autores eclesiásticos han querido á todo trance referirlo todo á la conversión de Constantino y al establecimiento del cristianismo como religión nacional. Es que veían las cosas á través de un medio que les sacaba de su terreno y que aumentaba lo accesorio y secundario á expensas de lo esencial. Habían tomado tal sesgo los acontecimientos, que la ruina política de la ciudad romana era inevitable. Los romanos habían desaparecido como pueblo, absorbidos por las demás naciones: el centro real del poder estaba en el ejército. Las legiones daban una en pos de otra pretendientes á la púrpura, la mayor parte soldados con fortuna que conservaban en el trono las costumbres de su antiguo medio social y la grosería de la vida de los campamentos. No podían simpatizar con las refinadas y elegantes costumbres de los últimos representantes de la aristocracia que entonces expiraba en Roma; no tenían más que desprecio por el decrepito poder militar de la vetusta ciudad y aborrecían los recuerdos de su pasado. Para semejantes hombres la fundación de una nueva ciudad era un expediente que se imponía por sí mismo, ó al menos si retrocedían ante empresa tan laboriosa debían naturalmente de tratar de mudar la residencia imperial á alguna de las otras grandes ciudades del imperio. Así sucedió que Diocleciano fué á fijarse en Nicomedia, acontecimiento cuyas desastrosas consecuencias no tardó Roma en experimentar.

Después que Constantino mató á su hijo Crispo y á su sobrino Licinio y ahogó en un baño de vapor á su mujer Fausta con la que estaba casado hacía veinte años y que le había dado tres hijos, los sentimientos de horror que inspiraron sus crímenes al pueblo estallaron abiertamente. Se fijó en la puerta de su palacio un pasquín en el que se comparaba su reinado con el de Nerón. El emperador en el primer acceso de su cólera, estuvo á punto de ennegrecer todavía más el terrible drama con el degüello de la población romana, que se había atrevido á ultrajarle. Se dice que consultó con sus hermanos sobre

las medidas que debía tomar. El resultado de sus deliberaciones fué todavía más funesto á Roma que lo hubiera sido la venganza meditada por el emperador: se decidió que Roma descendiera al segundo rango y que se construyera en otra parte una nueva capital.

La situación política sugirió, pues, tanto como la hizo posible, la traslación de la sede del gobierno: la venganza del criminal emperador obró como causa secundaria. Quizá también hallara en las preocupaciones inseparables de tal empresa un refugio contra los tormentos de su propia conciencia. En todo caso no tiene fundamento la suposición de que Constantino había abrazado el cristianismo ni en esta época ni siquiera mucho más tarde. Sus actos no son los de un converso celoso; no fué nunca prosélito, sino protector. Jamás se dejó guiar por los principios religiosos, y si ayudó poderosamente á sus nuevos aliados, más de una vez también se mostró verdadero hombre de Estado, dando pruebas de la mayor imparcialidad respecto de las dos formas de fe. En su calidad de pontífice máximo, restauró los templos paganos y ordenó que fueran consultados los arúspices como en el pasado. En las fiestas que se celebraron en el aniversario de la fundación de la nueva ciudad se rindieron homenajes á la estatua de la Fortuna. Bajo su reinado se continuaron celebrando sacrificios, y los templos permanecieron abiertos, lo que parece indicar que no quería más que dejar que subsistieran, una al lado de la otra, ambas religiones. Sus recomendaciones al obispo de Alejandría y á Arrio demuestran su indiferencia religiosa personal. En ellas les excita á que imiten á los filósofos que nunca suscitan cuestiones profundas ante un auditorio ignorante, y que saben tener opiniones diferentes sin que por eso se ofendan. No se olvidó nunca, sin embargo, de las obligaciones contraídas con el partido que le había elevado al poder.

Los mismos actos de Constantino confirman por completo las conclusiones que acabamos de formular. Estos actos constituyen para nosotros una autoridad mucho más segura que los escritos de los polemistas religiosos. Hizo acuñar una medalla, en la cual estaba grabado al lado del monograma de Cristo la palabra «Dios», que se aplicaba

á sí mismo. Otra medalla le representaba sentado en el carro del sol y sostenido en los aires por una mano celeste. Pero lo que con más claridad indica lo que era la religión del fundador de Constantinopla es la gran columna de pórfido de ciento veinte pies de alto. La estatua que la coronaba mostraba confundidos juntamente al sol, al Salvador y al emperador. Era una estatua colosal de Apolo, cuyas facciones se cambiaron por las del emperador. Alrededor de la cabeza estaban dispuestos, imitando rayos, los clavos de la cruz de Cristo, que acababan de ser encontrados en Jerusalem. La actitud de protector que respecto al cristianismo tomó Constantino es una de las particularidades de su política que no debemos olvidar. Por el edicto de Milán concedió la libertad religiosa lo mismo á los paganos que á los cristianos; pero la necesidad en que se encontraba de favorecer sobre todo á los últimos le condujo á publicar un rescripto, en el cual declaraba exento al clero de todas las cargas civiles. La misma necesidad le determinó á conciliarse la voluntad de los obispos con espléndidas donaciones pecuniarias destinadas á subvenir á los gastos de reconstrucción de las iglesias y otras necesidades. Asimismo se vió obligado á destruir, aun valiéndose de los medios más vituperables, todo lo que su camarilla le señalaba como manchado de herejía. Guiado quizá por mejores sentimientos, restableció á los cristianos que habían sido degradados; restituyó á los herederos legítimos los bienes confiscados á los mártires ó los entregó á la Iglesia, caso de que no existieran dichos herederos; puso en libertad á los que habían sido condenados á las minas, y amnistió á los desterrados. Hizo soportar al Tesoro imperial la mayor parte de las pérdidas que habían sufrido los cristianos; hizo construir magníficas iglesias en las ciudades más importantes y hasta en Tierra Santa, y prohibió á los judíos que tuvieran esclavos cristianos. Frecuentemente dispuso del poder civil para apoyar las decisiones de los concilios, y se opuso enérgicamente á toda tentativa de cisma en la Iglesia, determinando por sí mismo, bajo la inspiración de su camarilla clerical, las condiciones que constituían los diversos grados de herejía. Pero si creyó en el deber de

hacer tanto por el partido que le había prestado su apoyo, la vacilación de que dió pruebas muestra perfectamente que en esta conducta estaba más bien inspirado por su política que por sus principios. Después que varios concilios sucesivos hubieron puesto fin á las disputas de los donatistas, él, por sí mismo, hizo que cesara su destierro; después de haber denunciado á Arrio como «la imagen misma del diablo» cedió á los ruegos de las mujeres de su corte y le recibió de nuevo en su gracia; después de haber hecho destruir el templo de Esculapio en Ægium y de haber hecho quitar las puertas y los tejados de otros varios templos, se reconcilió á medias con los paganos, no llevando más lejos la ejecución de las medidas que había decretado contra ellos, y los cristianos tuvieron que aceptar como hechos consumados las buenas intenciones que sobre ellos abrigaba el emperador.

La traslación de la sede imperial á Constantinopla tuvo para el cristianismo doble ventaja. Gracias á esta traslación los obispos de Roma escaparon de la tutela y de la intervención directa del gobierno imperial, y pudieron tomar en sus manos el poder, poder muy precario en un principio, pero que una serie de circunstancias singularmente favorables debía más tarde originar la supremacía de los Papas. Por otra parte, en Constantinopla no había recuerdos ni intereses paganos que combatir. La nueva ciudad fué en un principio esencialmente romana, pero muy pronto reemplazó en ella la lengua griega á la latina, que tendió cada vez más á convertirse en lengua sagrada.

Constantino sabía muy bien mucho tiempo hacía cual era el secreto del poder de Roma. Su propia historia, desde la muerte de su padre y su elevación al trono por las legiones en York, le habían enseñado que no podría perpetuar su dinastía ni su sistema, sino á condición de conquistar esos formidables cuerpos militares. Por esta razón, y á fin de que nadie en el porvenir intentase lo que él y la mayor parte de sus predecesores habían hecho, es por lo que redujo de seis mil á mil ó mil quinientos hombres el efectivo de sus legiones. Por esta misma razón abrió á la

ambición las nuevas y menos peligrosas vías de la riqueza y de las dignidades eclesiásticas; había adivinado muy justamente que el pueblo entero se interesaría en la prosperidad de la Iglesia si se tomaba al clero de todas las clases de la sociedad. Eximiendo á los sacerdotes de las cargas municipales más pesadas, tales como la de decurión, invitó abiertamente á los paganos á la apostasía. Con el interés personal que tomó en las controversias de los trinitarios, fomentó en el pueblo el gusto por las disputas teológicas, hasta entonces reservadas á los filósofos y á las personas ilustradas. Con el antiguo politeísmo era imposible la herejía, puesto que cada uno era libre de elegir su Dios y su culto; pero para el monoteísmo, que acababa de nacer, era inevitable la herejía. ¡La herejía, palabra terrible que ha servido de pretexto y de justificación á toda una sombría lista de crímenes! Completamente entregados á estas disputas apasionadas, los hombres no se cuidaban apenas de los acontecimientos más importantes del mundo político; en cuanto á la multitud, se desvió fácilmente su atención de los asuntos del gobierno con larguezas, espectáculos y carreras de caballos. Sin embargo, al abrir estos nuevos caminos á la ambición, se preparaban peligros muy serios al porvenir del imperio. Los donatistas, á quienes los concilios convocados por Constantino en Roma, Arlés y Milán habían intentado reducir al silencio, persistían en estado de rebelión, que era algo más que rebelión religiosa, y mostraban, respecto de sus adversarios, esa animosidad extrema que se encuentra siempre en todas las insurrecciones religiosas. Entusiastas extraviados, se daban á sí mismos el título de elegidos de Dios, y proclamaban que la única sucesión apostólica ortodoxa era la de sus obispos, y que cualquiera que negase los derechos de Donato á la sede episcopal de Cartago estaba condenado por toda la eternidad. Ellos fueron también los que decían con un acento de verdad que daba gran fuerza á sus palabras: «¿Qué hay de común entre el emperador y la Iglesia? ¿Qué tienen de común los cristianos y los reyes? ¿Qué tienen que hacer en la corte los obispos?» En tanto el partido católico, preparándose á los actos con que se iba á manchar,

proponía esta siniestra cuestión: «¿Se quiere arrebatarse á la venganza divina sus víctimas?» Ya Constantino, autorizando á la Iglesia para recibir legos, había dado nacimiento á ese poder que, basándose en la influencia de una riqueza territorial considerable, concluyó por adquirir el predominio cuando entró en las manos de una corporación que siempre se enriquece y jamás enajena, que siempre se renueva por sí misma y nunca muere. No por milagrosa intervención, sino únicamente por su organización, es por lo que el cristianismo se hizo poderoso. El individuo que está fatalmente condenado á perecer y la familia que está fatalmente condenada á extinguirse, no pueden nada contra una corporación que obra por principios inmutables y que dura eternamente. Por lo demás, no fué el Estado el único que sufrió por su alianza con la Iglesia; ésta pagó muy caras las ventajas temporales que obtuvo con la intervención del gobierno en sus propios asuntos. Los piadosos *Fraticelle* no se engañaban nada cuando mil años más tarde expresaban su convicción de que la donación fatal de un emperador cristiano había causado la ruina de la religión.

¡Qué distancia del rudo soldado que aceptaba la púrpura en York, á este emperador afeminado del Bósforo cargado de trajes de seda bordados de oro, la frente ceñida con una diadema de zafiros y de perlas, cubierta la cabeza con cabellos postizos de diferentes matices, guardado por los misteriosos eunucos que llenan su palacio, y que puebla las calles de la capital con sus espías y su policía siempre alerta! El mismo hombre que comenzó por ser emperador romano, concluyó como verdadero déspota asiático. En los últimos días de su vida se despojó de la púrpura imperial, y tomando vestidos blancos consagrados, se preparó para el bautismo, á fin de lavar de una vez todos los pecados de su larga y criminal existencia. Profundamente político hasta en sus relaciones con el cielo, quiso retardar hasta el último momento la única ceremonia que podía purificarle por completo. En seguida se tendió sobre un lecho con tapices blancos, se abstuvo de tomar parte en los asuntos de este mundo, y después de haberse asegurado de este modo en la vida futura

la misma prosperidad de que había gozado aquí abajo, espiró el año 337 después de Cristo.

Si nos colocamos bajo el punto de vista teológico, en el número de los acontecimientos característicos del reinado de este emperador se cuenta la cuestión de los trinitarios y la definitiva materialización del cristianismo. Esta cuestión comenzó entre los eclesiásticos platónicos de Alejandría y ejerció considerable influencia durante varias generaciones. Desde tiempo inmemorial la concepción de la trinidad era familiar á los egipcios. Es más, reconocían varias; cada una tenía su culto en una ciudad diferente y los fieles de un culto particular practicaban la mayor tolerancia con los de otros cultos. Los tiempos habían cambiado ahora mucho. Uno de los principios establecidos en la política de Constantino era el de desviar hacia la Iglesia las ambiciones que en otro tiempo tenían por objeto las carreras civiles y hacer las dignidades eclesiásticas más seguras y ventajosas que los cargos y las glorias militares. Síguese de esto necesariamente que el afán con que se buscaban estas dignidades engendró luchas violentas, preludio de las luchas todavía más violentas entre los obispos por la supremacía episcopal.

Examinemos ahora las variaciones de la opinión que caracterizan á esta edad. Imposible será describirlas todas, y por consiguiente me limitaré á las más importantes que bastarán para el objeto que nos proponemos. Ocupémonos por de pronto de la disputa de los trinitarios.

Ya se habían suscitado hacía algún tiempo disensiones en el seno de la Iglesia, y de la misma persecución había nacido la discordia. Los mártires que sufrieron por la fe, y los confesores que la habían sostenido valientemente, adquirieron estimación é influencia considerables. Llegaron á ser los intermediarios por los cuales se efectuaba la vuelta á la Iglesia de los hermanos más débiles que habían apostatado en los días de peligro. De aquí inevitables abusos. Se citaban mártires que habían permitido el uso de su nombre á «un hombre y á sus amigos», y hasta se decía que se habían comprado por dinero cartas de recomendación. Como se sentía la necesidad de que

reinara disciplina uniforme en todas las iglesias, de manera que la sentencia de excomunión pronunciada por una de ellas fuera reconocida por las otras, era urgente que desaparecieran estos abusos. De aquí se engendró una controversia y Novaciano fundó una secta sobre el principio de que los apóstatas no debían volver á ser recibidos nunca en la Iglesia. Este disentimiento versaba sobre una simple cuestión de disciplina; pero no faltaban otros elementos de disputa; entre otros la época de celebración de las Pascuas, la naturaleza de Cristo, el milenarismo y la renovación del bautismo. Ya en Siria el ejemplo de Noet, el Unitario, permitía adivinar lo que habría de sobrevenir; ya había patripasionarios y existía el sabelianismo.

La borrasca estalló en Alejandría. Vivía en esta ciudad un sacerdote llamado Arrio que, á la muerte del obispo, se encontró para sucederle con otro competidor, el sacerdote Alejandro. Ambos tenían numerosos partidarios. Arrio no contaba menos de setecientas vírgenes del nomo mareótico. Sin embargo fracasó. En su despecho, aprovechó la ocasión de una conferencia para acusar de sabelianismo á su afortunado rival. Una cuestión de este género en la atmósfera de Alejandría no podía tardar en revestir carácter teológico. El punto litigioso era determinar la posición que el Hijo ocupaba en la santa Trinidad. Arrio partía del principio de que forzosamente existió un tiempo en que el Hijo, en virtud de su misma cualidad de hijo, no existía, y un tiempo en el cual había comenzado á ser, y pretendía que evidentemente el Hijo debe ser posterior al Padre, aserción que necesariamente implicaba la desigualdad de las tres personas de la Trinidad. Los partidarios de Alejandro se levantaron contra esta doctrina blasfema que rebajaba al Redentor; respondían los arrianos que, igualando bajo todos los aspectos al Hijo con el Padre, sus adversarios alteraban la gran verdad de la unidad de Dios. El nuevo obispo, tanto para edificar á sus frívolos conciudadanos, como para justificar la confianza que en él habían depositado, tomó parte activa en los debates públicos que tuvieron lugar. Los habitantes de Alejandría, con su característica

ligereza, muy lejos de sospechar los serios y duraderos resultados que no tardarían en producirse, se complacían en representar en la escena los principales incidentes de esta lucha teológica. Puede decirse que en el teatro de Alejandría aparecieron la mayor parte de las alteraciones del cristianismo. Las pasiones de los dos partidos estaban excitadas: los judíos y los paganos que llenaban la ciudad exasperaban á los cristianos con sus rechiflas. Propagóse el desorden y bien pronto el país entero fué presa de la agitación. Bajo la influencia del ardiente clima de Africa, una simple controversia religiosa tomó bien pronto las proporciones de una revolución política. En todo Egipto no había un cristiano y quizá ni una cristiana que no discutiese sobre la naturaleza de la unidad divina. El desorden tomó tales proporciones que el emperador juzgó necesaria su intervención. Por de pronto sin duda se congratuló de la marcha que tomaban los acontecimientos: le gustaba más ver á las provincias empeñadas en disputas religiosas que ocupadas en conspirar secretamente contra su persona ó contra su política. Un pueblo perfectamente unido es siempre un peligro para el poder absoluto. Constantino envió á Alejandría á Osio, obispo de Córdoba, para que calmara el desorden; después, juzgando que el mal era demasiado grave, recurrió al memorable expediente de la convocación del concilio en 325. El concilio trató de apaciguar los ánimos promulgando los artículos de la fe que constituyen el símbolo de Nicea. Diremos solamente, para no entrar en detalles, que el concilio declaró que el Hijo es de la misma sustancia que el Padre, declaración prudente y que respondía á la necesidad de las circunstancias, pero cuya ambigüedad, como lo prueban los acontecimientos, debía tener consecuencias desastrosas. El concilio de Nicea prefirió eludir la cuestión á resolverla. El emperador confirmó sus resoluciones desterrando á Arrio.

«Se me persigue — decía lamentándose Arrio — porque enseñe que el Hijo tuvo un principio y que el Padre no lo tuvo». La influencia de los teólogos cortesanos hizo al emperador enemigo personal de Arrio. Como hemos visto, Constantino consideró en un principio que la disputa

era frívola por completo, si es que no participó de la convicción de Arrio de que, por la naturaleza misma de las cosas, el hijo debe tener menos edad que el padre. Las representaciones teatrales en que se ridiculizaba la cuestión le disponían muy bien á que se confirmara su primitiva manera de ver las cosas. Su juicio se desorientaba en medio de las teorías que entonces se producían sobre la naturaleza de Cristo. En efecto, todas estas doctrinas, la de los ebionitas, la gnóstica y la platónica, todas estas doctrinas, digo, conducían á la conclusión unánime de que la opinión generalmente admitida debía ser errónea, y que necesariamente hubo un tiempo en que el Hijo no existía.

Propagándose la disputa en las iglesias y hasta en las familias, Constantino se vió en la precisión de intervenir. Al principio no lo hizo más que en calidad de simple árbitro, pero después, solicitado por su camarilla, se decidió á tomar partido contra Arrio. Entonces apareció la carta en que lo declaraba semejante al diablo. Desde este momento ya pudo prever Arrio lo que había de suceder inevitablemente en Nicea. Todo estaba prejuzgado antes de que se reuniera el concilio. No hubo ningún contemporáneo que estuviera dispuesto á ver en el concilio una asamblea de hombres sinceros, animados del deseo de llegar á la verdad por la comparación de las doctrinas enemigas. Su objeto era formular un símbolo tal que los arrianos se negaran á firmarlo y causaran así su propia ruina. Al símbolo fué añadida una fórmula de anatema que precisamente regulaba el punto, causa primera de la disputa, y que no dejaba ninguna probabilidad de salvación á las víctimas á quienes estaba destinado á herir. El primitivo símbolo de Nicea difería en bastantes puntos esenciales del que hoy conocemos con ese nombre. Entre otras cosas se ha suprimido de él la cláusula fatal con que terminaba: «La santa Iglesia católica y apostólica anatematiza á aquellos que pretendan que hubo un tiempo en que no existía el Hijo de Dios, que no existía antes de ser engendrado, que es creado, que está sujeto á cambiar ó que es alterable.» El emperador dió fuerza de ley á las decisiones del concilio. Lanzó le-

tras en que denunciaba á Arrio y decretó pena de muerte contra cualquiera que encontrase un libro de Arrio y no lo quemase al punto, dando así ejemplo de acciones que por desgracia habían de renovarse más tarde tantas veces.

Podría suponerse que después de haber obrado tan resueltamente, era imposible que Constantino volviera sobre su primera decisión, y, sin embargo, no habían transcurrido diez años, cuando le encontramos reconciliado con Arrio, cediendo á las solicitudes de un sacerdote que tenía la confianza de la hermana del emperador Constancio. Atanasio, que era entonces obispo de Alejandría, y representante del partido vencedor, fué depuesto y desterrado. Arrio fué llamado á Constantinopla y se dieron órdenes á su obispo Alejandro para que lo admitiera á la comunión el día siguiente. Era un sábado. Alejandro corre á la iglesia, se prosterna y pide á Dios que inter venga para impedir que su servidor cometa tan gran pecado. En la misma tarde, Arrio fué sobrecogido por un mal súbito y violento, y algunos instantes después se le encontró muerto en su morada, que se había apresurado á recuperar. Esto sucedía en Constantinopla, donde no faltaban personas á quienes eran familiares los crímenes de Asia. Era, pues, de suponer un envenenamiento. Sin embargo, cuando los partidarios de Alejandro proclamaron que su ruego se había ejecutado, se olvidaban de lo que debió ser este ruego, y que no hay mucha distancia entre rogar por la muerte de un hombre á herirle por sí mismo.

Los arrianos afirmaban que Constantino tuvo la intención de convocar un nuevo concilio, y de hacer que se revisara el símbolo de Nicea conforme á sus nuevas opiniones; pero antes de que pudiera realizar su intención le sorprendió la muerte. Por otra parte, las decisiones del concilio de Nicea continuaron siendo tan eficaces, que durante varios años se vió que aparecían símbolos sobre símbolos. En cuanto á la suerte que hubiera tenido el nuevo símbolo de Constantino, es fácil de adivinar, partiendo del hecho de que los consustancialistas habían perdido, y por lo que muy pronto hizo su hijo Constancio en el concilio de Arimino.

Lejos, pues, de que el concilio de Nicea pusiese fin á las controversias religiosas, éstas continuaron con violencia siempre creciente, de la que los mismos hijos de Constantino dieron ejemplo. Las disputas teológicas ocuparon todo el siglo cuarto hasta la aparición de los bárbaros. El mismo pueblo, apenas separado del paganismo, pretendía constituirse en juez de cuestiones por su naturaleza insolubles, y los emperadores agravaron todavía el mal otorgando los cargos del Estado como recompensa á los sectarios más violentos. La política de Constantino comenzaba á dibujarse; la actividad intelectual y la ambición podían moverse libremente en el campo eclesiástico. La ortodoxia había triunfado. Por más que la herejía de Arrio pudiera estar de acuerdo con el monoteísmo de las clases superiores, no tenía nada que la hiciese agradable á la masa del vulgo que hacía poco aun era pagana. Desde entonces se manifestaron elementos de disensión. De una parte estaba una multitud ignorante, intolerante, sin escrúpulo; de otra, una secta más avanzada y más instruída, pero que dudaba. El emperador Constancio, siguiendo la última política de su padre, se había puesto de parte de la secta de Arrio y se apercibió muy pronto de que bajo el nuevo sistema, un obispo no dudaría en colocarse enfrente de su soberano. Atanasio, obispo de Alejandría, que estaba á la cabeza del partido ortodoxo, se constituyó en antagonista personal del emperador. Este, después de agotar inútilmente todos los medios de represión, intentó recurrir á las armas espirituales á la sazón omnipotentes. Tuvo, como su padre, una visión celestial; pero como era arriano, los ortodoxos negaron su carácter espiritual, y hasta se dió el caso de que Hilario de Poitiers escribiera un libro para demostrar que Constancio era el Antecristo. Las carnicerías y asesinatos que ensangrentaron estas disputas en las grandes ciudades, probaron que, por su alianza con la política, el cristianismo había perdido el poder de domar las pasiones humanas. La historia de los hijos de Constantino no es más que una serie espantosa de asesinatos, cometidos por los diferentes miembros de su familia. La religión desapareció para ser sustituida por la teología con todos

guimos, pues, en la historia intelectual de la nación griega un modo de progresión enteramente análogo al de la vida individual, y cinco épocas que corresponden respectivamente á la infancia, á la adolescencia, á la juventud, á la madurez y á la vejez del individuo, épocas que volveremos á encontrar más tarde y en mayor escala en la historia del desarrollo intelectual de Europa entera.

En un espacio de mil ciento cincuenta años, que termina hacia el 529 después de Jesucristo, el espíritu griego había terminado su carrera filosófica. Lo hemos dividido en varias edades diferentes y sucesivas, pero esta división nada tiene de absoluto. La transición de una de estas edades á la siguiente se opera insensiblemente; se entrecruzan, por decirlo así, y se pierden una en otra sin que los caracteres esenciales de cada una dejen de ser perfectamente distintos; esta división, en una palabra, nos ofrece algo semejante á lo que llamamos la degradación de los colores.

Después de determinar la ley general de las variaciones de la opinión, á saber, que esta ley es la misma para una nación que para un individuo, voy á considerar la filosofía griega en su conjunto y á tratar de deducir los resultados que en resumen he obtenido. Volviendo una vez más á nuestra comparación, que es para nosotros algo más que una simple metáfora, vemos en el individuo cinco edades sucesivas: la infancia, la adolescencia, la juventud, la virilidad y la vejez; á cada transición de una edad á la siguiente desaparecen los caracteres esenciales de la precedente, pero á cada edad corresponden resultados que en cierto sentido se pueden llamar permanentes; los resultados precisamente que dan al conjunto de la carrera su individualidad propia. La crítica atenta puede asimismo discernir en las edades sucesivas del desarrollo de la filosofía griega ciertos resultados decisivos y duraderos, y únicamente con el fin de encontrarlos hemos empezado esta larga y penosa discusión.

De cuatro grandes cuestiones se ha ocupado la filosofía griega: 1.^a Existencia y atributos de Dios. 2.^a Origen y destino del mundo. 3.^a Naturaleza del alma humana. 4.^a Posibilidad de un criterio de verdad. Voy ahora á expo-

cristianismo conservó su carácter extranjero, aunque modificándose insensiblemente por la acción de las influencias á que estaba expuesto. Todas las cuestiones que tan profundamente trastornaron al Oriente, como la naturaleza de Dios, la Trinidad, la causa del mal, no produjeron en Europa más que ligerísima impresión. El carácter intelectual de los occidentales les hacía incapaces de semejantes ejercicios. La fundación de Constantinopla fué la que, sustrayendo al cristianismo de la presión política, le permitió desenvolverse natural y libremente y entonces fué cuando el cristianismo latino surgió enfrente del cristianismo griego.

No puede decirse, sin embargo, que las diversas formas del cristianismo que existen en Europa, tengan origen romano. Las debe al Africa, y bajo este aspecto puede decirse que vivimos bajo la dominación africana.

Tengo que referir ahora brevemente estos importantes acontecimientos, mostrando cómo se establecieron definitivamente en Roma las doctrinas africanas. Tendré también que mostrar cómo en la época en que el cristianismo griego perdió su poder de expansión y dejó de ser agresivo, le sustituyó el cristianismo africano, extendiéndose al Norte y al Occidente, dándose una organización calcada sobre la del imperio romano, de pretores sacerdotales, de procónsules y de Césares, creando su propia jurisprudencia y su propia magistratura, y rechazando la lengua griega de que hasta entonces se había hecho uso, para adoptar el latín, que singularmente le favoreció por el carácter que muy pronto tomó de lengua sagrada.

Las iglesias griegas eran en cierto modo repúblicas federales; la Iglesia latina era instintivamente monárquica. Lejos de tomar una actitud, en relación con su alta dignidad, los primeros obispos de Roma vivieron oscuramente. Al principio, los obispos de Jerusalem, el primero de los cuales fué Santiago, hermano de Nuestro Señor, fueron considerados como jefes de la Iglesia y reconocidos como tales en la misma Roma. La controversia que se suscitó en el año 109, con motivo de la Pascua, muestra, sin embargo, que ya muy temprano la Iglesia occidental manifestó sus tendencias á la supremacía. Ha-

biendo ordenado Víctor, obispo de Roma, á los de Asia que se conformaran con el uso recibido en su Iglesia, respecto á la fiesta de la celebración de la Pascua, el obispo de Efeso, Polícrates, resistió el mandato, y la disidencia no se hubiera apaciguado á no ser por la voz del concilio de Nicea. No era solamente en Asia donde el progreso de la supremacía romana tropezaba con obstáculos, no habiendo necesidad más que de abrir la historia eclesiástica para encontrar pruebas de este hecho. Así sucedió que cuando los discípulos del frigio Montano, que pretendía ser el Paraclete, hubieron convertido al obispo de Roma á sus austeras doctrinas, y Tertuliano de Cartago se separó de ellos, este último denunció al obispo de Roma como un hereje patropasionario. Por fin concluyó, sin embargo, por establecerse una inteligencia general, no sólo entre Cartago y Roma, sino también entre las iglesias de Galia y de España que reconocían la grandeza y la gloria de la Iglesia romana, pero sin que por eso la concedieran ninguna preeminencia. «Ninguno de nosotros, dice San Cipriano, debe titularse obispo de los obispos, ni pretender imponer tiránicamente su voluntad á sus colegas, y esto porque cada obispo tiene la libertad y el derecho de obrar como lo juzgue conveniente, y que lo mismo que no puede ser juzgado por otro obispo, tampoco puede juzgar á otro. Todos debemos esperar el juicio de Jesucristo, á quien únicamente corresponde el poder de ponernos á la cabeza de la Iglesia y de juzgar nuestros actos».

Poco á poco la Iglesia romana se elevó por encima de las otras iglesias, no por el talento ó la habilidad de algún hombre superior, porque los primeros obispos fueron todos hombres ordinarios, sino gracias á su situación política, gracias á las inmensas riquezas que adquirió muy pronto y gracias á la excelente política que supo adoptar. El obispo de Roma no asistió ni al concilio de Nicea, año 235, ni al de Sárdica, año 345; quizá entonces, como más de una vez en lo sucesivo, no tuvo otro motivo para mantenerse aparte, que el temor de no obtener la presidencia. Pronto, sin embargo, los obispos romanos reconocieron las ventajas que obtendrían haciéndose represen-

tar en los concilios. La nueva actitud que adoptaron les suministró frecuentes ocasiones de tener la balanza del poder en los terribles conflictos que no debían tardar en nacer. También tendió á hacer de Roma un asilo para los eclesiásticos condenados, y de su obispo el árbitro supremo y soberano. Así sucedió que Atanasio, cuando su querrela con el emperador, encontró en Roma un protector y un refugio. El brillo y el esplendor de la corte romana aumentaban aún más el prestigio de que gozaba entre los extranjeros. Los magníficos presentes de las damas romanas habían hecho del episcopado romano el objeto de las miras de los ambiciosos y de todos los que gustaban de la fortuna y de los goces naturales. Cada vacante de la silla episcopal se hacía notar por luchas sangrientas. Ciento treinta cadáveres cubrieron el pavimento de la basílica con motivo de la elección de Dámaso. Ambos rivales llamaron en su ayuda multitud de gladiadores, carreteros y toda la hez de la población, y hubo necesidad de que interviniesen las tropas imperiales para apaciguar el desorden.

No era demasiado pronto cuando San Jerónimo introdujo el sistema monástico en Roma; cuando se publicó contra el clero una ley con motivo de la caza en las heredades, que había llegado á ser verdadero escándalo; cuando San Jerónimo buscaba la protección de las damas romanas y cuando este austero fanático denunciaba la conducta inmoral del clero, cuando el mismo obispo Dámaso era acusado de adulterio. Era evidente que si no quería perder la estimación pública en provecho de los frailes, sus adversarios, el clero debía resignarse y aceptar el celibato. De este modo hizo continuos progresos la doctrina de la excelencia de la virginidad, pero los monjes no triunfaron ni impusieron al clero el celibato sino tras largos años de lucha.

Desde hacía mucho tiempo los que deseaban la supremacía de Roma habían comprendido la necesidad de una doctrina invariable y bien definida, así como la necesidad de un hombre apostólico que pudiese de algún modo representar un criterio de verdad. El sistema oriental de decidir las cuestiones por concilios, era por su misma

naturaleza muy poco seguro. Por lo demás, los concilios no tenían ninguna organización determinada y la experiencia había demostrado que eran demasiado dependientes de la corte de Constantinopla.

Esta tendencia democrática de Oriente que denunciaba la institución de los concilios, y la tendencia monárquica de Occidente que pedía un pontífice supremo, tenían por lo demás su origen en la manera de ver de todos los pensadores de la época. Era, pues, necesario hacer algo para remediar la anarquía de opiniones.

Para mostrar cómo se resolvió este problema, no tenemos más que elegir entre las innumerables controversias de aquellos tiempos, las más interesantes. La historia de las herejías pelagiana, nestoriana y eutiquiana arroja gran luz sobre esta cuestión. Abarcan un período de cincuenta años desde el 400 al 450.

Pelagio era un monje bretón. Hacia el año 400 recorrió la Europa occidental y después el Africa del Norte, y enseñaba que Adán era de naturaleza mortal y que habría muerto aun cuando no hubiese pecado. Enseñaba también que Adán sufrió él solo las consecuencias de su pecado y que de ninguna manera se extendieron á sus descendientes; que los recién nacidos están en la misma condición que Adán antes de su caída; que al nacer somos tan puros como él era; que pecamos por nuestra propia voluntad, y que lo mismo podemos corregirnos asegurando por ende nuestra salvación; y, en fin, que se nos concede la gracia de Dios en proporción de nuestros méritos. Por la influencia de San Agustín, Pelagio fué arrojado de Africa, y San Jerónimo desde su celda lo denunció como hereje. Pelagio insistía más que en nada en que por el simple bautismo de agua no se lava el pecado y que no podemos borrar su mancha sino por nuestras buenas obras. «Los niños, —decía,— están condenados antes de haber podido pecar». San Agustín combatía sus doctrinas con el texto de las Escrituras, que dice que el bautismo es necesario para la remisión de los pecados. Para responder á la argumentación de Pelagio sobre los niños, se vió obligado á introducir la doctrina del pecado original, pecado nacido en Adán y cuyas espantosas con-

secuencias pesan sobre todos los que mueren sin haberse bautizado. A semejante causa debe atribuirse la emisión de las doctrinas de la predestinación, de la expiación y de la gracia.

Requerido para comparecer ante el senado reunido en Dióspolis, Pelagio, con sorpresa general, fué absuelto del crimen de herejía, decisión completamente inesperada que enardeció el Africa y el Oriente. En estas circunstancias y sin que quizá se previeran las consecuencias de tal medida, se llevó el asunto al obispo de Roma, elegido por árbitro y juez.

En la decisión que dictó, Inocencio I exaltaba la sede episcopal romana y enumeraba todas las ventajas que reportaría á la cristiandad la institución de un tribunal supremo de este género. Su sentencia fué favorable á los obispos africanos. Apenas la había dictado cuando murió. Su sucesor, Zósimo, anuló el juicio y declaró ortodoxa la doctrina de Pelagio. Cartago se preparó á la resistencia y era inminente una nueva guerra púnica, metafísica ó teológica. Los obispos africanos recurrieron á la astucia, consiguiendo obtener del emperador un edicto que declaraba á Pelagio hereje. Las intrigas del conde Valerio decidieron de la suerte de la religión en Europa. Los heresiarcas fueron desterrados y confiscados sus bienes. La doctrina de que Adán fué creado inmortal recibió fuerza de ley y el negarla fué un crimen de Estado. El papado no era, pues, todavía bastante fuerte para dominar á sus rivales, puesto que una oscura intriga de corte bastó entonces para fijar la ortodoxia en Europa.

Apenas apaciguada la disputa de los pelagianos, apareció otra nueva herejía. Nestorio, obispo de Antioquía, intentó establecer una distinción entre la naturaleza divina y humana de Cristo, pretendiendo que se las había mezclado demasiado intensamente y que «el Dios» debía separarse de «el hombre». De aquí resultaba que la Virgen María debía ser considerada, no como «la madre de Dios» sino solamente como «la madre de Cristo, el Dios-hombre». Llamado por el emperador á la sede episcopal de Constantinopla, gracias á los manejos del partido descon-

tento, Nestorio se halló bien pronto empeñado en una disputa con la población de la capital.

Escuchémosle á él mismo. Predica en la gran iglesia metropolitana y con toda la elocuencia de que es susceptible la lengua humana, expone los atributos del Dios eterno, infinito y todopoderoso. «¿Puede tener madre este Dios? La doctrina pagana de un dios y de una madre mortal, está refutada por San Pablo mismo que afirma que Nuestro Señor no tiene padre ni madre. ¿Cómo una criatura puede engendrar á un sér increado?» De aquí deducía Nestorio que de María nació la parte humana de Cristo y que la parte divina se agregó en seguida á la primera. Los monjes promovieron un motín en la ciudad, y Cirilo, obispo de Alejandría, adoptó su causa.

Este ardor de Cirilo para vengar la ortodoxia ultrajada, disimulaba mal el verdadero móvil que le animaba. Quería sobre todo él, obispo de Alejandría, humillar al obispo de Constantinopla. La disputa comenzó por sermones, epístolas y proclamas. A instigación de los monjes alejandrinos, los de Constantinopla tomaron las armas para defender á la madre de Dios. Aquí todavía se manifiesta una vez más el prestigio de que gozaba Roma; los dos partidos la solicitaron como árbitra.

El papa Celestino reunió un sínodo. El obispo de Constantinopla recibió la orden de abjurar, so pena de excomunión. Así nació, no sin tener que sostener rudos combates, la supremacía italiana, gracias á las disputas de Oriente. Nestorio, contando con su influencia en la corte, resiste y excomulga á Cirilo. Al fin, el emperador convoca el concilio de Efeso.

Nestorio se presentó en este concilio con dieciséis obispos y una parte del populacho de la ciudad; Cirilo con cincuenta y un obispos y multitud de marineros y mujeres perdidas. Apenas bastaron las tropas del plenipotenciario imperial para mantener el orden en la asamblea. Procediendo ilegalmente, se leyó el rescripto antes de la llegada de los obispos sirios y el asunto quedó terminado en un solo día. Triunfó el partido de la Virgen, y Nestorio fué depuesto. Los eclesiásticos sirios, á su llegada, se reunieron y protestaron. Un motín sangriento

estalló en la catedral de San Juan. El emperador tuvo que intervenir una vez más y ordenó que ocho delegados de cada partido fueran enviados á Calcedonia. Durante este tiempo la cuestión estaba resuelta por las intrigas de la corte. Más tarde, el partido de Cirilo celebró á la hermana del emperador como autora de la derrota de Nestorio: «La santa Virgen de la corte celestial había encontrado una aliada de su sexo en la santa virgen de la corte del emperador.» Pero había recurrido á auxiliares más poderosos todavía. En el tesoro del jefe de los eunucos que más tarde hubo ocasión de abrir, se encontró el reconocimiento de haber recibido varias libras de oro de Cirilo por conducto de Pablo, hijo de su hermana. Nestorio fué abandonado por la corte y desterrado á un oasis de Egipto. Una leyenda piadosa refiere que su lengua blasfema fué devorada por los gusanos, y que no escapó al ardiente sol del desierto egipcio más que para caer en las llamas todavía más ardientes del infierno.

Africa, pues, triunfó una vez más en el asunto de Nestorio, como había triunfado en el de Pelagio, y la supremacía de Roma, su aliada ó confederada, se dibujó cada vez con más claridad.

Otros resultados importantes para el desarrollo gradual de la supremacía romana nacieron de la disputa de Eutiques, archimandrita en uno de los conventos de Constantinopla. Este hombre se había distinguido en todas las revueltas que habían agitado á la ciudad en la época de Nestorio y después. Citado ante un sínodo reunido en Constantinopla, y acusado de negar las dos naturalezas de Cristo y de pretender que si existen dos naturalezas deben existir también dos Hijos, Eutiques fué declarado culpable y excomulgado. Pero esta no era más que la causa aparente de su condena, pues su causa real estaba en una intriga de la corte. El jefe de los eunucos, su ahijado Crisafio, trabajaba al mismo tiempo para elevar á Eutiques á la silla de Constantinopla y para arruinar la influencia de Pulqueria, hermana del emperador, con la ayuda de la mujer de éste, Eudoxia. Eutiques, después de su condenación, apeló al emperador, quien, á instigación del jefe de los eunucos, convocó un concilio en Efe-

so. Este fué el famoso concilio que conservó el nombre de «Bandolerismo de Efeso». Se declaró en favor de Eutiques y ordenó que fuese reintegrado en sus funciones. También depuso á Flaviano, obispo de Constantinopla, que era su rival, y había sido su juez en el sínodo, y á Eusebio, que había sostenido su acusación. A poco se produjo un motín, en el que el obispo de Constantinopla fué muerto por el de Alejandría, ayudado por cierto Barsumas, quien, al darle de puñetazos, gritaba: «¡Matadle, matadle!» Sólo con grandes esfuerzos pudieron escapar los legados italianos.

El éxito del movimiento fué en gran parte debido á Dióscoro, obispo de Alejandría, quien se desembarazó de este modo de sus dos rivales de Antioquía y Constantinopla. Un edicto imperial dió fuerza de ley á las decisiones del concilio. El obispo de Roma, León, intervino entonces y protestó. A él le gustaba mucho que Constantinopla y Alejandría se hiciesen perpetuamente guerra, pero no que una de las dos adquiriese preponderancia absoluta. Dióscoro le excomulgó. La cuestión ahora debía decidirse entre Roma y Alejandría.

Teodoro murió muy oportunamente. Su hermana Pulqueria, la ortodoxa amiga de León, se casó con Marciano y le hizo emperador: Se convocó un concilio en Calcedonia, por más que León hubiese preferido que se reuniera en Italia, donde nadie le hubiera disputado la presidencia. Permaneciendo fiel á la política de sus predecesores se contentó con hacerse representar por legados. Dióscoro fué depuesto, y uno de los legados pronunció la sentencia en nombre del concilio: «León, por tanto, por la voz y la autoridad del concilio, en nombre del apóstol Pedro, roca y cimiento de la Iglesia, depone á Dióscoro de la dignidad episcopal y le excluye de todas las ceremonias y de todos los privilegios del cristiano.»

Sin embargo, y quizá á fin de que Roma no recogiese ventajas permanentes de la actitud que había tomado en este asunto, cuando la mayoría de los obispos abandonó el concilio, algunos de ellos, pertenecientes en su mayor parte á la diócesis de Constantinopla, hicieron todavía admitir varios artículos, y, entre otros, el de que la

supremacía de la sede episcopal romana tenía su causa, no en el hecho de que el obispo de Roma fuera el sucesor de San Pedro, sino solamente en el de que era obispo de una ciudad imperial. De esta manera el concilio reconoció como iguales la dignidad civil y la autoridad eclesiástica de los obispos de Roma y de Constantinopla; pero Roma se negó siempre á dar validez á esta decisión.

En estas luchas por la supremacía entre Roma, Constantinopla y Alejandría, es necesario, después de todo, ver algo más que las rivalidades de funcionarios ambiciosos que se disputan el poder. El obispo de Roma fué siempre vencedor, y, notémoslo, merecía serlo. Su manera de obrar fué siempre digna y hasta con frecuencia nobilísima, en tanto que sus adversarios mostraron insaciable avidez de poder, y recurrieron sin escrúpulo á la corrupción, á la intriga y á la violencia.

Así, la falta de un criterio de verdad y la necesidad de detener los progresos del espíritu de examen que se había hecho peligroso, condujeron á la institución de los concilios, que autoritariamente resolvían las cuestiones religiosas. Conviene, sin embargo, observar que las decisiones de los concilios se contradecían frecuentemente unas á otras, y que, por consecuencia, no se acreditaron por la unidad y la identidad de sus decisiones sucesivas, como tampoco se cuidaron de buscar sólido apoyo en el asentimiento de la inteligencia humana, ilustrada por sus trabajos y por sus conclusiones. La institución tenía un carácter puramente humano, como lo prueba la necesidad en que se vieron todos los concilios de recurrir al poder civil para hacer que prevalecieran sus decisiones, completamente arbitrarias. La misma necesidad, que en el monárquico Oriente sugirió la institución republicana de los concilios, condujo al democrático Occidente al desarrollo del autocrático poder de los Papas; pero ni en Oriente ni en Occidente se reconoció nunca en esta autoridad suprema un poder innato ó que le hubiera sido conferido por la divinidad. Cuantas veces le faltó el poder civil se mostró constantemente impotente contra los que quisieron hacerle resistencia.

Era imposible que los concilios fueran juzgados de otra

manera por los hombres notables que habían tomado parte en sus deliberaciones. Gregorio Nazianceno, uno de los hombres más piadosos de su tiempo, y que había presidido algunas sesiones del concilio de Constantinopla en 389, rehusó tomar parte por más tiempo en sus trabajos, pretendiendo que no había visto nunca que concluyera bien una reunión de obispos, que en lugar de remediar el mal no hacían más que aumentarlo y que la animosidad de sus disputas y su avidez de poder eran indescriptibles. Mil años más tarde Eneas Silvio, que fué Papa bajo el nombre de Pío II, advierte, a propósito de otro concilio, que se dejó inspirar más bien de las pasiones humanas que del Espíritu Santo.

A pesar de las contradicciones tan frecuentes que ofrecen las decisiones de los concilios, se reconoce, sin embargo, en ellas las huellas de una filiación común que indica que todas pertenecen á las fases sucesivas del desarrollo de un mismo modo de pensar. Así, de los cuatro concilios ecuménicos que se ocuparon de las cuestiones de que hemos hablado en las páginas precedentes, el concilio de Nicea declaró que el Hijo es de la misma sustancia que el Padre; el de Constantinopla que el Hijo y el Espíritu Santo son iguales al Padre; el de Efeso que las dos naturalezas de Cristo pertenecen á una misma persona, y, en fin, el de Calcedonia que las dos naturalezas, aunque unidas en una misma persona, permanecen distintas. Pero que no han conseguido su objeto, que no era otro que el de constituir un criterio de verdad, lo demuestra evidentemente el solo hecho de que, durante el siglo iv solamente, fueron convocados cuarenta y cinco concilios, de los cuales trece se mostraron favorables á Arrio, quince se pronunciaron contra él y diecisiete por los semi-arrianos. En medio de tal confusión era necesario que los mismos concilios estuvieran subordinados á una autoridad superior, á un criterio más elevado que pudiera reconocer ó negar la validez de sus decisiones. En cuanto á que el poder de los concilios en Oriente y el del papado en Occidente era esencialmente político, es un hecho que atestiguan toda la historia. Por lo que hace al papado, se ve muy claramente en la disputa que se suscitó entre Hi-

lario, obispo de Arlés, y el Papa León. Con este motivo publicó un edicto el emperador Valentiniano, en el que, denunciando la contumacia de Hilario, se decía que, «por más que la sentencia de tan gran pontífice como el obispo de Roma no tuviera necesidad de la confirmación del emperador, debía entenderse bien por todos los obispos que en lo sucesivo los decretos de la sede apostólica tendrían fuerza de ley, y que, quien se negara á obedecer á la citación del pontífice romano, sería obligado á ello por el gobernador de la provincia». Vemos aquí dibujarse muy distintamente el carácter esencial del poder papal: es inseparable del poder temporal. En medio de estas querellas fué cuando llegó el gran acontecimiento que he indicado, como el que marca el fin de la Edad de examen: la caída de Roma.

Los godos se habían establecido definitivamente en el imperio de Oriente. Conservaban sus leyes, sus magistrados y no pagaban impuestos: solamente daban cuarenta mil soldados al ejército. Los visigodos se habían extendido por Grecia, Italia y España: sólo se libró Atenas, gracias á sus recuerdos. Ya no se celebraban los misterios de Eleusis, y á partir de este tiempo, Grecia no volvió á conocer nunca la prosperidad. Alarico entra en Italia. Estilicón, general del emperador, le obligó á retirarse. Igualmente obligó á rendirse á discreción á Radagaiso, que había invadido al imperio. Los borgoñones y los vándalos inundan la Galia; los suevos, vándalos y alanos España. Estilicón, que, aunque godo, era digno de los grandes tiempos de la república, fué muerto por el emperador su amo. Alarico aparece ante Roma. Hacía seiscientos diecinueve años que Roma no había visto á ningún enemigo ante sus murallas. Aníbal había sido el último. Tenía dentro de su recinto 1.780 palacios senatoriales. Algunos de los propietarios de estas espléndidas moradas contaban con una renta anual que se elevaba á cuatro millones de francos. La ciudad tenía 28 kilómetros de circuito, y una población de más de un millón de habitantes, que, como sus antecesores, reclamaban á grandes gritos distribuciones de pan, vino y aceite. En su desesperación, la ciudad apóstata — se dice que con el consentimiento del Papa —

sacrificó á Júpiter, el dios que había repudiado y que ahora temía haber ofendido. Se ofrecieron cinco millones en metálico y un montón de objetos preciosos al rey bárbaro, el cual se retiró. El emperador lo insulta desde las alturas de su fortaleza de Rávena. Alarico vuelve sobre sus pasos y por tercera vez aparece ante Roma. Mil ciento sesenta y tres años después de la fundación de la ciudad, el 24 de abril del 410, á media noche, la traición de algunos esclavos le abre la puerta Salaria. Roma no tiene dioses que la puedan defender en tan terrible apuro. Es saqueada por los godos.

¡La Ciudad Eterna ha caído realmente! Tal es el grito que repercutió en todo el imperio á la noticia de la toma de Roma por Alarico. El paganismo hacía mucho tiempo que estaba arruinado como institución nacional; pero el elemento étnico verdaderamente romano nunca le había abandonado: espiraba con él, y un débil residuo de la antigua población se mostraba todavía apegado á la fe primitiva. En él se encontraban la mayor parte de las familias aristocráticas y las de los filósofos; estas últimas atribuían la catástrofe á la apostasía de la nación, y en su dolor se lamentaban de que era justamente castigada por haber abandonado los dioses de sus antepasados, los dioses que habían dado á Roma la victoria y el imperio. La Iglesia se vió forzada á responder á esta acusación, abiertamente formulada por algunos millares de individuos tan solo, pero que era tácitamente aceptada por millones de otros más tímidos que estaban como aplanchados por pánico terror. El cristianismo encontró defensor en uno de los más célebres Padres de la Iglesia, San Agustín, que consagró trece años de su vida á la composición de su gran obra *La Ciudad de Dios*. Es interesante para nosotros hacer constar el tono de algunas de estas réplicas de los cristianos á sus adversarios paganos:

«El paganismo es el único responsable de la manifiesta depravación de las costumbres romanas y de la inminente disolución del imperio. Nuestro poder político data de ayer: no entramos, pues, para nada en los progresos graduales de la lujuria y de la pobreza que han comenzado hace mil años. Vuestros antepasados hacían un comercio

de la guerra; reducían á servidumbre á las naciones vecinas y las imponían tributo. Ahora bien, ¿no son consecuencias inevitables de la conquista la prodigalidad y la disipación? ¿No estaba condenada á la ociosidad la población de Roma cuando Italia estaba llena de esclavos? Cada hora transcurrida ha venido á ahondar el abismo sin fondo que separa la opulencia excesiva de la miseria más abyecta. ¿No había desaparecido la clase media que constituye la fuerza de la nación, dejando en Roma familias aristocráticas, cuyas posesiones en Siria, Galia, España y Africa igualaban, si no superaban, por su extensión y sus rentas, á las posesiones de aquellos grandes reinos por cuya conquista la república había recompensado á los que la hicieron con los honores del triunfo? ¿No había en las calles de la ciudad un populacho envilecido, vegetando en la más completa ociosidad, divertido y alimentado á costa del Estado? ¿Somos nosotros responsables de la irritante opresión que pesaba sobre las poblaciones rurales, opresión que las ha impulsado á la desesperación y las ha diezclado, hasta el punto de que tengamos que temer que muy pronto desaparezcan? ¿Somos nosotros los que hemos aconsejado al emperador Trajano que abandonara la Dacia y que renunciara á esa sana política que marcaba con una línea de estaciones militares las fronteras del imperio? ¿Aconsejamos nosotros á Caracalla que concediera indistintamente á todos el derecho de ciudadanía, que trastornara y arruinara á toda la población? ¿Somos nosotros los que hemos atacado á Italia de esclavos y deprimido á estos infelices por bajo de los brutos, obligándoles en todas partes á trabajos propios de las bestias? Muy al contrario: hemos examinado y practicado una doctrina completamente diferente. ¿Somos nosotros quienes por la noche aherrajamos á los habitantes de las poblaciones y de las ciudades reducidas á servidumbre? ¿Somos nosotros quienes debemos responder de las insurrecciones, de los envenenamientos, de los asesinatos y de las venganzas, inevitables consecuencias de tantos males? ¿Somos nosotros los que hemos traído las cosas á tal estado que un ciudadano se ve obligado por su propio interés á abandonar su pa-

trimonio sin compensación ni indemnización? ¿Somos nosotros quienes hemos desmoralizado al pueblo prodigándole víveres, juegos, carreras y espectáculos, y no hemos sido perseguidos porque huíamos de los teatros? ¿Somos nosotros los que hemos arruinado al Senado y á la aristocracia sacrificándolo todo, hasta nosotros mismos, á la familia de Julio César? ¿Hemos imaginado nosotros, para neutralizar la influencia de las legiones, hacerlas combatir unas contra otras? ¿Somos nosotros los primeros que hemos tocado á la grandeza de Roma? ¿No fué Diocleciano, nuestro perseguidor, el primero que dió el ejemplo, fijando su residencia en Nicomedia? En cuanto á los sentimientos de patriotismo de que os vanagloriais, ¿no han hecho vuestros emperadores cuanto han podido para destruirlos? Una vez concedido el derecho de ciudadanía á los galos, á los egipcios, á los africanos, á los hunnos, á los españoles y á los sirios, ¿podía esperarse que conjunto tan heterogéneo permaneciera fiel á los intereses de una ciudad italiana, de una ciudad detestada, bajo cuyo yugo gemían todos estos pueblos? El patriotismo supone la concentración: es imposible en un imperio desmesuradamente extenso. Era necesario algo más que un lazo material para unir conjuntamente tantas naciones diversas, y este algo lo han encontrado en el cristianismo. La comunidad de lengua implica la de pensamientos y sentimientos; pero ¿qué era de esperar cuando el griego era la lengua de la mitad de la clase dominante y el latín la de la otra mitad, por no hablar de los mil dialectos ininteligibles que estaban en uso en el imperio romano? La caída del Senado ha precedido varios años al nacimiento de nuestra religión; y ¿diréis, pues, que hemos contribuido á las usurpaciones de los Césares? ¿Qué poder teníamos en el ejército, ese instrumento de violencia que en noventa y dos años os ha dado treinta y dos emperadores y treinta y siete pretendientes al trono? ¿Hemos excitado nosotros á la guardia pretoriana para que sacara á subasta la dignidad imperial?»

«¿Podéis en verdad asombraros de que todo esto haya tenido un fin? Pues nosotros, no nos hemos sorprendido y, por el contrario, damos gracias por ello á Dios. Ya es

tiempo de que la raza humana goce de descanso. Por fin se han oído los gemidos de los prisioneros y las oraciones de los cautivos. Además, ¿se ha mostrado implacable la mano que os ha herido? Si el pagano Radagaiso hubiera tomado á Roma, no habría perdonado ni una sola vida, ni habría quedado en pie ni una sola piedra. Aunque godo, el cristiano Alarico respeta á sus hermanos cristianos y, gracias á él, os habéis salvado. En cuanto á vuestros dioses, esos demonios en quienes tenéis vuestra confianza, ¿qué han hecho por vosotros? ¿No los insultó Annibal? ¿Fué un ganso ó un dios quien salvó al Capitolio de las armas de Breno? ¿Dónde estaban vuestros dioses en cada una de las derrotas, algunas recientísimas, que han experimentado los emperadores paganos? Ha caído, pues, justamente esta Babilonia romana cubierta de púrpura, esta prostituta ébria de la sangre de las naciones.»

«Sobre las ruinas de esta ciudad mundana, de esta orgullosa señora del mundo, cuya caída marca el fin de una larga carrera de superstición y de pecados, sobre estas ruinas se elevará «la Ciudad de Dios». El fuego del bárbaro la purificará, lavará sus manchas paganas y la hará digna de convertirse en el reino de Cristo. En lugar de esos mil años de tinieblas y crímenes á los cuales, en vuestra desesperación, intentáis volver, tiene ante sí el glorioso milenario que le han predicho los profetas. En sus muros regenerados ya no habitará el pecado, sino la virtud y la paz. No se verán ya en ella ni huellas de las vanidades de este mundo, ni luchas de ambición, ni este sórdido afán de oro, de gloria y de poder. El amor del Señor reinará únicamente en ella.»

A la cabeza de los que defendían así la causa de la nueva religión figura, como hemos dicho, el autor de la gran obra *La Ciudad de Dios*, que se debe considerar como el *summum* de la literatura cristiana de los primeros tiempos, enteramente consagrada á dicho objeto y concebida, si no en el lenguaje, al menos en el espíritu que hemos tratado de indicar más arriba. Ha ejercido sobre el cristianismo occidental influencia mayor que ningún otro de los restantes Padres de la Iglesia. A él se deben

las doctrinas tan precisas sobre el pecado original, la gracia y la predestinación.

La juventud de San Agustín había sido ligera y hasta culpable; había tomado parte en todas las disipaciones de la alegre ciudad de Cartago. No llegó á la verdad sino después de haber estado largo tiempo extraviado en el maniqueísmo, la astrología y el excepticismo. No fué, sin embargo, á los Padres de la Iglesia, sino á Cicerón á quien debió este feliz cambio. Los escritos del gran orador fueron los que le arrancaron de los placeres del teatro y de las locuras de la superstición y le inspiraron el amor á la sabiduría. Le arrancó del maniqueísmo Ambrosio, obispo de Milán, que les bautizó á él y á su hijo natural Adeodato. Fácil es reconocer en sus obras las huellas del magismo, no en lo que dice de la dualidad de Dios, sino en la división que hace de la humanidad en dos porciones: los elegidos y los condenados. Los dos reinos de gracia y de perdición, su Dios y su diablo, responden perfectamente á la idea oriental de un reino de luz y de un reino de tinieblas. San Agustín recibió de Ambrosio las elevadas doctrinas de los trinitarios que muy pronto iban á ser impuestas al Occidente.

En sus especulaciones filosóficas sobre el tiempo, la materia y la memoria, se muestra constantemente inferior á sí mismo y con frecuencia hasta trivial. La doctrina de que la Escritura, como la palabra de Dios, es susceptible de múltiples interpretaciones, le conduce á innumerables errores, y ejerció sobre la verdadera ciencia de las edades futuras funestísima influencia. Así fué como halló pruebas de la existencia de la Trinidad en el relato mosaico de la creación; pretende que el firmamento de que en él se habla, es el tipo del Verbo de Dios y que existe correspondencia entre la misma creación y la Iglesia. Sus numerosas obras han sido repetidamente traducidas, principalmente sus *Confesiones*, que han distraído y edificado á cincuenta generaciones, pero que, después de todo, y como obra literaria, deben ceder su puesto á los escritos de Bunyan. Bunyan, como San Agustín, se dedicó por completo al examen de sí mismo, condenándose sin misericordia, anatomizando su propia alma y

sacando uno por uno todos sus pecados para presentarlos á la luz del día.

La influencia de San Agustín en el dominio religioso ha eclipsado tan completamente la que ejerció en política, que se ha concedido escasa atención á la parte que tomó en los acontecimientos políticos de la interesante época en que vivió. Sabemos por los historiadores que fué amigo del conde Bonifacio, el que invitó á Gensericó á que pasara al Africa con sus vándalos. Gracias á San Agustín el nombre del conde ha podido pasar á la posteridad, sin marca de infamia. Bonifacio estaba á su lado cuando murió en Idepona el 28 de agosto del 430.

Cuando Roma hubo caído á los golpes de Alarico, los cristianos, lejos de llorar su caída, se gloriaban de ella. Establecían sutil distinción entre la prostituta pagana herida por Alarico y la ciudad de Dios, á la que no se había atrevido á tocar. La venganza de los godos, decían, hirió los templos, pero respetó las iglesias. En los desastres que muy pronto siguieron fué muy difícil mantener esta misma distinción; pero no es dudoso que esta catástrofe ayudó poderosamente al desarrollo del poder papal. El rebajamiento de la antigua aristocracia puso de relieve al Papa, y, como se ha dicho con razón, cuando Roma renacía de sus ruinas, su obispo recogió la preeminencia. También fué muy favorable la circunstancia de que en esta época hubiera terminado San Jerónimo su traducción de la Biblia. A partir de este día, la Vulgata tuvo autoridad en todo el Occidente. Se reconoce en esta célebre versión la influencia de los autores clásicos paganos, que el austero anacoreta había aprendido á admirar en su juventud, influencia á que en vano había tratado de sustraerse flagelándose todas las noches. Dicha versión apareció en una hora crítica de la historia de Occidente. Los principios del papado no permitían que el mismo papa fuera autor, y la Vulgata satisfacía las necesidades de los tiempos. El Oriente podía, pues, continuar sin peligro inventando diariamente nuevas creencias y nuevas herejías; el Occidente perseguía un fin mucho más práctico é importante; la organización del poder eclesiástico.

Es muy interesante notar aquí, y el lector lo habrá he-

cho sin duda, la estrecha analogía existente entre el desarrollo de la sociedad eclesiástica y el de la sociedad civil. En uno y otro caso se manifiesta irresistible tendencia á la concentración del poder. Así como la historia romana nos muestra algunas familias y al fin un solo hombre dueño del poder que antes estaba diseminado en el pueblo entero, así vemos cómo en la Iglesia las congregaciones caen rápidamente en poder de sus obispos, y éstos á su vez se ven forzados á reconocer la autoridad de algunos de sus colegas, cuyo número cada vez disminuye más. Durante el período de que hablamos, los obispos menos importantes, como los de Jerusalem, Antioquía y Cartago, habían perdido su antiguo poder y se habían oscurecido ante las tres grandes sedes episcopales de Constantinopla, Alejandría y Roma. Cada uno de los obispos que las ocupaban aspiraba á la supremacía, y la historia de sus desesperadas luchas es la historia completa de la época. Roma tenía ventajas importantísimas; las otras dos sedes episcopales estaban bajo la inmediata fiscalización del gobierno imperial; sus intereses debían chocarse con más frecuencia y debían acometerse en sus disputas con más animosidad. El poder eclesiástico soberano se estableció, pues, definitivamente en Roma, por más que Roma fuera, política é intelectualmente considerada, muy inferior á sus dos rivales, como en otro tiempo el mundo asistió á la formación de un triunvirato que fatalmente debía conducir al despotismo. Además, como si se tratara de recordar al espíritu humano cuán cierto es que los mismos principios presiden al desarrollo del poder eclesiástico y del poder civil, esta semejanza de que hemos hablado se revela á veces con singular claridad hasta en los menores detalles. El obispo de Alejandría no fué el primer triunviro que halló prematuro fin á orillas del Nilo, y el Pontífice romano no fué el primero que consolidó su consagración llamando en su auxilio á las legiones de Galia.

CAPÍTULO X

Edad de fe de Europa.

La política de Constantino el Grande tendía inevitablemente á la paganización del cristianismo. A las puras ideas de éste se mezclaron añejas ideas paganas, siendo esto consecuencia de la omnipotente autoridad que consiguieron algunos políticos y funcionarios sin escrúpulo. La nueva fe así impurificada se hizo más propia para ser rápida y universalmente aceptada por el vulgo; pero esta ventaja la adquirió á costa de nueva tregua concedida á las antiguas ideas. Fué tan profunda la alteración que por ello sufrió, que no pudo separarse lo verdadero de lo falso hasta la Reforma, es decir, mil años después.

El número de naciones á las cuales han afectado estos acontecimientos, y la magnitud del período de tiempo que abrazan, nos obligan á establecer subdivisiones, si queremos que este tema sea claramente expuesto y comprendido. Hablaré, pues: primero, de la edad de fe en Oriente; segundo, de la edad de fe en Occidente. La primera concluye bruscamente con la conquista mahometana; la segunda, después de realizar lentamente sus metamorfosis, se pierde en la edad de razón de Europa bajo el pontificado de Nicolás V.

En este y en el siguiente capítulo trataré, pues, de la edad de fe en Oriente y de la catástrofe que la terminó, y en seguida daré principio al largo é instructivo estudio de la edad de fe en Occidente.

No fué débil la influencia de las mujeres de la corte de Constantinopla en la paganización del cristianismo, que no tardó en presentar los caracteres esenciales de una

verdadera mitología con su culto de los héroes. La emperatriz madre, Elena, hizo por sí misma que se edificaran iglesias monumentales en los diferentes lugares en que habían sucedido los más importantes acontecimientos de la vida de nuestro Salvador, su nacimiento, su sepultura y su ascensión. No faltaban paganos que sólo por interés se habían convertido al nuevo culto, y hasta su número crecía diariamente; empapado todavía de las maravillas en que creían sus antepasados desde tiempo inmemorial, estaban perfectamente preparados á prestar complaciente oído á aserciones que espíritus más circunspectos é inteligentes hubieran tomado por imposturas manifiestas. Habiéndose arruinado un templo de Venus edificado en el emplazamiento del Santo Sepulcro, se descubrieron tres cruces en una excavación del suelo y la inscripción escrita por Pilatos. «La cruz del Salvador», que por un milagro pudo distinguirse de las otras, fué dividida en dos pedazos, quedando uno en Jerusalem y mandándose el otro á Constantinopla con los clavos que se había tenido la dicha de encontrar. Se les destinaba á adornar la cabeza de la estatua del emperador, colocada en la cima de la gran columna de pórfido. La madera de la cruz manifestó tan maravillosa fuerza de crecimiento, que permitió satisfacer todos los pedidos de los peregrinos, y bien pronto se convirtió para sus poseedores en fuente inagotable de riqueza.

Al cabo de algunos años hubo en las diversas iglesias de Europa tal acumulación de la preciosa madera, que con ella pudieran construirse algunos centenares de cruces. La edad que creía en tal prodigio podía aceptar sin dificultad la visión de Constantino y la historia del lábaro.

Tal era la tendencia de los tiempos á desnaturalizar el cristianismo, mezclándole con las concepciones del paganismo, parte con objeto de dar satisfacción á las preocupaciones de la multitud, convertida por puras consideraciones mundanas, y parte con la esperanza de llegar á la más rápida difusión de la nueva religión. Hay algo de solemne en las justas reconvenciones que Fausta dirige á San Agustín: «Habéis sustituido vuestras agapas

á los sacrificios de los paganos, y á sus ídolos vuestros mártires, á quienes tributáis los mismos honores. Apaciguáis la sombra de los muertos con vino y festines; celebráis las fiestas solemnes de los gentiles, sus calendas y sus solsticios, y no habéis cambiado en nada sus costumbres. No os distinguís de los paganos más que en que os reunís lejos de ellos.»

Como hemos visto en el capítulo precedente, el curso de los acontecimientos había alejado del poder al partido de los filósofos y al de los politeístas. Aquél contrajo alianza con la nueva religión y no tardó en darle significativa prueba de su sinceridad, persiguiendo con energía todo lo que restaba de la antigua filosofía. Conviene no perder de vista que este espíritu de proselitismo que iba á producir tan importantes resultados obraba en la sociedad de abajo á arriba. La acción de la filosofía, por el contrario, se había ejercido en sentido inverso; siempre tuvo su foco en la clase menos numerosa, la clase ilustrada é instruída. En condiciones tales, era evidente que concluirían por obtener entera satisfacción las preocupaciones del ignorante populacho, y es también evidente que muy pronto se despojaría al saber de toda consideración, que se le denunciaría como magia, y que á la filosofía se la tendría por ocupación inútil y por tanto culpable. Una vez que el ambicioso recibe el poder de la multitud, le es muy difícil, mientras tiene necesidad de su apoyo, rehusarle algo ni dejar de tener en cuenta sus deseos. El mismo Constantino no tardó mucho tiempo en sentir la presión del poder al cual se había aliado, pues se vió obligado á sacrificarle á su amigo el filósofo Sopater, ocupado en obrar sobre los vientos por virtud de artes mágicas á fin de impedir que arribaran á Constantinopla los buques cargados de trigo. Se elevaron contra él clamores en el teatro, y el emperador no pudo apaciguarlos más que haciendo morir al filósofo. Sin embargo, no se sometieron sin resistencia, ni los soberanos que le sucedieron se mostraron dispuestos á subordinarse tácitamente al poder eclesiástico. El objeto invariable de Constantino fué hacer de la teología una rama de la política, mientras que los obispos en todo el imperio trabajaban

constantemente por hacer de la política una rama de la teología. Fácil era prever que concluiría por triunfar el partido eclesiástico. La resistencia que le opusieron algunos emperadores era meramente individual, y por consiguiente no debía durar mucho tiempo, y era cierto que los deseos del vulgo recibirían la más completa satisfacción en cuanto aparecieran emperadores que, no contentos con ayudarse del cristianismo, como había hecho Constantino, lo aceptaran con sinceridad y sin reservas.

Juliano renunció muy pronto al proyecto que concibió de restaurar el paganismo y apenas logró retardar un momento el progreso de las nuevas doctrinas que cada vez ganaban más el favor público, gracias al aditamento de ideas tomadas del paganismo. Durante los reinados de Valentiniano, que era ortodoxo, y de Valente, que era arriano, las cosas siguieron su curso como si no hubiera existido Juliano. Los antiguos dioses cuya existencia, á lo que parece, nadie negaba, eran ahora completamente identificados con los demonios, y su culto condenado como práctica mágica. La ley consideraba á sus partidarios como culpables del crimen de traición, y no tardó en estallar una persecución contra ellos. Se prohibió á los que fueran á estudiar á Roma que se detuvieran en ella después de la edad de veintiún años. La persecución hirió realmente á la antigua religión, por más que fuera dirigida especialmente contra la nigromancia. La predicción de los acontecimientos futuros era, en efecto, uno de los primeros oficios de la religión pagana, de donde procedía su complicación con la magia y la traición.

La persecución, sin embargo, aunque dirigida contra el paganismo, alcanzó también á lo que quedaba de la antigua filosofía. El partido dominante había llegado al poder en circunstancias tales, que le obligaban á dar cada día nueva fuerza al principio á que todo lo debía. Este principio era la necesidad de absoluta y ciega fe; principio que podía responder perfectamente á las necesidades de las clases numerosas é ignorantes, pero que no servía para las clases intelectualmente más adelantadas. La política de Constantino abrió nueva carrera, la

carrera de la Iglesia, á los hombres de las últimas capas de la sociedad. Muchos de estos hombres habían ya llegado á las más altas dignidades, á donde les había conducido, más que su profundo saber, su ardiente celo. Una vez llegados á estos altos puestos, no tenían necesidad de conservar ni siquiera las apariencias de sabiduría y se encontraban tentados naturalmente á proclamar sus propias ideas como verdades absolutas é inatacables y á denunciar como contaminados de magia todos los conocimientos que pudieran estorbarles. Entonces encontraban al poder civil siempre dispuesto á ayudarles. Había resuelto la extirpación de todo lo que quedara de la filosofía. Todos los manuscritos que se podían coger eran quemados al momento. Los que poseían libros en todo el Oriente los destruían por miedo de que alguna frase oculta en alguno de ellos causara su ruina y la de su familia. Era opinión universalmente admitida que era justo obligar á los hombres á creer lo que la mayoría de la sociedad había aceptado como verdad, y que era también justo castigarles si resistían. Ninguna voz se elevó en el partido dominante para reivindicar la libertad intelectual. Se admitía que las cosas que están más allá del alcance de la razón, deben implícitamente ser aceptadas por la fe y que tiene singular mérito el estado mental en que el hombre cree antes de comprender.

El golpe de muerte al paganismo fué dado por el emperador Teodosio, español de nacimiento, quien, por los servicios que prestó á la religión, mereció ser llamado el Grande.

Comenzó por declarar crímenes capitales la práctica de la magia y el examen de las entrañas de los animales. Después, el año 390, prohibió los sacrificios y la entrada en los templos. Enajenó las rentas de gran número de templos, confiscó los bienes de otros é hizo demoler algunos. Despidió á las vestales y decretó propiedad del tesoro imperial toda casa profanada por el humo del incienso. Cuando se arrebatan á un establecimiento religioso sus bienes, es perfectamente inútil hacer de su culto crimen capital. El gobierno no se contentó con hacerse de esta manera defensor de la nueva religión, qui-

so también prevenir las disensiones que pudieran nacer en su propio seno. Se declaró incapaces de transmitir sus bienes por testamento á los apóstatas. Se establecieron inquisidores que, espías y jueces á la vez, formaban temeroso tribunal prototipo del tribunal más espantoso todavía de la Inquisición moderna. Sin embargo, Teodosio, á quien correspondía ejecutar sus sentencias, prefirió elegir personas como emblemas de su fe personal á fórmulas siempre sujetas á ambigüedades. Declaró, pues, privados de sus derechos civiles y condenados al destierro á todos aquellos que no se conformaran con las creencias de Dámase, obispo de Roma, y de Pedro, obispo de Alejandría. En cuanto á los que celebraban la fecha de la Pascua el mismo día que los judíos, se pronunció contra ellos pena de muerte. «Queremos,—decía en su edicto,— que los que acepten este símbolo, sean llamados católicos cristianos». Todos los demás eran naturalmente herejes.

Es deber del historiador imparcial atribuir estos tiránicos y escandalosos abusos del poder civil á la influencia del clero y cargar sobre él la responsabilidad de los crímenes que han causado. Suyos son, pues, estos crímenes como los de aquellas mujeres libertinas y sin escrúpulos, de aquellos eunucos, de aquellos parásitos y de aquellos groseros soldados que poseían el poder absoluto. Sin embargo, cualquiera que sea el estado de las cosas, la naturaleza humana no se deja envilecer por completo. El sistema bajo el cual vivían entonces los hombres les impulsaba á todas las iniquidades, pero más de una vez probaron que sabían distinguir el bien del mal. Volveremos á encontrar frecuentemente en el curso de esta obra esta protesta del individuo contra un sistema cuyos principios son inaceptables. Así se vió á varios obispos intervenir abiertamente entre la víctima y su opresor y emplear los tesoros de la Iglesia en rescatar esclavos, y así sucederá quizá que la posteridad perdonará á Ambrosio, arzobispo de Milán, las imposturas de que se ha hecho culpable, cuando se recuerde que se atrevió á pedir cuentas á Teodosio el Grande de la muerte de las 700 personas que había hecho degollar el año 390 en el arco de

Tesalónica. El emperador á quien tanto debían Ambrosio y su partido, debió resignarse á expiar su crimen con la penitencia más dura que podía infligírsele en este mundo; tuvo que dejar decir á su juez que «aunque fuese de la Iglesia y estuviese en la Iglesia, no estaba por cima de esta Iglesia», que la fuerza brutal debía ceder á la fuerza espiritual y que el sér humano más humilde tenía también sus derechos á los ojos de Dios.

Los acontecimientos políticos habían, pues, tomado funesto rumbo para el porvenir de los conocimientos humanos. Los mismos hombres á quienes las circunstancias habían dado el poder en el dominio religioso debían inevitablemente obtenerlo también en el dominio científico. Como aconteció en la India algunas edades antes, pasaban los escritos sagrados como depósito de todo lo que era necesario saber al hombre. Las cuestiones de astronomía, de geografía, de cronología, de historia y de cualquier otra rama de la ciencia que hasta entonces habían ocupado ó distraído al espíritu humano, debían ahora esperar su solución de otro tribunal. La ciencia revelada es la negación de todo progreso, y entonces el filósofo ya no tiene que hacer otra cosa que ceder su puesto al comentarador.

Los primeros escritores eclesiásticos, ó—como se los llama ordinariamente—los Padres, llegaron, pues, á ser considerados como superiores á todos los demás hombres, no sólo en piedad, sino también en saber. Sus sentencias no tenían apelación. Durante siglos conservaron esta preeminencia, y sólo apenas en la época de la Reforma fué cuando perdieron su omnipotencia. Los grandes críticos que engendró esta época analizaron las obras de los Padres, compararon unos con otros y mostraron sus contradicciones, reduciéndoles así á su verdadero valor. Hasta se perdió la costumbre de citarlos cuando se hizo evidente que ninguno de estos escritores eclesiásticos tenía los títulos necesarios para tratar con autoridad un hecho científico cualquiera. La mayor parte de ellos no vacilaban en expresar su desprecio por las cosas de que pretendían ser jueces. «No es por ignorancia —dice Eusebio— de las cosas que admiran á los filósofos, sino porque despreciamos

sus trabajos por inútiles, por lo que hacemos tan poco caso de todas esas materias y volvemos nuestras almas hacia cosas mejores». Lactancio expresa la misma idea cuando dice que toda la filosofía es «vana y falsa», y añade, hablando de la herética doctrina de la forma globular de la tierra: «¿Es posible que puedan existir hombres tan absurdos que crean que sobre la otra faz de la tierra, las plantas y los árboles tienen hacia arriba sus raíces y que los hombres tienen los pies por cima de la cabeza? Si les preguntáis cómo defienden estas monstruosidades y cómo en estas condiciones pueden los cuerpos permanecer sobre la superficie de la tierra, os responden que la naturaleza de la tierra es tal que los cuerpos pesados tienden á su centro como los rayos de una rueda, mientras que los cuerpos ligeros, como las nubes, el humo y la llama, van de todos los lados del centro á los cielos. Me pregunto ahora qué debo decir de aquellos que, cuando se extravían una vez, persisten en su locura y defienden una opinión absurda con otra opinión tan absurda como la que profesan». Respecto de la cuestión de los antípodas, San Agustín pretende que es imposible que haya habitantes en la superficie opuesta de la tierra, puesto que no se menciona por las Escrituras entre los descendientes de Adán ninguna raza de esta especie.

La ciencia de los Padres de la Iglesia tenía, pues, por base esencial el principio de que las Escrituras encerraban todos los conocimientos permitidos al hombre. Seguía de aquí que los fenómenos naturales podían interpretarse con ayuda de los textos, y que todas las doctrinas filosóficas debían corregirse de manera que concordasen con las doctrinas ortodoxas. La ciencia de los Padres de la Iglesia enseñaba que Dios hizo al mundo de la nada; admitir la eternidad de la materia era ir derecho al maniqueísmo. Enseñaba también que la tierra es plana, y que por encima de ella se eleva la bóveda de los cielos, en la cual están fijas las estrellas; que el sol, la luna y los planetas ejecutan sus revoluciones naciendo y ocultándose; que estos cuerpos son de naturaleza inferior á la del hombre, destinados como están á proporcionarles luz; que todavía más arriba, más allá de la bóveda estrellada,

está el cielo, estancia de Dios y de los espíritus angélicos; que la tierra, con todo lo que encierra, fué hecha en seis días; que fué cubierta por las aguas de un diluvio universal que destruyó á todos los seres vivos, salvo los que hallaron sitio en el arca, y que las aguas desaparecieron secadas por el viento; que el hombre es el centro moral del mundo; que todas las cosas han sido creadas y subsisten para él solo; que lejos de haber mostrado nunca la menor tendencia á mejorar, el hombre ha decaído de su sabiduría y de su valor primitivo, y que antes del pecado el hombre era perfecto, corporal y espiritualmente. La ciencia de los Padres de la Iglesia miraba siempre para atrás, jamás para adelante. Rechazaba de una manera absoluta que el mundo esté gobernado por leyes, y afirmaba la perpetua intervención de la Providencia en todas ocasiones, hasta las más insignificantes. Según ella, los ángeles hacían mover las estrellas, recogían el agua del mar para hacer la lluvia y hacían también los eclipses. Afirmaba que el hombre no existía más que hacía algunos siglos sobre la tierra, y que no podía durar mucho en ella estando, como está, amenazado el mundo de ser destruído por el fuego. Derivaba todas las razas humanas de una pareja primitiva, y las hacía moralmente responsables del pecado cometido por esta pareja. Rechazaba como absolutamente irreligiosa la doctrina de que el hombre pueda mejorar su organismo. Para ella el médico no vale mucho más que el ateo, y todas las enfermedades pueden curarse por la intercesión de los santos, por sus sepulcros y por sus reliquias. No admitía tampoco que el hombre pudiera mejorar su estado material. Tratar de aumentar nuestro poder y nuestro bienestar es querer lo que nos ha rehusado la Providencia; abandonarnos á las investigaciones filosóficas es tratar de conocer las cosas que Dios ha querido tener ocultas. También repudiaba la lógica griega, y todo lo probaba por milagros. Grosera astronomía había reemplazado á la astronomía de Hiparco; las indignas fábulas de Eusebio trastornaron la cronología de Manethon y de Eratóstenes; estaban olvidadas la geometría de Euclides y de Apolonio y la geografía de Ptolomeo, y las grandes invenciones de Arquímedes eran

eclipsadas por los milagros que operaban las reliquias de multitud de santos.

Tal es la mezcla de verdad y de locura que constituía la ciencia de los Padres de la Iglesia. La ignorancia del poder había juzgado necesario tener una ciencia falsa é incapaz de progreso, olvidando que más tarde ó más temprano llega un día en que es imposible conservar ideas estacionarias en un mundo que siempre avanza. El grande y fatal error de aquellos tiempos fué que en el sistema impuesto á la humanidad no se reservó ningún lugar al progreso intelectual. Cada siglo aportó nuevas incompatibilidades, y bien pronto se manifestó en el sistema una tensión que, haciéndose más fuerte cada día, estorbaba su acción. Preciso era comprender que á la postre era imposible sostenerle por más tiempo con la fuerza. Al fin concluyó por desplomarse, y más adelante veremos en qué circunstancias.

El mago que nos va á desarrollar sus fantasmagóricos cuadros en la pared sabe muy bien que aumentará la ilusión apagando todas las luces, no conservando más que la de su pobre linterna. Tengo que referir ahora cómo se extinguieron las últimas vacilantes llamaradas de la antorcha de la ciencia griega, y cómo la ciencia de los Padres de la Iglesia, ayudada por su aliada la santurronería, intentó elevar sobre segura base el edificio de su poder.

Bajo el reinado de Teodosio el Grande fueron anodadas la religión y la ciencia paganas. Ninguna duda asaltaba á este emperador, porque era en extremo ignorante, y, preciso es decirlo, tan sincero como severo. En el número de sus primeras medidas encontramos la de que sería castigado con multa de quince libras de oro el gobernador de Egipto que entrase en un templo. Esta medida fué seguida de la destrucción de los templos en toda la Siria. En esta época estaba ocupada la silla arzobispal de Alejandría por cierto Teófilo, hombre ambicioso y malo, que en otro tiempo había sido monje nitrio. Succedía esto por el año 390 después de Cristo. Acababa de apaciguarse el conflicto de los trinitarios. Los monjes y el populacho de Alejandría perseguían con su odio el templo de Serapis y su biblioteca, porque era el centro

de oposición panteísta que luchaba contra la doctrina dominante, y porque de siglos atrás era el foco de la brujería, de la magia y de todas las ciencias diabólicas. Hemos dicho cómo comenzó Ptolomeo Filadelfo la fundación de la gran biblioteca en el Bruchium, el barrio aristocrático de la ciudad, y cómo á ella había agregado diversos establecimientos científicos. Estimulado con su ejemplo, el rey de Pérgamo, Eumenes, fundó en su capital una biblioteca semejante. A fin de que no eclipsara á la de Alejandría, Ptolomeo Epifanes prohibió la exportación del papiro, por lo cual Eumenes inventó el pergamino. La segunda gran biblioteca de Alejandría fué creada por Ptolomeo Fiscón en el Serapion. La biblioteca del Bruchium, que contenía 400.000 volúmenes, fué quemada por accidente ó, como se ha dicho, adrede, durante el sitio de la ciudad por Julio César; la del Serapion se salvó. Para consolarla de tan inmensa pérdida, Antonio regaló á Cleopatra la biblioteca de Eumenes, que hizo llevar de Pérgamo á Alejandría. Contenía 200.000 volúmenes. El Museo en un principio estaba agregado al Bruchium. Lo que quedó de los establecimientos destruídos por el incendio fué trasladado al Serapion: el Serapion era, pues, en la época de que hablamos el gran depósito de los conocimientos humanos.

Los emperadores paganos apreciaban mucho el valor del tesoro que habían heredado de los Ptolomeos. El templo de Serapis era considerado unánimemente como el monumento religioso más espléndido que había en el mundo. Apenas si en el exceso de su patriotismo el romano se atrevía á poner sobre él el templo de Júpiter Capitolino. Se llegaba á él por una serie de graderías, y le rodeaban numerosas filas de columnas; su pórtico cuadrangular, maravilla del arte, estaba adornado con estatuas magníficas; los muros interiores estaban cubiertos de esculturas y los techos de excelentes pinturas. Sobre esto podemos remitirnos á los griegos, que eran muy buenos jueces del valor de obras de este género.

El Serapion y todos los objetos preciosos que encerraba tenían siempre inquieto á Teófilo y á su partido. Se elevaba ante ellos como una reconvencción y como un in-

sulto. Sus vastas construcciones estaban destinadas á un uso desconocido, y, por consiguiente, criminal. Bajo sus bóvedas y en sus silenciosas salas se celebraban sin duda misterios abominables. Se veían allí círculos de cobre y cuadrantes solares para predecir el porvenir; algunos hasta pretendían que estos instrumentos mágicos habían pertenecido á Faraón y á los encantadores con quienes Moisés había tenido que entenderse.

Ninguno de estos beatos salvajes comprendía desgraciadamente que en otro tiempo Eratóstenes había medido la tierra, y Timocares había determinado el movimiento del planeta Venus. Para ellos el templo, con sus murallas de puro mármol blanco y sus innumerables columnas que se proyectaban sobre el cielo azul y sin nubes de Egipto, no eran más que un sepulcro blanqueado que guardaba la corrupción más repugnante. Todo el mundo sabe, decían, que en el mismo santuario los sacerdotes abusan de las más bellas y ricas mujeres de Alejandría que se creen así honradas con el éxtasis divino. Sobre el Serapion trató de fijar Teófilo la atención de sus fieles indignados.

El emperador Constancio había donado á la Iglesia el terreno sobre el cual se elevaba el antiguo templo de Osiris. Aconteció, pues, que cavando para sacar los cimientos de un nuevo edificio se descubrieron los símbolos obscenos que servían para el culto del dios. Teófilo, dando pruebas más de celo que de pudor, los expuso á las risas del populacho en la plaza del mercado. El viejo partido egipcio, resuelto á vengar la afrenta, se sublevó bajo el mando del filósofo Olimpio. A poco se siguió un motín. Los paganos establecieron su cuartel general en las sólidas construcciones del Serapion, de donde salían para coger á todos los cristianos que encontraban, á los que mataban en el altar después de forzarlos á sacrificar. La cuestión fué llevada ante el emperador y durante este tiempo los paganos se sostuvieron en el templo que les servía de fortaleza. De repente, en medio del silencio de la noche, Olimpio se sobrecogió de terror, escuchando bajo las bóvedas del templo una voz que cantaba el *Aleluya* cristiano. Vió en esto un presagio, un asesino oculto

quizá, y temiendo por su vida se escapó del templo. A la llegada del rescripto imperial los paganos depusieron las armas. Estaban lejos de sospechar la suerte que les esperaba. Teodosio ordenaba que se destruyera inmediatamente el templo y encargaba al fogoso Teófilo de la ejecución del mandato. Teófilo comenzó por saquear y desordenar la biblioteca. Penetró en el santuario del dios, santuario que era la representación visible del panteísmo de Oriente, el recuerdo de la alianza del antiguo Egipto con el pueblo librepensador de Grecia, un testimonio, en fin, del saber político de los capitanes de Alejandro. En medio de fúnebre silencio los salteadores llegan á presencia de la estatua de Serapis. Este es uno de los solemnes momentos en que se revela el valor de una religión; si el dios no puede defenderse á sí mismo, la impostura es manifiesta. El indomable Teófilo ordenó á un veterano que diera un hachazo á la estatua, la cual no ofreció ninguna resistencia; á un segundo golpe la cabeza del ídolo rodó por el suelo y multitud de ratones espantados se escaparon de ella. El temible dios, que durante setecientos años había constituido el secreto poder de los reyes y de los sacerdotes, cayó al ruido de grandes carcajadas; se le hizo pedazos y sus miembros fueron arrastrados por las calles. Se exploraron todos los rincones del Serapion. Entonces se descubrieron las supercherías á que los sacerdotes habían recurrido para conservar su poder. Se encontró entre otras maravillas un carro al que estaban enganchados cuatro caballos que subían á la bóveda por medio de un imán; un cristiano quitó el imán y el instrumento de impostura cayó al suelo. El historiador que nos refiere estos hechos, cuya imposibilidad material es evidente, observa con razón que es más fácil inventar una anécdota imaginaria que conseguir engañar á los ojos mismos. En cuanto al oro y plata que encerraba el templo fueron cuidadosamente recogidos; los objetos de menor valor fueron rotos y fundidos. El piadoso celo de Teófilo no se detuvo hasta que fué demolido al ras del suelo el edificio entero y se elevó una iglesia en su emplazamiento. En el templo sobre todo es donde debió cebarse la rabia de los devastadores. El edificio en que

se encontraba la biblioteca escapó en efecto al desastre, si hemos de dar crédito á Orosio, que nos asegura que él vió todavía los estantes vacíos. El fanático Teófilo prosiguió su victoria. Hizo caer el templo de Canope y ordenó la demolición de todos los templos de este género que existieran en Egipto. Hablando de los monjes y de la adoración de las reliquias, Eunapio se expresa de este modo: «Cualquiera que llevase vestidos negros estaba investido de tiránico poder; la filosofía y la piedad hacia los dioses estaban obligadas á vivir con reserva, pobres y ocultas bajo apariencias miserables. Los templos se convirtieron en tumbas llenas de las osamentas de los hombres más viles y depravados, y que ahora son considerados como dioses.»

Tal fué el fin del Serapion. Las circunstancias de su destrucción acusan perfectamente el estado de la época en que tuvo lugar.

Pocos años después de este memorable acontecimiento el obispo Teófilo fué llamado ante el tribunal de Dios y le reemplazó su sobrino Cirilo, á quien había tenido cuidado de preparar para este santo y peligroso cargo con una estancia de cinco años entre los monjes de Nitria. Cirilo fué presentado con todas las precauciones necesarias al pueblo de Alejandría, tan difícil de satisfacer, y que sin embargo le reconoció como predicador irreprochable y de talento. Por su parte los adversarios paganos pretendían que los aplausos y bravos con que se acogían sus más esmerados períodos provenían de personas que formaban una congregación organizada y pagada. Si caben algunas dudas sobre su valor intelectual, generalmente hay acuerdo en juzgarle bajo su aspecto moral. La ciudad estaba en continua agitación con las querellas de los tres partidos que componían la población: los cristianos, los paganos y los judíos. Parece ser que de estos últimos se contaban hasta 40.000. El episcopado había llegado á ser un cargo importantísimo más bien civil que religioso. El arzobispo ejercía realmente el poder municipal con la ayuda de los parabolanos, cuyas funciones consistían en recoger á los enfermos y á los indigentes de la ciudad, pero que en realidad constituían un verdadero

cuerpo de policía ó más bien una verdadera milicia. Cirilo, que no conocía escrúpulos, desvió de su primer destino á esta fuerza que tenía en sus manos, é hizo de ella abuso tan escandaloso que el emperador se vió obligado á quitarle el derecho de nombrar parabolanos y redujo su número á 500 ó 600 hombres. Habiendo aumentado la animosidad que existía entre cristianos y judíos ciertas circunstancias locales, la riña estalló en el teatro. Bien pronto fué seguida de conflictos más serios en las calles de la ciudad, y los judíos, que llevaban la ventaja á sus adversarios, les prodigaron mil ultrajes y se encarnizaron con ellos sin misericordia. Tal estado de cosas no duró mucho tiempo. Los cristianos se sublevaron á instigación de Cirilo. El populacho saqueó las sinagogas y las casas de los judíos é intentó expulsarlos de la ciudad. El prefecto Orestes se decidió por fin á intervenir para apaciguar el motín, pero el arzobispo estaba muy lejos de querer ceder. Entonces fué cuando sus antiguos compañeros los monjes nitrios vinieron á justificar la profética previsión de Teófilo. Quinientos de estos fanáticos abandonaron el desierto y se presentaron en la ciudad. El mismo prefecto se vió sitiado en su palacio y herido en la cabeza por una piedra que le lanzó uno de ellos, Ammonio. Alarmados con el sesgo que tomaban las cosas, se interpusieron los ciudadanos honrados. Ammonio fué cogido y muerto por el lictor. Sin dejarse abatir, Cirilo hizo exponer solemnemente el cuerpo y obligó á que se le sepultara con extraordinarios honores. Decretó asimismo que se cambiara el nombre de Ammonio que llevaba la víctima por el de Tomasio ó «el maravilloso» y que el creyente muerto por la fe sería canonizado como mártir. Está fuera de duda que en todos estos trastornos los paganos se pusieron de parte de los judíos y que se atrajeron también la venganza de Cirilo. En el número de los paganos que todavía cultivaban la filosofía platónica se encontraba una joven muy bella, Hypatia, hija del matemático Theon, que se había hecho célebre por su habilidad en interpretar el neo-platonismo y las doctrinas peripatéticas y en comentar los escritos de Apolonio y otros géometras. Diariamente era visitada su mo-

rada por el mundo elegante y rico de Alejandría. Su aristocrático auditorio dejaba muy atrás al que rodeaba el púlpito del arzobispo, y más de una vez sin duda la murmuración se entretenía en comparar las lecturas filosóficas de Hypatia con los sermones de Cirilo. Pero si el obispo no tenía filosofía, tenía otra cosa frecuentemente de más valor, el poder. ¿Podía soportar que una pagana compartiera con él la metrópoli, que el encanto pusiera en escena sus artes diabólicas para atraer hacia Hypatia á los nobles, á los ricos, á los jóvenes, á la ciudad entera?

Alejandría era una presa á la que no se podía renunciar fácilmente, pues estaba en situación de rivalizar con la misma Constantinopla. Sus calles eran sin cesar atravesadas por largas recuas de camellos que, al mismo tiempo que innumerables buques, conducían á ella las exuberantes cosechas del Nilo. Un canal marítimo unía el puerto de Eunostos con el lago Mareotis. Su puerto parecía un bosque de mástiles. Del lado del mar y cerniéndose por encima de las azuladas aguas del Mediterráneo, estaba el faro, el Faros, que pasaba por una de las maravillas del mundo. Para proteger á los navíos contra los vientos del Norte, existía en una longitud de más de un kilómetro un muelle, provisto de puentes levadizos, magníficas obras que atestiguaban la habilidad de los ingenieros macedonios. Dos calles inmensas, una de las cuales tenía cinco kilómetros de longitud y la otra dos, formaban por su intersección la plaza en cuyo centro se elevaba el sepulcro de Alejandro. La población presentaba infinidad de edificios espléndidos: el palacio, la bolsa, el palacio de justicia, y templos, de los cuales los más notables eran los de Pan y Neptuno. Había también gran número de teatros, sinagogas é iglesias. Hubo tiempos, antes de Teófilo, en que se llegaba al Serapion de un lado por una cuesta para los carros, y de otro por una escalinata de cien pasos de mármol. Sobre estas gradas estaba basado el gran pórtico con sus innumerables columnas y su galería que rodeaba una inmensa sala descubierta, con sus pórticos secundarios que encerraban la biblioteca y la alta columna que por su cen-

tro se elevaba sobre el edificio y que se veía desde alta mar. A un lado de la ciudad estaban los arsenales reales y del otro el Hipódromo. Se admiraba también en ella la Necrópolis, los mercados, el Gimnasio con su pórtico de un estadio de longitud, el Anfiteatro, jardines, fuentes, obeliscos y multitud de edificios públicos cuyos techos dorados brillaban al sol. Veíanse pasear por las calles á las señoras cristianas cubiertas con ricos trajes en los que estaban bordadas parábolas de la Escritura, con el Evangelario colgado del cuello por una cadena de oro, seguidas por perros malteses con collares de oro cincelado y rodeadas de esclavas que llevaban sombrillas y abanicos. Se encontraba también en ella al judío, siempre atareado corriendo al almacén ó saliendo de sus mostradores completamente absorto en el cálculo de sus beneficios. Encontrábanse también los carros de los paganos que corrían gozosos ó absortos en sus profundos pensamientos á la academia de Hypatia para oír discutir estas grandes cuestiones que todavía no han tenido respuesta: «¿De dónde procedo? ¿qué soy? ¿qué es lo que sé?»; para oír tratar de la existencia anterior al nacimiento, ó, como aseguraba el vulgo, para aprender á predecir el porvenir valiéndose de la ciencia negra, de talismanes caldeos grabados en piedras preciosas, de encantamientos, de la luz que la luna proyecta en las murallas, de un espejo mágico, de la reflexión de un zafiro, de una criba ó de címbalos; para aprender, en fin, á conocer los secretos por las venas de las manos y á leer en los astros.

Cirilo concluyó por no poder permanecer sordo á estas acusaciones, y resolvió desembarazarse del único obstáculo que le impedía reinar como dueño absoluto en la ciudad. Llegamos á uno de esos momentos en que los grandes principios generales se hallan personificados en los individuos: Hypatia representa la filosofía griega; Cirilo la ambición eclesiástica: sus destinos van á cumplirse. Yendo Hypatia á su academia fué asaltada por el populacho de Cirilo, en gran parte formado por los monjes de Alejandría. En medio de los alaridos de estos demonios, con las piernas descubiertas y cubierta la cabeza de negro capuchón, fué arrancada de su carro, despojada de sus ves-

tidos y arrastrada por las calles. Temblando de terror fué conducida á una iglesia próxima, donde fué degollada por los secuaces de Pedro el Lector. Cirilo había desencadenado las malas pasiones del populacho y no estuvo quizá en su mano detener estos excesos una vez que hubo conseguido su objeto. El golpe que Pedro había dado bastaba á Cirilo, pero sus cómplices no habían todavía saciado su salvaje venganza: ultrajaron el cadáver, lo dividieron en trozos, y—lo que excede á todo lo imaginable— para terminar su infernal crimen, separaron la carne de los huesos con conchas y arrojaron sus restos al mar. Quizá Cirilo y sus amigos aplaudirían el fin de su antagonista, pero este fin excitará siempre la legítima indignación de la posteridad.

Así es como en el año 414 de nuestra Era se fijó el porvenir de la filosofía en la metrópoli intelectual del mundo. A partir de esta época, la ciencia es condenada á segundo lugar y á la obscuridad. Ya no se atreve á mostrarse, y hasta puede decirse que desapareció completamente. La santurronería había, con su pesada maza, golpeado y roto el acero tan perfectamente templado de la filosofía griega. Los actos de Cirilo pasaron ya sin oposición, y se estableció que la libertad de pensamiento no debía existir en el mundo romano. Estos acontecimientos, se ha dicho, prueban que la filosofía griega era un tejido de imposturas, y que, como todas las imposturas, fué arrojada del mundo desde el momento en que fué conocida la verdad. Tales aserciones pudieron llenar su objeto en tanto que el partido vencedor se mantuvo en Alejandría, pero son por completo inaceptables en la época que siguió á la toma de la ciudad por los sarracenos. Lo que es cierto es que Europa cayó en un estado de completa estancación intelectual y que sobre ella gravitaba pesada atmósfera, siempre pronta á ahogarlo todo, física y moralmente, bajo su peso. Así sucedió durante dos largos y sombríos siglos, hasta que un invasor extranjero puso fin al reinado de la opresión y de la fuerza. Fortuna grande fué para el mundo que los conquistadores árabes declararan paladinamente la cimitarra como su único argumento y que no pretendieran poseer sobrehumana sabiduría. Perma-

necieron de este modo libres para trabajar en el progreso de los conocimientos sin perderse en vanas disputas teológicas; pudieron todavía una vez más volver á hacer ilustre entre las naciones de la tierra á Egipto, y arrancarle del repugnante fanatismo, de la ignorancia y de la barbarie en que se encontraba sumido. Otra vez, en las costas del mar Rojo, se había de medir un grado de la superficie de la tierra y determinarse sus dimensiones. Esta gloria estaba reservada á un astrónomo mahometano. Los grandes días de la antigüedad iban á renovarse. Albategui iba á descubrir el movimiento de apogeo del sol, y Abul Wefa la tercera desigualdad de la luna, vuelta á encontrar seis siglos más tarde por Tycho-Brahé. El canal abierto por los faraones entre el Nilo y el mar Rojo, y que los Ptolomeos habían mandado limpiar, iba otra vez á ser desembarazado de las arenas que le llenaban. Los alegres cantos del camellero habrían de volverse á oír en el desierto en lugar de la oración nocturna del monje.

CAPÍTULO XI

Fin prematuro de la edad de fe en Oriente.

Tengo ahora que describir el fin de la edad de fe en Oriente. El sistema bizantino que la dió nacimiento sucumbió bajo tres sucesivos ataques: 1.º, invasión del Africa por los vándalos; 2.º, guerras de Cosroes, rey de Persia, y 3.º, el mahometismo. De estos tres ataques, el de los vándalos fué, bajo el punto de vista militar, rechazado por las armas de Justiniano; pero, bajo el punto de vista político, tuvo consecuencias desastrosas: la despoblación y la ruina del imperio, principalmente en las comarcas del Sur y del Oeste. El segundo ataque, el de los persas, fué, es cierto, valientemente resistido en los últimos años por el emperador Heraclio, pero causó en todo el Oriente profundísima impresión moral, que preparó la fatal aparición del ataque del mahometismo. Ninguna herejía ha producido resultados políticos tan importantes como la de Arrio. Mientras duraron, las disputas del arrianismo fueron una fuente de calamidades para el imperio, y después de estar olvidadas ya hacía mucho tiempo, el arrianismo desolaba y arruinaba todavía las más bellas comarcas del globo. Cuando, excitado por las intrigas del patricio Aecio, el conde Bonifacio invitó á Genserico, rey de los vándalos, á pasar al Africa, entre los sectarios arrianos descontentos fué donde el rey bárbaro encontró sus auxiliares más seguros. De otro modo nunca hubiera intentado conquistar el Africa con los 50.000 hombres que llevó de España el año 419 después de Cristo. Trescientos obispos donatistas y algunos millares de sacerdotes, exas-

perados por la persecución decretada contra ellos por el emperador, y arrastrando consigo la masa arriana de la población, estaban completamente dispuestos á acoger á Genserico como á un libertador y á ofrecerle su ayuda. El Africa se encontró perdida para el imperio.

Una vez afirmado Justiniano en el trono de Constantino, acometió la empresa de reparar sus desastres. No se podía esperar menos del emperador que había reformado la legislación, que favoreció el desarrollo de la industria introduciendo la fabricación de la seda y que había vuelto á abrir los antiguos caminos que conducían á la India de manera que las mercancías no tuvieran necesidad de pasar por Persia. Los mismos principios que le habían hecho concebir el proyecto de dar á los griegos el comercio de Europa, debían sugerirle la idea de reconquistar al Africa, siendo vivamente instado á ello por el clero católico. La gloria de su reinado estaba asegurada: había cerrado las escuelas filosóficas de Atenas bajo pretexto de confabulación con el paganismo, pero en realidad porque detestaba las doctrinas de Platón y Aristóteles. Después de haber tomado y recuperado cinco veces la Ciudad Eterna, abolió el consulado de Roma, y en el año de 552 suprimió el senado romano. Desde entonces ya no quedaba nada de la antigua filosofía ni del antiguo poder de Roma, y bien pronto la misma raza romana iba á desaparecer.

Sin duda la justa indignación de los católicos había sido provocada por las atrocidades que bajo el nombre de arrianos ejercieron los vándalos en Africa, pues llegaron hasta reducir al silencio á los obispos arrancándoles la lengua. En la mitad del verano del año 533 se embarcó para reconquistar el Africa Belisario, general de Justiniano, y en el mes de noviembre ya tenía acabada la conquista.

La guerra no fué muy larga, pero tuvo consecuencias terribles: la raza humana disminuyó visiblemente durante las guerras de Africa y las campañas de Italia, emprendidas á instancias del clero. Según ciertos autores, la de Africa costó á esta comarca cinco millones de habitantes; en los veinte años de guerra contra los godos perdió Italia quince millones de los suyos, y, en suma, la pérdida que las guerras, las hambres y las pestes del reinado de Jus-

tiniano hicieron experimentar á la raza humana, se elevó á la increíble cifra de cien millones de hombres.

No es, pues, nada sorprendente que en medio de calamidades semejantes, los hombres suspirasen por un libertador y que en su desesperación estuvieran dispuestos á acoger á cualquiera, viniese de donde quisiera. Las intrigas eclesiásticas produjeron su efecto. Cuando Cosroes II atacó al imperio en 611, los sectarios perseguidos del Asia Menor, de Siria y de Egipto imitaron el ejemplo de los arrianos de Africa é hicieron traición á la causa del imperio. Un hereje oprimido no conoce escrúpulos respecto de los medios para vengarse. Como era de prever, las ciudades de Asia cayeron ante los persas, quienes tomaron á Jerusalem por asalto y se apoderaron de la cruz de Cristo; fueron degollados ochocientos mil cristianos y el magismo reemplazó al cristianismo en los mismos lugares en que éste había nacido. No podemos hoy formarnos idea de la impresión que causó esta catástrofe en los hombres religiosos de aquella época. La impostura de Constantino tenía amargos frutos: el sagrado madero que había llenado el mundo con su prestigio se mostró impotente y se dejó conducir triunfalmente é insultar por los vencedores. Se perdió toda confianza en el poder apostólico de los obispos asiáticos: ninguno de ellos supo hacer un milagro para salvarse de esta catástrofe. Los invasores inundaron á Egipto hasta la Etiopía: parecían vueltos los tiempos de Cambises. El arzobispo de Alejandría encontró más seguro huir á Chipre que esperar su salvación de sus oraciones ó de sus recursos espirituales. El vencedor ocupó las costas del Mediterráneo hasta Trípoli. Diez años flotaron los estandartes persas á la vista de Constantinopla. El emperador Heraclio concibió un instante el proyecto de abandonar la antigua capital y hacer de Cartago la metrópoli del imperio. Debíó renunciar á él y ceder á las instancias del patriarca, que temía perder su posición, de la aristocracia que preveía una ruina cierta, y del pueblo amenazado con la privación de los donativos y de los espectáculos. Africa era en realidad la más romana de las provincias del imperio: en Africa fué donde por más tiempo sobrevivió la lengua latina. Pero

una vez que los sectarios saciaron su venganza, reconocieron bien pronto que no habían hecho más que cambiar de dueño sin que por eso hubieran escapado de la tiranía. Se decidieron pues, á prestar su apoyo al emperador Heraclio y al momento fueron los persas arrojados de los lugares conquistados.

En vano después de estos sucesos la verdadera cruz fué devuelta á Jerusalem; el encanto estaba destruído. El fuego de los magos destruyó el sepulcro de Cristo y las iglesias de Constantino y Elena; los ricos presentes que durante tres siglos había acumulado la piedad de los fieles, estaban ahora en manos de persas y de judíos. No era ya posible que se levantara la fe. Muchos devotos habían esperado que se abriera la tierra, que las nubes arrojaran centellas y que repentina muerte detuviera á los sacrílegos que se habían atrevido á invadir los santos lugares; cuando vieron que no sucedió nada de lo que esperaban, cayeron de repente en la desesperación y en la incredulidad. El Asia y el Africa estaban ya moralmente perdidas; la cimitarra árabe iba muy pronto á cortar el último lazo que las retenía en el cristianismo.

Cuatro años después de la muerte de Justiniano en 569, nació en la Meca el hombre que ha ejercido la mayor influencia sobre la raza humana, Mahoma, á quien los europeos han dado el sobrenombre de «impostor». Mahoma arrancó á su patria del fetichismo, del culto de una piedra meteórica y de la más baja idolatría. Predicó un monoteísmo al soplo del cual se extinguieron las vanas disputas de arrianos y católicos, y arrebató para siempre á la cristiandad más de la mitad y por cierto la mejor mitad de sus posesiones. Esta mitad, en efecto, comprendía la Tierra Santa que vió nacer nuestra fe, y el Africa, de donde el cristianismo recibió su forma latina. Hoy todavía y mil años há Africa y la mayor parte de Asia permanecen firmemente apegadas á la doctrina árabe y sólo con extrema dificultad y como por milagro se le escapó Europa.

Mahoma poseía aquellas cualidades que, reunidas en un solo hombre han decidido más de una vez de la suerte de los imperios. Predicador y soldado á la par, era elo-

cuente en el púlpito y valiente en el campo de batalla. Su teología no podía ser más sencilla: «No hay más que un Dios.» El monotélito, el monofisita, el atanasiano y el arriano, todos esos sectarios que su soplo iba á hacer desaparecer debían fácilmente comprender á Mahoma. Predicando la grande y solemne verdad de la unidad de Dios, no se extraviaba en vanas discusiones metafísicas y trabajaba por sí mismo en mejorar el estado social de su nación con simples prescripciones relativas á la limpieza del cuerpo, á la sobriedad, al ayuno y á la oración. Lo que sobre todo estimaba era la limosna y la caridad. Dando pruebas de una tolerancia que el mundo hacía tiempo no conocía, admitía que los hombres pueden salvarse practicando la religión que les plazca con tal de que se conserven virtuosos.

«No hay más que un Dios—decía—y Mahoma es su profeta». Si alguien preguntara si los acontecimientos confirmaron aserción tan atrevida no tiene más que consultar un mapa del mundo actual y verá en él que esta aserción era algo más que una impostura. Hay algo en el hecho de que Mahoma haya sido jefe de muchos grandes imperios y guía de una tercera parte de la raza humana que quizá le justifique de haberse titulado enviado de Dios. Como la mayoría de los monjes cristianos, Mahoma se retiró á la soledad del desierto dedicándose exclusivamente á la meditación, al ayuno y á la oración. Su razón concluyó por extraviarse: tuvo visiones sobrenaturales y oyó misteriosas voces que le llamaban profeta de Dios. Las piedras y los árboles le hablaban el mismo lenguaje. Él mismo sospechó la naturaleza de su enfermedad y confesó á su mujer Kadidja, que temía haberse vuelto loco. Refiérese que estando sentados un día el uno junto al otro penetró una sombra en la habitación. —¿Ves algo? le dijo Kadidja que, según el uso árabe, tenía la cara cubierta con un velo. —Sí, respondió el profeta. —¿Y ves ahora?—No, respondió Mahoma.—Buen augurio para tí, exclamó entonces Kadidja: Es un ángel, puesto que ha respetado mi semblante descubierto, lo que no habría hecho un espíritu malo.» Las apariciones se hicieron más frecuentes al compás de los progresos de la en-

fermedad. Así le parecía más clara la misión que Dios le confiaba. «Yo seré tu primer creyente», le dijo su mujer y se arrodillaron ambos para orar. Desde este día nueve mil millones de seres humanos le han reconocido como el profeta de Dios.

Al principio de su carrera Mahoma fué tolerante con los cristianos, pero era imposible que no se hicieran mutuamente enemigos, una vez que se hubiera extendido el poder de aquél. Mahoma no pudo nunca llegar á formarse de la Trinidad de los cristianos otra idea que la de tres dioses distintos, y en cuanto al culto de la Virgen, completamente reciente entonces, era absolutamente inconciliable con su doctrina de la unidad de Dios. A la condenación de los judíos, que enseñaban que Azrael era el hijo de Dios, Mahoma añadió bien pronto amargas acusaciones respecto de las prácticas idolátricas de las iglesias de Oriente. Reprimendas de este género abundan en el Corán. «En verdad Cristo, Jesús, el hijo de María, es el apóstol de Dios. Creed, pues, en Dios y en los apóstoles, pero no digáis que hay tres dioses; abstenéos de decir esto y será mejor para vosotros. Dios no es más que un Dios, y ¿cómo es posible que tuviera un hijo? En el último día Dios dirá á Jesús:—Jesús, hijo de María, ¿dijiste tú alguna vez á los hombres: tomadme á mi madre y á mí como otros dos dioses además de Dios? Y él contestará:—Alabanzas á tí. No es posible que yo dijera lo que no debo decir.» Mahoma desdeña toda especulación metafísica respecto de la naturaleza divina ó del origen y existencia del pecado, esas grandes cuestiones que hasta entonces habían ejercitado el espíritu oriental. Rechaza la doctrina de la excelencia de la castidad, afirmando que el matrimonio es la condición natural del hombre. Al ascetismo opone la poligamia, que autoriza aquí abajo, y que sabe embellecer hasta el punto de hacer de ella uno de los goces más envidiables de su paraíso, recompensa especial de aquellos que hayan ganado la palma del martirio ó la del vencedor.

En este mundo el éxito es demasiado frecuentemente el criterio de la verdad. Si el mahometano apela á la rapidez de la carrera que su religión ha recorrido para pro-

bar la misión divina de su apóstol, el filósofo puede sin embargo permitirse examinar algunas de las causas secundarias que condujeron á resultados políticos tan considerables, aun profesando el respeto más profundo por la religión de la mayor parte de la raza humana. El cristianismo había sido para siempre expulsado de las comarcas que fueron testigo de los acontecimientos de su gloriosa historia: de Palestina, á la cual le unían sus más sagrados recuerdos; del Asia Menor, donde tuvo sus primeras iglesias; de Egipto, donde apareció la gran doctrina de la Trinidad, y de Cartago, que había impuesto sus creencias á Europa.

Quien atribuya el éxito de los árabes solamente á las armas, demuestra que no comprende las cosas. La espada puede cambiar las creencias nacionales reconocidas, pero no puede nada sobre la conciencia del hombre. La espada es argumento irresistible, pero fué necesario algo más para que el mahometismo penetrara en la vida doméstica del Asia y del Africa y para que la lengua árabe se hiciera el idioma de tantas naciones diferentes. La explicación de este fenómeno político se halla en el estado social de las comarcas conquistadas por los árabes. Hacía ya tiempo que la influencia de la religión no se sentía ya en ellas, reemplazada, como lo fué, por la teología, teología tan incomprendible que la lengua griega con su maravillosa flexibilidad estaba apenas á la altura de sus sutilezas. Claro es que mucho menos habían de estarlo el latín ni los dialectos bárbaros. ¿Cómo era posible que hombres sin ilustración, que no comprendían sino muy difícilmente las cosas más claras, comprendieran semejantes misterios? Sin embargo, se les enseñaba que de esas obscuras doctrinas dependía la salud ó la condenación de la raza humana. Veían que el clero había dejado de velar por la existencia individual de los fieles, que no había distinción entre la verdad y el vicio, y que se medía el pecado, no por las malas acciones, sino por el grado de herejía en las creencias; veían á los jefes eclesiásticos de Roma, Constantinopla y Alejandría empeñados en desesperada lucha, disputándose la supremacía, ayudándose de la fuerza y de medios que indignaban á la

conciencia humana. ¡Qué ejemplos podían dar obispos que asesinaban, que envenenaban, que cegaban, que vivían en el adulterio, que promovían sediciones, traidores que suscitaban la guerra civil! ¡Los patriarcas y primados únicamente ocupados en sus intereses temporales, que se excomulgaban y anatematizaban unos á otros, que corrompían, valiéndose del oro, á los eunucos, que honraban á las cortesanas y á las princesas con su amor, y que ni siquiera respetaban los concilios donde se creía que hablaba Dios, influyendo en sus decisiones con las intrigas y las indignas maniobras que los demagogos empleaban en sus tumultuosos conciliábulos! Frecuentemente del seno de aquellas legiones de monjes que llevaban el terror á los ejércitos imperiales y la sedición á las grandes ciudades se elevaba incesante clamoreo en favor de un dogma teológico, pero nunca se oyó una voz en favor de la libertad intelectual ni de los ultrajados derechos del hombre. En semejante estado de cosas, ¿qué otro resultado podía esperarse sino el disgusto y la indiferencia? Ciertamente que no era de esperar que en tan malos tiempos como habían sobrevenido se hallara dispuesta la sociedad á defender un sistema desalojado de todos los corazonos.

De repente, en medio de las querellas de las sectas y de la anarquía de las interminables disputas á que daban lugar las incomprensibles doctrinas de los arrianos, nestorianos, eutiquianos, monotelitas, monofísitas y tantos otros, repercutió en el mundo, no la miserable voz de la intrigante mayoría de un concilio, sino el formidable grito de los sarracenos «No hay más que un Dios» y el estruendo de sus inmensos ejércitos que avanzaban como la tempestad. ¿Es, pues, de admirar que Asia y Africa desertaran de la causa común? En mejores tiempos ya se vió con demasiada frecuencia que el patriotismo se subordinaba á la religión; en la época de que hablamos ya no había patriotismo.

Apenas muerto Mahoma, su religión, obedeciendo á su destino, franqueó los límites de Arabia. El mismo profeta había declarado la guerra al imperio, y á la cabeza de 30.000 hombres avanzó hasta Damasco, donde le detuvo

una enfermedad. Su sucesor Abu-Bekr, primer califa, atacó simultáneamente al imperio y á los persas. Llamados por los coftos, invadieron en 633 los árabes á Egipto. Algunos meses después Amrú escribía á su jefe el califa: «He tomado á Alejandría, la gran ciudad de Occidente.» La traición dió sus frutos, y Egipto fué completamente subyugado. Sin embargo, la conquista del Africa cristiana costó á los árabes muchos más esfuerzos. Abdallah llegó á cuatro leguas de Trípoli, pero se vió obligado á volver sobre sus pasos. No se hizo ningún nuevo esfuerzo durante los veinte años que duraron las disensiones á que dió lugar la anexión del califato. Mohawia envió entonces al Africa á su lugarteniente Akbah, quien llegó hasta el Atlántico; pero sus fuerzas no le permitieron ocupar tan vasta comarca. Nuevas empresas fueron acometidas por el califa Omniada Abd-el-Melek el año 698; su lugarteniente Hassan tomó por asalto y destruyó á Cartago; pero después acabó la conquista Muza, que gozaba de la doble reputación de soldado valiente y de eloquente predicador; Africa, esa región célebre por su sutileza teológica y á la cual debe tanto la Europa moderna, fué para siempre reducida al silencio por la cimitarra. Cesó, pues, de predicar y aprendió á orar.

Es probable que el importante resultado político de la conquista de Africa por los árabes no fuera obtenido en manera alguna á no ser por la cooperación del mismo elemento que había representado papel tan desastroso en la invasión de los vándalos. Pero si la traición introdujo al enemigo, la poligamia aseguró la conquista. En Egipto la población griega era ortodoxa, pero los indígenas eran jacobistas y estaban más dispuestos á aceptar el monoteísmo árabe que á soportar la tiranía de los ortodoxos. Los árabes, cuya política consistía en destruir en todas partes las antiguas metrópolis para reemplazarlas por otras nuevas, desmantelaron á Alejandría. El patriarca de Alejandría, que con sus intrigas y su violencia había turbado tantas veces á la cristiandad, dejó desde entonces de existir políticamente en el sistema cristiano. Bien pronto se manifestaron los poderosos efectos de la poligamia en la consolidación del nuevo estado de cosas. Ape-

nas había pasado una generación y ya en el Norte de Africa todos los niños hablaban la lengua árabe.

Durante los califatos de Abu-Bekr y de Omar, es decir, durante los doce años que siguieron á la muerte de Mahoma, los árabes habían tomado en Persia, en Siria y en Africa 3.600 ciudades ó plazas fuertes, y destruído 4.000 templos ó iglesias, que reemplazaron por 1.400 mezquitas. En Siria como en Africa, la traición contribuyó poderosamente á sus triunfos. Damasco fué tomada después de un sitio de un año. En 633 Walid, llamado Espada de Dios, derrotó en Dizinaden al ejército del emperador Heraclio, que perdió 50.000 hombres. Esta derrota fué seguida por la pérdida inmediata de las importantes ciudades de Jerusalem, Antioquía, Alepo, Tiro y Trípoli. El califa Omar abandonó á Medina para ir á tomar solemne posesión de Jerusalem. Hizo su camino sobre un camello, llevando consigo un saco de trigo, otro de dátiles, una escudilla de madera y un odre lleno de agua. Entró en la ciudad santa llevando á su lado al patriarca cristiano Sofroino, que con su capitulación probaba que había perdido toda confianza. El sucesor de Mahoma, lo mismo que el emperador griego, comprendía la importancia que en la mente de los pueblos tenía la toma de Jerusalem. Persuadido, pues, de que en esta posesión se vería una prueba de la autoridad del mahometismo, Omar ordenó al ejército árabe que á toda costa se apoderase de Jerusalem.

Con la conquista de Siria y la ocupación de los puertos del Mediterráneo, los árabes se encontraron dueños del mar. Poco después se apoderaron de Rodas y de Chipre. La batalla de Cadesia y el saqueo de Ctesifonte, metrópoli de Persia, decidieron de la suerte del reino. Siria fué de esta manera definitivamente sometida bajo el segundo califa Omar, y Persia bajo el tercero Othman.

Si es verdad que los árabes quemaron la biblioteca de Alejandría, era de temer que el fanatismo no les condujese á continuar el sistema bizantino. Felizmente los califas no se abandonaron más que un instante á las inspiraciones de esta deplorable política, pues bien pronto se convirtieron en protectores delarados de la ciencia,

hasta el punto de que se haya podido decir con razón que invadieron el dominio de la ciencia con la misma rapidez con que habían invadido los reinos de sus vecinos. Llegó á ser entre ellos costumbre no conferir las primeras dignidades del Estado más que á hombres distinguidos por su saber. Algunas de sus máximas usuales muestran en qué estima tan alta tenían la literatura. «La tinta del doctor es tan preciosa como la sangre del mártir». «El paraíso espera lo mismo á quien hizo buen uso de la pluma que al que ha caído al golpe de la espada». «El mundo está sostenido por cuatro cosas solamente: la ciencia del sabio, la justicia del grande, las oraciones del bueno y el arrojo del valiente». Bajo Alí, cuarto califa, veinticinco años después de la muerte de Mahoma, el patronato de la ciencia fué uno de los principios establecidos del sistema mahometano. Los califas de Bagdad dieron á este principio su completo desarrollo. Fueron llamados multitud de matemáticos, astrónomos, médicos y literatos á la corte de Abu-Djafar El-Mansur, que llamó á su lado á todos los filósofos y les ofreció su protección, cualesquiera que fuesen sus opiniones religiosas. Su sucesor Harum-al-Raschid se dice que nunca viajaba sin un séquito de cien sabios. Este gran soberano publicó un edicto en el cual ordenaba que no se construyera ninguna mezquita sin que se la agregase una escuela. Este califa fué quien dió la dirección de las escuelas al nestoriano Masué-Al-Mamún; su sucesor fué educado en medio de matemáticos, filósofos y médicos griegos y persas, que continuaron siendo sus compañeros de toda la vida. Estos soberanos trabajaron constantemente en fundar bibliotecas y en mandar que se buscasen y copiaran manuscritos. Las escuelas abundaban en las grandes ciudades; en Alejandría no se contaban menos de veinte. Como es fácil adivinar, esto no sucedía así sin que se excitara la imaginación del viejo partido fanático que comenzó por amonestar á Almanzor y después le amenazó con la venganza divina si continuaba turbando de ese modo las creencias populares. Como quiera que sea, esta manera de obrar, que en un principio había aconsejado una política profundísima, se convirtió muy pronto en hábito,

sucediendo constantemente el hecho de que desde el momento en que los emires aspiraban á hacerse independientes comenzaban por abrir academias.

Los árabes nos ofrecen notable ejemplo de la división de la historia de una nación en fases sucesivas. Por de pronto se nos presentan apegados en su edad primera al fetichismo, adorando la piedra negra del templo de la Meca. A continuación atraviesan la edad de examen que hace posible la venida de Mahoma. Esta edad es seguida por la de fe; su ciego fanatismo les impulsa á invadir y conquistar las comarcas próximas. Por fin viene su período de madurez, su edad de razón. Los rasgos esenciales que marcan el desarrollo de los árabes son: la rapidez con que atraviesan sus edades sucesivas y la intensidad de su vida nacional.

Este desarrollo fué en gran manera favorecido por las circunstancias. Las largas y terribles guerras sostenidas por Heraclio y Cosroes, destruyendo todas las relaciones mercantiles entre Persia y el imperio griego, dieron á los árabes todo el comercio de Oriente y Africa. El primer aspecto bajo el cual se nos presenta Mahoma es el de mercader. El primer acontecimiento que conocemos de su historia son los viajes que hacía como empleado de la rica Kadidja. Estos viajes, que hizo con las caravanas á Damasco y á toda la Siria, le pusieron en contacto con los judíos y negociantes, hombres que, por la misma naturaleza de sus ocupaciones, debían tener miras bastante más amplias que los sencillos jefes árabes ó que los pequeños traficantes de las ciudades de Arabia.

Así se dió el primer impulso. En cuanto á la rapidez de los progresos del mahometismo, sus causas son tan claras que el hecho no tiene nada de sorprendente. No hay por qué admirarse de que en el espacio de cincuenta años, como escribía Abderrahmán al califa, toda la población del Africa del Norte se hubiera hecho mahometana, y que los mismos moros se gloriasen de su origen árabe. Pensemos, en efecto, en los odios de todas las sectas, que, como hemos visto, tanto facilitaron las desgracias de los cristianos. Al golpe fatal que dieron al cristianismo con

la toma de Jerusalem, la ciudad santa, siguió la destrucción del sepulcro de nuestro Salvador y la pérdida de su cruz, trofeo de victoria de los persas. Otras causas más poderosas vinieron á añadirse á éstas. Durante muchos años los emperadores de Constantinopla impusieron á sus súbditos de Asia y Africa excesivos impuestos. El sistema de estos impuestos era además muy complicado y daba lugar á multitud de exacciones. Los califas reemplazaron estos impuestos por un tributo mucho menos considerable, bastante más sencillo y mejor definido. Por ejemplo, la isla de Chipre no pagaba al califa más que la mitad de lo que le pedía el emperador y nunca sintieron en ella las clases inferiores el peso de la conquista, que cargó sobre todo en el clero, el cual gozaba de muy pocas simpatías. A los ojos de las poblaciones ignorantes, el prestigio de los patriarcas y de los obispos quedó anonadado por su impotencia para defender y conservar los santos lugares. En compensación del pago de un tributo casi insignificante, el conquistador garantizó á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Compraron por dinero su libertad religiosa como cualquier otra cosa. Fácil sería dar numerosos ejemplos de la escrupulosa fidelidad con que los califas árabes cumplieron sus compromisos. El ejemplo dado por Omar en las gradas de la iglesia de la Resurrección fué seguido por Mohawia, que hizo edificar la iglesia de Edesa, y por Abd-el-Melek, que después de haber comenzado á convertir en mezquita la iglesia de Damasco, abandonó la empresa en el momento en que se le probó que en virtud de la capitulación los cristianos tenían derecho á conservar esta iglesia. Si los califas se condujeron de este modo en el primer ardor de la victoria, los principios que les guiaban debían obrar más poderosamente todavía cuando los árabes, por influencia de los nestorianos y judíos, se convirtieron en nación ilustrada. Refiérese que Alí, yerno de Mahoma, y su cuarto sucesor, cultivaba por sí mismo las letras. Citemos entre otras las siguientes de sus sentencias favoritas: «La excelencia en la ciencia es el mayor de los honores.» «El que consagra su vida á la ciencia nunca muere.» «La erudición es el más bello adorno del hombre.» Cuando el soberano pen-

saba y se expresaba así, era imposible que no prevaleciese una política liberal.

Otras causas no menos poderosas se agregaron á las que acabamos de indicar. Los hombres cuyos sentimientos religiosos no eran, ni mucho menos, muy profundos, que se preocupaban menos de la religión que del tributo que tenían que pagar; esos hombres no tenían más que repetir una fórmula que afirmaba la unidad de Dios y la divina misión del Profeta, y cautivos ó esclavos se convertían pronto en iguales y amigos del conquistador, siendo muy probable que muchos cristianos fueran de este modo ganados por el mahometismo. En lo que concierne á las mujeres, el sistema árabe estaba muy lejos de ser opresivo, llegando algunos autores hasta asegurar que «las mujeres cristianas hallaron en el serrallo un delicioso retiro». Pero la poligamia fué la que obró eficazmente para consolidar la conquista. Gracias á las numerosas familias á que dió origen (algunas contaban más de ciento ochenta hijos) pudieron en algunos años producirse resultados que en otras circunstancias hubieran necesitado varias generaciones. Todos estos hijos se jactaban de su origen árabe; todos hablaban la lengua de sus padres, y participaban de las ideas y de los intereses árabes. La difusión de la lengua árabe fué aun más extendida por los edictos de los califas. Walid I prohibió el uso del griego y prescribió que fuera sustituido por el árabe.

Hemos visto, pues, sin dificultad las causas de la rápida difusión del poder árabe, y ya no nos costará ningún trabajo encontrar las de su decadencia y disolución. La conquista árabe, por las proporciones que tomó desde el origen, implicaba la acción de la nación entera. No podía realizarse ni sostenerse algún tiempo sino á costa del agotamiento de la población árabe indígena. Ya no existe la antigua inmovilidad de la raza árabe, ó á lo sumo, la marcha lenta con que progresaba hacia siglos. La sociedad estaba ahora removida hasta en sus cimientos, y estaba poseída de fanático delirio; las empresas más vastas y atrevidas se acometían sin vacilaciones; se permitían al hombre las esperanzas y las pasiones más locas, teniendo, como tenían, probabilidades de ser prontamen-

te satisfechas: aquí abajo encontraba en la riqueza y en la belleza recompensas de su valor, por no hablar de las que se le reservaban en el otro mundo en el Paraíso. Pero este impetuoso vuelo de la nación en todas direcciones implicaba necesariamente también el rápido crecimiento de intereses y de políticas opuestas. La difusión del sistema árabe debía conducir fatalmente á la división y á la disolución. En virtud de las circunstancias en que se había desarrollado, era indudable que sobrevendría una descomposición, no en el orden teológico, como en el sistema eclesiástico romano, sino en el político. Todas estas consideraciones hallaron su confirmación en la historia árabe entera, lo mismo en la de los antiguos tiempos que en la de los tiempos modernos.

La guerra imprime extraordinaria actividad á la existencia de una nación. Si la árabe hubiera continuado en paz habría necesitado miles de años para adelantar intelectualmente lo que adelantó en un siglo. Los árabes no se contentaban con deshacerse del lastre que dificulta los movimientos de una nación, la masa inerte del pueblo bajo, pues supieron convertir esta masa en fuerza activa. El progreso nacional es la suma de los progresos individuales; la inmovilidad individual es el resultado de la inercia individual. La nación árabe avanzó rapidísimamente porque se abrió á cada individuo una carrera ilimitada. Sin embargo, por rápido que haya sido este movimiento, se encuentra en él la serie completa de las fases que inevitablemente atraviesa la humanidad, cualquiera que sea la velocidad con que progresa.

La influencia árabe que se impuso por las armas á Africa y Asia, y que amenazó á la misma Constantinopla, se apoyaba en una base intelectual, cuyo estudio es para nosotros importante. El Corán, que forma esta base, ha ejercido acción decisiva en los destinos de la humanidad, y todavía hoy sirve de guía á la inmensa mayoría de nuestra raza. Si recordamos el pretendido origen divino del Corán, lícito nos es esperar que resistirá todas las pruebas á que quiera someterle la crítica humana sin que pierda nada de la verdad y de la excelencia que reivindica. Sobre todo no perdamos de vista que el mismo Co-

rán se nos presenta como obra acabada transmitida á un solo hombre, y no como resultado de varias revelaciones sucesivas hechas en diversas épocas, y en diversas ocasiones; podemos, pues, exigirle la universalidad y la perfección.

Tenemos derecho á esperar que nos ofrezca miras exactas respecto á la naturaleza y á la posición del mundo en que vivimos; que, ya trate de las cosas espirituales, ya de las materiales, dejará muy atrás á las más célebres producciones del genio humano, tan lejos como el incomparable mecanismo de los cielos y las espléndidas formas que adornan la tierra, dejan atrás á las mezquinas invenciones del hombre. Adelantándose mucho más de cuanto han escrito los sabios de la India ó los filósofos de Grecia respecto al origen, naturaleza y destino del universo, nos revelará sin duda concepciones y expresiones de nobleza y magnitud, dignas del sublime asunto de que trata. Debemos esperar que nos resolverá de una manera irrefutable y definitiva todos los grandes problemas que durante siglos han ocupado las más vastas inteligencias de Asia y Europa, y que son la base de toda fe y de toda filosofía; que nos dirá en términos precisos y luminosos lo que es Dios, el mundo y el alma, y si el hombre posee algún criterio de verdad; que nos explicará cómo puede existir el mar en un mundo cuyo creador es omnipotente é infinitamente bueno; que nos revelará hasta qué punto fijan las cosas de este mundo el destino y el libre arbitrio; que nos enseñará de dónde venimos, lo que hacemos aquí abajo y en lo que nos convertiremos después. Puesto que la palabra escrita bajo la inspiración de la Divinidad debe necesariamente acreditarse por sí misma é imponerse á todos los espíritus con fuerza creciente, á pesar del rigor del examen á que se la sujete, esta palabra indicará sin duda por adelantado las conclusiones á que ha llegado el espíritu humano con los progresos de la ciencia. Semejante obra, por alto que sea su origen, no recusará, antes bien, apelará á la crítica de la filosofía natural, que considerará, no como su antagonista, sino como su apoyo más seguro. Cuando con el tiempo adquiera más exactitud y extensión la ciencia humana, las conclusiones de una y

otra estarán en perfecto acuerdo. Presentándose ocasión nos hará presentir al menos las grandes verdades descubiertas por la geología y astronomía, y repudiará las absurdas ficciones creadas por el hombre primitivo. Nos dirá cómo los soles y los mundos están distribuidos en el espacio infinito, y cómo aparecen y reaparecen con inmensos intervalos de tiempo. Nos dirá en qué medida gobierna Dios al mundo por leyes, y en qué punto comienza la intervención de la Providencia y la voluntad arbitraria de Dios. ¡Cuán sublime será esta descripción de los esplendores del universo escrita por la mano del Todopoderoso! En lo que al hombre concierne, nos explicará sus relaciones con los demás seres vivos, el lugar que ocupa entre ellos y sus privilegios; si es una criatura responsable y de qué manera. Ya no dejará al hombre que busque su camino á tientas en medio de los restos de la filosofía griega para concluir perdiendo las huellas de la verdad; le enseñará en qué consiste el verdadero conocimiento; le hará conocer anticipadamente la ciencia y el bienestar de nuestra época, y hasta le descubrirá las cosas que todavía ignoramos. La discusión de todas estas cuestiones, por numerosas y elevadas que sean, no exceden del alcance de una obra que pretende tener origen divino. La manera que tiene de tratarlas es el único criterio por el cual reconocerán su autoridad las edades sucesivas.

El Corán es de todo punto impotente para sostener una prueba de este género. Por su filosofía es incontestablemente inferior á los escritos de Sakia-Muni, el fundador del budhismo; por lo que hace á su ciencia, no tiene ningún valor. Las especulaciones y las cuestiones dudosas abundan en él y en cambio fracasa en los conocimientos exactos, susceptibles de ser demostrados. Su astronomía, su cosmogonía y su filosofía son pueriles hasta el punto de hacernos reír, si la risa fuera permitida tratándose de asuntos semejantes, pues son dignas de las primeras edades del mundo y de la aurora de la ciencia humana. La tierra está sostenida en su lugar por el peso de las montañas; la bóveda de los cielos descansa sobre ella como una cúpula. No podemos descubrir solución de con-

tinuidad entre ellas, teniendo aquí una de las pruebas más brillantes del poder de Dios. Hay siete cielos superpuestos uno á otro, siendo el más elevado la residencia de Dios, cuyo trono soportan animales alados. Como se ve, el Corán no rechaza las ideas asirias. Las estrellas errantes son fragmentos de piedras incandescentes que los ángeles arrojan á los espíritus impuros cuando se acercan demasiado á los cielos. El Corán está lleno de alabanzas á Dios y hace resaltar su majestad con imágenes, algunas de las cuales son muy felices. Inexorable para los que creen que Dios tiene iguales, les previene que nunca será perdonado su pecado y les amenaza con esta pregunta espantosa que les será propuesta el día del juicio final: «¿Dónde irán mis compañeros sobre los cuales disputabáis?» Prescribe una confianza absoluta en la misericordia de Dios y denuncia como criminales á todos aquellos que trafiquen con la religión. A pesar de esto, las ideas del Corán respecto de Dios son completamente antropomórficas. Su Dios no es otra cosa que un hombre gigantesco que vive en el paraíso. Si se exceptúan algunas páginas, puede decirse que el lector que haya recorrido los ciento catorce capítulos del Corán lo abandonará con la impresión final de que no ha despertado en él más que pensamientos bajos y comunes. No es pues nada sorprendente que una de las sectas mahometanas haya llegado á descubrir que Dios está hueco de la cintura para arriba y que el resto de su cuerpo es macizo. La unidad que afirma Mahoma es la que opone á la Trinidad de los cristianos y á la doctrina de la generación divina. Nunca llama Hijo de Dios á nuestro Salvador, sino hijo de María. Acepta la errónea doctrina que atribuye al universo destino puramente humano. En lo que al hombre concierne, Mahoma se muestra muy difuso. Respecto de la vida futura, habla en términos muy precisos de la resurrección, del juicio final, del paraíso, de los tormentos del infierno, del gusano que jamás se muere y de las penas que nunca se acaban; pero á esa concepción tan precisa del mundo futuro se mezclan multitud de errores relativos al pasado. Si las conveniencias no nos prohibiesen tratar aquí semejante asunto podría-

mos mostrar cuán débiles son sus ideas fisiológicas cuando alude al origen ó á la generación del hombre. Apenas si está un poco más adelantado que Thales. En suma, el Corán aparece como guía tan poco seguro en las cosas del pasado que no nos puede inspirar gran confianza en las del porvenir.

Es muy difícil juzgar de su mérito literario por una traducción. Pasa entre los árabes por su composición en prosa más antigua y están casi unánimes en ensalzar la incomparable excelencia de la obra de Mahoma. Sin embargo, se encuentran entre ellos algunos hombres instruidísimos que sienten por ella mediana estimación. Los pasajes más célebres, como los capítulos II y XXIV, que tratan de la naturaleza de Dios, no admiten comparación con los salmos ó con el libro de Job. Los trozos narrativos, como por ejemplo, la historia de José, son en ella bastante inferiores á los relatos del Génesis. Mahoma dió cabida en su obra á multitud de leyendas cristianas que ha tomado sin duda del Evangelio apócrifo de San Bernabé. Ha reproducido también diferentes pasajes de la Escritura. El de la tentación de Adán, el del diluvio y el de Jonás y la ballena que su imaginación ha enriquecido con adornos dignos de los cuentos de *Las mil y una noches* y de las historias maravillosas de genios y encantamientos.

Acontece que después de una lectura imparcial del Corán, el lector se pregunta con admiración cómo tan débil producción ha podido conseguir tan perfectamente su objeto. Pero en religión como en otras cosas, la teoría es una cosa y la práctica otra muy diferente. En el Corán abundan consejos y preceptos morales verdaderamente excelentes; no podemos volver la hoja sin encontrar en cualquier sitio por donde le abramos máximas que se recomiendan á todos los hombres. En esta obra las divisiones son excesivamente numerosas, y á cada instante nos ofrece trozos, sentencias y preceptos que forman por sí mismos un todo completo, en el que cada cual puede encontrar un guía para las vicisitudes de la vida. Insiste sin cesar en el mérito de la oración, de la benevolencia, de la limosna, del ayuno, de las peregrinaciones y de las

buenas obras en general. Hay asimismo abundancia de prescripciones relativas á la vida social y doméstica, á las deudas, á los testimonios, al matrimonio, á los hijos, al vino, etc.; pero por encima de todo excita constantemente á combatir al infiel y al blasfemo. Si nos fijamos en lo que es la vida en Asia, no encontraremos quizá en ella una situación á la cual no convenga uno de los pasajes del Corán como instrucción, como advertencia, como consuelo, ó como inspiración de arrojo. Para el asiático y el africano, fragmentos religiosos y morales de este género son mucho más útiles que cualquier doctrina teológica completa. La naturaleza del espíritu de Mahoma no le permitía en manera alguna tratar importantes cuestiones filosóficas con la solidez y la habilidad de los grandes escritores de Grecia y de la India; pero nadie supo nunca como él proveer á la satisfacción de las necesidades intelectuales del vulgo; todo le servía á este efecto, hasta su horrible fatalismo. El destino inflexible nos aguarda, y sin embargo, el mismo profeta no sabe cuál puede ser: «A cada nación se le ha asignado su tiempo.» «La muerte nos sorprenderá, aun en las cimas de las torres más altas; pero sólo Dios conoce el lugar en que cada hombre ha de morir.» Después de recomendarnos que meditemos en la resurrección y en el día del juicio, después de habernos hecho entrever las delicias del paraíso, después de habernos amenazado con el infierno, confiesa candorosamente que no sabe «en qué vendremos á parar después ni vosotros ni yo».

El Corán, pues, revela un origen intelectual puramente humano, y hasta su misma grandeza es discutible; pero no se saque de aquí, como se ha sostenido frecuentemente, que su autor haya sido un impostor. «No soy más que un predicador público», decía y repetía á cada instante. Defiende su obra algunas veces acerbamente contra aquellos que en su mismo tiempo la denunciaban como montón confuso de quimeras, y lo que es todavía peor, como una impostura. No es Mahoma el único hombre que se ha creído en comunicación con la divinidad, porque este es un estado patológico al que cualquiera puede verse reducido por el ayuno y la ansiedad mental.

En todo lo que he dicho de una obra que tantos millones de hombres consideran como revelación de Dios, me he esforzado por hablar, aunque libremente, con respeto, pues no olvido nunca cuánto le deben África y Asia, donde es todavía guía de la existencia cotidiana, y cuánto le deben también Europa y América, que por ella han recibido las primeras luces de la ciencia.

Como es fácil prever, desde Mahoma se han hecho multitud de adiciones al Corán, ya por las sectas, ya por la superstición popular. El mahometismo ofrece ahora multitud de ángeles y de genios. Estos últimos, de naturaleza más grosera que la de aquéllos, beben, comen y se reproducen y son de dos especies: los buenos y los malos. Existían mucho tiempo antes de los hombres y ocupaban la tierra antes del nacimiento de Adán. Inmediatamente después de la muerte, dos ángeles con rostro lívido, Monkir y Nekkar, examinan cada cuerpo á fin de saber si fué fiel á Dios y á Mahoma. En cuanto al alma, ha sido separada del cuerpo por el ángel de la muerte y permanece en un estado provisional hasta la resurrección. Sin embargo, las opiniones están muy divididas respecto de esta situación del alma hasta el día del juicio. Piensan unos que anda vagando alrededor de la tumba; otros, que cae en el pozo de Zem-Zem, y otros, que se recoge en la trompeta del ángel de la resurrección. Sin duda que el punto difícil era fijar la suerte del alma mientras espera el día del juicio, de manera que no se anticipara en nada este gran acontecimiento, ó lo que es igual, que no viniera á ser inútil. Por lo que hace á la resurrección, creen unos que es simplemente espiritual, y otros, que es también corporal; pretenden estos últimos que el último hueso de la columna vertebral, el coxix, servirá en cierto modo de germen y que, vivificado por una lluvia de cuarenta días, dará otra vez nacimiento al cuerpo. Uno de los signos que anunciará el día del juicio será la salida del sol por Occidente. Su aparición será saludada por tres trompetazos: el primero, el de consternación, quebrantará la tierra hasta su centro y apagará el sol y las estrellas; el segundo, el del exterminio, anonadará todas las cosas materiales, excepción

hecha del paraíso, el infierno y el trono de Dios. Durante cuatro años consecutivos la trompeta del ángel Israfil anunciará la resurrección. De esta trompeta se escaparán innúmeras miriadas de almas que en ella encontraron refugio ó que allí se han ocultado. El día del juicio vendrá entonces. Sobre la duración de este día, el Corán no ofrece más que contradicciones; unas veces lo fija en mil, otras en cincuenta mil años. Los mahometanos adoptan generalmente esta última cifra, pues piensan que mil años no bastarían para juzgar á los ángeles, á los genios, á los hombres y á los animales. Los hombres aparecerán en su estado natural y desnudos; blancos camellos alados, cubiertos de sellos de oro, llevarán á los elegidos. Dictadas que sean todas las sentencias, los malos serán atormentados por intolerable calor. El sol que renacerá aproximándose á la distancia de una milla, hará salir de sus cuerpos abrasado sudor, en el cual permanecerán sumidos hasta la boca ó hasta los tobillos, según que hayan aglomerado más ó menos culpas. Los buenos encontrarán abrigo á la sombra del trono de Dios. El juez tendrá su residencia en medio de las nubes, abiertos ante él sus libros, y cada cual por su turno será llamado á dar cuenta de sus acciones. A fin de precipitar la ceremonia, las obras de cada uno serán pesadas en la balanza del ángel Gabriel, uno de cuyos platillos está suspendido encima del paraíso y el otro encima del infierno. Dictada sentencia; la asamblea en inmensa procesión se dirigirá hacia el puente Al Rirar, que, tendido sobre las bocas del infierno, es tan estrecho como el filo de una espada. Mahoma y sus fieles sufrirán desde luego la peligrosa prueba, pero los pecadores, cegados por el terror, caerán en el abismo. Los elegidos recibirán una anticipación de la eterna dicha en las márgenes de un lago al que conductos de plata llevan las aguas de Al-kanthor. El suelo del paraíso es de almizcle y en él corren apaciblemente los ríos en lechos de rubíes y esmeraldas. De tiendas formadas por peras huecas saldrán las huríes ó vírgenes del paraíso con un séquito de bellos adolescentes. Cada elegido tendrá para sí ochenta mil servidores y setenta y dos vírgenes. Los musulmanes que se distinguen por su

caridad, añaden también á ellas las mujeres que tuvieron en la tierra; el inexorable ortodoxo pretende que las mujeres tienen ya casi lleno el infierno. ¿Cómo podría ser de otro modo si en la tierra les está prohibido ir á orar á las mezquitas? Si tuviera tiempo, todavía pudiera hablar de las telas de seda bordadas de plata y oro, de los espléndidos vestidos de color verde, de los blandos tapices, de los festines, de los conciertos y de los cantos sin fin reservados á los elegidos. En el paraíso de Mahoma todas las impurezas se escaparán del cuerpo, no como durante la vida, sino por una especie de traspiración que extenderá por todas partes un perfume de alcanfor y de almizcle. Nadie en él se quejará de cansancio ni nadie dirá que se encuentra enfermo.

Las contradicciones, puerilidades é imposibilidades que llenan los párrafos precedentes muestran suficientemente que la religión de Mahoma se ha dividido en innumerables sectas. Se cuentan hasta setenta y tres. Unos, los sunitas, toman por guía las tradiciones; otros se ocupan en investigaciones filosóficas referentes á la existencia del mal en el mundo, á los atributos de Dios, á la predestinación absoluta y á la eterna condenación. Investigan también si Dios es invisible ó corporal y si es capaz de movimiento, cuestiones todas muy propias para engendrar sectas. Además, los Schyitas consideran á Alí como una encarnación de Dios, y pretenden que existía antes de que fuera creado el mundo y que no ha muerto, sino que ha subido al cielo, de donde otra vez descenderá entre nubes para juzgar al mundo. En cuanto á los grandes filósofos mahometanos, aceptan simplemente la doctrina de la unidad de Dios como lo único de que el hombre puede estar cierto, y consideran todo lo demás como vanas fábulas que, sin embargo, tienen su utilidad política, puesto que preocupan á sectarios, ofreciéndoles asuntos para sus disputas y consuelos á los espíritus incultos.

La sombría media luna de los árabes se cernía, pues, sobre el Norte de Africa, tocando uno de sus cuernos al Bósforo y el otro á los Pirineos. Durante algún tiempo pareció que el siniestro meteoro iba todavía á extenderse más y envolver á toda Europa. El cristianismo había para

siempre perdido las más bellas comarcas donde en otro tiempo reinaba su influencia, Africa, Egipto, Siria, el Asia Menor, España, y debía perder también su metrópoli de Oriente. Arrojado de estas antiguas é ilustres regiones, descendió á la Galia, á Germania, á Bretaña y á Escandinavia. ¿Qué le iban á ofrecer estas salvajes comarcas en compensación de las grandes capitales que vivían eternamente en los fastos de la historia eclesiástica y en los anales de la raza humana, Cartago, Alejandría, Jerusalem, Antioquia y Constantinopla? Fué muy triste cambio. Los trabajos materiales é intelectuales de que estas ciudades fueron testigos; los sermones, penitencias y oraciones que se les habían prodigado no produjeron los resultados que se habían profetizado. Teológica y moralmente las naciones habían decaído. El patriotismo ya no existía; los sectarios hicieron traición al Estado para salvar su secta, y la conquista fué la recompensa de su traición.

Estos lamentables acontecimientos nos enseñan que los principios que gobiernan al mundo moral son análogos á los que dominan en el mundo físico. No es la incesante intervención de la Divinidad la que destruye bruscamente la continuidad del movimiento histórico; no son los milagros y prodigios los que deciden del curso de los acontecimientos; los acontecimientos se suceden y se ligan unos con otros por la simple ley de causa y efecto. El cristianismo primitivo tocó al término de su desarrollo cuando llegó á los límites del Imperio romano. Los acontecimientos que se realizaron en el mundo religioso dependían de los que se habían realizado en el mundo político; es más, fueron sus consecuencias y sus resultados. Asimismo la pérdida de Asia y Africa fué una consecuencia del movimiento árabe, por más que hubiera sido fácil impedir esta catástrofe y conservar estos dos continentes en la fe cristiana si la Iglesia hubiera querido volver á hacer el menor de los milagros de que está plagada su historia, y que en todas ocasiones, por insignificantes que fuesen, prodigaba. No conozco en toda la historia de nuestra raza acontecimiento más propio para excitar útilmente la meditación de un hombre serio.

CAPÍTULO XII

Edad de fe en Occidente.

De la edad de fe en Oriente pasemos á la edad de fe en Occidente. Como hemos visto, la primera encontró prematuro fin en la transformación de las poblaciones por la guerra, la conquista y la poligamia; la segunda, mejor favorecida por las circunstancias, acabó todas sus fases, y después de varios siglos dejó su lugar á la edad de razón. Si tantos recuerdos profundamente interesantes se unen á Jerusalem, la Ciudad Santa de Oriente, muchos recuerdos también, que en nada ceden á los primeros, se unen á Roma, la Ciudad Eterna de Occidente.

El sistema bizantino, nacido de la política de un soldado ambicioso y un clero enemigo de toda rivalidad, se había difundido en las regiones oriental y meridional del Imperio. El odio que profesaba á los conocimientos humanos, sus ideas y prácticas religiosas envilecidas habían llegado hasta Italia, donde fué adoptado, no por los romanos, que ya no existían, sino por las poblaciones mixtas de godos y mestizos que ocupaban á la sazón la Península. Gregorio el Grande puede ser considerado como la encarnación de las ideas de estas poblaciones degeneradas. El deplorable sistema, tan cuidadosamente sostenido por Constantino y tan querido por los obispos de Oriente, había sucumbido en el mismo sitio donde nació bajo los golpes de los vándalos, persas y árabes; pero trasplantado á Roma uno de sus retoños se desarrolló con fuerza inesperada y cubrió durante siglos á Europa con su funesta sombra. Ingerto en la antigua reli-

gión de los tiempos apostólicos, el sistema bizantino no la dejó más que el nombre.

Hemos visto en el capítulo precedente cómo por consecuencia de la invasión de los vándalos, el Imperio perdió al Africa. El Imperio sintió cruelmente el golpe, porque el Africa era de todas las provincias la que le costaba menos y le producía más, pues le suministraba hombres, dinero, y lo que aun era más importante, los trigos que se consumían en Italia. La súbita falta de estos trigos hizo imposibles las distribuciones que se hacían habitualmente en Roma, Rávena y Milán. El hambre castigó á Italia, y tuvo por inevitable consecuencia el que disminuyera la cifra de la población. A todas estas calamidades vino á agregarse la invasión de Atila, rey de los hunnos, el azote de Dios, como se llamaba él á sí mismo, el cual fué detenido el año 415 por la batalla de Chalons, último esfuerzo del Imperio agonizante.

Cuatro años después las disensiones de la familia imperial condujeron á Roma á Genserico, rey de los vándalos de Africa. Entonces Africa se encontró vengada del atroz tratamiento que en otro tiempo infligió á Cartago. Durante quince días los vándalos saquearon la ciudad y cometieron crueldades inauditas. Gracias á sus navíos, que remontaron el Tíber, pudieron acabar completamente su obra de destrucción. Los tesoros de Roma y multitud de nobles cautivos fueron trasladados á Cartago. Veintún años más tarde, el 476 después de Cristo, se desplomó el Imperio de Occidente.

La traición de los arrianos de Africa había, pues, no solamente introducido á los vándalos en las provincias más importantes de Italia, sino, lo que es más, preparado la ruina de Roma. El emperador Justiniano reconquistó al Africa é inmediatamente trató de recuperar á Italia del poder de los godos. Su general Belisario se apoderó de Roma el 10 de diciembre del 556. Durante las guerras que siguieron contra Vitiges, Italia fué devastada y su población diezmada por el hierro, la peste y el hambre. En todas partes fueron destruidos los gloriosos restos de la antigüedad: estatuas como la de la mole de Adriano fueron arrojadas sobre los sitiadores. Estas guerras con-

cluyeron por la rendición de Vitiges y la toma de Rávena.

Pero en cuanto se alejó Belisario estalló la insurrección. Los godos recuperaron á Roma y arrasaron sus murallas. Durante dos semanas la ciudad quedó desierta. Enviado nuevamente por el emperador, Belisario volvió á entrar en Roma, pero no pudo sostenerse dentro de ella. Durante cuatro años Italia fué presa de las devastaciones de los godos y de los francos. Al fin Justiniano envió un buen ejército al mando de Narsés. La monarquía de los ostrogodos fué derribada é Italia formó el exarcado de Rávena.

¿A qué precio se obtuvo este resultado? Se ha pretendido que Italia perdió quince millones de habitantes, aserción que podemos poner en cuarentena, pues los supervivientes apenas alcanzaban para formar esta cifra. Sin embargo, sólo esta afirmación nos basta para deducir que Italia atravesó una crisis espantosa. Las huellas de la civilización desaparecieron en otras regiones; el valle del Danubio volvió á hundirse en la barbarie; las costas de Africa é Italia se convirtieron en espantosos desiertos. El exterminio de los habitantes de Italia, que fueron sustituidos por bárbaros aventureros, no pudo tener otro efecto que la degradación moral de las dispersas poblaciones de la Península. En Oriente como en Occidente se hacía manifiesta la impotencia del gobierno eclesiástico: Jerusalem tomada por los persas y los árabes; Roma saqueada por los vándalos y los godos.

Llegado á este punto, es oportuno que vuelva un poco atrás. Parece ser que los obispos de Roma tenían escaso interés en los grandes acontecimientos políticos que coincidieron con la muerte de León el Grande y el establecimiento del reino de Italia por el bárbaro Odoacro, y que se verificaron de los años años 476 al 490. Sin duda adivinaron que este establecimiento no podía ser duradero, y asimismo comprendieron muy bien cuál era el camino que debía conducirles á la dominación espiritual. En todos los tiempos los cristianos manifestaron la más completa indiferencia sobre la suerte de la antigua Roma, y en medio de sus ruinas, los Papas no se ocupaban de

otra cosa que de hacer arraigar sólidamente los cimientos de su poder. Poco les importaba quien fuese el soberano temporal de Italia; pero desplegaban extrema vigilancia y la mayor firmeza en las relaciones con sus rivales los obispos de Constantinopla y Alejandría. En la cristiandad se hacía cada vez más urgente la necesidad de un jefe que se pusiera á su cabeza, que una vez establecida y definida, esta supremacía implicaría necesariamente el triunfo final del poder espiritual sobre el temporal. De todos los objetos perseguidos por la ambición humana, este primado en la cristiandad era ciertamente el que más merecía que por él se luchase.

Roma, no dejando escapar ninguna ocasión, siempre intentó con inquebrantable firmeza que sus decisiones fueran aceptadas en la misma Constantinopla. Esta conducta se hizo manifiesta sobre todo en el asunto de Acacio, obispo de esta ciudad, quien después de haber sido inútilmente amonestado por Félix, obispo de Roma, fué excomulgado por éste. Como era muy difícil ejecutar la sentencia, un monje se arriesgó á plantar la bula de excomunión en el traje de Acacio en el mismo momento en que entraba en la iglesia. Sin hacer caso, Acacio celebró el oficio divino y después excomulgó á Félix, como éste le había excomulgado á él. Refiriéndose á esta cuestión el Papa Gelasio, decía estas palabras, dirigiéndose al emperador: « Dos poderes gobiernan al mundo: el poder imperial y el pontificio. Vos sois el soberano de la raza humana, pero debéis inclinaros ante aquellos que presiden á las cosas divinas. El clero es el más alto de los poderes, y en el día del juicio final tendrá que dar cuenta de los actos de los reyes.» Este no es el lenguaje de un débil clérigo, sino el de un pontífice que tiene conciencia de su fuerza.

La conquista de Italia por Teodorico, rey de los ostrogodos, en el año 493, dió á los obispos de Roma un soberano arriano, y el mundo fué testigo del hecho extraño de que un hereje nombrara al vicario de Dios en la tierra. Dos rivales se disputaban el pontificado, y sus partidarios, siguiendo el ejemplo del Oriente, hicieron correr torrentes de sangre. El monarca godo ordenó que se re-

conociera á aquél que hubiera reunido mayoría de votos y que hubiera sido consagrado primero. De esta manera se hizo Papa Simaco.

Hormisdas, que le sucedió, intentó nuevamente decidir al emperador de Oriente Anastasio, á que reconociera la sentencia dictada contra Acacio y su partido. También quiso obligar al clero á que le diera su consentimiento, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Al fin Roma lo consigue en tiempo del emperador Justino. Fueron aceptadas todas sus condiciones y el cisma concluyó con la humillación del patriarca de Constantinopla. Pero bien pronto resultó probado de una manera incontestable que esta victoria en el mundo espiritual fué comprada con una concesión en el mundo temporal. Se descubrieron contra Teodorico conspiraciones en Roma, donde corría el rumor de que antes de poco Constantinopla arrancaría á Italia del yugo de los herejes arrianos. Es indudable que Teodorico conoció la traición con la cual se le recompensaba la imparcial equidad de que había dado prueba. Inmediatamente mandó desarmar á la población romana y lejos de dar cuartel, tomó venganza ejemplar. Entonces inmoló á su cólera al filósofo Boecio y al senador Simaco. El mismo papa Juan fué arrojado en una prisión, donde murió miserablemente. En los cargos que el gran monarca dirige á Justino, manifiesta sentimientos muy superiores á los de su tiempo, sentimientos que fueron los que constantemente inspiraron su política: «Prender el dominio de las conciencias, dice, es usurpar las prerrogativas de Dios. Por la sola fuerza de las cosas, el poder de los soberanos es un poder puramente político y no tienen el derecho de castigar más que á aquellos que trastornan la paz pública. La herejía más peligrosa es la de un soberano que por sí mismo se separa de sus subditos porque crean de diferente manera que él.»

Apenas muerto Teodorico, cuya alma vió un poderoso ermitaño conducida por los demonios al cráter del volcán de Lipari, donde la creencia general colocaba la entrada del infierno; la invasión de Italia por Justiniano vino algunos años después á confirmar las sospechas que había concebido. Con todo, estuvo muy lejos Roma de recoger

las ventajas que esperaba, pues Italia se encontró infestada por la indescriptible corrupción que reinaba en Constantinopla. El papa Silverio, que era hijo del papa Hormisdas, fué depuesto por Teodora, mujer del emperador. Esta mujer, en otro tiempo prostituta, vendió la dignidad papal á Vigilio por doscientas libras de oro. Su cómplice Antonina, indigna esposa de Belisario, ordenó que se despojara á Silverio de sus vestiduras y que tomara el hábito de monje siendo más tarde desterrado á la isla Pandataria, donde murió. Vigilio se hizo eutiquiano, se dice que mató á uno de sus secretarios y mandó dar muerte al hijo de su propia hermana; pero le estaba reservado saber por propia experiencia lo que era un papa en manos de un emperador, beber la copa que tantas veces había presentado á los prelados de Constantinopla y saber qué caso hacía su soberano del vicario de Dios en la tierra. Llamado á la metrópoli para aceptar en ella públicamente las doctrinas teológicas declaradas ortodoxas por Justiniano, tres veces las reconoció y otras tantas las abjuró. Excomulgó al patriarca de Constantinopla y fué excomulgado por él. Después de haber sido indignamente maltratado, fué encarcelado y puesto á pan y agua, concluyendo su vida en Sicilia, á donde fué desterrado. La conquista de Italia tuvo por efecto reducir á los papas á la situación degradante de los patriarcas de Constantinopla. El clero encontró en la ruina de la patria y en la inexorable tiranía bajo la cual se vió obligado á vivir, la recompensa de su traición contra Teodorico y la ayuda que había prestado al emperador Justiniano.

En medio de esta desolación y envilecimiento general, la edad de fe comenzaba á dibujarse con precisión en Italia. La paganización de la religión cristiana, á la cual se recurrió en Oriente con objeto político, se impuso como una necesidad al Occidente. Un hombre como Gregorio el Grande, en situación que le permitía considerar las cosas desde un punto de vista más general, debió comprender claramente que las condiciones morales de las últimas capas de la sociedad exigían concesiones y que, al lado de las creencias de los pensadores, era necesario que se hiciera un lugar á la superstición vulgar.

Esto es lo que efectivamente sucedió. Para que se comprenda bien el sentido de los acontecimientos que se van á referir yo trataré: 1.º, de los actos del papa Gregorio, que organizó, por decirlo así, las ideas de su siglo y las revistió de las formas que pedían las necesidades de los tiempos; 2.º, de las relaciones del papado con los reyes francos, relaciones que conservaron y consolidaron la obra de Gregorio y aseguraron su difusión por toda Europa. No deja de tener bastante interés añadir que este sistema ha sobrevivido á las circunstancias que le dieron nacimiento y que aunque gastado y carcomido después de una existencia de más de mil años, es todavía la piedra de tropiezo de varias naciones en el camino del progreso.

Gregorio el Grande era nieto del papa Felix. Su origen patricio y su mérito eminente atrajeron muy pronto la atención del emperador Justino que le nombró prefecto de Roma. Por la Iglesia renunció á su espléndida existencia secular, y cuando no era más que diácono, se le confirió el cargo de nuncio en Constantinopla. Habiendo desempeñado con habilidad y firmeza notables la misión que se le había confiado, volvió á su regreso á la vida monástica y consiguió una reputación que iba diariamente en aumento. Elegido papa por el clero, el Senado y el pueblo de Roma, el año 590, parece que resistió y suplicó al emperador que no ratificase su elección. Empeñado en su negativa se escapó de Roma, ocultándose en un cesto. Se refiere que una luz celestial que andaba errante por encima del lugar donde se ocultaba, permitió á los fieles descubrir su refugio. En esta época causaron grandes estragos la peste y el hambre.

Una vez papa, este monje austero recuperó inmediatamente el carácter de que había dado pruebas en Roma y desplegó las cualidades de un grande hombre de Estado. Arregló la liturgia romana, el calendario de fiestas, el orden de las procesiones y las formas de los trajes sacerdotales. Creó nuevos ritos más pomposos y solemnes é inventó el canto que lleva su nombre. Fundó escuelas de música, estableció el orden y la equidad en la administración de las rentas eclesiásticas y dió ejemplo de

beneficencia y de caridad. La miseria en aquellos tiempos era tal que hasta las matronas romanas se veían reducidas á implorar la generosidad de la Iglesia. Por último, autorizó la enajenación de una parte de los bienes de la Iglesia con objeto de rescatar esclavos láicos ó eclesiásticos.

El clero insubordinado y el populacho disoluto sintieron bien pronto la mano que tenía entonces las riendas del gobierno. Gregorio vigiló severamente la conducta del clero, administrándole exacta justicia y castigando inexorablemente á los culpables. Obligó á los obispos italianos á que le reconocieran como su metropolitano. Extendió su influencia hasta Grecia, abolió la simonía en Galia, admitió en el seno de la Iglesia á España, que acababa de renunciar al arrianismo, envió misioneros á Bretaña y convirtió á los paganos de esta comarca, extirpó el paganismo en Cerdeña y combatió las pretensiones de Juan, patriarca de Constantinopla que se atrevió á tomar el título de obispo universal. Expuso al emperador los desastrosos efectos producidos por el orgullo, la ambición y la mala conducta del clero, y le resistió con motivo de la ley que prohibía á los soldados la entrada en las ordenes religiosas. No estaba en la naturaleza de semejante hombre mantenerse á las resultas en los asuntos políticos; así, que nombró tribunos y dirigió por sí mismo las operaciones de los ejércitos.

No es dado á ningún hombre rechazar por completo el sistema que le ha dado el poder, ni tampoco puede ningún hombre sustraerse á la influencia de los tiempos de que es representante. Por más que Gregorio estuviera más adelantado que su época, su inteligencia no era verdaderamente clara, y además era profundamente supersticioso. Perseguió los conocimientos humanos con odio todavía más ciego que el de los emperadores de Bizancio. Se complacía en decir que estaba próximo el fin del mundo, salvo el contradecir esta afirmación con todos sus actos, que tenían por objeto invariable la fundación del imperio futuro de los Papas. Bajo este pontificado fué santificada esa mitología cristiana que debía con el tiempo convertirse en la religión de Europa. Reconoció la

adoración de las imágenes de la Virgen, la eficacia de las reliquias de los mártires, los milagros que operaban las urnas de los santos y la continua intervención de los ángeles y demonios en los negocios de este mundo; admitió multitud de leyendas, cuya inverosimilitud deja muy atrás las fábulas de la mitología griega, con su paraíso á algunas leguas por encima de la tierra y su infierno con la entrada por el cráter de la isla de Lipari. El mismo Papa Gregorio creía sinceramente en los milagros, en los espíritus y en la resurrección de los santos, de los cuales ninguno había traído nunca noticias de las desconocidas maravillas de su misteriosa estancia. Participando de la aversión del clero á la ciencia, era su máxima favorita la de que «la ignorancia es madre de la devoción». Arrojó de Roma á todos los matemáticos; quemó la biblioteca fundada por Augusto en el monte Palatino, que contenía manuscritos de gran valor; prohibió el estudio de los clásicos; mandó mutilar las estatuas, y destruyó los templos. Odiaba sobre todo los escritos de Tito Livio. Se ha dicho con razón que «nunca tuvo la ciencia enemigo tan inveterado» y que «nunca iluminó un rayo de luz su alma supersticiosa». Se jactaba de haber escrito sus obras sin cuidarse de las reglas gramaticales, y reprendió á un sacerdote que hizo de estas reglas objeto de su enseñanza. Se propuso sustituir las obras paganas por otras menos peligrosas para la ortodoxia, y consiguió también despojar á Italia de las obras de sus autores más ilustres, de tal modo que cuando Pepino mandó pedir al Papa Paulo I que le enviase «cuantos libros pudiese encontrar», éste último no pudo encontrar más que un antifonario, una gramática y las obras de Dionisio Areopagita. Gregorio era la encarnación verdadera de la ignorancia bizantina.

Si las calamidades que pesaron sobre Italia la habían dejado una población degradada, cuyas necesidades no podían encontrarse satisfechas más que por una religión paganizada, las clases superiores, por su parte, de mucho tiempo atrás, seguían la misma dirección en todo el Imperio. Quien quiera examinar la marcha de la sociedad cristiana reconocerá fácilmente que no había para ella otros resultados posibles que la carencia de todo conoci-

miento sólido y la alianza con el arte. No tenemos más que comparar la pobreza y sencillez de los primeros discípulos con la extravagante pompa que reinaba algunas generaciones después. En el siglo III Cipriano echa en cara á los cristianos y hasta al clero y á los confesores su avidez, su orgullo, su lujo y sus gustos mundanos. Algunos sacerdotes hasta llegaron á casarse con paganas. Clemente de Alejandría se lamentaba con amargura de los vicios de una comunidad opulenta y disipada, de los vestidos espléndidos, de los vasos de plata y oro, de los festines suntuosos, de las literas y carros dorados y de los baños privados. Las mujeres, en lugar de sostener á las viudas y á los huérfanos, se rodean de pájaros de la India, de pavos reales de la Media, de monos y perros de Malta, y los hombres tienen multitud de esclavas. El uso de las tres inmersiones bautismales, el de las oblaciones por los muertos, el de hacer el signo de la cruz en la frente al vestirse, calzarse y encender luz, todos estos usos que Tertuliano atribuye á la tradición sin que estuvieran autorizados por la Iglesia, dejan adivinar que muy pronto serían seguidas otras mil costumbres paganas. Así, lejos de mejorar, el estado de las cosas iba siempre de mal en peor. No sólo entre las personas frívolas, sino hasta en los mismos personajes históricos se encuentra este apego testarudo á las ceremonias y ritos del antiguo culto y quizá también la indiferencia por la nueva religión. Estas observaciones son sobre todo aplicables á la época de Justiniano. Después de todo, Boecio no era más que un filósofo pagano, y Triboniano, el gran jurisconsulto, autor del Código de Justiniano, era sospechoso de ateísmo.

El esplendor de las moradas episcopales en Oriente arrancaba sentimientos de admiración á los mismos que estaban familiarizados con el brillo de la corte imperial. Se alababan sobre todo los largos séquitos de servidores de los obispos y las magníficas comidas que se daban en sus palacios. Durante mucho tiempo los devotos tuvieron el celibato en la estima de preeminente virtud. «Si alabo al matrimonio es principalmente porque suministra vírgenes», tal era el elogio más que equívoco que de él hacía San Jerónimo. Los sacerdotes que bajo el imperio de este

sentimiento, que crecía de día en día, juzgaron conveniente abstenerse del matrimonio, vivían habitualmente, como sabemos por los edictos publicados sobre este asunto, con mujeres «subrepticias», como se las llamaba entonces. Pasaban por sus hermanas, y más de una vez probaron su buen gusto por la notable belleza de sus compañeras en el pecado. Una ley de Honorio puso fin á estos escándalos. Se había conservado la costumbre de cantar un himno á Venus en la ceremonia nupcial. Desde muy temprano el cultivo del arte musical llamó la atención de Pablo de Samosata, Arrio, Crisóstomo y la mayor parte de los grandes hombres de la Iglesia. Es posible que en el origen de ésta todos los fieles cantaran juntos los himnos y los salmos; poco á poco fueron admitidos cantores de profesión, y el coro de la tragedia griega reapareció en las antífonas. El canto ambrosiano dejó su lugar al sublime canto gregoriano, que pasa con razón por ser el que encierra el germen de todo lo grande y elevado que se manifiesta en la música moderna.

La devastación de Italia tuvo por consecuencia la extinción de la lengua latina. La literatura romana no se convirtió nunca al cristianismo. Ni siquiera uno de los mejores escritores eclesiásticos era romano; todos habían nacido en las provincias. El fondo literario estaba constituido por las escrituras hebráicas y las del Nuevo Testamento; las imágenes poéticas eran en general tomadas de las profecías. En cuanto á la historia, se la trataba con una falta de imparcialidad y de exactitud casi increíbles. Eusebio, por ejemplo, confiesa con el mayor candor que en su obra omitirá todo lo que pueda desacreditar á la Iglesia y que pondrá de relieve todo lo que pueda darle gloria. El mismo principio inspiró esas innumerables leyendas, cuya mayor parte no eran más que groseras ficciones, en las cuales sus contemporáneos, en su asombrosa credulidad, tenían fe completa por contrarias que fuesen al sentido común. ¿Podía esperarse otra cosa de una generación que creía que las huellas de los carros de Faraón eran todavía visibles en las arenas del mar Rojo y que ni los vientos ni las olas podían borrarlas? Quien se atreviera á levantarse contra el gusto popular por estas in-

útiles fábulas podía estar cierto de que atraería sobre sí la venganza de la sociedad y que sería deshonorado como infiel. En la interpretación de los textos de la Escritura y hasta en todos los comentarios de las obras de los grandes autores se concedía gran indulgencia á la imaginación que debía descubrir en tales producciones un sentido oculto. Estos trabajos son comunmente muy ingeniosos y con frecuencia atestiguan gran habilidad; pero todos estos escritos hermenéuticos, lo mismo que todas las obras de polémica, son fastidiosos á más no poder, y la energía y la odiosa violencia de que están marcados estos últimos no bastan, al menos así me parece, á compensar su nulidad.

Las relaciones de la Iglesia con la pintura y la escultura se hallaron determinadas sin duda alguna por el segundo concilio de Nicea, 787 de J. C. La religión había vuelto á empezar á servirse de ellas; la escultura, sin embargo, no ha olvidado nunca la preferencia otorgada á su hermana. Hasta nuestros días ha permanecido pagana, imitando en eso el ejemplo de la más noble de las ciencias, la astronomía, que recuerda los insultos que ha recibido de la Iglesia, y que en la parte visible de los cielos no tolera el nombre de ningún santo. Los nuevos mundos que descubre están todos dedicados á Urano, á Neptuno y á las demás divinidades olímpicas. Entre los eclesiásticos los ha habido constantemente, y algunos eminentes, que se han indignado de esta alianza de la religión con el arte. Así había expresado en otro tiempo Tertuliano su descontento á Hermógenes que había cometido el doble pecado de entregarse á la pintura y de casarse. El cristianismo gnóstico, por el contrario, había aprobado su unión, como lo iba á hacer la Iglesia romana. A los gnósticos debemos los primeros modelos de nuestras imágenes sagradas. El retrato de nuestro Salvador aparece con los de Pitágoras, Platón y Aristóteles en sus piedras grabadas y en sus sellos. Los primeros Padres de la Iglesia, Justino mártir, y Tertuliano, entre otros, creían generalmente que Nuestro Señor tenía un exterior poco simpático y que era de pequeña estatura, hasta inferior á la estatura media del hombre, como lo

dice más tarde Cirilo. En el siglo iv acordaron reconocer que Dios no podía haber revestido tan humilde forma, y el primitivo dibujo fué corregido. Quizá el tipo entonces adoptado fué el mismo cuya descripción encontramos en la supuesta epístola de Léntulo al Senado romano: «Era, dice, un hombre de alta estatura y bien proporcionado; tenía una fisonomía severa y expresiva hasta el punto de inspirar amor y veneración á cuantos le contemplaban un solo instante. La cabellera, que tenía el color del ámbar, descendía sobre las orejas, de donde volvía á caer en brillante masa, dividida en dos en la nuca, según costumbre de los nazarenos. Tenía la frente alta y abierta; el color claro, ligeramente matizado de rojo; aspecto dulce y franco; nariz y boca finísimamente formadas; la barba espesa, partida y del mismo color que los cabellos; los ojos azules y excesivamente brillantes.» Más tarde, el rostro tomó melancólico aspecto, que aunque eminentemente expresivo, no corresponde al tipo de la belleza viril. Al principio, la cruz no tenía ningún adorno; pronto tuvo un cordero en la base, y en seguida se la santificó agregándola el cuerpo del Salvador moribundo; entonces se convirtió en crucifijo. La Virgen María, que posteriormente debía inspirar los más sublimes tipos de la gracia femenina, es representada al principio siempre con velo. Así habían figurado á Isis los escultores egipcios. Las formas con que los primeros cristianos figuraban á la Virgen y al Niño, son por lo demás exacta reproducción de las que los egipcios daban á Isis y Horo. San Agustín afirma que no se conocía su rostro, pero parece, sin embargo, según una tradición cristiana de los primeros tiempos, que era morena. Los artistas se fueron atreviendo poco á poco, apartaron el velo y dieron á la Virgen las facciones completamente formadas de respetable matrona romana; más tarde aún, agruparon á su alrededor el niño divino, los sabios y los demás personajes de que se hablaba en la Escritura.

Mientras el pontificado preparaba así su alianza con el arte, no descuidaba las inmensas ventajas que le ofrecía su intervención en los asuntos de la vida doméstica, intervención que la desmoralización del tiempo autorizaba

entonces más que nunca. Aumentó extraordinariamente su poder arrogándose el conocimiento del matrimonio y de las innumerables cuestiones que á él se refieren. Una vez descubierta la influencia que así se aseguraba, el papado jamás consintió en renunciar á ella; algunos de los más importantes acontecimientos de los tiempos modernos han sido determinados por la acción del papado en acciones de esta índole. Quizá no obstante conquistó mayor influencia todavía atribuyéndose el conocimiento de los testamentos, y de todos los asuntos relativos á la transmisión de la propiedad en forma de legado.

En la época que ahora estudiamos, el papado, es verdad, se había á veces apartado de los principios de la estricta moral; habíase unido al monaquismo y pensaba aliarse con el poder político y militar; verdad es también, que su cólera y sus censuras herían menos á menudo á los grandes culpables del tiempo que á los herejes, respecto de los cuales se mostraba constantemente implacable é inflexible. Sin embargo, preciso es decir que esta intervención del papado en la vida doméstica produjo felicísimos resultados, contribuyendo sobre todo grandemente á mejorar la condición social de las mujeres. El pontificado, á fin de consolidar su poder naciente, desplegó en la aplicación de las penitencias gran rigor, siempre creciente. A medida que la base intelectual en que este poder descansaba se hizo más equívoca, y por lo tanto más expuesta al ataque, el pontificado se hizo más sensible y más exigente. Arrastrado por la influencia de las clases inferiores, se perdió en el antropomorfismo, reconociendo á la Virgen y á los santos atributos como la omnisciencia, la omnipresencia y la omnipotencia. Afirmó que estaban presentes en todas partes, en condiciones siempre de oír las oraciones de los fieles, y en caso necesario, de cambiar ó suspender el curso de la naturaleza. Cierta era que llegaría un día en que semejantes doctrinas no podrían ya ser aceptadas; así trató de retardar aquel día fatal ahogando inmediata é implacablemente toda veleidat de oposición. El despotismo en el dominio del pensamiento fué llamado á sostener el despotismo en el Estado y el despotismo en la Iglesia.

De los actos del papa Gregorio el Grande, de su ensayo de organización de las ideas de su tiempo, de la pagанизación de la religión en Italia y de su alianza con el arte, voy á pasar ahora al segundo asunto á que este capítulo está consagrado: las relaciones del pontificado con los reyes francos, relaciones que consolidaron la obra de Gregorio y aseguraron su triunfo en Europa entera.

Los ejércitos agarenos habían arrebatado á la cristianidad las comarcas occidentales, meridionales y orientales del Mediterráneo, y sus flotas eran señoras de este mar. Una revolución completa se había realizado en la política eclesiástica: Cartago, Alejandría, Jerusalem y Antioquia, habían dejado de formar parte del sistema cristiano; sus obispos no existían ya. Sólo quedaban dos de las grandes sedes episcopales, Roma y Constantinopla. Según toda humana apariencia, su caída sólo debía ser ya cuestión de tiempo.

Las luchas del obispo de Roma con sus rivales de África y Asia habían sido pues prematuramente cortadas. Su misión estaba terminada; toda comunicación con el emperador de Constantinopla era cortada por las flotas infieles. El poder imperial estaba paralizado. El papa se halló, por la fuerza de los acontecimientos, condenado al aislamiento; supo recabar su independencia.

¡La independencia! ¿Cómo conquistarla y cómo defenderla? En la misma Italia los lombardos parecían sólidamente establecidos y eran arrianos. Su presencia y su dominación eran incompatibles con las del pontificado. Ya, políticamente hablando, estaba éste á su merced.

Un solo camino quedaba abierto y, haya ó no sabido apreciar su situación, el papa se vió obligado á entrar en él. Era la alianza con los francos, que habían resistido con éxito á los mahometanos, y que además eran ortodoxos.

Un ambicioso oficial franco había resuelto despojar de la corona á su soberano, si el papa quería sancionar su ambición. No les costó trabajo entenderse. La usurpación fué consumada por uno y sancionada por otro. El interés de la nueva raza real le aconsejaba engrandecer en lo posible á su aliado de Italia y la difusión del sistema ro-

mano no podía menos de ayudar á consolidar su poder naciente. Así los monarcas francos no retrocedieron ante guerras que debían durar treinta años, á fin de obligar á los ignorantes germanos á reconocer al papa como representante de Dios en la tierra.

El papa se sublevó contra su soberano bizantino con motivo de la cuestión de las imágenes, pero esto sólo era un pretexto, pues permaneció fiel á su nuevo aliado, que había incurrido en la misma herejía. Rompió con un amo débil y cruel, para unirse á un aliado con quien podía obrar como igual. A partir de este instante la supremacía le estaba asegurada. El sistema imperecedero de que era representante debía inevitablemente acabar por triunfar de los individuos y de las familias, que están fatalmente condenadas á perecer.

Debemos guardarnos de rebajar el valor de los resultados obtenidos por los frailes que habían conseguido ya convertir á una parte de Europa al cristianismo; pero es no obstante cierto que el paso de la Europa Central á su edad de fe fué obra sobre todo de los monarcas francos. Carlomagno fué el que convirtió en realidad política la ficción soñada por los papas.

Para comprender bien este importante acontecimiento es necesario examinar: 1.º, el estado intelectual de Europa Central; 2.º, la situación del soberano pontífice y su pacto con los francos; 3.º, la biografía de los papas, que nos permitirá mejor que todo determinar el verdadero valor religioso del sistema que representaban.

1.º Sucede con los bárbaros de Europa lo que con los árabes. Pasan de su edad de credulidad á su edad de razón, sin detenerse largo tiempo en la edad intermedia, la de examen. Un pueblo no tiene propiamente edad de examen, sino en cuanto busca por sí mismo, y no los tiene, amos que le impongan los resultados obtenidos en otra parte. Los árabes habían tenido los nestorianos y los judíos, y en cuanto á los germanos, los frailes, ayudados por el acero de Carlomagno, no carecieron nunca de argumentos sencillos y decisivos para inculcarles su enseñanza.

A las invasiones del Mediodía por los bárbaros respon-

dieron las invasiones del Norte por los misioneros. Los primeros se proponían conquistar, y sus antagonistas convertir, si acaso puede llamarse antagonistas á los hombres que trataban de apartarles del camino del mal. El fraile atravesaba sin armas ni defensa sus sombríos é impenetrables bosques y se abría paso hasta sus guaridas fortificadas. Nada impresiona tan profundamente el corazón del salvaje como este valor tranquilo é inquebrantable. Entre los cautivos que los bárbaros habían traído del Mediodía se encontraban naturalmente mujeres de alto linaje, notables por su belleza y su piedad, y también obispos que fieles á sus principios religiosos, no dejaron de ejercer santa y benéfica influencia en las tribus en medio de las cuales estaban obligados á vivir. Las naciones bárbaras se convirtieron todas, una tras otra; los vándalos y los gópidos en el siglo iv; los godos algunos años antes; los francos á fines del siglo v; los alemanes y lombardos á principios del vi; los bárbaros, hesseses y turingios en los siglos vii y viii. Todos abrazaron el arrianismo, á excepción de los francos, que fueron convertidos por el clero católico. Todos también, es verdad, se cristianizaron sólo superficialmente y su conversión se limitó á poco más que á la práctica del signo de la cruz. En todos estos movimientos religiosos las mujeres ejercieron considerable influjo. Clotilde, reina de los francos, convirtió á su marido Clodoveo, y su ejemplo fué imitado por Berta, reina de Kent, y por Gisela, reina de Hungría; en virtud de influencias análogas se convirtieron el duque de Polonia y el czar Jeroslaw. Europa debe pues, mucho á las mujeres en este respecto, aunque al principio los bárbaros convertidos no conociesen casi de la religión cristiana más que el Credo y la oración dominical. Hase dicho con bastante razón que se requerían tres cosas para producir conversiones de este género: una mujer devota en la corte, una calamidad nacional y un fraile. En cuanto á la masa del pueblo, parece que siguió á ciegas el ejemplo de los que estaban á su cabeza, sin preguntarse lo que podían ser las nuevas creencias que adoptaba.

Los historiadores dan pruebas frecuentes de gran sim-

plicidad considerando la conversión del soberano como si fuese la de la nación entera. Estas creencias, tan ligeramente aceptadas por la voluntad ó el capricho del soberano fueron abandonadas á menudo con la misma facilidad. Así es como las naciones de Escandinavia, Bohemia y Hungría no tardaron en recaer en la idolatría.

Entre estas apostasías, importa mencionar la de los habitantes de Bretaña. Bretaña había recibido el cristianismo de las legiones romanas, y si es verdad que Constantino el Grande y su madre Elena pertenecían á esta comarca por su nacimiento, puede contarse como una de sus glorias la influencia considerable que ha ejercido en el porvenir religioso del mundo. La historia de Pelagio muestra con qué sutileza se trataban las cuestiones teológicas en estas apartadas regiones; pero después de la caída del poder romano, las cosas tomaron menos favorable aspecto y el clero fué rechazado por los invasores paganos á las inaccesibles montañas del país de Gales, Escocia é Irlanda. La vista de algunos niños bretones puestos en venta en uno de los mercados de esclavos de Roma, sugirió á Gregorio el Grande la idea de convertir la comarca por segunda vez. En cuanto subió al sόlio pontificio, confiό la realizaciόn de este proyecto al fraile Agustín. Este convirtiό al rey Etelberto por medio de su mujer Berta, que era una princesa franca, y después de muchos esfuerzos, la nueva fe acabó por difundirse por toda la isla. El antiguo clero, en cuyas manos estaban las tradiciones de las edades pasadas, opuso alguna resistencia especialmente con motivo de las fiestas de Pascuas, pero fué de corta duraciόn; estableciόnse con Roma relaciones seguidas, y pronto se hizo costumbre en el clero y en la nobleza rica, el ir á visitar la capital del mundo cristiano.

El cristianismo británico, que poseía ya las nobles cualidades que le distinguen en nuestros días, no dejó de poner en juego su espíritu de proselitismo. A fines del siglo vi, Columbano, fraile irlandés de Bangor, atravesó Francia y Suiza, y fué á predicar la nueva religiόn á las extremidades del antiguo imperio romano. Un siglo más tarde Bonifacio dejó el Devonshire para ir á Germania;

se estableció entre los hesseses y los sajones, fundando quiera iglesias y obispados, y recibiendo al fin, por mano de estos salvajes, la corona del martirio. El parentesco de su lengua con la que hablaban los misioneros de Occidente facilitó grandemente á estos últimos el cumplimiento de la misión que se habían impuesto.

Es gloria del Papa Formoso, cuyo cuerpo sufrió póstumo juicio, haber convertido á los búlgaros, nación procedente de las orillas del Volga. Las circunstancias más insignificantes decidían á veces de la conversión de los bárbaros, como se ve por el ejemplo de estos mismos búlgaros, que pasan por haberse convertido á la vista de un cuadro que representaba el juicio final. Los slavos fueron convertidos por misioneros griegos; el fraile Cirilo inventó para ellos un alfabeto especial, como ya lo había hecho Ulfilas con los godos. Los normandos, nación de piratas que todo lo devastaban en sus excursiones, hasta las iglesias, adoptaron el cristianismo en cuanto se establecieron en Normandía, como lo habían hecho los godos en otras comarcas. Los habitantes de Escandinavia fueron convertidos por San Anscario.

Así acabó Europa por hallarse convertida por completo nominalmente, gracias á los esfuerzos de los misioneros, al ejemplo dado por los frailes, á la influencia de las mujeres, á la espada de los soberanos francos y al prestigio del gran nombre de Roma. Las tituladas guerras religiosas de Carlomagno, que duraron más de treinta años, y que fueron acompañadas de todas las atrocidades inseparables de las empresas de este género, fueron sin duda tan políticas como religiosas. Por estas guerras se manifestó prácticamente el acuerdo establecido entre el Papa y Pepino. Carlomagno comprendía perfectamente la situación y el papel de la Iglesia; jamás la permitió invadir el poder civil. Viendo en ella el lazo que le faltaba para ligar estrechamente, no sólo las naciones y pueblos tan diferentes de su imperio, sino hasta las familias y los individuos, fué constantemente para ella ilustrado y generoso protector. La índole de su carácter y de su espíritu no le permitía ajustar á las doctrinas de la Iglesia su propia existencia, que á veces se manchó por la violencia y

la inmoralidad. Su punto de vista era otro; se había fijado sin duda en la conclusión de que las máximas religiosas son buenas para edificar y sostener á los que ocupan los rangos inferiores de la sociedad, pero que un soberano no está obligado más que á conservar con la Iglesia las relaciones que exige el interés general. El bautismo era para él, no la señal de la salvación, sino de la sumisión, y si fundó iglesias y monasterios é instituyó obispados, si trabajó por aumentar el poder del cielo, fué simplemente porque allí encontraba medios de gobierno más seguros que los mismos ejércitos. Un lugarteniente podía sublevarse contra él mientras que el sacerdote necesitaba siempre su apoyo.

Si Europa, pues, por su conversión, recibió de Roma inmenso beneficio, pudo, en resumen, pagarlo dando al cristianismo latino un carácter moral más elevado, el elemento que desgraciadamente le faltaba en todas partes. La seriedad es uno de los rasgos dominantes del natural en el salvaje. El divorcio entre la moralidad y la fe que se había establecido en las naciones meridionales no era posible en los nuevos conversos. Haciendo pasar á la religión latina la mayor parte de las concepciones de su religión bárbara y pagana, desarrollaron la tendencia de la nueva fe á la idolatría; pero, si por esta parte la influencia que ejercieron se hizo funesta, por otra fué muy beneficiosa; mientras degradaron en efecto las creencias públicas, ennoblecieron la vida privada. El mal que causaron ha sido, por lo demás, exagerado. La alteración de la religión por el paganismo ha sido sobre todo, obra de Grecia y de Italia. Los habitantes de estas dos comarcas no habían en realidad abandonado nunca las antiguas creencias idolátricas, y si se habían hecho cristianos, casi no era más que en la superficie. Ellos fueron los que impusieron al clero el culto de las imágenes y gran número de otras prácticas paganas. Carlomagno, que en este respecto debe considerarse como fiel intérprete de los sentimientos de los francos y germanos, condenaba en absoluto esta especie de idolatría.

2.º Después de haber considerado la revolución intelectual que así se había llevado á cabo en Europa central,

voy á pasar al examen de la posición del pontificado y de su alianza con los francos.

Apenas habían los árabes realizado la conquista de Africa, cuando invadieron á España, sometieron rápidamente esta región, como veremos en uno de los capítulos siguientes, y se prepararon á conquistar á Europa entera. La cristiandad estaba amenazada de ver realizarse aquel ambicioso proyecto, que consistía en predicar la unidad de Dios en la misma Roma. Llegaron al centro de Francia, pero fueron derrotados por Carlos Martel en la gran batalla de Tours, en 732. Esta batalla decidió del destino religioso del mundo. Los sarracenos, sin embargo, no abandonaron su plan. Tres años después reaparecieron en Provenza, y Carlos mismo no pudo contenerles. Sin embargo, ya en aquella época su dominación había tomado harto grande extensión para que pudiese durar. Evidentes síntomas de descomposición aparecían: Muza, el conquistador de España, había apenas acabado su expedición, cuando fué preso á la cabeza de su ejército y conducido á Damasco para dar cuenta de sus actos. Estas disensiones fueron el verdadero obstáculo que los árabes encontraron en la conquista de Francia. Carlos Martel había dejado el título de rey á Chilperico II y á Thierry IV, pero á la muerte de este último, no le designó sucesor, quizá porque su perspicacia le hacía adivinar los acontecimientos que iban á sobrevenir. Murió en 741, dejando aborrecida memoria en el clero, que le echaba en cara el haberle tomado parte de sus riquezas, y establecido un diezmo sobre las rentas de las iglesias y conventos para pagar su ejército. El clero, demasiado ignorante entonces ó demasiado apegado á los intereses temporales presentes, para comprender el peligro de que le había salvado Carlos Martel, no le perdonaba. Lleno de codicia, no podía aguantar que se le gravase con parte de las tasas destinadas á proveer á su propia defensa, y en el concilio de Kiersy se expresaba así dirigiéndose á uno de los descendientes de Carlos Martel: «Porque el príncipe Carlos fué el primero de todos los reyes y príncipes de los francos que enajenó y desmembró los bienes de la Iglesia, por esa sola causa está condenado eternamente. Sabemos,

en verdad, que San Euquerio, obispo de Orleans, fué transportado, mientras estaba rezando, al mundo de los espíritus, y que entre otras cosas que le mostró el Señor, vió al príncipe Carlos, atormentado en el más profundo de los abismos del infierno. El ángel que le conducía, interrogado por él sobre aquella visión, le respondió que en el juicio futuro el cuerpo y el alma del que ha tomado ó dividido los bienes de la Iglesia serán, aun antes del fin del mundo, condenados á eternos tormentos después de la sentencia formulada por los santos, que se sentarán al lado de Nuestro Señor. Por este sacrilegio añade á sus propios pecados la suma de todos los que han querido asegurar su salvación renunciando á sus bienes por amor de Dios.» Este entretenido é instructivo pasaje muestra cuán prontamente había aprendido el clero franco, medio bárbaro todavía, á manejar el arma de que tan bien se servía Roma para defender sus posesiones temporales.

Con Pepino, el hijo de Carlos Martel, principia una época y una política que se parecen mucho á la de Constantino el Grande. Pronto comprendió que aliándose con la Iglesia le sería posible suplantarlo á su soberano y obtener el poder real. Abriéronse negociaciones entre Pepino y el Papa. Cada uno de ellos necesitaba un aliado: uno para apoderarse de la corona de Francia; otro para librarse de Constantinopla y de los lombardos. Pepino empezó por colmar de dones al clero y por señalar puestos á los obispos en las asambleas de la nación. Consolidando así el poder eclesiástico realizó inmensa revolución social. La lengua franca dejó de usarse en las asambleas; la sustituyó el latín, y aquellas juntas que casi no eran más en otro tiempo que grandes revistas militares acabaron por tomar carácter puramente eclesiástico. Sin embargo, el Papa Zacarías estaba dispuesto á cumplir el compromiso adquirido; las negociaciones proseguían por medio del capellán de Pepino. A la petición que le fué formalmente dirigida, el Papa contestó: «El que posea realmente el poder real es el que debe ser rey.» Con lo cual Pepino se hizo elevar por sus soldados sobre un escudo y proclamar rey de los francos. Para dar más solemnidad á la ceremonia fué ungido por los obispos. El rey Chilperico fué de-

puesto y encerrado en un convento en San Omer. Al siguiente año el Papa Esteban II, reducido al último apuro, llamó en su auxilio á Pepino contra los lombardos. Hasta juzgó oportuno dar á su súplica mayor fuerza acompañándola con una carta, que aseguraba haber sido escrita á los francos por San Pedro. El Papa fué en seguida á Francia, donde, en prenda de su sinceridad y de la fidelidad con que quería cumplir sus compromisos, puso él mismo la diadema en la cabeza de Pepino en el monasterio de San Dionisio y le ungió con los santos óleos, á él, á su mujer y á sus hijos, resucitando así la antigua costumbre judaica y confiriendo á su aliado «el derecho divino». Pepino marchó entonces contra los lombardos, los aniquiló y dió al Papa parte de los territorios conquistados. Así realizó un soldado afortunado los dos mayores acontecimientos de la época: una revolución en Francia acompañada de un cambio de dinastía, y una revolución en la cristiandad; el obispo de Roma se había convertido en soberano temporal. Las llaves de San Pedro han quedado desde entonces tan fuertemente ligadas á la guardia de la espada de los reyes de Francia, que de todos los grandes reyes, conquistadores y hombres de Estado que han tenido esta espada ninguno ha podido, á pesar de sus esfuerzos, conseguir apartarlas de ella.

Carlomagno, que sucedió á Pepino, su padre, desarrolló completamente su sistema político. A instancia del Papa Esteban III entró en Italia, sometió á los lombardos y reunió la corona de Lombardía á la de Francia. Habiendo quemado los paganos sajones la iglesia de Deventer, comenzó contra ellos una guerra que duró treinta años, y les obligó á convertirse. A medida que se ensanchó el círculo de su dominación fundó donde quiera iglesias y obispados, que dotó de posesiones territoriales considerables. Dejó el título de conde á los jefes militares que reconocieron su autoridad. Fiel al compromiso que su padre y él habían contraído con el Papa, se mostró constantemente inflexible respecto del bautismo, que exigía como señal de sumisión. Castigó con gran crueldad á los que se opusieron: así hizo degollar, con ocasión del motín de 782, á cuatro mil quinientas personas en un

solo día en Verdun: con tales condiciones no es extraño que la influencia clerical haya tomado tan rápida extensión; pero por rápido que haya sido su desarrollo, lo fué, sin embargo, todavía menos que el del poder de Carlomagno.

En Roma, el día de Navidad del año 800, en la iglesia de San Pedro, el Papa León III, después de la celebración de los santos misterios, colocó de pronto una diadema en las sienes de Carlomagno con aclamación de la multitud, que gritaba: «Larga vida y victoria á Carlos, el piadosísimo Augusto, coronado por Dios grande y pacífico emperador de los romanos.» Su cabeza y su cuerpo fueron ungidos con los santos óleos, y renovando las costumbres del tiempo de los Césares, el pontífice mismo le saludó y adoró. Carlomagno, por el juramento que prestó en la fiesta de su coronación, se obligó á mantener los privilegios de la Iglesia.

Carlomagno estaba muy á la altura de aquel noble título de emperador de Occidente: reinaba en Francia, España, Italia, Germania y Hungría. Una dignidad inferior hubiera estado por bajo de lo que merecía. En cambio desplegó con San Pedro regia munificencia, y hasta en sus menores actos mostró que apreciaba en su justo valor la gratitud que debía al jefe de los apóstoles. Se puso en seguida á introducir en todos sus Estados los cambios que exigía la política italiana en la organización de la Iglesia. Entre otros cambios sustituyó el canto gregoriano al ambrosiano, y donde quiera que los sacerdotes resistían les hizo dejar por fuerza sus antifonarios. A instancia del Papa, y para dar ejemplo, hasta hizo quemar algunos sacerdotes con sus libros.

La rapidez con que creció el poder de Carlomagno, su preponderancia absoluta y la situación inferior del Papa, que no era más que su lugarteniente en Italia, se manifiestan palmariamente en la disputa que suscitó en Occidente la adoración de las imágenes. Con este motivo, como veremos en otro capítulo, se habían sublevado los Papas contra los emperadores iconoclastas de Constantinopla. El segundo concilio de Nicea había autorizado la adoración de las imágenes; pero el buen sentido de Carlo-

magno le elevaba por encima de semejante idolatría. La desaprobó altamente, y hasta dictó contra ella una obra especial: los libros *Carolinos*. El Papa se vió en un verdadero apuro: Carlomagno se declaraba iconoclasta en el mismo momento en que el culto de las imágenes, causa primera de la cuestión, acababa de ser restaurado en Constantinopla. Prefirió, sin embargo, evitar toda discusión para no atraer la atención sobre una operación muy lucrativa que entonces le ocupaba: la venta de huesos y reliquias de santos, que en realidad eran extraídos sobre todo de las catacumbas de Roma. Los bárbaros del Norte debían preferir estos tristes objetos á estatuas de madera, y este tráfico, aunque despreciable, era, sin embargo, más honroso que el comercio de esclavos que hacían con los judíos y mahometanos, á quienes vendían sus vasallos y los hijos de los labradores. Como todos los grandes hombres de Estado de la antigüedad que no podían comprender la civilización sin la esclavitud, Carlomagno consideraba esta inicua institución como necesidad política, y se esforzó por sacar de ella todo el provecho que era susceptible de proporcionar al Estado. Estableció para ciertas clases de esclavos un sistema de aprendizaje, y designó los que debían dedicarse al comercio y á las artes mecánicas. La esclavitud, sin embargo, fué la que durante su propia vida concurrió con el servicio militar á hacer tan precaria la situación de los pequeños propietarios y á preparar el camino á aquella rápida disolución del imperio, que empezó inmediatamente después de su muerte.

Sin embargo, si Carlomagno aceptaba la esclavitud como mal político necesario, no faltan testimonios que prueban que se esforzó por reprimir sus abusos donde quiera que los encontró. Habiendo acusado los duques italianos al Papa Adriano de vender sus vasallos como esclavos á los sarracenos, Carlomagno ordenó se abriese una información. Habiendo resultado de ella que se habían celebrado realmente transacciones de este género en el puerto de Civita-Vecchia, no pudo resolverse á hacer público tan infame crimen, pero retiró para siempre su apoyo al Papa Adriano. En aquella misma época se hacía,

por medio de los judíos, considerable tráfico de esclavos entre los sarracenos y los eclesiásticos y los barones europeos, que les vendían los hijos de sus siervos.

Carlomagno nunca supo escribir, pero nadie apreciaba mejor que él el valor de la ciencia. Trabajó asiduamente por ilustrar y educar á su pueblo. Reunió á los sabios; recomendó al clero el cultivo de las letras; creó escuelas para la enseñanza de la música religiosa; hizo construir magníficos palacios, iglesias y puentes; adornó su capital, Aquisgram, con estatuas que había traído de Italia; organizó en las ciudades las profesiones y los oficios, é instituyó la policía. Veló con gran solicitud porque el clero fuese piadoso é instruído; lo necesitaba mucho, pues la mayor parte de los sacerdotes de su tiempo apenas sabían leer y escribir. De la primera mitad del siglo VIII, una de las épocas más interesantes, puesto que comprende la invasión de Francia por los sarracenos y su expulsión, no nos quedan más que algunas crónicas casi insignificantes: el clero manejaba mucho mejor la espada que la pluma. Las escuelas de Carlomagno fracasaron, no por culpa del fundador, sino porque el tiempo no pedía saber; los pontífices y el clero no se cuidaban para nada de esto, siendo para ellos todo conocimiento más bien nocivo que útil.

La vida privada de Carlomagno fué manchada por grandes inmoralidades y crímenes. Se hizo culpable de poligamia casi tanto como los califas; tuvo hasta nueve mujeres y numerosas concubinas. Se pretende que trató, mediante matrimonio con la emperatriz de Oriente, aumentar todavía su número, ó acaso, si tenemos en cuenta su vasta habilidad política, unir á la vez los imperios de Oriente y de Occidente. Era aquella misma Irene que más tarde en Constantinopla hizo sacar los ojos á su propio hijo. En 801 el califa Ahrum-al-Raschid le envió de Bagdad las llaves del sepulcro de nuestro Salvador, como prueba de la alta estima en que el comendador de los creyentes tenía al más grande de los reyes cristianos. Bajo estos testimonios de aprecio, sin embargo, se ocultaba quizá alguna intención política; el califa había apreciado sin duda qué precio tenía para él la amistad de una

potencia que podía contener á los emires de España. Carlomagno no olvidó nunca el pacto contraído con el pontificado, que le obligaba á hacer prevalecer el cristianismo romano en todas las regiones de Europa á que se extendía su influencia. Se mostró constantemente inexorable en la aplicación de la pena capital que sus leyes fulminaban contra la negativa á bautizarse, la apostasía, el asesinato de un clérigo ó de un obispo, la práctica de los sacrificios humanos y el uso de la carne durante la Cuaresma. Su espada era el terror de los paganos de Germania, pero contribuyó también grandemente á persuadirles y convertirles. Carlomagno guardó hasta el fin de su vida inviolable fidelidad al compromiso que había contraído. Murió el año 814.

Tal era la alianza que se había formado entre la Iglesia y el Estado. No podía menos de ocurrir que cada uno de ambos poderes tuviera alternativamente la preponderancia sobre el otro, y que sus luchas acabasen por su ruina común. Apenas había muerto Carlomagno, cuando la debilidad é impotencia de su hijo y sucesor, Ludovico Pío, vinieron á ofrecer á la Iglesia la ocasión que esperaba. Luis, expulsando las numerosas concubinas y queridas de su padre, descubrió los escándalos de la corte del gran emperador. No es esta la ocasión de contar al por menor cómo este monarca se cubrió de vergüenza humillándose ante la Iglesia; cómo, bajo su impotente gobierno, tomó el tráfico de esclavos nueva extensión; cómo todas las costas, y aun todas las regiones en que los barcos podían remontar los ríos, fueron expuestas á las correrías de los piratas normandos, que hasta lograron apoderarse de varias grandes ciudades; cómo España, formando sorprendente contraste con el resto de Europa, afligida entonces por completa descomposición social, se hizo rica, populosa y grande bajo sus soberanos mahometanos; cómo al Este, los hunnos y los ávaros, cesando en sus devastaciones, aceptaron el cristianismo; cómo la diversidad de intereses de todas las naciones reunidas bajo el cetro de Carlomagno produjo entre ellas guerras incessantes, y acabó por dividir las en dos grandes haces: Francia y Alemania; cómo, por la locura del clero, que

se creía mejor defendido por sus reliquias que por las armas, los sarracenos se vieron dueños absolutos de todo el Mediodía, y estuvieron á punto de apoderarse de la misma Roma; cómo Francia, en aquella época, se había convertido en verdadera teocracia en que el clero lo era todo y todo lo absorbía; cómo el Papa, reducido á temblar en su propio palacio, consiguió, sin embargo, extender exteriormente su poder, interviniendo en asuntos de la vida doméstica, como lo hizo con motivo del divorcio de Lotario II; cómo Italia, Francia y Germania se convirtieron en lo que habían sido en otro tiempo Siria y Africa, regiones de milagros y prodigios; cómo, habiendo podido la Iglesia, merced á esta política, obtener la preponderancia, el Papa Juan VIII se creyó bastante fuerte para afirmar su derecho á disponer de la corona imperial (la supremacía imperial conquistada por Carlo Magno implicaba necesariamente la supremacía definitiva de los Papas); cómo, habiéndose presentado ocasión de reconstruir el Imperio de Occidente bajo el cetro de Carlos el Gordo, abortó este gran proyecto por ineptia del soberano, ineptia tal que los nobles de su reino se vieron obligados á deponerle; cómo aparecieron multitud de nuevos reinos en Europa, que no ofreció ya sino el espectáculo de inmenso caos político; cómo, á consecuencia de la falta de un gobierno protector cualquiera, los grandes terratenientes tuvieron que defenderse á sí mismos, y la guerra privada llegó á ser derecho reconocido; cómo—¡extraña consecuencia de todas estas calamidades!—se produjo entonces enorme aumento en la población, teniendo interés cada señor en levantar el mayor número posible de vasallos y midiéndose cada tierra por el número de servidores que podía dar, de donde nació el sistema feudal; cómo el principio monárquico, triunfando una vez más, prevaleció en Alemania con Enrique el Pajarero y los tres Otones, sus descendientes; cómo esos grandes monarcas acabaron de someter á Italia, y cómo, en fin, la inmoralidad del clero germánico se afirmó por los incesantes esfuerzos que hizo para reformar el papado, que caía en el más completo envilecimiento.

El pontificado llegó á ser, por último, patrimonio de

los condes de Túsculo, y—lo que no puede escribirse sin vergüenza—se vió á las prostitutas otorgarlo á sus compañeros de orgías ó á sus hijos ilegítimos y á veces hasta á adolescentes prematuramente corrompidos; no estaba lejos el año 1044 en que debía sacarse á subasta el pontificado. Ya nos acercamos al fin de los mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. La deplorable unión de la Iglesia y el Estado, sus rivalidades, sus intrigas y sus disputas habían conducido fatalmente al Occidente á los mismos resultados que al Oriente; la unión de la Iglesia y el Estado había desorganizado el sistema político y producido la desmoralización social universal. La absorción de las pequeñas propiedades feudales por las grandes había aumentado considerablemente el número de esclavos; no había ya más que un solo señor donde poco antes vivía numerosa familia de hombres libres. La misma clase rica iba siempre decreciendo numéricamente á consecuencia de otra absorción semejante á la anterior, tanto que pronto se encontró el territorio entero en manos de algunos abades y condes, cuyas inmensas propiedades eran cultivadas por multitud de esclavos; un solo señor poseía á veces más de 20.000, cifra que podría, sin embargo, inducirnos á error si dejáramos de tener en cuenta la magnitud de la superficie geográfica en que estos esclavos estaban esparcidos. En suma: Europa occidental debía presentar el aspecto de una región cubierta de bosques, en medio de los cuales se levantaban aquí y allí algún convento ó alguna ciudad. En estas regiones, que habían visto en otro tiempo las maravillas de la civilización romana, la raza humana estaba á punto de extinguirse. Cuando el sistema feudal no estaba todavía desarrollado, ¿dónde estaba la causa política que hubiera estimulado la reproducción de la especie? Si la paz reinaba accidentalmente, ¿qué razón había para impulsar la regeneración de los hombres más allá de lo necesario para hacerles producir mayor rédito posible, condición que implicaba ya su destrucción? Hasta la misma legislación dejó pronto de ser útil, y se dejó que las cosas siguieran su curso natural. Bajo la influencia de los monjes el espíritu militar declinaba; la piedad

individual era tan sólo puro fetichismo, adoración de las reliquias, falsas ó verdaderas, que llenaban el mundo con sus milagros. El que moría sin dejar parte de sus bienes á la Iglesia quedaba privado de confesión, de sacramentos y de cristiana sepultura. El combate judicial y las pruebas del fuego y del agua hirviendo decidían de la inocencia ó culpabilidad de los acusados. El cambio de relaciones había cesado en general hasta entre localidades muy poco distantes unas de otras, y no era poco si este cambio podía hacerse á veces por medio de un porteador como en los tiempos más remotos.

En aquellos deplorables días no faltaban razones para creer con el vulgo que el fin de todas las cosas estaba próximo, y que el año mil ocurriría la destrucción del mundo. La sociedad se disolvía, la raza humana parecía á punto de desaparecer, y apenas si habían sobrevivido algunos restos de la antigua civilización. Tal fué el éxito del segundo ensayo de unión entre el poder político y el eclesiástico. En uno de los capítulos precedentes hemos visto en qué había venido á parar en Oriente, y acabamos de mostrar los resultados que produjo en Occidente. Sugerida por el egoísmo, semejante unión no puede mantenerse más que por la violencia, ni puede perpetuarse más que por la ignorancia, conduciendo fatalmente á la ruina social.

Mientras el Estado caminaba así á su perdición, los asuntos de la Iglesia no seguían mejor camino. La funesta alianza que la Iglesia y el Estado habían hecho daba el único fruto posible, su ruina común. Había en todo esto solemnísima lección para las edades futuras.

3.º Héme aquí ahora en el tercero y último asunto que tengo que tratar en este capítulo: la determinación del verdadero valor religioso del sistema que iba á imponerse á Europa. Con este objeto, examinaré los únicos documentos que pueden servirnos al efecto: las vidas privadas de los papas.

Si sólo se considerasen los intereses de la religión, podría parecer oportuno abstenerse de todo detalle biográfico de los pontífices, pero en el caso actual, la justicia exige otra cosa. El principio fundamental del papado, es

que el pontífice romano es el vicario de Cristo en la tierra; el examen de su conducta personal se nos impone, pues, necesariamente. ¿Cómo comprenderemos la naturaleza de la fe que profesa, si no podemos saber cómo se conduce en los actos de su vida? ¿No es ahí donde debe buscarse la causa primera de los movimientos que estallaron en Alemania, Inglaterra y Francia, y que acabaron por la ruina del pontificado, movimientos que no podemos entender sino mediante el completo conocimiento de las vidas y opiniones privadas de los papas? Bueno es, en lo posible, no cargar á un sistema con las imperfecciones de los individuos que le siguen; pero en el caso que nos ocupa, el sistema y el individuo son inseparables uno de otro. El papado, en la época de que hablamos, presenta la notable particularidad de que su historia es grande y su biografía infame. Nada diré, pues, de esta biografía, que no sea estrictamente necesario, y pasaré en silencio cuanto pueda herir demasiado profundamente los sentimientos religiosos del lector. Me limitaré al período que se extiende desde el siglo VIII á mediados del XI. Es, por lo demás, el único de que tengo que ocuparme en este capítulo, consideración que, á los ojos de la crítica imparcial, me dispensará de franquear estos límites.

A la muerte del papa Paulo I, que había obtenido el pontificado en 757, algunos obispos instados por el duque de Nepi, consagraron como papa á Constantino, uno de sus hermanos, en 768; pero habiendo escogido los electores legales á Esteban IV, castigaron cruelmente al usurpador y á sus cómplices; á Constantino le arrancaron los ojos; al obispo Teodoro le cortaron la lengua, y le encerraron en un calabozo, dond^e le dejaron morir de sed. Su sucesor, el papa León III, fué cogido en la calle por los sobrinos del papa Adriano y arrastrado á una iglesia cercana, donde trataron de arrancarle la lengua y los ojos. Este mismo papa tuvo que defenderse contra una conspiración formada con el fin de deponerle. Roma fué entonces desolada por motines, asesinatos é incendios. Esteban V, su sucesor, 816, fué ignominiosamente expulsado de la ciudad. Pascual I, que le sucedió, fué acusado de haber cegado y asesinado á dos eclesiásticos en

el palacio de Letrán. Los comisarios imperiales abrieron una información, pero el papa murió después de haberse disculpado por juramento ante treinta obispos. Juan VIII, en 877, no pudo resistir á los sarracenos y se vió obligado á pagarles tributo; el obispo de Nápoles, que estaba secretamente ligado con ellos, compartía el botín de sus incursiones. Juan le excomulgó y no quiso darle la absolución sino después de haber sabido que había hecho matar al duque de Nápoles, su hermano, jefe de los traidores. El clero conspiró contra el papa; se apoderó de una parte de los tesoros de la Iglesia y abrió, con llaves falsas, una puerta de la ciudad con objeto de introducir á los sarracenos. Formoso, que había tomado parte en todos estos acontecimientos y que había sido excomulgado por haber conspirado contra la vida del papa Juan, fué elegido pontífice en 891. En 896 le sucedió Bonifacio VI, que por su inmoralidad y licenciosas costumbres, había sido excluido varias veces del seno de la Iglesia. Esteban VII, que vino después, hizo exhumar el cadáver de Formoso, le revistió con el traje pontificio, le hizo colocar sobre una silla y comparecer después ante un concilio; pronunciada la sentencia, le cortaron tres dedos y lanzaron el cuerpo al Tíber, digno remate de esta ridícula y odiosa escena. Esteban estaba destinado á mostrar por sí mismo el envilecimiento en que había caído el papado; fué encarcelado y estrangulado. Durante cinco años, del 896 al 900, fueron consagrados cinco papas. En 904, apenas hacía dos meses que León V era papa, cuando fué encarcelado por Cristóbal, uno de sus capellanes. Cristóbal ocupó el puesto de León, pero no tardó en ser expulsado él mismo de Roma por Sergio III, que se apoderó del pontificado á mano armada, en 905. Si se han de creer las crónicas del tiempo, Sergio vivía con la célebre cortesana Teodora, que, lo mismo que sus dos hijas, Marozia y Teodora, tenía sobre él extraordinario ascendiente.

Juan X tuvo parte también en el amor de Teodora; por ella obtuvo el arzobispado de Rávena, y poco después, en 915, el pontificado. Bajo el aspecto político, Juan se mostró á la altura de su misión; organizó una

confederación, á la que Roma debió quizá el no ser tomada por los sarracenos, y el mundo vió con asombro y sorpresa al belicoso pontífice ponerse él mismo á la cabeza de sus tropas. El amor de Teodora le había permitido conservar catorce años el pontificado; las intrigas y el odio de Marozia le derribaron. Acompañada de Guido, su segundo marido, le sorprendió en el palacio de Letrán, hizo matar delante del papa á su hermano Pedro, y arrojó al papa en un calabozo, donde no tardó en morir, ahogado — se dice — con una almohada. Poco después, Marozia hizo papa á su propio hijo con el nombre de Juan XI, en 931. El papa Sergio pasaba por su padre, pero Marozia le reconocía como hijo de su marido Alberico, con cuyo hermano Guido se casó después. Otro de sus hijos, Alberico, envidioso de su hermano Juan, le hizo encarcelar, así como á su madre Marozia. El hijo de Alberico, en 956, fué elegido papa con el nombre de Juan XII; sólo tenía diecinueve años cuando se halló colocado á la cabeza de la cristiandad. Se hizo culpable de tan repugnantes inmoralidades, que el clero alemán pidió al emperador Otón I que interviniese. Reunióse un sínodo en la iglesia de San Pedro; Juan era acusado de haber recibido dinero por consagrar obispos, de haber ordenado á un obispo de diez años tan solo de edad, y de haber celebrado la ordenación de otro en un establo; era acusado también del crimen de incesto con una de las concubinas de su padre, y de tantos adulterios, que parecía que el palacio de Letrán se había convertido en verdadera casa de prostitución; se le acusaba además de haber hecho sacar los ojos á un eclesiástico, mutilar á otro, y en fin, de haberse dedicado á la embriaguez y al juego. Intimidado para que compareciese ante el sínodo, respondió que estaba de caza, y como los Padres le reconviesen por esta conducta, les hizo observar con tono amenazador que «Judas como los demás discípulos, había recibido de su maestro el poder de atar y desatar, pero que en cuanto hubo vendido la causa común, el único poder que retuvo fué el de atar su propio cuello». Fué depuesto y reemplazado por León VIII, en 963, pero posteriormente reconquistó el poder; hizo arrestar á

sus mujeres y cortar á unas la mano y á otras las narices ó la lengua. Pereció á manos de un romano, cuya mujer había seducido.

Después de tales detalles, casi es inútil hablar de los papas siguientes: Juan XIII fué extrangulado en su prisión; Bonifacio VII hizo aherrojar á Benito VI y le dejó morir de hambre; Juan XIV fué matado secretamente en las mazmorras del castillo de Santángelo; el cuerpo de Bonifacio fué arrastrado en las calles por el populacho. Todo sentimiento de veneración y aun de respeto al soberano pontífice se había extinguido en Roma. En Europa entera, la indignación del clero era tal, que casi aprobó la intención que tuvo el emperador Otón de arrebatarse á los italianos el privilegio de elegir los papas y de dárselo á su propia familia. Gregorio V, su próximo pariente, á quien acababa de colocar en el solio pontificio, fué pronto, sin embargo, expulsado por Crescencio y los romanos; lanzó al fin sus bulas de excomunión, pero estos romanos conocían demasiado bien lo que eran los rayos papales para responderles con otra cosa que con el desprecio y la burla. Terrible castigo esperaba al anti-papa Juan XVII. Otón volvió á Italia, le hizo prender, sacar los ojos, cortar la nariz y la lengua, y ordenó que se le pasara por las calles montado en un burro, con el rostro vuelto hacia la cola del animal y con un puchero de vino á la cabeza. Parecía que el escándalo no podía ir más allá; los romanos debían no obstante todavía ver, en 1035, á un niño de doce años, Benito IX, elevado al solio. Uno de sus sucesores, Víctor III, dice que la vida de Benito IX fué tan vergonzosa, escandalosa y execrable, que se niega á contarla. Su conducta fué más propia de un jefe de bandidos que de un papa. El pueblo romano, hartado al fin de sus adulterios, homicidios y crímenes de todas clases, se sublevó contra él. Desesperando de sostenerse, sacó el pontificado á subasta. Lo compró un sacerdote que llegó á ser papa en 1045, con el nombre de Gregorio VI.

Más de mil años habían transcurrido desde el nacimiento del Salvador, y tal era el estado de cosas en Roma. Con razón el historiador aparta con asco sus ojos de los ana-

les de este tiempo y el corazón del cristiano se oprime á la lectura de esta historia que no es más que prolongada serie de asquerosos escándalos. ¡Esos eran los vicarios de Dios en la tierra, esos hombres que alcanzaron verdaderamente el término que la perversidad humana no puede traspasar!

Sólo algunos siglos después de estos acontecimientos es cuando la opinión pública llegó á la única conclusión verdaderamente filosófica que de ellos necesariamente se desprendía: la negación absoluta de los derechos divinos del papado. Durante cierto tiempo, se achacó el mal al modo de elegir los papas, como si este modo hubiera debido ejercer alguna influencia en la naturaleza de un poder que pretendía ser de origen divino y colocado bajo la inmediata intervención de Dios. Ahora bien, he aquí cómo se hacían las elecciones: el clero romano recomendaba un candidato al colegio de cardenales, cuya elección debía ser confirmada por el pueblo de Roma y ratificada en último término por el emperador. Se trataba, pues, de conciliar y satisfacer á la vez las maquinaciones del clero subalterno, las intrigas de los cardenales, los clamores del populacho y la política del emperador. Semejante sistema debía fatalmente desaparecer. Puede sorprendernos que los contemporáneos no hayan reconocido que era de institución puramente humana, pero no que los emperadores hayan comprendido la necesidad de apoderarse por sí mismos del nombramiento de los papas, y que Gregorio VII haya concebido el pensamiento de transmitirla al colegio de cardenales sólo, con exclusión del emperador, del pueblo romano, y hasta del resto de la cristiandad. Consiguió ejecutar este proyecto.

Imposible es estudiar el desarrollo del poder eclesiástico romano sin observar que á cada paso descubre su origen humano, y demasiado á menudo la influencia de las pasiones é intrigas de este mundo, sin reconocer que para nosotros el sistema romano carece esencialmente del signo de la divinidad, y que es, en fin, obra del hombre y no de Dios, llevando en sí la señal de todas las pasiones humanas, de todas las virtudes humanas y de todos los pecados humanos.

CAPÍTULO XIII

Digresión sobre el paso de los árabes á su edad de razón.

Las operaciones militares de los árabes, tal como las hemos descrito en el capítulo XI, produjeron la ruina del sistema político bizantino, y pusieron prematuro fin á la edad de fe en Oriente; en cuanto á su progreso intelectual, tuvo también importantes consecuencias que estaban destinadas á terminar más tarde la edad de fe en Occidente. Los sarracenos han marcado con característica señal la edad de razón de Europa.

Estos acontecimientos son tan importantes, que fuerza es dejar un momento la exposición del desarrollo intelectual de Europa, por una digresión sobre el paso de los árabes á su edad de razón. Imposible nos es comprender el gran drama que va á desarrollarse si no conocemos los actores.

Algunos siglos habían bastado para cambiar completamente á los fanáticos discípulos de Mahoma. Grandes filósofos, médicos, matemáticos, astrónomos, alquimistas y gramáticos habían nacido entre ellos. Cultivaban las letras y las ciencias en todas sus ramificaciones.

Una nación que ha sido removida hasta sus capas más profundas por una emigración armada, está muy bien preparada para progresar rápidamente en la vía intelectual, en cuanto haya alcanzado su período de reposo; la nueva dirección que va á seguir puede entonces estar determinada por los que se hallan en estado de indicársela y de servirla de maestros. Los maestros de los sarracenos fueron los nestorianos y los judíos.

La ciencia árabe nació de la medicina; los médicos echaron sus cimientos empezando por dedicarse á la alquimia. En este capítulo estudiaré estos orígenes de la ciencia árabe, y tendré por consiguiente que considerar el estado de las medicinas griega y egipcia y mostrar cómo donde quiera que prevaleció el sistema bizantino, la filosofía médica verdadera fué reemplazada por las curas de las reliquias; tendré también que mostrar cómo ocurrió que, mientras las ideas europeas, en todas las ramas del saber, se apoyaban en lo sobrenatural, las de los sarracenos habían encontrado ya sólida base material.

Cuando hicieron la conquista de Egipto, los árabes se condujeron como fanáticos devotos y se ha tenido sin duda razón para acusarles de haber utilizado las obras de la biblioteca alejandrina para calentar sus baños. Pero, apenas estuvieron asentados en sus nuevas posesiones, se produjo un cambio extraordinario. De repente se despertó en ellos ardiente amor á la ciencia. El poder árabe se había extendido en dos direcciones, y se había encontrado sometido á dos influencias diferentes. En Asia había sufrido la influencia de los nestorianos, y en Africa la de los judíos que, lo mismo que los nestorianos, habían sido cruelmente perseguidos por el gobierno bizantino sin duda por esas mismas opiniones que había conseguido establecer el acero de Mahoma. La doctrina de la unidad de Dios fué su punto de contacto. Debieron entenderse fácilmente sobre este punto y ponerse de acuerdo para detestar la dominación de los trinitarios que reinaban en Constantinopla. Cada vez que un hombre tiene que sufrir rigores de la ley, ó es perseguido como hereje, hace causa común con sus semejantes que también como él pasan por infieles. Gracias á su contacto con los nestorianos en Asia, y con los judíos alejandrinos en Africa, los árabes se hicieron entusiastas admiradores de la ciencia.

Y no es que hubiera, bajo el punto de vista teológico, completa armonía en el modo de ver de los tres partidos coaligados; los nestorianos y los judíos por ejemplo consentían en aceptar la mitad del dogma árabe y en admitir un Dios único, pero no podían decidirse á aceptar la otra mitad, es decir que Mahoma es su profeta. No hubie-

ran sin duda tardado en suscitarse disensiones, si no se hubiera presentado una afortunada circunstancia que abrió la vía á la más completa inteligencia. Casi desde el origen, los nestorianos se habían consagrado al estudio de la medicina y habían observado con gran atención la estructura y enfermedades del cuerpo humano; los judíos por su parte tenían, largo tiempo hacía, distinguidos médicos. Estos estudios médicos ofrecían, pues, un terreno neutral en el que los tres partidos podían encontrarse y marchar de acuerdo, y los árabes se unieron tan estrechamente con sus nuevos maestros, que recibieron de ellos característica fisonomía intelectual. Sus médicos fueron sus grandes filósofos, sus colegios de medicina sus centros científicos. Mientras los bizantinos ahogaban la ciencia bajo la teología, los sarracenos la desarrollaban con esplendor en sus estudios médicos.

Constantino el Grande y sus sucesores, obedeciendo á la influencia eclesiástica, se habían hecho enemigos declarados de los conocimientos humanos; había, pues, llegado á ser un deber para el clero proveer á las necesidades físicas del pueblo, tanto como á sus necesidades religiosas. El nuevo régimen no podía soportar más tiempo á médicos cuyas tendencias filosóficas les relacionaban con el partido pagano. Las ideas que sacaban de los Asclepiones estaban en abierta oposición con el nuevo estado de cosas. Por un edicto de Constantino todos estos establecimientos fueron suprimidos y reemplazados con otros que respondían mejor al genio del cristianismo. Fundáronse en las ciudades hospitales y establecimientos de beneficencia, y se les concedieron ricas dotaciones pecuniarias y territoriales. La emperatriz madre, Elena, dió ejemplo de tan caritativas fundaciones, ejemplo que fué seguido por la mayor parte de las mujeres de las grandes familias. El corazón femenino, abierto naturalmente á los desgraciados y afligidos, halla fácilmente medio de expresar sus simpatías de un modo activo, cuando está santificado por la pura fe cristiana; esa era la verdadera dirección en que debían ejercitarse la beneficencia y la incomparable caridad del cristianismo. Inmensas instituciones que respondían á diferentes fines fueron creadas donde

quiera; unas tuvieron á su cargo niños perdidos, otras huérfanos, otras pobres. Ya antes hemos tenido ocasión de hablar de los parabolanos ó visitantes, y del modo con que fueron apartados de su misión primitiva.

Pero por meritorias que fueran todas estas caridades, habían sin embargo tenido por efecto el sustituir á médicos instruidos eclesiásticos, animados de la mejor voluntad, pero ignorantes. Se habían suprimido los Asclepiones sin adoptar las medidas necesarias para asegurar de otro modo la instrucción médica profesional. Los enfermos que entraban en los nuevos establecimientos recibían en ellos excelentes cuidados, pero no eran los del médico; las consecuencias de este hecho se reconocen en la credulidad y superstición de las edades siguientes, credulidad que fué siempre creciendo hasta que al fin todo el mundo tuvo fe en las curas milagrosas. Las reliquias de los santos, fetiches tan importantes como los del Africa central, pasaron como si curasen todas las enfermedades. La multitud se dirigía á los relicarios como iba en otro tiempo al templo de Esculapio. El nombre de la divinidad había cambiado, pero todavía tenía sus adoradores.

Apenas se cerraron los Asclepiones y se prohibió la enseñanza de la filosofía, y las bibliotecas se dispersaron ó destruyeron, y el saber fué estigmatizado como magia ó castigado como traición, y los filósofos fueron desterrados y su clase anonadada, cuando se patentizó que acababa de abrirse un vacío, que correspondía colmar á los vencedores. Entre todos aquellos ilustres prelados ¿dónde estaban los que iban á ocupar el puesto de los grandes hombres cuyos trabajos habían hecho la gloria de la humanidad? ¿Quién iba á suceder á Arquímedes, á Hiparco, á Euclides, á Erófilo, á Eratóstenes? Charlatanerías como las curas milagrosas de las reliquias eran las llamadas á eclipsar el genio de Hipócrates, y debían transcurrir cerca de dos mil años entre Arquímedes y Newton, y cerca de mil setecientos entre Hiparco y Kepler. Casi veinte siglos de tinieblas separan á Herón, que hizo funcionar en el Serapión la primera máquina de vapor, de James Watt que hizo la revolución de la industria del mundo. ¡Qué penoso espectáculo el de esta prolongada impoten-

cia! Impotencia no, porque ha sido sin embargo productiva; á ella debemos esos infolios, llenos de las añejas especulaciones de los Padres de la Iglesia, que pesan sobre las tablas de nuestras viejas bibliotecas, ocultos bajo el polvo y esperando los gusanos.

Jamás se vió adoptar política más desastrosa que esa persecución á muerte de la ciencia profana, y apenas si hoy podemos figurarnos la degradación intelectual que produjo el sistema bizantino cuando hubo alcanzado el último término de su desarrollo. Los originales de la mayor parte de las obras filosóficas y científicas de la antigüedad desaparecieron, y sólo más tarde, en mejor tiempo, se las volvió á encontrar en las traducciones hechas por los sarracenos en lengua árabe. Los que tenían la espada se habían descaradamente atribuido la dispensa del saber y ahogaban toda aspiración intelectual. Esta política, sin embargo, aunque momentáneamente triunfante, contenía fatalmente en sí misma el germen de su propia destrucción; debía llegar inevitablemente un día en que ese detestable atentado á la raza humana fuese descubierto, execrado y castigado; un día en que los poemas de Homero serían leídos otra vez, en que las inmortales estatuas de los escultores griegos hallarían otra vez adoradores, en que las demostraciones de Euclides hallarían de nuevo inteligencias dignas de ellas. Pero una vez inaugurada esta deplorable y temeraria política de usurpación, no era posible volver atrás. Lo que es infalible debe necesariamente ser inmutable. Por su misma naturaleza, esta política implicaba la violencia, la violencia implicaba la posesión del poder, y la explosión era segura en cuanto faltaran medios de compresión.

Es anécdota harto conocida la de que, cuando los sarracenos tomaron á Alejandría, el vencedor envió á preguntar al califa su voluntad respecto á la biblioteca. La respuesta revela el espíritu del tiempo: «Si los libros confirman el Corán, son inútiles; si le contradicen, son peligrosos. Quemadlos.» En aquel instante, según todas las apariencias, el autócrata musulmán estaba á punto de imitar la culpable política del soberano bizantino. No fué afortunadamente más que un arrebató sobre

el que volvió para seguir otro camino más noble. Los árabes hicieron pasar á su literatura toda la sabiduría de sus nuevos súbditos. El Corán nada tuvo que sufrir por haber dejado el paso libre á los conocimientos humanos y haber impulsado la ciencia en todas direcciones, en lugar de comprimirla. Gran hombre de Estado fué quien desde el origen del movimiento que partió de la Meca, supo condensar en un dogma conciso, fácilmente comprensible y fácilmente expresable, todas las creencias necesarias, dejando en todos los detalles al espíritu humano la más amplia libertad.

En los párrafos anteriores, he estudiado el curso de los acontecimientos, condenando ó aprobando, según las circunstancias, las acciones de sus autores, tomando por base el principio común de que el hombre gobierna los asuntos de este mundo, y que el agente es responsable de sus actos. No tenemos sin embargo, más que lanzar una ojeada sobre nuestra propia existencia para reconocer en qué estrechos límites es aplicable este principio. El hombre, como á menudo se ha dicho, es hijo de las circunstancias, expresión que oculta una filosofía más alta de lo que parece al pronto. Nuestras acciones no son resultado puro y simple de nuestra volición; son la resultante de infinidad de condiciones diversas y complejas. En resoluciones que nos parecen indisputablemente proceder directa y únicamente de nuestra voluntad, entran gran parte de elementos extraños, y esta parte es quizá más considerable de lo que generalmente suponemos. Lo mismo ocurre con los hombres que suponemos han ejercido espontánea y directa influencia sobre los acontecimientos políticos y la suerte de las naciones; si comprendiésemos mejor la situación en que se encontraban, pensaríamos que han sido también hijos de circunstancias absolutamente independientes de ellos, circunstancias que jamás hicieron nacer, pero de las que supieron sacar partido. Se han encontrado colocados en una corriente que les ha arrastrado irresistiblemente consigo.

Examinaremos, pues, los mismos acontecimientos, colocándonos bajo este punto de vista más exacto y adoptando el principio de que los negocios humanos siguen

en su marcha y en su desarrollo una ley definida y determinada. Veremos entonces que estos actos que estimábamos poco há como fijados libremente por la voluntad humana, han sido en realidad impuestos á sus pretendidos autores por la fuerza de las circunstancias. Hasta debemos ver en estos actos la señal característica de cierta fase de desarrollo que todas las naciones deben pronto ó tarde atravesar. En lo que atañe al individuo sabemos perfectamente que el comedimiento en la acción y la gravedad en las maneras, corresponden al período de su madurez; no reconocemos ya entonces el aturdimiento y la vivacidad de su juventud y comprobamos que se ha realizado ó ha empezado á producirse un cambio que puede ser debido á tres causas diferentes: en uno á disgustos domésticos, en otro á la pérdida de su fortuna y en el tercero á las enfermedades. Sabemos referir perfectamente á estas circunstancias la alteración del carácter, pero nunca nos hacemos la ilusión de llegar á pensar que se habría producido si estas circunstancias no se hubieran presentado. En medio de todas estas vicisitudes sentimos la presencia del irresistible destino.

Podemos, pues, admitir que, sea cualquiera la forma particular en que se han producido los acontecimientos de que hemos tenido ocasión de hablar, el orden en que se han sucedido dependía únicamente del destino y en modo alguno de un individuo, fuese quien fuese. Condenemos á los monarcas bizantinos ó alabemos á los califas árabes, siempre hay que estimar el valor de nuestras apreciaciones haciendo estas reservas. Europa pasaba de su edad de examen á su edad de fe. Semejante transición más bien se realiza por el destino que por la voluntad humana. Existe completa analogía entre la vida de una nación y la de un individuo. El individuo puede ser hasta cierto punto autor de su propia suerte; puede hacerse feliz ó desgraciado, bueno ó malo; puede permanecer aquí ó ir allá; puede ó no hacer esto según su voluntad, pero siempre, sin embargo, está bajo el dominio del inexorable destino; ese destino que le ha lanzado al mundo sin consentimiento de su voluntad personal, que le empuja en la carrera que de antemano le ha trazado,

y cuyas etapas están marcadas invariablemente: la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez, la vejez, cada una con las acciones y pasiones especiales que la caracterizan; ese destino en fin, que á la hora indicada le hace dejar la escena generalmente contra su gusto. Lo mismo ocurre á las naciones; en ellas, como en el individuo, sólo aparecen al exterior los resultados de la voluntad humana, cubriendo y ocultando apenas los del destino. Si tenemos algún poder sobre los acontecimientos de nuestra vida, no tenemos ninguno sobre la ley que rige su curso. Hay para las naciones cierta geometría particular, que asigna una ecuación á la curva, según la cual progresan. Ningún mortal puede tocarla.

Tenemos ahora que examinar cómo la antorcha de la ciencia se volvió á encender de nuevo en el momento en que lanzaba sus últimos vacilantes resplandores. Los árabes nos la han transmitido. La ciencia árabe no carece para nosotros de interés, aunque á menudo no sea más que grotesca y extraña mezcla de neo-platonismo, mahometismo y cristianismo. Quizá fué circunstancia feliz que en aquella época de tinieblas encontrasen las pasiones humanas una excitación, y la ciencia un estimulante en la investigación de los medios de convertir el plomo en oro y de prolongar la vida indefinidamente. Ahora tenemos que habérmolas con la piedra filosofal, el elixir de vida, el polvo de proyección, los espejos mágicos, las lámparas perpetuas y la trasmutación de los metales. Ahora encontraremos al alquimista persiguiendo clandestinamente la gran obra en sus ahumados subterráneos, en medio de sus alambiques, de sus cucúrbitas y de sus pelicanos, ante sus hogueras que arden desde hace tantos años que en ellas han nacido salamandras espontáneamente. Así es como los árabes hicieron renacer la ciencia experimental, aunque bajo muy extraña forma. Desde muy temprano tuvo estrechas relaciones con la medicina, circunstancia que hay que atribuir á la influencia de los nestorianos y de los judíos. Preciso es que examinemos sumariamente estas dos influencias, y ante todo la nestoriana.

En el capítulo IX he contado la lucha de Cirilo, obis-

po de Alejandría, con Nestorio, obispo de Constantino-
pla. La virgen María debe ser mirada como madre de
Dios; tal es el origen de la disputa. Para el egipcio, cuyo
espíritu había conservado algo de la antigua superstición,
semejante doctrina nada presentaba de inadmisibile. ¿No
era Egipto la región de Isis? San Cirilo, que no era más
que un demagogo eclesiástico, encontró que esta doctri-
na respondía al fin que se proponía y la aceptó sin vaci-
lación. Pero en Grecia quedaban todavía vestigios de la
antigua filosofía. El recuerdo de las ideas de Platón no
se había extinguido completamente. Para aquellos en
quienes sobrevivía, la doctrina egipcia era absolutamen-
te inaceptable. Tal era sin duda Nestorio, que probó su
sinceridad desafiando la persecución, los sufrimientos y
la muerte. Nestorio y sus adeptos se apoyaban en el úl-
timo versículo del primer capítulo del Evangelio de San
Mateo, así como en los versículos 55 y 56 del capítu-
lo XIII del mismo Evangelio, y jamás se les pudo hacer
reconocer la virginidad perpetua de la nueva reina de los
cielos. Hemos dicho cómo acabó el concilio de Efeso: el
partido egipcio triunfó gracias á la influencia de las mu-
jeres de la corte; Nestorio fué depuesto y enviado al des-
tiero con sus partidarios. La tendencia filosófica de los
vencidos pronto se manifestó por sus actos.

Mientras su jefe estaba desterrado en uno de los oasis
de Africa, la mayor parte de ellos emigraron hacia el
Eufrates y fundaron la Iglesia caldea. Bajo sus auspicios
se elevaron el colegio de Edesa y varias escuelas. Allí se
tradujeron al siriaco gran número de obras griegas y la-
tinas, como las de Aristóteles y Plinio. Los nestorianos,
de acuerdo con los judíos, fundaron el colegio médico de
Djondesabur, donde se inauguró el sistema de los grados
académicos que se ha conservado hasta nosotros. Los ca-
lifas no sólo concedieron á los nestorianos el libre ejer-
cicio de su religión, sino que permitieron que las grandes
familias mahometanas les confiasen la educación de sus
hijos. Esta política liberal de los califas contrastaba sin-
gularmente con el fanatismo reinante en Europa. El ca-
lifa Al-Raschid llegó hasta poner á la cabeza de todas
sus escuelas públicas á Juan Masué, que pertenecía á la

secta nestoriana. Gracias á los nestorianos, pronto abundaron en las academias árabes traducciones de los autores griegos y se reunieron en Asia vastas bibliotecas.

Las relaciones que se establecieron entre árabes y nestorianos permitieron á sus misioneros difundir su cristianismo especial por toda el Asia hasta China y la costa del Malabar. El partido egipcio, que había triunfado en Efe-so, no tuvo ninguna influencia en aquellas lejanas comarcas donde el número de las iglesias asiáticas de las comuniones nestoriana y jacobita excedía con mucho al de las iglesias europea, griega y romana. El gobierno papal hizo más tarde grandísimos esfuerzos para hacerlas volver al seno de la Iglesia, pero en vano.

La expulsión del partido nestoriano de Constantinopla fué obra de los mismos hombres y de la misma política que habían producido la destrucción de la filosofía en Alejandría. San Cirilo era el representante de una fracción ignorante y sin escrúpulos, que había llegado al poder por las intrigas de las mujeres de la corte imperial, de los eunucos y de los parásitos. El espíritu que condenaba á muerte á Nestorio era el mismo que había ordenado el asesinato de Hypathia. De los dos partidos adversos, uno era honrado y poseía algunos conocimientos, el otro era absolutamente ignorante, y dispuesto á recurrir sin escrúpulos á la fuerza bruta y al asesinato. Desgraciadamente para el mundo, triunfó el último.

Por su origen, los nestorianos resultaban ser los depositarios de la ciencia médica de los griegos. Veneraban los grandes nombres que habían ilustrado la medicina griega, y con asiduidad infatigable reunían todas las obras escritas sobre esta ciencia, cualquiera que fuese su origen, griego ó alejandrino, desde los escritos de Hipócrates, á quien sus discípulos, en su veneración llena de afecto, llamaban «el divino anciano», hasta las obras de la escuela de los Ptolomeos.

La medicina griega nació en los templos de Esculapio, donde acudían habitualmente los enfermos que necesitaban socorros del dios. Parece que estas consultas eran gratuitas, pero á menudo los enfermos ofrecían regalos al dios en testimonio de reconocimiento y hacían colo-

car en el templo tablillas votivas, que recordaban las circunstancias de su curación y servían luego á los que venían á estudiar la medicina. Los asclepiones eran de este modo hospitales y escuelas á la vez, instituciones religiosas y médicas. Creíase generalmente en esta época que cada enfermedad tenía su origen en la cólera de algún dios ofendido, sobre todo en las epidemias y pestes. Semejante creencia debía necesariamente paralizar la medicina y hacer imposibles las medidas sanitarias, que tan útiles hubieran sido entonces. En nuestros mismos días es todavía difícil apartar de esta añeja creencia los espíritus de las clases inferiores, y convencerles de que debemos salir nosotros mismos al paso del mal, y por lo tanto, que nada debemos esperar de la penitencia y de las oraciones, si no unimos á ellas la mayor limpieza de nuestra persona y la más amplia distribución de aire y luz en nuestras habitaciones y en nuestras calles. A Hipócrates estaba reservada la gloria de destruir la doctrina médico-teológica. Supo, combinando con sus admirables observaciones personales los elementos que le proporcionaron las tablitas votivas, la tradición y otras fuentes, componer un cuerpo de doctrina médica, práctica y física. La consecuencia necesaria del gran éxito que obtuvo fué la separación definitiva del sacerdote y el médico, inmenso resultado que vale á la memoria de Hipócrates la gratitud de todas las generaciones. Esta gran revolución vino á desviar de sus canales primitivos fecundo manantial de considerables beneficios; por eso no se llevó á cabo sin conflictos.

De las obras que se atribuyen á Hipócrates, la mayor parte sin duda pertenecen á los miembros de su familia, á sus descendientes ó á sus discípulos. Las obras apócrifas eran muy numerosas en la época de los Ptolomeos, que pagaban con gran generosidad las obras de los autores célebres. Las críticas son, pues, frecuentemente muy dificultosas cuando se trata de fijar la paternidad literaria de las obras de aquel tiempo. Los escritos auténticos de Hipócrates atestiguan gran extensión de conocimientos digna de la autoridad que gozaba su nombre. Sus descripciones, verdaderamente vivas, jamás han sido superadas,

si es que han sido igualadas; la que ha dado del rostro del moribundo existe todavía en nuestros tratados de medicina en sus términos originales, sin que se haya hecho en ella el menor cambio. El principio que sirve de base á la doctrina médica de Hipócrates, es que el cuerpo está compuesto de cuatro elementos, de los cuales nacen los cuatro humores cardinales. Piensa que éstos se hallan sometidos á cambios, que la salud consiste en el buen estado y en la acertada distribución de estos humores, que las enfermedades son causadas por sus impurezas y desigualdades; que una vez turbados estos humores, están sujetos á cambios espontáneos ó cocciones que exigen cierto tiempo, y por consiguiente, días y evacuaciones críticas. Atribuía el désarreglo de los humores á muy diversas causas, particularmente á la influencia de las circunstancias físicas ambientes, al calor, al frío, al aire y al agua. Al contrario de sus contemporáneos, no imputaba todas las enfermedades del hombre á la cólera de los dioses. Al mismo tiempo que estas influencias exteriores, estudió también las propiedades del cuerpo humano, y cómo puede modificarse por la acción del clima y del modo de vivir, manifestando diferentes predisposiciones en cada una de las estaciones del año. Creía que el calor interno del cuerpo varía con la edad, que su máximum y su mínimum corresponden á la infancia y á la vejez, y que por consiguiente, cuanto más avanzamos en la vida más fácilmente nos afectan los agentes morbíficos. Por eso el médico debe velar con gran cuidado por sus enfermos en todo lo que concierne á su dieta y modo de vivir, pues de este modo puede, no sólo reglamentar su susceptibilidad general, sino también resolver el curso que han de tomar sus enfermedades.

Refiriendo todas las afecciones al estado ó distribución de los humores, atribuye la inflamación á la presencia de la sangre en partes del cuerpo en que hasta entonces no había penetrado. Según él, la enfermedad subsiste en tanto que estos líquidos persisten en estado normal, pero en cuanto entran en fermentación ó empieza su cocción, se presentan diversos síntomas característicos, y cuando la elaboración es completa se evacuan por la transpira-

ción y las demás secreciones, por las deyecciones albinas, etc. Si por el contrario, el sistema no se ve desembarazado así de los humores *pecantes*, pueden localizarse en un órgano ó región especial en que la inflamación erisipelatosa, la gangrena y otros accidentes semejantes no tardan en declararse. Ayudando á esta eliminación es como el médico muestra sobre todo su habilidad. Puede mucho más en este período de la enfermedad que por la influencia que ha podido ejercer sobre la marcha de la cocción. Entonces es cuando puede emplear el eléboro blanco ó negro y el elaterio. La aparición de los días críticos que responden al período de cocción debe ser atentamente observada por el médico; debe examinar con el mayor cuidado si el estado del enfermo es el que corresponde á esta fase de la enfermedad. Sólo así conseguirá poder predecir el curso probable de la enfermedad hasta su fin y adquirir los datos que le indiquen los mejores medios que hay que emplear para ayudar á la naturaleza en sus operaciones.

La medicina, tal como Hipócrates la practicaba, se ocupaba, pues, más bien del curso de la enfermedad que de la naturaleza especial del mal. No se necesita más para dejarnos confundidos ante el poder científico de Hipócrates. Estudia la manera con que los humores sufren su cocción, los fenómenos que se presentan durante los días críticos, el aspecto y la naturaleza de las evacuaciones críticas, y no trata de contener los progresos del mal, sino sólo de facilitar la obra natural.

Cuando pensamos en qué época vivía Hipócrates, 400 años antes de Jesucristo, y en qué circunstancias había estudiado la medicina, el inmenso progreso que realizó nos llena de admiración. Uno de sus grandes méritos es haber rechazado las tendencias supersticiosas de su tiempo y haber enseñado á sus discípulos á atribuir los fenómenos naturales á causas puramente físicas. Destruyó por lo tanto las influencias imaginarias que estaban entonces en boga. A los dioses sustituyó la naturaleza impersonal. Interesaba á todos los que estaban adscritos á los templos de Esculapio, atribuir las enfermedades del hombre á causas sobrenaturales; según ellos, toda enfer-

medad tenía su origen en la venganza de algún dios ofendido, y por consiguiente, no se podía recobrar la salud antes de aplacarle. Toda oposición á esta doctrina, y toda tentativa de sustitución debían necesariamente encontrar resistencia. No detuvieron sin embargo á Hipócrates, y sin el menor escrúpulo, continuó desarrollando y poniendo en práctica su teoría. Dió con ello hermoso ejemplo á los que debían sucederle en su noble profesión, enseñándoles que no se debe nunca vacilar en sacrificar á la verdad las preocupaciones y pasiones del momento, y que no se debe esperar su recompensa sino de la justa estimación de la posteridad.

La filosofía médica de Hipócrates es digna de nuestra mayor estima; los métodos científicos de inducción y deducción son en ella rigurosamente aplicados; su teoría es precisa y clara; lleva verdaderamente el sello del genio griego. Si la juzgamos atendiendo al tiempo, reconocemos en ella las cualidades esenciales de este genio: la vivacidad, la penetración y la fuerza. Bajo todos aspectos, en una palabra, merece á su autor el título de padre de la medicina que le han conferido sus sucesores; quizá hasta justifique la entusiasta aserción de Galeno, de que debamos venerar las palabras de Hipócrates como la voz de Dios.

La escuela hipocrática de Cos encontró una rival en la escuela de Cnido, cuyos principios eran diferentes, no sólo respecto á la naturaleza de las enfermedades, sino también respecto al modo de tratarlas. Los cnidios fijaban especialmente su atención en los síntomas especiales que se presentan en los casos individuales, y adoptaban un tratamiento menos activo, no recurriendo sino en último extremo á los purgantes drásticos, á la sangría y á otros medios enérgicos. Como fácilmente se adivina, estas escuelas, cuya enseñanza profesional se desarrolló considerablemente, produjeron multitud de hombres capaces, y dieron nacimiento á gran número de excelentes obras. Filistón escribió sobre el régimen que debe seguirse por las personas de buena salud; Diocles, sobre la higiene y la gimnástica; Praxágoras, en un tratado sobre el pulso, mostró que daba la medida de la intensidad de

la enfermedad. El asclepión de Cnido duró hasta la época de Constantino; pereció con la mayor parte de los demás establecimientos paganos. Los lazos que al principio habían unido las profesiones sacerdotal y médica fueron constantemente relajándose; la última los rompió definitivamente y entonces se dividió en varias ramas especiales, la farmacia, la cirugía...; los mismos miembros de la profesión dejaron de tener posición común; unos cultivaron la medicina como ciencia, mientras otros la convirtieron en simple ocupación industrial. Entonces como hoy, muchos de aquellos á quienes la fortuna no había favorecido con sus dones, se hallaban relegados á las últimas filas. Así es como Aristóteles, después de haber consagrado su patrimonio á investigaciones científicas, se vió reducido á poner en Atenas tienda de boticario; Aristóteles, droguero, oculto tras su mostrador y vendiendo medicinas á los prácticos que el azar le enviaba, es ese mismo Aristóteles, ese gran espíritu que ha ejercido en la humanidad sin igual influencia y cuya palabra era la suprema autoridad para los escolásticos de la Edad Media. En general, sin embargo, los médicos salían de la clase ilustrada. En pos de ellos, y por ellos repudiados, se arrastraban multitud de impostores y charlatanes, como sucederá siempre, mientras haya hombres de juicio flaco y mujeres frívolas y crédulas que engañar.

Cuando se fundó el Museo por Ptolomeo Filadelfo, comprendía cuatro facultades: literatura, matemáticas, astronomía y medicina. No se debe, sin embargo, tomar á la letra esta división; la historia natural, por ejemplo, y otras ciencias, correspondían á la facultad de medicina. Los primeros médicos del Museo fueron Cleombroto, Herófilo y Erasistrato; en el número de los profesores de rango inferior estaba Filon Stéfano, que figuraba al frente del departamento de historia natural y que fué encargado de escribir un libro sobre los peces. Si quisiéramos una prueba de la altura de ideas de su fundador, la encontraríamos en la organización que dió á su escuela de medicina. Los estudios anatómicos formaban la base de la enseñanza; Herófilo y sus colegas fueron autorizados para disecar cadáveres, único método que podía conducir-

les al conocimiento verdadero de la estructura del cuerpo humano. Ptolomeo persiguió sus fines con resolución, y no se detuvo ante la reprobación con que el sentimiento público miraba prácticas de este género, hasta entonces inauditas. Tocar á un cadáver era, á los ojos del egipcio, abominable crimen. La intención de Ptolomeo no era sólo facilitar el conocimiento de la estructura del cuerpo humano; quería también que se descubriese cómo se ejercen sus diferentes funciones y cómo obra. A este fin autorizó á los anatómicos del Museo para hacer vivisecciones en animales y en condenados á muerte. Así supo encontrar en fisiología el gran camino real, que Euclides, en una comida del Museo, le había dicho no existir en geometría, y en cuanto á lo que sus actos tenían de contrario á la moral, se justificaba diciendo, que puesto que estos criminales debían sus vidas á la ley, podía sin injusticia disponer de ellos en bien de la humanidad. Herófilo había estudiado en Cos; su doctrina general no era más que el humorismo; su tratamiento era activo á la manera de Hipócrates, sobre cuyas obras había escrito comentarios. Sus investigaciones originales son numerosísimas; están contenidas con sus opiniones particulares, en sus tratados sobre la práctica de la medicina, la obstetricia, el ojo y el pulso; que refirió por primera vez á las contracciones del corazón. Conocía la existencia de vasos quilíferos y sus relaciones anatómicas con los glandes mesentéricos. Erasistrato, su colega, era discípulo de Teófrasto y de Crisipo; cultivaba también la anatomía; describió la estructura del corazón y las relaciones mutuas del corazón, arterias y venas, pero se engañó al pretender que las arterias servían de canales al aire y las venas á la sangre. Sabía que hay dos clases de nervios: los del movimiento y los de la sensación. Atribuía todas las fiebres á inflamaciones; su práctica médica difería de la de Hipócrates en que su tratamiento era menos activo.

Estos grandes médicos hacían de la anatomía la base sólida de los estudios médicos en Alejandría. Estaban asistidos de multitud de otros profesores, á quienes se reservaba la enseñanza especial. El templo de Serapis

era en efecto también un hospital; los enfermos eran admitidos en él y también las personas que querían estudiar la medicina y familiarizarse con la práctica médica, como sucede todavía hoy. En estas circunstancias, es muy natural que ciertas ramas especiales, la cirugía y la farmacia, hayan hecho progresos considerables, y hayan producido hombres muy capaces. La operación de la litotomía fué perfeccionada, nuevos instrumentos se inventaron para triturar los cálculos, para la reducción de las luxaciones, etc. Gracias á la actividad comercial de Egipto, la materia médica pudo enriquecerse con multitud de yerbas y medicamentos nuevos. La escuela de medicina de Alejandría, cuya enseñanza tenía por base la disección, perdió con el tiempo la tendencia científica que había marcado sus comienzos. Se siguen, sin embargo, durante largo tiempo las huellas de su enseñanza primitiva. Así es como Galeno divide los médicos de su tiempo en herofilios y erasistráticos. Habían nacido varias sectas, entre otras la dogmática, que sostenía que las enfermedades no pueden ser tratadas correctamente sin el completo conocimiento de la estructura y funciones del cuerpo, acción de los medicamentos y cambios ocurridos en las partes afectadas; insistían, pues, en la necesidad del estudio de la anatomía, de la fisiología, de la terapéutica y de la patología, y pretendían ser los descendientes de Hipócrates. Sus adversarios, los empíricos, ridiculizaban todos estos conocimientos, que miraban como quiméricos é imposibles de adquirir; no admitían más que la experiencia. La misma división se encuentra en las escuelas; hacia el fin de su vida, Erasístrato mismo, quizá á consecuencia de alguna disputa ó desacuerdo, se decidió á dejar el Museo y fué á fundar una escuela en Smirna. Las diferentes ramas de la medicina eran estudiadas también por personas extrañas al cuerpo de los médicos. Mitridates, rey del Ponto, consagró parte de su vida al estudio de los venenos y al descubrimiento de sus antidotos.

¡Qué caída, desde esta medicina científica, al sistema de curas por milagros que pronto iba á reemplazarla! ¡Qué caída, de Hipócrates y de los grandes médicos de

Alejandro, á las reliquias de los santos y á los frailes!

A este bosquejo de los grandes días de la medicina griega, debo unir el examen de la ciencia entre los judíos después del segundo siglo; es necesario hacerlo para comprender el origen de la ciencia árabe.

En filosofía, los judíos se habían emancipado gradualmente de las antiguas tradiciones; prueba de sus adelantos en este sentido es la parte que tomaron en el desarrollo del neoplatonismo. Después de la destrucción de Jerusalem, Siria y Mesopotamia se llenaron de escuelas judías; los grandes filósofos y los grandes comerciantes de la nación se fijaron en Alejandro. Las persecuciones y la dispersión, si no tuvieron otras ventajas, tuvieron por lo menos la de debilitar el poder eclesiástico. Quizá también las decepciones sufridas varias veces por los judíos sobre la venida del Mesías nacional temporal, había conducido á la clase más adelantada intelectualmente á la acertada apreciación del valor de las antiguas tradiciones. Sus médicos se pusieron á la cabeza de este movimiento de emancipación intelectual. Desde el principio, habían tenido que luchar contra la animosidad de los levitas; éstos curaban con oraciones, milagros y sacrificios expiatorios, ó cuando renunciaban á los medios sobrenaturales, no aplicaban más remedios que los que el vulgo conoce donde quiera; así es como á una persona mordida por un perro rabioso le daban á comer el diafragma de un perro. Entre estos hombres que iban á dirigir el movimiento de los conocimientos humanos, podemos citar: Hannina, 205 años antes de Jesucristo, de quien hablan sus sucesores como del primero de los médicos judíos; Samuel, que se distinguió á la vez como astrónomo, partero y oculista, inventor de un colirio que lleva su nombre; Rab, que escribió un tratado sobre la estructura del cuerpo humano, resultado de sus numerosas disecciones y que adquirió tal celebridad que el pueblo, después de su muerte, empleaba como medicamento la tierra recogida sobre su tumba: Abba. Umma, cuyos estudios sobre la locura muestran que daba una explicación física de la doctrina popular de la posesión por los demonios, y atribuía esta afección á un simple desarre-

glo corporal. Abba-Umma se creía en el deber de no aceptar ninguna remuneración de los pobres y les prodigaba asíduos cuidados sin hacer diferencia alguna entre ellos y los ricos. Estos grandes médicos pueden considerarse como los tipos de los que les sucedieron hasta el séptimo siglo, época en que las escuelas orientales fueron dispersadas por la conquista árabe. La literatura tal-múdica revela un estado de transición, al menos en lo que atañe á la medicina; lo sobrenatural se encuentra mezclado en ella á lo material, las doctrinas eclesiásticas á las ciencias exactas; admite, por ejemplo, que un rabino puede curar ciertas enfermedades por la imposición de manos mientras da una explicación científica, aunque errónea, de los desórdenes causados por la fiebre; se muestra igualmente científica cuando atribuye la parálisis de uno de los miembros posteriores de un animal á la presión ejercida por un tumor en el nervio espinal. Entre sus aforismos, citemos este: «Todas las enfermedades, siempre que las entrañas queden libres; todos los disgustos, siempre que no toquen al corazón; todos los tormentos, siempre que no ataquen la cabeza; todos los males, excepto una mala mujer.»

Después de la ruina de la escuela alejandrina, todo lo que los médicos judíos pudieron hacer al principio fué conservar los conocimientos que se les habían transmitido, pero una vez aplacado el tumulto de la conquista árabe, les encontramos entre los consejeros de los soberanos, ejerciendo por su alta posición, su educación liberal y la amplitud de sus miras, considerable influjo en el progreso intelectual de la humanidad. Maser Djaivah, médico del califa Mohawia, se distinguió como poeta, como crítico y como filósofo; Kalid tradujo varias obras griegas; Harun, médico de Alejandría, cuyas Pandectas han desaparecido desgraciadamente para nosotros, pasa por haber sido el primero que ha descrito la viruela é indicado el modo de tratarla. Isaac-ben-Emran escribió un tratado sobre los envenenamientos y sus síntomas, y otros médicos siguieron sus huellas. El califa Al-Raschid, que tenía enviados judíos en la corte de Carlomagno, dió á este monarca un ejemplo que se apresuró á apro-

vechar: tomó bajo su protección el colegio médico de Djondesabur y fundó una Universidad en Bagdad. Prohibió el ejercicio de la medicina á todos los que no hubieran sufrido satisfactorio examen ante una de sus facultades. En todo Oriente la doctrina médica teológica tendía rápidamente á ser absolutamente repudiada. La escuela de Bagdad contaba en el número de sus profesores al célebre Josué-ben-Nun; toda esta escuela trabajaba activamente en la traducción al árabe de las obras griegas, abarcando no sólo la profesión médica sino toda la literatura. Así es como se salvaron los escritos de Aristóteles y de Platón. Casi diariamente—se dice—franqueaban las puertas de Bagdad camellos cargados de libros. El emperador Miguel fué obligado por un tratado á proporcionar obras griegas. Toda esta actividad intelectual no podía tener otro resultado que la difusión de las luces. Eleváronse escuelas en Bassora, Ispahan, Samarcanda, Fez, Marruecos, Sicilia, Córdoba, Sevilla y Granada.

Por los nestorianos y los judíos conocieron, pues, los árabes la ciencia médica de Grecia y Alejandría. Agregaron otros conocimientos de naturaleza más sombría, que venían de Persia ó quizá hasta de la antigua Caldea. Los nestorianos tenían importantes establecimientos religiosos en Mesopotamia; y esta región era, desde hacía largo tiempo, familiar á los judíos; había visto nacer á sus antepasados. Esta ciencia, de origen extranjero, se refería á la astrología ó á la magia; se practicaba mediante encantamientos, amuletos, hechizos y talismanes. Tenía por principio fundamental que los cuerpos planetarios ejercen su influencia en las cosas de este mundo. Como se conocían entonces siete metales, y también siete planetas, el sol, la luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno, el oro fué consagrado naturalmente al sol, la plata á la luna, el hierro á Marte, etc. Lo mismo se hizo con las divisiones del tiempo; los siete días de la semana recibieron los nombres de los siete planetas. Los nombres dados á los días, y el orden en que se suceden, derivan evidentemente de la hipótesis astronómica de Ptolomeo, estando asignada á cada planeta una hora espe-

cial, según el rango en que se presenta, y dando cada planeta su nombre al día cuya primera hora marca. Así arreglada, la semana nos ofrece notable ejemplo de la longevidad de las instituciones que responde exactamente á las necesidades de la humanidad. Ha sobrevivido á todos los cambios políticos y se ha impuesto al sistema eclesiástico de Europa, que incapaz de quitarle su aspecto idólatrico, ha propagado el error vulgar de que debe su autenticidad á la Sagrada Escritura, error que denuncian claramente los nombres paganos que los días llevan y el orden en que se siguen. Los autores clásicos de la antigüedad no le conocían, como tampoco los inspirados copistas de la Escritura.

Esta idea de consagrar á los astros los cuerpos materiales y también las divisiones del tiempo derivaba de la doctrina de un espíritu universal ó de un alma del mundo, doctrina que era casi generalmente aceptada en Oriente. Esta antigua concepción es la base, como hemos dicho en el capítulo III, de todas las teologías orientales, y no es indigna en modo alguno de la filosofía. El espíritu del hombre no es más que una porción de esa alma del mundo, de la que emana como la chispa que brota de la llama. Todas las demás cosas animadas ó inanimadas, las bestias, las plantas, las piedras, hasta los ríos, montañas, cascadas y grutas, tienen cada una un espíritu especial que habita en ellas y que las anima. Los amuletos y encantos derivan, pues, su poder, no de la sustancia material de que están formados, sino del espíritu que en ellos habita. En cuanto al hombre, su principio inmaterial corresponde á la forma corporal de su persona. De las dos grandes sectas en que se había dividido la nación judía, los fariseos aceptaban la doctrina asiria, y los saduceos, por el contrario, negaban la existencia de este espíritu interior; se jactaban de que sus creencias eran las verdaderas creencias mosaicas, y acusaban á sus adversarios de haberlas corrompido durante la cautividad de Babilonia, antes de la cual—decían—esas doctrinas eran desconocidas en Jerusalem. La mayor parte de los grandes filósofos de Alejandría se adherían á estas opiniones. Plotino escribió un libro sobre la asociación de los de-

monios con los hombres, y su discípulo Porfiro probó materialmente la posibilidad de semejante alianza. Como se hallase en el templo de Isis con Plotino y un sacerdote egipcio, este último, para probar su poder sobrenatural, propuso hacer aparecer el espíritu mismo de Plotino en forma visible. Trazóse en el suelo un círculo mágico, rodeado de caracteres astrológicos y empezó la evocación; el espíritu apareció y Plotino se halló de pronto enfrente de su propia alma. Los artificios que sugirió al nigromántico el conocimiento que tenía de los fenómenos ópticos, y la imaginación aterrorizada de Plotino tuvieron sin duda igual parte en el éxito de la operación. Pero si así se podía evocar el espíritu de un hombre vivo, ¿qué no podría hacerse con las almas de los muertos?

En el fondo, estas éxtrañas doctrinas entran en el panteísmo, que tenía donde quiera secretos prosélitos. En ellas se reconoce en forma grosera, la eterna distinción entre la materia y el espíritu, el alma y el cuerpo; los iniciados miraban la materia como sombra del espíritu, y el cuerpo como engañosa apariencia del alma.

En el siglo VIII eran conocidos multitud de hechos naturales, demasiado sorprendentes para que uno pudiera darse cuenta de ellos y que eran muy á propósito para impresionar profundamente á quienes los presenciaban. Son todos los hechos hoy familiares á los químicos. Vasos sólidamente cerrados estallaban cuando eran expuestos al fuego, aparentemente por la acción de algún agente invisible; vapores intangibles tomaban súbitamente forma sólida; en medio de un líquido incoloro se formaban de pronto precipitados de brillantes colores; brotaban llamas sin causa aparente y se producían explosiones espontáneamente. Había motivos de sobra para justificar los términos de «ciencias ocultas», «ciencia negra». De estos hechos maravillosos, aislados y sin relaciones uno con otro, se hizo un todo. La doctrina caldea del alma del mundo y de los espíritus interiores proporcionó el hilo que sirvió para reunir todas estas perlas.

Lo sobrenatural tiene siempre para el hombre gran encanto; así recibieron con avidez los árabes de sus maes-

tros en medicina, nestorianos y judíos, esas interpretaciones místicas mezcladas con conocimientos exactos. Muy lejos de estar satisfechos de la ciencia que se les había transmitido, trabajaron en seguida por perfeccionarla y estudiarla por sí mismos. Sometieron todas las sustancias á todas las operaciones imaginables, y perfeccionaron considerablemente los procedimientos de experimentación que les habían enseñado. Sometiendo ciertos cuerpos á la acción del fuego, consiguieron extraer de ellos cuerpos más puros que parecían retener concentradas las propiedades pertenecientes á las sustancias de que habían sido sacados. Estas esencias se desprendían á menudo sin que la vista pudiese distinguir las; frecuentemente hacían estallar los recipientes más sólidos y á veces desaparecían en una explosión ó se inflamaban; de aquí se deducía necesariamente que era el espíritu interior ó el alma del cuerpo sometido al fuego la que así se encontraba expulsada de él. Así obtuvieron el espíritu de vino, el de sal y el de nitro. El comercio ha conservado estos términos, aunque hayan perdido ahora su primitiva significación. La alquimia con sus esencias, sus quintesencias y sus espíritus era el panteísmo materializado, la doctrina caldea realizada. Veía á Dios en todas las cosas, en lo abstracto como en lo concreto, en los números como en los objetos reales.

Adelantándome aquí á un asunto que más tarde trataré más al pormenor, haré observar que no fueron los mahometanos los únicos que cultivaron esta ciencia mística é imaginaria; también la cultivaban los cristianos. Admitían éstos la existencia de multitud de formas invisibles en la tierra, en el aire y en el mar. Creían, con fe más ciega aún que la de los paganos, en el poder sobrenatural de las imágenes de los dioses; sólo que la atribuían á la influencia de los demonios. El diablo era el que poseía á los locos. Si un manantial derramaba sus aguas con desprendimiento periódico de gas ácido carbónico, era que estaba agitado por un ángel; si un desgraciado bajaba á un pozo y se hallaba sofocado por algún vapor mefítico, era algún demonio el que segregaba aquel vapor; si la antorcha del minero producía una ex-

plosión, era la venganza de algún espíritu maligno que guardaba un tesoro y cuya soledad se había turbado. Había con este motivo historias sin fin, cuya autenticidad nadie negaba, apariciones de esos espíritus bajo formas visibles; no había una gruta ni un bosque donde no se hubieran visto ángeles y genios, ni una caverna que no tuviera sus demonios. Todos estos espíritus no habían todavía recibido nombres, pero era cosa corriente que el aire tenía silfos, la tierra gnomos, el fuego salamandras y el agua ondinas. Aparecían por el día, y por la noche ejercían sus encantos. El aire viciado que se exhalaba de los charcos estancados tomaba formas de asquerosos demonios; los gases explosivos de las minas las de maliciosos enanos de rostro lívido, con orejas de cuero que les caían sobre los hombros, y con sombríos vestidos grises. Las concepciones filosóficas llevan siempre la huella de las ideas sociales; siempre los pensamientos del hombre retienen algo del medio en que vive.

Entre los cristianos estas doctrinas tuvieron su principal aplicación á las reliquias de los médicos y santos. Como los amuletos y talismanes de Mesopotamia, se las creía dotadas de facultades sobrenaturales. Eran seguras protectoras contra los malos espíritus é infalible remedio contra la enfermedad.

La dirección particular que estas ideas místicas tomaron vino á darles considerable poder. Como la tierra presenta venas de agua y orificios por donde el aire puede penetrar en su interior, se vino á parar á la semejanza de estructura y funciones entre la tierra y los animales. De ahí la teoría del desarrollo de los metales en su seno bajo la influencia de los planetas, produciendo espontáneamente la tierra oro y plata después de determinado número de lunaciones. La doctrina de la transmutación de los metales deja adivinar que ya en aquella época se presentía que el transecurso del tiempo, que es todo para el hombre, no es nada para la naturaleza. ¿Qué son mil años para la naturaleza cuando trabaja por cambiar la más vil materia en un metal precioso? Para el hombre medio siglo es su período entero de actividad intelectual. Los que cultivan el arte sagrado deben, pues,

ante todo tratar de acercar el término de esta transformación natural; puesto que observamos que la acción del calor apresura la madurez de los frutos, ¿no podemos esperar razonablemente que la acción del fuego convenientemente regulada, producirá análogo efecto, y que, al tratar la materia ordinaria en un horno, llegaremos á operar la deseada transmutación? El emperador Calígula que había tratado en otro tiempo de hacer oro con oropimente, no era más que uno de los numerosos adeptos que perseguían esta quimera. Algunos de ellos pensaron que la adición de otra substancia facilitaría la separación de la parte impura de la materia sometida á la acción del fuego. De ahí la piedra filosofal y el polvo de proyección. Esta doctrina de la posibilidad de cambiar las substancias en otras esencialmente diferentes, se abrió rápidamente paso; condujo en el orden físico á la alquimia, el arte de convertir los metales inferiores en oro y plata, y en el orden teológico á la transubstanciación. La transmutación y la transubstanciación eran dos hermanas gemelas destinadas á general celebridad; una encontró un aliado en la Meca, la otra en Roma.

Al mismo tiempo que los árabes se inclinaban así á la alquimia, sus tendencias médicas les conducían á otra quimérica investigación, la de la panacea universal ó elixir que cura todos los males y prolonga indefinidamente la existencia. Durante siglos enteros, pusieron los experimentadores la naturaleza á contribución, tratando todas las sustancias, desde las flores amarillas consagradas al sol, y el oro que es su emblema y su representante en la tierra, hasta los excrementos del cuerpo humano. En cuanto al oro, además de su valor real, se le reconocían mil propiedades imaginarias; en una de sus preparaciones — decían — se encontraría el elixir de vida; y si pudiera obtenerse así en estado de disolución, se tendría allí la panacea buscada; esto es lo que explica el ardor y perseverancia con que se trabajó por descubrir el oro potable. Parecía igualmente posible llegar á dar al agua nuevas propiedades que la hiciesen capaz de disolver el oro. ¿No ofrecía la naturaleza aguas dotadas de muy distintas propiedades? ¿No había aguas que fortificaban la

memoria y otras que la destruían; aguas que despertaban el espíritu y aguas que le embotaban; aguas, en fin, y muy estimadas, que aseguraban el amor de la persona amada? Desde hacía largo tiempo se sabía que las aguas naturales y artificiales pueden afectar á la salud de un modo permanente y se conocían los instrumentos que permitían determinar sus propiedades. Zósimo el Pano-politano había descrito en otro tiempo el procedimiento de destilación por el que purificaba las aguas; los árabes llamaban alambique al aparato que servía para esta operación. Su tratado sobre las virtudes y la composición de las aguas se parece al relato de un sueño; vemos flotar en él ante nuestros ojos toda clase de formas fantásticas: sacerdotes de blanca cabellera que sacrifican sobre el altar; calderas de agua hirviente en que se agitan hombres como la mano de grandes; guerreros cubiertos de bronce que leen silenciosamente en libros de plomo, y esfinges aladas. Tales eran las incomprensibles ficciones bajo las cuales juzgaban oportuno ocultar su ciencia tanto como su ignorancia.

Apenas hubieron los árabes aplicado su genio práctico á estas fascinadoras, pero ridículas investigaciones, cuando obtuvieron resultados de grandísima importancia. Bajo el punto de vista científico, el descubrimiento de los ácidos marca el verdadero camino de la química; bajo el punto de vista político, la invención de la pólvora revolvió al mundo. Se conocían ya varias mezclas explosivas. El fuego automático se obtenía mezclando en partes iguales azufre, salitre, sulfato de antimonio reducido á polvo muy fino, jugo de sicomoro negro y asfalto líquido con adición de pequeña cantidad de cal viva. Estaba expresamente recomendado tener la mezcla al abrigo de los rayos del sol, que la hacían arder inmediatamente.

En cuanto al fuego líquido ó fuego griego, no conocemos su composición, que era guardada en Constantino-pla como secreto de Estado. Hay, sin embargo, motivo para suponer que contenía azufre, nitrato de potasa y nafta. Marco Greco, que vivía probablemente á fines del siglo VIII, nos da muy explícitamente la composición de la pólvora. Nos dice que se pulveriza en un mortero de

mármol una libra de azufre, dos de carbón de leña y seis de salitre. Si apretamos en seguida fuertemente el polvo así obtenido en un largo tubo cerrado por una de sus extremidades y le ponemos fuego, el tubo volará por los aires; eso es el cohete, evidentemente. Nos dice también que podemos imitar el trueno encerrando esta pólvora en una envoltura fuertemente atada; es el petardo. Los fuegos artificiales precedieron, pues, á las armas de fuego. Al mismo autor debemos la receta para hacer la piel incombustible, de modo que pueda tocar la llama sin quemarse. Aquí se encuentra la explicación de las antiguas leyendas que cuentan que los taumaturgos se lavaban las manos en cobre fundido y se mantenían sentados impunemente en paja ardiendo. Entre los alquimistas árabes, pueden citarse El-Rasi, Ebid-Durr, Djafar ó Geber, Toghrage, que escribió un poema sobre la alquimia, y Dschildegi, una de cuyas obras se titula «La Linterna». La definición que algunos de estos autores dan de la alquimia merece ser notada: la llaman la ciencia de la balanza, la ciencia de la gravedad, la ciencia de la combustión.

Detengámonos un instante en uno de ellos, Djafar, que vivía á fines del siglo VIII; Rhazés, Avicena y Kalid, los tres grandes médicos árabes, le honraban como maestro. Su nombre es célebre en los anales de la química, en los que marca una época de igual importancia que la de Priestley y Lavoisier. Es el primero que describió el ácido nítrico y el agua regia. Antes de él no se conocía ácido más fuerte que el vinagre concentrado. No podemos concebir la química sin ácidos; así, Roger Bacon tiene razón para hablar de Djafar como del *magister magistrorum*. Tenía nociones muy exactas de la naturaleza de los espíritus ó gases, como nosotros los llamamos. «¡Oh, hijo de la doctrina! — dice — cuando los espíritus se fijan en los cuerpos y pierden su forma, su naturaleza no es más que lo que era. Cuando les obligáis á desprenderse de nuevo, he aquí lo que ocurre: ó el espíritu se escapa solo con el aire, y el cuerpo queda fijo en el alambique, ó el espíritu y el cuerpo se escapan ambos á la vez». Su doctrina de la naturaleza de los metales, aunque

errónea, no carece sin embargo de valor científico. Considera el metal como un compuesto de azufre, mercurio y arsénico, de donde infiere que es posible operar la transmutación variando las proporciones de estos elementos. Sabía que un metal cuando está calcinado aumenta de peso, descubrimiento de la mayor importancia, que destruyó la doctrina del flogístico de Stahl y que ha sido atribuida á químicos europeos de época mucho menos remota. Describe los procedimientos de destilación, sublimación y filtración, diferentes aparatos químicos, el baño-maría, el baño de arena y las copelas de tierra de hueso, cuyo uso indica con singular claridad. Los químicos leen todavía con interés el antiguo método de Djafar para la preparación del ácido nítrico; consistía en destilar en un matraz vitriolo de Chipre, alumbre y salitre. Indica sus propiedades corrosivas, y nota que se le puede hacer capaz de disolver el oro mismo adicionándole cierta cantidad de sal amoniaco. Djafar puede, pues, ser considerado como el que ha resuelto el gran problema alquímico de la preparación del oro en estado potable. Muchos ensayos se hicieron, sin duda de la influencia que ejercía en el sistema animal esta disolución, de la que se habían prometido tantas maravillas. Quizá á las discusiones que causaron debemos la ignorancia en que sus autores nos han dejado en este respecto. Al lado de Djafar podemos mencionar á Rhazés, nacido en 860, médico jefe del gran hospital de Bagdad. A él debemos la primera determinación de las propiedades del ácido sulfúrico y su preparación. Se obtenía como hoy todavía se obtiene, por la variedad de Nordhausen, por la destilación del vitriolo verde desecado; también le es debida la preparación del alcohol absoluto por la destilación del espíritu de vino mezclado con cal viva. En el número de los curiosos descubrimientos hechos por los árabes, podemos todavía citar el experimento de Achild Bechil que, al destilar una mezcla de extracto de orina, cal y carbón en polvo, obtuvo un escarbunclo artificial que brillaba en la oscuridad «como una buena luna». Era el fósforo.

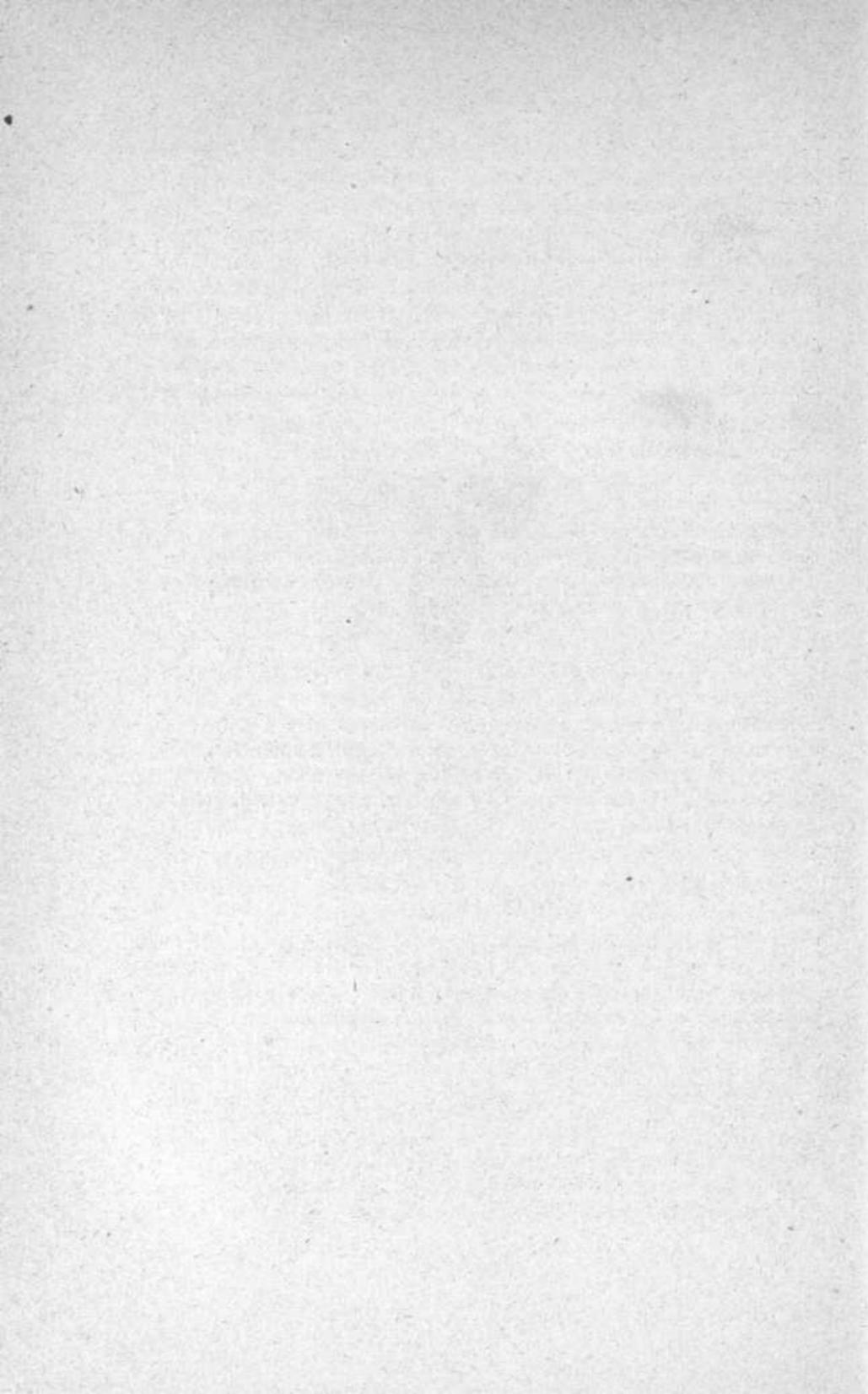
En algunos médicos árabes posteriores hallamos tal precisión y amplitud de miras que son verdaderamente

sorprendentes. ¿No podría suponerse que algunas de las líneas siguientes han sido escritas por uno de nuestros contemporáneos? Están sacadas de una obra sobre el origen de las montañas, escrita por un autor del siglo x, Avicena: «Las montañas pueden ser debidas á dos causas diferentes: ó resultan de un levantamiento de la corteza terrestre que puede ser producido por un violento temblor de tierra, ó de la acción del agua que, obligada á abrirse nueva vía, ha desnudado los valles. Los vientos y las aguas desprenden las capas tiernas del suelo, pero dejan intactas las capas duras. La mayor parte de las montañas de la tierra deben su origen á esta acción de las aguas. Se necesita enorme período de tiempo para que puedan realizarse tales cambios, y durante este período las montañas mismas perderán algo de su masa. Pero que el agua sea la causa principal de estos efectos, lo prueba la existencia de restos fósiles de animales acuáticos y otros en la mayor parte de las montañas.» Avicena explica también la naturaleza de las aguas petrificantes ó incrustantes y de los aerolitos; añade que ha visto una hoja de espada hecha con uno de estos aerolitos, pero que era tan quebradiza que no se podía hacer uso de ella. Una simple lista de las obras de Avicena nos mostrará hasta qué punto de desarrollo había llegado entonces el espíritu árabe: 1.º *Sobre la utilidad y adelanto de las ciencias.* 2.º *De la salud y sus remedios.* 3.º *Canon de medicina.* 4.º *Sobre las observaciones astronómicas.* 5.º *Teoremas matemáticos.* 6.º *Sobre la lengua árabe y sus propiedades.* 7.º *Sobre el origen del alma y la resurrección del cuerpo.* 8.º *Sobre las líneas paralelas trazadas en la esfera.* 9.º *Resumen de Euclides.* 10. *Sobre lo finito y lo infinito.* 11. *Sobre la física y la metafísica.* 12. *Enciclopedia de los conocimientos humanos en veinte volúmenes,* etc. Basta esto para excitar vivamente nuestra atención cuando pensamos en qué estado se encontraba entonces Europa.

La busca del elixir hizo marcada impresión en la ciencia experimental árabe, confirmándola en la vía de la medicina práctica que desde el principio había tomado. La base fundamental de esta última es que las enfermedades del cuerpo humano son curables por medios pura-

mente materiales. A medida que la ciencia adelantó, quebrantó uno tras otro los lazos que todavía la ligaban al fetichismo, pero no sin que la gran doctrina encontrase inmensas dificultades en su camino. ¿No establecía que el influjo de las diversas sustancias en la organización humana es puramente físico, y en ningún modo debido á la presencia de un espíritu especial en cada una de ellas? ¿Qué de nada sirve practicar encantos sobre los medicamentos, ó decir oraciones sobre el mortero en que se componen, puesto que el efecto producido será siempre el mismo; que los amuletos no tienen ningún poder, ni los encantos ninguna virtud, que las reliquias de los santos pueden ayudar á excitar la imaginación del ignorante, pero que son completamente indignas de la atención del filósofo?

Era inminente una colisión intelectual entre Europa y África. La medicina práctica de los árabes y de los hebreos era toda material; la de la cristiandad, toda sobrenatural. Estaba en manos del clero, para el cual las reliquias de los santos y las curas milagrosas eran inagotable fuente de beneficios. En uno de los capítulos siguientes expondré la historia de este conflicto que iba á estallar, y mostraré cómo el sistema árabe obtuvo la victoria, y cómo de esa victoria nació la vida intelectual de Europa. Felizmente para el mundo, la política bizantina inaugurada en Constantinopla y en Alejandría acabó por sucumbir. Remito á ese mismo capítulo la descripción de los grandes resultados obtenidos por los árabes en la plenitud de su edad de razón: Los árabes cultivaban, y hasta creaban la ciencia cuando Europa apenas estaba más civilizada que hoy lo está Cafrería. Los triunfos que alcanzaron en filosofía, en matemáticas, en astronomía, en química y en medicina, debían ser más gloriosos, más duraderos, y por consiguiente, más importantes que lo habían sido sus triunfos militares.



ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO



	Págs.
PREFACIO..	I

CAPÍTULO PRIMERO

De las leyes de la naturaleza.

Asunto de esta obra.—Sus dificultades.—Graduales progresos de la idea del gobierno de la naturaleza por la ley.—Estos progresos son favorecidos por los descubrimientos astronómicos, meteorológicos y fisiológicos.—Ejemplos: leyes de Kepler, vientos alisios, migraciones de los pájaros, equilibrio entre la vida vegetal y la animal, variación y permanencia de las especies.—El hombre individual es emblema de la comunidad, de la nación y de la naturaleza entera.—Todas ellas presentan, como él, edades distintas, estando regidas por condiciones físicas ambientes y por consiguiente por la ley.—Plan de esta obra.—La historia intelectual de Grecia.—Sus cinco edades características.—Historia intelectual de Europa.—Grandeza de la doctrina de que el mundo está regido por la ley. . . .

3

CAPÍTULO II

Europa: su topografía y su etnología.

Descripción de Europa.—Su topografía, meteorología y movimientos geológicos seculares.—Sus efectos en sus habitantes.—Su etnología determinada con ayuda de sus lenguas.—Sus primeros habitantes vinieron de Asia.—Teología comparada de Grecia.—La edad de la hechicería, el estado antropocéntrico.—Datos geográficos y astronómicos erróneos.—El cielo, la tierra, el mundo inferior.—Origen, variación continua y desarrollo de la teoría griega.—Va á parar á la filosofía jónica.—Decadencia de la teología griega, producida por los progresos de la geo-

grafía y de la crítica filosófica.—Escisión de los poetas, filósofos é historiadores.—Vanos esfuerzos del pueblo para sostenerla.—Duración de su decadencia.—Su caída. 25

CAPÍTULO III

Digresiones sobre la teología india y la civilización europea.

Teología comparada de la India: su fase de credulidad, su fase antropocéntrica.—El vedismo, la contemplación de la materia ó la adoración de la naturaleza, explicado en los Vedas y en las Instituciones de Manú.—El universo es Dios.—Transmutación del mundo.—Doctrina de la emanación.—Transmigración.—Absorción.—Penitencia.—Dicha de la quietud absoluta.—El budhismo, la contemplación de la idea de fuerza.—Poder supremo impersonal.—Naturaleza del mundo.—Naturaleza del hombre.—Toda cosa llega á ser una no-entidad.—Desarrollo del budhismo en vasto sistema monástico, caracterizado por su extremado egoísmo.—Su culto es enteramente interior.—Egipto, región misteriosa para los primitivos europeos.—Su historia, sus grandes monumentos, sus relaciones con el exterior.—Su ruina.—Antigüedad de la civilización y del arte egipcios.—Su filosofía, su literatura gero-glífica, su agricultura especial.—Nacimiento de la civilización en las regiones sin lluvia.—Geografía, geología y topografía de Egipto.—Las inundaciones del Nilo hacen nacer la astronomía.—Teología comparada de Egipto.—Adoración de los animales y de los astros.—Impersonalidad de los atributos divinos.—Panteísmo.—Las trinidades egipcias.—Encarnación.—Redención.—Juicio futuro.—Prueba de los muertos.—Ritos y ceremonias. . . . 59

CAPÍTULO IV

Edad de examen de Grecia.

Nacimiento y decadencia de la especulación física.

Filosofía jónica: toma por punto de partida las ideas egipcias, é identifica el principio primero de las cosas con el agua, el aire ó el fuego.—Apenas sale de la edad de credulidad, crea una psicología, una biología, una cosmogonía,

una astronomía, y acaba por dudar de que exista un criterio de verdad.—Reproduce la doctrina egipcia é india de la transmigración.—Filosofía eleática: revela considerable progreso y marcada tendencia á las ideas orientales.—Toma aspecto panteísta.—Nacimiento de la filosofía en la Grecia europea.—Relaciones é influencia del sistema comercial y colonial mediterráneo.—Atenas obtiene la supremacía comercial.—Sus inmensos progresos en los dominios de la inteligencia y del arte.—Su desmoralización.—Se hace centro intelectual de la región mediterránea.—Primeros ensayos de análisis superior en Atenas.—Los sofistas: rechazan la filosofía, la religión, la misma moral y concluyen en el ateísmo.—Peligros políticos de este análisis superior.—Ejemplos de la Edad Media. . . .

98

CAPÍTULO V

Edad de fe de Grecia.

Nacimiento y decadencia de la filosofía ética.

Sócrates inaugura la edad de fe, rechaza las especulaciones físicas y matemáticas y proclama la importancia de la virtud y de la moral.—Su vida y su muerte.—Las escuelas que le suceden enseñan la doctrina del placer y de la satisfacción personal.—Platón funda la Academia.—Los tres principios primeros.—Existencia de un Dios personal.—Naturaleza del mundo y del alma.—La teoría de las ideas, universales ó tipos.—Reminiscencia.—Transmigración.—Instituciones políticas de Platón.—Su república.—Pruebas de la inmortalidad del alma.—Crítica de sus doctrinas.—Nacimiento de los excépticos, que analizan la filosofía ética.—Pirron demuestra la incertidumbre de los conocimientos humanos.—Consecuencia inevitable: tranquila indiferencia, quietud é irreligión recomendadas por Epicuro.—Descomposición de los sistemas socrático y platónico en las últimas academias.—Sus errores y duplicidad.—Fin de la edad de fe de Grecia.

148

CAPÍTULO VI

Edad de razón de Grecia.

Nacimiento de la ciencia.

Págs.

La expedición macedónica.—Tiene consecuencias políticas desastrosas para Grecia, pero apresura la venida de la edad de razón.—Aristóteles funda la filosofía inductiva.—Su método es inverso del de Platón.—Poder de este método.—Fracasa en sus manos por falta de conocimientos, pero es desarrollado por los alejandrinos.—Zenon.—Hace de la virtud y de la ciencia el objeto de la filosofía.—Es, en la filosofía ética, la equivalencia de Aristóteles en la filosofía natural.—Fundación del Museo de Alejandría.—Sus grandes bibliotecas, sus observatorios, sus jardines botánicos y zoológicos, sus anfiteatros de disección.—Lo que hizo por el rápido progreso de los conocimientos exactos.—Influencia de Euclides, Arquímedes, Eratóstenes, Apolonio, Ptolomeo é Hiparco, en geometría, filosofía natural, astronomía, cronología y geografía.—Decadencia de la edad de razón en Grecia.

177

CAPÍTULO VII

Edad de decrepitud intelectual de Grecia.

Muerte de la filosofía griega.

Decadencia de la filosofía griega: se hace retrospectiva; con Filón el Judío y Apolonio de Tyana, incurre en el misticismo, la inspiración y los milagros.—El neo-platonismo: fundado por Ammonio Saccas, continuado por Plotino, Porfiro, Jámblico y Proclo.—La trinidad alejandrina.—El éxtasis.—Alianza con la magia y la necromancia.—El emperador Justiniano cierra las escuelas de filosofía.—Resumen de la filosofía griega.—Sus cuatro problemas: 1.º, Origen del mundo; 2.º, Naturaleza del alma; 3.º, Existencia de Dios; 4.º, Criterio de la verdad.—Solución de estos problemas en la edad de examen, en la de fe, en la de razón, en la de decrepitud.—Determinación de la ley de variación de las opiniones de Grecia.—El desarrollo de la inteligencia nacional es el mismo que el de la inteligencia individual.—Determinación de las conclusiones finales de la filosofía griega respecto de Dios, del mundo, del alma y del criterio de la verdad.—Ejemplos y críticas sobre cada uno de estos puntos.

213

CAPÍTULO VIII

Digresión sobre la historia é influencia filosófica de Roma.

Preparación al examen del progreso intelectual de Europa.

Págs.

Ideas religiosas de los europeos primitivos.—La influencia de Roma decide del modo de variación de estas ideas.—Necesidad del estudio de la historia romana para nuevas investigaciones.—Origen y desarrollo del poder romano, sus fases sucesivas, su engrandecimiento territorial.—Adquiere el dominio del Mediterráneo.—Desmoralización de Italia.—Inevitable concentración del poder.—Desarrollo del imperialismo.—Extinción de la verdadera raza romana.—Sus efectos en el estado intelectual, religioso y social de las comarcas mediterráneas.—Engendra uniformidad en el modo de pensar.—El imperialismo prepara el camino al monoteísmo.—Estado crítico de transición de las ideas religiosas en el mundo romano.—Opiniones de los filósofos romanos.—Alianza de las nuevas y de las antiguas ideas.—La clase ilustrada se apodera del poder: degradación del cristianismo en Roma. . . . 246

CAPÍTULO IX

La edad de examen de Europa.

El desarrollo progresivo de las opiniones queda cerrado con la institución de los concilios y la concentración del poder en manos del pontífice.

ORIGEN, PRIMERAS VARIACIONES, LUCHAS Y DEFINITIVO ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO

Nacimiento del cristianismo.—Distinción entre el cristianismo y la organización eclesiástica.—La aparición del cristianismo es consecuencia de la situación deplorable del imperio.—Su lucha contra el paganismo.—Carácter de su primera organización.—Variaciones del modo de pensar y nacimiento de las sectas: su diferencia esencial en Oriente y Occidente.—Las tres formas primitivas del cristianismo: la forma judaica; su fin.—La forma gnóstica; su fin.—La forma africana; subsiste.—El cristianismo empieza en Siria.—Es el antagonista del imperialismo; sus luchas.—Estado de las cosas bajo Diocleciano.—Política de Constantino.—Se alía con el partido cristiano y llega por

él al poder supremo.—Sus relaciones personales con el partido cristiano.—Controversia de los trinitarios.—Historia de Arrio.—Concilio de Nicea.—Progresos del obispo de Roma hacia la supremacía.—La iglesia romana; su posición secundaria primitiva.—Causas de los progresos de su riqueza, influencia y corrupción.—Fases de su desarrollo.—Las disputas pelagiana, nestoriana y eutiquiana.—Rivalidades de los obispos de Constantinopla, Alejandría y Roma.—Necesidad de un pontífice en Occidente y de concilios eclesiásticos en Oriente.—Naturaleza de estos concilios y del poder pontificio.—Ciérrase este período con la toma y saqueo de Roma por Alarico.—Apolo-
 gía de este acontecimiento por San Agustín.—Crítica de sus escritos.—Carácter del progreso intelectual durante este período.—Destinos de los tres grandes obispos. 274

CAPÍTULO X

La edad de fe de Europa.

La edad de fe en Oriente.

Consolidación del sistema bizantino ó unión de la Iglesia y del Estado.—Paganización de la religión y persecución de la filosofía.—La ciencia de los Padres de la Iglesia.—Las doctrinas patrísticas.—Desaparición de los últimos vestigios de la ciencia griega.—Las bibliotecas y el Serapion de Alejandría.—Destrucción del Serapion por Teodorico.—Muerte de Hipatia.—Extinción de la ciencia en Oriente por Cirilo, sus asociados y sucesores. 318

CAPÍTULO XI

Fin prematuro de la edad de fe en Oriente.

Los tres ataques de los Vándalos, de los Persas y de los Arabes.

El ataque de los vándalos produce la pérdida de Africa.—Después de grandes calamidades esta provincia es reconquistada por Justiniano.—El ataque de los persas produce la pérdida de Siria y la caída de Jerusalem.—La verdadera cruz es llevada como trofeo por los vencedores.—Impresión moral que hicieron estos acontecimientos.—Ataque de los árabes.—Nacimiento, misión y doctrina de

Mahoma.—Rápida difusión de sus doctrinas en Asia y Africa.—Toma de Jerusalem por los árabes.—Importantes conquistas del mahometismo sobre el cristianismo.—Los árabes se hacen nación ilustrada.—Examen del Corán.—Reflexiones sobre la pérdida de Asia y Africa para el cristianismo. 337

CAPÍTULO XII

Edad de fe en Occidente.

Relaciones del Pontificado con los reyes francos.

Los triunfos militares de los árabes aislan y hacen independiente al obispo de Roma.—Gregorio el Grande organiza las ideas de su tiempo, materializa la religión, la hace contraer alianza con el arte, rechaza la ciencia y crea el cristianismo italiano.—El papado asegura su difusión aliándose con Francia.—Historia política del acuerdo y conspiración de los reyes francos y el papa.—Consolidación de la nueva dinastía en Francia y difusión de las ideas romanas.—Conversión de Europa.—Biografías de los papas, que sirven para apreciar el verdadero valor del catolicismo. 361

CAPÍTULO XIII

Digresión sobre el paso de los árabes á su edad de razón.

Influencia de la medicina por medio de los nestorianos y judíos.

Los nestorianos y judíos presiden el desarrollo intelectual de los árabes, que empieza por la ciencia médica.—La teología es la base de esta alianza de los árabes con los nestorianos y judíos.—Antagonismo del sistema bizantino y de la medicina científica.—Supresión de los asclepiones.—Son reemplazados por el sistema de las curas milagrosas.—Resultados que engendran la superstición y la ignorancia.—Relaciones de los árabes con los nestorianos y judíos: 1.º los nestorianos; su persecución y difusión de sus ideas.—Son los herederos de la antigua medicina griega.—Digresión sobre la medicina griega.—Los asclepiones.—Hipócrates separa la medicina de la religión.—La escuela de Cnido.—Es cerrada por Constantino.—Digre-

sión sobre la medicina egipcia. — Tiene por bases la anatomía y la fisiología. — Disecciones y vivisecciones. — Los grandes médicos alejandrinos. — 2.º Los médicos judíos. — Se desprenden de la superstición. — Fundan colegios y hacen adelantar la ciencia y las letras. — Tendencia de la época á la magia, á la nigromancia. — La piedra filosofal, el elixir de vida, etc. — Los árabes hacen nacer la química científica. — Descubren los ácidos, el fósforo, etc. — Sus ideas geológicas. — Aplican la medicina á la medicina. — Inminencia del conflicto entre el sistema material de los árabes y el sistema sobrenatural europeo. 396



DRAPER
—
HISTORIA
DEL
DESARROLLO
INTELECTUAL
DE EUROPA



D-1
1733